REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO X

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A
—
1887

UN DESAPARECIDO

(Conclusión)

XXIII

Años más tarde, una extraordinaria concurrencia llenaba las naves del monasterio de...

Muchos profanos habían concurrido para contemplar por última vez á dos novicias que iban á tomar el velo.

Ambas pertenecían á familias muy relacionadas y pudientes; la una era de una belleza perfecta, y la otra poseía el rostro más picaresco y agraciado que es posible ver bajo la bóveda del cielo.

La ceremonia, triste, imponente y conmovedora, tocó á su fin, haciéndose notar durante toda ella la gesticulación de un individuo de feo rostro, pero de maneras distinguidas. Era Abelardo, lo habrá adivinado el lector, como habrá adivinado también que las novicias eran la hermosa Lucía y la gentil Adela.

Don Marcelo, que en la mañana había asistido al acto

con mucho recogimiento, en la noche, impresionado aún con el recuerdo, se recogía de un club, cuando le salió al encuentro una tapada que le dijo sin preámbulos ni ambajes:

—¿En dónde se encuentra el cadáver de Edgardo para llorar sobre él?

Don Marcelo dió un salto, tuvo miedo, y apresuró el paso.

—¿En dónde está?—continuó la tapada, siguiéndole.

Él, acometido de un terror supersticioso, echó á correr.

—¡Dígamelo! insistió la desconocida; yo era su novia y quiero llorar sobre su cadáver...

—¡Déjeme usted!—balbuceó don Marcelo, viéndose perseguido—¡déjeme! no sé de quién me habla.

—¡Sí, lo sabes, asesino!—gritó Julia, pues era ella—¡sí, lo sabes! ¿Dónde se encuentra? Te perseguiré hasta que me respondas.

El terror dió alas al otro, que logró escabullirse, mientras Julia gritaba siempre:

—¿Dónde lo has asesinado? ¡Dímelo!

Y seguía corriendo al azar, repitiendo la palabra «¡Asesino!» cuando se sintió cogida por una mano poderosa que la detuvo en su carrera.

—¿Á dónde vas de esta suerte, alarmando el vecindario?—dijeron.

—¡Suélteme usted!—gritó Julia.

—¡Oh! será después que te someta á un prolijo examen. Las doncellas honradas no recorren las calles á esta hora, pronunciando palabras mal sonantes.

—¿Quién es usted?

—¡Ah! eres curiosa.

—¿Quién es? le pregunto.

—El comandante de policía.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Te alarmas? tienes por dentro de ese lindo cuerpo algún negro pecadillo? Confiésate, y te absolveré administrándote una suave penitencia. ¿Á quién perseguías?

—Al asesino de mi novio.

—¡Oigan! esas son palabras mayores. ¿Cómo se llama el asesino?

—Don Marcelo...

—¡Demonio! el diputado por...

—No lo sé.

—Yo sí, prenda mía, y esto basta para que tome mis precauciones. ¿Cuándo se consumó ese asesinato? ¿Hoy, seguramente?

—Nó; hace algunos años.

Rióse el comandante, y repuso:

—Ya que te gusta burlarte de la autoridad, voy á administrarte un remedio que te curará de la manía...

—Le juro que...

—Basta.

—¿Qué va usted á hacer?

—Nada, toco este inocente pito para que te conduzcan al cuartel de los burlones que alborotan el vecindario, y desesperan á los hombres de reputación llamándolos asesinos... de novios que á la fecha pudieran tener prole numerosa.

—¡Oh! nó; escúcheme, y no hará usted eso; soy una muchacha honrada, me llamo Julia, y soy hija de Marcos.

—¡Oigan! Yo conozco á Marcos. Pero dígame, en-

tonces, con franqueza ¿suele usted perder por momentos la razón?

—Nó, caballero.

—¿Está usted segura?—insistió el comandante, rascándose la cabeza.

—Segura, naturalmente.

—Ya veremos. ¿Me permite, por el momento, acompañarla á casa de su señor padre?

—Me hará usted con ello un señalado favor; es ya tarde.

—Demasiado para una niña, sobre todo. Me voy convenciendo de que es usted razonable. No insistirá, por ahora, en aquello del asesinato ¿no es cierto?

—Es mi convicción, y también lo fué la de Carmen.

—¿Quién es Carmen?

—La madre de Edgardo.

—¿Y Edgardo?

—Mi novio.

—Y ¿culpa usted del asesinato?...

—Á don Marcelo, cuando vivia en la calle de...

—Perfectamente; ahora se ha mudado y creo que la casa está deshabitada. Ya hablaremos de eso mañana ¿no es verdad?

—Estoy pronta á contestar sus preguntas.

—¿Insiste siempre en?...

—Siempre.

—No importa, sea mientras tanto reservada. Ya he mos llegado. ¿No es ésta su casa?

—Sí, señor.

—Espéreme entre nueve y diez de la mañana, y á ser posible, exija la presencia de su padre. Buenas noches,

y discúlpeme la manera como me conduje con usted antes de conocerla.

Y el oficial hizo un profundo saludo, y se retiró pensativo.

Al día siguiente de los sucesos que acabamos de referir, un hombre como de cincuenta años de edad, de tez ligeramente morena, larga y aguileña nariz, barba castaña, que comenzaba á encanecer, frente espaciosa endonde se elaboraban grandes pensamientos, labios gruesos predispuestos á sonreír para endulzar la dureza natural de su mirada, se encontraba solo, sentado delante de una mesa, en una de las salas del palacio de la Moneda.

Seguro de que nadie vendría á importunarlo, sin previo aviso de sus familiares, seguía en voz alta el hilo de sus pensamientos.

—Los que están á mi alrededor—decía—si bien no comprenden, vislumbran por lo menos la situación, y se dejan arrastrar por la vehemencia de mis convicciones. Pero esto ¿es bastante? Nó, hay que decidir á otros que están lejos de mí, que son mis enemigos, que pondrán el grito en el cielo por este gasto de guerra de un millón de pesos, en plena paz. ¡La paz!... Miopez! ¡Bulle la intriga al rededor de nosotros, se levanta en efluvios por toda la extensión de la frontera, se eleva en alas del odio, yo lo veo; antes de un lustro estallará el rayo, y Chile, desprevenido, no tendrá una nave poderosa para defenderlo con la bandera al tope y dominar la tempestad!

El hombre, al decir esto, abandonó su asiento y se paseó á grandes pasos por la sala.

—Esto—continuó, desarrollando sus ideas—esto, no obstante, es indispensable, ineludible, y se hará aunque

hubiera de dejar un jirón de mi secreto conferenciando con los cabecillas de la oposición.

Meneó la cabeza disgustado de esta resolución, y dijo:

—No faltarían cartas indiscretas que surcaran el mar, y que, sin desarmar al enemigo, lo hicieran más precavido y cauteloso. ¡Ah! si consiguiera en la cámara de diputados, endonde la oposición es formidable, atraerme á don Marcelo y á sus secuaces. ¡Imposible! ese hombre pondría muy en alto la tarifa, es intrigante y ambicioso; exigiría altos empleos, y la desmoralización y el desconcierto imperarían en dondequiera que sentara sus reales.

Abandonó su paseo, y fué á sentarse pensativo en su sillón, cuando un edecán, desde el umbral de la puerta, dijo á media voz:

—El comandante de policía solicita ver á vuestra excelencia.

—¿El comandante de policía?

—Sí, excelentísimo señor.

—He dicho que por hoy no concedo audiencia.

—Se lo he manifestado.

—¿Y bien?

—Ha insistido.

—Que éntre.

Ya sabe el lector que lo hemos introducido sin ceremonia en la sala de despacho de don Federico Errázuriz, el primer magistrado de la república, en los momentos que meditaba adquirir las naves de guerra, que, años después cumpliéndose su previsión, nos dieron la victoria sobre el Perú y Bolivia, inmortalizando á Prat.

—¿Qué desea, comandante?—preguntó su excelencia, señalando un asiento á su interlocutor.

—Deseo, excelentísimo señor, referir una aventura que empezó anoche y que ha continuado esta mañana.

—¿Qué aventura es esa?

—Ayer tarde visitaba los puestos de guardia en el barrio de... cuando vi á una tapada que á todo correr gritaba: "¡Al asesino! ¡al asesino!" La calle estaba desierta, y creyendo que esto era una estratagema, puse espuelas á mi caballo y la mano encima á la tapada.

—"¿Á quién gritas "¡Al asesino?"—le pregunté.

—"Á ese hombre que huye—me respondió.

—"No veo á nadie—dije, siguiendo la indicación de la mujer que sentía temblar bajo mi mano.

—"Ha desaparecido en este momento detrás de esa esquina—murmuró.

—"¿Á quién han asesinado?—seguí preguntando.

—"Á mi amante.

—"¿Dónde?

—"No lo sé.

—"¿Cuándo?

—"Hace algunos años.

—Esa mujer era loca—dijo Errázuriz.

—Así lo creí yo—repuso el comandante—pero me dió tales señas, y me habló con tal convicción, que resolví, ampliando los datos, practicar un reconocimiento.

—Diríjase al intendente, é impóngale del resultado de sus investigaciones—dijo el presidente tomando algunos papeles de sobre la mesa.

La audiencia estaba concluída. Así lo comprendió el comandante, que mordiéndose el bigote, se levantó diciendo:

—La mujer no estaba loca.

—Está bien.

—Y creo que don Marcelo...

Al oír este nombre, se volvió Errázuriz y preguntó:

—¿Qué dice usted de don Marcelo?

—Que lo creo culpable.

—Culpable ¿de qué?

—Del asesinato.

—Vamos, comandante, es usted ligero en sus juicios.

—Las apariencias, á lo menos...

—Siéntese, y refiérame esa historia que me interesa.

—Á la mañana siguiente, es decir hoy—continuó el comandante—conferencié con la tapada de la noche anterior, y me dieron ganas de hacer un registro en la casa que había ocupado don Marcelo á la fecha de la desaparición de Edgardo.

—¡Edgardo! ¡Espere usted! ¿No es el nombre de un muchacho que se fugó hace tres ó cuatro años, con una suma de dinero?

—Precisamente; propalaron que se había fugado, y á pesar de que el telégrafo y la policía se pusieron de acuerdo para darle alcance, no lo encontraron, ni nunca se ha sabido de él.

—Es extraño.

—Tanto más extraño, excelentísimo señor, cuanto que Edgardo tenía una madre anciana y pobre que murió de sentimiento, y una novia linda y joven que aún llora su ausencia.

—¿Dice usted que ha ido á casa de don Marcelo?

—Á su antigua casa, sí, que por fortuna estaba deshabitada y con papel de arriendo.

—De manera, comandante...

—De manera que me fingí interesado en el alquiler;

me entregaron las llaves, y fuí á ella con útiles y operarios que al efecto tenía prevenidos.

—Es usted hombre previsor.

—Conozco mi oficio.

—Continúe.

—En el último patio de la casa, llamó mi atención un profundo pozo sin cegar aún, no obstante que hasta el interior se habían tendido cañerías pertenecientes á la empresa de agua potable. El pozo tenía un brocal, cubierto con una tapa que hice descubrir, haciendo saltar el candado que la cerraba.

—«Muchacho—dije á uno de los presos que me seguian, pasándole un gancho amarrado á una fuerte soga —echa esto adentro hasta que muerda el fondo, y no te asustes de lo que salga.»

—Al abrir la tapa ¿nada le llamó la atención?

—Sí, excelentísimo señor: un aire viciado y pestilente, y después excrecencias parásitas y asquerosas adheridas á la cara interior de la madera.

—Prosiga usted.

—Á la tercera ó cuarta vez, el gancho pescó algo, que el preso, echado hacia atrás, y apoyando el pie derecho en el brocal, izaba con gran trabajo. Yo contemplaba esto á algunos pasos, repitiendo de vez en cuando:

—«No te sorprendas con el pez que pueda traernos ese gancho.»

«El preso sudaba de cansancio; hizo un último esfuerzo, y asomó al nivel del brocal un cráneo amarillento con cuencas sin ojos, y una boca sin labios que se reía... Á pesar de mis frecuentes recomendaciones.—«No te asustes con la pesca»—el preso exhaló un gran grito, soltó la soga y se cubrió el rostro con las manos.

—"¡Tonto!—le dije, dominando mi emoción, porque comprendí el drama—has estenuado tus fuerzas; volveremos otro día.

—"Yo no vuelvo más, aunque me fusilen—respondió el preso; y á duras penas conseguí que restableciera la tapa en el brocal.

"Aparentando serenidad salí á la calle, cerré la puerta, entregué las llaves, y he venido á dar parte vuestra excelencia de lo ocurrido."

Quedó Errázuriz por largo tiempo con la cabeza entre las manos, y luego tomando una resolución, escribió unas cuantas líneas en un papel, luego una carta y tocó el timbre.

Se presentó un edecán.

—Esta carta á don Marcelo—dijo.—Es urgente. Lo hará entrar en cuanto se presente en palacio. Este cablegrama á su dirección.

Y volviéndose al comandante, agregó:

—Vuelva usted á las cuatro; lo espero.

En cuanto salió de la sala, el edecán leyó el cablegrama que decía:

SEÑOR JUAN CLARK

Buenos Aires

Tratado secreto, invención.—Fronteras sin Caínes.

ERRÁZURIZ

Don Marcelo repasaba un discurso que iba á pronunciar en la cámara de diputados oponiéndose á la autorización pedida por el ministro de guerra y marina, para invertir un millón de pesos en la adquisición de

dos naves de guerra, procurando conservar en la memoria los pasajes más picantes con que enrostraba al gobierno el despilfarro de los dineros de la nación, cuando se presentó el ordenanza portador de la carta de su excelencia.

—¡Oigan!—dijo al imponerse de ella con un vuelco de alegría en el corazón—me necesitan en palacio; me cita para hoy mismo, nada menos, el señor excelentísimo. ¿Me irá á proponer una legación á Europa ó la composición de un nuevo gabinete? Lo veremos; me haré de rogar é impondré la dura ley del vencedor.

Dió recibo en el sobre de la carta, y siguiendo en sus cavilaciones, recorrió un mundo de risueñas y doradas fantasías.

Según él, había llegado al término del camino que pacientemente venía siguiendo, desde que se hizo nombrar diputado por el pueblo de...

El alevoso asesinato de Edgardo, y el fingido robo de los cincuenta mil pesos, le habían dejado en buen pie financiero, habiéndose conquistado, á la vez, las simpatías del mundo, y la liberalidad de sus acreedores que por una nada le cancelaron sus créditos.

Tras de la fortuna, así se lo imaginaba, vendrían los honores á satisfacer su vanidad y conmover su corazón, que como el de los más avezados criminales, nunca sintió la punzante espina del remordimiento.

Don Federico Errázuriz era un gran político, y á la política, que era su elemento, todo lo sacrificaba.

Subió, como se sabe, en brazos de un partido, y á ese partido pronto lo separó, como se separa á un inservible

y viejo escabel, porque iba á servirle de estorbo en sus liberales miras de gobierno.

¿Es raro, entonces, que sacrificara al esclarecimiento de la justicia la frágil hebra de un crimen, cuya investigación no daría, acaso, ningún resultado positivo?

Era la una y media de la tarde cuando se presentó don Marcelo, radiante de orgullo y henchido de halagüeñas esperanzas.

Errázuriz, para dispensarse, sin duda, de ofrecerle asiento, lo esperaba de pie, con su paltó abrochado hasta la barba, y poniéndose los guantes en actitud de retirarse.

—He recibido su carta, y me he apresurado á venir á palacio. ¿En qué puedo ser útil, excelentísimo señor?

—En apoyar con su voto y el de sus correligionarios, la aprobación de la partida del ministerio de guerra y marina, referente á la construcción de dos naves de guerra en los astilleros de Londres.

Don Marcelo quedó esperando la enumeración de las promesas que eran de esperarse, después de tal demanda, y viendo que Errázuriz tomaba su sombrero y se alejaba, una llamarada de cólera subió á su cerebro, y exclamó con tono incisivo y penetrante:

—Y si, desde mi sillón de representante del pueblo, me opusiera á la aprobación de esa partida ¿qué haría su excelencia?

Errázuriz, que había avanzado algunos pasos, se volvió, y dijo con su metal de voz acostumbrado y sin que un solo músculo de su cara se contragera:

—Entonces haría hablar á un esqueleto que el coman-

dante de policía ha encontrado en un pozo de la casa número... de la calle de...

Dicho esto, salió impasible, dejando á don Marcelo estupefacto.

En la antesala encontró al comandante, que se levantó á su paso.

—¿Ha leído *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas?—le dijo.

—Sí, excelentísimo señor.

—¿Se acuerda del final de aquella escena en que D'Artagnan da cuenta al rey del desafío entre Guiche y Wardes?

—Sí, excelentísimo señor: las heridas del conde de Guiche resultaron no provenir ni de un desafío, ni de una bala, sino del colmillo de un jabalí.

—Justamente; tiene usted buena memoria, y convendrá conmigo en que D'Artagnan hizo, con esta singular confesión, el sacrificio de su vanidad, pues su espíritu de investigación en esa aventura fué verdaderamente maravilloso.

—Sin duda.

—¿Qué reflexión hizo usted al doblar la hoja de este capítulo?

—¿Qué reflexión? No sé... no me acuerdo... ¡Ah! dije que el gascón era muy sagaz.

—¿Eso sólo?

—Me pone vuestra excelencia en apuros; hace muchos años que leí *Los tres mosqueteros*.

—Yo hice una reflexión bien amarga.

—¿Puedo saber?...

—Sin duda: me confundió la ingratitud del rey.

—En efecto—murmuró el comandante, sorprendido de

esta conversación del presidente, que generalmente era avaro de su palabra, y tenía por costumbre ir derecho al objeto que se proponía.

—Felizmente—continuó Errázuriz—hemos nacido en república, y los presidentes no son olvidadizos ni ingratos como los reyes.

—¡Si su excelencia se habrá vuelto loco!—pensó el comandante.

—¿No es usted de mi parecer?—preguntó Errázuriz.

—Sin duda, excelentísimo señor.

—Y hace usted bien, pues pronto tendrá la prueba.

—¿Cuándo?—preguntó el comandante por decir algo.

—Cuando se envíen al Senado las propuestas de coroneles. En esa lista, de mi puño y letra he anotado su nombre.

—¡Yo coronel, señor excelentísimo!—exclamó el comandante, cuyo rostro se enrojeció de júbilo—¡yo coronel, y anotado en la lista por su propia mano; esto es un doble honor! ¡Cuánto me felicito de haber nacido en una república!

—Pero no pierda usted de vista que en república y en imperio, las pasiones humanas son las mismas.

—Lo tendré muy presente, excelentísimo señor.

—Así lo espero, y lo supongo bastante inteligente para no seguir confundiendo esqueletos de hombre con esqueletos de orangután.

—¿Cuándo he incurrido en esa confusión?

—Hoy, examinando el pozo de la casa número... de la calle de...

—Ese esqueleto, excelentísimo señor, sostengo que es un esqueleto humano.

—Se equivoca, comandante.

—Permítame, señor; además del cráneo, alcancé á verle parte del vestido.

—Ilusiones.

—Y algunos mechones de cabellos...

—Otro error.

—Y en lo que no cabe duda, sobre todo...

—Concluyamos. La herida del conde de Guiche ¿provenía de bala ó del colmillo de un jabalí?

Dió dos pasos atrás el comandante, comprendiendo sólo en ese instante que el presidente, como de costumbre, no había perdido palabras, refiriéndole la anécdota de D'Artagnan.

Errázuriz se aprovechó de ese instante de estupefacción para abandonar la antesala.

El comandante, un tanto repuesto, decía:

—¡El esqueleto del pozo de la casa número... de la calle de... no es esqueleto humano, sino de mono!...—cuando vió salir á don Marcelo de la sala de recepciones, dando traspiés, como un hombre ebrio.

Miráronse por un momento los dos hombres, y se alejaron sin proferir palabra.

Al siguiente día se aprobaba por una considerable mayoría la inversión extraordinaria de un millón de pesos, destinados á la construcción de los blindados *Cochrane* y *Blanco*, que, como hemos dicho, nos dieron, años más tarde, la victoria sobre dos repúblicas coaligadas, viniendo á la memoria y á los labios de todo Chile el respetado nombre de don Federico Errázuriz.

Por un cablegrama de Clark, este hombre extraordinario había previsto la guerra, y si contestó negando la alianza fué sólo para no alarmar con la adquisición de

dos blindados al enemigo que maniobraba sigilosamente en las tinieblas.

En cuanto se supo que don Marcelo habia dado su voto en conformidad con el proyecto gubernativo, el comandante de policía se transladó con nuevos operarios á la casa número... de la calle de... y cegó el pozo que guardaba un cadáver y un crimen, enterrando así á tanta profundidad el esqueleto del infeliz Edgardo, que sólo la mirada de Dios puede penetrar hasta él.

¡Justicia humana! ¡Sólo por escarnio pueden decir que eres un rayo de la justicia divina!

VALENTÍN MURILLO

UN PRÓLOGO INÉDITO

DE DON BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Sabe ya el público que la distinguida viuda de don Benjamín Vicuña Mackenna ha resuelto hacer por su cuenta propia la gran edición de las obras completas del fecundo escritor, edición que había tomado á su cargo un grupo de admiradores del señor Vicuña.

La obra que debe encabezar esta edición es la novela inédita *Diego de Almagro*, único trabajo de este género que salió de aquella inagotable pluma. La imaginación tan viva y el estilo pintoresco del señor Vicuña, parecían llamarlo, sin embargo, al drama y á la novela, en lugar de los trabajos históricos á los cuales consagró la labor de toda su vida.

La novela histórica *Diego de Almagro*, que es bastante extensa, fué escrita por el señor Vicuña en la Penitenciaría, en los mismos días en que escribió el *Diario de prisión* que ya conocen sin duda los lectores de la REVISTA. Comenzada el 6 de febrero de 1859, fué terminada el 17 del mismo mes. Quedó escrita, pues, en diez días; lo que no es la menor prueba de la prodigiosa facilidad de redacción del señor Vicuña.

Las líneas que van á leerse, son el prólogo de la novela. Es, pues, una verdadera primicia literaria lo que hoy ofrecemos á nuestros lectores de la REVISTA.

Á LUIS E. VICUÑA

(Hijo primogénito de mi amado hermano Nemesio Vicuña)

Cuando los sencillos pescadores echan á la inclemencia del mar un nuevo esquife, pónenle en la quilla, en señal de amparo y regocijo, el nombre de una flor ó de un astro, de una esperanza ó de una dulce memoria.

Por esto yo, náufrago desde temprano en el mar de la vida, pongo al frente de esta página el nombre de un ángel.

Retoño dulcísimo de una existencia identificada á la mía, por la ternura, por la suerte, por el dolor, por todo lo que la amistad tiene de noble y el hogar de santo, la cuna en que ese ángel duerme al blando arrullo de la madre, es para mí lo que el oasis empapado de celeste brisa al peregrino que llega del desierto; es la vela amiga que viene por el remoto piélago hacia la ignota roca de los náufragos; es el astro desprendido en el sereno cielo entre las sombras y el alba de la luz, cuando describe con sus inciertos reflejos sobre la frente del mortal que la contempla sumido en la noche del dolor, este divinísimo enigma: *¡la esperanza!*

¡La esperanza! quimera de las alas de oro que voláis blanda y perfumada cual el céfiro, azul y pura como los destellos del cielo, al derredor del alma juvenil que el entusiasmo abrasa ¿á dónde vais cuando la gloria se ha ido también como una sombra; cuando la mujer que se amó más que la gloria es un puñado de cenizas apagadas ó un dardo de agonía fijo en el pecho; cuando el placer es una ascua que quema al que lo toca; y cuando aún las ilusiones, esas pobres migajas del festín de la

vida que recogen los que tienen hambre de consuelos, son sólo lágrimas y hiel?—¡Esperanza! quimera inmortal: cuando todo eso ha sucedido en torno nuestro, entonces todavia os quedáis adherida á las paredes del corazón enfermo, como algo de severo y grande que debe reemplazar la vanidad de los deleites; como una salvación santa y suprema que viene á ocupar el vacío que el tren de los engaños dejara al partir! Y ese algo es la dignidad del hombre, esa salvación es el Honor.

¡Cuna de inocencia! devuélvenos entonces para la hora del destino el tesoro de amor y porvenir que hoy te confiamos y que sea tan puro, tan noble, tan bello, como el anhelo paternal que hoy lo acaricia, como el honor ileso que lleva por herencia.

Y ese día, cuando el mundo reclama su cruel derecho sobre la creatura, y despoja al ángel de su albo manto para ceñirle la austera túnica del hombre, su mirada caerá tal vez sobre esta página que lleva su nombre de amor, pero que precede á otras páginas en que no hay sino las heces amargas de grandes infortunios, y la sangre de mil inmolaciones.

Y entonces aparecerá á su mente esta gran enseñanza de la historia y de la vida: que la ambición de los hombres mata el bien en sus almas y borra la ventura de sus días, mientras que en la santa cuna del hogar, la pobreza, la dicha, el dolor, la gloria misma son una cadena de eterno bien: liviana cuando es de dolor, porque todos la soportan; dulce y bendita cuando es de felicidad, porque hay en ella un sólo sér por la intimidad, un sólo regocijo por el bien alcanzado.

Esta primera hoja se iniciará en este último secreto. En las que siguen, aprenderá aquel terrible ejemplo.

Y ahora, á los que nos hagan un reproche porque hemos ido á una cuna á sacar, no un nombre, sino una sonrisa para adornar el frontispicio de la vida triste y desierta de un soldado, les diremos por disculpa que, menos felices que los bautizadores del mar cuando lo regalan á sus naves, no crece en el páramo de nuestro destino ni una flor que nos dé su nombre y su perfume, ningún astro brilla en nuestra soledad, ninguna memoria dulce se anida dentro del pecho, excepto aquellas santas adoraciones que el hogar guarda en avaro secreto.

En otro tiempo dedicaba mis libros á una tumba ó á un nombre olvidado.

Hoy vuelvo mis ojos á una cuna, porque si hubiera de recordar los sepulcros, habría dedicado este libro á mi propio corazón.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Penitenciaría de Santiago, 17 de febrero de 1859.

POESÍAS

ALEGORÍA

Lejos del mundo ruïn,
en lo profundo del alma,
tengo en apacible calma
un primoroso jardín.

Es reina por su hermosura,
por su aroma y su color
de aquel jardín una flor
tan fragante como pura.

Danle benéfico riego
puras gotas de cristal,
rocío primaveral
que al sol se evapora luego.

Que tengo un rayo de sol
puro, dorado y ardiente
que á la flor constantemente
la tiñe con su arrebol.

Mi esperanza es esa flor;
mis lágrimas, el rocío;
su mirada, el rayo pío
que la da vida y calor.

IMPRONTUS

Es tu risa, vida mía,
que al fondo del alma toca
un murmullo de alegría
que el cielo á la tierra envía
valiéndose de tu boca.

¿Que quién es ella? Una estrella
de nítidos resplandores,
un conjunto de primores;
en una palabra, es ella
el ángel de mis amores.

José Gregorio Ossa

DE LA ORTOGRAFÍA

DE LOS APELLIDOS

1.—Así como sin la venia de los literatos corre por ahí en sentido absoluto y con carácter no demostrable la sentencia de que *sobre gustos no hay disputa*, así de la propia manera hanse implantado en la Ortografía no pocas corruptelas, á la sombra de ciertos extraños preceptos que pasan por verdades inconcusas, y que hasta los mismos maestros suelen aceptar, sin duda con discernimiento menor que reverencia á las populares preocupaciones.

Acontece verse en las aulas, en las cartas ó en otra parte que muy llanamente se escribe *Alvaro*, *Alvarez*, *Etica*, *Iñiguez*, con olvido del acento, y el autor de tal yerro arguye satisfactoriamente que las mayúsculas no se acentúan. ¿Cuándo, cómo y por qué? Las mayúsculas son letras como cualesquiera otras, y cuando intervienen en palabras en que no se han seguido las tendencias acentuales del idioma, deben necesariamente llevar pintado el acento. De creer es que el inventor de aquella

extraordinaria regla fuera algún gramático impresor, porque la razón única que pudiera alegarse para no pintar acento á las mayúsculas sería puramente tipográfica, como que, bajo la presión de la prensa, suelen á veces destruirse las pequeñas tildes sobresalientes que en las mayúsculas son el signo del acento.

2.—Con tales desaciertos en Ortografía corre parejas en Prosodia la desmedrada pronunciación de los nombres de ciertas letras del alfabeto, que en estos tiempos enseñan sin temor de Dios los silabarios de mayor uso.

Costumbre consagrada, y de las más antiguas en castellano, es escribir y decir *efe*, *ele*, *elle*, *eme*, *ene*, *eñe*, *ere* y *ese*, donde hoy algunos—y pienso que sólo en Chile—pronuncian *fe*, *le*, *lle*, *me*, *ne*, *ñe*, *re* y *se*. Pretender quitar ó mudar á una letra su nombre es, ni más ni menos, como pretender tal cosa con el nombre de cualquiera otro objeto: valdría tanto sostener que al objeto *mesa* no se le debía llamar, en castellano, *mesa*, sino *tabla*, ó de cualquiera otra manera.

El Diccionario autorizado no legitima, por supuesto, tan tildada corruptela: se arrima en eso á los maestros del idioma:

> Cuatro *eses* ha de tener
> el amor siendo perfeto...
> . . . . . .
> Será á la tercera *ese*,
> viendo y callando, sufrido.
> . . . . . .
> que todo amor ha tenido,
> ó verdadero ó fingido,
> las *eses* de este blasón.
>
> (CALDERÓN, *Lances de amor y fortuna*, jornada III.)

En el entremés de Cervantes, *El rufián viudo*, se lee (habla Repulida con Chiquiznaque):

> Tuya soy: ponme un clavo y una *S*
> en estas dos mejillas...,

endonde, si se dijera *se*, no constaría el verso, que en la estrofa tiene que ser grave.

Escoja ese mismo lector unos cuantos centenares de palabras y frases metafóricas y extranjerismos que son de *ene* en nuestra mal llamada literatura popular, y no de *eme* ni de *eñe* en nuestro trato social y familiar; haga idéntica pregunta y obtendrá idéntica respuesta.

(ANTONIO DE TRUEBA, *Literatura popular.*)

Estos ejemplos podrían multiplicarse y extenderse á todas las letras de que se ha hablado.

3.—Pero en donde estos yerros-axiomas han alcanzado mayor aceptación es en el punto de los apellidos, que en verdad se escriben más como á los ignorantes acomoda, que como lo prescriben las analogías y preceptos gramaticales.

Cuando se ve tal variedad de usos injustificados en esta materia, llega uno á creer que á los apellidos se les hace figurar como partes singularísimas de la oración, que no son ni adjetivos ni sustantivos, y que más bien parecen contarse entre las cuatro que no se declinan, ó sea que no padecen alteraciones de género, de tiempo y número.

Los apellidos, en su origen, señalaron al individuo que los llevaba, ó como natural de una provincia ó ciudad, *Navarro*, *Cordobés*, *de Espinosa*, ó como hijo de tal y tal, *Díaz* de *Diego*, *Yáñez* de *Juan*, ó como poseedor de una cualidad determinada y que de entre los demás le distinguía, *Rico*, *Gallardo*, *Cortés*. Hoy están destinados á señalar la familia á que pertenece el individuo, el cual en

ella se conoce y separa por su nombre propio. *Diego Ramírez* es una frase en que el primer nombre denota un individuo que con él se diferencia de todos los demás de su familia, y en que el segundo expresa una cualidad, circunstancia ó denominación que es común á todos los individuos de esa misma familia. *Diego* indica la diferencia individual, *Ramírez* la especifica; *Diego* es nombre propio, *Ramírez* es nombre apelativo.

4.—Y este nombre apelativo ¿qué parte de la oración es?

Sabido es que tales nombres pueden ser sustantivos ó adjetivos (G. C., 63), según denotan seres en que pensamos ó podemos pensar, como *hombre*, *árbol*, *encina*, ó simplemente cualidades, limitaciones ó modificaciones de los sustantivos con que se juntan. Parece, desde luego, que salta á la vista que los nombres apelativos apellidos no son sustantivos, pues no denotan los seres en que pensamos, sino cuando se calla el sustantivo nombre propio que les precede: *Ramírez* sólo denota persona cuando se calla el nombre *Diego*, que va antes que él, y es entonces un adjetivo sustantivado. En los demás casos, su papel se reduce á especificar al nombre *Diego*, indicando la familia á que pertenece el individuo que lo lleva.

Estas especificaciones ó limitaciones de significado son genuinamente propias de los adjetivos, de donde se infiere, por tanto, que los apellidos son lisa y llanamente adjetivos como cualesquiera otros.

5.—Saliendo de este punto, llegamos á la conclusión de que á los adjetivos apellidos son aplicables las mismas reglas de Ortología y Ortografía que á los adjetivos cualesquiera. Son invariables sí en cuanto al género, en lo que se parecen no poco á los demás adjetivos, que sólo

cambian para el femenino cuando acaban en *o*, ó cuando ocurren casos particulares que por su corto número mencionan distintamente las gramáticas.

Pero en cuanto al número, los apellidos siguen su calidad de adjetivos y forman el plural conforme á las reglas gènerales, esto es, como lo forman los adjetivos cualesquiera. *Donoso* da *Donosos*, *El señor Donoso* y *Los señores Donosos*, porque los nombres acabados en vocal grave ó inacentuada forman su plural con la agregación de la letra *s; Martí* da *Martíes*, y *Valdés* da *Valdeses*, porque los nombres acabados en vocal aguda ó en consonante forman su plural con la agregación de la sílaba *es*. Debe decirse, pues, *El señor Vergara* y *Los señores Vergaras*, *El señor Escobar* y *Los señores Escobares*, y no hacer invariables los adjetivos, como lo acostumbran algunos, sin más razón ni fundamento que un capricho antigramatical y condenado por el uso de los buenos escritores: "El linaje, prosapia y alcurnia querríamos saber, replicó Vivaldo. Á lo cual respondió Don Quijote: no es de los antiguos Curcios, Cayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los *Moncadas* y *Requesenes* de Cataluña, ni menos de los *Rebellas* y *Villenovas* de Valencia; *Palafojes*, *Nuzas*, *Rocabertis*, *Corellas*, *Lunas*, *Alagones*, *Urreas*, *Foces* y *Gurreas* de Aragón; *Cerdas*, *Manriques*, *Mendozas* y *Guzmanes*, de Castilla; *Alencastros*, Pallas y Meneses, de Portugal..." —(*Quijote*, parte I, cap. XIII.)

6.—Otra especialísima regla que suele darse respecto de apellidos es la de que los tales se escriben siempre como cada uno quiere.

¡Nobles adjetivos éstos que tienen aparte su ortografía y su prosodia, y en que caben tantos modos de escribir-

los cuanto es el mayor ó menor saber de las personas que los llevan!

Pero, afortunadamente para las analogías y para la historia del idioma, tal regla no ha existido jamás en la práctica de los hombres sensatos y estudiosos, quienes profesan que, siendo los apellidos adjetivos comunes, están sujetos á los mismos preceptos y procedimientos que éstos. En un caso, para pronunciarlos ó escribirlos rectamente, se atenderá á su etimología; en otro, á su significado; en un tercero, habrá que apegarse al uso ilustrado ó á la práctica autorizada por los buenos escritores de la lengua, ni más ni menos como se procede cuando se quiere averiguar si *sabio* se escribe con *b* ó *v*, *zeloso* con *z* ó *c*, ó *ligero* con *g* ó *j*.

Así, siendo el apellido *Cortés* ni más ni menos que el adjetivo su homónimo, en ningún caso será lícito escribirle *Cortez*, como tampoco *Ibáñez*, de *Ibán* ó *Juan*, se podrá escribir con *s* final, porque el desinente *ez* denota en castellano, tratándose de derivados patronímicos, la calidad de hijo del individuo significado por el nombre propio.

Lo igual puede decirse con referencia á la pronunciación de los apellidos. Á nadie le es lícito cambiar el lugar en que ellos tienen el acento, como á nadie le sería lícito ni aun en verso decir *lugúbre* donde todos decimos *lúgubre*. Si es de regla que las palabras derivadas, parisílabas con las primitivas, lleven el acento en el mismo sitio que éstas, es claro, por ejemplo, que *Álvarez*, de *Álvaro*, ha de ser necesariamente esdrújulo. Y con todos los demás apellidos se siguen las reglas analógicas y de acentuación que rigen las variaciones de los nombres adjetivos.

7.—Por último, es del caso llamar la vista de los aficionados á hablar y escribir sin tildes, hacia el punto en que concurren dos ó más apellidos á continuación del nombre propio.

Se ha dicho que ellos son adjetivos cualesquiera que modifican al sustantivo nombre propio con que se juntan. ¡Y bien! En conformidad con esta doctrina, siempre que vayan dos ó más apellidos después de un nombre propio, deberá escribírseles ó con la conjunción *y* intermedia, ó separándolos por medio de comas: *Marcelino Menéndez y Pelayo*, ó bien *Marcelino Menéndez, Pelayo.*

Es lo que se hace con los adjetivos ordinarios. No escribimos: *Este edificio es bello artístico*, sino, ó *Este edificio es bello y artístico*, ó *Este edificio es bello, artístico.* ¿Por qué no habíamos de hacer lo mismo con los adjetivos apellidos? Y como sería muy feo y desusado, y expuesto á equívocos, el separarlos por medio de una coma, los ligaremos siempre por medio de una conjunción. *Ramón de Campoamor y Campoosorio*, se llama el insigne poeta de *El Drama Universal*, y nó *Campoamor Campoosorio;* Don Alejandro Pidal *y Mon*, Don Manuel Tamayo *y Baus*, Don Juan Valera *y Alcalá Galiano*, Don León Galindo *y de Vera*, así escribe y ha escrito siempre el DICCIONARIO de la Real Academia Española.

¿Por qué no hemos de tratar de seguirlo?

Lo que es yo, pecador de muchos años en la escritura de los adjetivos que forman mi apellido, há tiempo hoy que me he humildemente arrepentido y enmendado de veras, diciendo y escribiendo como se va á ver al fin de estos renglones.

E. NERCASSEAU Y MORÁN,
Miembro Honorario de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid.

UN POETA

Si es mortal, si hombre nació
como todos los demás,
no se concibe que sea
un sér tan original.
En balanza su criterio
poniendo con el vulgar,
no la hará inclinar al peso
de alguna vulgaridad.
Vive como todos viven
lleno de angustia y afán;
pero sin dejar despierto
un momento de soñar.
Y goza con un idilio
de amor, de felicidad,
un ensueño, un imposible
en este mundo real.
Y tantos como variados
sus gustos son: se los dan

del trueno de la cascada
el horrísono bramar;
la tórtola gemidora,
el buho, la soledad,
el rechinamiento agudo
de una veleta al girar;
en la mitad del silencio
de la noche, oír tocar
al organito que ronda
las calles de la ciudad;
al alba el alegre trino
de la diuca y del zorzal,
la dulce voz en el campo
de la flauta de un zagal.
No le den flores: le vi
ayer, por casualidad,
un clavel, el más hermoso,
en la manos deshojar.
Se figura, en un entierro,
ser el que van á enterrar
gozándose en la salmodia
del cántico funeral.
Ó fíngese con el lauro
de algún guerrero inmortal,
y haber luchado en Iquique
al lado de Arturo Prat.
Un deseo vago siente
de en todas partes estar
y perderse en el espacio
azul de la inmensidad.
Mira al cielo suspirando,
delira, quiere volar,

ó con molicie en las nubes
reclinarse á descansar.
Habla, y su lengua movida
de un ángel parece hablar:
pulsa la lira y su nombre
por memoria quedará.
El ánimo levantado
á honradas acciones va;
un instinto repulsivo
le aleja de la maldad.
Su vista de águila fija
osado en el sol. Jamás
cobarde miedo en el pecho
nadie infundirle podrá.
Viejo es niño, y ya no mira
adelante sino atrás,
y sueña cual sólo puede
soñarse en la tierna edad.
¿Con qué pobre no está bien?
¿Con qué rico no está mal?
¿Quién jamás le vió reír?
¿Quién no le ha visto llorar?
No estudia filosofía,
de Dios para no dudar:
la flor, un insecto, él mismo
revelándoselo están.
Y sabiendo que no puede
menos de haber el que hay
quien por méritos del *Hijo*
hasta su gloria nos da,
no teme pisar las gradas
santas de aquel tribunal,

cuya justicia no tuerce
la humana perversidad.
Tal vez el pan, afanoso
busca, sin poderlo hallar,
porque á ese precio se sueña
el sublime, el ideal.
Tal vez, con malvadas artes,
odio mezquino y ruindad
por vengarse de su genio
la envidia ¿qué no hará?
Y en vez de esperar ya tema,
y desperanzado ya
viva pobre, acaso pida
limosna que no le dan.
Tal vez le espere un asilo
horrible en el hospital.
Y ¿después?... la abierta fosa
común de la caridad;
ó morirá sin saberse
dónde, y sin patria ni hogar,
y como la errátil nube
que deshace el huracán.

SIMÓN CORDOVEZ

UNA CEREMONIA

DEL JUEVES SANTO EN LIMA

Cuando publiqué la tradición *Cosas tiene el rey cristiano que parecen de pagano*, alguien dijo que era pura invención y marrullería de este servidor de ustedes, lo de que el conde de la Vega del Ren hubiera entrado, el jueves santo de 1802, en la iglesia de San Agustín y llegado hasta el altar mayor, con la cabeza cubierta y calzadas espuelas de oro. Era su derecho.

Más grave es el tema que hoy pienso tratar. Desde que Lima fué Lima hasta 1812, y luego desde 1815 hasta 1820, hubo quien, sin que ello provocara escándalo, penetrara, anualmente, á caballo en la Catedral. Era también su derecho.

Ahora bien, lean ustedes con paciencia y disimulen todos los rodeos que tendré que dar antes de hablarles de la ceremonia del jueves santo y del jinete protagonista de ella.

I

UN ÁRBOL GENEALÓGICO INDISPENSABLE PARA LA CLARA INTELIGENCIA DE ESTE ARTÍCULO

Hace muchos, muchos años; no sé á punto fijo cuántos, pero exceden de siglo y medio, que vivía en esta ciudad de los Reyes del Perú, un señorón de grandes campanillas que se llamaba don Luis de Santa-Cruz y Gallardo, el cual tenía por título el de conde de San Juan de Lurigancho, y por empleo el de tesorero, por juro de heredad, de la real Casa de Moneda, por el cual había, él ó sus ascendientes, desembolsado treinta mil pesos gordos de á cincuenta y dos peniques cada uno, que no de estos pesos flacos ó soles de menguada luz que valen apenas treinta y tantos peniques, y que en camino van de valer menos el día en que las casas de Graham Rowe, Bates Stockes y demás giradoras, que son quienes hacen la lluvia y el buen tiempo, así lo tengan por conveniente.

Este empleo, que tenía el sueldo de tres mil duretes, era una bonita colocación de capital; puesto que el de treinta mil invertido en su compra, redituaba un diez por ciento al año, y honra y provecho debían perpetuarse en la familia por sucesión regular; esto es, prefiriendo el primogénito al segundón y el varón á la hembra, pudiendo heredarlo ésta á falta de aquél, en cuyo caso desempeñaría el cargo su marido, ó lo ejercería por apoderado idóneo á satisfacción del virrey.

De su matrimonio con una señora del apellido Centeno y Padilla, tuvo el tal señorón un hijo y tres hijas, y aquí

ponga el lector sus cinco sentidos en seguirme, porque si no, suelto la pluma, y queda el artículo como el cuento de las cabras de Sancho. Conque hemos dicho (¡fíjense bien!) un hijo y tres hijas.

Primero: Don Diego de Santa-Cruz y Centeno, conde de San Juan de Lurigancho, como su padre y, como él, tesorero hereditario de la real Casa de Moneda, casó con... (ignoro con cuya) y de su matrimonio con la dicha, ó mejor con la no dicha, tuvo una sola hija que se llamó doña Mercedes. Esta doña Mercedes casó con don Sebastián de Aliaga y Colmenares, marqués de Celada de la Fuente, y llevó á la casa de los descendientes del conquistador Jerónimo de Aliaga el título de conde de Lurigancho y la tesorería de la Moneda. Á la muerte de doña Mercedes pasó la tesorería á su hijo mayor don Juan de Aliaga y Santa-Cruz, padre de don Juan de Aliaga y Calatayud, y abuelo, por ende, de don Juan de Aliaga y de la Puente, nuestro ex-ministro de gobierno, policía y obras públicas, y ex-guardia marina en uno de los barcos de guerra en que allá, en los tiempos de mi mocedad, dragoneaba yo de comisario en nuestra difunta escuadra.

Segundo: Doña Narcisa Santa-Cruz y Centeno, que casó con don Fernando Arias de Saavedra, marqués de Moscoso, de quienes fué hijo el coronel don Francisco Arias de Saavedra, conde de Casa-Saavedra, famoso *sportman* ó jinete de aquellos tiempos, y abuelo, por línea materna, de nuestro querido amigo y compañero en la Real Academia Española, don José Antonio de Lavalle.

Tercero: Doña Julia Santa-Cruz y Centeno, que casó con don Javier Buendía y Soto, marqués de Castellón y

alférez real hereditario de esta muy noble y leal ciudad de los Reyes. Tuvieron por hijo á don Juan Manuel Buendía y Santa Cruz, quien, por su enlace con doña Leonor Lezcano, tuvo á don Juan Buendía y Lezcano, el que casó con doña Josefa Carrillo de Albornoz, hija del conde de Montemar y Monteblanco; y á don Antonio Buendía y Lezcano, que se unió, *in facie eclesiæ*, con una señora Noriega. Don Juan Buendía y Lezcano no tuvo de su matrimonio más que una hija, que fué doña Clara Buendía y Carrillo de Albornoz, la procesada, en 1819, por la Inquisición de Lima, como lectora de *Eloísa y Abelardo*, del *Arte de amar* de Ovidio, del *Sophá* de Crébillon, de *El Portero de la Cartuja*, de *La Religiosa* de Diderot y de otras novelas y libros pecaminosos.

Doña Clara, después de haberse casado, en primeras nupcias, con su primo don Diego de Aliaga y Santa-Cruz; en segundas, con un colombiano Piedrahita, que amaneció asesinado en su tálamo; en terceras, con un señor Sotapoyer; y á quien la muerte impidió contraer el cuarto matrimonio y seguir despachando maridos al otro barrio, no dejó prole, pasando sus derechos al marquesado y al real alferazgo á la rama segundogénita. Esta rama es la proveniente del matrimonio de don Antonio Buendía y Lezcano con la señora Noriega, cuyo primogénito es nuestro excelente amigo el general don Juan Buendía y Noriega, marqués de Castellón y alférez real hereditario de la ciudad de Lima, lo primero *in partibus infidelium* y lo segundo en receso. No sé si el alferazgo costó á la casa de Buendía tanto como á la de Santa-Cruz la tesorería de la Moneda; pero sí sé que mientras ésta producía al año tres mil morlacos para ayuda del

puchero, aquél no daba á los Buendías sino honores dispendiosos, como más adelante veremos.

Cuarto: Doña Isabel de Santa Cruz y Centeno, que casó con don Diego de Castrillón, marqués de Otero, y cuya familia se extinguió en sus nietos don Diego, coronel de artillería del ejército español, y don Francisco, cura de este arzobispado. Á esta familia perteneció el doctor don Francisco de Orueta y Castrillón, nuestro último venerable arzobispo.

II

MINUCIOSIDADES

Las funciones de alférez real, en general, eran las del actual porta-estandarte, si bien aquel era alto personaje. El alférez real era el que llevaba en la guerra la bandera real; y los de las órdenes militares, las de estas corporaciones. Por consiguiente, se elegían para el cargo los más nobles, valientes y robustos guerreros. Hoy se confía el estandarte al último cadete, si quier sea tísico y enclenque. Verdad es que ya con frecuencia se enfundan y guardan las banderas en parte segura antes de entrar en pelea. Así lo hicieron los alemanes en 1870. El alférez real era, pues, el que llevaba el pendón de la ciudad cuando los vecinos de ésta se armaban para defenderla de un asalto, ó salían fuera de murallas á combatir con el enemigo. Si la batalla de Miraflores, el 15 de enero de 1881, en que derramaron valerosamente su sangre los limeños, se hubiera librado en los días del coloniaje, claro es que á nuestro camarada el general Buendía, y no á otro, habría corrèspondido, como á alferez

real, el honor de caer envuelto en el pabellón de su patria.

Antes de la creación de los ejércitos permanentes, invención que no va más atrás del siglo XVII, cuando había guerra, pedían los reyes á la nobleza y á las ciudades que formasen tropas y acudieran al campo real. Á esto se llamaba en España alzar bandera por el rey. Los títulos de Castilla tenían la obligación de acudir con cien lanzas ó soldados de caballería, obligación que, después de la creación de los ejércitos permanentes, se cambió en el impuesto pecunario llamado de lanzas. Las ciudades, según su importancia, contribuían con un número de soldados de infantería.

Bueno es advertir que en aquellos tiempos no había bandera nacional, invención del último cuarto del siglo pasado. Hoy mismo no la hay en Inglaterra, donde la reina tiene una bandera, las escuadras otra, los buques mercantes otra, y por último, cada regimiento una especial con los colores de su uniforme, por lo que se llaman *colours* y no *frags*. En España é Indias, la bandera real era las armas reales desplegadas en toda la extensión de la tela; y allí entonces (como hoy en Alemania y en Inglaterra) el pabellón no se enarbolaba sino donde estaba el monarca, fuese palacio, castillo, navío ó tienda.

Las plazas fuertes como el Callao, tenían una bandera especial. Creo que era la roja y amarilla, que ahora es la nacional, con las armas reales. Los buques mercantes usaban la misma, pero sin armas; y los de guerra, bandera blanca con las armas reales y la imagen del santo protector de la nave, como San Telmo, San Fermín, San José, Santa Cristina, Santa Sofía, ó la Santísima Trinidad, por ejemplo. Los cuerpos de infantería, por lo ge-

neral, usaron bandera roja con la cruz de Borgoña atravesada; y otros, por privilegio especial, lucieron bandera con los colores de su uniforme. El regimiento Concordia, por ejemplo, cuyo coronel era el virrey Abascal, llevaba banderas blancas, verdes y rojas.

Cada ciudad tenía su estandarte especial; pero no todas tenían armas.

Dícese, no sabemos con qué fundamento, que el estandarte de Lima fué bordado por la reina doña Juana, viuda de Felipe el Hermoso y madre del emperador Carlos V. Ya en una de nuestras tradiciones hemos hecho la exacta descripción del primitivo estandarte, que no reproducimos para que no se diga que nos repetimos como bendición de obispo.

Éste, y no el gonfalón de guerra de Francisco Pizarro, fué el obsequiado al general San Martín. Persona que en 1844 lo tuvo entre sus manos, lo describe así:

"El estandarte es de un género de seda parecido al raso, color pajizo sumamente apagado, aunque sospecho que ha sido amarillo y que se ha desvanecido por el uso y por el tiempo. Su forma es cuadrilonga. Tiene de largo cuatro varas y tercia; y de ancho dos varas y tercia. En el centro hay un grande escudo, aproximadamente del contorno exterior de las armas españolas. El cerco del escudo es rojo, y el centro azul turquí. Parece que hubo algo bordado en el fondo; pero hoy sólo se distinguen algunas labores irregulares, que nada significan, hechas con un cordoncillo de seda que debió ser rojo, cosido á la tela del estandarte, como los bordados que nuestras señoras llaman de trencilla. En el cerco del escudo, en la parte inferior y á la derecha, hay un sello de la municipalidad de Lima. Todo el estandarte está

lleno de remiendos de raso amarillo mucho más nuevos que la tela original, conmemorando la elección de alcaldes del cabildo.»

En nuestras tradiciones *La casa de Pizarro* y *Tres cuestiones históricas*, hemos consignado, sobre este tema, datos que creemos inútil reproducir ahora.

III

EL PASEO DE ALCALDES

Pero, además de la obligación de llevar el estandarte de la ciudad en una acción de guerra, tenía el alférez real de Lima la de sustentarlo siempre que aquél se daba al viento. Esto se realizaba extraordinariamente en la proclamación y jura de nuevo soberano, en la canonización de Santa Rosa, y tal cual vez en su fiesta; y, ordinariamente, dos veces cada año, el 6 de enero y el jueves santo. Estas exhibiciones se efectuaban del modo siguiente:

El 1.º de enero elegía el ayuntamiento los dos alcaldes que debían regir la ciudad en el curso del año, de entre los vecinos más notables; pues, aunque hasta 1812 fueron perpetuos y hereditarios; y después, desde 1815 hasta 1820, continuaron siéndolo, los alcaldes fueron siempre elegidos por el cabildo de regidores, sin ser condición precisa nombrarlos del seno del ayuntamiento.

Los nuevos alcaldes se presentaban á la ciudad en un gran paseo, que tenía lugar en los días 6 y 7 de enero, y que se llamaba el *paseo del estandarte de los alcaldes*. El día 6, á las cuatro de la tarde, salía de casa del alcalde de primer voto toda la corporación municipal, á caballo,

en dirección al cabildo, donde se les unía el alférez real, también á caballo, con el estandarte. Luego desfilaba la comitiva en el orden siguiente:

Los clarines y los timbales de la ciudad.

Los maceros, llevando las grandes mazas de plata con las armas de Lima.

El alférez real, con el estandarte, en medio de los alcaldes.

Los regidores del cabildo.

Los síndicos (que no eran perpetuos sino empleados á sueldo) y los asesores.

Luego los alguaciles, porteros y demás muchitanga, cerrando la marcha los pajes de los cabildantes con sus respectivas libreas.

Este fastuoso cortejo se dirigía á la alameda de los Descalzos, invadida con anticipación por todas las calesas y carruajes de la ciudad; recorría después las principales calles, se detenía en la puerta de la que fué casa de Francisco Pizarro, donde el alférez real batía el estandarte, y, por fin, se dispersaba en el domicilio del alcalde de primer voto.

Allí se colocaba en un altar preparado al efecto, el estandarte de la ciudad, rodeado de farolillos y luces de colores; y luego seguía una *soirée* ó tertulia, ofrecida por el alcalde á sus amigos y familias de la aristocracia. No pocas veces concurrió el virrey á la fiesta doméstica.

Al día siguiente, 7 de enero, recibían los alcaldes, en casa del de primer voto, las visitas de felicitación; y á las cuatro de la tarde, se formaba otra vez la comitiva de la víspera, y después de igual paseo, era depositado el estandarte en cabildo.

En la noche, lo hacía enfundar el alférez y lo trasla-

daba á su casa. Así como el sello de la real audiencia era guardado en la habitación del canciller ó guarda-sello, cargo que hoy correspondería ejercer á nuestro colega el doctor don Mariano Amézaga, descendiente del conquistador Diego de Agüero, primer alcalde de Trujillo, así el alférez real de Lima custodiaba en su domicilio el estandarte de la ciudad.

Olvidábamos apuntar que la noche en que dormía el estandarte en casa del alcalde, se le cosía por la esposa, hija ó deudos de éste, un parchecito de raso amarillo en el que, con letras bordadas ó doradas, se leía una inscripción conmemorativa. De suponer es que la primitiva tela del estandarte habría desaparecido ofuscada por tanto pegotes; pues éstos serían ya los que la sostendrían pegada al asta.

Desde 1812 hasta 1815, en que se estableció el régimen absoluto, no hubo paseo de alcaldes y, por consiguiente, el estandarte se estuvo guardado en casa del alférez real. Largo sería copiar los parches de raso amarillo que éste tuvo; pero nos limitaremos, para dar una idea al lector, á reproducir las abigarradas inscripciones de los últimos seis años de la dominación española.

"En el presente año de 1815, sacó el estandarte real don José Antonio de Errea (este sujeto se suicidó, poco después, arrojándose desde la torre de la Merced), teniente coronel del regimiento de dragones de esta capital, alcalde ordinario de primer voto."

"Sacó este estandarte real don Francisco Moreyra y Matute, teniente coronel de caballería, contador mayor del tribunal y audiencia real de cuentas de estos reinos, y alcalde ordinario de la ciudad—año 1816."

"Sacó este estandarte real, en el presente año de 1817,

el señor don Isidro de Cortazar y Abarca, conde de San Isidro y capitán de fragata de la real armada, siendo alcalde de primer voto.»

«Sacó este estandarte real, en el presente año de 1818, el señor don Manuel de la Puente y Querejazu, de la orden de Santiago, marqués de Villafuerte, y teniente coronel de dragones de Carabaillo, siendo alcalde ordinario.»

«En el presente año de 1819, sacó este estandarte real el señor don José Manuel Blanco de Azcona, de la orden de Alcántara, teniente coronel de milicias, regidor de este excelentísimo cabildo, y teniente alcalde de primer voto.»

«Sacó este estandarte real, en el año de 1820, el señor doctor don Tomás José de la Casa y Piedra García, capitán de granaderos de infantería de línea de voluntarios distinguidos de la Concordia española del Perú, tesorero de las rentas decimales del arzobispado, siendo alcalde ordinario.»

Ya en 1821 las cosas andaban más que turbias para que hubiera habido paseo de alcaldes y demás mojigangas.

IV

EL JUEVES SANTO

En septiembre de 1812 se recibió y promulgó en Lima el siguiente decreto de las cortes de Cádiz, comunicado al virrey Abascal por el consejo de regencia.

«Considerando que los actos positivos de inferioridad, peculiares á los pueblos de ultramar, monumento del antiguo sistema de conquista y de colonia, deben desa-

parecer ante la majestuosa idea de la perfecta igualdad, queda abolido el paseo del estandarte real que acostumbraba hacerse en las ciudades de América, como un testimonio de lealtad y un monumento de la conquista de aquellos países. Esta gran solemnidad del estandarte real se reservará, como en la Península, sólo para aquellos días en que se proclame un nuevo monarca.»

Abolidas las cortes de Cádiz, y restablecido el régimen absoluto por Fernando VII, volvió en Lima á verificarse el paseo de alcaldes desde 1815 hasta 1820, en que los limeños principiamos á ostentar humillos republicanos y á revelar ciertos antojos de cambiar de patrón.

Dijimos, en el anterior capítulo, que el real estandarte de la ciudad sólo se lucía en público dos veces en el año. Vamos á la segunda.

El jueves santo, después de terminados los oficios en la catedral, volvíase el ayuntamiento á cabildo, y de allí, á las cuatro de la tarde, con aviso de haberse concluído ya el lavatorio de los doce pobres que representan al apostolado, salía la corporación en esta forma:

El alférez real, vestido á la española antigua y montado precisamente en un soberbio caballo blanco con caparazón de terciopelo carmesí, recamado de oro, llevaba en la mano el estandarte de la ciudad. Rodeánbanlo, á pie, los alcaldes, regidores, síndicos, asesores, maceros y alguaciles; esto es, un cortejo igual al del 6 de enero, salvo que en esta ocasión, sólo el alférez real iba á caballo. Pasaban por delante de los balcones de palacio, donde los esperaban el virrey con su familia, la audiencia y altos empleados, todos los que se descubrían la cabeza al pasar el estandarte.

La comitiva penetraba al atrio de la catedral por la rampla ó *ranfla*, como decían las limeñas, vecina al Sagrario, y que probablemente se dispuso así con este objeto. Como es sabido, el atrio de la catedral estuvo, hasta la época de la administración del coronel Balta, rodeado por una verja ó balaustrada de madera de feísimo aspecto.

El alférez real y los que lo acompañaban penetraban al templo por la gran puerta central. Allí, y en el altar de Nuestra Señora de la Antigua, no sé si mejorado ó construído por el famoso clérigo-arquitecto don Matías Maestro, con el dinero que proporció la Pontificia Universidad de San Marcos, estaba el monumento en la preciosa urna de plata obsequiada por Carlos V á la ciudad de Lima.

El alférez real detenía con mucho garbo su caballo delante del monumento, y saludaba al Santísimo batiendo por tres veces la bandera; concluído lo cual se retiraba hasta el atrio, haciendo cejar al bucéfalo para no ofrecer la espalda al altar.

Ya en el cementerio, tornaba grupas, y regresaba el cortejo á cabildo, donde se depositaba el estandarte, mientras los cabildantes iban á acompañar al virrey y audiencia á las estaciones.

Se deja adivinar de suyo que medio Lima, aristocracia y canallocracia, concurriría al atrio y naves de la catedral, para juzgar de la gallardía y destreza del jinete.

El alférez real de Lima fué siempre el marqués de Castellón; pues, aunque nuestro respetable y erudito amigo el general Mendiburu dice, en su artículo *Castellón*, que el cargo pasó á la casa de los condes de Montemar,

incurre en una equivocación que tiene el siguiente origen:

Cuando murió don Juan Buendía y Lazcano dejó niña, y por consiguiente soltera, á su hija doña Clara, que era el alférez real.

Como ella no podía desempeñar las cargas del empleo, funcionó por ella su tío carnal don Fernando Carrillo de Albornoz, conde de Montemar y Monteblanco. El señor de Mendiburu vió, sin duda en algún documento, que don Fernando sacó el estandarte, y de allí dedujo que el alferazgo había pasado á la casa de éste.

Quizá la razón que hubo para que representase á doña Clara su tío materno fué la de que era eximio jinete, condición casi necesaria para el buen desempeño del alferazgo.

V

CONCLUSIÓN

Lo de que el estandarte obsequiado por el cabildo de Lima al general San Martín fué el mismo que trajo Pizarro á la conquista, no pasa de una paparrucha, como largamente lo hemos comprobado en una de nuestras tradiciones. El estandarte de Pizarro fué el que sacó el mariscal Sucre del Cuzco, y que hoy se encuentra en Caracas.

San Martín, que murió en Bologne el 18 de agosto de 1850, á los setentidós años de edad, dispuso, en una cláusula de su testamento, que el estandarte de la ciudad, con la carta autógrafa del municipio, fuesen devueltos al Perú. La histórica y preciosa bandera, encerrada en una

caja de jacarandá sobre la que, en relieve dorado, se veían las armas de la república, permaneció algunos años arrinconada, en el salón de uno de los ministerios, hasta que desapareció en uno de los patrioteros ataques de que ha sido víctima nuestro vetusto palacio de los virreyes.

RICARDO PALMA

Á LA SEÑORITA MANUELA OYAGUE

Te vi sólo una vez, y aún me parece,
envuelto en misterioso arrobamiento,
tu rostro contemplar, en que el talento
en pupilas de fuego resplandece.

Al soplo de tus labios se extremece
la brisa, que perfumas con tu aliento,
y tu hermosura, que habla al sentimiento,
gloria y orgullo á tu existencia ofrece.

Al mirarte de lejos, cual se mira
de un ángel la visión encantadora,
que más que anhelo, admiración inspira,

extasiado en la gracia que avalora
tu hermosura, aplaudiendo al que te admira,
le tengo compasión al que te adora.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

Londres, 23 de mayo de 1887.

¿CUÁNDO?...

—¿Cuándo será que el corazón humano,
envuelto en las pasiones de la vida,
pueda alcanzar la gloria apetecida
que la bella esperanza ofrece en vano?

¿Cuándo el mortal con temblorosa mano
podrá tocar la tierra prometida
donde la dicha no halle fementida
ni al lado del placer dolor tirano?

¿Cuándo será que la razón serena
su voz imponga como suave brisa
que juega entre las flores sin recelos?

¿Cuándo será que la doliente pena
se extinga de la suerte en la sonrisa?
—¿Cuándo?... Cuando la rana críe pelos.

MANUEL A. HURTADO

SONETO

Gritas, Pascual, en junta patriotera,
contra todo Gobierno y su pandilla,
y rabia y alborota y recio chilla
tu sátira mordaz, con voz artera.

Al que sube apellidas un tronera
que aumentará la necia pacotilla
que de la patria el corazón mancilla
y con dañado intento el mal opera.

No amaina tu furor en la garulla,
y en el café, en el club, truenas sin tino
al perorar sin dique y petulante.

¿Qué pretendes, Pascual, con tanta bulla?
—Que algún empleado deje su destino
Para ocuparlo yo que estoy cesante.

MANUEL A. HURTADO

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El artículo 2.º, título 14 de las REALES ORDENANZAS DE MINERÍA DE NUEVA ESPAÑA dice así:

"*Artículo 2.º* Prohibo que alguno pueda comprar metales en otra parte que en las *galeras* de las minas, ó en lugar público junto á ellas, y á vista, ciencia y paciencia del dueño, administrador ó rayador de la mina, de quien ha de sacar boleta en que se exprese el día en que compró el metal, su peso, calidad y precio, si es del minero, ó de partido de algún sirviente ú operario."

Aparece que lo que el primero de los artículos copiados llama *cancha de mina* es lo mismo que el segundo llama *galera de mina.*

Sin embargo, el DICCIONARIO de la Academia no autoriza el empleo de *galera* en esta acepción.

El NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA de

don Vicente Salvá es el único que conozco donde se diga que *galera*, entre otros significados, tiene el de "cuarto que se destina en las minas para guardar los metales comunes".

Debo advertir que en Chile y en la América meridional la *galera*, ó mejor dicho la *cancha*, de una mina es, no precisamente un cuarto, sino un sitio abierto, pero arreglado para el objeto.

Salvá dice que *cancha* se emplea también en la América española para denotar "la casa en que los vivanderos venden los víveres".

Puede ser que así se haga en Méjico, ó en otro país del nuevo mundo; pero nunca he oído ó leído que se dé tal significado á esta palabra.

El dar á *cancha* en la América meridional el sentido de lugar destinado á ciertos juegos ó entretenimientos, ó al depósito de los minerales, es tan general, que, á mi juicio, no puede menos de admitirse.

CANCHERO

El artículo 43 del bando general de policía ó buen gobierno de Santiago expedido en 28 de junio de 1830 dice así:

"*Artículo 43.* Los pulperos, artesanos ó *cancheros* que compren ropas, chafalonías, plata labrada, alhajas ú oro fundido de personas desconocidas, á más de las penas legales, serán suspendidos de sus oficios y ejercicios por dos años."

Los artículos 1.° y 3.° de un bando expedido por el intendente de Santiago con fecha 19 de mayo de 1847 dicen como sigue:

"*Artículo 1.º* El bodegonero, *canchero*, picantero, ó cualquier otro vendedor de licores por menor que fíe licor sobre prendas, perderá lo que hubiere fiado, y pagará la multa de cuatro pesos cada vez que lo hiciere."

"*Artículo 3.º* Si alguno de los expresados bodegoneros, *cancheros*, picanteros y demás quebrantasen segunda vez lo dispuesto en los artículos precedentes sufrirán la pena que en ellos se impone, y se les hará cerrar sus despachos ó casas."

El DICCIONARIO de la Academia no trae la palabra *canchero;* pero, si, como lo creo, no puede rechazarse el americanismo *cancha* en las acepciones de que antes he tratado, es lógico aceptar á *canchero*, *canchera*, como lo hacen algunos autores de diccionarios acreditados.

CANJE, CANJEAR

El artículo 1.º de un decreto expedido por el presidente de la república en 12 de mayo de 1871 dice así:

"*Artículo 1.º* Anexa á la Biblioteca Nacional y bajo la dirección del bibliotecario, se establecerá una oficina general de *canje* de publicaciones chilenas con las de los países que al efecto hayan celebrado, ó celebraren, convenios sobre el particular con el gobierno. Serán objeto de este *canje* las publicaciones á que se refieran aquellos pactos ó convenciones."

Un decreto expedido por el presidente de la república con fecha 8 de enero de 1877 empieza así:

"Apruébanse las siguientes modificaciones que, en junta general de accionistas de 23 de diciembre del año próximo pasado, se han hecho en los estatutos del Banco de la Unión:

"*Artículo 7.°, inciso 6.* La emisión de billetes es á la "vista y al portador. La emisión de billetes se extenderá "también á bonos hipotecarios y prendarios á largo plazo, "para cuyo efecto establecerá el Banco una sección espe- "cial hipotecaria.

"El objeto y operaciones de esta sección serán:

"1.° *Canjear* toda clase de valores circulantes en la "república, previo el examen del crédito, con billetes emi- "tidos por el Banco que garanticen al público el pago de "los valores *canjeados.*"

Los artículos 2.° y 18 de un decreto expedido por el presidente de la república en 16 de enero de 1880, dicen así:

"*Artículo 2.°* Incumbe á la oficina de billetes fiscales anexa á la superintendencia de la Casa de Moneda la custodia, emisión, *canje*, renovación, retiro y destrucción de los billetes que deberán darse á la circulación, conforme al artículo 2.° de la ley de 26 de agosto de 1879".

"*Artículo 18.* Constituída la oficina de emisión, y habilitada una cantidad competente de billetes, procederá á *canjearlos* por vales provisionales del Tesoro, dándose aviso previo del día en que deba empezarse esa operación".

El artículo 12 del reglamento de las direcciones del Tesoro y de la Contabilidad, expedido por el presidente de la república en 2 de julio de 1883, dice, entre otras cosas, lo que va á leerse:

"*Artículo 12.* Corresponde á los tesoreros:

". . . . . .

". . . . . .

"15. *Canjear* los billetes fiscales inutilizados que de-

ban retirarse de la circulación en conformidad de las instrucciones que se den por la dirección del Tesoro.»

Ni *canje*, ni *canjear* tienen los significados que se les atribuyen en las disposiciones precedentes.

Hé aquí las únicas que dan á estas palabras, así el DICCIONARIO de la Academia, como los demás diccionarios.

«*Canje* (del italiano *cangio*, cambio), masculino. Cambio, trueque. Se usa sólo en materias diplomáticas, hablándose de poderes, prisioneros etc.»

«*Canjear*, activo. Hacer canje. Se usa sólo en asuntos diplomáticos».

Sin embargo, el CÓDIGO ESPAÑOL DE COMERCIO emplea las palabras *canjear* y *canje* en el sentido de cambio de documentos privados.

Léase el siguiente:

«*Artículo 207*. El porteador recogerá la carta de porte, y el cargador puede exigirle un duplicado de ella, suscrito por el porteador, el cual servirá de título para reclamar, en caso necesario, la entrega de los efectos dados al porteador en el plazo y bajo las condiciones convenidas.

«Cumplido el contrato por ambas partes, se *canjearán* ambos títulos; y en virtud de este *canje*, se tendrán por canceladas sus respectivas obligaciones y acciones.

«En caso de que, por extravío ú otra causa, no pueda el consignatario devolver al porteador en el acto de recibir los géneros el duplicado de la carta de porte, deberá darle un recibo de los efectos entregados.»

El CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO emplea también la palabra *canje* en el mismo sentido que el CÓDIGO ESPAÑOL, pues el artículo 214 dice, entre otras cosas, lo que va á leerse:

«La responsabilidad del porteador por pérdidas, desfalcos y averías se extingue:

«1.º Por la recepción de las mercaderías y el pago del porte y gastos, salvo que cualquiera de estos actos fuere ejecutado bajo la competente reserva.

«El *canje* del original de las cartas de porte prueba la recepción de las mercaderías y el pago del porte y gastos.»

CANON

El DICCIONARIO de la Real Academia Española define como sigue esta palabra, en su sentido forense: «Lo que se paga en reconocimiento del dominio directo de algún terreno».

Don Andrés Bello, en unos artículos dados á luz en EL ARAUCANO el año de 1834, hacía acerca del uso de esta palabra en Chile la siguiente advertencia que, aún después de tanto tiempo, es oportuna:

«Lo que se da anualmente por el arriendo de un predio rústico ó urbano, lo llaman algunos *canon*. Pero *canon* es propiamente lo que paga el enfiteuta en reconocimiento del dominio directo. Lo que paga en dinero o frutos un arrendatario, se dice *renta*.»

Don Andrés Bello extendió en el artículo 2,022 del CÓDIGO CIVIL CHILENO el significado de *canon*.

«*Artículo 2,022*. Se constituye un censo cuando una persona contrae la obligación de pagar á otra un rédito anual, reconociendo el capital correspondiente, y gravando una finca suya con la responsabilidad del rédito y del capital.

«Este rédito se llama *censo* ó *canon;* la persona que le debe, *censuario*, y su acreedor, *censualista*.»

Consecuente con esta definición, Bello, en los artículos posteriores del título 27 del libro 4.º, llamó *canon* el rédito producido por el *censo*.

El mismo Bello redactó como sigue el artículo 1,917 del Código Civil Chileno:

Artículo 1,917. "El precio puede consistir ya en dinero, ya en frutos naturales de la cosa arrendada; y en este segundo caso, puede fijarse una cantidad ó una cuota de los frutos de cada cosecha.

"Llámase *renta* cuando se paga periódicamente."

Don Andrés Bello consideró, pues, como cosas diversas el *canon* y la *renta*.

Sin embargo, en Chile, la palabra *canon* se emplea muy á menudo en lugar de *renta*, no sólo por la gente vulgar, sino por abogados y jueces de cuenta.

Aparece igualmente en los documentos oficiales del gobierno.

El artículo 6 de un decreto expedido por el presidente de la república en 1.º de septiembre de 1866, contiene, entre otras disposiciones, la que va á leerse:

"*Artículo 6.º* Los corredores cobrarán por los diversos actos de su oficio los siguientes derechos:

"..... .

"..... .

"10. En el arrendamiento de fundos rústicos ó urbanos cuya *renta* anual no pasa de mil pesos, se cobrará sobre el *canon* de todo el plazo fijado en el contrato, uno por ciento."

Cualquiera advertirá que, en el pasaje antes citado, se emplean en un mismo sentido las palabras *renta* y *canon*, cuando sólo debió usarse la primera.

Los artículos 1.º y 2.º de un decreto expedido por el

presidente de la república en 15 de marzo de 1877, dicen así:

"*Artículo 1.º* La junta de almoneda de Valparaíso pedirá propuestas para dar en arriendo las islas de Juan Fernández.

"*Artículo 2.º* Las condiciones del arriendo serán las siguientes:

". . . . . .

"2.ª El mínimum del *canon* será de ochocientos pesos anuales."

Algunos invocan para justificar esta corruptela el texto del artículo 647 del Código Civil Chileno, que dice así:

"*Artículo 647.* Se llaman frutos civiles los precios, pensiones ó *cánones* de arrendamiento ó censo, y los intereses de capitales exigibles ó impuestos á fondo perdido."

Se pretende que Bello emplea aquí la palabra *canon* como equivalente de *renta.*

No me parece.

En el artículo 647, se habla de precios, pensiones ó *cánones* de arrendamiento ó *censo.*

Es claro que *precios* se refiere á *arrendamiento,* en conformidad al lenguaje usado en los artículos 1,916, 1,917 y 1,918 del Código Civil; y *cánones* á *censo,* en conformidad al lenguaje usado en los artículos 2,022, 2,026, 2,032, 2,033, 2,039, etc.

Ha de saberse que *pensión* puede, según el Diccionario de la Academia, significar *renta* ó *canon.*

Don Andrés Bello le ha dado en el Código Civil estas dos acepciones.

El artículo 2,041 dice así:

"El censo perece por la destrucción completa de la finca acensuada, entendiéndose por destrucción completa la que hace desaparecer totalmente el suelo.

"Reapareciendo el suelo, aunque sólo en parte, revivirá todo el censo; pero nada se deberá por *pensiones* del tiempo intermedio".

Aquí *pensiones* está empleado manifiestamente por *cánones.*

La misma palabra es usada en el artículo 647 por *rentas.*

El espíritu hace sin esfuerzo alguno, en el artículo 647, la distribución correspondiente, refiriendo *pensiones* (rentas) á *arrendamiento,* y *cánones* á *censo.*

Esta distribución es muy común en los autores más puristas y atildados.

La composición de don Alejandro Fernández de Moratín titulada LA SOMBRA DE NELSON contiene estos versos:

> y la tierra y el mar de numerosas
> huestes se cubre, y de nadantes pinos.

Don José Gómez Hermosilla, en el JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES, hace acerca de estos versos la siguiente observación:

"El rigor gramatical exigía *se cubren,* porque la *tierra* y el *mar* forman un sujeto complejo; y en este caso, el verbo debe ponerse en plural. Sé que esta regla no siempre fué observada por nuestros escritores; pero aquí debió guardarse. Porque si no, parece que el *mar* es el que *se cubrió de huestes.* Fácilmente se puede corregir este descuido diciendo:

> y la tierra y el mar de numerosas
> huestes se cubren, y nadantes pinos;

en cuyas frases, como en otras muchas, el verbo se entiende distributivamente, significando que la *tierra* se cubre de *huestes;* y el *mar*, de *naves.*»

CAÑERÍA DE GAS

Los estatutos de la *Compañía de consumidores de gas de Valparaíso*, aprobados por decreto del presidente de la república fecha 4 de junio de 1860; los de la *Compañía de gas* de la misma ciudad, aprobados por decreto de 21 de noviembre de 1865; y los de la *Compañía de gas de Santiago*, aprobados por decreto de 16 de diciembre del mismo año, emplean la palabra *cañería* en el sentido de conducto formado de tubos de hierro pordonde se conduce y distribuye el gas para el alumbrado.

Mientras tanto, el DICCIONARIO de la Academia dice que *cañería* no tiene más significado que el de «conducto formado de caños pordonde se llevan las aguas á las fuentes ú otras partes»; pero, dejando á salvo el debido respeto á la autoridad del docto cuerpo, creo que, por extensión, la palabra *cañería* puede designar los conductos, no sólo del agua, sino también del gas.

CAÑÓN DE PIEZAS

El DICCIONARIO de la Real Academia Española da á la palabra *cañón* diversas acepciones, pero no le da ninguna que cuadre á la que tiene en la expresión *cañón de piezas*, tan usada en Chile.

El académico don Pedro Felipe Monlàu, en su bien elaborado DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, dice que este vocablo proviene del italiano

cannone, aumentativo de *canna*, porque los objetos á que se aplica esta denominación son más ó menos largos, rectos y huecos á modo de *caña*.

Efectivamente, tal es la forma de los diversos objetos á que se da esta denominación.

Es preciso convenir en que la fila de piezas ó aposentos seguidos ó colocados á continuación unos de otros á que en Chile se llama *cañón de piezas*, tiene una semejanza demasiado remota con la *caña*.

El DICCIONARIO enseña que, en vez de *cañón de piezas* debe usarse *crujía de piezas*.

En nuestro país nadie emplea esta segunda locución, y serán muy pocos los que entiendan su significado.

CAPA

El artículo 737 del CÓDIGO ESPAÑOL DE COMERCIO dice, entre otras cosas, lo que sigue:

"*Artículo 737.* En todo contrato de fletamento se hará expresa mención de cada una de las circunstancias siguientes:

" . . . . . .

" . . . . . .

"9.ª El tanto que se haya de dar al capitán por *capa*."

El artículo 982 del CÓDIGO CHILENO DE COMERCIO dice, entre otras cosas, lo que sigue:

"*Artículo 982.* La escritura de fletamento debe expresar:

" . . . . . .

" . . . . . .

"10.ª El tanto que se haya de dar al capitán por *capa*."

En las dos disposiciones precedentes, *capa* significa la

gratificación que por costumbre paga el fletador al capitán, además del flete.

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no da á *capa* esta acepción.

CAPELLÁNICO

Son de uso frecuente en el foro chileno estas ú otras expresiones parecidas: *terreno capellánico, capital capellánico.*

La palabra *capellánico* no viene en el DICCIONARIO de la Real Academia.

CAPITOSO

El DICCIONARIO de la Real Academia Española dice que *capitoso, capitosa,* es un adjetivo que significa únicamente «caprichudo, terco ó tenaz en su dictamen ú opinión».

El DICTIONNAIRE DE LA LANGUE FRANÇAISE por Littré, dice que *capiteux, capiteuse,* es un adjetivo equivalente á «que afecta la cabeza, hablando de los vinos que son ricos en principios espirituosos de los que embriagan fácilmente».

Los escritores franceses suelen emplear este vocablo en sentido metafórico, aplicándolo á lo que embriaga ó transtorna el cerebro.

Algunos chilenos han seguido ya este ejemplo.

CARÁTULA

No sólo en Chile, sino también en Colombia y el

Ecuador, y probablemente en toda la América española, se emplea *carátula* por *portada de libro*, ó *cubierta de legajo*.

Don Andrés Bello insertó el año de 1848 en El Araucano un artículo titulado *Derecho de autores*, en el cual se lee este pasaje:

"En una ley del año de 1846, de que se dió un instructivo extracto en El Mercurio de Valparaíso de 26 de agosto del año pasado, se da la propiedad de toda producción literaria ú obra de arte al autor ó artista y á sus *asignatarios;* se da igual derecho de propiedad al traductor de una obra original, á menos que el autor haya declarado en el prólogo ó *carátula* que él mismo ha de entender en la traducción, y en tal caso, toda traducción que aparezca dentro de un año sin el consentimiento del autor original, se tiene por contrahecha."

El artículo 1,029 del Código Civil Chileno, dice así:

"*Artículo 1,029.* El testamento otorgado en la forma prescrita en el artículo precedente, y que no lo haya sido ante un jefe de legación, llevará el visto bueno de este jefe; si el testamento fuere abierto, al pie; y si fuere cerrado, sobre la *carátula*: el testamento abierto será siempre rubricado por el mismo jefe al principio y fin de cada página.

"El jefe de legación remitirá en seguida una copia del testamento abierto, ó de la *carátula* del cerrado, al ministro de relaciones exteriores de Chile, el cual, á su vez, abonando la firma del jefe de legación, remitirá dicha copia al juez del último domicilio del difunto en Chile, para que la haga incorporar en los protocolos de un escribano del mismo domicilio.

"No conociéndose al testador ningún domicilio en

Chile, será remitido el testamento por el ministro de relaciones exteriores á un juez de letras de Santiago para su incorporación en los protocolos de la escribanía que el mismo juez designe.»

Se ve que, en el precedente artículo, *carátula* se encuentra empleado dos veces en el sentido de cubierta.

Igual cosa sucede en los artículos 1,047 y 1,054.

El inciso 1.º, artículo 13 de un decreto expedido por el presidente de la república, en 16 de enero de 1880, dice así:

«Entregados los billetes impresos á la oficina de emisión, el jefe de ésta ó los empleados que él comisione, revisarán uno á uno los libros padrones, conforme á sus tipos respectivos, para cerciorarse que está exacto el contenido que expresan la fractura de entrega y la *carátula* correspondiente, debiendo poner su media firma en esta última para atestiguar su conformidad.»

Mientras tanto, ningún diccionario que yo conozca da á esta palabra los significados de *portada de libro* y de *cubierta de legajo.*

El Diccionario de la Real Academia autoriza sólo las tres siguientes acepciones:

1.ª «Máscara ó mascarilla de cartón ú otra materia para cubrir la cara.

2.ª «Mascarilla hecha de alambres bastantes juntos, que usan los colmeneros para defender la cara de las picaduras de las abejas, y poder ver libremente cuando castran y registran las colmenas.

3.ª «Ejercicio de los farsantes.»

Don Andrés Bello, en otros artículos del Código Civil, ha empleado *cubierta* ó *sobrescrito*, en vez de *carátula.*

Léase el siguiente

"*Artículo 1,023.* Lo que constituye esencialmente el testamente cerrado es el acto en que el testador presenta al escribano y testigos una escritura cerrada, declarando de viva voz ó de manera que el escribano y testigos lo vean, oigan y entiendan (salvo el caso del artículo siguiente) que, en aquella escritura, se contiene su testamento. Los mudos podrán hacer esta declaración escribiendo á presencia del escribano y testigos.

"El testamento deberá estar escrito, ó, á lo menos, firmado por el testador.

"El *sobrescrito* ó *cubierta* del testamento estará cerrada, ó se cerrará exteriormente, de manera que no pueda extraerse el testamento sin romper la *cubierta.*

"Queda al arbitrio del testador estampar un sello ó marca, ó emplear cualquier otro medio para la seguridad de la *cubierta.*

"El escribano expresará en el *sobrescrito* ó *cubierta*, bajo el epígrafe *testamento*, la circunstancia de hallarse el testador en su sano juicio; el nombre, apellido y domicilio del testador y de cada uno de los testigos; y el lugar, día, mes y año del otorgamiento.

"Termina el otorgamiento por la firma del testador y de los testigos, y por la firma y signo del escribano, sobre la *cubierta.*

"Durante el otorgamiento estarán presentes, además del testador, un mismo escribano y unos mismos testigos, y no habrá interrupción alguna sino en los breves intervalos que algún accidente lo exigiere."

Cubierta se encuentra también en el artículo 1,024.

Me parece que *cubierta* y *sobrescrito* no son equivalentes.

Cubierta, entre otros significados que no hacen al caso, tiene, según el DICCIONARIO de la Academia, el de "papel con que está cerrada una carta".

Aunque el DICCIONARIO no lo diga, *cubierta* puede aplicarse fácilmente, por extensión, al papel con que está cerrado un documento ó un legajo.

Sobrescrito significa, según el DICCIONARIO de la Academia, "lo que se escribe en el *sobre*, o la parte exterior de un pliego cerrado para darle dirección".

Aparece que, en vez de *sobrescrito*, debió emplearse *sobre*, palabra que, según el DICCIONARIO de la Academia, significa "cubierta de papel en que se incluye la carta, comunicación, tarjeta, etc., etc., que ha de enviarse de una parte á otra".

Creo que el último requisito es accidental; y que bien puede llamarse *sobre* la cubierta de papel en que se envuelve un escrito destinado, no á ser remitido de un lugar á otro, sino á ser conservado en uno determinado, como, verbigracia, un testamento.

CAREADOR

Los artículos 7 y 8 de un reglamento del reñidero de gallos aprobado por el intendente de Santiago en 21 de agosto de 1846, son los que paso á copiar.

"*Artículo 7.* Cuando los gallos que riñen se vuelan para el otro lado, ó se dividan en distancia que no se puedan ofender, los *carcadores* en el acto tomarán sus gallos, y los conducirán al punto ya determinado, ejecutándose lo mismo cuando se salten del circo, previniéndose que ningún *careador* podrá quitar plumas á su gallo,

peinarlo, *cotorrearlo*, limpiar estacas, componer alas, ó tapar sangre de las heridas, so pena de que al contraventor se le privará en público de poder volver al *coliseo* (reñidero), reparando el juez prudentemente el perjuicio inferido, y nombrando otro *careador* sin reclamo del patrón ó apostadores. Del mismo modo se observará cuando algún *careador*, por torpeza ó mala fe, echase el gallo al suelo, ó hiciese otro hecho malicioso, en que se le pueda calificar por tal.»

«*Artículo 8.* Es prohibido refregar los gallos en los *careos;* y en cualquier estado en que éstos se encuentren, deberán precisamente pasarlos en las tablas que con este único fin *habrán* en el circo.»

Careador no aparece en el DICCIONARIO de la Academia, el cual, sin embargo, autoriza, entre otras acepciones del verbo *carear*, la de «ponerse resueltamente cara á cara dos ó más personas».

Si se puede decir en el sentido mencionado que dos personas se *carean*, puede decirse igual cosa de dos gallos.

El DICCIONARIO admite el sustantivo *careo*, «acción ó efecto de *carear* ó *carearse*».

Parece entonces que el autor del reglamento consabido, á pesar de su ninguna habilidad en el manejo del idioma, pudo inventar, ó más probablemente, adoptar la expresión *careador de gallos.*

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

LITERATURA RUSA

"GUERRA Y PAZ"

POR EL CONDE TOLSTO

I

Al decir de M. Melchior de Vogué, el reputado colaborador de la RÉVUE DES DEUX MONDES, que tantos estudios ha consagrado á la Rusia contemporánea, los rusos toman ahora plena *revanche* de la invasión francesa de 1812; con la diferencia de que en vez de ir la invasión rusa en Francia acompañada de tantas desastrosas calamidades como lo fué aquella, es harto pacífica y provechosa, toda vez que sus huestes no las forman soldados sino libros, y el genio que la dirige no es militar sino literario.

Los ecos de esa considerable invasión no podían tardar en llegar hasta nosotros, y gracias á las excelentes ver-

siones francesas de M. Halpérine y otros compatriotas suyos, nos es dado saborear una literatura que escasísimos extranjeros son capaces de estudiar en su propia y desconocida lengua. Gracias al entusiasmo que se ha despertado en Francia por esos libros, nos es dado conocer algo del movimiento intelectual, del espíritu, y de las tendencias literarias en tan grande como apartada nación.

Con todo, el conocimiento de la nueva literatura rusa no se ha extendido mucho todavía en Chile, ni nada, que yo conozca, hase escrito tampoco para popularizarla, á pesar de la importancia que va adquiriendo en Europa, en términos que forma ya una escuela tan rica y tan original al mismo tiempo, que será en ella muy principalmente donde deberá estudiarse más tarde la novela realista del siglo XIX. Porque hay que advertir que los más notables escritores rusos, Tolstoï, Iván Tourguenef, Gogol, Dostoievskï y otros varios, son ante todo novelistas, y han entrado de lleno por el camino del realismo contemporáneo. Comprenden este realismo á su manera especial, muy diverso seguramente del implantado en Francia por Gustavo Flaubert, y continuado en seguida con mayor ó menor rigor en las varias ramas del arte.

Parece natural que los rusos se hayan dedicado con frecuencia á la novela. Hay doble razón que lo explica. Primero, la necesidad absoluta que se siente de ficción y de fantasía cuando la vida va materializándose tanto que apenas encuentra en su curso ordinario algo que lo amenice y la distraiga de la abrumadora rutina; y luego, las circunstancias especiales del pueblo ruso, mucho más atrasado é inculto que los pueblos de occidente, á quien tratan de dirigir y enseñar los grandes escritores, con-

duciéndole suavemente por una senda tan hermosa que apenas deja traslucir la aridez ó dificultades propias de toda enseñanza.

II

No pretendo disertar ahora sobre la novela rusa en general, ni siquiera ssbre las obras completas del conde León Tolstoï, el más conspicuo de sus representantes; me propongo únicamente verter algunas observaciones sobre una de ellas, *Guerra y Paz*, quepor cierto es la que le ha valido desde el año último, al aparecer la versión francesa, mayor honra y nombradía literaria.

Guerra y Paz, romance histórico, como su autor lo califica, basta por sí solo para levantar la pluma del conde Tolstoï á una inmensa altura, para colocarlo al nivel de los primeros escritores del siglo.

Analizar minuciosamente los tres volúmenes de que se compone sería más que compleja tarea. Trataré de impartir á los lectores una noticia más ó menos breve de la obra, y de las ideas primordiales ventiladas en ella por su autor; y ojalá que mi trabajo fuera parte á acrecentar el gusto entre nosotros por una literatura tan bella cuanto poco conocida. Según lo declara la clasificación que viene en pos del título de la obra, Tolstoï ha querido allegar á los atractivos de una simple novela el interés propio y especial de la historia, y no el que pueda inspirar una época insignificante de la historia, sino el palpitante interés evocado en el alma de todos por uno de los períodos más convulsivos y dolorosos de la humanidad.

Hé aquí que su libro tiene doble carácter: el histórico y el novelesco. Y por el contrario de lo que acontece

con las novelas de Walter Scott, en que la romancesca y soñadora fantasía envuelve á la historia en una niebla oscura de vaguedades sentimentales, haciendo perder con ella en precisión á los hechos, y su naturalidad y real modo de ser á los personajes, el novelista ruso, como adepto al sistema realista que es, subordina la ficción á lo verdadero, lo fantástico á lo real, y analiza los acontecimientos y las situaciones de la vida más con el helado criterio de un filósofo que con la emoción ardiente y el entusiasmo del novelista romántico ó del inspirado poeta.

Pero Tolstoï posee las cualidades más variadas. Muéstrase á las veces en su novela, filósofo, historiador y poeta. Filósofo, por sus raciocinios, y por su prurito de indagar las causas de las cosas; historiador, por su estudio de los sucesos y de los personajes; poeta, por la delicadeza de sus sentimientos íntimos.

Ha aplicado con singular éxito á la historia el sistema realista de la novela contemporánea. Pone frente á nuestra vista cuadros tan vivos, y nos coloca delante de escenas tan reales y maravillosamente descritas, que no podemos dudar un instante de su incontestable veracidad. Es tan artísticamente realista, al extremo de ocultar en medio de ese mar de realidad una multitud de rasgos de idealismo, que pasan desapercibidos como tales en el momento, pero no por eso sin dejar en el alma la huella de su paso con el encanto indecible que en ella produce siempre todo lo que se eleva de la esfera común de la vida humana.

III

Puesto que en *Guerra y Paz*, como dije antes, más im-

portante rol hace la historia que la narración novelesca, natural es ocuparse con preferencia en la primera que en la última.

Abraza el libro de Tolstoï un período de quince años, desde 1805 hasta 1820, es decir, un período que encierra los notables sucesos ocurridos en Europa entre el aniquilamiento militar de los países centrales y la desastrosa retirada de los franceses, después de la gran campaña de Rusia.

En 1805, Bonaparte, coronado emperador de los franceses, es dueño ya de la Italia, de la España, de los Países Bajos y, llevando la guerra y la devastación al centro mismo de Europa, emprende campaña contra los prusianos y los austriacos.

Mientras el general Mack se rinde bajo las murallas de Ulm, Napoleón ocupa á Viena y dicta leyes al Austria. Entretanto, el ejército ruso, al mando del general Kotouzow, se mantiene al otro lado del Vístula. Da principio éste á sus operaciones y pónese en movimiento para proteger al imperio aliado; pero, á pesar del encuentro contra Morthier en Krems, favorable á los rusos, se habría visto cercado por doble número de franceses, á no ser por la demora de Murat, quien, después de engañar al príncipe Auersperg, encargado de la defensa de Viena, primeramente, y del Puente Thabor, en seguida, se detuvo sin avanzar su marcha.

Reconvenido por Napoleón, va Murat al encuentro de los rusos, y éstos, mandados por el príncipe Bagration, obtienen la victoria cerca de la aldea Schöngraben, después del combate más reñido y encarnizado.

Napoleón, entonces, dejando á Viena con su ejército,

avanza hacia el norte para juntarse con las tropas de Murat y operar en Bohemia contra los aliados.

El emperador Francisco y la corte austriaca, establecidos en Brünn desde el abandono de Viena, tienen, á su vez, que salir de aquella ciudad para refugiarse en Olmütz, donde se les reunen el emperador Alejandro y su séquito. Ambos soberanos revistan las tropas austriacas y rusas, cuyo entusiasmo por llegar pronto á la batalla no puede describirse. Después del encuentro de Schöngraben han comprendido que los franceses no son invencibles.

Napoleón, venido de Viena y reuniéndose con sus otros ejércitos, abre preliminares de paz. Savary y Dolgoroukow crúzanse en embajada parlamentaria, y por no arribarse á resultado pacífico alguno, unos y otros se preparan para el ataque. Esa es la famosa batalla de Austerlitz, batalla de los tres emperadores. Tolstoï la describe de una manera sorprendente, cautivando el interés del lector con cada uno de sus episodios, y no menos por la especial simpatía que ya en el curso de la novela han sabido captarse los personajes que sobresalen en la batalla.

El autor no desmiente su nacionalidad, por cierto, y atribuye la extraordinaria confusión que reinó en el campamento aliado y la derrota desastrosa que fué su consecuencia, á la teórica estrategia de los generales austriacos y á Weirother, sobre todo, cuyo plan de ataque, tan minuciosamenre elaborado de antemano, según Kotouzow lo anunciaba, fué del todo quimérico y falló desde su base por ignorarse la verdadera posición y el número de las tropas enemigas.

Sea cual fuere la causa de la derrota, es el hecho que

Austerlitz trajo la caída definitiva del Austria, así como poco después Friedland la del reino prusiano, que, con la paz de Tilsitt, en 1807, quedó humillado hasta la vergüenza y desapiadamente destrozado.

El desastre de Austerlitz fué menos desastroso para la Rusia. Napoleón y Alejandro hicieron la paz después de la entrevista en Erfürth, y el ejército ruso hubo de volver á su propio territorio sin haber logrado, en apoyo de los austriacos, otra cosa que sostener una campaña tan frustrada como costosa, y sacrificar algunos miles de sus hijos.

Dejando á la Europa en este estado de sumisión dolorosa, termina el volumen primero de la obra de Tolstoï.

IV

Pasaron apenas cuatro años después de los sucesos apuntados más arriba, y Napoleón, absoluto señor de toda la Europa central, dejó á Dresden, donde había visto el cenit de su gloria. Ávido de mayores conquistas é insaciable aún su ambición de poderío, no podía mirar impaciente al imperio oriental, libre todavía de su vasallaje, y quiso dominarlo. La neutralidad armada de Rusia, las intrigas de Inglaterra, la rotura del bloqueo continental y, en fin, la intervención en favor del desposeído duque de Oldenburgo, todo esto brindábale motivos plausibles para emprender la nueva campaña contra Alejandro, y para humillar el águila moscovita, suplantando á ella el águila francesa en las altas torres del Kremlín.

Pasó el Niemen á la cabeza de un colosal ejército, formado con el contingente de muchas naciones esclavas, sin declarar la guerra siquiera. Alejandro estaba en

Vilna, capital de la antigua Lituania, y fué sorprendido en un baile con la aterradora noticia de la invasión francesa.

El czar envió al punto un embajador para tratar de contener el avance de los enemigos. La embajada de Balachow, sobre ser infructuosa, puso de manifiesto más que nunca el carácter orgulloso é intratable del más ambicioso de los hombres. Las invectivas y los insultos que Napoleón lanzó en esa entrevista contra la Rusia y la Europa entera y su manera de portarse entonces, allegado á tantos otros rasgos de su vida, justifican sobradamente la síntesis que Taine ha hecho de su carácter y de su obra, resumida en estas palabras: es la obra del egoísmo servido por el genio.

Salvada una vez la frontera, continúa avanzando el gran ejército hacia el corazón de la Rusia y, á medida que los enemigos avanzan, retíranse poco á poco los rusos.

Cae Smolensk sin defensa. Tienen lugar las batallas Schevardino y Borodino el 5 y 7 de septiembre de 1812, y aunque la victoria indecisa favoreció más bien á los rusos en la última, repliéganse siempre por el camino de Viazma hacia Moscou y, luego, abandonando la capital hacia Riazán, en términos que hasta ella quedaba con sus puertas abiertas y á merced de los enemigos.

Entra Napoleón á Moscou, ideal soñado por tanto tiempo; pero la encuentra desierta. Los cañones del Kremlín están mudos; cerrados los palacios de la nobleza y las basílicas bizantinas, cuyas cúpulas doradas, que se cuentan por miles, anuncian desde lejos á la capital santa, á la Jerusalén del imperio ortodojo. No hay en las calles más habitadores que algunos ebrios y desca-

misados corriendo á caza de botín, antes que los vándalos de Occidente vengan á incendiar la ciudad y á arrebatarles sus tesoros.

Pero la caída de la capital no produjo en Rusia el efecto que había producido en los demás países. Si la posesión de Viena, de Berlín, de Bruselas, de Milán y de Nápoles, había conquistado de hecho para Napoleón todos los territorios que las reconocían como capitales, la posesión de Moscou, en cambio, por dolorosa y humillante que fuera para los moscovitas, no hizo sino como en España, enardecer el patriotismo levantado, encarnizar en el alma de todos los rusos el odio contra los invasores, y preparar una victoria lenta pero segura, ayudada en verdad por la naturaleza, pero no por eso menos gloriosa para los fieles súbditos del czar.

Á fines de octubre comenzó la retirada de los franceses hacia el occidente, retirada la más desastrosa y terrible que acaso consignan los anales de la historia humana.

El brillante ejército fué paso á paso dejando sus despojos bajo la nieve de las estepas, helados por el frío, debilitados por el hambre, rendidos por el cansancio, y aguijoneados y perseguidos en todas partes por soldados y paisanos rusos, que al perseguirlos sufrían poco menos que los franceses mismos, tan febril era la marcha, tan crudo el invierno, y tan escasas las provisiones y el albergue.

Acumulándose todo género de desastres, el paso del río Beresina fué para los franceses el colmo de la desgracia.

Poco después Napoleón volvía á atravesar el Niemen y abandonaba el territorio ruso, dejando en él la flor y

nata de sus ejércitos, á cientos de miles de sus mejores soldados, y sin recoger más frutos de la gran campaña de Rusia que su derrota actual y el aniquilamiento de su futura grandeza.

V

Hasta aquí la parte de narración histórica en *Guerra y Paz.*

Durante el desarrollo de todos estos acontecimientos se encarga Tolstoï de trazar á sus lectores un cuadro completo y complejo á la vez del estado de la Rusia á principios del siglo presente.

Requiérese buen caudal de atención y de memoria para abarcar ó retener el encadenamiento de escenas que nos pinta, para seguirle, ya en los salones aristocráticos de Petersburgo, ó de Moscou, ya en sus calles ó teatros, ya en los dominios de las familias nobles en apartados gobiernos, ya en las cortes de los emperadores, ya en los consejos de generales, ó en el campamento de los soldados. Pero esa atención y ese esfuerzo de memoria están compensados de sobra por el nunca amortiguado interés que despiertan los diversos episodios de todo género, toda vez que ellos, á la vez de ser narrados admirablemente, encierran en su conjunto todo lo que hay de vitalidad en un pueblo, desde los nobles más altaneros y los *barine* (1) que mandan, hasta los paisanos más burdos y los *dvorovys* (2) que obedecen al látigo del *starosta* (3). En esos episodios que rodean á la acción principal de la historia y de la novela está todo lo que

(1) Señores territoriales.
(2) Siervos allegados á la casa ó á los dominios del señor.
(3) Especie de mayordomo que dirigía á los paisanos y á los siervos.

piensa, siente y se agita en la complicada maquinaria de una gran nación, que no por estar mal constituída aún, según el sistema ó el espíritu moderno, es menos interesante y menos digna de observación y estudio.

La Rusia de 1805 estaba dividida en dos porciones, formando la alta clase, como hoy, dos grupos diversos. Uno, el de Petersburgo; otro, el de Moscou, ambas ca-capitales que se disputaban la supremacía.

Formaba el primero la corte del joven emperador Alejandro y sus allegados; el segundo la nobleza antigua del tiempo del emperador Pablo y de sus antecesores. El rango de ésta era más elevado por la sangre, por la fortuna, por la antigüedad y las tradiciones y por todos aquellos títulos que constituyen el valer y la jerarquía en la aristocracia territorial.

Petersburgo era, como es hoy, la capital del gobierno, de la moda, de la elegancia al estilo europeo, cuya sociedad se pagaba más de la forma que del fondo. Moscou, la capital patriótica, la de los recuerdos nacionales, la ciudad eminentemente rusa, la ciudad santa de la religión ortodoja.

En la primera influía considerablemente el elemento extranjero. Las costumbres de la sociedad eran calcadas en los modelos de occidente; lo francés dominaba en los salones de la aristocracia; lo alemán en los consejos de la administración militar. Allí admiraban á Napoleón Bonaparte como al fénix de la guerra y, anhelando mayor estrechez en las relaciones sociales é intelectuales con Francia, los ecos de la gran revolución y sus quiméricos ideales no habían dejado de penetrar al través de la espesa muralla de su teocrático régimen. En Moscou, por el contrario, el sentimiento ruso estaba intacto;

intacto el cariño por sus viejas y gloriosas tradiciones de lo pasado y por la arraigada idea de independencia absoluta del resto de Europa.

Napoleón no era para ellos el emperador de los franceses, sino Bonaparte, soldado audaz y ambicioso, que hasta entonces había tenido la fortuna de pelear contra los alemanes y de darse el fácil gusto de vencerlos. Estos eran la plaga que, á juicio de los moscovitas, podría traer la ruina de su país, y á quienes desgraciadamente estaba encomendado en gran parte el manejo de sus operaciones de guerra.

VI

Tolstoï, en el largo transcurso de su obra, da innumerables pruebas de pertenecer al número de los que sustentan este viejo patriotismo moscovita. Muéstrase enemigo como ninguno de los generales extranjeros al mando de las tropas nacionales. Así como en Austerlitz inculpa á Weirother la inusitada confusión de los aliados, así más tarde reprocha á los alemanes Barclay de Tolly y Bennigsen por haber trabado la acción espontánea de Kotouzow en el ejército, haciéndose en extremo perjudiciales á éste; y sostiene al propio tiempo que, en vez de ser justo el cargo de incompetencia tan comunmente lanzado entonces y después contra Kotouzow, fué él el único general ruso que, decididamente patriota y abnegado, supo comprender las verdaderas necesidades de la patria y trabajar por ellas con tenacidad y desinterés.

Guerra y Paz es una obra subjetiva, y siendo así, las propias ideas del autor y las observaciones personales de que vienen sembradas sus páginas tienen, puede decirse, mayor importancia que las emitidas por los personajes

históricos ó novelescos, y es en ellas donde debemos explorar principalmente el dilatado campo que abarca el alma del eminente novelista ruso.

Filósofo frío y razonador, Tolstoï investiga las causas de los acontecimientos, y remontándose á un origen más alto que aquel que estriba en la humana inteligencia, no se deja alucinar por los espejismos de gloria ni por las brillantes aureolas que suelen iluminar la frente de ciertos hombres á quienes el destino coloca al frente de la humanidad, y que ésta, deslumbrada por el brillo y enajenada por la grandeza, contempla, admira y agasaja inconscientemente.

Moralista recto y severo, no se deja seducir por el unísono coro de alabanzas que ensalza á los unos, tributándoles homenaje ó dándoles el título de "grandes", ni por la indiferencia ó el desdén que pesa sobre el nombre y la memoria de los otros. Su alma elevada y su no corrompido criterio comprenden demasiado que allí donde no hay bien no puede caber grandeza, porque admitirla fuera de las leyes eternas del bien y del mal, equivale á reconocer su inferioridad y su moral pequeñez.

Espíritu exacto y calculador, no se deja convencer tampoco por las pretendidas combinaciones estratégicas de muchos capitanes, que por minuciosa y científicamente detalladas en las páginas de los historiadores, no pasan de ser, en la mayoría de los casos, así teóricas en su concepción como en su desarrollo inexactas.

De todo lo dicho en los párrafos anteriores desprénde se fácilmente cuál será la idea general sobre Napoleón que Tolstoï ha querido desenvolver en el libro que analizo, y cuál la impresión que él trata de infundir en el ánimo de los lectores. Puede que el sentimiento patrió-

tico y el amor propio de ruso, herido, le hayan llevado un poco lejos en sus apreciaciones, haciéndole desconocer algunas sobresalientes cualidades que el mundo unánime acuerda al conquistador de Europa; pero es noble audacia la del escritor que, desentendiéndose, como el mismo Tolstoï lo expresa, de la influencia casi supersticiosa que ejercía y ejerce el genio de Napoleón, se atreve á impugnar su grandeza, y á atacarle, no sólo en su calidad de hombre y de soberano, que ello es tarea muy sencilla, sino también en su carácter de soldado valeroso y de sabio y aguerrido capitán.

Le inculpa, por una parte, numerosas faltas estratégicas en la campaña de Rusia, que es la página militar de Napoleón que viene á su intento, y por la otra le arrebata buena porción de su gloria por las razones que más adelante veremos.

VII

Es muy común entre los rusos el fatalismo, y así se comprende que la nación haya consentido en quedar sometida á un régimen teocrático que tanto choca en los tiempos de libertad que corremos. Contribuye el fatalismo á que los hombres acepten los hechos como necesarios sin que se den la molestia de indagar si es posible variar el curso de los acontecimientos y de alterar la condición actual de los pueblos.

Tolstoï, que tan pesimista se manifiesta en algunas otras de sus novelas, va á dar á la triste solución del fatalismo cada vez que trata de averiguar las causas de los hechos históricos que analiza en *Guerra y Paz*. No encuentra lógicos los raciocinios de los historiadores franceses ni exacto el que se atribuya á la voluntad de un

solo hombre el cúmulo de guerras y desolaciones que afligieron á la Europa á principios de este siglo. No cree que Napoleón por su única voluntad ó por su genio pusiera en movimiento á millones de hombres, ni que llevara consigo la muerte, la destrucción y el incendio al través de ciudades y de países por su solo capricho, ni cree tampoco que hubiera bastado una nota diplomática de Talleyrand, de Pitt, de Roumiantzow ó de Metternich, para impedir esas mismas guerras y devastaciones.

Esos hechos son, según él, como todos los demás de la historia, consecuencia fatal de innumerables causas, algunas de las cuales únicamente se hallan al alcance de nuestra inteligencia. Se verificaron, porque debían verificarse, y nó porque Napoleón fuese ambicioso, ó astuta la Inglaterra ó porfiada y persistente el Austria.

La coincidencia de causas determinadas y fijas de antemano es lo que mueve á los reyes y á todos los hombres que rigen los destinos de los pueblos; de tal suerte que mientras más alta es la jerarquía y mayor la suma de dominio, mayor es también la dependencia de los actos del hombre de ese conjunto de unidades extrañas que se sobreponen á su voluntad y le hacen obrar por un impulso necesario.

"El corazón de los reyes está en la mano de Dios, y los reyes son los esclavos de la historia", esclama Tolstoï; y luego, resumiendo sus filosóficas observaciones, termina un capítulo con las palabras siguientes:

"Los supuestos grandes hombres sólo son las etiquetas de la historia, dan su nombre á los sucesos sin tener siquiera, como las etiquetas, lazo alguno con el suceso mismo. Ninguno de los actos de su llamado libre arbi-

trio es acto en realidad voluntario; está ligado *a priori* á la marcha general de la historia y de la humanidad, y su lugar hállase en ella prescrito de antemano desde toda la eternidad.»

Este sistema fatalista de Tolstoï me parece peligroso. Por demás difícil y complejo sería averiguar minuciosa y exactamente todas las causas que producen el más insignificante suceso de la historia, y mucho más aquellos tan trascendentales como los acaecidos durante el imperio napoleónico; pero esa dificultad no excusa en manera alguna que se vaya á buscar la solución del problema en la ciega necesidad.

Aceptar el fatalismo en la historia es echar por tierra la libertad individual, porque ¿qué otra cosa es la historia sino el conjunto de la vida y de los hechos de muchos hombres, cada uno de los cuales es libre y más ó menos responsable de sus actos? Y si cada uno es libre y el fatalismo no debe aplicársele para no coartar esa preciosa libertad ¿por qué motivo sería justificable aceptarlo para la comunidad entera?

Si en la vida de cada individuo hay tantos problemas cuyas causas ignoramos, cuántos y cuán profundos no los habrá en la vida de los pueblos. No es extraño que la mente se ofusque y en vano trate de desmenuzar las múltiples y variadas causas que traen consigo la realización de un hecho cualquiera; pero no es menos evidente que todas esas causas, por complejas y desconocidas, dependen del conjunto de voluntades según la mayor ó menor participación de cada individuo en el suceso realizado.

Tolstoï combate ó niega la influencia de los reyes y de los hombres que manejan el timón de los pueblos en

la realización de esos sucesos; mas yo creo que si no son ellos quienes precisamente los originan, tampoco pueden quedar reducidos siempre al triste papel de juguete de las circunstancias; y que si tales hombres sufren la influencia de éstas muchas veces, las crean, forman y determinan á su antojo en otras tantas. Hay reciprocidad entre el pensamiento y el acto; y no parece extraño que al manifestarse en el mundo un hombre de genio se atraiga como un imán violento todas las voluntades á la suya, de suerte que, dependiendo un hecho del concurso de todas ellas, se efectúa necesariamente, aunque haya sido una su primera causa y uno el origen que todos después puedan atribuirle.

Es indudable que muchos historiadores no comprenden el alcance ni la importancia de la ciencia que investigan, al tomar como causa de todos los acontecimientos la vida ó las voluntades de unos pocos hombres que se llaman soberanos ó capitanes. Esas vidas son sólo uno de los elementos de la historia, pues, es más justo decir con Tolstoï, que los reyes son formados por ella y nó que ésta la forman aquellos.

Cuestión es la presente como tantas otras en que es menester no aferrarse á ninguno de los extremos, sino adoptar un término medio prudente y razonable. Tan falso sería atribuir todo el mérito de los hechos ocurridos á los reputados grandes hombres, y darles toda la gloria, toda la responsabilidad que traen consigo, como quitárselas completamente, en razón de haber sido ellos sólo instrumento ciego é inconsciente de una fuerza superior é incomprensible que se llama fatalidad. Tolstoï cae en error al adoptar el segundo de estos extremos.

VIII

Si de la parte histórica pasamos á la parte novelesca de *Guerra y Paz*, encontraremos que al fatalismo comentado ya en la primera responde el pesimismo de la segunda. Hijo de un pueblo más supersticioso que religioso, como que la enseñanza pocas veces es herencia suya, Tolstoï parece haber perdido ese ideal sublime que tantas veces en la vida nos sirve de consuelo ó de esperanza á los que tenemos la dicha de poseerle. En su espíritu había probablemente demasiada luz para dejarse confundir en medio de tantas patrañas y supersticiones del pueblo, pero no la suficiente para descubrir que más allá de la mentira había verdad, y que, encontrando el límite que separaba á ambas, abríase un inmenso campo y un ideal infinito, lo único que puede satisfacer al alma oprimida y ofuscada por el fárrago de tenebrosas especulaciones.

Tolstoï respeta las creencias ó las prácticas religiosas de sus personajes; les hace inclinarse siempre ante las imágenes colocadas en los muros de las habitaciones; les hace descubrir la cabeza y santiguarse al pasar frente á las capillas ó á los santuarios; y en las muertes no faltan los últimos sacramentos, ni el *icono* para consuelo de los moribundos. Pero, sin embargo, no deja de traslucirse que también él es arrastrado por la corriente convencional del uso, y que si á ella se conforma, mayor es la indiferencia que la fe.

La religiosidad rusa engaña muchas veces. Cuando yo visité el país sorprendíanme en todas partes sus manifestaciones, dejándome la impresión de que no había pueblo

más religioso en el mundo. Hoy he variado de idea, y comprendo que aquella religiosidad vehemente y expresiva como ninguna, tiene, debido á la ignorancia ó á los vicios del clero ortodojo, grandes analogías con el antiguo paganismo. Por eso si una superstición pagana reina en el bajo pueblo, no es extraño, como contraste, que la impiedad ó el ateísmo sean comunes en la clase alta. Y de esta impiedad procede naturalmente el pesimismo.

El arduo problema de la vida y de la muerte es lo que agita constantemente el pensamiento de los personajes de *Guerra y Paz*. No se entregan ciegamente á su destino, no se someten fatalmente á la necesidad, sino que piensan, especulan, se agitan y se devanean por descubrir cuál es la suprema razón de la vida, y cuál la ley cruel y durísima de la muerte. No es el pesimismo ciego y tranquilo de algunos filósofos que en fuerza de la necesidad se conforman á soportar la carga que les abruma, sino el pesimismo que arguye, que discute, que encuentra oposición y lucha en el alma del que lo lleva. Y de esta discusión, y de esta lucha íntima brotan de repente chispas de luz, destellos de una claridad bienhechora que alumbra siquiera por un instante el negro abismo de aterrantes tinieblas.

Tolstoï evidentemente está ávido de encontrar un ideal que le salve; no se conforma con desesperar del bien, de la justicia, de la felicidad en el mundo. Pero, por desgracia, al tratar de aferrarse de alguna tabla salvadora en el naufragio de la vida, no encuentra la que pudiera mantenerle á flote, sino que se coge de aquellas que son demasiado débiles para su peso.

Á semejanza de Gœthe, que en Wilhelm Meister, el novelista ruso busca la solución del enigma de la vida en

el terreno de las idealidades quiméricas, de misteriosas abstracciones, que, por morales que sean, no se remontan á la alta fuente dedonde únicamente debieran proceder.

"Al salir de las crisis morales, dice Saint-Beuve, hay dos caminos posibles para el hombre, la caída y la distracción por medio de los sentidos, hasta que se amortigüen los sentimientos, ó la purificación, la viudez, la vela sobria é incesante por el alma". Tolstoï nos ofrece en *Guerra y Paz* un ejemplo de esta regeneración moral por medio de la lucha por el bien, de la abnegación, del sacrificio, y entonces arriba en parte siquiera al resultado que deseaba; si el fin de esa abnegación hubiera sido más elevado aún que el puramente humano habría salvado completamente la dificultad.

Si el problema de la vida es oscuro é insondable, el de la muerte lo es mil veces más. Difícilmente habrá otro escritor contemporáneo que haya estudiado tanto como Tolstoï el fenómeno fisiológico de la muerte; y al hablar sobre este asunto me cuesta reducir mis observaciones á *Guerra y Paz*, cuando acaba de aparecer un volumen del mismo autor, cuyo título, *La Mort*, da á entender demasiado el problema de que trato.

Halpérine cree encontrar en el fondo de estos cuadros terriblemente realistas una grande idea filosófica, contenida en la observación siguiente. Hay en Rusia notoria contradicción entre la manera de morir de la gente educada y aristocrática, y la de la clase baja del pueblo. Los primeros abandonan la vida luchando hasta lo último por retenerla, oprimidos por mil angustias, desesperados por mil tormentos. Los *mongiks*, en cambio, y según la expresión de Tourguenef, llegan al morir á un estado

que no es ni indiferencia, ni inconsciencia; mueren como si cumpliesen un deber: fría y sencillamente.

La razón de esto deberá, á mi juicio, buscarse en algo que dije antes. Faltando la idea religiosa en los unos, dejar la vida no es otra cosa que el aniquilamiento del sér y el abandono de todo lo que en ella es grato ó apetecido; dominando el sentimiento de fatalismo en los otros, la muerte es un trance necesario, imprescindible, sin remedio, algo que debe venir tarde ó temprano y que, convencidos de su necesidad, reciben con sangre fría y con corazón ligero é indiferente. Y esta observación me parece aplicable á todos los países del mundo en mayor ó menor grado, y no únicamente á la Rusia, tanto por lo expresado en la frase anterior como porque la diferente constitución hace variar mucho el interés de cada cual ó su apego á la vida.

En *Guerra y Paz* estudia Tolstoï especialmente la muerte en la batalla ó en la ambulancia militar; y hé aquí cómo, en una ocasión, expresa las sensaciones indefinidas de que es víctima el hombre al frente del enemigo, y cuya vida está próxima á jugarse en la partida. Se trata del encuentro de Schöngraben entre rusos y franceses.

"El tiempo había aclarado después de mediodía; un sol radiante descendía hacia el poniente sobre el Danubio y las oscuras montañas que lo rodean; el aire estaba en calma, y sólo el sonido de los clarines y los gritos del enemigo lo atravesaban á intervalos. Los franceses habían cesado el fuego. Experimentábase el sentimiento de esa distancia indefinible, insondable, amenazadora, que separa dos ejércitos en presencia uno del otro. ¿Qué hay á un paso más allá de ese límite, que evoca el pensamiento del otro límite, aquel que separa á los muertos

de los vivos?... ¿Lo desconocido de los sufrimientos, la muerte? ¿Qué hay mas allá de ese campo, de ese árbol, de ese techo iluminado por el sol? Uno lo ignora, pero desearía saberlo...

«Tenemos miedo de atravesar esa línea, y, sin embargo, desearíamos atravesarla, porque comprendemos que, tarde ó temprano, habrá necesidad de hacerlo, y que se sabrá entonces lo que hay allá lejos, tan fatalmente como hemos de conocer lo que se encuentra al otro lado de la vida. Nos sentimos exuberantes de fuerzas, de salud, de alegría, de animación, y los que nos rodean están tan contentos y valerosos como nosotros!...»

El drama es harto solemne para el hombre; y Tolstoï nos pinta en repetidas circunstancias las diversas faces de ese drama cuyo desenlace es la muerte. El párrafo que antecede refiérese al momento antes de la batalla. Viene en seguida el combate; las sensaciones son entonces demasiado confusas y aturdidas. Después, la bala que hiere y que, haciendo olvidar todas las cosas y los intereses extraños, nos pone frente á frente de la muerte. El soldado apenas razona; pero el oficial noble, el joven que ha abandonado su lujoso hogar y su cariñosa familia, cuyo amor está demasiado distante para recibir sus suspiros ó sus lamentos, ese sí que se revuelta á la idea de morir tan pronto. Siente la herida en el cuerpo; la fiebre le abrasa, los dolores le destrozan; la sangre le inunda, pero no quiere morir. Quiere á la vida, ama á la tierra y al sol; adora todo lo de este mundo. ¿Por qué habrían de matarle cuando todos lo quieren, su madre, su padre, sus hermanos, sus amigos? Nadie podría ser tan cruel.

Á esta desesperación por la vida, á esta lucha de ins-

tinto entre el ser y el no ser, sigue el aturdimiento ó el bienestar que precede al último trance. Entonces los dolores del cuerpo y los tormentos del espíritu ceden su lugar á la indiferencia por las cosas de este mundo. Los lazos materiales parecen desatarse, y elevarse el pensamiento á una región más pura, más ideal que aquella sangrienta y espantosa que rodea por todas partes.

En la serie de cuadros de *Guerra y Paz* que á tales situaciones se refieren, puede encontrarse, junto con el realismo muchas veces crudo de la forma, el fondo de idealismo que se sabe ocultar entre los pliegues de aquél. Está, además, la confirmación de lo que dice M. Halpérine en su prefacio de *La Mort.*

IX

Así como el pesimismo de Tolstoï en *Guerra y Paz* no encuentra en el ideal religioso barrera suficiente para que lo contenga, así también, de la misma manera, el ideal de felicidad por el amor, por el lazo y unión estrecha de dos almas, que es lo que para muchos constituye la dicha terrena, no basta á desvanecer el negro y pesado fantasma de la vida.

En *Guerra y Paz* ocupa el amor lugar del todo secundario; mucho más todavía el matrimonio. Ya en *Katia* había Tolstoï dado pruebas de poseer un espíritu poco romancesco. Ahora se ve nuevamente que considera la pasión amorosa más como fenómeno fisiológico con referencia á las sensaciones, que como aspiración del alma con referencia a los sentimientos. Y si tal es el amor, el matrimonio no podrá ser otra cosa sino

un lazo que hacen necesario el uso, las conveniencias sociales ó la comodidad personal. Toda consideración más alta queda en segundo término.

De esta suerte, escasísimos son los rasgos de verdadero entusiasmo amoroso entre los personajes; escasísimas las situaciones verdaderamente novelescas; y numerosos los casos en que el cariño queda pospuesto ante el matrimonio de conveniencia.

El príncipe Andrey, viudo de una mujer que no amó nunca, quiere, y es correspondido, á la joven condesa Natacha Rostow, el tipo de mujer más adorable en la novela; pero seducida ésta de repente por otro príncipe, tan atrayente por su figura como odioso por su conducta, olvida á aquél durante una larga ausencia. Después, sin embargo, la expiación de Natacha fué grande, y no menores la desesperación y el desencanto de Andrey. Se encontraron más tarde y se reconciliaron, pero cuando el príncipe estaba herido de muerte, después de Borodino. Murió en su presencia en medio de los horrores del hospital de sangre.

Pièrre Besouhkow, personaje más importante tal vez que Andrey, ambos, sin duda, héroes de la novela, tuvo también triste experiencia del amor y el matrimonio. Su mujer, la princesa Elena, ofrece la única nota discordante en el tono moral de la obra, y hace víctima de su conducta frívola al hombre que le daba la fortuna. De la desgracia doméstica provinieron todas las aventuras, los extraños proyectos y la regeneración moral de Pièrre, que viene á terminar, después de tantas alternativas, por casarse con Natacha, la prometida de su difunto amigo, y á quien él había querido secretamente por mucho tiempo. Este noble cariño, premiado al fin, excep-

ción en Tolstoï, es á su vez uno de los pocos rasgos románticos de *Guerra y Paz.*

Podría continuar citando muchos casos más de matrimonios desgraciados por la falta de cariño y por haberse efectuado con móviles ajenos al corazón; pero basten los referidos ya, pues me he propuesto, en el curso de este artículo, evitar los detalles y enumeración de personajes, que tan numerosos son y tan complicadas las escenas, y ocuparme tan sólo en las ideas dominantes de la novela y de su autor; lo demás habría sido exigir demasiado trabajo de los lectores que no conocen el libro, y aun también del que hace estos comentarios.

Si alguno de aquéllos, no satisfecho por lo sucintos que éstos son, deseara todavía conocer más el espíritu ruso y sus tendencias, que las estudie en su fuente misma, y que, estableciendo relaciones intelectuales con los escritores y novelistas, comparta las ideas diseminadas en sus libros. Ellos le abrirán un horizonte nuevo literario; le darán á conocer un país mucho menos conocido que lo que merece. Y entre todos esos escritores, yo le recomendaría con preferencia á Tolstoï; y entre todos esos libros, *Guerra y Paz.*

WANDERER

ÁLBUM PORTEÑO

I

EN BUSCA DE CUADROS

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótomo de los tranvías y el chocar de las herraduras de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; de las carreras de los corredores frente á la Bolsa; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio é inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al cerro Alegre que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de

enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda á pie como una ráfaga, que puebla los almacenes é invade los bancos, que viste por la mañana terno crema ó plomizo, á cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo á la luz, que brota de las vidrieras, los lindos rostros de las mujeres qne pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los extremecimientos de abajo. Erraba él á lo largo del Camino de Cintura é iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, casas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas; y tenía además, el inmenso espacio azul, del cual, él lo sabía perfectamente, los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó:—"¡Mary! ¡Mary!"—Y él, que andaba á caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II

ACUARELA

Había cerca un bello jardín, con más rosas que aza-

leas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín, con jarrones, pero sin estatuas; con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira ó del ansa de una ánfora y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en una ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas, mas con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

—¡Mary!

El poeta vió llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados, cuando flotan sobre las nucas marmóreas, y en que hay rostros que valen bien por un alba.

Luego, todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas; quince años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne; aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvo de oro, y las libélulas de alas cristalinas é irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el

alabastro de sus plumas, y zabulléndose entre espumajeos y burbujas, casi con voluptuosidad en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, dedonde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de la tal Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba á caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

—¿Qué traes?

—Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos grácil es de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapizlázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III

PAISAJE

Á poco andar se detuvo.

El sol había roto el velo opaco de las nubes y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo del camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruzcos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas ¡oh, gran maestro Hugo! unos asnos; y cerca de ellos un buey, gordo, con sus

grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despacioso y con cierta pereza la pastura. Sobre todo, flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las hierbas pisadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un guaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos, hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey en seguida y le echó el lazo á los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua de fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos.

—¡Bien!—dijo Ricardo.

Y pasó.

IV

AGUA FUERTE

Pero ¿para dónde diablos iba?

Y se entró en una casa cercana dedonde salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas

barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de lana de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábaseles á ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como en los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna al resplandor de las llamaradas, tenían tallas de cíclopes. Á un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. Á la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lirio, con un casi imperceptible tono dorado.

Ricardo pensaba:

—Decididamente, una escursión feliz al país de los sueños...

V

LA VIRGEN DE LA PALOMA

Anduvo, anduvo.

Volvía ya á su morada. Dirigíase al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios dedonde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale

en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albísimas que arrullan á sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un candor inefable. El niño Jesús, real como un dios infante, precioso como un querubín paradisíaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa.

VI

LA CABEZA

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón, y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los tortilleros, aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, á las mujeres de los ojos ardientes.

¡Uf!...

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las

concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclope, himnos al són de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados, estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, ó como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor!...

Además...

RUBÉN DARÍO

JUVENTUD

(EN EL ÁLBUM DE MATÍAS ERRÁZURIZ)

Iba sobre esta página sombría,
recuerdo de otro mundo y de otra edad,
un suspiro á dejar el alma mía,
doliente como triste realidad.

Iba á llorar los siglos que pasaron,
arrebatando en rápido turbión
corazones que ardientes palpitaron
por ensueños de gloria ó de ambición;

que amaron y aspiraron con fe pura
de su amor el perfume celestial;
que juzgaron eterna su ventura
y su nombre creyeron inmortal.

Pero... al fijar mis ojos en tu frente
enmudeció en sus ayes mi laúd,
aspirando suavísimo el ambiente
de esperanzas, de vida y juventud.

¡Edad feliz de halagos y alegría
que el alma arroban en ventura ideal,
tú cuya voz es célica armonía
y tu llanto rocío matinal;

tú que tiñes de rosa la mejilla,
y la frente de cándido rubor;
en cuyos ojos hechiceros brilla
grata promesa de soñado amor!

¡Juventud! tierna aurora bendecida,
cuyo recuerdo me acompaña fiel,
en el cáliz amargo de la vida
gota preciosa de aromada miel!

¡ah! ya que arrancas de mi humilde lira
un suspiro dulcísimo de amor,
sobre el amigo que mi canto inspira
desciende en ondas de rosado albor!...

¡Sí! que no apague el desengaño rudo
de su esperanza la radiante fe,
que estrecho sea el amoroso nudo
con que hoy acaso aprisionado esté...

que no abandone tu sonrisa suave
su tierno labio, donde amó vagar;
y, como vuela en el espacio el ave,
logre su mente hacia la luz volar!

AMELIA SOLAR DE CLARO

Julio 25 de 1887.

EN LA GRAN BRETAÑA

(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

El cuaderno de apuntes inéditos del señor Vicuña Mackenna sobre su viaje á Inglaterra en 1854 comienza con estas palabras:

"El principal objeto con que emprendí este viaje fué el de estudiar la agricultura de este país. El fruto que he obtenido compensa bastante, á mi juicio, el trabajo que para ello me he impuesto. Todo lo relativo á él está consignado en mis apuntes agrícolas.

"En cuanto á mis otras impresiones, debo decir con franqueza que son muy mezcladas. He visto cosas dignas de admiración, otras ridículas. No me gusta Londres por su espíritu exclusivamente mercantil, por su clima y por su situación. En este país hay que comprarlo todo: el principio de la supremacía del dinero está tácitamente reconocido por todas las clases. Y luego, todo es aquí excesivamente costoso: los ferrocarriles, á pesar de la baratura del carbón y del hierro, son dos veces más caros que en otras partes; los hoteles están constituídos como en un pie de despojo, y no tienen tarifa fija; en York he pagado veinte reales por una botella de burdeos que en París vale un franco; en Lincoln una infeliz vieja nos pedía cinco pesos diarios por habitación y comida, cuando con la mitad habría estado pródigamente pagada; los cocheros abusan aún más desvergonzadamente; sólo en Irlanda viene uno á salvarse de esta especie de saqueo permanente."

Hé aquí ahora algunos fragmentos del diario de viaje del señor Vicuña Mackenna, que tienen un sabor especial, como todo lo que salía de aquella pluma siempre amena.

Cirencester, 2 de julio de 1854.

Ocupé la mañana en arreglos de libros, cuentas y mi diario de la semana última; comí á las 6, y á las 7.30 dí un paseo de una hora.

Llovía, y hacía una neblina tan espesa como en noviembre. El inconveniente del clima de Inglaterra está en su variedad; pero si se juntasen en el verano todos los días hermosos del año, se haría una linda estación; lo mismo sucedería con el invierno.

Mañana voy á Londres á reunirme con Manuel Beauchef, con quien espero pasar algunos excelentes días, y viajar un poco con placer y utilidad. Creo merecer este descanso después de seis meses durante los cuales he trabajado incesantemente diez horas al día. No sé como se descansa: en mi vida no he descansado nunca, sino por exceso de aburrimiento, como en Nueva York y en París.

Londres, 3 de julio.

Á las 11.30 salí de Cirencester y llegué á Londres á las 2.30.

Día fresco y agradable, regular humor y lectura del TIMES y del GUÍA DE LONDRES durante el viaje. Venía completamente solo en un carruaje. Inmediatamente tomé un rápido handsome y vine á Golden Square, número 36; pero no encontré á Manuel Beauchef, que aún no ha llegado.

Me vine al hotel Tavistock, me arreglé un poco, y á las 4 comí con buen apetito. Después hice ejercicio por

una hora, siguiendo entretenido con el bullicio y la agitación el curso de Strand, Fleet St., y Ludgate St., hasta San Pablo. Los ómnibus parecían vivos con la gran muchedumbre de gente que venía de la City. Lo predominante en las calles son las tiendas de vendedores de diarios. En una de éstas había en grandes letras: *Batalla entre los insurgentes y realistas en España*, aludiendo á un telegrama circulado ahí sobre el pronunciamiento verificado en aquel país.

En el camino resolví ir á la Ópera Italiana y ver á la Grisi, de quien se anunciaba ser *positively* la última función. Compré un ticket de anfiteatro *(stalls)* por dos pesos un real, en una de las numerosas tiendas que rodean el teatro y viven de la generosidad de los apurados y extranjeros, me proveí de guantes y corbata blanca, y me preparaba para una gran *toilette*, cuando vi la *cola* que esperaba hacía tres horas á la puerta del teatro, negligentemente vestida. Me introduje entonces tal como estaba.

El teatro de la Ópera Italiana es muy hermoso; me pareció mejor que el de París; tiene siete pisos muy económicamente distribuídos. El palco de la reina no se diferencia en nada de los demás, y exceptuado ese, todos los otros estaban ocupados. La concurrencia no era muy aristocrática, porque la función era extraordinaria y no de abono. En el público, nada notable. Sosegado, insípido; las mujeres vestidas de colorado ó azul, con grandes descotes.

Se cantaba la *Norma*, mi antigua y noble favorita, que no oía hacía seis años. Si comparo mis impresiones de hoy con las de aquel tiempo, las ventajas no están por las de ahora. Exceptuando el dúo de Norma y Adal-

gisa y la última plegaria de Polión y Norma, lo demás no sólo no me gustó, sino que me cansó. Esperaba á la Grisi con grande ansiedad; tiene una reputación europea. Su figura es un desencanto; su voz, débil hoy, debe de haber sido un hechizo de dulzura. Ahora todo es puro arte. Dicen que es nerviosa y sensible, y á veces se posesiona de su papel; pero su rasgo característico es la dulzura. Es morena, mediana, bocona, ojos pelados, mayor de cuarenta años: tiene una vaga semejanza con la Montes de Oca de Chile. Adalgisa estaba bien representada por la Mair, que es una italiana ó francesa rubia. Flavio estaba á cargo de Ronconi, bastante bueno.

La Grisi, á pesar de su anunciada última despedida, fué recibida fríamente, y á veces con aplausos afectados, como son generalmente los de los ingleses.

Después de la ópera subió un tonto melodrama *El ensayo de una ópera seria*, en que aparecen cincuenta coros con peluca y trajes del siglo XVIII, y hecho para que Lablache luzca su gracia, que la tiene, pero deslucida por su enorme gordura, y para Mme. Viardot, que ostenta en medio de su flacura un fresco *chic* parisiense. La orquesta, de ochenta instrumentos, dirigida por Costa, bastante buena. El aparato escénico, pobre. La ópera, representada exactamente como en Chile. Por los dos cuadernitos de las dos obras piden tres reales, lo mismo que valen las dos mejores novelas de Bulwer.

En resumen, salí cansado, y no volveré más á esta ópera. Cuando salí del teatro, se anunciaban ocho funciones más de la Grisi. En Inglaterra como en todas partes, la última función de los artistas, positivamente la última, tiene muchas ediciones.

Actualmente hay tres óperas en Londres: la italiana

con la Grisi; otra italiana con la Caradosi; y la francesa con la Cabel.

Son las doce y media de la noche, y el ruido de caballos y coches me aturde como á medio día.

---

4 de julio.

Me quedé dormido hasta las nueve y media, á pesar del tremendo ruido de los carros que proveen á Covent Garden. El sol de Londres es el bullicio; apenas hay luz, el ruido comienza y dura hasta media noche.

Me vestí, almorcé, escribí para Cirencester y me fuí á Golden Square: Manuel no había llegado. Me dirigí á Baker St., donde supe que Waddington estaba en París con su familia, y Eyzaguirre en el norte de Europa.

Volví por Oxford St. hasta Holborn. En una tienda de ropa compré cincuenta pesos de ropa que necesitaba, y por la primera vez después de ocho meses me vi en un espejo de cuerpo entero. ¡Cuán gordo me encontraba! sin embargo, confieso que esta impresión no me es desagradable; me pesé en una linda romana, y la balanza subió hasta ciento setentisiete libras, diez menos que en Chile.

Cuando salí de la tienda, llovía con un temporal eléctrico; diez minutos después de llegar á casa, el cielo estaba limpio.

Sin saber qué hacer antes de comenzar á aburrirme, me dirigí al Palacio de Cristal, atravesando el puente de Westminster, obra gigantesca desde la cual se ve á Londres y al Támesis en toda su magnificencia, despuntando en ambos extremos las torres del Parlamento y la cúpula de San Pablo.

Andando por Strand entré á comer en un restaurant muy mediocre y casi sucio. Me dieron un pedazo de salmón, un mal beeftake, una migaja de pudding de arroz y un vaso de cerveza, todo por tres chelines seis peniques. En Londres todo es caro, lo bueno y lo malo.

Me dolían las espaldas y me propuse comprar buenos suspensores: entré á siete tiendas, y en ninguna había sino cueros; nada tolerable: los tiesos británicos no necesitan elásticos. Me ví obligado á comprar un par de suspensores de lana por tres chelines seis peniques; otros miserables costaban siete y medio peniques. En Chile, otros mejores, valen la mitad.

Volví á casa á descansar y aburrirme. Luego salí otra vez á las seis, por Golden Square, Picadilly, Saint James Park y Westminster, un paseo enorme de tres horas y media, que me cansó infinito. Ví al príncipe de Gales que salía en carruaje, vestido como cualquier otro niño, y en un coche mediocre. Nadie habría creído que aquél era el futuro rey de Inglaterra. El príncipe Alfredo, un lindo, risueño y agradable chiquillo, salió solo al parque con un cartucho de frutillas bajo el brazo.

En el Parlamento un político *policeman* me prometió permitirme entrar el jueves.

¡Hoy hacen tres años que me escapé de mi prisión! ¡Cuántos contrastes se suceden en la vida del hombre! Hoy en Londres, solo, pensando en el querido hogar, con el corazón inquieto por los recuerdos, los ojos ocupados de mirar sin placer, y marchando siempre por calles que no conozco, entre gentes á quienes no amo; tengo en mi destino algo del judío errante. Mis únicos votos serán siempre por los míos y mi patria.

Miércoles 5 de julio.

Á las cinco, el sol, reverberando en el tejado opuesto, me hizo levantarme. Á las cinco y media me encontraba en el bullicioso Mercado, donde compré real y medio de frutillas, que se venden en unos cartuchos de totora llamados *pottles* y contienen de 40 á 50. Las frutas de Covent Garden son como las mejores del Palais Royal, y las hay en gran cantidad: damascos, duraznos, uvas á diez reales la libra, naranjas muy hermosas del Brasil, piñas etc.; todo muy escogido, además de flores y legumbres comunes que dan un olor muy agradable al recinto.

Un grupo como de veinte mujeres están como otras tantas modistas, artísticamente sentadas desgranando arvejas tiernas.

Cuando concluí mi desayuno, me dirigí por Strand Fleet y Ludgate St. hasta San Pablo, leyendo letreros en las calles aún solitarias. La mayoría de los establecimientos de esta parte de la ciudad son imprentas y carnicerías.

De San Pablo me interné por los callejones de Ave María, Pater Noster y Amén, atravesando por cerros de carne de toda clase de animales, y cerros de gordos carniceros; divisé el inmenso hospital de San Bartolomé, el viejo Guild Hall, y penetrando por Lombard St., la estatua de Guillermo IV y el Monumento; atravesé el bullicioso London Bridge hasta el ferrocarril de Dover, volviendo al Banco muy cansado.

Tomé un ómnibus, y conversando con un inteligente *driver*, me fuí con él hasta Saint John's Woods, á seis millas del Banco. Me dijo que este viaje lo hacían los ómnibus cinco veces al día, mudando en cada uno de caba-

llos, lo que hace un término medio de sesenta millas diarias. Las entradas que produce cada ómnibus son de 18 á 20 pesos diarios, y los gastos 10 pesos, lo que es sin duda muy buena ganancia, aunque precaria. Cada ómnibus paga tres y medio peniques por milla, lo que hace al mes cerca de 45 pesos de derecho, además de licencias de cocheros, caballos etc. Todas las contribuciones inglesas son enormes.

Después de hora y media me bajé en Regent St. para ver, pero inútilmente, si Manuel había llegado. Volví á casa, almorcé, leí en los diarios los progresos de la revolución de España: barricadas en Madrid, rumores de abdicación etc., y á las doce me dirigí al Palacio de Cristal.

Llegué sin humor, sin pensar casi en lo que iba á ver, pues sólo quería matar el fastidio; pero la vista del portentoso edificio despertó luego emociones profundas, y casi con los ojos cerrados, atravesando por seis ó siete comedores inmensos, donde se deleitaban millares de estómagos, me trepé á la última galería para echar una ojeada general sobre la inmensa nave. El aspecto es grandioso, pero inerte; los ojos se dilatan en una vasta y armoniosa extensión, pero el corazón no palpita, porque nada palpita en derredor suyo. Un artista, un arquitecto contemplaría extático esta gigantesca obra; pero un espectador no científico echará de menos la vida en esta pirámide de cristal.

La impresión del primer momento se repitió después en los detalles. La sala Pompeya es como cualquier cuarto bien empapelado; las salas industriales tienen pocas comodidades, y son meras vidrieras de venta. Las salas de la Alhambra y Babilonia son las más notables,

aquélla por sus preciosos trabajos de arabescos dorados, y ésta por sus figuras colosales. Las estatuas, retratos y bustos me parecieron pobres; no producen efecto. En las salas de arquitectura de la Edad Media, Renacimiento etc., hay hermosas copias de monumentos, pero simples copias. El palacio mismo es una copia; sus materiales son prestados; esta idea domina sobre toda otra y cubre como con un velo de alquitran mercantil esta obra de arte. Lo que más gusta, sin duda, es la abundancia de flores, plantas, grupos de indios y de animales, todo lo que tiene alguna vida, porque en estos tiempos de vapor, lo que no anda pronto cansa.

La gente hervía; había más de veinte mil personas, pero todas estaban agrupadas al rededor de la música, y pensaban poco en antigüedades.

La ventilación, irrigación, refrescos, todo lo sensual, magnífico. Creo que el mejor negocio del palacio es lo que comen los concurrentes. No había pobres entre el gentío; toda era gente rica ó mediana.

Volví cansadísimo á casa. No he nacido para vivir en ciudades extrañas, entre muchedumbres egoístas de pueblos desconocidos. La belleza no me impresiona ya; hace dos ó tres años que la vida es para mí lo que es, no lo que podría ser; el encanto ha desaparecido; bajo las más lindas mejillas penetro las quijadas secas de la muerte, y en el calor y el brillo de dos grandes ojos diviso dos cavidades mortuorias.

Comí sobriamente en la mesa redonda del hotel, y á las nueve y media entré por el segundo precio á Drury Lane Theatre, donde la Caradosi, cuyo retrato se ve hoy en todas partes, daba la *Norma*.

El teatro estaba lleno de concurrencia popular. La

compañía, mala, hasta hacer que el público se riese y pifiase cada nota. La Caradosi es una mujerota, toda pulmones, es decir, que sólo sabe dar gritos sin armonía ni acción.

Jueves 6 de julio.

Me quedé profundamente dormido hasta las once.

Me vestí y fuí á Covent Garden, donde tomé un canastillo de frescas frutillas por dos reales. Había las más hermosas uvas que he visto en mi vida, producidas en conservatorios ingleses; lo mismo duraznos, ciruelas etc.

De vuelta tuve el gran placer de encontrar una carta de Mr. Bugg, incluyéndome una de Manuel Beauchef y otra de Cerda. Hacía una semana que Beauchef estaba en Londres. Volé en el acto al Royal Hotel, donde pude al fin dar un abrazo de amigo después de cuatro meses de soledad. Pasados los primeros momentos de expansión, de preguntas, de respuestas etc., me fuí con Manuel Beauchef y Mariano Sánchez Fontecilla, un agradable y jovial compañero, al Palacio de Cristal, donde estuvimos hasta las cuatro. Esta segunda visita me dejó mejor impresión del "grande almacén", como lo llamó Manuel.

Comí en el Royal Hotel en compañía de Sánchez y Custodio Gallo, en una buena *table d' hôte*, y luego nos fuimos á ver la exposición de Mad. Turrand, en la que, exceptuando á Colbert y á Wellington muerto, lo demás es pura masquería.

Volvimos por Regent St. y entramos por un chelín al salón de Arzyl, donde había un centenar de hermosas y elegantes creaturas de vida alegre. La música era excelente, el baile moderado, la concurrencia en orden, la

policía á la puerta. Á mí no me ha gustado nunca este género de diversiones. El tráfico de esas mujeres me repugna en todas partes, y especialmente en Londres. Á las once y media la función se *apagó*, porque las velas se extinguieron. La concurrencia se dispersó en Haymarket, y algunos se reunieron en una taberna que está de moda.

Me volví lentamente á casa, y me detuve en la puerta de la ópera de Covent Garden, donde había una fila de cien carruajes y quinientas bellezas nocturnas esperando.

Viernes 7 de julio.

Luego que me levanté y almorcé, me fuí al Royal Hotel y de ahí me dirigí con Sánchez á la casa de Huth Grunning y C.ª La oficina era extensa, y había más de veinte dependientes trabajando silenciosamente. Federico Huth es un hombre de 50 años, pequeño, grueso, rubio, semblante entre afable y suspicaz, y muy amable en su trato. Le dije que en Chile creíamos que su firma tenía ochenta establecimientos, y dos ó tres mil empleados. Se rió mucho, y nos contestó que sólo ocupaba treinta ó cuarenta dependientes en sus cuatro casas de Londres, Liverpool, Valparaíso y Lima. En seguida le contó riendo á su hijo lo que acabábamos de decir. Son éstos los primeros ingleses cuyo trato de almacén me ha dejado una impresión agradable.

Después visitamos con Manuel y Sánchez el Banco y la Bolsa, recorrimos por sus cuatro costados el Dique de Londres con sus montañas de azúcar, chancaca, aceites etc. y sus inmensas bodegas de vino, en las que parecia haber más licor que agua en el dique. Nos internamos por los barrios de la usura y de la miseria, los

judíos y los trabajadores, visitamos el túnel de Londres, y volvimos medio durmiéndonos por la electricidad de la atmósfera, el ruido de la City y el cansancio; pero Beauchef, Sánchez y yo formamos un terceto que se aviene bien á todo y que está siempre de buen humor.

Comimos juntos, y me volví á casa á la una, con la imaginación llena de tristes recuerdos del suelo querido, y de los seres de mi único amor, que tal vez sufren cuando yo me permito echar en mi copa algunas gotas de distracción y de placer. Consuélame, á lo menos, el pensar que durante seis meses esa copa se ha visto constantemente llena con el sudor de mis fatigas.

Sábado 8 de julio.

Después de almorzar me fuí á la Casa del Parlamento, donde tomé un billete de entrada para seis personas; volví al Royal Hotel y, después de media hora, emprendimos en triunvirato nuestras excursiones.

Visitamos el Parlamento. Su apariencia exterior, sus pórticos, sus dimensiones arquitectónicas son magníficas; Pero las salas de sesiones son miniaturas que están como absorbidas en la gran masa del edificio. Se ha querido reemplazar las proporciones con el detalle, y hay un recargo extraordinario de dorados y tallados de madera, suntuoso, pero sin gusto. El trono de la reina es un trozo de parches de oro. Los sillones de los pares no tienen ni brazos ni tinteros; sólo hay una mesa central, cubierta con una raída carpeta de hule. El asiento del presidente es un colchón de paño colorado sin espaldar. Las galerías de los pares y sus hijos son angostas y largas, á los lados de la sala, y la de los extranjeros y reporters muy buenas y anchas, en una extremidad.

La sala de los comunes es en todo inferior y muy pobre.

El conjunto y lo accesorio es bueno; pero el centro, lo más importante, muy malo.

Visitamos en seguida la exhibición de pinturas modernas, donde predominan retratos de personas vivas. El que me pareció mejor es el de lord Russell. Hay muchas señoras, algunas con fisonomías verdaderamente de ángeles. Lo demás son paisajes malos, y el conjunto es pobre; pero se paga un chelín por verlo.

Vimos después el *Collossum* que gustó mucho á Sánchez, y á mí más que la primera vez que lo visité: Manuel tiene una gran prevención contra toda exhibición inglesa. Contamos con Sánchez que en el pedacito de terreno que la casa comprende, hay ocho negocios distintos, por los cuales se paga aparte hasta cinco reales, á saber: 1.º, sala de estatuas; 2.º, salón de refrescos; 3.º, paisaje suizo; 4.º, jardín de invierno; 5.º, copia de la caverna de Aldesberg, cerca de Trieste, que costó cien mil pesos; 6.º, panorama movible; 7.º, subida á la cúpula en un cesto movido por vapor; y 8.º, panorama de Londres, bastante bueno, pintado en cuatro años por M. Barris, hace veinticinco años.

Aunque el día estaba claro, sólo vimos desde la cúpula un horizonte de pocas cuadras, rodeado de una nube negra de humo. Las vacas pacían como en un potrero en Regent Park.

Visitamos después los jardines zoológicos. En mi primera visita sólo había recorrido apresuradamente la mitad. Lo admiramos todo, su aseo, su distribución, la propiedad en las disposiciones y particularmente la abundancia y calidad de los animales: seis magníficos leones

de África; cuatro tigres, dos leopardos, dos onzas, ocho ó diez osos, entre los cuales uno enorme del norte de Europa, y dos blancos de los polos, que tienen un grande estanque de agua salada; dos lobos y cuatro feroces hienas en jaulas, etc.

El departamento de las aves es numeroso: las de rapiña tienen jaulas con piedras y montes artificiales, y las de agua, estanques. Hay dos enormes avestruces que comen cuanto se les da. Los animalejos como chinchillas, come-hormigas, son numerosos. Los del género de las cabras, gacelas, venados, etc. muy variados. Dos elefantes, uno enorme, que viaja con gente por el jardín, echándose al suelo para que los visitantes monten y se apeen y un elefantito pequeño muy bonito. Un enorme y horrible hipopótamo dormido á la orilla de un estanque. Un rinoceronte de horrenda figura, como el tronco de un árbol gigantesco. Cuatro lindas y elegantes girafas, cuyos comederos están á la altura del techo. Los reptiles son horribles; las culebras capra lanzaban sus dardos, que el año pasado mataron á un pobre guardián; las serpientes estaban casi todas dormidas. Los caracoles, jaivas, peces, plantas marinas, etc., en el gran salón de vidrio, es todo muy curioso, interesante y bien arreglado.

Como hoy es día sábado, había una banda de música del *Life Guard* y una infinita concurrencia de mujeres, algunas muy lindas, que despertaban el entusiasmo de mis compañeros, y ante las cuales pasaba yo indiferente.

Comimos en el hotel, y después dimos un alegre paseo por Picadilly, donde vimos desfilar cincuenta espléndidos carruajes, con cocheros empolvados, lacayos con

bastón, y patronas vestidas de colorado, blanco y azul, lo que las hace visiblemente bonitas á los ojos de un elegante. Pasamos bajo la enorme estatua de Wellington, siempre á caballo, ó siempre en burro, porque ó el héroe, ó la bestia ó todo junto se ve siempre mal por cualquier lado. Cerca de este sitio murió sir Roberto Peel, y aquí también la reina ha sido *fusilada* tres veces: nosotros no somos tan crueles, y le deseamos lealmente una vida larga y feliz con su Alberto.

Volvimos á Regent St. echando una mirada al viejo palacio de Saint James y á sus magníficos vecinos Coolton Terrace y á la docena de palacios-clubs que adornan á Pall Mall, Saint James y Picadilly. El club de la Unión, de la Reforma, del Ejército, de la Marina, el Coolton, etc. son palacios que envidiaría un rey.

Nos fuimos en seguida al teatro de la Princesa, donde admiramos las transformaciones é ingenio teatral (pero no méritos de otra clase, como sostienen los ingleses), de Charles Kean en el papel de M. Le Sueur, del *Correo de Lyon*. El drama fué seguido de un agradable ballet titulado *Bailar para vivir*. El teatro estaba lleno; nosotros teníamos al lado una vieja á la cual Sánchez comparaba con el hipopótamo, y que habría podido servir de suficiente estufa para todo el teatro en una noche de invierno.

Salimos á las 11 y me acosté á la 1.

B. Vicuña Mackenna

(Continuará)

PREGUNTA

Música deliciosa del ambiente
que resuenas del prado entre las flores,
árbol florido, arroyos bullidores,
arbusto secular, tranquila fuente;

de la mañana luz resplandeciente
que del campo iluminas los verdores,
remanso que dibujas los fulgores
que en las tardes envía el sol poniente;

aroma suave que sencilla junta
la purpurina flor en su corola
cuando la aurora plácida despunta;

aura que vuelas por el valle sola...
responded, responded á mi pregunta:
—¿Hay alguna perdiz que tenga cola?

M. A. HURTADO

SONETO

"Sesenta y tres cumplidos tengo, Juana,
y espero aún vivir otros cuarenta
para amar tu hermosura, que presenta
todo el encanto que la vida emana.

"La cabellera se me vuelve cana,
pero mi corazón sal y pimienta
tiene y ardiente amor que se acrecienta
al ver tu rostro de azucena y grana."

Tal don Pedro escribió, y á Juana al punto
remitió sus estrofas en secreto,
con toda ingenuidad y sin engaños.

Rióse la bella Juana del asunto
y dijo, terminando este soneto:
—¿Qué sería este pollo á los veinte años?

M. A. HURTADO

LA CRÍTICA Y LOS CRÍTICOS

I

TENDENCIA CRÍTICA DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

En la historia del arte y de las letras humanas el siglo XIX se caracteriza y distingue de las grandes épocas literarias ó artísticas por cierta preponderancia del espíritu crítico sobre el espíritu de invención. Por cada novela que se publica, por cada obra dramática que se representa, por cada tentativa épica, por cada volumen de poesías líricas, aparece un sinnúmero de trabajos críticos más ó menos favorables, imparciales ó adversos á la nueva publicación. No hay diario ni revista de mediana importancia que no tenga una sección especial destinada á juzgar las más notables producciones del ingenio contemporáneo. Los hay que tienen cuatro y cinco secciones á cargo de otros tantos críticos, estimados por el público ó por ellos mismos como una especialidad en sus

respectivos géneros. Grande y temible es la influencia de que gozan estos personajes, porque en medio de los simples colaboradores y las aves de paso que van de un periódico á otro según las exigencias de la política ó de la moda, ellos forman el cuerpo de redacción permanente y son los que dan el tono y fijan el rumbo á cada publicación. Dicho está que el interés y la conveniencia de los autores consiste en granjearse la voluntad de aquellos que dirigen la opinión ó influyen de algún modo en ella. Se comprende asimismo que en este como en todos los negocios humanos, la pasión desempeña un papel importantísimo: la vanidad, la ambición, la codicia, la envidia, las más grandes pasiones y los más bajos instintos encuentran cabida y atmósfera propicia en este género de literatura; la vanidad, sobre todo ¡qué de estragos no ha causado en las más bellas inteligencias y en los más nobles corazones! Un dicho irónico bastó para segar en flor la existencia del pobre Keats, aquel niño extraordinario á quien sus amigos designaban como el rival y sucesor de Byron. Y otra alusión picante hirió de tal modo la susceptibilidad de Espronceda, que en un arranque de infantil despecho, le hizo escribir aquellos versos indignos de un gran poeta y apenas concebibles en un hombre de tan feliz ingenio como el poeta de *El Diablo Mundo:*

> El necio audaz de corazón de cieno
> á quien llaman el conde de Toreno.

Verdadero lunar que afea una de las más bellas inspiraciones de la musa castellana.

Predomina también el elemento crítico en las academias, liceos y demás corporaciones destinadas á la con-

servación y cultivo de la lengua patria, á depurar el gusto y propagar la afición á los buenos estudios literarios. Y si bien se mira, nada tiene de extraño este fenómeno, porque, á más de ser el ingenio crítico más abundante que la potencia creadora, observación vulgarísima que diariamente se expresa diciendo que es *más fácil criticar que inventar*, el objeto práctico de estas asociaciones no puede ser otro que la crítica ó la erudición literaria, porque siendo la inspiración un acto individual y personalísimo que se cumple misteriosamente en los profundos senos del espíritu humano, la cooperación cuya importancia y utilidad son tan grandes en el órden científico, no se comprende en los dominios de la fantasía y del arte puro. El trabajo colectivo puede llegar á producir un diccionario ó una enciclopedia, una compilación histórica ó científica; pero jamás he oído hablar de un poema ó de un drama compuesto por alguna academia.

Pero la crítica no es solamente el género más fecundo sino también el más significativo y revelador de la literatura contemporánea. No será ciertamente en la novela, ni en el teatro, ni en la poesía lírica, donde el futuro historiador vaya á buscar los mejores testimonios y los grandes monumentos de la cultura intelectual de nuestro siglo. Cuando se trata de juzgar una época ó período literario, descubriéndola bajo todas sus diversas faces y penetrando en la honda raíz de sus más originales y características tendencias, las *Conversaciones de Gœthe*, los *Ensayos* de Macaulay, los *Lunes* de Saint Beuve y los *Estudios* de Taine, revisten una importancia y adquieren un valor psicológico é histórico que en vano se buscaría en las más bellas creaciones del ingenio contemporáneo.

Si en el género dramático no hemos logrado alcanzar á las alturas soberanas donde el genio de Shakespeare y de Calderón se cierne como en su propia y natural esfera; si los ensayos épicos que han visto la luz pública en nuestro tiempo no son más que un pálido y mezquino reflejo de aquellas fábulas maravillosas que nos legó la antigüedad; si nuestros poetas líricos, por grandes que el amor propio se los imagine, no han llegado á oscurecer la hermosura y el brillo imperecedero de nuestro antiguo parnaso; la crítica literaria, en cambio, ha dado al siglo verdaderas obras maestras, y dignas del arte más exquisito y elevado. El ejemplo de la novela que á primera vista pudiera invocarse como un argumento contrario, es, en el fondo, la más oportuna y brillante confirmación de las ideas que dejo apuntadas. No hay duda que la novela alcanza en nuestros días un desarrollo y un grado de esplendor que acaso no obtuviera en los pasados siglos; y sin embargo, con excepción de Walter Scott y sus imitadores que constituyen un género aparte y en cierto modo retrospectivo, nada más fácil que discernir la influencia del espíritu crítico en la dirección de la novela contemporánea. Más que la originalidad y la belleza de la ficción, lo que en ella nos seduce y enamora es la sutileza del análisis, la condiciones literarias de la pintura y los primorosos refinamientos del estilo, en una palabra, las cualidades críticas de la composición.

Tal es, en mi concepto, la profunda y sustancial diferencia que existe entre las mejores producciones de nuestro tiempo, aún aquellas que merecen con justo título el dictado de hermosas, y las obras maestras de los siglos verdaderamente clásicos, tan sencillas en su grandeza, tan lozanas en su hermosura, tan frescas en su inmorta-

lidad que más parecen frutos naturales del ingenio que obras de un arte reflexivo y consciente. Cuando estudiamos las portentosas creaciones de Homero, Shakespeare ó nuestro insigne Cervantes, pasma y maravilla la soberana independencia de su espíritu para volar libremente por los dilatados campos de la fantasía, sin más norte que su inspiración ni más freno que su propia conciencia de artistas. ¡Qué bien se respira en estos inmensos panoramas de la vida humana! ¡Cómo se recrea la vista y se dilata la mente, y el oído percibe los mil rumores de la naturaleza en aquellos agrestes valles de la imaginación! Volvamos ahora, para observar el contraste, á los maestros de la novela y de la poesía contemporáneas y, dejando á un lado á Byron, astro errante y luminoso que cruzó la atmósfera de nuestro siglo, tomemos, por ejemplo, cualquiera de las últimas producciones de Gœthe, *Wilhem Meister*, ó bien la segunda parte del *Fausto*. Abrimos el libro, y á la primera lectura, nos parece que estamos en Weimar, en aquel hermoso palacio edificado por Gœthe, lleno de libros, pinturas, estatuas y grabados, fragmentos del arte antiguo, instrumentos de óptica, herbarios, esqueletos de animales, colecciones mineralógicas é infinidad de objetos curiosos que denuncian la asombrosa variedad de conocimientos y aptitudes intelectuales del ilustre habitador. Todo esto es noble y bello á no dudarlo; todo se ve sabiamente ordenado con la más perfecta armonía y elegancia, todo revela aquí la presencia de un cerebro maravillosamente equilibrado y dueño de sí propio á la vez que del mundo exterior; pero al mismo tiempo ¡cómo bajo esta hermosa arquitectura greco-romana se respira el aire frío de las bibliotecas y la vida artificial de los museos! ¡Cómo desde el momento

en que se pisan los umbrales del pórtico, y antes aún, si habéis leído la famosa inscripción *Salve*, escrita en grandes caracteres sobre la puerta principal, adiviná is la condición de un sabio, de un diplomático ó de un artista, no la sencilla hospitalidad de un hombre! ¡Cómo hasta las flores que adornan el interior de las habitaciones parecen flores del suelo helénico transplantadas y conservadas con arte sumo en la tibia atmósfera de las estufas!

Idéntica impresión deja en mi espíritu la lectura de *Wilhem Meister* y, en general, de todas las obras escritas por Gœthe en la segunda época de su vida, cuando ya la tendencia científica y el afán del análisis agostaron la delicada flor del sentimiento poético que exhalaban como perfume primaveral las canciones y poemas de su hermosa juventud. Para manifestar que la erudición y la crítica tienen más parte que la verdadera inspiración en sus últimos trabajos, me bastaría recordar que el más famoso capítulo de *Wilhem Meister* es aquel en que el joven protagonista hace, en presencia de sus amigos y compañeros de arte, un admirable juicio crítico de *Hamlet*, la gran tragedia de Guillermo Shakespeare. En una de esas breves canciones ó rimas ligeras que le servían habitualmente, ya para dar forma á sus más íntimos pensamientos, ya para fijar algún aspecto fugitivo de la belleza, él mismo lo ha dicho con aquella gracia que le es propia: *Yo también he buscado la imitación de la naturaleza; pero ¡bah! desde que llegué á ser hombre, pertenezco á los griegos.* La tendencia docente que asoma en casi todas las producciones de Gœthe, como nota dominante y característica de su ingenio, se extrema de tal modo en *Wilhem Meister* que, á no ser por la magia seductora del estilo, el lector se sentiría abrumado bajo el peso

de tan confusa é interminable pedagogía. Cuando sólo debiera hablar la pasión, cuando el conflicto dramático se apura hasta conmover las más delicadas fibras del corazón humano, cuando las tristes realidades de la vida despojan al hombre de todo aparato teatral, comunicando á su lenguaje la sencillez patética y sublime de la verdad, el autor de *Wilhem Meister* se desentiende de la situación creada por él mismo á sus personajes, ora para manifestarnos sus teorías sobre el fin estético de la vida, ora para ilustrarnos con algún detalle técnico sobre la ciencia ó el arte, ora exhibiendo á nuestra vista un cuadro tan estudiado y perfecto como este de los funerales de *Mignon:*

«La sala estaba iluminada y decorada del más extraño modo. Las paredes, tapizadas de colgaduras celestes, no dejaban ver sino el zócalo y el piso. Grandes cirios ardían en cuatro candelabros colocados en la extremidad de la habitación y en otros más pequeños que rodeaban el sarcófago depositado en el centro. Cerca de éste, manteníanse de pie cuatro mancebos, vestidos de plata y azul de cielo, y parecía que agitaban el aire con grandes abanicos de plumas en torno de una figura colocada encima del sarcófago. Tomó asiento la concurrencia y dos coros invisibles comenzaron...»

No pretendo yo negar ni siquiera discutir la belleza pintoresca de este fragmento, justamente admirado por la exquisita suavidad de los tonos y la serena armonía del conjunto; pero declaro, al mismo tiempo, que aquella ceremonia fúnebre en una sala decorada al efecto, aquel importuno recuerdo arquitectónico, aquellos mancebos vestidos de plata y azul de cielo, aquellos abanicos de plumas, aquellos coros invisibles y, por último, aquella oración fúnebre en que el abate se consuela diciendo que *si el arte no ha logrado retener el espíritu, ha desplegado, en cambio, todos sus recursos para conservar el*

cuerpo y preservarlo de la acción destructora del tiempo y, en seguida, los invita á contemplar esa *maravilla del arte y del cariño;* todo ello me parece tan contrario á la naturaleza, tan distante de la realidad como una escena de ópera iluminada con los fríos resplandores de la luz eléctrica. Después de admirar el citado fragmento, traed á vuestra memoria alguna de las grandes escenas fúnebres en que abunda el teatro de Shakespeare, el entierro de Ofelia ó el cuadro final de *Romeo y Julieta;* volved á leer los funerales de Virginia en el dulcísimo idilio de Saint Pierre, ó, si sois fieles á vuestra lengua nativa, buscad en la inmortal novela de Cervantes el tierno episodio del joven Crisóstomo, donde ni la falsedad del género bucólico, ni la cómica presencia de Don Quijote han logrado borrar el portentoso realismo de la pintura; leed y comparad, y veréis en seguida cuán profunda es la distancia que hay entre el sentimiento vivo de la naturaleza y la prolija imitación del arte griego; entre la facultad creadora del poeta y la habilidad técnica del artista.

Á idénticas observaciones daría lugar la segunda parte del *Fausto*, verdadera selva de alegorías y personajes simbólicos, tan confusa y enmarañada que las más vigorosas inteligencias no resisten muchas veces á su lectura. Se comprende que en Jena ó en Heildelberg, los profesores de Estética pongan á prueba la sagacidad de sus alumnos dándoles á descifrar estos enigmas del gran poeta alemán; pero nosotros, hijos de la raza latina y más amigos de coger el fruto maduro que de examinar lo que contiene, somos refractarios á este género de bellezas ocultas, por sublimes y profundas que sean. El episodio de Helena que el fanatismo de algunos críticos pone al nivel

de las más bellas creaciones de la antigüedad, simboliza las bodas del arte gótico, representado por Fausto, con el arte griego, encarnado en la hermosa hija de Príamo; y el fruto de esta unión maravillosa, Enforión, no es otro, al decir de los comentadores, que el mismísimo autor de *Don Juan* y *Child-Harold* cuyo atrevido genio es la síntesis de la antigua y de la moderna poesía; Mefistófeles, desconcertado por la tranquila gravedad y la torpe desnudez de las esfinges, quiere decir, si no me engaño, el triunfo de la mitología griega sobre la mística diabólica del cristianismo; y para colmo de tan sublimes elucubraciones, la *Noche Clásica de Walpurgis* es una bacanal en que las teorías filosóficas y literarias hacen el gasto del vino que beben los tritones, las nereides y otros pácificos sujetos evocados por Gœthe del profundo sueño que dormían en las olvidadas grutas de la mitología griega. De este modo el poema se resuelve en un verdadero tratado de ciencia sibilina, donde al través de la medrosa oscuridad se distingue, como la sombra de Mefistófeles el espíritu crítico de Gœthe.

JUAN AGUSTÍN BARRIGA

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

CARGO

"*Cargo* (dice don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, parte práctica, nociones preliminares), es, en los escritos, la nota que pone en ellos el secretario ó un ministro de fe para hacer constar el día ó la hora en que se le entregaron. Puede ponerse *cargo* á todo escrito; conviene especialmente respecto de los que contienen peticiones que deben deducirse dentro de un término fatal."

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no señala á *cargo* esta acepción de testimonio de haberse entregado á quien corresponde dentro del plazo debido una solicitud ó presentación.

El artículo 27 del Código Chileno de Minería, dice así:

"*Artículo 27.* El que hubiere encontrado mineral en veta, ó en otro criadero cualquiera, debe hacer manifestación de su hallazgo ante el juez letrado del departamento, ó ante el alcalde que ejerciere las funciones de tal.

"Al hacerlo, deberá expresar su nombre y el de sus compañeros, si los tuviere, las señales más individuales y características del sitio donde se encuentra la boca, cata, pozo ó labor en que halló el mineral, del cual acompañará muestra, y el nombre que quisiere dar á la mina.

"El escribano de minas á quien se presente la manifestación pondrá *constancia* en el pedimento del *día y hora* en que se le entregue."

En el artículo precedente se emplea, como puede notarse, en vez de *cargo*, el circunloquio *constancia del día y hora.*

Ha de advertirse que los diccionarios castellanos, y por supuesto entre ellos, el de la Academia, no dan á *constancia* el significado de *certificación* ó *testimonio* que se le atribuye generalmente, y en que el citado artículo 27 emplea esta palabra.

El Diccionario de la Real Academia Española da á *constancia* únicamente la acepción de "firmeza y perseverancia del ánimo en las resoluciones y en los propósitos".

El artículo 1,348 del Código Chileno de Comercio dice así:

"El secretario que reciba la manifestación de quiebra pondrá á su pie *certificación del día y hora* de su presen-

tación; y en el acto dará al portador, si lo pidiere, testimonio de esta diligencia.»

El artículo precedente usa, en vez de *cargo*, un circunloquio parecido al del artículo 27 del CÓDIGO DE MINERÍA, pero con la diferencia de que reemplaza la palabra *constancia* por la de *certificación*, que, según el DICCIONARIO de la Academia, tiene la acepción de «instrumento en que se asegura la verdad de un hecho».

Aunque *certificación* está aquí bien empleado, habría sido más propio decir *testimonio*, que, según el DICCIONARIO de la Academia, significa «instrumento legalizado de escribano, en que da fe de un hecho».

CARTEL

Don Andrés Bello, en el DERECHO INTERNACIONAL, parte 2.ª, capítulo 2.º, se expresa así:

«Esta prohibición de comerciar con el enemigo comprende, y aún con mayor severidad, á los *carteles* ó buques parlamentarios que se emplean en el canje ó rescate de los prisioneros de guerra.»

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no incluye esta acepción entre las varias que da á la palabra *cartel*, las cuales son las tres que siguen:

1.ª «Papel que se fija en un paraje público para hacer saber alguna cosa.»

2.ª «Escrito en que se ponen las condiciones con que se ha de ejecutar el cambio ó rescate de los prisioneros que se hacen en la guerra, ó que tiene por objeto alguna otra proposición entre enemigos en los casos en que es permitida ó necesaria la comunicación pacífica entre ellos.»

3.ª «Papel escrito en que uno desafiaba á otro para reñir con él.»

CARRETERO

Leo en una sentencia:—«En vista de lo expuesto, condeno á N. N., *carretero*, etc.»

La expresión es anfibológica; pues, segun el DICCIONARIO de la Academia, *carretero* puede significar: «el que hace carros y carretas»; ó «el que tira las caballerías ó los bueyes que tiran de ellos.»

Hay, en nuestra lengua, como en todas, gran número de palabras que adolecen de este mismo defecto.

Ahí está, verbigracia, *lancero*, que puede denotar: 1.º «el soldado que pelea con lanza»; 2.º «el que usa ó lleva lanza como los vaqueros y toreros»; y 3.º «el que hace ó labra lanzas».

Ahí está, verbigracia, *pianista*, que puede denotar: 1.º «fabricante de pianos»; 2.º «persona que los vende»; y 3.º «persona que profesa ó ejercita el arte de tocar este instrumento».

Sería conveniente que los individuos ilustrados procurasen corregir este defecto, como lo han ejecutado con *cochero*.

Esta palabra significa ahora sólo «el que tiene por oficio gobernar los caballos ó mulas que tiran del coche».

En otro tiempo, significaba además *maestro* ó *fabricante de coches*.

El uso moderno ha dejado á *cochero* únicamente la primera de las acepciones mencionadas; y lo ha reemplazado en la segunda por *carrocero*.

Algo semejante sucede con *flautista*, «persona que

ejerce ó profesa el arte de tocar la flauta»; y *flautero*, «artífice que hace las flautas».

Violinista denota sólo la «persona que ejerce ó profesa el arte de tocar el violín».

No hay palabra especial para denotar la persona que fabrica violines.

CARBONÍFERO

Un decreto expedido por el presidente de la república en 2 de julio de 1874, dice así:

«Apruébanse las bases que contiene la adjunta escritura otorgada con fecha de 16 de abril del año próximo pasado ante el notario don Nicanor Yaneti para explotar en sociedad colectiva los terrenos *carboníferos* de la isla Santa María.»

Si se recorren los volúmenes del BOLETÍN DE LAS LEYES Y DECRETOS DEL GOBIERNO DE CHILE, se verá que se han creado y disuelto sucesivamente varias compañías *carboníferas*.

Los artículos 8 y 9 de los estatutos de la «Sociedad Explotadora del carbón de piedra de Atacama» aprobados por decreto del presidente de la república, fecha 21 de mayo de 1867, dicen así:

«*Artículo 8.* Después de haberse invertido en el reconocimiento de los referidos mantos *carboníferos* el capital social de los dieciséis mil pesos, el directorio, en junta general de socios aviadores, hará elegir cinco de éstos para que, unidos á él, resuelvan á mayoría de votos, si deben ó nó continuarse los trabajos.

«. . . . . .

«*Artículo 9.* Los dueños de los mantos *carboníferos* ceden la mitad de los derechos que han obtenido del

diputado de minas, y que puedan obtener del supremo gobierno, á favor de los socios aviadores...»

El Diccionario de la Academia enseña que debe decirse *carbonoso*, en vez de *carbonífero*.

Sin embargo, autoriza las palabras análogas *aurífero*, *argentífero*, *metalífero*, *florífero*, *humífero*.

Horacio, en el Arte Poética, había expuesto acerca de este punto una doctrina en versos latinos que don Francisco Javier de Burgos ha vertido al castellano como sigue:

> En usar voces nuevas, cauto sea;
> pero se mirará como una gala,
> que de palabras conocidas forme
> con tino y discreción nuevas palabras.

El mismo Burgos, comentando estos versos, hace las atinadas observaciones que van á leerse.

«Las reglas que da aquí Horacio sobre el modo de usar de palabras nuevas, arguyen largo hábito y profundo conocimiento del arte de escribir. Lo primero que el poeta autoriza es la formación de palabras compuestas de otras conocidas, como lo hacían frecuentemente los griegos; y esta licencia se adivina sin esfuerzo que debe ser común á todas las lenguas. Á la castellana, pertenecen ya definitivamente muchas palabras así compuestas; pero sea timidez de los escritores, ó que nuestra lengua no se haya aún cultivado bastantemente, se observan en esta parte anomalías estrañas, que convendría hacer cesar. Nosotros decimos, por ejemplo, *uniforme*, *biforme*, *triforme*, *cuadriforme* y *multiforme* y no decimos *bilingüe*, *cuadrilingüe*, *septilingüe*, *multilingüe*, siendo así que cual si hubiésemos querido completar la anomalía, decimos sin reparo *trilingüe*. Nosotros deci-

mos *fructífero*, y lo que es aún más, *pomífero;* algunos de nuestros poetas han dicho también *pintífero;* pero nadie se ha atrevido aún á decir *alamífero, encinífero, roblífero* etc. Yo sé que debe haber un poco de circunspección para conceder el derecho de ciudadanía á estas voces que se forman de una palabra castellana y otra latina, ó de dos latinas; pero en fin, adoptando uno de esos compuestos, no debe haber dificultad en ir adoptando los demás compuestos análogos, ni aún en extender esta facultad á las palabras sacadas de la lengua griega, una vez que se hayan adoptado otras compuestas de las mismas raíces. Pues decimos *filósofo* y *filosofía, filólogo* y *filología* ¿por qué no hemos de decir *filántropo* y *filantropía*, y con mucha más razón *filarmónico* y *filarmonía?* Pero aún es más notable la variedad que se observa en las voces compuestas de dos enteramente castellanas. Decimos, por ejemplo, *patituerto, patizambo, patiliado, y* no *patigordo* ni *patiflaco*; decimos *zanquilargo* y no *zanquicorto* etc. Y no se alegue que el uso no ha autorizado estas innovaciones; pues, en primer lugar, el uso autoriza diariamente todas las palabras, y aun las frases que, con tino, y consultando á la analogía, emplean los escritores sabios; y en segundo lugar, hay, entre las citadas, muchas palabras que el uso ha autorizado, y que, sin embargo, la Academia Española no ha tenido á bien sancionar. Á esta clase pertenecen *filántropo* y *filantropía*, cuya no admisión en el DICCIONARIO es tanto más reparable, cuanto que ha autorizado las de *misántropo* y *antropófago*, que tienen tan grande analogía con aquéllas. Pero ¿no es más raro aún que *filarmónico* y *filarmonía* hayan tenido la misma suerte?»

Burgos insertó, en la primera edición de su traducción

de Horacio, dada á luz entre 1820 y 1823, lo que acaba de leerse.

En la segunda edición de 1844, puso al pie del comentario antes copiado, la siguiente nota:

«Después de publicada la primera edición de esta obra, se han admitido en el DICCIONARIO las palabras *filantropía* y *filantrópico* pero no *filántropo* ni *filarmónico*.»

Aunque Burgos da á entender otra cosa, el DICCIONARIO de la Academia no ha admitido hasta ahora á *patiliado*.

Por el contrario, ha autorizado los vocablos *filarmonía* y *filarmónico*, *filantropía* y *filántropo*.

Hasta 1884, no se ha practicado igual cosa con *multilingüe*, vocablo que, á mi juicio, debería tener cabida en sus columnas, no sólo por la poderosa razón apuntada por Burgos, sino también porque escritores de nota no tienen escrúpulo en usarlo, como puede verse en la siguiente octava de don José Joaquín de Mora:

¡Mediocridad! aléjate, camina
por la trillada y lucrativa senda
de cátedra, juzgado y oficina,
bolsa, contrata, folletín y tienda.
Para ti en las entrañas de la mina,
labra natura la preciosa ofrenda.
Para ti y tus conceptos *multilingües*
son las ganancias y los sueldos pingües.

Don Alberto Lista y Aragón, ajustándose á la precedente doctrina de Horacio y de Burgos, formó el adjetivo *laurífero*.

...Los sombríos bosques
y las *lauríferas* orillas,

Hasta la undécima edición del DICCIONARIO, la cual salió á luz año de 1869, la Academia no autorizó esta palabra; pero en la duodécima de 1884, ya reconoce que es un adjetivo poético que puede usarse en la acepciónu de "que produce ó lleva laurel".

Lo expuesto manifiesta que no hay razón fundada para rechazar á *carbonífero.*

CASCO

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no menciona, entre las varias acepciones de *casco*, la de pedazo pequeño de algunas frutas.

La palabra propia es, en este caso, según el DICCIONARIO, *cacho* ó *gajo.*

Efectivamente, señala á estas palabras, entre otras acepciones, las que van á leerse.

Cacho puede significar "pedazo pequeño de alguna cosa, y más especialmente el del pan y el de algunas frutas, como el limón y la calabaza".

Gajo puede significar "cada una de las divisiones interiores de varias frutas, como las de la naranja, granada, etc."

Por lo que toca á Chile, se usa en este sentido *casco*, y jamás *cacho* ó *gajo.*

Don Vicente Salvá, en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, advierte que *casco* en la acepción de "gajo de granada, naranja etc." es anticuado.

En la VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ, capítulo 2.º, se encuentra esta frase: "Creyólo tan de veras, que me hizo andar de allí adelante, mientras duraron los ensayos, todos los días, y estudiando todas las noches,

mascando pasas, y todas las mañanas atragantando *cascos de naranjas* y haciendo fregaciones de frente.»

Dados tales antecedentes, no puede censurarse el que se diga *casco*, en vez de *cacho* ó *gajo*, por los pedazos pequeños de ciertas frutas.

CASTRAMENTACIÓN

El artículo 86 de un decreto expedido por el presidente de la república en 9 de noviembre de 1866 para reglamentar la Escuela Militar, dice, entre otras cosas, lo que va á copiarse:

«*Artículo 86.* El curso de estudios de la Escuela Militar durará cinco años, y comprenderá los ramos siguientes:

«. . . . . .

«. . . . . .

«*Quinto año.*—Cosmografía, geografía física, código militar, derecho de gentes en la parte relativa á la guerra y ministros diplomáticos, fortificación y *castramentación*, dibujo de construcción.»

El artículo 93 del mismo decreto contiene, entre otras cosas, lo que va á leerse:

«*Artículo 93.* Aparte de los empleados que, según los artículos 43 y 63, tienen la obligación de hacer clases en la Escuela Militar, tendrá ésta doce profesores, cuyos trabajos se distribuirán en la forma siguiente:

«. . . . . .

«. . . . . .

«El duodécimo dirigirá el estudio profesional de artillería, de fortificación y *castramentación*, con ochocientos pesos anuales.»

Conforme al DICCIONARIO de la Real Academia Española, ha de decirse *castrametación*, «arte de ordenar los campamentos militares,» y no *castramentación*, como aparece en dos de los artículos del decreto citado.

El decreto de 1.º de junio de 1883, que ha dado una nueva organización á la Escuela Militar, emplea esta palabra como debe de ser.

CATEADOR

El artículo 17, título 15, de las REALES ORDENANZAS PARA LA DIRECCIÓN, RÉGIMEN Y GOBIERNO DEL IMPORTANTE CUERPO DE LA MINERÍA DE NUEVA ESPAÑA, Y DE SU REAL TRIBUNAL GENERAL, decretadas por el soberano de las Españas y de las Indias el 22 de mayo de 1783, dice así:

«Los *cateadores*, buscones ú operarios, y cualesquiera otras personas que presentaren piedras y muestras, suponiendo ser de cierta mina, para la cual soliciten avíos, siendo ello falso y sólo con el fin de estafar, defraudando y engañando á los sujetos incautos, mando que sean castigados con todo rigor de justicia, según las circunstancias, gravedad y malicia que se probare en dichos delitos por el juzgado á quien corresponda, con arreglo á lo declarado en el mismo citado artículo 29 del título 3 de estas ORDENANZAS.»

El DICCIONARIO de Salvá, el de una sociedad de literatos publicado bajo la dirección de don J. B. Guim, y el de don Roque Barcia dan á *cateador* dos acepciones, á saber: 1.ª «el que catea»; 2.ª «el que busca y descubre alguna mina».

Cateador, en la segunda de ellas, es muy empleado

en Chile, y entiendo que también en toda la América española.

Don José Joaquín Vallejo, el escritor chileno tan popular con el seudónimo de *Jotabeche*, se expresaba en el artículo titulado Los DESCUBRIDORES DEL MINERAL DE CHAÑARCILLO, como sigue:

"El primero á quien Juan Godoy confió su secreto, para obtener una regla de conducta, fué Juan José Callejas, minero viejo y *cateador* de profesión, que, sin embargo de haber reconocido por más de cuarenta años las vetas y panizos de cuantos cerros tiene este departamento, sólo había logrado reunir un caudal fortísimo de experiencia."

Aunque la Real Academia Española no ha autorizado hasta ahora el vocablo de que voy tratando, creo, no sólo que puede seguir usándose, sino también que sería muy difícil, y quizá imposible, hacerlo olvidar en el continente americano.

CATEAR

El DICCIONARIO de la Real Academia Española trae los dos verbos *catar* y *catear*.

Entre varias acepciones que da al primero, se encuentran la de "ver, examinar, registrar" y la de "buscar, procurar, solicitar".

En cuanto á *catear*, dice que equivale únicamente á "buscar, descubrir".

Como se ve, los significados de estos dos verbos son tan parecidos, que parece no haber dificultad para que se usen uno en vez de otro.

El DICCIONARIO advierte que *catear* es anticuado.

Así será en la Península; pero en la América españo

la, *catear*, especialmente en el sentido de buscar minas, es incomparablemente más usado que *catar*.

Don José Joaquín Vallejo *(Jotabeche)*, en el artículo titulado La mina de Los Candeleros, intercala la frase que va á leerse:

"Infinitos mineros, por poco que hayan andado *cateando* en las solitarias serranías de Chanchoquín, Punta del Diablo, Checo, etc., dan irrecusables testimonios de esta verdad."

Don Vicente Salvá, en el Nuevo Diccionario de la lengua castellana testifica este hecho, cuando señala como un provincialismo de la América meridional el uso de *catear* en el sentido de "tantear el terreno en busca de alguna veta de metal".

Sin embargo, don Andrés Bello ha dado la preferencia á *catar* sobre *catear*, como puede verse en el artículo 591 del Código Civil.

"*Artículo 591.* El estado es dueño de todas las minas de oro, plata, cobre, azogue, estaño, piedras preciosas, y demás sustancias fósiles, no obstante el dominio de las corporaciones ó de los particulares sobre la superficie de la tierra en cuyas entrañas estuvieren situadas.

"Pero se concede á los particulares la facultad de *catar* y cavar en tierras de cualquier dominio para buscar las minas á que se refiere el precedente inciso, la de labrar y beneficiar dichas minas, y la de disponer de ellas como dueños, con los requisitos y bajo las reglas que previene el Código de Minería."

El artículo 14 del Código Chileno de Minería dice así:

"*Artículo 14.* La facultad de *catar* y cavar en tierras de cualquier dominio para buscar las minas que concede

á los particulares el artículo 591 del Código Civil podrá ejercerse libremente en terrenos no cerrados, ó que no estén dedicados al cultivo.»

Tal vez interese saber que los conquistadores españoles del siglo XVI empleaban indiferentemente en Chile los verbos *catar* y *catear*.

En el acta de una sesión tenida por el cabildo de Santiago el 26 de agosto de 1545, se encuentran insertas unas Ordenanzas para minas expedidas por Pedro de Valdivia.

El capítulo ó artículo 32 de esas Ordenanzas es el que va á leerse.

«Ítem, ordenamos y mandamos: si por caso estuviere algún indio *catando*, que él se haya puesto allí á *catar*, ó su minero lo haya puesto; y acaece cada día, viendo algunos *catar* á un indio, meter otro junto á él; mandamos que el primero, probando ser primero, se estaque. É si no, sea que desde donde estuviere el *catador* de cada uno, se estaque el de partes de arriba, arriba, y el de partes de abajo, abajo.»

En el acta de la sesión celebrada por el mismo cabildo en 9 de agosto de 1550, se incluyen unas Ordenanzas tocantes á minas de plata.

Una de sus disposiciones es la que sigue.

«Ítem. Que si el tal descubridor, y después de descubierto el metal, no viniere manifestando dentro del término dicho, é alguna otra persona le hallare sacando metal, el tal viniendo demandando, sea el tal persona el descubridor, y el primero sea encubridor, é caya en pena de doscientos pesos de oro; la mitad para la cámara de su majestad, y la otra mitad para las obras públicas. Acordóse que se admitiese esto, que dice: si tal descu-

bridor estuviese *cateando* su mina, y otro pasare por allí, ó por alguna cautela viniere á manifestar, que tal registro sea en sí ninguno.»

CATEO

Ninguno de los diccionacios de la lengua castellana que conozco trae esta palabra.

Á pesar de ello, y puesto que la Academia Española admite á *catear* como anticuado, y Salvá, Barcia y otros á *cateador*, no hay, á mi juicio, motivo fundado para desaprobar el sustantivo *cateo*, tan frecuentemente usado en la América meridional.

El título 2.º del Código Chileno de minería se denomina: *De la investigación ó cateo.*

Investigación es un vocablo de significación genérica, el cual sirve para denotar «la acción y efecto de hacer diligencia para descubrir una cosa», mientras que *cateo* es un vocablo de significación específica, que sirve para denotar la acción y efecto de tantear el terreno para buscar una veta de metal.

Sé que en Chile algunos han propuesto que, en vez de *cateo*, se diga *cata;* pero esta última palabra, según el Diccionario de la Academia, significa «acción de catar ó probar algunos licores y otras cosas».

Igual significación que *cata* tiene *catadura* en una de sus acepciones.

Sin embargo, la frase anticuada *echar cata* significa «mirar ó buscar con cuidado alguna cosa».

CATASTRAL

Un decreto expedido por el presidente de la república, en 19 de enero de 1853, empieza así:

«Siendo conveniente proceder cuanto antes al avalúo de los fundos rústicos para hacer la conversión de la contribución decimal, y considerando que es indispensable para este trabajo formar una carta *catastral* de los fundos de cada provincia,

«He acordado y decreto:

«Artículo primero. Se formará una carta *catastral* de la provincia de Santiago.»

Otro decreto, también expedido por el presidente de la república, en 8 de agosto de 1861, dice, entre otras cosas, lo que va á leerse:

«En vista de lo expuesto en la nota que antecede, vengo en decretar:

«1.º Se autoriza á los contribuyentes á los impuestos territorial y *catastral* de la provincia de Chiloé, para que puedan pagar lo que adeuden ó adeudaren en lo sucesivo por dichos impuestos, en maderas, útiles de construcción, que se les recibirán al precio de Ancud, según el artículo 2.º, siendo la conducción á ese punto por cuenta de los contribuyentes.»

El Diccionario de la Real Academia Española no autoriza este adjetivo *catastral*, que, sin embargo, satisface una verdadera necesidad.

CELIBATARIO

Los franceses emplean el vocablo *célibataire* para de-

notar la persona que, habiendo llegado á la edad en que es apta para casarse, permanece soltera.

Los traductores españoles de ambos mundos que se guían sólo por la semejanza de los sonidos, y que no se toman siquiera la molestia de consultar el diccionario, han vertido al castellano *célibataire* por *celibatario*.

Así, denominan en castellano *El viejo celibatario* la canción que Béranger denominó en francés *Le vieux célibataire*; y vierten á nuestro idioma por *Los viejos celibatarios*, el título general y común con que Balzac designó sus tres novelas *Pierrette*, *Le Curé de Tours* y *Une famille de célibataires*.

Tal es el origen de este galicismo injustificado.

Si los mencionados traductores se hubieran empeñado por usar á toda costa una palabra castellana que correspondiese, no sólo al significado, sino también al sonido de *célibataire*, habrían debido recurrir á *celibato*, que, en estilo familiar, denota el individuo que no se ha casado.

Pero lo mejor sería el que, en vez de *celibatario*, se dijera castizamente: *célibe* ó *soltero*.

Sin embargo, conviene saber que don Andrés Bello empleó la palabra *celibatario* en un artículo sobre teatro que dió á luz en El Araucano fecha 27 de septiembre de 1833.

CENSUARIO

Don Andrés Bello ha redactado como sigue el artículo 2,022 del Código Civil Chileno:

"*Artículo 2,022*. Se constituye un censo cuando una persona contrae la obligación de pagar á otra un rédito anual, reconociendo el capital correspondiente, y gra-

vando una finca suya con la responsabilidad del rédito y del capital.

"Este rédito se llama *censo ó canon;* la persona que le debe *censuario;* y su acreedor *censualista.*"

En los artículos 2,030, 2,031, 2,032, 2,033, 2,034, 2,035 y 2,039 aparece *censuario* tomado en esta misma acepción.

El DICCIONARIO de la Academia llama, como el CÓDIGO CIVIL, *censualista* al acreedor del censo; pero al deudor del censo le llama, no *censuario*, como el CÓDIGO CIVIL CHILENO, sino *censatario.*

Censuario es, según el DICCIONARIO, una palabra anticuada que equivale á *censualista*, y que, como ésta, sirve para expresar el acreedor, y no el deudor del censo.

Escriche, en el DICCIONARIO RAZONADA DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA, junto con seguir á la Academia cuando enseña que *censualista* y *censuario* significan lo mismo, cuida de advertir que algunos autores emplean la segunda de estas palabras en la acepción de deudor del censo.

Hé aquí el texto de Escriche:

"*Censualista* ó *censuario*, la persona á cuyo favor se impone ó está impuesto algún censo, ó la que tiene derecho á percibir sus réditos. Sin embargo, algunos autores llaman *censuario* al que paga los réditos del censo."

Como se ha visto, Bello, en el CÓDIGO CIVIL CHILENO, ha aceptado la innovación de estos últimos. Creo que no es difícil atinar con el motivo que tuvo para ello.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

LAS HADAS DEL ANDALIÉN

AL SEÑOR DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

. . . . . .
Aleves huyen del que incitan ora,
y sólo del amor queda el veneno.
(GÓNGORA)

I

Las tres eran hermosas como jamás se había visto mujer alguna. El que una sola vez las miraba no podía olvidarlas jamás. Los guerreros castellanos dejaban sin pena sus opulentas mansiones arrulladas por las olas de un mar apacible y cristalino, y, atravesando las poéticas orillas del Andalién, iban á buscar la solitaria casa de las tres hermanas, donde reinaban el amor y la belleza y donde sus almas soñadoras se sentían embriagadas por el ambiente perfumado de las flores y más aún por el fuego de sus ojos, que con una sola mirada enloquecían al varon más fuerte.

Felicidad tañía maravillosamente el laúd, Sol cantaba como los jilgueros del bosque vecino, y Esperanza arre-

bataba tras sí los corazones cada vez que su cuerpo aéreo y gentil se perdía en el torbellino de la danza.

Eran solas en el mundo; no se les conocía familia, no tenían padre, ni velaba por ellos ningún sér, que, con su respeto, las defendiese contra las seducciones y los peligros de la vida.

Encerradas en su palacio rodeado de jardines, jamás se las vió llegar á la vecina ciudad de Concepción, ni tomar parte alguna en sus solemnidades y regocijos. Todo era misterioso en ellas y los que más frecuentaban su trato estaban tan ignorantes de lo que se relacionaba con su pasado como aquéllos que sólo conocían la fama de su hermosura y la extrañeza de su modo de vivir.

Se repetía que eran livianas, y sin embargo de ser su casa un centro de continuas y animadas fiestas á las que asistían los galanes más bizarros y emprendedores, nadie podía contar un solo hecho positivo que deslustrase el nombre de esas jóvenes cuyo amor habían solicitado en vano tantos nobles y valientes caballeros.

Más de un mancebo enamorado había desnudado la espada para dar un enérgico mentís á los que inconsideradamente se atrevieron á poner en tela de juicio la fama de aquellas mujeres, y en verdad que los que así obraban no hacían sino cumplir un deber imprescindible para los que, profesando la religión de la caballería, tenían á honra el defender á la belleza calumniada.

Eran muchos los que habían caído á las plantas de aquellas maravillosas criaturas pidiéndoles una mirada de amor como recompensa de una pasión ardiente y por demás probada; pero ninguno podía vanagloriarse de haber conquistado sus favores.

Las tres hermanas parecían no tener corazón.

Indiferentes al amor, aspiraban con delicia el incienso que se las prodigaba, alegrando su vida con bulliciosas fiestas que se prolongaban hasta la media noche, ya bajo artesonados y suntuosos salones, ya en amenos bosquecillos, á la luz de la luna y en medio de una naturaleza que, al decir de todos, no se marchitaba jamás, no desnudándose de sus flores ni aun en los inviernos más helados y rigurosos.

Estos festines terminaban irremisiblemente á la hora indicada, pasada la cual aquel hogar de placeres se cerraba para sus huéspedes, que lo abandonaban con pena. Jamás las luces del alba vieron salir por sus puertas un solo recatado galan que hubiera pasado allí la noche. Ninguno podía dudar de ello, pues había infinitos testigos que lo confirmaban, aumentando con sus extrañas relaciones el misterioso prestigio de los que todos llamaban las hadas del Andalién.

¿Quiénes eran? ¿Cómo habían venido? ¿Desde cuándo estaban establecidas en su maravilloso palacio?

Nadie podía contestar á estas preguntas, sino con vagas suposiciones, que por sí mismas se contradecían.

Referíanse á este respecto mil historias á cuál más inverosímil y maravillosa.

Algunos contaban que sus habitadoras, como magas que eran y poseedoras de la ciencia del porvenir, habían predecido al conquistador Valdivia su trágico y desastrado fin.

Según otros, el primer cristiano que había hablado á Felicidad y sus hermanas fué el poeta Ercilla, que conducido por el mago Fitón llegó á pedir hospitalidad al palacio encantado. Maravilladas ellas de la hermosura é ingenio del joven bardo le ofrecieron su amor en cambio

de la gloria con que soñaba; pero el cantor de Arauco, no queriendo sacrificarles su renombre de poeta, se apartó de ellas al punto, negándose á volver á su presencia temeroso de no resistir á una segunda prueba. Añadíase que Ercilla no quiso nunca revelar el sitio donde había encontrado á las hermanas, previendo que ellas serían la ruina de los incautos que bebieran en sus ojos el fuego del amor.

***

Pero existía otra versión que gozaba de mayor crédito y era aceptada por muchos como un hecho indiscutible. Algunos ancianos del contorno contaban haber oído á sus padres la historia lastimosa de un joven guerrero que llegó á Concepción en los primeros años de la conquista, y después desapareció dejando una memoria desgraciada de sí.

***

Llamábase éste don Ramiro de Ocaña; era hermoso como el amor y valiente como un héroe, siendo además tan noble por su origen que pertenecía á la familia de los antiguos reyes de España. Á tan raras prendas unía don Ramiro el ser un trovador notable que con sus cantos embelesaba á las damas, después de haberlas rendido con los atractivos de su persona y el prestigio de su nombre.

Don Ramiro, para quien el amor no era sino un pasatiempo á que se entregaba en los cortos intervalos que le dejaban libres sus continuas y arrojadas expediciones guerreras, blasonaba á todas horas de no haber rendido su corazón á dama alguna, prefiriendo á los saraos y á

las aventuras amorosas el estruendo de las batallas y las fatigas de la caza, diversión á la que se entregaba con loco entusiasmo. Habiéndose extraviado cierto día en un bosque de los alrededores, persiguiendo un animal montaraz, se halló de súbito y sin saber cómo frente al palacio de las hadas, del cual no tenía noticia alguna. Maravillado de su riqueza y de la amenidad de los jardines que lo rodeaban, se desmontó del caballo, y dejándolo pacer á su grado la fresca hierba de que estaba tapizado el suelo, se adelantó á pedir hospitalidad á las puertas de aquella magnífica morada, donde fué acogido con el agasajo con que fueron recibidos más tarde muchos otros. Allí don Ramiro bebió el veneno del amor, perdiendo para siempre su alegría y su libertad. Desde entonces el trovador que sólo cantaba sus dichas, comenzó á entonar endechas desesperadas y melancólicas en las solitarias riberas del mar. Huía de los hombres como si su compañía le fuese enfadosa; no se le volvió á ver en las justas, y hasta llegó á olvidarse de la gloria y de las agitadas emociones de las batallas. Cuando llegaba á hablar de sus penas, su lenguaje era tan enigmático, y tan extraño lo que decía, que muchos llegaron á tomarlo por hombre de razón extraviada. Como él había abandonado á sus amigos, éstos no tardaron mucho en dejarlo, á su vez, entregado á sus sueños y desvaríos. Así pasó muchos meses, devorado por los deseos de un amor imposible, y cada vez que visitaba el escondido palacio volvía más sombrío y despechado que antes. No faltaron algunos que, deseosos de curarlo de sus extrañas melancolías, se dieran á seguirlo en sus expediciones misteriosas; pero, contagiados ellos con la enfermedad que aquejaba al hermoso trovador, acabaron por ser tan infelices como

él... El origen del mal de don Ramiro dejó entonces de ser un misterio, y la historia de las hadas se hizo famosa entre los conquistadores.

Por lo que hace al infeliz joven, dejó de vérsele de repente en sus nocturnos paseos por las riberas del mar. Lo último que se supo de él fué que una noche de furiosa tempestad en que el mar alborotado bañaba con sus olas las abruptas rocas que se extienden al lado de Lirquén, algunos pescadores que con terribles ansias trataban de ganar la costa, lo habían divisado en lo alto de una peña tañendo el laúd y entonando una canción que se apagaba entre los bramidos de la tormenta. Tres días después y cuando el océano se había calmado, las olas arrojaban á la playa el laúd destrozado, lo que hizo creer que el desesperado trovador había elegido aquella terrible noche para ahogar en el seno de las aguas su inmenso dolor.

Si esto era ó nó verdad nadie podía asegurarlo; pero el nombre del desgraciado Ramiro de Ocaña corría desde entonces unido al de las hadas del Andalién.

II

La desgraciada historia de don Ramiro junto con el trágico fin de muchos otros nobles jóvenes, que en pos de él perecieron víctimas de sus exaltadas pasiones, acabaron por convencer á los más incrédulos de que en los alrededores de Concepción existía efectivamente el encantado paraíso de que tanto se hablaba.

Uno de los gobernadores españoles, no pudiendo aceptar como realidad las maravillas que de él oía, ordenó hacer una entrada por los bosques vecinos; pero los

expedicionarios volvieron sin haber encontrado nada más que lo que estaban acostumbrados á hallar en sus expediciones al interior del país, aunque no faltaron algunos, y éstos eran los más bizarros oficiales del ejército, que asegurasen haber visto el palacio y aun á sus hermosas moradoras, sin que les fuese posible precisar en qué sitio ni dar señas del camino que llevaba á él.

Los partes oficiales declararon todo aquello una quimera, pero el pueblo siguió creyendo en que no lejos de sus hogares habitaban seres superiores á la especie humana, que sólo se mostraban á los que iban á buscarlos con el amor en el alma, negándose á los que se acercaban á sus puertas en són de amenaza y con belicosos alardes.

Era así, en efecto. La casa de las hadas existía en el centro del bosque. Sus minaretes albos como el alabastro asomaban desde lejos al través de los árboles que la rodeaban. Hallábase colocada en medio de encantadores jardines que parecían no deber nada al arte, aunque abundasen en ellos, mezcladas con las plantas de la comarca, especies desconocidas y exóticas que jamás se vieran en aquellos contornos, arbustos aromáticos, piñas de los trópicos cargadas de exquisitas frutas, palmeras egipcias con sus dátiles en dorados racimos, sándalos, árboles que sudaban bálsamos, y flores de belleza nunca vista. En esos bosquecillos se anidaban aves no menos raras; el bulbul de los orientales, los ruiseñores y los calandrias europeas, juntaban sus voces en armonioso concierto con los canarios de comarcas lejanas y los jilguerillos y las diucas que saludan nuestras alboradas. Picaflores de las especies más variadas iban de acá á allá robando su miel á las flores del chirimoyo, á los

jazmines de España y del Tucumán, á las rosas del oriente y á los claveles que crecían en el suelo como si fuesen hierbas nativas que nadie se había cuidado de plantar. De árbol en árbol formaban espesas grutas la hierba enlazada con vides cargadas de racimos; pasionarias y copigües trepaban á los encumbrados cedros; los naranjos y limoneros ostentaban en todas estaciones sus azahares nevados y sus frutas de oro; las manzanas perfumaban el ambiente con el regalado perfume de sus frutas, y por el suelo las fresas asomaban sus rojas cabecitas al lado de las frutillas y otras silvestres y exquisitas producciones de nuestra privilegiada naturaleza. El viento arrancaba delicadas armonías á las arpas eolias colocadas en la cima de los gigantescos cedros, y en algunos claros del bosque extendían sus ramas á larga distancia coposas encinas que parecían contar tantos siglos como el mundo. Todo lo más bello y majestoso que produce la tierra se hallaba allí, faltando únicamente el ciprés y otros árboles á los cuales los hombres han asociado fúnebres ideas de desgracia ó de muerte.

Aquellos parques no parecían tener término; á medida que se los recorría se ensanchaban á la vista, presentando á cada paso objetos nuevos, que excitaban al deleite y á la admiración. Todas aquellas maravillas estaban plantadas sin orden fijo; no se veían allí calles dispuestas con arte ni hileras de flores delineadas á cordel por la mano del alarife como en los jardines europeos. Las fuentes que en otras partes caen en estrechos tazones de mármol, eran allí cascadas naturales de agua cristalina en las que el sol quebraba sus rayos formando graciosos iris ó los reflejos de la luna se perdían entre una lluvia de diamantes deslumbradores. Estas venas de agua se desliza-

ban mansas ó se precipitaban en espumosos torrentes de lo alto de colinas tapizadas de flores ó erizadas de cristalizaciones verdes como la esmeralda ó encendidas como los ígneos visos del rubí. Era tan dulce el murmullo de las aguas que al solo oírlo sentía el corazón un grato adormecimiento que lo llevaba á dar al olvido los enfadosos cuidados que podían alejar la idea del placer y los ensueños del amor.

Era fama que el cielo jamás se cubría de nubes en aquellos sitios, que el rayo no amagaba nunca los árboles que lo poblaban, ni interrumpían los aterradores rugidos de la tempestad el suave concierto que unidos formaban allí las aves, las brisas y los arroyuelos.

En medio de estos encantados jardines se veía á las tres hadas, que, alegres, risueñas y cada vez más llenas de encantos, recorrían sus calles al lado de los apuestos caballeros que á todas horas venían á visitarlas.

No hubo guerrero ilustre por sus hechos, ni magnate orgulloso de sus blasones heráldicos, que no acudiese á rendirles alguna vez sus homenajes. Y no sólo eran los habitantes de Concepción los que se apresuraban á formarse en las filas de los cortesanos de aquellas beldades fascinadoras. Su fama se había extendido por todo el continente, llegando hasta la misma metrópoli, donde no faltaron algunos románticos aventureros que, atraídos por ella, abandonaran las orillas del Manzanares ó los floridos alrededores de la poética Sevilla. Hidalgos de Méjico, emprendedores galanes de Lima y opulentos mineros del Potosí dejaron más de una vez sus riquezas y sus placeres arrastrados por la sed de admirar los encantos que poblaban las cercanías del humilde é ignorado Andalién.

Los amantes llegaban á las puertas del palacio henchidos de esperanzas y sedientos de amor, para volver con el corazón devorado por el tormento de indecibles deseos que no habían de satisfacerse nunca.

Las hadas de aquel paraíso eran implacables. Sabían inspirar el amor, encendiendo hasta el frenesí sus abrasadoras ansias, sin que su pecho se conmoviese jamás ante la intensidad de la pasión, ó el prestigio ó la belleza de sus amantes.

Sus almas heladas se gozaban con infernal complacencia haciendo cada día una nueva víctima, y jugando con el corazón de los hombres, como se divierte un niño en destrozar el juguete que momentos antes lo entretenía.

Sus sonrisas, prodigadas indistintamente á sus desesperados amantes, encendían en sus pechos la llama de abrasadores celos, abriendo á más de uno las puertas de la esperanza para cerrárselas bruscamente, cuando comenzaba á creer cercana la ventura.

Verdad es que estos efectos no se sentían en su presencia sino más tarde, cuando, lejos de ella, desaparecía el encanto á la luz severa de la realidad. Á su lado batían sus alas las ilusiones, y apoderándose del alma el delirio y la embriaguez que produce una mirada radiante de fascinación lanzada por unos ojos de fuego; pero no se hallaba nunca la felicidad.

Las hadas oían con indiferencia la noticia de un duelo sangriento provocado por su coquetería, en que había caído quizás muerto el que más promesas recibiera de sus labios, y en el que los combatientes eran, horas antes, amigos fieles, hermanos por el corazón y quizás por la sangre. Del mismo modo, no les merecía un sus-

piro el triste fin de alguno de sus adoradores de ayer, que expirara consumido por la melancolía de una pasión sin esperanzas.

Si alguien llegaba á contarles, con voz alterada por la emoción, alguno de esos sucesos sangrientos ó dolorosos, lo envolvían al instante en una mirada fascinadora, que hacía olvidar al enternecido narrador la historia comenzada, de la que no volvía á hablarse más.

Los rendidos amantes de las hadas comprendían todo esto en sus momentos de reflexión; pero el recuerdo de su hermosura se levantaba para defenderlas de las inculpaciones que acaso iban á hacerles. Hechizados por su extraño prestigio cerraban los ojos para no penetrar en el abismo de perfidia que encerraban aquellos corazones helados y continuaban adorándolas, ya que les era imposible romper sus cadenas.

Con lo dicho, el lector se habrá formado una idea de lo que eran esas pérfidas sirenas, cuya memoria vive aún en las tradiciones del pueblo, y si le place prestarnos su atención le referiremos una de las muchas historias que de ellas se cuenta.

III

En la época que comienza nuestra narración vivía en Lima un noble y anciano caballero que tres años antes había llegado de España con poderosas y urgentes recomendaciones para el virrey, cuyo compañero de armas había sido en la juventud.

Llamábase don Pedro Álvarez, era caballero de Santiago y se enorgullecía con el título de marqués.

Don Pedro Álvarez, que había tomado horror al suelo

natal desde la muerte de su esposa, se decidió á emigrar á las lejanas regiones del nuevo mundo, esperando disipar así en algo los pesares que agobiaban su corazón. Era rico, y el viaje, aunque peligroso y largo, no lo aterraba como á otros, de modo que, una vez resuelto, no demoró su ejecución un instante, trasladándose á la capital del Perú con toda su familia, compuesta de tres hijos varones y una hermana suya, viuda también como él, y madre de una niña llamada Clara que era la alegría y el encanto de la casa.

Los hijos del marqués estaban en la flor de la vida. Pedro, el mayor de ellos, contaba apenas veinticinco años y era ya coronel del ejército español, título que en tan juvenil edad le prometía una brillante carrera. Los otros dos, Fortún y Conrado, se le seguían con diferencia de un año, pues eran gemelos.

No podía darse unión igual á la que reinaba entre aquellos hermanos. Los tres se amaban entrañablemente, y en todas partes se les veía juntos y eran unos mismos sus pesares y sus alegrías. Jamás se habían separado en la vida y el afecto que los ligaba los hacía pasar por un perfecto dechado de amor fraternal.

No siendo el marqués uno de esos ancianos austeros que con los años olvidan lo que fueron en su juventud, dejaba a los tres mancebos el uso de una prudente libertad, de la que ciertamente no abusaban, pues la estrecha unión en que vivían y la noble altivez de su raza habían contribuído á librarlos de los peligros que generalmente asedian á la juventud.

De los tres hermanos, Fortún era el único que conocía el amor. Hacía un año que entre él y su prima Clara mediaban juramentos que andando el tiempo debían fijar

para siempre sus destinos. Pedro y Conrado guardaban aún la virginidad de sus afectos.

*
* *

Cierta tarde que los tres mancebos habían salido á dar por las calles de Lima un paseo en el que no habían escaseado los encuentros con las tapadas, ni otros lances de los que á cada paso se ofrecían entonces á la juventud, Pedro Álvarez se separó de sus hermanos frente á la portería de San Francisco, en cuyo convento, según les dijo, tenía una atención urgente que desempeñar.

Efectivamente, aquel mismo día uno de sus compañeros de armas que, con no poca sorpresa de la ciudad, acababa de vestir el sayal franciscano, abandonando para siempre el mundo y con él un porvenir de honores y gloria, había mandado llamar al hijo del marqués para encomendarle algunos negocios que ya no podía desempeñar por sí; Pedro se apresuraba á acudir á la cita de aquel amigo cuya determinación lo traía sorprendido y perplejo.

Tan luego como se separó de sus hermanos, que continuaban fuera su divertida excursión, Pedro Álvarez penetró en el convento en busca del flamante monje que lo esperaba paseándose lentamente bajo las sombrías arcadas de ese claustro monumental, orgullo todavía de Lima y admiración de los viajeros que acuden á visitarlo.

El joven coronel no pudo contener una exclamación de dolorosa sorpresa al hallarse frente á frente del que buscaba. En el rostro y los ademanes de su amigo se había verificado una triste transformación. Aquel hombre debía de haber padecido mucho para encontrarse en

el estado en que lo veía. Dos años antes lo había visto partir para Chile en toda la lozanía de la mocedad, con los ojos chispeantes de esperanza y la frente erguida con noble y bélica altivez; al presente parecía un anciano encorvado bajo el peso de amargos recuerdos ó de remordimientos desoladores. Su cabeza, doblada sobre el pecho, más que la humildad del cenobita, revelaba la postración del que no tiene fuerzas para levantar sus miradas al cielo, y la mano que tendió á su amigo estaba helada como la de un cadáver.

Pedro Álvarez fijó los ojos con semblante de simpática compasión en el nuevo fraile que, conociendo al punto los sentimientos que inspiraba, no pudo menos de decirle:

—Me hallas muy cambiado, Pedro ¿no es verdad?

—Sí, Veremundo—respondió—has envejecido demasiado desde que no nos vemos.

—Es que el dolor agosta la flor de la vida, y la fuerza de la juventud opone apenas resistencia á los grandes dolores. He sufrido mucho, amigo mío.

—¿Y esperas hallar aquí tu consuelo?

—¡Quién sabe!—murmuró el fraile con voz en que se mezclaban el desaliento y la duda.

—Y ¿qué has venido, entonces, á buscar en la casa de Dios?

—El olvido, si es que para mis males existe en la tierra.

—Y ¿si no lo hallas?

—Dios tendrá al fin misericordia de mí—contestó Veremundo cruzando los brazos.

Este corto diálogo produjo en Pedro una impresión profunda que borró en un instante las ideas alegres y

frívolas que llenaban su alma al separarse de sus hermanos.

Él y el fraile habían quedado sumergidos en lúgubre silencio que se prolongó por algunos instantes cual si ambos temiesen reanudar la conversación interrumpida.

*
* *

Hablar de nuestros dolores suele ser un alivio en muchos casos, mientras en otros es revolver la mano dentro de una herida que mana sangre. También el que escucha las amargas confidencias de un infortunio que no puede consolar siente dentro de sí algo parecido á la desesperación, al comprender que no hallará una palabra que pueda derramar un bálsamo en el alma del amigo por cuya felicidad sería capaz de sacrificarse.

La solemne tristeza de aquel claustro silencioso, sus palmas, emblemas de la eternidad que impasible ve disiparse los sueños de la vida, los cipreces nacidos para velar las tumbas y que los ascetas colocan en sus moradas como un perpetuo recuerdo de la muerte, los retablos místicos que pendían de los polvorientos muros y, por fin, la cruz de madera que sobre su pedestal de piedra se levantaba en el centro del claustro, daban al cuadro que le rodeaba el aspecto de un campo santo sembrado de ocultos sepulcros sobre los que los hombres han olvidado colocar una losa y donde nadie depone una corona de flores...

Entre el convento y la calle se extendía un abismo. Á dos pasos de aquel recinto quedaba la ciudad bulliciosa y festiva, centro de intrigas ambiciosas y de fáciles placeres; bajo las arcadas del claustro y en su austero jardín el desengaño de los goces y los emblemas que hacen

despreciar la vida que pasa. ¡Un solo muro bastaba á separar mansiones tan diversas! Parecía extraño que en medio de la animada y opulenta ciudad existiese un sitio donde reinara tan honda y profunda melancolía.

Veremundo y Pedro se paseaban á lo largo de una calle de cipreses.

Habían reanudado su conversación y el fraile explicaba á Pedro los motivos que lo inducían á llamarlo.

Su entrada al convento había sido tan repentina que no le dejó tiempo para nada, por lo que necesitaba del auxilio de su fiel amigo para arreglar algunos asuntos que todavía lo ligaran á la tierra.

Del barco que le dejara en el Callao, Veremundo se había encaminado al convento donde pensaba morar toda su vida, sin detenerse siquiera un instante en su casa para dar el último adiós á su madre. Cuando se supo su regreso y comenzaron á preguntar por él sus numerosos amigos que querían darle la bienvenida, oyeron con no poca sorpresa que el bizarro militar no pertenecía ya al mundo. En el convento no había querido recibir á nadie, y las tapadas que esperaban divisarlo en la solemne ceremonia de la recepción del hábito, se habían llevado un solemne chasco, pues ésta tuvo lugar en una capilla interior conforme á los deseos del melancólico novicio.

*
* *

Pedro Álvarez, que como muchos otros deseaba con ansia conocer los pasos por los cuales había llegado su amigo á una resolución que lo cogía tan de sorpresa, trató de interrogarlo sobre este punto, y aunque en el primer momento no le dió una respuesta satisfactoria, el fraile concluyó por confiarle el secreto que de todos guardaba.

Veremundo no ocultó nada á su antiguo compañero y le refirió su historia bajo la promesa de una completa reserva y de que no volvería jamás á una conversación demasiado dolorosa para su alma.

Pedro lo escuchó con extrañeza.

La historia que el monje le contaba era por demás inverosímil y triste. El mal que lo agobiaba no tenía otro remedio que el olvido difícil de encontrar sin una lucha larga y desesperada. En una palabra, el fraile Veremundo era una de las innumerables víctimas de las engañadoras beldades que habitaban el palacio del Andalién. Allí había amado con delirio, creyéndose por breve tiempo correspondido, y al despertar de su sueño hubo de comprender que sólo había sido el juguete de una mujer sin corazón. Llevaba sobre sí la sangre de un inocente, á quien en su ceguera creyó por un instante un rival favorecido cuando no era más que una víctima como él. Antes de expirar, aquel infeliz se lo había contado todo protestándole su inocencia por el Juez Supremo ante quien debía pronto comparecer. El recuerdo de aquel duelo sin otros testigos que las soledades del bosque y que los hombres creyeron un asesinato vulgar, permanecía fijo é inalterable en su mente. La sombra de aquel joven muerto en un momento de delirio lo seguía por todas partes como un aterrador fantasma que no le abandonaba ni aun en sueños. Y, con todo, no era el remordimiento el más cruel de sus males. Su corazón se consumía en el fuego de un amor insensato, que aniquilaba su físico como una fiebre devoradora. Únicamente Dios podía volverle la paz del alma y ésta no la alcanzaría tal vez sino en el sepulcro.

* * *

En semejante situación dejó Pedro Álvarez á su amigo al despedirse del convento, y cuando en la noche, á la hora de la cena, se reunía con sus hermanos, éstos se fijaron al punto en la honda preocupación que le dominaba.

La sombría tristeza de Veremundo se había apoderado del alma del joven y arrogante coronel, que hubiera dado un mundo por no escuchar las confidencias de su amigo.

—¿Estás enfermo, hermano?—preguntó Fortún á Pedro al notar su palidez.

—No tengo nada—respondió éste dando á su voz cierta inflexión de serenidad.

—Pareces triste.

—¿Qué locura te ha entrado hoy conmigo?—preguntó Pedro—estás empeñado en convencerme de que no me hallo bien.

—Algo te ha pasado, hermano mío—insistió cariñosamente Conrado.

—Pues te aseguro que nada.

—Te veo triste.

—Algo hay de eso—dijo al fin Pedro por salir de una vez del paso.

—¿Has tenido algún disgusto?

—Felizmente nó.

—Si de otro modo fuera harías muy mal en ocultárnoslo, pues sabes de sobra que en cualquier caso rudo tendrás á tus hermanos á tu lado.

—Gracias, Conrado; pero por dicha no existe motivo para poner á prueba vuestro cariño.

—Entonces...

—Os lo diré en dos palabras: la conversación que he

tenido con ese pobre Veremundo me ha impresionado dolorosamente.

—Y ¿qué es de Veremundo?—preguntó con mujeril curiosidad la joven Clara, que en ese momento penetraba en el comedor con el marqués y su madre.

—Veremundo—respondió Pedro, hablando con despacio y como quien mide las palabras que va á pronunciar—Veremundo ha sufrido mucho y es hoy muy desgraciado.

—¿Acaso no lo lleva al claustro una verdadera vocación?—insistió empeñosamente Clara.

—No se lo he preguntado—dijo Pedro.

—Vaya, niña—insinuó el marqués—haces averiguaciones muy hondas.

Clara se ruborizó como avergonzada del reproche que en tono festivo y cariñoso acababa de hacerle su tío.

—Cuando se ha metido fraile—dijo sentenciosamente la madre de Clara—será porque Dios ha querido llamarlo.

—Lástima grande es—dijo el anciano marqués—que un mozo tan bravo y de tanto porvenir haya dado en la flor de vestirse la cogulla en tiempos como estos, en que el servicio del rey reclama como nunca la sangre de sus vasallos. Veremundo estaba llamado á subir mucho, y el virrey, con cuya protección debía contar, se halla á estas horas no poco contrariado de ver colgar la espada á un joven de tantas esperanzas.

—Tiene razón el virrey—dijo Fortún.

—Y le sobra; ahora sólo falta que á vosotros se os meta el día menos pensado la idea de seguirlo.

Los tres mancebos soltaron una carcajada al oír las últimas palabras de su padre.

—Puede que aún vuelva atrás—observó tímidamente Clara.

—No lo creas—contestó Pedro.

—¿Tanto aseguras la firmeza de tu amigo?

—Te engañas, Clara, al pensar así—afirmó Pedro con íntima convicción—Veremundo no colgará nunca los hábitos.

—No sería el primero.

—Él no volverá atrás.

—Está bien; pero no es justo que te preocupes tanto de este negocio—dijo Conrado.

—Os sobra razón—murmuró Pedro, tratando de volver á su rostro la serenidad que le faltaba.

El marqués bendijo las viandas y todos se sentaron al rededor de la mesa.

Un rato después Pedro, que había conseguido dominar sus preocupaciones, refería á las señoras las novedades que aquel día circulaban por la ciudad; pero aunque aparentemente se mostraba muy alegre, no podía apartar de su memoria lo que había oído referir al sombrío y desesperado Veremundo. Cuando más tarde se halló á solas, estas ideas volvieron á preocuparlo con más fuerza, y, sin que pudiera impedirlo su imaginación, le representaba con extraordinaria viveza á las tres hermanas de la casa encantada.

Dormido soñó con ellas, y al día siguiente su imagen fué la primera que se le ofreció al despertar.

IV

Hemos dicho que Pedro Álvarez no había amado todavía. Del amor sólo conocía los sueños ardientes, el

anhelo de la dicha y las aspiraciones sin nombre que arrebatan el alma en los primeros albores de la juventud.

En medio de ese carnaval perpetuo de fiestas y regocijos á que vivía entregada la aristocrática población de Lima, no le había seducido ninguna mujer. Mozo alegre, de apuesta y arrogante figura é hijo de una familia ilustre por su nombre y sus blasones, encontró llano el camino de los placeres y acaso la misma facilidad con que se le ofrecían al paso fué parte á que los desdeñara su corazón, nacido para amar con una idolatría ciega. No es esto decir que jamás descendiera á la arena de las intrigas galantes y de las locuras juveniles, ni que dejara de cortejar á las damas y oír de sus labios ese armonioso y vacío lenguaje de las pasiones frívolas, á que todavía se da en nuestro idioma el nombre de *música celestial*. Pedro conocía todas estas cosas; pero arrebatado por su alma soñadora, miraba con desdén las fáciles conquistas que enorgullecían á otros jóvenes de su clase.

Tomando el amor como un pasatiempo, siguió sus lances con el mismo interés momentáneo que prestaba á las comedias de enredo que se representaban en los teatros, saboreando alegremente sus placeres sin conocer sus tormentos ni sus dolores. Las frágiles bellezas de aquella corte corrompida carecían del poder necesario para avasallar su alma sedienta de grandes y extrañas emociones.

El heredero del marqués Álvarez vivía, como muchos otros hijos de su época, entregado á sueños que hoy parecerían una locura. Colón había abierto la puerta de un nuevo mundo del que se contaban en Europa maravillas tales, que las imaginaciones menos exaltadas se acostumbraron á aceptar como posible todo lo que aparecía revestido con la aureola de lo extraordinario. El papel que

Alonso de Ojeda desempeñó en los primeros años de la conquista, las hazañas inauditas de Hernán Cortés y hasta los seniles delirios de Ponce de León, que á los ochenta años y cuando ya lo reclamaba la tumba, emprendía arriesgadas expediciones para buscar la fuente milagrosa, cuyas aguas restituían al hombre cansado y exhausto el vigor y la juventud perdidos, no eran miradas entonces como poéticas leyendas de gloria ó delirios de almas agitadas por la fiebre de sus locos sueños; la misma grandeza é inverosimilitud de las consejas que de boca en boca acreditadas corrían, impregnaba la atmósfera que respiraba una generación de bizarros y generosos aventureros, que habían llegado á persuadirse de que no existía ya lo imposible.

Un deseo contagioso de correr mundo y burlarse de la suerte los dominaba á todos. Mancebos nobilísimos, abandonaban, con nombre supuesto, su hogar y sus riquezas para realizar en Flandes inauditas hazañas que atraían las miradas de los antiguos guerreros sobre el desconocido batallador. Otros, seducidos por instintos menos gloriosos, dejaban casi niños los regalos de su casa echándose á correr la España entera en compañía de estudiantes *de la tuna*, padeciendo el hambre y la miseria y llegando hasta verse encerrados en las cárceles, de las que una feliz casualidad ó la audacia de sus compañeros concluían por libertarlos. Ver el mundo, correr peligrosas aventuras y observar la sociedad hasta en sus últimos escondrijos, era el placer de esos adolescentes que, después de haberse manchado en el lodo de las pasiones y el desenfreno, volvían á sus casas bajo cuyo techo recobraban muchas veces las honradez perdida en el roce con sus despreocupados compañeros.

Sin salir de nuestra historia patria, que no es tan rica en románticas tradiciones como lo aseguran Sanfuentes y otros escritores nacionales, hallaremos, del espíritu novelero de esa época, dos ejemplos cuya celebridad es universal. El fuerte de Nacimiento vió figurar en su escasa guarnición á doña Catalina de Erauzo, monja–soldado, que después recorrió el continente todo, dejando por dondequiera la memoria de sus correrías inauditas y de sus violentas y salvajes pendencias. Y Ercilla, el Homero español, el cantor inmortal de las glorias de Arauco, grande por su genio y hermoso y delicado como una doncella ¿no abandona también á los veinte años el palacio de sus reyes, seducido por las narraciones que le hacía un rudo soldado, de un país lejano y colocado en los últimos límites de la tierra?

La caballería había muerto en la novela; pero palpitaba en los corazones de los mismos que se deleitaban con la obra inmortal de Cervantes, dominaba en las costumbres y era, por fin, el alma de las ficciones con que embelesaban al pueblo Lope de Vega y sus imitadores.

En nuestro siglo, en que todo se analiza á la luz de la razón y de las conveniencias, se tendría como una locura el que un mozo de las circunstancias de Pedro Álvarez se sintiera turbado hasta perder el sueño con historias como las que contaba el franciscano Veremundo, y más aún el que aceptara como realidad indiscutible lo que debió naturalmente mirar como quimeras propias de una mente perturbada por el dolor y los remordimientos.

La razón y las conveniencias deberían, por lo menos, haberlo prevenido contra las revelaciones de su amigo; pero sucedió todo lo contrario, y Pedro Álvarez se trocó en un instante, de alegre que era, en un mozo triste y

taciturno, cuya profunda melancolía no tardó en alarmar á sus cariñosos hermanos.

El estado de su alma era un eterno soñar que lo transportaba muy lejos del mundo en que hasta entonces había vivido.

Annque mil veces tratara de persuadirse de que esas mujeres maravillosas, su palacio y sus bosques eran un delirio de la imaginación, tuvo al fin que ceder á la inutilidad de los esfuerzos con que procuraba cortar el vuelo á unos deseos que lo hacían infeliz.

Sólo podía curarlo un desengaño y éste no vendría sino después de haber tentado en vano su arrojada empresa. Porque Pedro estaba resuelto á correr la aventura, buscar á las hadas, que acaso se le mostrarían propicias y, si al fin le cabía la suerte de tantos otros, morir á sus plantas como la mariposa en torno de la luz. Pedro era víctima del vértigo que se siente mirando las profundidades del abismo; no había quien lo apartara del funesto borde, y tarde ó temprano se precipitaría en su fondo oscuro y tenebroso.

Necesitando abrir á alguno su corazón y temiendo las observaciones que pudieran hacerle sus hermanos, el joven coronel iba con frecuencia á buscar á Veremundo, á quien asediaba con preguntas que las más veces no obtenían una respuesta satisfactoria.

Veremundo, fiel á su propósito de buscar de todas maneras el olvido, se negaba á seguir á su amigo al terreno á que quería llevar la conversación. Cuando Pedro exigía con instancia detalles que aclarasen los puntos oscuros de la historia del fraile, encontraba á éste mudo á sus ruegos.

—¿Por qué pretendes destrozarme el alma?—le res-

pondía.—¿Será posible que ni en este asilo de la austeridad y de la penitencia logre encontrar la paz, y que el recuerdo de mi pasado tormentoso se haya encarnado en ti para perseguirme á todas horas? En vano pretendo vivir como los cartujos cavando un sepulcro para enterrar mis memorias, pues la labor del día anterior vienes á deshacerla al siguiente dirigiendo mis miradas á lo que nunca quisiera recordar. Por Dios, Pedro, te lo suplico, si eres mi amigo, respeta mis pesares y ten compasión de una desventura que nunca podrías consolar.

Pedro callaba por el momento, para volver al día siguiente con nueva fuerza á sus preguntas.

Al fin, Veremundo, admirado de tan extraña exigencia, comenzó á leer con terror en el alma de su amigo, y sospechando la extraña locura que lo dominada,

—¿Por qué—le preguntó—por qué te empeñas tanto en penetrar más y más en el abismo de mis desgracias?

Pedro no respondió esta vez. La pregunta del fraile lo había cogido de sorpresa.

—¡Y bien!—prosiguió éste con voz incisiva—¿será que no me engañe en lo que comienzo á temer?

—Y ¿qué temes, Veremundo?

—Que trates de buscar tu ruina, como la busqué yo.

Pedro Álvarez bajó la cabeza dando á entender á su su amigo que no se engañaba.

—Sí—continuó con amargura el franciscano—aún no se aparta de mí la ira del cielo, y han de caer sobre mi alma nuevos remordimientos. No me lo niegues, Pedro, no me lo niegues; tú te sientes arrastrado por esas sirenas malditas, cuya sola vista da la muerte, y quieres como yo ir á buscar á su lado infernales deleites que han de caer sobre tu alma como gotas de plomo hirviente.

—Por Dios, Veremundo...

—Dime, infeliz ¿tan cansado te hallas de ser dichoso? ¿Qué falta aquí á tu ventura? ¿Por qué desafías el destino? ¿No te escarmienta el miserable fin de tanto joven desgraciado, que ha perdido en esos lugares, no sólo la paz del alma, sino también la vida y la honra?... Nada quieres responderme y, sin embargo, no me engaño: los hálitos de esas serpientes atraen desde lejos...

—No puedo negarlo—respondió Pedro con voz opaca.

—Pero esto no sucederá; te salvarás del abismo ¿no es verdad, amigo mío?

—Y ¿si yo encontrara la felicidad donde tú hallaste la muerte?—preguntó Pedro con loca seguridad.

—¡Insensato!—murmuró el monje.

—Y ¿si mereciera al fin el amor de una de esas mujeres por cuyas caricias darías ahora mismo la vida?

—Pero tú estás loco.

—Como lo estuviste tú, Veremundo.

—Mucho más todavía desde que mi ejemplo no te escarmienta.

—Dime, Veremundo—exclamó Pedro con exaltación creciente—¿no es verdad que cuando por vez primera te acercaste á esa que hoy llamas morada de maldición, conocías la historia de los que te habían precedido en el camino de la desventura? ¿Te faltó entonces algún amigo que te gritara:—"¡Detente, vas á arrojarte al precipicio!"? ¿No habías visto en torno tuyo más de un semblante ajado por el dolor que hoy sufres? ¿No hubo acaso una madre que llorase en tu presencia el trágico fin de su hijo muerto en la flor de la vida ante aquellos umbrales despiadados? ¿No viste también alguna joven desposada cubierta de luto por el que, habiendo olvidado su amor

por el de esas mujeres, bajó á temprana huesa consumido por el punzador recuerdo de sus ilusiones nunca logradas?

—Si; ví todo eso ¡desgraciado de mí!—contestó Veremundo, cubriéndose los ojos con entrambas manos.

—Lo viste y, sin embargo, no te aterraste.

—Estaba ciego.

—Así lo estoy yo también—afirmó Pedro con acento de firme resolución.

—Por piedad, Pedro, piensa en tu padre, piensa en tus hermanos, piensa en la gloria que te convida con sus sonrisas y en las castas delicias de un amor tranquilo que sin duda te guarda el porvenir. ¿Á qué correr tras una quimera? ¿Á qué presentar el pecho indefenso á la espada que necesariamente ha de traspasarlo?

—Juiciosos son tus consejos, Veremundo; pero ha pasado la hora de la reflexión. Mi suerte está echada y sería en vano luchar contra el destino.

—El destino—contestó el monje levantando con energía la voz—el destino es un algo que no existe para el cristiano, una palabra inventada para significar lo que erróneas creencias apellidaron fatalidad. Dueños de nosotros mismos y dotados de una libertad que hasta el cielo respeta, los hombres somos árbitros de nuestra suerte y responsables ante Dios de nuestras acciones. La tentación que seduce y arrastra cuenta para triunfar con nuestra propia debilidad; y, aunque la soberbia humana se obstine en negarlo, caemos, no porque nos impulse un poder ciego é inevitable, sino porque nos falta valor para la lucha. Si hoy llevo conmigo la desesperación y el desaliento, es porque fuí cobarde, porque, no sabiendo refrenar mis pasiones á tiempo, me dejé llevar

como tú por el incentivo de goces criminales, que no podían causar sino mi desgracia.

—No discutiré contigo sobre ese punto—respondió Pedro Álvarez.

—Veo que temes ser convencido.

—Los dos miramos las cosas á una luz muy diversa.

—Sí, tú las miras al través del cristal mágico de tus sueños, y yo, desengañado, veo la verdad en mi propio escarmiento.

—Así comprenderás que nos será imposible ponernos de acuerdo.

—¡Oh, si quisieras oírme!

—Yo sólo oigo á mi propio corazón.

—Tu corazón te engaña miserablemente.

—Y ¿por qué habrá de engañarme?—prorrumpió Pedro con la ira del que se siente vivamente contrariado. ...¿No podría ser el único feliz entre tantos desventurados?

—¿Eso esperas?—preguntó Veremundo lanzando una irónica carcajada que fué á perderse en los ámbitos del claustro.

—¡Nada me anuncia hoy la desgracia!

—¡Ciego, ciego como yo!—murmuró Veremundo retorciéndose dolorosamente las manos.

—Puede que me engañen mis sueños—dijo Pedro—pero prefiero la muerte á la melancolía que invade mi alma, al devorador deseo de un bien que puedo buscar y sin el cual me sería imposible vivir. No eres tú el único que me ha hablado de las hadas y del trágico fin de sus amantes. Antes de oírte esa historia, ya la había escuchado á otros y, aunque no la creía, alegraban alguna vez mis sueños las imágenes de ese paraíso... Desenga

ñado y severo, quieres hoy cerrarme su camino achacando á la liviandad de esas mujeres la sangre que mancha tus manos. Pero ¿por qué descargas sobre ellas la culpa de un crimen, cuya responsabilidad pesa únicamente sobre ti? Celoso y frenético hundiste tu espada en el pecho de un amigo, y hoy lloras con razón los arrebatos de una ira inconsiderada que te hizo criminal. Responde tú sólo del mal que hiciste sin buscar disculpas que el Juez Supremo no ha de admitir. Si amaste y no fuiste amado, culpa á tu estrella y no á las hermosas damas que te recibieron en su hogar, dándote el nombre de amigo y momentos de felicidad cuya sola idea enloquece.

—¡Oh! ten piedad de ti, ya que de mí no la tienes—exclamó Veremundo juntando las manos en actitud de súplica—me has juzgado implacablemente por mis propias palabras. ¡Ojalá el cielo no sea tan severo como tú!

Pedro Álvarez apenas fijó la atención en el dolor de su amigo y en las duras palabras con que acababa de avivarlo. Irritado por las dificultades que oponía á sus planes, se decidió á terminar aquella conferencia, por lo que se limitó á decir con acento de quien no admite réplica:

—No me digas una palabra más: nada en el mundo me impedirá partir.

—Á coger desengaños, á hacerte infeliz para siempre, á volverte criminal quizás—exclamó el religioso con dolorido acento.

—Aunque sea á morir...

—¿Y tu padre, y tus hermanos, Veremundo?

—Serán dichosos sin mí, mientras yo á su lado no tengo más que mi tristeza y mi desesperación.

—¿Y si no vuelves á verlos?

—Estás por demás siniestro, Veremundo.

—Porque temo terribles desgracias.

—Felizmente no posees la visión del porvenir.

—¡Desdichado mil veces de mí!—dijo fray Veremundo fijando en el cielo una mirada de angustia.—¿Estaré acaso destinado á causar la desgracia del amigo que más amo? No te mandara llamar, Pedro, no me dejara arrastrar de una confianza que no debí tener, y vivirías sereno y feliz! Por última vez te lo ruego, oye mi voz y desiste de ese insensato viaje.

—No puedo—contestó brevemente el joven.

—Dilátalo al menos.

—No cambiaría de resolución aguardando.

—Puede que reflexionando seriamente...

—Nó, Veremundo; partiré en pocos días más en uno de los navíos que llevan á Concepción el *real situado.*

—Aún espero que te detendrá el amor á los tuyos, ya que no pueden nada mis consejos.

—Penosa es esta conversación, Veremundo—concluyó Pedro Álvarez.—Duéleme afligirte, y me despido de ti.

El fraile hubiera querido retener todavía á su amigo que se alejaba; pero desesperando de quebrantar su resolución, lo dejó partir.

En esos instantes la campana del templo llamaba á coro.

Fray Veremundo dirigió una triste mirada á la puerta que acababa de cerrarse tras de su amigo y se dirigió á la iglesia, bajo cuyas bóvedas resonaban las monótonas melodías del canto sagrado.

V

La espléndida luz del sol poniente reflejada en la es

paciosa bahía de Penco, daba á aquel mar, siempre tranquilo, el encantador aspecto de un lago apacible de aguas doradas y rodeado en sus orillas por verdes y deliciosos bosquecillos.

Había llegado la primavera. Las montañas, cubiertas de floreciente vegetación, impregnaban las brisas con sus perfumes; en las selvas vecinas cantaban las aves, y el mar, indolente y manso, arrullaba las riberas con blando murmullo.

La reina del sur, la gloriosa Concepción, esa ciudad de los héroes y de los románticos amores estaba aquel día de fiesta.

En el castillo, ó recinto murado, que erizado de cañones se levantaba tan cerca del mar que las olas llegaban á batir sus muros, flameaba al viento la bandera castellana, tras la cual habían venido á estas regiones la cruz de Cristo y la civilización nacida á su sombra.

Sobre las torres de los templos, en lo alto de las viviendas, que esparcidas se veían á lo largo de la playa y aun en las alturas de los cerros vecinos, flotaba el mismo estandarte, símbolo á la vez de glorias militares y recuerdo querido de la patria lejana.

En aquellos tiempos el sol no se ponía en los dominios de España. Su orgulloso pabellón se enarbolaba lo mismo que á orillas del Guadalquivir y del Ebro, en los floridos campos de Italia, en la sombría Flandes, bajo el cálido sol africano, en los archipiélagos del Asia y en las encantadoras y apartadas comarcas del nuevo mundo.

Despojada de su antigua grandeza, la España de hoy ve muy reducido su imperio; pero nadie podrá borrar su historia ni negar sin injusticia los servicios que le debe la humanidad.

*
* *

Hemos dicho que Concepción estaba de fiesta, y en efecto sus habitantes habían abandonado sus casas, y esparcidos por las colinas y á lo largo de la playa y fijos continuamente sus ojos en el mar, se entregaban á bulliciosas diversiones, entreteniendo así las horas que quedaban al día.

Cerca del fortín, y extendiéndose por la playa en distintas direcciones, se veían puestos de licores y refrescos que convidaban á los paseantes; los vendedores ambulantes corrían de un lado á otro, pregonando con festivos gritos las delicadas frutas de la estación, los buñoleros ofrecían acá y allá sus frituras tan codiciadas por el pueblo español, y no faltaban hermosas ramilleteras que vendiesen á exorbitante precio las flores que sin cultivo nacen en las praderas vecinas.

No podía darse animación igual á la que reinaba en los diversos corros que se habían formado en la playa. Allí se hallaba lo más escogido de la población revuelto con el pueblo, que abría paso á los señores, sin por eso abdicar sus fueros ni preocuparse de los altivos magnates cuando se trataba de manifestar su bulliciosa alegría.

El capitán general, que algunas semanas antes había venido de Santiago, lucía un rico uniforme cubierto de placas y veneras, y conversaba familiarmente con el obispo y otros distinguidos personajes de la ciudad. Tanto el obispo como el gobernador traían consigo un lucido acompañamiento en que se iban confundidos los sacerdotes y los guerreros, los escuderos de honor y los pajes, los empleados de categoría y los pobres soldados, y por fin, todo ese enjambre de pretendientes y adula-

dores parásitos, que en todas partes forma el cortejo de los poderosos.

Otros grupos se veían, que, aunque llamaban menos la atención del pueblo, eran, sin embargo, mucho más encantadores y atractivos. Hablamos de esos corros de preciosas damas, venidas unas de España ó de Lima y otras más jóvenes nacidas en la misma Concepción, ciudad afamada por la belleza de sus hijas. Allí estaban esas hermosas mujeres, cada una de las cuales tenía su corte de galanes que la hablaban de amor, comparando su rostro á las rosas y á las azucenas y sus ojos á las estrellas del cielo.

Era de ver como corrían de un lado al otro los noticieros, refiriendo maravillas á los que querían prestarles atención, fingiéndose por demás instruídos del suceso del día y haciendo sudar su caletre para discurrir nuevas patrañas con que embobar á sus oyentes.

Echando una mirada al pueblo bajo hallaríamos también cuadros no menos animados. Aquí se veían familias pobres que habiendo convertido en mesas las peñas de la ribera devoraban con satisfacción su rústica merienda; allí muchachos callejeros, que, veloces como una flecha, corrían jugando bromas pesadas á los transeúntes; más allá soldados harapientos que ofrecían regalar el oro y el moro á las despaviladas mozas del pueblo, hablándoles de las pagas atrasadas que luego recibirían y, por fin, esparcidas entre la multitud, iban y venían parejas de frailes que habían dejado momentáneamente sus claustros para gozar de modesta holgura en medio del común regocijo.

La sociedad colonial estaba allí representada en sus diversos matices, y decimos mal al hablar de represen-

tación, porque aquel día no debió quedar nadie en su casa, pues un suceso interesantísimo para todos reunía en la playa á la población entera.

Concepción estaba esperando por momentos la escuadra portadora del *real situado*, cuya aproximación habían anunciado los vigías.

El *real situado* era la providencia de la colonia, no habiendo corporación, familia ni individuo particular que no fundase alguna esperanza en su anhelado arribo.

El ejército iba á ser pagado.

Los mercaderes esperaban géneros de toda especie para renovar su casi agotado surtido.

Las mujeres pensaban en nuevas galas con que dar realce á su belleza y satisfacer sus aficiones sumptuarias y los ambiciosos en cédulas reales con providencias favorables á sus pretensiones. Éstos miraban al mar como pidiéndole ansiosos nuevas de ausentes queridos; aquellos se solazaban con sus lisonjeras expectativas de lucro; muchos, en fin, aguardaban impacientes el arribo de las naves á cuyo bordo venía quizá el esposo, el hijo ó el amante, de quien se habían separado un año antes con tristes presentimientos.

El *real situado* lo traía todo: afectos, dinero, lujo, abundancia y honores... y también desengaños.

Esperábase su llegada con una impaciencia de que no podríamos formarnos idea hoy que á todas horas del día recalan en nuestros puertos embarcaciones salidas de las regiones más apartadas de la tierra. Apenas anclaba la escuadrilla se echaban á vuelo las campanas, á no ser que las naves fuesen portadoras de alguna desgracia ocurrida en la familia real ó de algún suceso funesto para la metrópoli. Los cañones de los fuertes atronaban el aire y

la multitud reunida en la playa desahogaba su contento, asordando los ámbitos con estruendosos y regocijados vivas.

Pasaban los días, las semanas y aun los meses y todavía seguíase hablando por mucho tiempo del suceso y comentándose en las largas veladas del hogar las nuevas que referían los viajeros recién llegados.

Y sobraba razón á nuestros padres para entusiasmarse de esa manera, pues la dormida colonia sólo despertaba de su sopor, recibiendo momentánea animación, cuando aparecían en sus costas los reales galeones que sólo la visitaban dos veces al año.

*
* *

Á la espléndida luz del sol que se sepultaba en el mar y entre los gritos de júbilo del pueblo todo, entró en el puerto la deseada escuadra, compuesta de dos arrogantes y pesadas embarcaciones en cuyas proas doradas estaban esculpidos los leones y los castillos, emblema de la nacionalidad española. Precedía á estos otra nave más ligera que impulsada por el viento, que henchía sus velas, cortaba ligeramente las aguas.

Eran las cinco de la tarde cuando la escuadra aferró sus anclas y las pocas lanchas que había disponibles se llenaron de curiosos, que se apresuraban á llegar los primeros á las naves deseadas. Por su parte, los recién llegados, á quienes una larga y penosa navegación hacía anhelar con ansia el reposo del puerto, echaban á la mar sus botes en los que se embarcaron los viajeros más distinguidos por su alcurnia y su categoría.

Entre estos felices se contaban tres gallardos mancebos que fueron de los primeros en pisar la costa.

Desde luego se notaba que eran personas de distinción. Uno de ellos ostentaba con bizarría el uniforme é insignias de coronel; los otros dos llevaban espada al cinto y vestían ricos trajes de corte.

Tan luego como puso los pies en tierra, el mayor de los tres hidalgos se dirigió hacia el gobernador del reino en cuyas manos depositó un pliego que para él le había entregado el virrey del Perú.

—Bienvenido seáis á estas tierras, coronel Álvarez—dijo el gobernador apenas se hubo impuesto del despacho.—Mucho me complace vuestra llegada, pues militares como vos es lo que nos hace más falta por acá.

—Favorecéis demasiado mi humildad — contestó el joven inclinándose con natural modestia.

—¿Y vuestros hermanos?—prosiguió el excelso magnate.—Su excelencia el señor virrey, me habla también de ellos, y deseo ponerme á sus órdenes.

—Aquí están esperando las vuestras—contestó Pedro, llamando á Fortún y Conrado que á pocos pasos se mantenían en actitud respetuosa.

Tras un breve cambio de saludos y cumplidos los recién llegados pidieron licencia para retirarse, pues les urgía buscar posada y no era cortés seguir ocupando la atención del gobernador en esos momentos.

La acogida que acababa de hacerles el más alto representante del rey fijó pronto la atención pública sobre ellos, siendo objeto de envidiosos cuchicheos y comentarios de parte de muchos.

—¿Quiénes son esos jóvenes?—preguntó una linda dama á un hermano suyo que acababa de desembarcar.

—Don Pedro Álvarez y sus hermanos—contestó el

interpelado—mancebos muy queridos y apreciados en Lima.

—Y uno de ellos coronel.

—Á fe que lo merece.

—¿Es valiente?

—Como un Cid.

—¿Ha guerreado mucho ó es hombre de corte?

—Estoy seguro que aquí ha de dar que hablar con sus proezas.

—¿Es noble?

—Y será marqués cuando muera su padre.

Tales noticias corrieron con la velocidad del rayo y minutos después los tres jóvenes se hallaban confusos y sin saber qué partido tomar en vista de los hospitalarios ofrecimientos que se les hacía en los hogares más distinguidos. Por dicha, lograron salir del paso, sin agraviar á nadie, gracias á la oportuna llegada del mayordomo del gobernador, á quien su amo había ordenado prepararles alojamiento en su propio palacio.

VI

No había sido tarea muy difícil para Pedro Álvarez el obtener del virrey su translación al ejército de Chile. Su padre tampoco opuso mayores obstáculos á ella, pues, según él, más que los peligros de la guerra temía para su hijo las seducciones de una gran capital y era muy justo que el que había nacido noble pagase á su rey el tributo de sus esfuerzos añadiendo nuevos blasones á los timbres heredados de sus ascendientes.

Fortún y Conrado no pensaban de la misma manera,

pues la ausencia de aquel hermano tan querido iba á robarles mucha parte de su felicidad.

En vano intentaron quebrantar su resolución, pues sus esfuerzos no tuvieron mejor resultado que los del fraile Veremundo.

Aunque la guerra de Arauco ofrecía un campo fecundo para conquistar laureles que eran codiciados en España misma, los militares que se empeñaban en esa tremenda y porfiada lucha corrían peligros demasiado serios para no ser tomados en consideración por hermanos tan amantes como los Álvarez.

Arauco costaba á España la flor de sus guerreros, siendo muchas las nobles existencias que habían terminado sin brillo en las riberas del Biobío ó en los solitarios campos de La Imperial y de Angol.

Conrado y Fortún se extremecían al pensar en los peligros que aguardaban á su hermano mayor.

—No vayas—le decían—no vayas á donde quizá te aguarda una muerte sin gloria. Si perecieras allá no nos consolaríamos nunca.

—No todos mueren en la guerra—contestaba alegremente Pedro.

—Son muchos los que no vuelven de ella.

—Pero yo volveré.

—Nadie puede decir eso con seguridad.

—¿Qué vas á buscar allá?—le preguntó un día Conrado.

—La gloria—respondió Pedro.

—Y ¿por qué no la vamos á buscar á España? El rey tiene demasiados enemigos en Europa y podrías servirle allá. Yo te acompañaría también.

—Prefiero lidiar con los araucanos á matar franceses y flamencos.

—Eso es incomprensible.

—La tierra de Chile me atrae—dijo Pedro con una expresión que no pasó desapercibida para su hermano.

—Y ¿por qué?—le preguntó con insistencia.

—No sabría decírtelo—contestó Pedro con alguna turbación.

—Hablemos claro, Pedro—dijo Conrado fijando en su hermano una mirada escrutadora.—Hace tiempo que abrigo la convicción de que por vez primera ha cesado la dulce confianza que existía entre nosotros, y ahora más que nunca me he convencido de ello. Tú tienes algún motivo especial para ir á Chile...

—Conrado...

—No se prefiere así no más una tierra pobre y alejada del resto del mundo al porvenir de gloria que te ofrezco, ni es posible que quieras marchar solo á un campo de muerte y olvido, á guerrear conmigo cerca de tu patria y bajo las órdenes de los capitanes más valientes de la cristiandad. Algo guardas en tu pecho y sería inútil negarlo. Hace tiempo que andas inquieto y melancólico; la alegría ha huído de ti y tus sueños son agitados. Te he oído pronunciar de noche palabras misteriosas cuyo sentido se me oculta, pero que han alarmado mi cariño.

—¿Estás loco?—murmuró Pedro, mortificado con lo que oía á su hermano.

—Dime si nó ¿quiénes son esas mujeres que nombras en sueños?

—¡Conque me has oído pronunciar sus nombres!—prorrumpió el joven variando de color.

—Muchas veces.

—Y ¿nada más que su nombre?

—Mil otras cosas de que no he podido darme cuenta.

Pedro quedó mudo.

Era la primera vez en su vida que había tenido secretos para sus hermanos, y esto le pesaba como un remordimiento.

—Conque ¿hemos perdido ya tu confianza?—insistió Conrado con acento resentido.

—Me acusas con razón—dijo Pedro—guardo un secreto que no os he revelado, porque creí que así le exigía el interés de todos.

—¡Y todavía lo guardas!

—Acaso es mejor que muera conmigo.

—Nó, hermano, no debe ser así. Juntos hemos crecido, sin otros amigos y confidentes que nosotros mismos; todo nos ha sido común hasta aquí ¡y quieres ahora romper los lazos de esa unión que era nuestra mayor felicidad!

—Tus quejas me llegan al alma—contestó el joven soñador—pero mi reserva era justa y no debe hacerte dudar de mi cariño.

—Pues bien, esa reserva va á concluir en este mismo instante; quiero saberlo todo, tengo derecho á exigir una confianza sin límites—dijo Conrado.

No pudiendo oponer resistencia á tan enérgicas instancias, Pedro Álvarez se decidió á romper el silencio.

Conrado oyó con sorpresa la historia del monje Veremundo, su desatinado amor, sus celos, la muerte de su rival y los remordimientos que lo habían llevado al claustro, y, en vez de sentirse aterrado con tan melancólico relato, se apoderó de su alma un vehemente deseo de

seguir á su hermano en la aventura que iba á emprender.

Horas más tarde lo revelaba todo á Fortún, exigiéndole una reserva absoluta para con el resto de la familia.

—Pues yo también voy con vosotros—dijo Fortún á su hermano gemelo.

—¡Tú!—exclamó Conrado con visible extrañeza, pensando en que el corazón de su hermano no estaba libre.

—Sí, os seguiré, para velar por vosotros, aunque esto me imponga un doloroso sacrificio.

Fortún, como sabe el lector, amaba á su prima Clara, y separándose de ella daba á sus hermanos la prueba más inequívoca de abnegación fraternal. Pero ¿qué sería de ellos si los abandonaba solos en una lucha en que podía naufragar su corazón y hasta su existencia? Indudablemente, jamás habían necesitado tanto como entonces de su apoyo y de su amistad y era preciso que los siguiera para defenderlos contra sí mismos y contra los peligros ignorados que podían correr.

No pudiendo detenerlos, se aprestó á marchar en su compañía, seguro de que los recuerdos de su primer amor serían un escudo impenetrable contra las seducciones que podían ofrecérsele á la distancia.

Fué cosa convenida entre los tres el que Pedro alcanzaría de su padre el permiso para llevar consigo á sus hermanos menores.

El marqués accedió á sus ruegos, obedeciendo á las mismas ideas que lo habían hecho consentir en el viaje de su primogénito.

*
* *

Pedro y Conrado se preparaban á partir llenos de ilusiones y de esperanza como quien corre tras la felicidad,

porque en su entusiasmo juvenil no aceptaban ni por un momento que sus soñados amores pudieran causar su desventura. No ocurría lo mismo al abnegado Fortún, que, atado al hogar por el afecto que le inspiraba Clara, necesitaba fuerzas superiores para separarse de él.

La despedida de los dos amantes, fué triste, como si ambos presintieran que no debían verse más.

Clara conocía en parte el secreto de la expedición, pues Fortún le había confiado, ya que no la leyenda de las hadas, la necesidad, al menos, en que se veía de velar por sus compañeros de viaje. Conocía demasiado á su amante para suscitar obtáculos á su partida, por lo que no intentó apartarlo de lo que ambos creían el cumplimiento de un ineludible deber.

Sin duda que á saber en todos sus detalles la verdad, habría empleado cuantos medios hallara á su alcance para detener á Fortún; pero éste había cuidado de revelársela sólo á medias para evitar á aquella alma tierna y candorosa terribles alarmas.

—Por Dios, Fortún—dijo Clara á su amante en la última entrevista—recuerda que tu vida es mi vida y que si llegases á faltarme, yo moriría.

—Desecha esas tristes aprensiones—respondió el mancebo.

—Por más que hago no puedo apartarlas de mí.

—Y ¿por qué no había de volver?

—¿Será largo tu viaje?

—Procuraré acortarlo.

—Sí, vuelve pronto, muy pronto, para que pueda vivir tranquila.

—Te lo prometo, Clara.

—Y no te olvides de mí.

—¿Te atreves á pensarlo siquiera? Antes me olvidaría de mí mismo—respondió Fortún con toda la fe de su alma.

—¿Me serás fiel?

—Hasta la muerte.

—Gracias, Fortún; me hacen mucho bien tus cariñosas protestas. Vela por tus hermanos, ya que has creído que su briosa juventud necesita de la vigilancia de tu afecto; pero piensa al mismo tiempo que dejas en pos de ti una infeliz mujer cuyo llanto no se secará mientras dure tu ausencia.

—Nada temas, Clara mía; tu recuerdo será mi escudo, tu amor y tus plegarias mi defensa. Amante y fiel como partí volveré á pedir tu mano y entonces, te lo prometo, no nos separaremos jamás.

—¡Quiera el cielo que vuelva á verte!—exclamó la pobre niña soltando el llanto que con esfuerzo había contenido hasta entonces.

—No hables así, Clara, que me haces mal—dijo Fortún.

—No sé por qué tengo el alma agobiada por los más negros presentimientos.

—Te engaña el dolor.

—¡Ojalá me mienta ahora mi corazón!

—Sí, te miente, Clara.

—Rara vez deja de ser fiel nuestro corazón cuando presiente desdicha, dijo Clara; temo que esta sea nuestra última entrevista; y, perdóname, Fortún, he llegado á temer que vas á olvidarme.

—Cree en mi muerte, celosa mía; pero no creas en mi olvido—respondió con pasión el enamorado doncel.

*
* *

Esta conversación tuvo lugar en la última noche que los tres hermanos pasaron en su casa. Desde que se amaban, jamás Fortún y Clara habían conversado á solas.

Al despedirse, ella y él se abrazaron con pasión. Hubieran querido prolongar aquellos instantes de dolorosa ternura; pero la luz del alba vino á advertirles que su entrevista se había prolongado demasiado. Se separaron con lágrimas: la doncella se retiró á su cuarto donde se echó sollozando sobre su cama; al volver al suyo, Fortún encontró á sus hermanos que lo esperaban dispuestos ya para la marcha.

Eran felices y soñaban mil venturas, y por lo mismo reían y hablaban con animación de sus locos proyectos.

La presencia de Fortún que llegaba pálido y conmovido los volvió en sí.

—Fortún—dijo Pedro á su hermano—sacrificas demasiado por nosotros. Déjanos partir solos y quédate á ser feliz con Clara.

—Y ¿creéis que os abandonaría, ingratos?—respondió el joven.—Ahora sólo os pido un favor: partamos luego, quiero ahorrarme una nueva despedida.

ENRIQUE DEL SOLAR

(Continuará)

HIGIENE DE LA ESCUELA

Con meses de atraso y después de perdida una primer remesa, hemos recibido de Montevideo dos folletos del señor F. A. Berra que llevan por títulos *La Salud y la Escuela* el uno y *Los Tipos de Horario Escolar* el otro, y en conformidad con sus nombres, se ocupan en asuntos que atañen á la higiene escolar.

Son éstos asuntos, en nuestro sentir, de vital importancia para la generación que se educa, y muy dignos, por consiguiente, de que para vulgarizarlos se aprovechen en pequeña ó en mucha parte cuantas ocasiones de tratarlos se presenten. Más que esta circunstancia, sin embargo, aún reforzada por la de la rareza suma de este género de publicaciones en Sud-América, nos ha decidido á escribir las presentes líneas la de ser aplicables punto por punto en Chile todas las observaciones y consideraciones que el señor Berra hace con relación á la nación ó á la ciudad en que escribe; y con tanta exactitud y con minuciosidad tanta, que no se exceptúan ni las referentes á la hora en que empiezan ó terminan las clases ó á las estaciones ó meses en que empiezan ó terminan los

cursos ó en que deben tener lugar las vacaciones, ni las que se refieren á la calidad de los pupitres y ni siquiera las que versan sobre puntos tan nimios como las circunstancias que aprovechan los niños para faltar á la escuela; de modo que al recorrer las páginas de sus folletos se olvida bien pronto uno de que han sido escritas fuera de Chile y para una nación con la cual apenas si tenemos una que otra tardía comunicación, y va haciendo involuntariamente á cada paso aplicación de lo que lee á lo que ha visto y observado por sus propios ojos sin salir del estrecho recinto de su ciudad natal, exclamando mentalmente "como en la escuela número 4 de mujeres," "como el preceptor de la escuela número 2 de hombres," "como el ayudante tal," "como el alumno cual" etc., etc.

Pero si la circunstancia de ser los mismos defectos y deficiencias de que adolecen los regímenes escolares de Chile y Montevideo nos ha inducido á escribir estas líneas, nos ha hecho fácil y agradable la tarea el hallarnos completamente de acuerdo con el autor en todas las observaciones que hace, en todas las medidas que propone y en no tener, por consiguiente, objeción alguna seria que oponerle en ninguna de las conclusiones á que arriba. Ya se deja comprender con lo que decimos que nuestra crítica ha de tener más puntillos de literaria que de científica, y que si anotamos algunas deficiencias que hemos advertido, más que para prevenir al autor de los olvidos en que ha incurrido, lo haremos con el objeto de prevenir al lector contra la conclusión á que podría llegar de que las señaladas por el autor son las únicas "inconveniencias que pudieran atribuirse al actual régimen escolar," por lo menos entre nosotros, y de que no hay en nuestras escuelas muchos otros puntos muy dignos

de atención y de estudio para los que desean el mejoramiento de nuestro sistema y de nuestros procedimientos de enseñanza elemental y primaria, y muchos otros defectos que corregir, y muchas otras deficiencias que llenar.

Ahora, entremos en materia.

La salud y la escuela es un folleto en 8.º, de 226 páginas y de limpia y correcta impresión; está dividido en capítulos y subdividido en párrafos y números.

El autor se ha propuesto en él indicar todos los inconvenientes de que adolece el régimen escolar vigente en Montevideo y las medidas que pueden adoptarse para subsanarlos. Véase, en seguida, cómo ha desempeñado su tarea.

Empieza por hacer en el primer capítulo un resumen de lo que la fisiología nos enseña acerca de las leyes que presiden el desarrollo y la conservación del organismo humano y acerca de las consecuencias más ó menos funestas que acarrea á éste todo obstáculo puesto al ejercicio normal, regular y armónico de esas leyes. Recuerda que el organismo vive *consumiendo* alimentos, bebidas, aire respirado; enuncia la necesidad que tiene de trabajar, de *gastar*, para poder consumir, *reparar*, es decir, la necesidad de los ejercicios físicos y mentales; manifiesta la conveniencia, ó más bien la necesidad, de que los consumos estén en relación no sólo con los gastos, es decir, con el trabajo efectuado, sino también con el período de desarrollo, de estadía ó de crecimiento y con los estados de robustez ó de debilidad, de actividad ó de pasividad en que el organismo se halle y con las estaciones del año y condiciones climatéricas de la localidad

y enumera los desórdenes que se originan de la alimentación insuficiente y de los excesos de alimentación; indica la utilidad de los ejercicios físicos y mentales y la de que unos y otros alternen entre sí y con el reposo en debidas proporciones y enumera los funestos efectos tanto de la insuficiencia como del exceso de trabajo físico ó mental ó del desequilibrio entre uno y otro, y concluye por exponer la influencia sobre el organismo de las temperaturas moderadas, del calor y del frío excesivos.

En el capítulo segundo enumera los hechos escolares que se relacionan con la higiene tales como se presentan actualmente al observador en las escuelas de Montevideo: alumnos y maestros se ven aquí privados de los ejercicios corporales en la medida necesaria y al mismo tiempo recargados de trabajo intelectual: doble infracción de las leyes higiénicas, que no tarda en acarrear funestos resultados para el organismo; en la inmovilidad de las clases, unos y otros tienen que sufrir más que el común de los hombres por exceso de calor en el verano y por exceso de frío en el invierno; el confinamiento durante largas horas en salas no siempre apropiadas, los hace también víctimas de respiración insuficiente; alumnos y maestros, finalmente, se alimentan mal y con deficiencia, tanto porque la distribución de sus tareas no les permite tomar sus alimentos en las horas y con el reposo convenientes, como porque la falta de ejercicio corporal, el exceso de trabajo mental, la respiración insuficiente etc., les hace perder el apetito, y los maestros, además, ejercitan con extremo los órganos de la voz.

En el capítulo tercero se enumeran detalladamente las enfermedades que en alumnos y maestros originan

todas las causas indicadas en el capítulo anterior, que son, á saber: originadas por falta de ejercicio físico, la falta de apetito, la dispepsia y consecuencias que le siguen, la debilidad, la tisis; causadas por los excesos de fonación, las laringitis aguda y crónica, la ulcerosa y la tisis laríngea; causadas por excesos de actividad mental, la epistaxis ó hemorragia por las narices, los dolores de cabeza desde los pasajeros hasta los neurálgicos atroces, las afecciones nerviosas en general, hipocondría, espasmos y palpitaciones cardíacas nerviosas, ilusiones de los sentidos, alucinaciones, manía, melancolía, debilidad mental; ocasionadas por el desequilibrio entre las funciones físicas y las mentales, la anemia, la clorosis, las neurosis, especialmente el baile de San Vito; debidas al exceso de calor ó de frío, las congestiones activas del cerebro, la laxitud general, las diversas inflamaciones parenquimatosas y catarrales, del pulmón, la pleura, los bronquios etc.; ocasionadas por la falta de buen aire, dominándolas á todas, las tisis pulmonar y los estados que á ella predisponen; causadas por la falta de alimentación, la debilidad en todas sus formas, y todas las afecciones que de ella se derivan, las afecciones gastro-intestinales, la escrofulosis, el linfatismo etc.; y ocasionadas, finalmente, por el conjunto de las condiciones escolares, á parte de las enumeradas, una mayor predisposición para contraer todo género de enfermedades, las endémicas y epidémicas en especial, y una menor resistencia que oponerles una vez desarrolladas, y menor número, por consiguiente, de curaciones completas y radicales que las que se obtienen en los individuos que en igualdad de las demás circunstancias contraen sus enfermedades fuera de las influencias escolares.

En el resumen de los tres primeros capítulos que acabamos de hacer, hemos seguido al autor paso por paso, sin olvidar una sola de las observaciones que hace ni ninguna de las que citas de otros observadores connacionales suyos ó extranjeros. Notamos, sin embargo, que no hemos considerado de la cuestión escolar la totalidad de los puntos que abraza relacionados con la ciencia de la salud. Hay, en efecto, en la obra que analizamos algunos vacíos que desearíamos ver llenados en una cuarta edición, que sin duda tendrá en breve si la tercera, que tenemos á la vista, se agota con la misma rapidez que las dos anteriores. No es nuestro deseo hijo del prurito de advertir defectos en toda obra que se critica, sino de la aspiración que tenemos arraigadísima en nuestro corazón de ver subsanadas en nuestras escuelas y en nuestro régimen escolar en general todas aquellas deficiencias ó imperfecciones de que adolecen, y de cuya perniciosa influencia en el organismo delicado de los niños palpamos día á día las consecuencias y conservamos nosotros mismos en nuestra humilde persona indeleble recuerdo.

No teniendo nosotros en mira el subsanar en esta ocasión los defectos que observamos, ni yendo más allá nuestros propósitos que á suplicar al autor que haga en bien de la generación que se educa, cuando la oportunidad se le ofrezca, lo que nosotros no podemos más que desear, no entraremos á enumerar uno á uno los vacíos que hemos notado, ni á pronunciarnos sobre la manera de llenarlos, y nos limitaremos á poner á disposición del autor nuestra decidida buena voluntad, que es todo lo que podemos ofrecerle en agradecimiento de los afanes que él se impone en pro de una causa que miramos como nuestra.

Para comprobación, empero, de lo que hemos afirmado y para satisfacción del lector, apuntaremos en seguida uno ó dos de los puntos que el autor ha olvidado y que desearíamos ver en una edición posterior, cuando más no fuera, siquiera señalados.

Una de las enfermedades que nuestra observación personal nos hace tener por mucho más frecuente entre los escolares que entre los niños que no van á la escuela, son las enfermedades del órgano de la vista. El señor Berra, empero, no las menciona siquiera en la obra suya que analizamos, ni nos dice nada acerca de las inconveniencias que haya notado en las escuelas de Montevideo relativas á este punto especial. ¿Por qué? En un libro, en una memoria, en un informe de higiene escolar es éste un capítulo que no puede olvidarse, un punto que á ningún otro le cede en importancia relativa, pues, si bien los puntos referentes á la nutrición, al recargo intelectual, á la inacción física y los demás en que el autor se ocupa son de importancia primordial por comprender cuestiones que miran á la existencia misma del individuo, son, al mismo tiempo, los más vulgarizados y conocidos, y en los que hay, por tanto, menor necesidad de insistir; mientras que el referente á la higiene de los ojos, al contrario, pasa á menudo desapercibido ú olvidado y requiere además para ser comprendido y justamente valorizado cierta suma de conocimientos especiales y especialísimos de que aun el vulgo inteligente no tiene todavía nociones suficientes, imponiendo, por consiguiente, á quienes se propongan vulgarizarlo, mayor necesidad de insistir en su examen y dilucidación que en el examen y dilucidación de las otras materias anteriormente recordadas para obtener buen éxito en la empresa.

Pero se querrá tal vez objetar que del silencio del autor debe inferirse que en las escuelas de Montevideo no hay circunstancia alguna desfavorable para el desempeño normal de las funciones del órgano de la vista.

Á esta hipotética objeción contestaremos que de los datos que el mismo autor nos suministra, se deduce que las escuelas de Montevideo no difieren en lo mínimo de las de Chile, y que en éstas no hay una, sino muchas circunstancias que estorban el funcionamiento normal del órgano delicadísimo de la vista y que favorecen, por lo tanto, el desarrollo de sus múltiples enfermedades.

Y que es verdadero y exacto lo que de Chile decíamos, nos lo muestra día á día la experiencia profesional y nos lo prueba, á mayor abundamiento, la estadística. Véase si no lo que ésta nos manifiesta para el departamento de Santiago.

La población de este departamento, según cálculos basados en el censo de 1875, que no tienen por qué diferir mucho de los que deberían, en rigor, servirnos para base de nuestra demostración, se componía en aquella fecha de las siguientes cifras:

De	1 día á	7 años	33,783	individuos,	ó sea,	17.2%	de la población.	
Id.	7	15	id.	32,118	id.	id.	16.4%	id.	id.
Id.	15	50	id.	114,514	id.	id.	58.5%	id.	id.
Id.	50 ó	más	id.	15,197	id.	id.	7.7%	id.	id.

Ahora bien, según la estadística de las enfermedades de los ojos durante los años de 1881 á 1885 que el señor L. Navarro Avaria ha estado publicando en el Boletín de Medicina desde el mes de julio del año próximo pasado, sobre un total de 4,958 enfermos, están representadas las diversas edades del modo siguiente:

De	1 día á	5 años	1,001	individuos,	ó sea	20.0%	del total;
Id.	5	15 id.	1.065	id.	id.	21.6%	id.
Id.	15	50 id.	2,327	id.	id.	46.9%	id.
Id.	50 ó más	id.	565	id.	id.	11.3%	id.

Si la especialización de las edades hubiera sido idéntica en ellas, la simple comparación de estas últimas cifras con las anteriores referentes á la población, nos habría dado al primer golpe de vista la verdadera proporción en que las enfermedades de los ojos se distribuyen entre las varias edades, y con mucha aproximación la especial de los niños que asisten á la escuela, puesto que éstos están comprendidos por regla general entre los siete y los quince años.

Pero aunque sea de sentirse que el señor Navarro haya elegido, en su excelente estadística, para la clasificación por edades el límite artificial y caprichoso de 5 años en vez del natural y por todo el mundo aceptado de 7, el cual, además, nos está hasta cierto punto impuesto á los chilenos por el hecho de ser el aceptado por nuestro ANUARIO ESTADÍSTICO, que es la única base que tenemos en que fundar nuestras indagaciones de esta especie, no dejan por eso de sernos de grande utilidad los datos que nos suministra, y de ellos podemos deducir conclusiones, si no satisfactorias en absoluto, muy aceptables, á lo menos.

Dividiendo la población de Santiago en tres grupos (para poner de acuerdo las cifras apuntadas), tenemos que la componen los niños menores de 15 años en la proporción de 33.6 por ciento, los adultos en la de 58.5 y en la de 7.7 los mayores de 50 años, y que las enfermedades de los ojos se distribuyen entre estos mismos tres grupos en la proporción de 41.6 por ciento el de los

menores de 15 años, en la de 46.9 al de los adultos comprendidos entre los 15 y los 50 años, y al de los mayores de esta edad en la proporción de 11.3 por ciento.

De estas cifras se deduce que la frecuencia relativa, ó proporcional á la población, de las enfermedades de los ojos en los adultos, los niños y los viejos está en la relación de los números 100, 154 y 183 respectivamente, y que la de los adultos y viejos juntos está en la proporción de 100 á 140 con la de los niños menores de 15 años tomados aisladamente.

La desproporción, como se ve, es notable en contra de los niños; y sin embargo, es fácil convencerse de que es mayor aún la que corresponde exclusivamente á los niños que frecuentan la escuela.

Se cuentan, en efecto, en las cifras apuntadas, en la de los adultos, muchos jóvenes de 16 á 25 años que han contraído sus enfermedades en la época en que iban á la escuela y que en rigor deberían figurar entre los escolares. Y téngase presente además que muchas de las afecciones de los ojos que se adquieren indudablemente en la niñez, como miopia por ejemplo, no vienen á hacerse sensibles sino algunos años más tarde, por lo cual se las atribuye á cualquiera otra causa accidental y nunca á la verdadera.

Algunas otras consideraciones podríamos hacer sobre este punto; pero temiendo extralimitarnos en nuestro propósito, nos detenemos aquí y pasamos á sólo indicar otro de los puntos de no pequeña importancia que el señor Berra ha olvidado.

Nos referimos al relativo á las afecciones del esqueleto óseo y á las desviaciones de la columna vertebral en

especial, las cuales nos parecen no reconocen muy á menudo otras causas que la inactividad muscular por una parte y las actitudes viciosas, por la otra, en que los niños se ven obligados á permanecer por largas horas en la escuela á causa de lo excesivo de las tareas mentales que se les imponen y de las condiciones inadecuadas de los bancos y escritorios que usan.

Volvamos ahora al folleto.

En los capítulos restantes nos da el autor la enumeración completa y razonada de todas las medidas que pueden tomarse para prevenir los males que ha señalado, é indica la parte que en esta obra corresponde á cada uno de los que directa ó indirectamente intervienen en el trabajo educativo de las escuelas primarias, es decir, á los maestros y autoridades escolares, á las familias y á los alumnos mismos.

Es éste el resumen y la parte más importante de la obra: en ella ha consignado el autor las conclusiones de carácter práctico á que lo han hecho llegar el estudio detenido de la cuestión de la enseñanza y la observación personal y directa de los numerosos vacíos é imperfecciones de que adolece el actual régimen escolar de Montevideo. Salvando los puntos olvidados de que ya hemos hablado, asentimos á todas las medidas recomendadas en esta parte de la obra, y hacemos muy sinceros votos porque la voz del señor Berra halle eco simpático no sólo en los corazones orientales, sino también en los de todas las nacionalidades á que llegue; que orientales, brasileros, argentinos y chilenos no formamos más que un solo barrio en el mundo, con vicios y virtudes comunes,

sin más que una misma fuente endonde beber y de unas mismas necesidades menesterosas.

El segundo folleto que citamos al principio, titulado *Los Tipos de Horario Escolar* y que podría considerarse como un capítulo segregado del que acabamos de analizar, tiene por único objeto demostrar que en la mejor manera de hacer la distribución del tiempo en las escuelas debe dejarse un largo espacio de dos ó tres horas entre las tareas de la mañana y las de la tarde y que entre unas y otras clases debe darse también algunos minutos de reposo á los educandos.

El autor hace aquí un verdadero lujo, un derroche de pruebas: las da de todos los géneros posibles, pedagógicas, higiénicas, morales, económicas, caseras, etc., y con tal acopio de consideraciones, de datos y de citas, que gasta 128 páginas del mismo formato y de la misma impresión de las 226 empleadas en la dilucidación de algunos de los más graves é importantes puntos de la higiene escolar, en dilucidar un punto sobre el cual están todas las opiniones poco menos, muy poco menos, que uniformemente acordes.

Tal proceder del autor está, sin embargo, plenamente justificado si sucede en Montevideo lo que aquí en la ciudad en que escribimos estas líneas, endonde se tiene á niños y niñas hasta de seis y de cinco años de edad martirizados en la escuela durante las seis largas horas que corren desde las 10 de la mañana hasta las 4 ó 5 de la tarde, ó durante siete horas, desde las 8 hasta las 11 de la mañana y desde las 12 hasta las 4 de la tarde, dándoles en este caso como gran concesión la hora com-

prendida entre las 11 y las 12 para ir á sus casas á almorzar, crueldad tan perniciosa como inútil, como lo deja palmariamente demostrado el señor Berra, contra la cual no hay esfuerzo con que se la combata que sea exagerado ni tiempo que en ello se emplee que sea perdido.

Dos palabras sobre el método que ha adoptado el autor para el desenvolvimiento de su asunto, y habremos terminado.

En los capítulos en que ha dividido sus obras y en los párrafos y números en que las ha subdividido, ha seguido constantemente el autor el método deductivo; expuestas leyes que presiden el desarrollo y la conservación del organismo humano y sentados los hechos que se realizan en las escuelas que en algo las contrarían, se deducen *a priori* las enfermedades que han de ser más frecuentes en los educandos, deducción que corroboran en seguida la experiencia y la estadística, y las medidas de que habrá que echar mano para prevenirlas en adelante. De modo, pues, que no hay en todo el curso de la obra una sola afirmación que no esté apoyada, ó en premisas expuestas con anterioridad, ó en la autoridad de algún médico ó higienista de los más distinguidos y notables.

Á nuestro juicio, es éste el único método acertado cuando se escribe para todo el mundo sobre materias de que no todo el mundo tiene nociones preliminares suficientes. Creemos que, en mucha parte, se debe á no haberlo seguido el que muchos esforzados campeones de la causa del mejoramiento del régimen escolar y de las escuelas no hayan conseguido hacer que las enseñanzas de la higiene en esta rama especial dejen de ser miradas

con tan soberano desdén como lo son no sólo de parte del vulgo indocto, sino también, lo que es verdaderamente digno de lamentarse, de parte del vulgo de los doctos, de los hombres ilustrados y hasta de muchos que en otros ramos del saber gozan de merecida reputación de sabios.

Tenemos, pues, la satisfacción de terminar dando al autor nuestros humildes parabienes sin reserva alguna.

R. Dávila Boza

Copiapó, junio de 1887.

¡NO LO SÉ!...

Hace un mes cumplí quince años:
de entonces, sueños extraños,
ya tristes ó ya risueños
¿por qué me agitan? por qué
aquel enjambre de ensueños?...
¡No lo sé!

¿Por qué al levantarme ufana,
al despuntar la mañana,
corro al espejo y me miro,
en vez de rezar? por qué
me alejo de él y suspiro?...
¡No lo sé!

¿Por qué ahora soy presumida,
si nunca lo fuí en mi vida?
pues, si me adorna una flor
más bella que yo ¿por qué
la deshojo con furor?
¡No lo sé!

¿Por qué acude á mi memoria
aquella amorosa historia
de una niña desgraciada,
que há tiempo leí? por qué
me aflijo y lloro irritada?...
¡No lo sé!

¿Por qué me enternecen tanto
que anubla mi vista el llanto
las eólicas melodías
de la música? ¿Por qué
son tristes mis alegrías?...
¡No lo sé!

¿Por qué me gustan las flores,
los versos que hablan de amores
y las aves que á la aurora
trinando anuncian? por qué
hoy todo esto mi alma adora?...
¡No lo sé!

¿Por qué oigo al aura sutil,
que vaga por el pensil
modular el nombre mío?
y de las flores ¿por qué
creo que es llanto el rocío?...
¡No lo sé!

¿Por qué escucho en mi desvelo
que con amoroso anhelo
alguien me llama, y le llamo

sin saber quién es? por qué
siento que me ama y le amo?
¡No lo sé!

¿Por qué huye de mi mejilla
el carmín, y por qué brilla
con tal fulgor mi mirada?...
Me siento mal, y ¿por qué
dicen que no tengo nada?...
¡No lo sé!

Me vió el doctor, que es muy sábio,
me auscultó, sonrió su labio,
y en secreto aquel señor
habló á mi madre... ¿Por qué...
por qué se sonrió el doctor?...
¡No lo sé!

José Gregorio Ossa

1883.

Y

El señor don Enrique Nercasseau Morán, miembro honorario de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid, resuelve, en un artículo publicado no há mucho en esta propia REVISTA, que cuando un individuo agrega á su nombre los apellidos paterno y materno, debe ligarlos por medio de la conjunción *y*. En consecuencia, declara que, para conformarse á los preceptos gramaticales tiene de firmarse en adelante "Enrique Nercasseau *y* Morán", en vez de "Enrique Nercasseau Morán", como, pecador impenitente, hacíalo antes.

Para mezclar á la conjunción *y* en estos asuntos de familia, el señor Nercasseau Morán alega la siguiente razón: los apellidos paterno y materno son dos adjetivos que modifican á un mismo sustantivo, que es el nombre propio del individuo que los lleva y, por consiguiente, deben ligarse por conjunción, como la gramática manda que se haga con dos ó más adjetivos que modifican á un sustantivo. Decir "Pedro Pantoja *y* Padilla" es usar una frase

análoga á "Una mujer elegante *y* hermosa" ó á "Un hombre noble *y* rico".

Déjase ver que el señor Nercasseau Morán incurre en el defecto de lógica que la Escuela llama petición de principio. Reclama, en efecto, la presencia de la conjunción por cuanto los apellidos paterno y materno son dos adjetivos que modifican al nombre propio, cuando lo que se trata de averiguar es precisamente si en la frase formada por un nombre y dos apellidos hay, en realidad, un sustantivo modificado por dos adjetivos.

Quiere esto decir que el problema tiene dos soluciones diversas, y que antes de ordenar que se ponga ó se quite la *y*, débese primeramente manifestar cuál de ellas es la más legítima y correcta. Ó los dos apellidos son dos adjetivos que modifican al *sustantivo* designado por el nombre propio, y entonces hay que decir "Pedro Pantoja *y* Padilla"; ó bien el apellido materno es un adjetivo que modifica á la *frase sustantiva* formada por el nombre propio y el primer apellido, y entonces debemos decir "Pedro Pantoja Padilla".

Y que esto segundo puede ser lo verdadero, pruébalo un análisis lógico, siquiera superficial, de las cosas.

En tiempos remotos, á la verdad, el simple nombre propio bastaba para que los individuos se señalasen entre sí:—Pedro, Juan, Diego.

Aumentando la población sucedió, naturalmente, que un mismo nombre fué llevado por varios individuos, y como hubiese en una misma ciudad muchos Pedros, muchos Juanes y muchos Diegos, hízose necesario agregar á cada cual un calificativo que lo distinguiese de sus homónimos:—Pedro Pantoja y Pedro Poblete, Juan Padilla y Juan Jiménez, Diego Morales y Diego Rodríguez. Los

apellidos Pantoja, Padilla y Morales son otros tantos adjetivos que modifican á los sustantivos Pedro, Juan y Diego.

Pero esto no bastó al fin, por cuanto ocurrió que hubo en la ciudad, no solamente muchos Pedros, Juanes y Diegos, sino varios Pedros Pantojas, Juanes Padillas y Diegos Morales. Fué entonces necesario distinguir, nó á un Pedro, Juan y Diego de otros Pedros, Juanes y Diegos, sino distinguir á un Pedro Pantoja, de otro Pedro Pantoja, á un Juan Padilla, de otro Juan Padilla, y á un Diego Morales, de otro Diego Morales. En términos gramaticales, fué necesario recurrir á un adjetivo que modificase, nó á los *sustantivos* Pedro, Juan y Diego, sino á las *frases sustantivas* Pedro Pantoja, Juan Padilla y Diego Morales:—Pedro Pantoja Argomedo y Pedro Pantoja Fuenzalida, Juan Padilla Cepeda y Juan Padilla Martínez, Diego Morales Sánchez y Diego Morales Espinosa.

Á veces para diferenciar á los individuos que tenían un mismo nombre y apellido, se les agregaba un complemento con *de*, significativo de lugar:—Pedro Jiménez de Aragón y Pedro Jiménez de Castilla.

Los adjetivos *Argomedo* y *Fuenzalida*, como los complementos *de Aragón* y *de Castilla* no se agregan para diferenciar á los diversos Pedros, sino á un Pedro Jiménez de otro Pedro Jiménez y á un Pedro Pantoja de otro Pedro Pantoja. Ó lo que tanto da, no modifican á un *sustantivo*, sino á una *frase sustantiva*.

Es así como, gramaticalmente hablando, el apellido paterno no desempeña en la oración el mismo oficio que el apellido materno, uno y otro no son elementos análo-

gos, y, por consiguiente, no deben ni pueden ligarse por conjunción.

Ante la sintaxis gramatical, y aun ante la análisis filosófica, el apellido materno ejerce el mismo oficio que un adjetivo ordinario que modificase á la frase sustantiva formada por el nombre propio y el apellido paterno.

—¿Conoce usted á Pedro Jiménez?

—Conozco á dos sujetos de ese nombre: un Pedro Jiménez rubio, y un Pedro Jiménez moreno.

Los adjetivos *rubio* y *moreno* no deben ligarse por conjunción al adjetivo Jiménez, porque no modifican al sustantivo Pedro, sino á la frase sustantiva Pedro Jiménez. Ahora bien, gramaticalmente, la frase no cambia en nada si los adjetivos *rubio* y *moreno*, en vez de indicar cualidades físicas, pasan á denotar apellidos maternos.

—Conozco un Pedro Jiménez Rubio y un Pedro Jiménez Moreno.

Esta ha sido también la práctica más usada entre los escritores que firman con sus dos apellidos. Si hiciéramos una lista de ellos, es seguro que los que suprimen la *y* forman un número mucho más considerable que los que la ponen. Para no citar más que un nombre que vale una legión, recordaremos á *Miguel de Cervantes Saavedra*. Ni al señor Nercasseau, ni á nadie, se le ha ocurrido jamás poner «Cervantes *y* Saavedra».

Hemos recordado que hay apellidos que, en vez de ser una sola palabra, son formados por un complemento con *de*.

Cuando un adjetivo y un complemento modifican á un mismo sustantivo, deben ligarse invariablemente por

la conjunción: «Hombre rico *y* de noble cuna»; «Mujer elegante *y* de extremada belleza».

Si el apellido materno fuese un adjetivo que modificase únicamente al nombre propio, deberíamos someterlo á igual regla, y decir, contra la práctica de todos los escritores que han llevado estos nombres:—Pedro Calderón *y* de la Barca, Félix Lope *y* de Vega, Diego Hurtado *y* de Mendoza, Leandro Fernández *y* de Moratín, Francisco Martínez *y* de la Rosa, Adelardo López *y* de Ayala, Antonio Cánovas *y* del Castillo, Gaspar Núñez *y* de Arce, Manuel Bretón *y* de los Herreros etc., etc.

Empero, decimos correctamente: Calderón de la Barca, López de Ayala, Núñez de Arce, como decimos «La legislación civil de Inglaterra», «La legislación civil de Francia», porque los complementos de la Barca, de Ayala, de Arce, no modifican á los sustantivos Pedro, Adelardo y Gaspar, sino á las frases sustantivas Pedro Calderón, Adelardo López y Gaspar Núñez, al propio modo que los complementos «de Inglaterra», «de Francia», no modifican al sustantivo *legislación*, sino á la frase sustantiva *legislación civil*.

Si en lugar de los apellidos formados por complementos, ponemos apellidos que consten de una sola palabra, la construcción gramatical no variará en nada; diremos, pues, Pedro Pantoja Padilla y Juan Morales Jiménez, como diríamos, sustituyendo los complementos *de Inglaterra* y *de Francia* por adjetivos, «La legislación civil inglesa» y «La legislación civil francesa».

Muchas otras observaciones podríamos hacer; las que quedan expuestas bastarán, lo esperamos, para manifestar que no hay ley alguna de lógica ni de gramática

que ordene poner *y* entre los apellidos paterno y materno.

No terminaremos, empero, sin insinuar una razón de analogía que nos parece digna de ser tomada en cuenta.

En todos los idiomas del mundo es regla invariable ligar por conjunción los adjetivos que modifican á un mismo sustantivo. Y sin embargo, en ningún idioma del mundo, absolutamente en ninguno, ni antiguo ni moderno, es de regla poner conjunción entre el apellido paterno y los apelativos ó complementos que le siguen. Sólo se encontrará á veces la conjunción en la firma de tal cual personaje portugués, que gusta de hacer seguir su nombre propio por cinco ó seis nombres apelativos.

El exclusivismo intransigente es pernicioso en el lenguaje, como en todo orden de cosas. Decir que hay obligación ineludible de poner la conjunción *y* entre dos apellidos, es avanzar una aseveración que no tiene fundamento alguno gramatical, ni filósofo, ni siquiera racional.

Como decíamos al comenzar, el problema tiene dos soluciones: los que crean que los apellidos son dos adjetivos que modifican al nombre propio, pondrán entre ambos la *y;* los que sostengan que el segundo apellido modifica á la frase sustantiva formada por el nombre propio y el primero, suprimirán la conjunción. ¿Cuál de estas dos opiniones es la más correcta y lógica? Á nuestro juicio la segunda, sin que por eso estimemos de todo punto antigramatical la primera.

Quiénes, imitando á Miguel de Cervantes Saavedra, á Meléndez Valdés, á Lope de Vega, á Calderón de la Barca, á Fernández Moratín, á López de Ayala, á Núñez de Arce, á Pardo Bazán, á Álvarez Cienfuegos, á Martínez de la Rosa, á Cánovas del Castillo, á Estéba-

nes Calderón, á Mesonero Romanos, á Tamayo Vargas, á Moreno Vilches, á Gómez Aceves, á Ramírez Prado, á Donoso Cortés, á Hurtado de Mendoza, á Pérez Galdós, á Moreno Nieto, á Garcilaso de la Vega, á López Ubeda, á Bretón de los Herreros, á Saavedra Ramírez de Baquedano (duque de Rivas), á Fernández Bustamante, á González Martínez, á Ríos Rosas, etc., etc., dirán y firmarán:—*Pedro Pantoja Padilla.*

Quiénes, ateniéndose á un uso que lleva algo de afectado y de ampuloso, sin ser más correcto ni más lógico que aquel otro, escribirán:—*Pedro Pantoja y Padilla.*

Y Dios con todos.

JACOBO EDÉN

EN LA GRAN BRETAÑA

(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA)

(Continuación)

9 de julio.

De mañana vestí un traje de verano, y como un fresco John Bull me lancé á la calle, después de una taza de té que constituye mi astringente almuerzo.

Pronto nos alistamos con Ventura Sánchez y Manuel Beauchef, y nos metimos en un vaporcito al pie del puente de Blackfriars.

Durante hora y media anduvimos por el río, por entre la confusión de puentes y por las verdes y boscosas orillas del "pastoral Tames", que Sánchez traduce "el Támesis de los pastos". El agua del Támesis comercial es puro barro; las orillas montones de edificios, entre los que sobresalen Somerset House y el Parlamento, y el horizonte una verdadera nata de pequeños vapores cu-

biertos de pasajeros, de pontones de la policía del Támesis y de botecitos de recreo.

Á la una desembarcábamos en el muelle de los jardines de Kerr, y después de tomar un corto refrigerio en un verde restaurante que Sánchez dijo le recordaba «los baños de Gómez», entramos al jardín ó potrero plantado de Kerr, abierto con mil precauciones á las 2 de la tarde. Lo que hay en él de más interesante es un gran conservatorio, especie de pequeño palacio de cristal, cuyas plantas son en su mayor parte de la India. Nos pareció que una gran cantidad de arbolitos esparcidos en el campo eran nuestros lindos piñones.

Nos dirigimos en seguida á Richmond, hermoso pueblo lleno de hoteles y de casitas pintorescas. Manuel se quedó aquí, y seguí yo con Sánchez á Hampton Conot Palace, atravesando el puente de Richmond, desde el cual ofrece el Támesis una vista deliciosa; el agua es azul, las riberas altas, verdes y boscosas, la playa cubierta de botes dorados para excursiones de placer, los llanos adyacentes poblados de ganado. El camino, visto desde el ómnibus, y aunque llovía, era lindísimo; pequeños *cottages*, arboledas, jardines, chacras, prados, avenidas, todo se sucede en no interrumpida cadena de verdura.

El palacio es muy hermoso, y no he encontrado en parte alguna castaños más bellos ni árboles más corpulentos. Sin embargo, en su disposición y en su objeto, es sólo una tosca imitación de Versalles.

Nos volvimos á las 6 y media, y después de mudarnos nuestra ropa enpapada por la lluvia, volvimos á salir, pasando en un *handsome* por entre los tumultos de gentes que marchan por las calles. Al rededor de la iglesia de San Clemente la policía hacía andar despacio los ca-

rruajes para respetar el servicio divino. ¡Raro y agradable ejemplo de la supremacía de Dios sobre el negocio en Inglaterra!

No habiendo nada que ver en la noche del *sunday*, nos retiramos cada uno á su casa.

---

10 de julio.

El ruido de esta ciudad que parece que no duerme, y la agitación de mis excursiones de ayer en medio de la lluvia, no me dejaron casi conciliar el sueño, y á las cuatro me levanté, dirigiéndose por la plaza de Lincoln y Sin Field al mercado de Smikfield. Es éste una especie de gran *rodeo;* no habría menos de 2,000 animales vacunos y 6 ú 8,000 carneros, aquéllos amarrados en barandas, y éstos en chiqueros de 10 á 12. Hay mucho orden, cada 10 ó 12 animales están guardados por un cuidador, y los carneros por perros que meten una bulla infernal. Me entretuve media hora recorriendo estos animados grupos, y encontrando á veces algunos brutos con dos pies entre los cuadrúpedos, aunque también otros muy atentos y políticos.

---

11 de julio.

Nos echamos á andar por Picadilly y el parque de Saint James, hasta el palacio de Buckingham.

Sánchez tenía un vivo empeño en ver á la reina. Pero ésta había salido y no volvía hasta las siete. Sin embargo, nos quedamos una hora paseándonos como centinelas delante del palacio, y preguntando indirectamente á los policiales sobre la reina, para no infundir sospechas de *regicidas* con nuestros bigotes.

Sacamos en limpio que la reina debía ir al teatro de Covent Garden, y después de comer tomamos dos billetes de galería y nos instalamos en nuestros asientos.

Se daban dos actos del *Profeta*, muy bien representados como aparato escénico, y regular como canto, por Tamberlick, que hacía de Profeta, la Viardot García de Fide y Mlle. Maray de Berta. Después la petipieza *Prova de una opera seria*, en que el corpulento Lablache me pareció más gracioso que la vez anterior.

Esperábamos con impaciencia á la reina; Sanchez creía verla en todos los palcos. Á las diez entró, por fin. Yo no pude mirar sin emoción al soberano de medio mundo, al que gobierna los mares y ha conquistado cien naciones. Ese sér casi omnipotente, era una mujer débil, delicada, casi indistinguible. Sentóse detrás de una cortina, de modo que su busto se hacía aún más opaco. Vista de perfil es una mujer fea: tiene una cara larga y rubicunda, nariz muy larga, ojos apagados, estatura muy mediana. Pero vista de frente se transforma casi por completo; su sonrisa es muy agradable y su fisonomía cobra una animación extraordinaria; es entonces simpática, y uno se explica el cariño con que la contempla su pueblo. En los primeros momentos parecía triste, pero con las gracias de Lablache se animó mucho, y se reía como un niño. Es menos interesante de lo que yo creía, pero es agradable y simpática; sobre todo, se adivina en su expresión que no conoce el orgullo.

El príncipe Alberto, su esposo, estaba sentado á su izquierda. Su figura no tiene atractivos: gordo, calvo, sin expresión de bondad ni de inteligencia, de aspecto y movimientos bruscos, callado, y, al parecer, orgulloso. Á las ventajas de su posición secundaria delante de una

mujer, se añadían los inconvenientes de su romadizo que lo hacían aparecer hasta prosaico.

La princesa real y la princesa Alicia son dos ñatitas graciosas, pero no bonitas, y tan sencillamente vestidas como su madre.

Las damas de honor eran dos, una vieja de aspecto risible, sentada en los primeros asientos, y una joven hermosa y lozana. Los compañeros del príncipe estaban de pie en el fondo del teatro con otro personaje con quien la reina hablaba alegremente.

El palco real no se distingue de los otros sino en que el programa de la función que en él se coloca está impreso en raso blanco.

Por lo demás, parece que el público no pone atención alguna en la presencia de la reina.

A las 11 me retiré, llevando una buena impresión de la reina, como mujer. En cuanto al prestigio de su poder, no lo sentía; á pesar de la sencillez de mis principios, suelo á veces acercarme por comodidad á los tronos, pero sin experimentar fascinación alguna. La reina Victoria es, sin duda, una excelente mujer, pero incapaz de conocer ni de mezclarse en la política de su país, lo que ciertamente es para ésta una fortuna.

---

12 de julio.

Después de ocupar el día en asuntos particulares, nos dirigimos por la noche con Sánchez á la exhibición de la Subida al Monte Blanco, por Alberto Smith, que es el *león* del día.

La concurrencia no cabía en el salón, á pesar de que hace meses que está abierto. Smith es un hombre de ta-

lento, medio bufón, medio satírico, fino y distinguido. Narra sus aventuras desde Londres á través de París, Estrasburgo, Ginebra, la subida al Monte Blanco que hizo en 26 horas, y su marcha por el Simplon hasta el lago Mayor. Las vistas son muy buenas, algunas magníficas por la bella reproducción del objeto y por los efectos de luz que están muy bien preparados.

Smith habla sin cesar, canta, toca cornetas, violines y otros instrumentos, imitando las costumbres de Suiza, ridiculizando á los ingleses, á un pescador de truchas, á un pintor de paisajes, á una vieja nerviosa, y á una variedad de tipos los más curiosos y hetereogéneos, todo con una gracia infinita que hace reír á carcajadas, y concluye con una sátira graciosísima, cantada contra el gobierno. Éste ha sido tal vez el único espectáculo de los que he visto en Inglaterra que valga en realidad su precio.

---

13 de julio.

Á las 2 y media nos embarcamos con Sánchez en el puente de Blackfriars, con dirección á Woolwich.

En dos minutos pasamos el puente de Londres, donde comienza el verdadero ancladero del Támesis para buques mayores. La aduana tiene un buen aspecto desde el río, y en su vecindad había más de veinte vapores de ultramar. Diez ó doce buques de vela, con su velamen desplegado ó remolcados por vapores, bajaban presentándose en conjunto á la vista.

El río comienza á ensancharse á medida que se avanza, y su aspecto es aquí tan majestuoso como es pintoresco y gracioso dieciocho millas al norte, desde el

puente de Richmond. Desde Deptford, que es el vasto almacén de provisiones del gobierno inglés, tomamos una hermosa vista del magnífico palacio hospital de Greenwich.

Pronto desembarcamos aquí.

El hospital se compone de dos grandes alas apoyadas sobre el río, otras dos en una plataforma más alta, donde hay una elegantísima capilla, y el museo, cuyo techo, que representa la fundación del hospital por la reina Ana, es una obra verdaderamente colosal.

Entre los retratos de todos los almirantes célebres, hay tres magníficas estatuas de Sidney Smith, de lord Exmoux, y Sanmary. Vi con respeto la casaca agujereada en el hombro que llevaba Nelson de Trafalgar, y su sangre estampada en el chaleco. Esta reliquia fué comprada en 150 libras esterlinas por el príncipe Alberto.

Como en todo lo que es inglés, tuvimos que pagar para visitar el edificio. Aquí no se puede ni siquiera andar de balde.

El guía nos dijo que el total de inválidos que pueden admitirse es 2,710, además de 700 niños, hijos de aquellos, que tienen una buena escuela. Los inválidos están bien instalados, tienen dormitorios en que hay de una á cuatro camas, lavatorios, comedores etc. Desayunan á las ocho, comen á la una con un cuarto de cerveza, y tienen un té á las seis. Se les dan zapatos cada seis meses, dos pares de pantalones al año, y una levita cada dos años. Todos andan más ó menos decentes.

Después subimos al célebre observatorio de Greenwich, que da el meridiano terrestre. El parque es lindísimo, plantado con avenidas escalmadas en la falda de la colina. El observatorio es un edificio viejo; no vi en

él sino un reloj eléctrico con veinticuatro horas. Desde él se goza de una magnífica vista del Támesis.

Nos embarcamos de nuevo, y llegamos á Woolwich. Todo lo que vimos del célebre arsenal, donde hay treinta mil cañones y otros materiales de guerra, fueron sus murallas y la gigantesca chimenea de la fragua principal. Dos piquetes de policía lo vigilan, y prohiben políticamente la entrada.

Anduvimos como una hora buscando en Blackrrall al coronel Salcedo, comisionado por el Perú para inspeccionar la construcción de tres vapores de guerra, de los cuales habían lanzado casualmente hoy mismo al agua dos, el *Apurimac* y el *Loa*. El *Apurimac* tiene 300 caballos de fuerza, el *Loa* 140, y el *Tumbes* 100. La construcción de estos buques, como todos los negocios del gobierno peruano son la base de algunos millones de soles. ¡Desgraciado país!

---

15 de julio.

Me levanté á las seis, arreglé mi cuenta de hotel, y fuí á reunirme con Sánchez para dirigirnos á la línea del ferrocarril del norte.

Á las siete estábamos en nuestro wagon.

Durante un cuarto de hora cruzamos por entre los estériles arrabales de Londres, y en seguida, por espacio de más de diez leguas, atravesamos por un país miserable, árido, desierto, casi abandonado. En la estación de Hichin, donde hay un ramal para Cambridge, comienza á mejorar el aspecto agrícola del país, y luego penetramos en ese magnífico llano que es un continuado sembradío de cien mil cuadras, de aspecto soberbio á pesar

de las excesivas lluvias, y cuyas cosechas de trigo blanco, fréjoles y papas parecen ser muy abundantes. Este hermoso distrito era, sin embargo, hace sesenta años un inmenso pajonal, que ha sido disecado artificialmente por canalización y bomba.

Á las diez pasamos por Huntindon, aldea de 6,000 habitantes, que saludé sacándome el sombrero, por ser la patria de Oliverio Cromwell.

En seguida nos detuvimos una hora en Peterborough aldea que alcanzamos á recorrer, visitando su linda iglesia, donde estuvieron enterradas María Estuardo y Catalina de Aragón.

Á las dos, lloviendo á cántaros, llegamos á Lincoln.

Después de buscar alojamiento, huyendo el salteo de los hoteles, y de comer sencillamente, salimos á dar un paseo por el pueblo, edificado en la falda de una colina y de muy bonito aspecto.

Su catedral es magnífica. Subimos los 350 escalones de sus gradas de piedra, y desde la cumbre de la torre gozamos de una hermosa vista, semejante á la de la catedral de Amiens. El sacristán nos mostró el reloj, y le dimos cuerda como quien levanta el ancla de una goleta. La campana que da las horas pesa 5 y media taneladas, y tiene un temple riquísimo por la abundancia de plata que contiene. El panorama es dilatado, y lo iluminaba profusamente el sol, ausente de mis ojos hacía más de quince días.

---

17 de julio.

Después de comer, subimos á la cumbre del pueblo, dando vuelta por los murallones y fosos del antiguo castillo, hoy convertido en prisión.

La tarde estaba hermosa, y desde la altura el paisaje es muy bello.

Al bajar, oímos una música desafinada y desacorde, que parecía el primer ensayo de una banda mititar: eran una docena de niños de la Escuela Azul, que dirigidos por su maestro, tocaban una pieza bulliciosa. La mayordoma nos mostró la escuela, que es excelente. Hay en ella 124 niños que se educan allí durante siete años, y salen al cabo de este tiempo con una profesión, un pequeño capital de 16 libras esterlinas y dos trajes, todo pagado con una renta de 8,000 pesos dejada por un doctor Smith. La escuela está tenida en un pie sencillo, decente y limpio. Los niños acababan de volver de vacaciones y parecían contentísimos, espectáculo que me agradó en extremo.

---

18 de julio.

Visitamos la manufactura de Clayton, donde sólo se hacen máquinas agrícolas de vapor y de trillar.

Es un establecimiento completo, que emplea 600 operarios, hace seis máquinas por semana, y ha producido 996 en diez años.

Cada parte se hace separadamente por un trabajador especial. El orden es completo. Visitamos los departamentos de fundición y modelado del hierro y del bronce, el de pulimento, el de los ensambles y colocación de piezas, los almacenes para los diferentes artículos de uso común, la carpintería, departamento de conclusión y repaso de la obra, etc.

Toda la maquinaria está movida por un motor central de fuerza de 14 caballos.

Al visitar este hermoso establecimiento, persábamos con envidia en el día en que podamos tener otros iguales en Chile.

---

20 de julio.

Pagamos nuestro alojamiento, y nos dirigimos á la estación del ferrocarril del norte para seguir nuestro viaje á York.

El camino es menos hermoso que el de Peterborough á Lincoln, pero tiene una ligera variedad de perspectivas. Después de media hora de viaje pasamos el tranquilo y bonito río Trent, que parece un estero en un cercado, y luego el terreno comienza á presentarse menos fértil hasta la altura de Betford. De aquí al limpio pueblo de Doncaster hay una gran variedad de colinas y bonitos bosques. En seguida, hasta York, el terreno toma el aspecto de dilatadas praderas.

Después de buscar alojamiento en York, salimos á visitar la ciudad.

Fuimos á la catedral, donde, como siempre, tuvimos que pagar la entrada. La fachada de este hermoso monumento me hizo recordar á Nuestra Señora de París. El interior es magnífico; lo que fijó más mi atención fueron los relieves en piedra del coro, y las gigantescas ventanas de vidrios de colores, que no he visto iguales en ninguna parte.

Luego nos echamos á andar por dentro y fuera de las murallas de York. Es una ciudad triste, desaseada, vieja, apuntalada, que parece una verdadera ruina. Apenas hay alguna casa que no cuente su edad por siglos; sólo un reducido espacio de una cuadra, en el centro de la población, tiene mejor aspecto.

El Ouse es un gran zanjón, ancho y profundo; habría anclados en él unos cincuenta buques carboneros, cuyos marineros jugaban desesperadamente á la baraja en la calle pública.

Después de comer dimos un agradable paseo por la muralla de la ciudad, que apoya sus dos extremidades en el río, formando una verdadera fortificación, y que es un lindo paseo entre árboles y vistas pintorescas del campo vecino.

B. Vicuña Mackenna

(Continuará)

LAS HADAS DEL ANDALIÉN

(Continuación)

VII

Ya hemos visto cómo los tres hermanos fueron acogidos por la sociedad penquista en un día de gozo para la humilde colonia que yacía olvidada en los últimos confines del mar del sur.

Su juvenil belleza, el prestigio que les daba su nombre y, por fin, el alto grado á que el mayor de ellos había alcanzado en el ejército en edad tan temprana, les conquistaron desde luego las simpatías y la admiración de todos.

Pedro y sus hermanos eran, además, humildes y sabían hacerse perdonar los favores de que los colmaba la suerte. Su bolsillo, abierto para los amigos y los pobres, les captaba no menos cariño que sus modales afables y corteses.

Por otra parte, los Álvarez no eran unos desconocidos en una sociedad donde había tantos militares procedent-

tes de la capital del virreinato. Casi todos los oficiales venidos de Lima en los dos últimos años, ó eran amigos suyos ó conocían á fondo sus antecedentes.

Los primeros días de su llegada fueron para ellos una continua fiesta. El *real situado* era un vivo despertador de la pública alegría. La ciudad estaba de gala; hubo saraos ostentosos, cenas alegres, banquetes más ó menos opíparos, revistas militares y hasta un solemne *Te Deum*, con que el obispo quiso manifestar al cielo su gratitud por las noticias plausibles que habían venido de la corte.

Aunque de todo participaron los Álvarez y no hubo fiesta sacra ó mundana á que no se los invitase, ni por un momento se dejaron prender en las redes que astutamente les tendían las hermosas hijas de Concepción.

Ninguno de ellos estaba libre. Pedro y Conrado soñaban con imaginarios amores, mientras Fortún se sentía dominado por la doble mostalgia de la patria y del amor primero.

Iba corrida una semana desde que pisaron las playas de Concepción, y la vida que allí llevaban, aunque por demás placentera y animada, comenzaba á hacérseles fastidiosa; por lo que resolvieron no dilatar un día más la loca empresa que los había arrebatado al cariño de la familia.

—Esta tarde iremos—dijo Conrado á Pedro.—Estoy resuelto á comenzar hoy mismo nuestra aventura.

—Sea lo que queráis—respondió Fortún con expresión de forzada resignación.

—Hemos aguardado más de lo preciso, y estos días tan hermosos, estas noches tan seductoras, nos están convidando con las ilusiones del amor—añadió Conrado con entusiasmo.

—¡Qué felices son!—pensó entre sí Fortún.—¡Sueñan con cercanas dichas en tanto que las mías han quedado muy lejos!

Pedro leyó el pensamiento melancólico que anublaba el alma de su hermano, y acercándosele cariñoso le dijo:

—¡Qué caro te cuesta el amor que nos profesas, pobre Fortún! Todo lo has dejado por nosotros.

—Y no me arrepiento de ello—respondió Fortún.

—Eres el mejor de los hermanos.

—No hablemos más de eso. Creedme que aun lejos de Clara sería feliz, si no me preocuparan los peligros que podéis correr.

—No pienses en eso—dijo Pedro.

—Yo conozco á más de uno de nuestros recientes amigos que ha ido y vuelto del palacio encantado—observó Conrado.

—Y ¿son felices?

—Aseguran que sí, y estos días no han dado muestras de adolecer de la enfermedad que postra á Veremundo. Veremundo era un espíritu exaltado é impaciente que jamás supo dominar sus arrebatos.

—Ojalá no te engañes, Conrado; y esos á quienes llamas felices lo sean de veras—observó Fortún.

—¿Conoces al capitán Aldana?

—Sí.

—¿Y al hijo del conde de la Sierra, ese doncel de quien se cuentan tantas aventuras galantes?

—¿Y bien?

—Los dos han visto á las hadas, y no hay en su semblante nada que revele esas penas secretas, con que han pretendido asustarnos.

—Su alegría es demasiado turbulenta para que sea verdadera, hermano mío—contestó el amante de Clara. —Esos mozos han ido, pero han vuelto quizás con el corazón cautivo. Si, al parecer, ríen y gozan es porque aún alimentan quiméricas esperanzas, ó porque, arrebatados por la versatilidad de su carácter, han logrado encontrar en nuevos amores ó en el fondo de la botella el olvido de fugaces impresiones. Á decir la verdad, no temo para vosotros el puñal de los asesinos, ni me asustaría veros frente á frente y con la espada desnuda delante de celoso é irritado rival. Sois bravos, os defenderíais como buenos, y si sucumbíais en la demanda, aún quedaba yo para vengaros; pero acaso vais á estrellaros contra un imposible y á marchitar para siempre vuestra juventud destinada á coronarse con la flor de todas las dichas.

—¿Á qué predecir desgracias?—dijo Pedro.

—Os sobra razón; desde que no he de lograr deteneros, es inútil que trate de robaros vuestras ilusiones. Conozco que ya no es tiempo de reflexiones, sino de seguir adelante—concluyó Fortún.

*
* *

Aquella misma tarde los tres donceles, montados en briosos caballos andaluces, dejaban atrás la ciudad arrullada por las olas del mar y bañada en la atmósfera de oro de un crepúsculo deslumbrador.

Trasmontando los cerros vecinos, ya subiendo, ya bajando, ya tornando á subir, y siguiendo siempre un camino flanqueado acá y allá por frondosos bosques; ora galopando, ora dejándose llevar mansamente al paso de los corceles, iban cada cual con sus sueños ó sus preocupaciones, formando proyectos de felicidad y espacián-

dose por esos horizontes sin límites en que se pierde la imaginación ardorosa de la juventud.

Soplaban auras frescas y embalsamadas con los perfumes de la selva virgen, que tan gratos son de respirar. Los viejos árboles balanceaban sus copas sonoras, en las cuales las avecillas entonaban el último concierto del día. Brillaba la atmósfera serena, sin que una sola nube la empañara, y los destellos del crepúsculo parecían más encantadores á medida que iban haciéndose más tenues.

El camino estaba solitario. Apenas muy de tarde en tarde cruzaba por él algún jinete ó trajinante de á pie, que, acabada su labor, regresaba á paso lento á la ciudad.

En los vallesillos extendidos entre uno y otro otero pastaba el ganado mayor, y las ovejas habían sido encerradas en sus apriscos, delante de los cuales velaban fieles mastines, supliendo la falta del pastor ausente.

Cruzaba aquellas campiñas, en las cuales Pedro creía hallar embellecido el recuerdo de los valles andaluces donde pasó su infancia, el claro Andalién que, casi sin rumor y en perezoso y desmayado curso, llevaba sus aguas al lejano mar. Á ambas orillas crecían sauces llorones, chilcas de suave y tierno verdor, é infinidad de pequeños arbustos, retratándose en la corriente como en el cristal de un espejo veneciano.

—¡Esto es un paraíso!—exclamó Fortún Álvarez olvidando los temores y melancolías de horas antes.

—Desde que abandoné á España, ese país de las flores y de los bosques misteriosos, no he visto nada que pueda compararse de lejos con las maravillas que nos rodean—observó Conrado.

—¡Cuánto más hermoso será lo que nos queda que

ver!—dijo á su vez Pedro, cuyos fogosos pensamientos no le permitían apartarse del objeto de su viaje.

—No extraño—prosiguió Conrado—que se cuenten maravillas de comarcas como éstas, ni que las mujeres que vamos buscando las hayan elegido para levantar su mansión. ¡Aquí debe de ser muy dulce el amar!

—Mienten—afirmó Pedro—los que suponen que pueda habitar en estas comarcas el dolor.

—¡Quién sabe!—murmuró Fortún;—el dolor sigue al hombre por todas partes.

Entretanto, el día acababa de extinguirse, y á la luz indecisa que precede á la salida de la luna, la campiña y los montes iban adquiriendo una nueva y fantástica belleza.

Ya los caballos no corrían por entre bosques de robles y canelos; las pataguas y los sauces iban haciéndose cada vez más escasos; desaparecían del todo los árboles que expontáneamente brotan en nuestros bosques, mostrándose en lugar de ellos otros más frondosos y enteramente desconocidos en los campos del hemisferio austral.

Había cambiado del todo la vegetación, y los expedicionarios se hallaban en medio de un jardín tropical. El aire formaba allí otros ruidos; la atmósfera se embebía en los perfumes más regalados; el suelo cubierto de flores que brotaban expontáneamente, como la grama en otros parajes, parecía una alfombra pérsica en la que un artista hubiera bordado caprichosos dibujos. Era ya de noche, y las aves cantaban como si estuviesen saludando á la aurora. La luna, sin perder su poético encanto, aparecía más brillante, reflejando sus rayos en las venas puras de agua que por la pradera corrían y en las cascadas que de trecho en trecho se desprendían de los ote-

ros, en cuyas verdes cimas se dibujaban bosques y jardines no menos pintorescos que los de los valles.

Nuestros viajeros caminaban de sorpresa en sorpresa. Jamás habían soñado prodigios semejantes. El paraíso mismo no podía ser más bello que los sitios que recorían.

Siguiendo diversos senderos, marchaban de acá allá, y aunque el viaje iba prolongándose más y más, no sentían fatiga alguna.

Pero ¿dónde se hallaba el palacio de las tres hermanas? ¿Acaso oculto en alguno de aquellos bosquecillos? ¿Tal vez detrás de una de las muchas colinas que cortaban el valle?

El bosque y las colinas quedaban atrás, y la mansión de las hadas no aparecía. En vano los enamorados caballeros lanzaban á la carrera sus caballos, ya en una dirección, ya en otra; en vano otras veces se dividían para explorar el terreno por distintos puntos; el objeto de sus ansias no aparecía por ninguna parte.

Y, sin embargo, de cuando en cuando las brisas les traían dulces rumores, armonías de cantos lejanos, ecos de voces humanas y notas de instrumentos músicos que los hechizaban. Todo les decía que lo que buscaban no podía estar muy lejos y avanzaban guiados por aquellos sones sin lograr darse cuenta del punto de donde venían.

La noche estaba ya muy avanzada.

La luna y las estrellas iban apagando su luz y un suave tinte rosado se extendía por el horizonte.

Á pesar de que todo indicaba que muy pronto iba á amanecer, Pedro y sus hermanos seguían incansables tras el invisible castillo.

En cualquiera otra ocasión se habrían rendido al can-

sancio, pero la fiebre que devoraba sus corazones no les permitía pensar en sí.

Ya no miraban á su alrededor, y los objetos desfilaban á sus ojos como fantasmas sin cuerpo. Lo que horas antes los encantaba apenas si llamaba ahora un momento su atención fija en un solo objeto que en vano pretendían descubrir en lontananza. Su estado tenía algo semejante al vértigo que produce la embriaguez Se habían olvidado de todo, hasta del camino que seguían.

De repente Fortún lanzó una fuerte exclamación que hizo aflojar el paso á sus hermanos.

—¡Pedro!—gritó Fortún—las hadas del Andalién se han burlado miserablemente de nosotros.

—¡Ira d Dios!—exclamaron á la vez Pedro y Conrado.

Un rumor sordo é imponente llegaba en esos instantes á sus oídos.

Delante de ellos estaba el mar con sus olas que mansamente venían á expirar sobre las arenas de la ribera; el mar, de cuyo seno se levantaba el sol brillante y magnífico, trayendo consigo la vida y la animación á la naturaleza dormida.

Y en redor se extendía la ciudad de Concepción que comenzaba á sacudir su sueño, el castillo en que el tambor tocaba diana y las campanas de los templos que lanzando al aire sus religiosas armonías, tocando en todas partes el *Angelus*.

Ya no había lugar á duda. Despertaban de un sueño en el que, sin embargo, había habido mucho de real.

Se hallaban en medio de Concepción sin comprender cómo ni por qué camino habían vuelto, ni cómo había

desaparecido el jardin de maravillas que recorrieran horas antes.

—¡Fatal estrella es la nuestra!—murmuró despechado el mayor de los Álvarez.

—Lo que nos pasa es tal vez un aviso del cielo—objetó Fortún.

—Te engañas hesmano; aquí no hay sino que las hadas han querido probar nuestra constancia.

—Y apurar nuestra paciencia—añadió Conrado como si quisiera completar el pensamiento de Pedro.

—¿Queréis que os confiese una verdad?—dijo de repente Fortún.

—Á ver qué es...

—Que, á pesar de mi prudencia y de mis temores, me siento ahora tan empeñado como vosotros en aclarar este misterio. Quiero á toda costa dominar el influjo contrario que nos ha extraviado en el camino, y si vosotros no volvierais á la aventura la proseguiría yo solo hasta encontrar el palacio.

—Nó, que iremos los tres— contestaron Conrado y Pedro estrechando las manos de Fortún.

En ese momento se abrieron las puertas de una casa vecina que precisamente era la misma que habitaban los tres mancebos.

—Á pesar de nuestra desgracia tenemos que confesar que las hadas nos quieren algún tanto—observó festivamente Pedro.

—No te entiendo—dijo Conrado.

—En vez de extraviarnos, como habrían hecho otras compañeras suyas, trasladándonos por arte mágico á regiones de donde no pudiéramos volver, nos han traído por encanto á las puertas de nuestra casa.

—Aprovechémonos de sus bondades—contestó Fortún.—Después de una noche en vela nada hay tan apetecible como el descanso.

VIII

—¡Vive Dios que quedamos lucidos en nuestra expedición del domingo!—decía Conrado á Pedro tres días después de su malograda aventura:—Y te aseguro, hermano, que no han de burlarme así no más.

—Por mi parte te digo lo mismo.

—Y ¿qué vas á hacer?

—Volver á las andadas.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Te acompañaremos.

—Querría ir solo.

—¡Egoísta!

—Me lo han aconsejado así.

—¿Quién?

—Uno de nuestros amigos que ha estado en el palacio no pocas veces.

—¿Amante feliz?

—Parece que nó.

—Y ¿qué opina tu amigo sobre lo que nos ha pasado?

—No se lo explica.

—¿Por qué entonces te aconseja que vayas solo?

—Dice que las hadas gustan sobre todo de los hombres valientes y que acaso han juzgado mal de nosotros viéndonos llegar juntos á su casa.

—Quizás tenga razón.

—Por ese motivo no puedo admitir hoy tu compañía.

Conrado no respondió una palabra.

Lo que acababa de oír le hacía pensar en que tal vez el amigo de Pedro había juzgado acertadamente de su situación.

Pedro, por su parte, creyó que Conrado le dejaba el campo libre, guardándose para emprender su aventura otro día; pero se engañó.

—Saldrás solo de casa—pensaba entretanto Conrado—pero yo iré detrás de ti.

*
* *

Con los últimos resplandores de la tarde y aprovechando la ausencia de su hermano Fortún que había ido á dar un paseo solitario por las orillas del mar, Pedro Álvarez dejó á Concepción sin que Conrado, para quien no era un secreto su salida, le dirigiera una sola palabra que revelara sus ocultos propósitos.

Media hora después hacía éste lo mismo, lanzando su caballo, no por el camino real, que era el que habían tomado en la anterior expedición y que creía fuese el escogido por Pedro, sino por otro que se prolongaba al lado opuesto y al través de unas lomas de difícil subida.

Mientras ambos jóvenes corrían en pos de sus locos sueños, Fortún, menos dichoso, sentado sobre una alta peña cercana al Cerro Verde, contemplaba con melancolía el ir y venir de las olas.

Su resolución de proseguir las aventuras de éstos había pasado como un relámpago. El entusiasmo dura generalmente muy poco en los corazones á quienes dominan los recuerdos de la ventura perdida.

Sin las ilusiones de sus hermanos y temiendo para ellos desgracias desconocidas, se consideraba en aque-

llas hermosas playas como un desterrado, á quien falta para vivir el ambiente de otras regiones. ¡Con cuánto placer no hubiera trocado aquella naturaleza tan risueña y florida y aquel cielo siempre puro y radiante por la aridez de los campos que rodean á Lima y la atmósfera que la envuelve en suaves y tenues cendales de niebla! Pensando en Clara, en la única mujer á quien había amado, miraba con dolor las naves que tenía delante y que en pocos días más se harían á la vela en demanda de las playas que dejara con tanta pena. Él hubiera querido seguirlas, pero se sentía atado por el cariño fraternal á un suelo distante donde no encontraba otro bien que el evocar á solas los recuerdos de su amor primero.

Pero á estas memorias se mezclaba un sentimiento amargo, cuya naturaleza le era imposible explicarse. Su corazón leal le decía que no era el mismo de antes; algo había en él de extraño que no podía explicarse.

Si estuviera al lado de Clara, una sola de sus sonrisas habría bastado para disipar las sombrías nubes que se agolpaban sobre su frente; pero Clara estaba muy lejos, siendo su inseparable compañero el enemigo invisible con el cual pretendía en vano luchar.

Fortún no conocía la naturaleza de su enfermedad, por más que sintiera sus efectos.

El ambiente de placer y voluptuosidad que había respirado en los jardines del palacio encantado envenenaba su corazón, inspirándole deseos de que no se daba cuenta.

La memoria de Clara luchaba en su alma con el prestigio misterioso de las hadas del Andalién; la pureza de aquel cariño nacido en los días de la inocencia, con esa seducción ardiente y vaga del placer desconocido que

roba la paz al corazón, lanzándolo á una región de tempestades y agitaciones en las que á todas horas zozobra.

En esa lucha que apenas se revelaba á su alma, Fortún se asemejaba á las melancólicas hojas de otoño que flotan por el prado marchito arrebatadas por contrarios vientos.

Suspirando á todas horas por el bien ausente, ansiaba, sin embargo, contemplar una vez siquiera á las hadas que lo atraían, cuando más no fuera para acrisolar su fidelidad de amante, resistiendo á una prueba en que tantos otros habían sucumbido.

Su imaginación le representaba á las tres hermanas con una belleza superior á cuanto han visto ojos humanos. Su voz resonaba continuamente en sus oídos, como un himno entonado por los ángeles para dar á los mortales una idea de los cánticos del cielo; verlas, oírlas, respirar el ambiente que ellas respiraban era el delirio de todas sus horas. Frente á frente de esas seductoras hermosuras se levantaban las memorias del hogar, sombras dolientes de espíritus benéficos que se resistían á dejarlo solo en el peligro. Allá había quedado bañada en lágrimas la dulce y tierna criatura que había hecho de su amor el eterno culto de su existencia. En ella no cabían la falsía y la doblez, su casta belleza embriagaba como el perfume de las violetas que nacen y mueren ocultas bajo el césped. Por él, por la fe de su amor no habría retrocedido ante ningún sacrificio, aceptando por su felicidad hasta la muerte misma, sin que de sus labios se exhalase una sola queja, ni una palabra sola que pudiera tomarse por alarde de una pasión fogosa.

Fortún Álvarez conocía demasiado el tesoro de amor que poseía en Clara y, resuelto á serle fiel, rechazaba

con indignación hasta la idea de que algún día pudiera olvidarla.

Pero se engañaba. Su corazón era menos firme de lo que podía imaginarse y ya sentía la necesidad de luchar para no verse arrastrado por la ciega locura que dominaba á sus hermanos. Y como en la conversación de éstos encontraba á cada instante nuevos motivos de turbación, acudía frecuentemente á la soledad para buscar fuerzas en las memorias del pasado.

*
* *

Fortún había visto huir aquella tarde sumergido en muda y triste contemplación, mirando el mar que le recordaba el camino por donde había venido, mostrándole al mismo tiempo el que podía volverlo á su hogar.

¡Con qué gozo no daría la vuelta á donde lo esperaban su amada y su padre! Pero ¿no dejaba por ventura más que á sus hermanos detrás de sí? Cada vez que pensaba en su regreso se le presentaba la imagen de Pedro y Conrado que lo retenían con fuerza y detrás de ellos otras, si menos queridas, mucho más atrayentes aún.

—Volveré á Lima—acababa de decirse—pero después de haber contemplado á esas mujeres.

Así concluían siempre esas eternas y solitarias luchas que no tenían otros confidentes que el cielo y el mar.

Del mismo modo terminó la de aquella tarde.

*
* *

Hastiado de su propia soledad, y necesitando como nunca del afecto de sus hermanos, Fortún dejó la playa, en la que había permanecido cerca de tres horas, para

dirigirse á su alojamiento, donde pensaba encontrar á Pedro y Conrado.

No fué poco el disgusto que le causó el saber que ninguno de los dos se hallaba allí, pues su corazón le avisaba que habían proseguido sin él las comenzadas aventuras.

—Y ¿á qué horas salieron?—preguntó al paje que los servía.

—El coronel, hará hora y media, y como una después don Conrado—respondió el paje.

—Entonces ¿no iban juntos?

—Ya lo veis, señor.

—¿Iban armados?

—Nó—respondió el muchacho sonriendo con esa malicia propia de los que sirven á gente moza;—iban galanes y perfumados como quien va á una cita de amor.

La frente de Fortún se contrajo dolorosamente al escuchar las picarescas observaciones del paje. No lo engañaban sus temores. Sus hermanos no contaban para nada con él.

Los celos, esa pasión terrible que envenena el alma de que hace presa, comenzaron á destrozar el corazón de Fortún.

Sus hermanos iban á ser dichosos en tanto que él devoraba solo sus internas amarguras. Su imaginación le representó en el momento escenas de amor y de placer bajo las bóvedas del palacio misterioso, cuyas puertas se habían abierto para recibir á Pedro y Conrado. Allí estaban ellos olvidados del mundo entero, sin curarse del melancólico solitario que habían dejado á la orilla del mar. En las conversaciones que se figuraba oír no se pronunciaba su nombre; ningún recuerdo se hacía de él, ni nadie tampoco lamentaba su ausencia.

—¡Oh! esto no será—pensó en su interior;—se han marchado sin mí, pero yo los seguiré. ¿Por qué he de ser menos venturoso que ellos? ¿Por qué no ha de haber también allí un asiento para mí? ¡Ola, paje!—gritó en seguida con imperio—ensilla mi caballo.

Mientras el pajecillo se retiraba á cumplir sus órdenes, Fortún mudó de vestido, eligiendo en su guardaropa el traje más galán y lujoso, ciñóse una daga morisca con empuñadura de oro y enlazó á su sombrero un rico joyel de diamantes que le había obsequiado su padre.

Cuando el paje volvió, no pudo menos de dirigirle una mirada de curiosa admiración; y mientras le tenía de las riendas el caballo para que montase, se quedó pensando para sí:

—¿Dónde tendrán su amor estos hidalgos, que por más que hago no puedo saberlo? Al fin lo averiguaré—se dijo, siguiendo con la vista los escarceos del brioso corcel que se perdía á la distancia.

***

Arrastrados por el mismo impulso y siguiendo cada cual un sendero distinto, los tres hijos del marqués de Álvarez vinieron á encontrarse más tarde en medio del jardín encantado, en una especie de plazoleta rodeada de palmeras, á la que desembocaban varias calles de árboles.

—¡Pedro!

—¡Conrado!

—¡Fortún!

Así gritaron los tres al reconocerse á la luz de las estrellas.

—Os vinisteis sin mí—dijo Fortún en tono de sentido reproche.

—No tal—respondió Pedro—aquí cada cual ha seguido su propio impulso.

—¿Será verdad?

—Yo he venido solo.

—Y yo también, como lo has hecho tú.

—Y aquí nos hallamos como si nos hubiéramos dado cita fijando sitio y hora.

—Y tras tanto ir y venir de acá allá, como andantes caballeros ¿qué es lo que hemos logrado?—preguntó Pedro con impaciencia.

—Lo mismo que el otro día.

—Respirar las auras del paraíso...

—Sin divisar la sombra de Eva.

—Sin encontrar siquiera una huella de su paso.

—¿Nos habrán engañado al contarnos la existencia de esas mujeres?

—Veremundo no está loco—afirmó Pedro.

—Pero esas hadas pueden ser un fantasma.

—¿Será su palacio un edificio de celajes?

—Esperemos todavía—dijo Pedro;—tengo para mí que hemos de dar feliz remate á nuestra aventura.

—Y ¿qué haremos ahora?

—Separarnos en direcciones contrarias; al fin uno de nosotros habrá de dar con el palacio.

—Acepto la idea—dijo Fortún lanzando su caballo en vertiginosa carrera por el primer camino que encontró delante.

Sus dos hermanos lo siguieron, eligiendo cada cual distinta senda.

*
* *

Como había pasado la vez anterior, la primera claridad del día encontró á los tres hermanos á las puertas de su posada, preguntándose sorprendidos cómo habían vuelto sin saberlo al punto de partida.

— ¿Habéis hallado algo? — preguntó Fortún á los otros dos.

—Yo—respondió Pedro—llegué á las puertas mismas de la casa encantada, y al través de sus ventanas, que estaban abiertas, divisé á las tres hadas en medio de una turba de brillantes caballeros.

—Yo no las vi—dijo Conrado—pero, oyendo de cerca sus voces y sus cantos, me sentí adormecido de una embriaguez tan dulce que no hubiera querido despertar... ¿Y tú, Fortún?

—Yo he sido menos feliz. No he visto ni oído nada, sino de muy lejos. A la luz de la luna divisé á la distancia un edificio al parecer de mármol blanco. Sus ventanas abiertas despedían torrentes de luz que cegaban mis ojos. Miraba y no veía; acaso divisé confusamente las sombras de las hadas y llegó á mí como un débil murmullo la armonía de sus cantos. Quise avanzar; pero una fuerza sobrenatural tenía enclavado mi caballo, y por más que le apliqué las espuelas, el noble bruto no daba muestras de sentir el agudo aguijón. Vedlo, si no; está todo ensangrentado—añadió Fortún contemplando con pena su hermoso caballo cubierto de sangre y de sudor.

—Yo las he visto y no olvidaré jamás la impresión que me ha causado su hermosura—dijo Pedro con ardiente entusiasmo;—mujeres, hadas, seres reales ó fantásticos, ángeles ó demonios, sean lo que fueren, os aseguro que gozoso moriría á sus plantas.

—¡Tan bellas eran!—exclamó con amargura Fortún.

—El que una vez las mira no podrá olvidarlas nunca.

—¡Oh desgraciado!—esclamó Fortún;—esas puertas se abrirán mañana para vosotros quedando enteramente cerradas para mí.

—Fortún... Fortún... —balbuceó Conrado mirando fijamente á su hermano.

—Comprendo tu pensamiento—dijo éste.

—Yo creía que no ambicionabas otro bien que el amor de Clara.

—Así debió ser, hermano mío; pero vuestra locura fatal va apoderándose también de mí.

—¡Es posible!

—Sí; hay dentro de mi alma dos sentimientos opuestos que luchan desesperados sin que ninguno obtenga la victoria: el amor puro y santo como las primeras ilusiones de la vida, y la pasión devoradora, la sed del deleite que abrasa y consume. Hé ahí el secreto de mis melancolías y de la profunda tristeza que me hace mirar con horror la existencia. Sé donde se halla el bien y busco el mal; la felicidad me convida con sus sonrisas y huyo de ella por correr tras una vana sombra; el ángel bueno pugna por apartarme del abismo, mientras hago esfuerzos desesperados por lanzarme á su oscuro seno. No puedo borrar la memoria del pasado, ni tampoco serle fiel. ¿Comprendéis ahora mi desesperación?

Pedro y Conrado no contestaron una palabra.

Cabisbajos y sombríos buscaban en vano una frase de consuelo y aliento que volviera la paz al corazón de su hermano.

Pero los suyos se habían secado. El egoísmo de su insensato amor comenzaba á ahogar los sentimientos de fraternal cariño que hasta entonces los habían unido.

En esos momentos sólo pensaban en la deslumbradora belleza de las hadas y en la dulzura embriagadora de sus cantos.

IX

La situación de los Álvarez iba haciéndose cada día más complicada y difícil. Dominados por una idea fija, se apartaban de la sociedad de sus compañeros de armas, viviendo únicamente para sí. Y ni aún entre ellos mismos reinaba la venturosa unión de que se enorgullecían en otros tiempos. Ninguno era feliz, en verdad; pero la carga que pesaba sobre Fortún lo agobiaba dolorosamente sin que hallase un olvido en el corazón de los que debían sostenerlo, infundiéndole valor y aliento.

Pedro y Conrado, á quienes había favorecido la suerte dejándoles entrever los encantos del castillo misterioso, apenas si paraban mientes en la sombría tristeza de su desgraciado hermano. Éste, aunque no se lo confesara, comenzaba á sentir envidia de los que lo dejaban consumirse solo en la melancolía de sus secretas luchas.

En tal situación, cada cual ideaba de por sí extraños y aventurados proyectos, guardándose de revelarlos a los otros, como si se tratara de una lucha entre astutos y desconfiados rivales.

Apenas iban corridas unas pocas semanas desde que pisaron á Concepción y ya se sentían dominados por ese hondo tedio, que suele ahogar al extranjero lejos del suelo natal.

Sin duda que de los tres el único digno de compasión era Fortún.

Juguete de afectos encontrados, se asemejaba á una

tabla que llevan de un lado á otro las olas inconstantes. Profesando estrechamente la religión de la honra, se horrorizaba al verse impulsado á olvidar los juramentos de su primer amor.

Este afecto, que tan arraigado tenía en el alma, se negaba á ceder el campo á los desvaríos de una pasión injustificable y sin objeto fijo todavía.

Por desgracia, rara vez sostiene el corazón luchas de esta especie, sin que el olvido roa al fin la flor de los recuerdos. El que entre dos amores lucha se halla muy próximo á olvidar el más antiguo, y hay un peligro real en no sofocar desde el primer instante los arranques de una volubilidad que conduce directamente á la inconstancia.

Si no se hubiera visto entregado del todo á sí mismo y existiera aún la leal y noble amistad que otro tiempo lo ligaba a sus hermanos, Fortún habría salvado á poca costa del naufragio. Las penas comunicadas pierden mucho de su intensidad, al paso que el dolor solitario adquiere nuevas fuerzas cada día.

El mal de Fortún consistía en no tener á su lado un amigo á quien abrir su corazón. Abandonado por sus hermanos ¿á quién podía pedir un consejo desinteresado que disipase sus perplejidades?

Ni ¿qué entendía él mismo de lo que le pasaba, cuando sus emociones eran hoy tan diversas de su manera de sentir en el pasado?

Su amor por Clara había sido casto y tranquilo como la mujer que lo inspiraba, amor sin celos y sin zozobras, sin dudas ni tempestuosos arrebatos. Del amor no conocía sino los sueños que embriagan y las esperanzas que iluminan con sonrosados tintes la mañana de la exis-

tencia. Ahora hervían en su alma apasionados afectos, seduciéndola los fantasmas del placer, y el delirio de la mente que se abrasa con la idea de un bien desconocido. Tal vez entre esas mujeres que parecían querer ocultarse á sus ojos y que no le prometían la felicidad, se encontraba la única á quien podía amar con toda la intensidad de la pasión, la única que le brindaría con un amor tempestuoso y ardiente, pero lleno de arrobadoras delicias, devorador como el fuego é inmenso como un océano sin límites.

Ya no deseaba atravesar la vida como esos navegantes de la costa que guían su barca divisando desde lejos á la mujer amada que les tiende sus brazos desde la ventana de su cabaña y respirando con delicia el perfume de los azahares que florecen en los huertos de la ribera. Otras eran sus aspiraciones. El sencillo y cariñoso adolescente de ayer iba trocándose, sin saber cómo, en el viajero inquieto á quien arranca de su hogar el anhelo de correr peligrosas aventuras en lejanas tierras.

Pero como nunca nos despedimos sin lágrimas de las dulzuras del pasado, Fortún veía á todas horas la imagen de Clara que, dolorida y suplicante, se presentaba á detenerlo en el camino de su descarrío. El inexperto doncel prolongó cuanto le fué dado su penosa lucha, hasta que al fin se halló sin ánimo para seguir adelante. La prestigiosa fascinación de sus sueños concluyó por borrar casi del todo la memoria de sus primeros amores.

Clara llegó á ser una vaga ilusión de la niñez; su vida estaba toda en el porvenir, cuyas brillantes perspectivas lo habían cegado. Ya ni siquiera pensaba en los peligros que tanto lo hacían temblar por sus hermanos. Estaba tan ciego como ellos.

X

El palacio de las hadas se destacaba á la luz de la luna en medio floridos jardines, levantando á los cielos su graciosa cúpula y vistosos minaretes de brillante blancura.

Era una construcción morisca, si no tan grandiosa como la Alhambra, más rica aún por sus prodigiosos detalles y los mármoles y alabastro empleados en ella.

Vista á los reflejos de la luna deslumbraba los ojos. Tan tersos y brillantes eran sus muros, que parecían espejos en los cuales se reproducían las maravillas de los parques, el agua de las fuentes, las colinas y las estatuas; en suma, todo un conjunto de primores que parecía haber sido transportado á esos sitios por la mano de los genios.

Delante del peristilo y sobre una alfombra de verde hierba bordada de menudas florecillas, se extendía una fuente de alabastro en cuyo espacioso tazón nadaban una multitud de peces dorados. Palomas blancas como la nieve venían á beber en sus bordes; mariposas de brillantes alas volaban de un lado á otro, deteniéndose en los arbustos y plantas que en derredor crecían; y en el centro de aquel pequeño lago se levantaba una columna coronada por una graciosa ninfa, cuya diestra sostenía una copa en actitud de brindar el maravilloso licor que rebosaba, á una multitud de jóvenes amantes que se agolpaban á sus plantas.

En la mitad de la columna se leían, grabadas con caracteres de oro, estas tres palabras:

AL AMOR ETERNO

Aquella estatua, verdadera maravilla del arte, era una creación del cincel á la vez terrible y hermosa como la provocativa esfinge que describe en su *Intermezzo* el bardo alemán. Sus ojos marmóreos despedían resplandores que cegaban; su sonrisa, que á primera vista parecía rebosar candorosa ternura, tenía no sé qué de maligno y de diabólico; creeríase que en su seno palpitaban ardientes pasiones, y su mano que brindaba la copa de los goces se mantenía demasiado en alto para que pudieran llevarla á sus labios sus amantes de piedra que, extendiendo á ella los brazos, demandaban en balde una gota del néctar que encerraba.

Sonriente como las seducciones del placer, llamaba á sí á los que no se le acercarían jamás; dura como el mármol de que estaba labrada, inspiraba ternuras que no podía corresponder, confundiéndose en ella la inmovilidad de la estatua con un algo de vida imposible de definir. Desde su elevado pedestal, aquella diosa hablaba á cada cual un lenguaje diverso, según era la situación de espíritu con que la miraba. Á los que la veían por vez primera ofrecía un mundo rico en halagadoras promesas, esperanzas, deleite y embriaguez; pero los que, al abandonar el palacio con el desencanto en el alma, se detenían ante ella para llorar sus desengaños, experimentaban en su presencia el odio á la vida, la lúgubre tentación del suicidio y el fuego devorador de los celos y de la venganza.

¡Muy terrible debía ser la eternidad de los amores

que ofrecía esa copa en la que se encerraban tantos goces y tantas angustias!

Colocada en el pórtico del encantado palacio, la ninfa de la fuente era un emblema de la triste suerte que aguardaba á los incautos que se acercaban á buscar la felicidad dentro de sus muros.

*
* *

El palacio despedía por sus ventanas torrentes de luz y de armonía.

Aunque era de noche, la naturaleza palpitaba en torno con la bulliciosa animación de la alborada.

En aquel país misterioso no se conocían las tinieblas; las aves cantaban lo mismo en la alta noche que al aparecer la aurora; los ruidos del viento, ora dulces como la vibración lejana de un laúd, ora alegres y sonoros como una canción báquica, se juntaban al murmullo de la fuente del Amor eterno, formando un concierto de indefinible armonía.

Todo allí parecía hablar de amor: el cielo, la tierra, los arroyuelos, los bosques, las mariposas y las aves, y aún hasta los mismos seres inanimados como las estatuas de los jardines y las torres del morisco alcázar.

Pero si la naturaleza exterior rebosaba deleite, dentro del palacio se respiraba un ambiente todavía más suave y enervador.

En una espaciosa sala en la que el arte y la riqueza habían agotado sus primores y cuya magnífica techumbre sostenían columnas salomónicas de jaspe con vetas de oro, se veían medio recostadas en blandos divanes de púrpura tres mujeres de incomparable belleza.

Estaban vestidas de blanco y no llevaban más joya

que su hermosura y alguna que otra sencilla flor entrelazada con descuido á su abundosa cabellera. Junto á ellas, extáticos y como olvidados de sí mismos, se hallaban otros tantos donceles á quienes el amor acababa de traer á sus plantas.

Eran los hijos del marqués de Álvarez, que uno tras otro habían llegado al umbral de aquella mansión de delicias sin haber hallado esta vez ningún obstáculo que les impidiera la entrada.

Felicidad había acogido con alegre sonrisa al fogoso Pedro; Sol oía placentera los ardientes juramentos de Conrado y Fortún aspiraba una vida nueva en las arrebatadoras miradas de Esperanza.

Había bastado que Fortún olvidase á Clara para que se abriesen para todos las puertas de aquel Edén.

La conversación de las tres parejas era viva y animada.

—A la sola noticia de que existíais en el mundo, lo dejé todo por venir á buscaros—había dicho Pedro, dirigiendo á Felicidad una mirada de amor.

—Y ¿viniste—preguntó ésta—seguro de la victoria?

Pedro se sonrió, pues Felicidad parecía haber leído en su alma.

—Traía conmigo la esperanza—contestó algo confuso.

—Así llegan aquí muchos—dijo Sol.—Orgullosos con su belleza y su juventud ó con los laureles ganados en los combates, se acercan á reclamar nuestro amor, como los dioses el incienso, sin pensar que corazones como los nuestros tienen que conquistarse con una adoración absoluta y continua... Y cuando reciben su merecido desengaño se alejan despechados, llamándonos engañadoras y livianas.

—Por eso habéis hallado cerradas hasta hoy nuestras

puertas—dijo á su vez Esperanza, comenzando á descifrar el enigma cuya explicación habían buscado hasta entonces los tres hermanos.

—¿Nos creías orgullosos?—preguntó Conrado.

—Confiabais demasiado en vuestro mérito—dijo el hada.

—Por mi parte—dijo Fortún—puedo decir que apenas osaba esperar.

—Tú, Fortún—respondió Sol—has estado más expuesto que ninguno á no penetrar aquí nunca.

—Y ¿por qué?

—Pregúntalo á Esperanza.

Fortún interrogó con una mirada ansiosa á la bella joven que tenía á su lado.

—Aquí—dijo Esperanza—sólo entran los que guardan su corazón enteramente libre; estos muros se empañan con el aliento del que tiene sus amores lejos de aquí. ¿Para qué querríamos un corazón dividido entre dos afectos? ¿Podríamos creer en juramentos de amor pronunciados por labios que mañana murmurarían iguales palabras al oído de otra mujer?... ¿No es cierto que hasta hace poco tiempo amabas á otra, Fortún?

—Si á otra amaba, es que no te había visto, Esperanza—respondió el mancebo.

—Y ¿la amabas mucho?

La frente de Fortún no se anubló siquiera al oír la pregunta que le dirigía Esperanza.

El recuerdo de Clara, como las aguas por el cauce de un río, había pasado para no volver.

La embriaguez de su pasión y las seducciones del hada acababan de borrar hasta la sombra del amor que había sido el eterno sueño de su primera juventud.

—Hoy amo por primera vez—respondió con profunda convicción.

—¿Será verdad?

—¿Lo dudarías acaso?

—Me sobraría razón para ello.

—¿Quién toma á lo serio los juegos de la niñez? ¿Quién puede llamar amor lo que es sólo la aspiración primera de un alma inconsciente que pide alas para volar por un espacio sin límites?—respondió con seguridad Fortún.

—Pero tú la amabas...

—Óyeme Esperanza. Cuando al alborear mi juventud comencé á sentir la sed del amor, busqué un alma en cuyo seno depositar mis sentimientos que se desbordaban, sin hallar objeto digno de sacrificarle mi vida entera. Creí haberle encontrado en una joven que crecía á mi lado, y me engañé. Amor es lo que hoy siento, la adoración que me inspiras. La mujer que fué mi primer cariño no era más que mi hermana; mi primer amor eres tú.

—Y ¿no me olvidarás como á ella?

—¡Nunca!

—¿No dirás mañana lo mismo de la pasión que te inspiro?

—¡Nunca, nunca!—repitió con fuego Fortún.

—Los hombres son inconstantes.

—Yo no te olvidaré.

—Acabas de dar una prueba de lo que duran tus afectos.

—¡He olvidado por ti!

—Todos dicen lo mismo ¿no es verdad, hermana?—dijo Esperanza á Felicidad.

—Sí—respondió ésta—hace años que oímos palabras

semejantes pronunciadas las más veces por labios perjuros. Casi he llegado á creer que el amor no es de la tierra, pues aún no lo he encontrado por más que lo busco. Mil veces se engaña á sí mismo el hombre, creyendo amar cuando sólo busca la dicha en la loca embriaguez de los sentidos. ¡Oh! cuántas veces pronuncia bañado en lágrimas y con acento trémulo promesas que olvida apenas estrecha contra su corazón la hermosura que codicia! Egoísta é inconstante, ama lo que no posee, y apenas es suyo lo da al olvido. ¡Así sois vosotros, Pedro!

—¡Qué amarga estás!

—Conozco demasiado la vida. La experiencia me hace desconfiada, y con razón.

—Tú eres mi amor primero...

—Ó tu primer capricho.

—Decidnos ¿qué hemos de hacer para conquistar vuestros corazones?—preguntó Conrado.—Cerrabais á Fortún vuestras puertas porque traía en su alma las memorias de un tierno cariño de la infancia y ahora tratáis de arrebatarnos la esperanza á nosotros dos que á nadie habíamos amado. Dime tú, Sol ¿no te basta ser mi primer amor?

—¡Quién sabe!

—Entonces ¿qué querrías?

—Ser el último—respondió Sol.

—Y ¿cómo probártelo? ¿Jurándotelo y muriendo en seguida á tus pies?

—Eso lo dirá el tiempo.

—Pero así nos robáis hasta la más ligera esperanza—exclamó Fortún.—¿No alcanzaremos, pues, nunca la realización de nuestros sueños?

—La esperanza—dijo Felicidad—es el más precioso

de los bienes. ¡Cuántos hay que sólo viven por ella! Y ¡quién sabe si ella no vale más que cuantas venturas pudiéramos hallar en la tierra! No pretendemos quitárosla; al contrario, os la dejamos como el talismán que puede asegurar vuestra dicha.

—La esperanza es muy preciosa; pero hay algo que vale más.

—No te engañes, Fortún.

—Vale mucho más la seguridad del bien alcanzado tras afanosa expectativa.

—Esa seguridad suele ser la muerte del amor.

—Más valdría morir si así fuera.

—Yo—dijo Sol—tengo como tú mis sueños é invoco la ilusión del amor con todas las fuerzas del alma; pero aún no he hallado quien me ame como yo sabría amar.

—¡Sol!—prorrumpió Conrado—¡si leyeras en mi corazón!

—Tal vez será como el de otros, soñador é inconstante.

—Ponlo á prueba, exigiéndome cualquier sacrificio.

—Día llegará en que te recuerde tus palabras—contestó la joven—y entonces se verá lo que eres capaz de sacrificarme.

—No hay nada que no hiciera por ti.

—Yo querría—continuó Sol, desentendiéndose de las últimas palabras de Conrado;—yo querría para mí un corazón cuyo ardor creciese cada día más; un amante que hallara en la intensidad de su pasión doble energía para sentir, á cada mirada que le dirigiese; á quien una caricia concedida á sus ruegos, en vez de entibiarlo lo encendiera más y más y que, dueño de cuanto yo pudie-

ra darle, sintiera todavía la honda sed del que desea lo que no está á su alcance.

Los ojos de Sol brotaban fuego; su voz trémula y conmovida buscaba el camino del alma. El ideal apasionado que acababa de presentar á Fortún lo enloquecía exaltándolo hasta el delirio.

—Yo, Esperanza, te daría aún más de lo que exige tu hermana—exclamó transportado el doncel.—La vida toda para amarte y, si estuviera en mi mano, la eternidad para una adoración que me seguirá más allá de la tumba.

Una sonrisa incrédula se dibujó en los labios de Esperanza, que, aceptando el candoroso arrebato de Fortún, parecía juzgarlo como uno de esos fuegos fatuos que cuanto más deslumbran más pronto mueren. Aquella sonrisa bañada en escepticismo hacía daño. Si las palabras de Sol avivaban la pasión, la dura sonrisa de Esperanza hacía temblar como el contacto de un cadáver. Fortún quedó meditabundo; iba á renovar sus protestas; pero le faltaban la voz y la palabra.

—Y al fin—dijo Pedro, interrumpiendo el silencio—¿cuál es la suerte que nos reserváis?

—De vosotros pende que sea feliz—contestó Felicidad.

—Y vuestros corazones ¿qué nos dicen?

—Os hemos permitido esperar.

—Esperar es á veces morir.

—Quien sabe aguardar logra al fin lo que desea.

—Pero ¿cuánto tiempo habremos de consumirnos en dolorosa incertidumbre, dudando de vuestra fe, y viendo alejarse cada día más nuestra dicha?

—Imposible sería fijarlo—contestó Felicidad.

—Sois crueles.

—Eres injusto Pedro; ningún derecho tienes para quejarte desde que te hemos recibido como á un amigo. Modera tu impaciencia y bástete saber que nuestra casa no se cerrará para vosotros mientras permanezcáis constantes y fieles.

—Entonces no se cerrará nunca.

—Pero no bastan sólo el amor y la fidelidad—añadió la dama.

—Y ¿qué más quieres?

—El que desee ser amado por nosotras ha de obedecernos en todo.

—Hasta la muerte—respondieron á la vez los tres hermanos poniéndose de pie y llevando la mano á la empuñadura de su espada.

—Sois largos en prometer.

—Aquí tenéis nuestra vida; os la daríamos si nos la pidierais en cambio de un instante de amor—respondió Pedro por los tres.

—Basta, galanes caballeros, los hechos hablarán por vosotros—dijo Felicidad levantándose de su asiento.—Adiós, que ya es tarde y ha llegado la hora de separarnos.

—¡Tan pronto!—murmuraron con disgusto los tres jóvenes.

—Habéis prometido obedecer—pronunció Felicidad, despidiéndolos con afable firmeza.

***

Á la salida del palacio los tres hermanos se sentían contentos y felices. Las hadas les dejaban entrever en lontananza un porvenir dichoso para sus amores, pidién-

doles en cambio adoración exclusiva y lealtad á toda prueba.

¿Podían no someterse á condiciones, á su juicio, tan fáciles de cumplir? ¿Quién osaría ser infiel al amor de beldades tan peregrinas?

Eran jóvenes, tenían el alma llena de ilusiones y mucho tiempo delante para contemplar el porvenir.

Esperarían con la certeza de que ese mañana brillante, con el cual extasiados soñaban, traería consigo la realidad de sus sueños.

¡Oh! ¡Cuán dichosa es la juventud!

ENRIQUE DEL SOLAR

(Continuará)

En un álbum

(Á la señorita María Merino Carvallo)

Debemos á la amabilidad de un deudo del señor Cruchaga esta hermosa página, que tan delicadamente revela el exquisito sentimiento que albergaba el alma del autor.

Los Editores

Querida amiguita:

Don Diego José Benavente, al casarse una de sus hijas, le obsequió un álbum para que en él escribiese á solas, muy á solas, únicamente sus penas. En la primera página le manifestó, como supremo deseo, el de que á su muerte estuviesen todas sus páginas en blanco.

En este álbum, que no está dedicado á las lágrimas y de que el cristiano cariño de sus padres alejó la lisonja, desterrada también muy lejos por su propia pureza, elijo la página final para que mi deseo, á la vez que manifestación de segura esperanza, sea un compendio de la única historia que mi amistad y la de mi hijo piden para usted.

Ese deseo importa una bendición, porque nace de lo más hondo y puro del alma; es el de que en la vida

mantenga la ternura vivísima del sentimiento, para que vea en la dicha y en el dolor, que entonces se convierte en ofrenda, en el hogar y en el salón, ante el poderoso y ante el humilde, en las borrascas del alma y en las serenidades de los dulces días, la mujer cristianamente fuerte.

Esa ternura es el rocío de los cielos, el lazo bendecido de todo lo que se armoniza en la belleza, la fuente de siempre dulces lágrimas como la de celestiales sonrisas. Es la vida y la luz que nos ofusca.

Aquilátelo con el estudio, que la violeta no pierde, y gana con el cultivo, y la pureza es mayor cuando está más arriba; no la malgaste, porque no se botan las perlas; encamínela á levantar con sabroso perfume todo lo que de purificación necesite, y avalórela con la religión, para que esté siempre protegida por blancas alas.

Mary, este es un deseo y será una historia.

MIGUEL CRUCHAGA

Viña del Mar, 25 de julio de 1886.

EN EL PARQUE [1]

Tranquila estaba la tarde.—La naturaleza descansaba en apacible quietud, como virgen hermosa que, después de escuchar las palabras de amor de su prometido, se recuesta voluptuosamente sobre la hamaca para gozarse en el dejo que han producido en su corazón; nada interrumpía la calma del crepúsculo, que con un manto de indecisos colores va cubriendo á la tierra lentamente. Era la hora en que un cúmulo de fantásticas ideas se agolpan á la imaginación produciéndole algo como el recuerdo de un amor pasado, como el eco apenas perceptible de una grata música, como todo lo que se siente en deseos irrealizables.

Por sobre los iluminados copos de los árboles veíanse en el ocaso los postreros rayos del sol, casi oculto ya en las lejanas cumbres, que reflejaban en los cerros del oriente sus brillantes resplandores.

(1) Las páginas que van en seguida son fragmentos de una novela que el autor corrige ahora. Llénense, por lo tanto, los claros que se noten, tomando en consideración que ellos corresponden á lo dicho anteriormente en la obra.

Poco á poco los últimos destellos fueron desapareciendo, y por grados que la vista no alcanzaba á diferenciar, se llegó la noche hasta cerrar completamente.

¡Qué noche tan magnífica y seductora! ¡Qué sentimiento vagaba por el espacio, tan conmovedor, tan sofocante! Las flores coqueteaban tiernamente con la brisa, dejándose acariciar por ella como se deja la hermosa cabellera por la manecita del ángel de castos sueños que la destrenza antes de recogerse, y todo convidaba con blando halago á las expansiones del alma.

Quienquiera que, no conociendo el parque de la hacienda, hubiese sido transportado á él en esa noche, se habría creído seguramente esclavo del más fantástico sueño.—Eso sucede siempre: cuando la dicha es tan completa que no imaginamos que pueda serlo más, parécenos que soñamos; y para no empañarla, para no destruirla nos resistimos á volver á la realidad; y por horrible contraste, cuando la imagen del dolor nos asalta en sueños, toma formas tan tangibles, la vemos con tan luminosa claridad, que no podemos dudar de que estamos despiertos. La suma felicidad produce vértigo al alma, y la línea que separa el vértigo de la soñación es bien imperceptible; en ésta se siente con tanta intensidad como pudiera una persona en dominio de sus sentidos; en aquél los sentidos son anulados de un modo tan completo por el sentimiento, que llegan á un estado de sensación semejante al estado en que se encuentran durante el sueño. Se tiene á veces la lucidez suficiente para pensar si uno delira ó si es verdad lo que ve y lo que siente; pero ¿acaso el sentimiento no ejerce brillante alucinación sobre el espíritu? ¿Acaso el que sueña durante la vigilia no raciocina cediendo al poder exclusivo

del sentimiento? El dolor es tan propio de nuestra naturaleza, que siempre creemos en su verdad, aun cuando sea ficción; y la dicha es con tan poca frecuencia nuestra compañera, que cuando llega la creemos ficción, aunque sea verdad.

Habría creído que soñaba, probablemente, quien, sin conocerlo, hubiese sido transportado esa noche al parque de la hacienda: corría frontero de las casas un mansísimo canal que, haciendo volteadas caprichosas, como la culebra que se arrastra enroscándose y torciéndose en todas direcciones, ya formaba pequeños golfos, ya remansos, ora islas, ora cascadas, el ruido de las cuales iba á confundirse en el del follaje de los árboles; el parque, cruzado en diversas direcciones por caminos á que prestaban sombra dobles hileras de encinas y de robles, tenía infinita variedad de árboles y de fragantes flores, y ahí donde la naturaleza se empeñaba en mostrar toda su fuerza y su hermosura, el arte había levantado diversos cerritos y cenadores, concluyendo el cuadro del más exquisito gusto.

Esa noche, como las anteriores, los convidados de don Enrique salieron, después de la comida, á pasearse por el parque, á dar libre curso á la alegría de sus almas, á observar la luna desde algún cenador, ó á aspirar el aroma de las flores. También salieron Sofía y Bernardo, juntos esta vez; en el reducido pero elegante parque todos andaban más ó menos unidos, guardando, no obstante, la conveniente distancia para que las parejas pudiesen conservar la libertad de que nadie oyese sus coversaciones.

La noche, tibiamente iluminada por la luna, y envuelta en un denso manto de soledad que no alcanzaban á

romper los paseantes, se presentaba propicia para el más tierno idilio á los jovenes enamorados, que anduvieron largo espacio absortos por la felicidad tan completa que les dominaba.

El alma de la mujer, sensible de suyo, experimenta indescriptible sensibilidad cuando el amor, á la manera de blanquísimo ángel, le roza con sus alas: dijérase que es un lago que por las tardes adquiere tersa diafanidad y cuya superficie se conmueve dulcemente al choque imperceptible de la brisa ó de la leve pluma de un cisne.

La menor impresión produce, entonces, en esa alma indecible poder: una palabra, una nota, un rayo de luz, quiebran su tersura y la agitan de un modo extraño.

De los párpados, del alma de Sofía brotaron muchas lágrimas aquella noche; apoyada en el brazo de Bernardo, avanzaban á paso lento dando desahogo á ese raudal infinito que nace del corazón de los enamorados, aspirando aquí el aroma de una flor, observando allá un efecto de luna, ora en los plateados revoloteos del canal, ora por entre el follaje de los árboles enredados por sus copas entre sí como para protejer del sol y de los hielos á las violetas y al musgo que tapizaban el suelo; el ruido de una rama al soplo de la noche, el que producía alguna ave cuando ellos pasaban, el murmullo constante de las aguas al deslizarse por su cauce, todo, todo le hablaba á Sofía con el lenguaje misterioso del corazón.

El reducido espacio que abarcaba el parque era pequeño para encerrar los latidos de sus corazones y la inmensidad de un porvenir de felicidad que se concentraba en ellos. El lenguaje humano era á veces impotente para expresar el sinnúmero de palpitaciones que se

atropellaban y de ideas que bullían como burbujas impalpables en los cerebros de los dos jóvenes, tan exaltados como no es posible suponerlos más.

Después de pasearse un rato los dos amantes, siguiendo la misma ruta de los demás convidados, que ya se detenían como continuaban el paseo, se dirigieron al rústico cenador que se alza sobre la falda del cerrito á cuyo pie deslízase el canal de turbias aguas y artísticas evoluciones; en un suspiro dió desahogo Sofía á ese infinito de emociones que la dominaban y que, como siempre el espíritu ejerce presión sobre la materia, la habían fatigado más que si llevara un mundo á cuestas; observó después en la una ventana que la hiedra, símbolo de la constancia, cubría su orillas, y en la otra un nido recién formado que colgaba balanceándose con el viento; y con el aliento breve, deseosa de que llegara el momento de declarar á Bernardo lo que sus ojos le confesaban con mirada ardiente,

—¿Has visto—le dijo con infinita ternura—una noche más hermosa que ésta?

—Ninguna, Sofía—la respondió resueltamente el joven—nunca he soñado una tan espléndida, ni creo que nadie pueda llegar á concebirla porque es inconcebible.

—Sí—dijo Sofía—inconcebible para los que quieren fingírsela pero nó para los que como tú ó yo la vemos.

—Ciertamente, Sofía; pero es necesario que todo se junte para que nos penetremos de ella, es necesario también amar y estar enamorado, para ver que, como uno, ella ama en el silencio y en el ruido, en cada una de sus manifestaciones, en cada uno de sus efectos...

—La fantasía te lleva lejos; si tuvieras alma de mujer podrías decir todo eso, porque sólo las mujeres compren-

den el amor; los hombres aparentan sentirlo y tratan de engañarse.

—¡Que no me engaño!—la interrumpió Bernardo, tomando con una mano las de Sofía y atrayéndola hacia sí con la otra como para grabarle sus amorosas palabras—que no me engaño porque el corazón me dice que amo infinitamente...

—Como todos los soñadores.

—Más que cualquier enamorado, porque... Sofía—dijo el joven casi arrodillado á los pies de la niña y haciendo una fatigosa pausa—porque te amo, te amo con toda el alma; tú serás eternamente el único amor de mi corazón; sí, te amo, te adoro, Sofía, pídeme la prueba que quieras, pídeme...

—Nada—interrumpió Sofía—¿para qué quiero pruebas cuando te he comprendido y mi corazón te corresponde? Aunque las palabras son inútiles, porque un mismo latido nos anima, te confieso que también te amo y que tu amor es mi único deseo y el único alimento de mi alma. Tuya seré siempre, como tú serás mío y sólo mío, ¿no es verdad, Bernardo?

—Verdad, Sofía, te lo juro—dijo de corazón el joven.—¿Has podido dudarlo?

—Ni un momento; no se me ha ocurrido siquiera. Ese pensamiento me habría muerto. Si te lo dije fué porque quería tener el placer de oírlo de tus labios.

—Te lo juro—volvió á decir Bernardo—te lo juro, Sofía.

—No te empeñes—le respondió Sofía con apasionada suavidad—no te empeñes en hacer juramentos que yo no necesito oír porque siento que tu corazón palpita dentro del mío. Tú lo sabías y aparentabas ignorarlo...

—Lo había sentido en tus miradas, pero era tanta mi dicha que temía engañarme; pero ahora, libre de ese temor que me destrozaba el alma, puedo creerlo y puedo también repetirte mi sincero juramento, mi eterno amor.

—¡Qué feliz soy!—exclamó quedamente Sofía como temerosa de que el viento que llevaba sus modulaciones la arrebatase una porción de su felicidad.—Ahora sí que respiro libremente porque no tengo que sofocar las palpitaciones de mi corazón...

Bernardo escuchaba con impaciencia; las palabras acudían retozonas á sus labios para no acabar nunca de confesar su amor; sentía con esto una satisfacción muy grande; el pobre joven, que era por lo general tímido para manifestarse y de carácter tranquilo, si bien, como sucede siempre, profundamente apasionado cuando se apasionaba, experimentaba en esos momentos necesidad de hablar, de repetir lo que varias veces había dicho á Sofía; ésta, más fuerte y más pronta en sus impresiones que Bernardo, atropellaba las palabras que tanto tiempo y con tanta dignidad había reprimido; no le correspondía insinuar una declaración, pero ya que había sido hecha, y con una sinceridad de que no podía dudar, se adelantaba á Bernardo en decir por entero cuanto sentía; los que aplican á estos asuntos reglas convencionales, pensarán que la niña debió ser más discreta para no dar un latido más que Bernardo y para no abrirle tan completamente su corazón; ella no pensó de igual modo, ó, por lo menos, no lo sintió así; nada tenía que reservar porque si la declaración verbal era reciente, era también innecesaria porque mucho tiempo antes se habían ambos comprendido mutuamente.

—Nada me impedirá — concluyó Sofía — decirte y decirle á todo el mundo que mi corazón es tuyo, que lo era desde hace mucho tiempo y que lo será siempre.

—Ahora—le dijo Bernardo, estrechando á Sofía y contemplándola extasiado á los rayos de la luna que penetraban por entre la hiedra de la ventana—nada podrá separarnos porque los dos no seremos sino uno.

Y al sentir la palpitación agitada del purísimo seno de la niña, cuyas ondulaciones se comprimían con violencia, contra su pecho, con un beso casto y apasionado selló indeleblemente su juramento.

Algunas parejas que habían estado cerca del cenador pasaron por frente á él, y los jóvenes enamorados se les unieron para dirigirse como todos los demás á las casas, dedonde momentos después salían torrentes de luz y de armonías.

LUIS COVARRUBIAS

Á LA SEÑORA ANTONIA FONSECA

DE SANTOS RODRÍGUEZ

(EN SU ÁLBUM PRIMERO)

¡Voy á partir; adiós! Mi despedida
escribo en esta página postrera,
acaso en los recuerdos la primera
en el libro del alma y de la vida.

Si no del estro, del cariño henchida,
que tu bondad inmensa me infundiera,
que te muestre al leerla, tu sincera,
benévola amistad correspondida.

Que te diga, señora, que pequeño
sentí mi corazón desengañado
ante la dicha de tu hogar risueño,

pues que logré á tu afecto y á tu lado,
saber que la ventura no es sueño
y que quien sabe amar es siempre amado.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

Roma, 22 de marzo de 1887.

UN RECUERDO DE GLORIA DOLOROSO

(Á LA MEMORIA DEL AMIGO QUERIDO LUIS LARRAÍN ALCALDE) (1)

¡Ah! yo no he sabido hasta hoy cuánto amaba á España! Me ha sido menester verla en tan supremo trance, expuesta á perder en una hora el fruto de tantos sacrificios, para conocer la intensidad de ese vago afecto, negado por algunos filósofos, que se denomina *amor patrio*...

¡Ah! créeme: en medio de los más ardientes combates no se experimenta nada parecido á la cobardía pueril con que se ven desde larga distancia las maniobras de dos ejércitos enemigos. Tengo la seguridad de que si yo estuviera ahora mismo al lado de mis compañeros, el *Monte Negrón* me parecería uno de tantos cerros como han tomado á la bayoneta nuestros soldados siempre que les ha convenido. ¡Visto desde aquí me parece *insuperable!*...

¡Y lo que más me aterra es seguir ignorando lo que allí sucede!—ALARCÓN, *Guerra de Africa.*

Es la hora del mediodía. La capua de Lima, el brillante, el sibarita Chorrillos duerme en su lecho de brasas y de muertos. Parecería que en una velada de mucha música y de narcóticos excesivos se hubieran inflamado los pebeteros deliciosos y abrasádose sus moradores.

El humo de los escombros entenebrece todavía la atmósfera, el ambiente es acre y nauseabundo; los cadá-

(1) Herido en la batalla de Miraflores y muerto en Valparaíso de resultas de su herida, el 3 de febrero de 1881.

veres llenan las calles y plazas y alternan por centenares, y sin enterrarse aún y carbonizados, con los techos y murallas derribados en el gran destrozo.

Semejante á aquellos ennegrecidos y gigantes réprobos, postrados por los padecimientos en sus antros de luz y de tinieblas, de que nos habla el Dante, retuércese ahí y rechina aquella población, amontonando sobre las lucidas baldosas del pavimento sus miembros calcinados, sus edificios grandiosos.

¡Quizás habría allí demasiado heno ya sin savia, y serían por demás abrigadas y muelles aquellas paredes, cuando rayo inesperado pudo consumirlas en horas solamente! Al menos ¡no sería precisión de la guerra sólo! Tal vez aliento más poderoso y de cuyo azote hay recuerdos en la historia, fué lo que nos dió ver las lenguas de fuego inmensurables de aquella hoguera de todo un pueblo.

*
* *

Por la calle principal, y salvando los mil impedimentos que la embarazaban, desfilaba una lúgubre procesión de camillas y de macilentos heridos que iban á pie, conmoviéndose dolorosamente á cada paso y buscando el embarcadero para llegar á bordo del transporte que había de conducir á Chile la primera remesa de los heridos de la batalla del 13.

En el valle estallan las minas de dinamita que lo plagaban; y de la altura, de hora en hora, la dinamita también, y con estampidos que atruenan el aire, hacía rodar por las pendientes faldas de los cerros trozos de los antiquísimos cañones que los habían defendido, destrozándoles por no compensar el moverlos de aquellas alturas.

Nosotros estábamos en la Escuela de Clases, espacioso

edificio, de una cuadra cuadrada á lo menos, con altos y bajos, y situado en la salida de Chorrillos hacia Lima. Ya todos los aposentos y corredores estaban atestados de heridos; en otros había á granel unos dos ó tres mil prisioneros peruanos, y en algunas piezas un centenar de oficiales y jefes prisioneros igualmente.

En el cuarto mismo de bandera se almacenaban por miles en aquel momento los rifles que se recogían de los campos de Chorrillos y San Juan. Los repuestos de municiones para el ejército, que se desembarcaban también en aquel entonces, se guardaban en unas cuatro piecesitas que daban á un pequeño patio, no distante este edificio del más grande que ocupábamos nosotros.

El regimiento Esmeralda, que el día 13 le cupo entrar el primero en el pueblo, guarnecía este parque, aquel depósito de prisioneros y aquella ambulancia; sus compañías dormían al pie de los pabellones y al raso en el extenso cuadrado que circuye el edificio. En aquellas horas de inusitados afanes, los soldados servían de enfermeros, repartiendo agua y su propio rancho á los infelices heridos, recibiendo á los que aún llegaban del campo, y cediéndoles sus frazadas para aderezarles camas allí en el suelo, de más en más estrecho.

Algunos prisioneros, sin tener descanso tampoco, viajaban constantemente con las angarillas de los que había que enterrar, y esta tarea era inacabable... La azotea de la Escuela de Clases era el alojamiento de los oficiales del regimiento, quienes habían tenido que ceder sus habitaciones á los generales y al cuartel general primero, y después á los heridos que durante el 14 y mañana del 15 todavía no cesaron de llegar de los pantanos y

arenales en los cuales bregando con tesón habían caído como buenos.

*
* *

Era el 15 de enero de 1881, y ya era cercano el momento en que á la historia nacería Miraflores.

Desde la azotea de nuestro cuartel habíamos visto llegar en la mañana el tren con los diplomáticos que venían á hablar á nuestro general de paces ó armisticio. Supimos luego que habría tregua hasta las doce de la noche de aquel dia. Desde allí habíamos visto también los tristes entierros que segundo á segundo se practicaban á nuestros pies, en un camposanto ahí improvisado. ¡Qué abandonados y en qué olvido quedaban aquellos pobres!

Habíamos visto, además, anclar los buques que servían de bodegas y de parque al ejército, y á algunos de nuestra marina de guerra; veíamos el llano de San Juan y los pueblos de Chorrillos y de Barranco, y el morro Solar y Salto del Fraile trastornados del todo, y caminando por ellos en diversos sentidos soldados y ambulantes y algunas partidas de tropa y de chinos, atareados en humanitarios quehaceres, ó en desenterrar ó volar las minas.

En aquella mañana también vimos desfilar á la tercera división de nuestro ejército, que fué á tender sus líneas hacia el norte, apoyando su izquierda en el mar y paralelamente á los reductos y línea de Miraflores por aquel lado.

Á eso de las doce del día, la primera división del ejército, con sus interminables filas, caminaba calmadamente por el terraplén de la línea férrea que conduce á Lima, y hacía alto—todavía sin haber tomado sus posiciones definitivas, pues esta división, caso de haber batalla, no

debía batirse, ó hacerlo secundariamente—y armaba también pabellones, disponiéndose la tropa y oficiales á tener su almuerzo.

Todo esto se practicaba á fin de aproximar á Lima nuestras columnas, y según libertad de mover campamento que, como preliminar de los arreglos, había establecido el general Baquedano en el trato con los ministros extranjeros; pero, á decir verdad, no se tenía certeza del poder, al menos, del ejército que acampaba en Miraflores.

Veíamos estos grandes desfiles y divisábamos los cerros artillados de San Bartolomé y San Cristóbal, y todo el movimiento en el valle que había sido campo de batalla anteriormente, y en el que bien pronto lo sería.

Veíamoslo todo, al principio en una de aquellas mañanas neblinosas que hay siempre en las costas del Perú, y después al mediodía brillante.

Á esta hora, ya cuando nos halagábamos con la próxima rendición de Lima, y justamente, cuando habíamos llevado á nuestro lado á un oficial peruano, señor Echenique, nuestro prisionero, que nos acompañó á tomar en aquella misma azotea la primera *cazuela* y el primer bocado formal que habíamos merecido desde la salida de Lurín, y con el cual reíamos de nuestra escasez de provisiones; y mientras pensábamos que luego nuestros compatriotas de Chile, en alborozada animación, se estarían también *tomando* á Lima, y no con el sosegado entusiasmo de nosotros que tantas lástimas presenciábamos; justamente entonces, cuando con exquisito paladar dábamos término al *gran banquete*, preguntábamos al comensal prisionero si acaso se resistirían en Lima.

—¡Oh, nó!—exclamó en un tono triste y de franqueza.—No se resistió en Chorrillos, ya no se resiste...

Con esta ambigua expresión no nos contestaba sobre el hecho de la resistencia; pero sí sobre su eficacia; nosotros, no obstante, por los antecedentes ó tal vez de puro envanecidos, juzgamos que respondía á lo material de nuestra pregunta.

Recuerdo que aún le prodigamos palabras de conformidad ¡colega en desgracia, como era, y con la mayor del mundo, la de vencido!... Le decíamos entonces que los acontecimientos eran sólo golpes de la suerte... La fatalidad no personificando un algo, como no lo representa, desvanece nuestras penas, y no deja tampoco fijarse nuestros odios.

*
* *

Después bajamos al medio de la tropa y de los heridos, cada cual á entender en algo. Los lamentos, á medida que se agravaban las heridas y las fiebres, eran más crueles al oído; y á aquella hora mayor el trabajo y el movimiento por estar el día en su plenitud. De pronto, aún en medio del bullicio de aquel cuartel-ambulancia, se siente una descarga pavorosa, y formidable al parecer por lo sordamente que sonó; corren unos á la azotea ó á la puerta, deteniéndose suspensos los demás comprendiendo que aquello era una nueva batalla sencillamente.

—Han roto el fuego—dicen los soldados.

Y los oficiales dijimos en nuestro interior: *Han traicionado*, y miramos al corredor de los altos en cuyas barandas se apoyaban los oficiales prisioneres. Éstos, al estruendo que anunciaba el combate, empalidecieron,

sonriéndose después al mirarse entre sí pensando sin duda que aquel día podría ser de ellos...

Por aquel insulto irónico, tan natural, sin embargo, en un enemigo, se les denunció al capitán de la guardia, y se les encerró, doblándose los centinelas que cuidaban de los soldados prisioneros, y dándose orden de que al primero que alzase la mano ó la voz debía fusilársele; luego subimos á la azotea para ver cómo se presentaba el lance.

Ya los cañones y la dinamita habían dejado sentir su estruendo, y muy pronto, apenas el extenso terrado daba cabida á los mil curiosos que se habían aglomerado trémulos de rabia, ahí en la altura, para estudiar la crítica situación en que podían hallarse los nuestros.

—¡Esta es una traición, una cobardía!—decían todos.

—La meditaban los muy bellacos...

*
* *

Por los tapiales cercanos venían saltándolos partidas de chinos y de mujeres que estaban en la línea misma, y que escapaban azorados. La artillería retrocedía también, pues estaba tan pegada á las trincheras enemigas que no tenía campo sin herir á los nuestros, y colocaba sus piezas en uno que otro montículo ó altura de terreno que le diera vista. (1).

(1) El suelo en que está la planta de Miraflores y sus contornos es seco y pedregoso hasta en su superficie; y en todo él se alzan, á bastante inmediación unos con otros, montecillos de piedra amontonadas en forma oval, así como las parvas de trigo que se hacen en las trillas antes de aventarlo, (según dice, describiendo el campo de batalla, un corresponsal de nuestra prensa durante la guerra); y que ahí se acervaron para utilizarlas en la pavimentación de las calles de Lima; habiendo también en todas aquellas cercanías restos hacinados y ya en polvo de *huacas* y de poblaciones indígenas. Estas alturas fueron las que utilizó nuestra artillería, y donde también

Allá en las trincheras, se elevaban hasta el cielo columnas de humo y piedras; eran *los polvorazos*, é indudablemente envueltos en la catástrofe volaban algunos desdichados chilenos.

La tercera división, por el lado del mar, manteníase compacta y respondiendo impetuosamente y en orden las descargas del enemigo; pero tan cercana á las trincheras aspilleradas que ocupaba éste, que aquello era ofrecerse á un fusilamiento si no estrechaban más la distancia, y á empellones ó culatazos no derribaban las murallas que servían de parapeto al artero enemigo.

La primera división, en descanso que estaba, y de marcha todavía, y sin que se le hubiera asignado su puesto, vióse también á quema ropa ultimada por un fuego invisible. Corre á las armas entonces: parte de los soldados pueden coger sus rifles de los pabellones y formar; mas otros, en grandes grupos, aturdidos por la vorágine, y acribillados por la artillería y los fusiles, sin armas y consternados por las explosiones del suelo y de las máquinas artilladas que corrían y descorrían los rieles lanzándoles proyectiles, y á más por las voces de que viene sobre ellos la caballería, se aturden y huyen desalados

los peruanos habían formado algunos de sus reductos. Lo demás de la línea enemiga lo formaban series de tapias, agujereadas á la altura del rifle en posición de disparar, y dispuestas en forma de zig-zags irregulares y prolongados, que de kilómetro en kilómetro más ó menos se unían á los reductos.

Aquellos montículos eran las únicas elevaciones del llano, así que, aún después de roto el fuego, no se adivinaba el apostadero de los batallones enemigos; los cuales además, tras los cómodos parapetos, barren con sus fuegos el valle, no habiendo bala perdida. Paralelos como podía considerarse el campo de tiro y la superficie del terreno, las balas no podían inclinarse á tierra, como las que disparadas desde las alturas van á herir los pies generalmente, siendo por eso que las de Miraflores, iban todas mortales á la cavidad superior ó á la cabeza.

y sin concierto de aquí para allá, y atropellando en su turbación á los pocos soldados que lo impertérrito de los jefes y oficiales ha podido reunir.

*
* *

El caso es alarmante; batallones enemigos salen de debajo de sus *subterráneos* (que esto eran sus trincheras) con ánimo sin duda de envolver á aquella división; pero la caballería, nuestra temible caballería, al mando del comandante Bulnes, que conducía sus Carabineros, y por indicación del general Baquedano mismo, avanza por los callejones de aquel tablero de ajedrez, y amaga á los enemigos que de nuevo se guardan y rompen el fuego sobre esta tropa. Ésta maniobra de aquí para allá, ejecutando conversiones, y simulando retiradas... y otra vez avanza, derribando tapiales y presentándose en batalla en seguida, pero sin alcanzar contra quién combatir, y sólo llamando sobre sí el furor de la pelea, para que se organicen nuestros infantes, y puedan, como siempre formidables, barrer cuanto imposible quiera presentarles la traición y la cobardía.

Está despejado el frente de nuestra línea, y el Coquimbo, como en Tacna, después de prolongada marcha á la carrera, se desborda allí en el angosto espacio que el enemigo tiene delante de sus trincheras, y descarga tras descarga, y al trote, y cortando algunas compañías enemigas de las que quisieron envolver nuestra línea, y sacrificándolas, se allega contra las altas tapias, y muchos las escalan, y de los cabellos y á bayonetazos alzan de sus madrigueras á aquellos aleves y cobardes.

Empero, hablando gráficamente, ahí las balas nublaban la atmósfera, y morían por cientos aquellos denodados,

y, no siendo aún de arremetidas el pie de la batalla, aquella falange de poseídos del heroísmo va á incorporarse pasos más atrás á la línea de los demás batallones que serenos y firmes mantenían aquel duelo sangriento y sin nombre.

Cuando así el Coquimbo entraba de lleno á la muerte, dejado el paso por la caballería, Bulnes dijo algunas palabras de felicitación á uno de los jefes de aquellos héroes, al mismo á quien bien pronto habíamos de enjugar por nuestra mano su primera sangre. ¡Ah! no queremos recordarlo; ¡qué bien maldijimos de aquel día, una vez que las zozobras por el ejército pasaron y se nos dejó ver caído al amigo!... No queremos recordar, nó, las lágrimas silenciosas que al pie de su lecho, cuando él reía de nuestros cuidados inútiles, según él, derramamos; ¡fueron muy amargas! Era él tan leal, tan valiente, tan cariñoso! Le veíamos tranquilo y entero de alma despedirse de una vida con la cual ya se había reconciliado. ¡Pobre amigo!

Pero olvidemos estas memorias, que la batalla llega hasta nosotros, y cruzan sobre nuestras cabezas balas de grueso calibre. ¡Infames! pretenden incendiar nuestro hospital. ¡Ah!... Descendimos entonces de ahí por tal que no se consumase la barbarie de quemar nuestros heridos.

Ya las alturas San Bartolomé y San Cristóbal se ven coronadas de humo, y es que sus cañones se dirigen también contra el ejército.

En este momento la batalla era general, pues se nos combatía desde San Juan hasta el mar, formando la línea de ellos una herradura cuyo centro lo ocupaba la Escuela de Clases. Las casas de aquella hacienda, que

encerraban unos quinientos heridos del dia trece, y custodiados por una compañía del Esmeralda, se ven asaltadas por partidas de tropas enemigas. Los defensores tienen que hacer prodigios, y hasta los heridos, llorando de coraje y arrastrándose en una mano y llevando á la rastra el rifle, salen también al campo.

En este mismo tiempo vimos lo más grandioso, y nos estuvimos todavía en la azotea extasiados y sorprendidos. Tres de nuestros buques, el *Blanco*, la *O'Higgins* y el *Huáscar*, rompieron sucesivamente sus fuegos, primero de uno en un cañonazos y después por andanadas formidables dirigidas á toda la línea, y principalmente al reducto de la extrema derecha del enemigo, que daba al mar mismo. Desde los lados del Salto del Fraile, en la espaciosa bahía que cierra al norte la isla de San Lorenzo, ofrecía la escuadra al ejército el contingente de su poder. Con tranquila y terrible decisión iban los buques enviando por alto al medio mismo de los cobardes reductos sus proyectiles poderosos y destructores.

*
* *

Pero tenemos que dejar nuestro mirador y sepultarnos tras las murallas con nuestra zozobra espantosa. Se tocaba á tropa al regimiento; mas ¡cómo fuera para salir! ¿Y el parque? y los heridos? y los prisioneros? No era posible.

¡Ya no seríamos testigos! Sabíamos sólo que se jugaba la suerte de la patria; adivinábamos las trepidaciones de gozo ó pavor que en esos instantes sentiría el corazón de los enemigos. Lejos como estábamos, nuestros recelos nos hacían ver únicamente ruinas. Además, habíamos presenciado el vacilante comienzo de la contien-

da, lo desigual de las circunstancias, todo, todo nos aturdía. Siempre el tronar de los cañones, el redoble de los fusiles y nada más. Y esto fué apagándose también; y empezaron á rodearnos los heridos y todavía algunos dispersos con ellos «por tal de acompañar» á los primeros, decían.

Aquéllos por el dolor y éstos por el miedo, nos ponderaban que «todo iba mal»; que tal ó cual regimiento por que preguntábamos «estaba en esqueleto»; que éste ó aquel jefe, de esos que se miran como caudillos en perspectiva y por los cuales les interrogábamos en nuestra ansiedad, «habían muerto también ó que los dejaban heridos»; y así mil crueldades semejantes.

Y esto uno tenía que guardárselo y mentir tranquilidad y certeza del triunfo, y reprender á los propaladores de *tales dichas* para que no continuasen divulgándolas con la franqueza de su dolor ó de su medrosía, y porque así la tropa no se apercibiese tampoco.

*
* *

«Todo, todo lo tememos ya los que (por un triste privilegio que abominamos y maldecimos) nos encontramos lejos de nuestras banderas, á cubierto del peligro, libres y salvos en naufragio tan pavoroso.»

Así exclamaba el autor citado al principio, al ver amenazado de una horrorosa tormenta de lluvia al ejército español, y lejos también de su mirada como nosotros estábamos. Y para nuestro corazón ¡qué sería la tormenta que amagaba al de Chile, cuando prometía no dejar cosa alguna en pie, cuando veíamos, es cierto, despoblarse nuestra patria y venir á nuestros amigos en aludes terri-

bles de venganza, pero siempre después que nuestro ejército hubiera sufrido una derrota!

Sí, ni siquiera el sonar de los cañones tenía aquella vez la tranquilidad propia de su imponencia; no prodigaba su sonido confianza alguna, no prestaban entonces esos sones el impulso de aliento de que siempre nos habían llenado. ¡Todo, todo era doloroso como morirse, y más todavía, pues moríamos en martirio horrible!

*
* *

En este momento vinieron á animarnos con una nerviosidad febril nuevos apremios que supimos del ejército. Sucesivamente habían llegado no menos de veinte armones de artillería, de los que conducen las municiones para las piezas, y que reclamaban urgidamente pertrechos y más pertrechos. Se habían agotado ya, y eran urgentísimos.

Á nosotros mismos tocó ir con cuarenta soldados á descerrajar las cajas que los contenían; pero ¡oh momentos! se necesitan municiones de éste y del otro calibre, Armstrong ó Krupp, bálas rasas ó granadas, y no había ni siquiera herramienta para destrozar los hierros que afianzaban las cajas; tampoco conocíamos el contenido de éstas.

Los artilleros se mantenían á caballo, descansando de sus afanes y sin que por lo general se comidiesen á ayudarnos. Nosotros habíamos de dar contra el suelo las cajas para despedazarlas, y que se vaciasen las granadas; y llegaban otros reclamos y nuevos armones con sus caballos á escape y llenos de polvo y sudor. Éstos pidiendo de tal clase y los otros de aquella, y que éstas que les ofrecíamos no servían á sus piezas, y que eran

granadas y no balas las que necesitaban, ó que eran Krupp sus cañones, y que la caja aquélla que estaba debajo de veinte de otras clases, era la que las contenía. Desmontábamos entonces la cajonería, é iban después al suelo de á tres ó cuatro cajones á un tiempo y sin acordarnos que podían estallar con el choque los proyectiles, ya que en una vara de alto, en todo el suelo del pequeño patio, nos servían de piso sólo granadas y balas, y de contra porrazo, consiguientemente, en la operación de ir abriendo las endemoniadas cajas.

Empero, teníamos esperanza. Cuando se pedían municiones, quería decir que la línea estaba tendida, que podía ser tremenda la batalla desde que no se definía aún, pero los nuestros estaban en són de ataque y apercibidos, y en su campo propio la pelea.

Estábamos, sin embargo, con el corazón oprimido y, desoyendo lo que nos referían los artilleros, trabajábamos con un tesón que únicamente podía compararse con los resultados que tendría nuestra demora. Allí hablaban con los artilleros de los armones nuestros soldados, confiándoles aquéllos todas las alarmas, y diciéndoles que todo lo veían malamente. Nosotros habíamos de interponernos, y desmentir y acallar estas noticias.

Los soldados de Chile, fatalistas como son por raza, y noveles que eran en el arte de la guerra, desconfiaban entonces como siempre de lo que no se les ofrecía muy claro. Jamás ellos se persuadirán de que una acción va bien encaminada mientras así no se manifieste; y siempre se encogerán de hombros y serán pesimistas, hasta tanto que no se resuelva ó esté por resolverse un combate. Y no obstante, así como dudan fácilmente, asienten también con facilidad, y son temibles, en el mayor

conflicto que sea, cuando el oficial les insinúa que van venciendo, y si esto se les repite y se les aguijonea y se los anima, entonces son héroes sin valla alguna posible.

Despachadas las salvadoras cargas, y benditas también para los minutos por los cuales pasaba el ejército, siempre quedamos afligidos, pues quedábamos en soledad y sin tareas. Si hubiéramos estado en el campo, aquellas trincheras nos habrían parecido unas de tantas que sabíamos podían tomarse nuestras tropas; pero no decimos sin verlas, sin oír siquiera el clamor, el vértigo de la lucha. ¡Aquello era horroroso! Nuestra imaginación anticipaba todos los horrores, todas las puerilidades que puede sentir un niño sin valimiento que en su presencia ve estropear á su madre, y cuando la sangre de ésta lo baña y la siente cálida, como de una existencia que se derrama y puede morir siéndole querida.

Sí, aquello era pueril, pero tremendo hasta destrozar el alma. Nuestro espíritu, vehemente de sí y receloso, no entendía de confianza, y se extremecía siempre...

*
* *

Íbamos á penetrar al patio que servía de cuartel y ambulancia, y nos detuvimos en los afueras, donde se levantaban las carpas del cuerpo médico. Todo aquello era un campo de sangre, pues estaba empapado de charcos y de hilos interminables de gotas preciosas, todavía humeantes todas.

En el atrio y en las gradas que dan acceso á la puerta del edificio adonde nos dirigíamos, estaban sentados, con sus caras recias por el padecimiento, ó incorporados penosamente, algunos cientos de heridos que hasta allí no más pudieron con su martirio y con su fuerza. Mira-

mos un rato este cuadro y entramos al cuarto de bandera.

Aquí había algunos paisanos que habían venido á presenciar nuestra marcha trunfal hacia la Ciudad de los Reyes, y que entonces se volvían á bordo, y algunos también á Chile, pues aquello lo veían endiablado. No conocíamos á ninguno de ellos, pero éramos todos chilenos, y nos saludamos. Uno que tenía muchos papeles en su mano nos dijo que yendo él á Chile podia llevar noticias á nuestras familias. Lo miramos agradeciéndole estos oficios, y con un lápiz y en un papel impreso que tomamos del suelo, pusimos dos palabras como que estábamos en salud. ¿Qué nos importaría en aquel caso esta diligencia? Sólo como engañosa muestra de cariño y así por escribir, como se dice, y únicamente con el nombre de la persona á quien lo mandábamos, sin el apellido (tal era la prisa), le entregamos el papel poniéndole por dirección el nombre de un pueblecito. ¡Cosa singular, no obstante! Tal vez como deuda á una víctima que creyó dejaba allá, el portador de aquella carta *sui generis* hizo llegar al pueblecito desconocido el papel con nuestra firma, en los momentos mismos que una anciana amante recorría todos los hospitales por tener noticias nuestras, y cuando las acababa de tener, después de días de ansiedad, por un soldado que nos había visto después de Chorrillos.

En el interior, el patio estaba cubierto de heridos postrados y reclinados en las solas piedras, y las compañías del regimiento oprimidas en una cabecera del mismo patio y siempre sobre las armas.

El ruido de la batalla se apagaba á ratos, sin interrumpirse jamás el desfile de los heridos; llegaban jefes y

oficiales en mucha proporción, todos ensangrentados y con los semblantes descompuestos. Al ver tanto número, tanta sangre, ya creíamos que nadie sobreviviría, y teníamos una congoja como no recordamos haberla tenido semejante.

En aquel mismo momento hubimos de llevar al rancho nuestra compañía, en previsión de que tendríamos que salir, como lo deseábamos con la furia de la desesperación y el despecho, pues íbamos creyendo que nuestro cuerpo sólo estaba en pie: se demoraba tanto la batalla que ya no habría número para resistir más, pensábamos.

*
* *

Estábamos en aquel menester y se nos fué á relevar por un buen amigo, que nos dijo que había llegado herido alguien cercano á nosotros.

¡Ah! qué había de sorprendernos! Corremos á donde él estaba, le afianzamos el caballo por las riendas, pero ya estaba de pie y le abrazábamos, y nos empapábamos en su sangre y sin cambiar palabra alguna... ¿Qué podía contarnos él, atingido como estaría y viniendo del campo de la duda? Y nosotros ¿qué debíamos hablar? qué habíamos de decirle? Le hicimos hueco en una pieza, y vimos que se le examinara la herida, y ahí estuvimos mirándole y hablando ya un poco después.

Dejamos un soldado á la puerta de la sala para que nos avisara cuando saliera el regimiento y seguimos acompañándolo, con el corazón puesto en nuestro ejército.

¡Ah! como dice el autor, ¡sólo entonces supimos cuánto se ama al suelo en que se nace! ¡No poder estar en medio de los que morían por él! no poderse lanzar en aquel torbellino de la batalla que hace olvidar que la patria

muere, se desangra y puede perderse! Tener sentido en aquellos trances, tener conciencia de que puede humillársenos en lo más caro, es peor que morir, es peor ó igual á lo menos á ser privados de lo que por la sangre amamos más.

¡Que en un momento y por una traición se nos quite toda nuestra gloria, se pierdan tantos sacrificios, y que la risa y el gozo de la venganza se posen en el corazón de los enemigos que ayer vencimos!... Era inaudito! Cuando poco antes pensábamos que una gota de la sangre amiga no se compensaba por cientos de la de los enemigos odiados ¿ahora se nos humilla, y mana la nuestra á torrentes?

¡Ah, nó! Que la sangre chilena que resta se venda muy cara! decíamos entonces; que nadie expire hasta haber muerto ciento! ¡Sí, que si vencen ellos, sea terriblemente, nadie quede en pie, que se convierta la batalla en pánico y en matanza: sólo así se vence al que ha vencido siempre!

Y ¿cómo habíamos de dejarlos con el regocijo de los traidores? ¡Ah! que les cueste muchas lágrimas, su sangre toda también! Que cobarde y todo como es, tenga que respetar y tener el silencio que se guarda delante del cadáver del que fué grande en sus iras y en su venganza. ¡Sí, que se le hiele la risa delante de los sacrificios sin cuento, con los cuales hemos pretendido retener la victoria!

Así pensábamos en aquellos momentos rudos. Veinte Chorrillos no nos conmovieron lo que un minuto de aquel día de aislamiento, de soledad y de dudas indecibles.

¡Cómo clamaba al cielo nuestro corazón ante aquel designio incomprensible! Tú, Señor, que nos diste patria

con O'Higgins y San Martín, tú que nos diste virtudes para independizar este mismo país que hoy nos azota, y para apoyarlo en sus dificultades ¿por qué nos quitas ahora el alma, el valor y la entereza? ¿Fuimos demasiado orgullosos? no te hemos agradecido las victorias con que nos favoreciste? ó acaso ¿está suficientemente castigado que ya quieres nivelarnos? ¡Ah, quién comprende las providencias de Dios!

*
* *

Recuerdo de aquel día, que ya en la tarde no sentíamos corazón, ó vivía sólo como un peso: había latido con tanta vehemencia, que se habían extenuado todas sus fibras... y como nosotros todo el regimiento estaba despechado y aturdido por la cólera, había perdido la sensibilidad, reconcentrando sí su existencia, y revistiendo su alma de tres poderosas pasiones: la ira, el amor y el orgullo. ¡La patria perdida, y esto sentido por el corazón del soldado que tanto sabe amarla! ¡La gloria de Chile cifrada en unas cuantas bayonetas, y eran éstas del regimiento; y allá el enemigo paladeando ya el triunfo!... ¡Ah, no era posible! tenía que correr mucha sangre todavía, lo exigían los heridos, y la gloria y el encono daban alas dobladas á aquellos soldados.

Nuestro amigo, el herido, era un valiente y un hombre, y de rato en rato parecía que por las ventanas del edificio quisiera escuchar el tropel de la batalla, y también solía interrogarnos por el estado de ella. En balde procurábamos simular tranquilidad; el estado del alma siempre se manifiesta en el rostro.

Él no ignoraba que por causa de su herida había de morir, y así ya no le apenaba sino su patria. Cuando se nos llamó porque iba á marchar el regimiento, nos dió

su mano ensangrentada y nos dijo le dejáramos un revólver. ¡Hasta su alma entera tuvo dudas, pero nó vacilaciones!—«Por si llegan á vencer y quisieran penetrar aquí»—nos dijo cuando le dimos el arma.

El cañoneo era agitado siempre, y los buques parecían ya cansados de moverse. El jefe del regimiento, coronel Holley, y sus ayudantes, viniendo del mismo campo de batalla, dió la orden de marchar. Era hombre de reposo sobrado, así que bien comprendimos nuestra misión.

Todos entonamos en nuestros corazones un himno... algo semejante á como modulamos nuestras plegarias cuando entra en mejoría un enfermo querido que veíamos morir ya. ¡Oh, qué desahogo aquél! Íbamos á realizar la venganza del que ha aprisionado la injusticia y se ve libre; íbamos á probar al enemigo que quedaba un regimiento no sorprendido, un cuerpo al cual había instigado con sus risas, con su fatuidad, con su traición, y provocádolo con lo más irritante, con el insulto á la propia madre...

Nadie hablaba en aquella marcha; concentrábanse más y más los vejámenes que creíamos recibidos, é íbase formando el proceso... robusteciéndose con la meditación y el coraje la fuerza del brazo vengador.

Los soldados del regimiento iban á ser la única valla (así creíamos) á la ferocidad de un enemigo medroso, y que por esto sabe ensañarse en los casos. Tenían que ser impasibles, en defensa como estarían; serían el dique, y mientras no se le derribase del todo, tedrían que matar y ser ciegos é insensibles como el azote de Dios; que algo de infinito tenía el despecho de aquella tropa. Saciado como estaba su corazón con la sangre de sus her-

manos que por miles habían venido donde ella, y sabiendo de boca de éstos todo lo amargo y aleve del trance pasado, como lo sabía...

*
* *

Anduvimos buen trecho hasta tanto que oíamos distintamente el fuego de fusilería. Caminábamos embargados y en silencio; todos los afectos del ánimo los había muerto el coraje, la indignación... íbamos como cuando se va á realizar un delito y, desposeídos por la pasión, andamos, andamos sin querer pensar, sin ver absolutamente. Ni de Dios tal vez nos acordábamos, pues se había grabado en nuestra mente la necesidad de una venganza tal, que quizás el cielo no la permitiría en sus humanas leyes...

Lucía en el firmamento en aquel entonces un arco iris y su vista nos ensanchó el alma, apegada como ella está á las tradiciones y creyendo que eran los brazos de Dios que se interponían exigiendo de los hombres no más horrores... No obstante, estaba tan violentado nuestro ánimo y en tanta contrariedad, que juzgamos que aquel signo sería entonces una irrisión de lo que significa en el mundo... El hombre es muy pequeño, y se aturde fácilmente.

Estábamos fuera de juicio para todo lo que no fuera sangriento, en verdad. Sí, el ambiente de sangre, los cadáveres con los cuales empezábamos á tropezar, el estado de nuestra alma, nuestra excitación física aun, nos hacían caminar abstraídos lo bastante para únicamente marchar y marchar sin necesidad del pensamiento.

No habíamos notado que el ruido de los fusiles se

alejaba, ni que los disparos de los buques eran más tardíos.

Al llegar á una línea de cadáveres, como si todo un ejército se hubiera desplomado en una sola fila y de improviso, abrimos los ojos y comprendimos que pisábamos el suelo en que sin cejar un paso se habían batido los nuestros durante el día. Ahí estaban las tapias con aspilleras, más lejos los reductos; aquí los heridos y los muertos, y desparramados allá y acullá los *rollos* (antiguamente mochilas), los rifles, morrales y *caramañolas*, y mil pedacerías y útiles abandonados.

Ya habíamos dejado á retaguardia algunas secciones de artillería y partidas de soldados en descanso.

Todo aquel abandono y esta tranquilidad, el silencio, y los ruidos y aquel destrozo, nos hizo comprender que el enemigo había huído de su campo tan bien dispuesto para aniquilarnos.

Llegó la oración, y ya el rumor de la pelea no lo percibíamos nosotros.

Baquedano y sus ayudantes salen á nuestro camino, preguntando el general que cuál cuerpo era el nuestro.

—El regimiento Esmeralda—se le contestó por sus ayudantes.

El vencedor de cinco batallas, á quien no había inmutado lo nuevo del combate tenido recientemente, y que se trazaría en aquel momento el desenlace que deseaba dar á una contienda que tenía sorpresas tales como Miraflores, nos dijo con la serenidad y energía que lo caracterizan:

—Esmeralda... contramarcha. Mañana... Callao... *Cholos*... arrancaron, arrancaron...

* * *

Obedeciendo á estas lacónicas expresiones, volvimos sobre nuestros pasos, y supimos el resultado de la batalla y también el pensamiento de lo que se haría al día siguiente.

Penetramos de nuevo en la Escuela de Clases, que en aquellos instantes era una colmena que aturdía por el movimiento y los alaridos de los enfermos. En seguida pasóse lista, y amunicionamos convenientemente á los soldados, pues la misma noche debíamos avecindarnos al Callao y amanecer al pie de sus murallas y fuertes. Nos retiramos después á la azotea para prepararnos con algún descanso á los sucesos del día venidero, y también para que aliviara un tanto nuestro ánimo por demás fatigado.

Iluminados por los reflejos pálidos de Miraflores, que se consumía como se consumió Chorrillos y arrullados por las detonaciones de sus polvorazos, queríamos ya conciliar el sueño, cuando repetidas y broncas conmociones del aire nos hicieron incorporarnos. Hacia el norte, por el lado del mar, veíase también mucha luz y extrañas apariencias de humo y fuegos siniestros. Era aquello una orgía de la rapacidad y del miedo; el pueblo saqueaba los edificios del Callao y destruía sus fuertes, incendiando también los buques los marinos ¡que ni buques ni fuertes querían afrontar la saña y el valor de los que en el día dieron tal escarmiento en Miraflores!

No podían surgir otra vez las argucias, y concluía por esto toda resistencia en el Perú. El primer puerto de sus mares se desplomaba por mano de sus moradores mismos; y los ágiles barcos y también las *marmotas* pode-

rosas se cubrían con la gloria de ese incendio. ¡Ni de ser prisioneros se estimaron dignos aquellos marinos! ¡No hubo entre ellos quien sintiera las angustias de su patria para realizar un sacrificio que consolase á esa pobre!... ¡Había en verdad en aquella tierra algún decaimiento!

Y si acaso hubiéramos tenido vista, se nos habrían mostrado en Lima escenas también horrorosas. Allí tenían lugar incendios, asesinatos y batallas; lascivias de embriaguez, de robos, de venganzas y ultrajes á todo lo que no era la canalla. Y después, como en otras partes, cuando adelantando el vencedor va á estrecharse con aquellos soldados, y se ve por esto envuelto en los cataclismos que había preparado el desenfreno de los de casa ¡ah! entonces se le culpa y se le llama *miserable* y *salvaje!*... y todavía no faltan árbitros que condenen á ese vencedor y gobiernos que salden cuentas!...

Recordamos, al efecto, que cuando se preparaba á entrar en Chorrillos, el día de la batalla de este nombre, una de las primeras partidas de tropa que ahí combatieron, y todavía antes de las once de la mañana, se le vinieron de frente, huyendo del pueblo, dos jinetes con sus caballos á escape y sin reparar, parecía, en los cien soldados chilenos que asomaban por aquel lado.

Como se les viese tan determinados en su avance, pensamos que serían algunos mártires generosos que querían ofrendarse á su patria en nuestras bayonetas; y así, cuatro soldados calando sus armas, los aguardaron á pie firme, é hiriendo los caballos postraron á los jinetes. Los cuales héroes, que á lo que nos pareció habían perdido el tino, cayeron de aquel modo prisioneros.

También,—todavía en el campo despejado que había antes del pueblo, y cuando á éste caminábamos, tamba-

leándose como acreditado hijo de Baco y emprendiéndola hacia Lima igualmente pero ya tan malito que el peso de la cabeza le hacía llevarla inclinada,—sale á nuestro paso, provocando la risa de la tropa con sus donaires pocos seguros, un soldado peruano, sin rifle ya, y que sólo vino á *revivir* cuando lo apercollaba de la casaca uno de los nuestros.

Las contorsiones de su semblante fueron de las más clásicas, al verse así cogido y en manos chilenas; pues no podía considerarse insignificante, en verdad, la transición entre los ensueños de Baco y los rigores de Marte.

Después, en el pueblo, todo estaba saqueado ya por los dispersos de las líneas de vanguardia del enemigo; y, si no reparamos, acaso nuestros contendores estaban animados por extraña sangre, se debería á que en los trances del combate se repara en bien poco, ó quizá á que toda afección se ahuyenta ó desvanece con la preocupación de la vida que es lo más intenso en el hombre, máxime tal vez en los asombradizos peruanos.

*
* *

Pero dejemos las digresiones. Las ciudades del Callao y de Lima, los centros y la cabeza de un pueblo orgulloso, que no había cesado durante la guerra de insultar á Chile por medio de la prensa, se postraban de aquella manera á los pies de un enemigo tan generoso, sin duda, que ni siquiera dejó oír en esas poblaciones consternadas los propios aires patrios, cuando entraba á ellos como vencedor, y pacificador también.

Durante Chorrillos y Miraflores sólo se habían extremecido esas ciudades, pues muchos de sus hijos las enaltecían en aquellas horas muriendo por ellas, y sus

sombras y su heroísmo las ampararon por algunos momentos; pero después los malos hijos de aquellos mismos pueblos se cegaron, destrozando todo lo que había en pie.

Miraflores mismo lo consideramos sencillamente como una vanidad de aquellos pueblos soñadores. ¿Les dió gloria sin duda? Tal vez, que el vértigo y lo inconsulto también producen héroes. Pero siquiera hubiera sido racional, y no por ir tras de un imposible. ¡Ah día inicuo, cuánto nos dueles aún! por ti ¡cuántos amigos y compañeros vimos morir!

Sí, tan cruel fuiste; que mataste además á él...

¡Le matas cuando le habían respetado furores mayores que el tuyo, y cuando le amábamos mil y mil corazones, y en su inteligencia limpia y joven brillaban cien ensueños que valían un mundo!

¡Fuiste tan cruel que, cuando él quería alejar de su alma los desencantos que, aún siendo joven, sobrevienen, te ensañaste en él, y, á traición, con su muerte, burlaste sus ansias y nuestro cariño!...

¡Oh! día fatal el en que le vimos llegar impasible del destrozado campo! aún entonces sonreía á sus amigos! Sí, ¡comprendía nuestro dolor y prefirió mofarse de su suerte! Te sonreíste, agregando que «juzgabas todo perdido para ti...» ¡así, de un golpe cambiaste de vida...! y ni te inmutó tu desgracia! ni el dolor te abatió tampoco!

¡Naturaleza privilegiada! privilegiada en dotes, y también para morir sin retratar dolores ni tristezas...

No recordamos á cuántos vimos morir: todos en sus despedidas amargas dijeron que morian. Tú nó; como si ni á la muerte quisieras humillarte, la anunciaban sólo

tus palabras, y sin que nosotros pudiéramos creer en ellas, pues las dementía tu sonrisa constante y nuestros deseos.

Nunca diste crédito á las ilusiones que á tu oído la amistad y la falsa ciencia prodigaron: veías claramente llegarse el destino presentido, pero inmutable y cariñoso. Con tus halagos querías que los que teníamos triturada el alma no sospecháramos la verdad tristísima. Sí, tu corazón no quiso ver nuestras lágrimas: ésto te habría muerto antes que el plomo infausto... y así, reías para que soñáramos.

¡Ay! ¿por qué nos engañaron tu delicadeza y paciencia? ¿por qué no hablaron más bien tu dolor y las lágrimas? cuando te ausentabas de nuestro lado ¿no reflexionaste mi amigo, en la herida traidora que nos ocasionarían los papeles que escribieron después las lágrimas, y que habían de darnos la fatal nueva? ¡Ah! no pudimos creer en aquella lectura. ¿Que hubiera muerto? ¡no era posible!...

Aún ahora, cuando recordamos aquel anuncio, el cuerpo apaga su fuego y el alma vuela á las regiones de la duda y del imposible... porque no asiente á tal verdad, y no quiere, creyendo, enfermar su vida...

Sí, por esto te imagimo siempre á mi lado, carísimo amigo, oigo tus palabras jamás medidas por las dobleces, y las escucho suaves mientras mi alma se cree bañada por tus ojos... ¡Existes para mí!... así es más dulce la vida, pues ¿qué precisión que nos demos á la realidad, si siempre vivimos soñando y sólo de este modo vivimos?

*
* *

Aquello fué Miraflores, un día del mundo solamente,

y para nosotros un día de amarguras de las que sólo se sienten. Ilusiones de un mal criterio que, viéndose encadenado por poderosas armas, pensó destrozarlas y aprisionarnos con las mismas cadenas. Cuando veíamos esos campos cubiertos por tantos centenares de muertos, todos hijos de otras tantas madres cariñosas que para llevarlos hasta la edad en que murieron habían tenido que sufrir y llorar en todos los minutos, pensábamos que en la tierra se suele tener delirios.

José C. Larraín

LOS DOS NARANJOS

FÁBULA

Me contaron un cuento
cuando era niño,
y aunque ya soy un viejo
lo hallo muy lindo,
porque ese cuento
me recuerda la vida
de mi colegio.

Me contaba mi madre,
que en una huerta
cultivó dos naranjos
su bisabuela,
vieja muy sabia
que al mejor jardinero
diera las guachas.

Cuidaba la señora
sus arbolitos
como una madre tierna

cuida sus hijos:
ya los podaba,
ya ponía el abono
cabe su planta.

Y cuando del agosto
las turbias horas
esparcían al viento
las muertas hojas,
la buena vieja
podaba sus naranjos
con arte y ciencia.

Y agregaba mi madre
que una mañana
los naranjos hablaron.
¡Cosa más rara!
Pero algo de eso
puede leerse en los libros
de Esopo y Fedro.

Pues bien, dijo un naranjo:
—"¡Miren si es gaita
que me corte esta vieja
mis lindas ramas!
¡Y con qué furia
empuerca mis raíces
con mil basuras!"

Y respondióle el otro
como más cuerdo:
—"¡Qué mal agradecido

mi compañero!
Pero, bodoque
¿no ves que eso te lo hace
porque mejores?

Las inútiles ramas
corta la vieja,
porque mejores frutos
las otras tengan;
y las basuras
es abono exquisito
para la fruta.»

La viejita, que oía
tales discursos,
Dió al quejoso un castigo
muy oportuno,
diciendo:—«¡Vamos,
que hablan como los niños
ciertos naranjos!»

Cortó del árbol cuerdo
las falsas ramas
y abono generoso
puso á su planta;
pero al quejoso
no cortó un solo gancho,
ni le dió abono.

¿Sabéis el resultado?
Que el árbol cuerdo
dió en el nuevo año frutos

muchos y buenos;
y las naranjas
del otro fueron siempre
pocas y malas.

»Así, dijo mi madre,
pasa á los niños
cuando, ingratos, se quejan
de los castigos;
sin esas podas
sólo tendrán por frutos
las malas obras.»

KEFAS

1887.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El DICCIONARIO de la Academia dice que *censuario* viene del latino *censuarius*.

Y así es la verdad.

Pero mientras la Academia da á *censuario* el significado de *censualista*, ó sea de acreedor del censo, *censuarius* se empleaba en el de deudor del censo.

Parece que el documento conocido más antiguo en que se encuentra una de las formas de *censuarius* es el CÓDIGO DE JUSTINIANO, libro 9, título 49, ley 7.ª

Ahí viene *censuarii*, usado en el sentido de «los que pagan réditos anuales de un censo».

Como en las obras de aquellos tiempos no se descubriera otra forma de esta palabra, los autores de diccionarios latinos, y entre ellos nuestro don Manuel de Valbuena, no se atrevieron á asegurar que alguna vez se hubiera empleado el singular.

El TOTIUS LATINITATIS LEXICON, compuesto por Fac-

ciolati y por Forcellini, décima tercia edición corregida y aumentada por Farlanetti, dice que *censuarii* en la ley citada del CÓDIGO DE JUSTINIANO parece tener el significado de deudores del censo que se le atribuye; pero no se atreve á resolver si, en lugar de *censuarii*, debería leerse *casarii*, porque en el CÓDIGO DE TEODOSIO, libro 9, título 42, ley 7, donde viene reproducida literalmente esta misma disposición de Justiniano, se lee *casarii*, y no *censuarii*.

Pero sea de esto lo que se quiera, ello es que, á causa de haberse usado de propósito ó por equivocación *censuarii* en el CÓDIGO DE JUSTINIANO, esta palabra tuvo curso en la baja latinidad, no sólo en plural sino también en singular.

Es lo que nos hace saber Du Cange en el GLOSSARIUM MEDIE ET INFIME LATINITATIS, donde, entre otros testimonios, cita para comprobar su aserción un decreto expedido en latín el año de 1442 por Alfonso, rey de Aragón.

Este justamente reputado filólogo afirma que *censuarius* significaba «el que paga el censo».

Los antecedentes expuestos nos hacen comprender que Bello, á ejemplo de los jurisconsultos anteriores recordados por Escriche, dió la preferencia á *censuario* sobre *censatario*, para denotar el deudor del censo, a fin de restablecer el antiguo significado de esta palabra.

Procediendo así, se conformaba además con las leyes de derivación que generalmente se observan en el idioma castellano.

CENTRALIDAD

Los representantes y *plenipotenciarios* (como impropiamente se denominaron) de las tres grandes provincias

ó secciones en que la república de Chile se hallaba dividida en 1823, acordaron y firmaron el 31 de marzo de ese año, para nombrar un director del país y un senado provisionales, un acta que empieza así:

«En la ciudad de Santiago, capital del estado de Chile, hallándose en la sala de sesiones del congreso de plenipotenciarios de las asambleas provinciales de Santiago, Concepción y Coquimbo, los señores encargados de dichas plenipotencias y, en cumplimiento del acta de unión y *centralidad* del gobierno, etc.»

Esta es la única vez que leído ú oído decir *centralidad*, en vez de *centralización*.

CIRCUITIVAMENTE

Don Andrés Bello, en los PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNACIONAL, parte 2, capítulo 8, párrafo 8, se expresa como sigue:

«El comercio colonial prohibido no se legitima, aunque se haga *circuitivamente* ó por rodeo.»

El DICCIONARIO de la Academia no trae el adjetivo *circuitivo* ni mucho menos el adverbio *circuitivamente*.

CIVILISTA

Este sustantivo, según el DICCIONARIO de la Real Academia Española, es un vocablo forense que significa únicamente «jurisconsulto perito en derecho civil, especialmente en el romano».

En Chile, y sobre todo en el Perú, ha principiado á tomarse esta palabra en una acepción muy diversa, denotándose con ella el individuo ó conjunto de individuos

que combaten y rechazan la influencia y preponderancia de los eclesiásticos, y particularmente de los militares.

Uno de los actuales partidos peruanos se denomina *civilista* ó el de los *civilistas.*

Á mi juicio, en este caso, debería decirse *civil* y no *civilista.*

CLAUSURA

Baralt, en el DICCIONARIO DE GALICISMOS, escribe acerca de esta palabra lo que á continuación se copia:

"El desasosiego de los ánimos después de la "*clausura* de las cortes" leo en un documento oficial.

"Este es el *cloture* francés; pero debemos adoptarlo, porque es propio y necesario.

"No sería tolerable el *cerramiento* ó *fenecimiento de las cortes;* y la *conclusión de las cortes* no es su *clausura.* Esto último denota el fin temporal de las sesiones; y por lo otro, debe entenderse la conclusión definitiva de la legislatura."

Como se ve, el severo Baralt pensaba que debía admitirse *clausura* en la acepción de fin de una sesión ó legislatura.

Mientras tanto, el DICCIONARIO de la Real Academia no da á este vocablo otro significado análogo al mencionado, que el de "acto solemne con que se terminan ó suspenden las deliberaciones de un congreso, tribunal, etc."

Así, ateniéndonos á lo que el DICCIONARIO enseña, no podría, v. gr., en Chile decirse la *clausura* de las cámaras, desde que esto se verifica sin solemnidad.

Y mucho menos puede decirse la *clausura de un ban-*

co, como lo hace un decreto expedido por el presidente de la república en 4 de enero de 1875, cuyo artículo 1.º es el que sigue:

«Apruébase la *clausura* del Banco Montenegro y C.ª establecido en Chillán, debiendo comisionarse á una casa de comercio para que haga el cambio de los billetes que aún quedan en circulación.»

Tampoco podría decirse, según el DICCIONARIO de la Real Academia, la *clausura de un puerto.*

Mientras tanto, don Andrés Bello, en los PRINCIPIOS DE DERECHO INTERNRCIONAL, parte 2.ª, capítulo 8, párrafo 6, nota, se expresa como sigue:

«Tal es el modo de pensar de Mr. Hautefeuille, que no habla de la *clausura de los puertos* proclamada á veces por un gobierno que carece de fuerzas marítimas para privar á una población rebelada de todo comercio y comunicación con el extranjero. El gobierno de Nueva Granada había notificado al de su majestad británica, no un bloqueo, sino la *clausura de ciertos puertos de aquella república* como medida equivalente.»

CLIENTE

Este es uno de los sustantivos que la gramática clasifica entre los *comunes de dos*, porque, sin variar de terminación, significan ya un sexo, ya el otro, y piden, según los casos, ya la primera, ó ya la segunda terminación del adjetivo.

Así se dice *el cliente* hablando del hombre, y *la cliente* hablando de la mujer.

Sin embargo, no faltan en Chile quienes digan *la clienta*, cuando se refieren á una mujer.

Parece que en España sucede lo mismo.

Tengo á la vista una novela de Walter Scott, titulada REDGAUNTLEL, y no mal traducida al castellano por D. F. de O., en la cual se emplea á menudo *la clienta*.

La razón de ello es fácil de descubrir.

Aunque por lo común los sustantivos en *e* no varían de terminación para significar el hombre ó la mujer, como sucede con *intérprete*, varían si terminan, así en *ente*, como en *onte*, etc., etc.

Pero lo segundo no se verifica siempre.

Cliente, por ejemplo, sigue la regla general de los en *e*, y no la excepcional de los en *ente*.

Los que dicen *la clienta* por *la cliente* no han fijado la atención en esta circunstancia.

La tendencia á respetar la analogía es la que influye para que gran número de personas digan en Chile *la parturienta* en vez de *la parturiente*, sin advertir que este vocablo no puede aplicarse jamás al hombre.

El no ser constante y uniforme la regla á que se hallan sujetos los nombres en *ente* hace incurrir en errores de lenguaje que sólo pueden evitarse con algún cuidado.

Acaba de verse que algunos por obedecer la regla especial de los en *ente*, dicen *la clienta* en vez de *la cliente*, sin reparar que esta palabra entra por excepción en la regla general de los en *e*.

Por el contrario, hay quienes someten á la regla general de los en *e* palabras que deberían someter á la regla especial de los en *ente*.

Se encuentran en este caso, verbigracia, *pariente* y *sirviente*.

El DICCIONARIO enseña que ha de decirse *el pariente* y *el sirviente* cuando se trata de individuos del sexo

masculino; y *la parienta* y *la sirvienta* cuando se trata de individuos del sexo femenino.

Sin embargo, hay en Chile quienes, cometiendo un vicio de de lenguaje opuesto al de *la clienta*, dicen *la pariente*, *la sirviente*.

CLUB

Un bando ó decreto expedido por la intendencia de Santiago el 25 de octubre de 1850 para prohibir una sociedad política denomida *Sociedad de la Igualdad*, ó cualquiera otra de la misma especie, lleva por epígrafe *sociedades* ó *clubs*.

Manifiestamente, la palabra *club* se encuentra tomada aquí en el significado restringido que le señalan el de la Academia y otros diccionarios, esto es, en el de «junta de individuos de una sociedad política, por lo común clandestina».

Tal es también la opinión de don Pedro Felipe Monlau, en el DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DE LA LENGUA CASTELLANA, donde se lee que «por *club* se entiende en general una sociedad política, comunmente clandestina».

Domínguez, en el DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA CASTELLANA, consigna esta misma definición, y agrega que *club* corresponde á *camarilla*, *conciliábulo* y *logia*, en las malas acepciones de estas tres palabras.

Don Roque Barcia, en el DICCIONARIO ETIMOLÓGICO, se acerca, en mi concepto, más á la verdad cuando dice que *club* significa «reunión, asamblea de muchas personas que se celebra en días fijos para tratar asuntos públicos y políticos», sin añadir que, por lo común, la reunión á que se da este nombre es clandestina.

Á pesar de ello, parece que ha omitido la principal acepción en que actualmente se usa esta palabra.

Efectivamente, se llama *club*, no sólo una sociedad política, sino también aquélla sostenida generalmente á escote por los socios, para pasar el tiempo, sea conversando, sea leyendo, sea jugando, sea entregándose á otras diversiones.

En Chile, han sido declaradas personas jurídicas por decreto del presidente de la república varias instituciones de esta especie, entre las cuales pueden citarse las que siguen:

Club de la Unión en Santiago.—Decreto de 22 de octubre de 1869.

Club Central en Valparaíso.—Decreto de 31 de marzo de 1871.

Club Talca.—Decreto de 22 de mayo de 1872.

Club Copiapó.—Decreto de 9 de septiembre de 1873.

Club Concepción.—Decreto de 6 de agosto de 1874.

Club de Septiembre en Santiago.—Decreto de 13 de agosto de 1874.

Club de la Serena.—Decreto de 16 de agosto de 1874.

Club Valdivia.—Decreto de 26 de junio de 1878.

Club de Coronel.—Decreto de 1.º de julio de 1878.

Diversas leyes han concedido á algunas de las precedentes instituciones el permiso de conservar indefinidamente ciertas propiedades urbanas.

Ninguna de esas instituciones tiene carácter político; mucho menos es secreta ó clandestina.

Tampoco podrían encontrarse ni remotamente tales condiciones en el Club Hípico de Santiago, aprobado por decreto del presidente de la república fecha 12 de

noviembre de 1879, y cuyo objeto es fomentar la mejoría de las razas caballares en el país, y con este fin, establecer carreras, y abrir cada dos años un concurso de caballos reproductores.

Las asociaciones á que en la América española se da el nombre de *club*, pertenecen á la especie que acabo de mencionar mucho más que á la de aquella en que se clasifican las de propósitos políticos.

Club es una palabra nacida en Inglaterra y naturalizada en Francia, dedonde ha pasado á España y á América.

Aunque la Real Academia le ha dado cabida en el DICCIONARIO, la enumera en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1880, entre los "neologismos cuya escabrosidad y dureza repugnan á oídos españoles, como *grog*, *club*, *whist*, *groom*, *rails*, etc., etc."

Á la verdad, como lo enseña la misma GRAMÁTICA de la Academia, el sonido de la letra *b* se halla muchas veces terminando *sílaba* en palabras cuyo primer elemento es una proposición latina que, aislada, no tiene significación en nuestra lengua, como, verbigracia, *ab-soluto*, *ob-sequio*, "pero no en el final de dicción propiamente castellana."

"Están, sin embargo, (agrega la GRAMÁTICA de la Academia) admitidos vocablos como *nabab*, *hajib*, *rob;* dícese en poesías *querub;* y también pronunciamos con *b* final nombres propios extranjeros."

La forma de este vocablo *club*, poco arreglada á la índole de la lengua nacional, da origen á una dificutad sobre que voy á exponer algo.

La idea designada por *club* es de aquellas que pueden aplicarse á uno ó varios objetos análogos.

En otros términos, esta palabra, atendido su significado, puede tener singular y plural.

Se trata de determinar cómo debería ser el plural.

Algunos dicen los *clubs*, añadiendo, á la francesa, una *s* al singular terminado en consonante.

Otros dicen los *club*, haciendo iguales el singular y el plural.

Lo primero es completamente inadmisible.

Como lo advierte la Real Academia en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, «la terminación de sílaba en dos consonantes, caso raro aun en principio de dicción, como en *tránsfuga*, *abstinencia*, lo es más todavía á fin de vocablo: *corps*, *prest*, *vals*, *zinc*, y algún otro.»

Es tan exacta la observación precedente, que la palabra *corps* apenas tiene uso en una que otra locución cortesana ó palaciega ya no muy en boga, como *sumiller de corps*, *guardia de corps*.

Don Francisco Javier de Burgos, comentando el verso 72 del ARTE POÉTICA de Horacio, escribe acerca de este vocablo lo que copio en seguida:

«Hay muchas palabras que el uso autoriza, y que, por la naturaleza de su origen, están condenadas á no salir de una esfera estrechísima, á pesar de que designan tal vez objetos altos, y aun venerables y sagrados. De este género es la palabra *corps*, que se introdujo en España con la dinastía francesa, y que, aunque aplicada exclusivamente á la augusta persona del rey, no ha podido, sin embargo, extenderse sino á algunos oficios de palacio, ni ennoblecerse en términos de que la admita la poesía, ni aun la oratoria.»

Del francés *prêt*, «préstamo, adelanto», se formó en

castellano la palabra *prest*, «socorro diario que se da á los soldados para su mantenimiento»; pero, como la terminación en dos consonantes es muy repelente á nuestros oídos, *prest* se convirtió pronto en *pre*, vocablo más ajustado á la índole de la lengua.

El Diccionario de la Academia acepta estas dos palabras; pero prefiere *pre*.

Muchos usan, en vez de *vals*, única expresión autorizada por los maestros de la lengua castellana para designar el baile de este nombre, *valse*, que pertenece á la lengua francesa, pero que se aviene mejor al genio de la nuestra.

En cuanto á *zinc*, los individuos del vulgo empiezan á convertir la *c* en *que*, ó en *gue (zinque, ó zingue)*, para evitar una desinencia que les desagrada.

Lo precedente manifiesta que no pueden formarse plurales á la francesa, agregando una *s* al singular de las voces que acaban en consonante.

Así, no es tolerable el que se diga *clubs*.

Los que hacen que el plural de *club* sea igual al singular, y dicen *los club*, andan, en mi concepto, menos descaminados.

Sin embargo, quizá lo mejor sería que se dijera *clubes*, como se dice *álbumes* con autorización de la Academia.

Miguel Luis Amunátegui

(Continuará)

LAS HADAS DEL ANDALIÉN

(Continuación)

XI

Dos años habían corrido desde aquella noche feliz en que los Álvarez dejaron el palacio de las hadas, llena el alma de las más dulces esperanzas.

Dos años son poca cosa en la vida de la juventud cuando ésta se desliza feliz y apacible, apurando la copa de los goces y soñando cada noche nuevas venturas para el día siguiente. Pero cuando un destino implacable pesa sobre su alma, cerrando todos los senderos, y se ve morir las ilusiones, como las hojas de otoño, para volver á brotar y marchitarse en seguida; cuando el tiempo corre entre violentas alternativas y la esperanza y el desaliento se disputan encarnizadamente su víctima, el corazón, por fuerte que sea, va perdiendo sus bríos, y el porvenir se torna en una tarde descolorida, tras de la cual avanza una noche sin estrellas.

Comenzaban á cumplirse para los hijos del marqués de

Álvarez los siniestros pronósticos que había hecho á Pedro el adusto y melancólico Veremundo.

Embriagados en su fatal pasión, se habían apartado del mundo que los rodeaba, viviendo en un aislamiento absoluto de la sociedad.

Fortún y Conrado asentaron plaza en el ejército, distinguiéndose por su valor en más de un rudo encuentro con los bárbaros de la frontera; pero al tomar esta resolución obedecían, más que á las tradiciones de su familia, al deseo de agradar á sus damas.

Los elogios que éstas prodigaban al valor y á las hazañas guerreras, les hicieron ambicionar los laureles de Marte para engrandecerse á sus ojos.

No poco sacrificio les costó el decidirse á adoptar ese género de vida que les imponía una dura sujeción y, sobre todo, los alejaba del paraíso de sus amores.

La guerra era entonces por demás ruda y penosa y sus deberes de soldado los alejaban durante largas temporadas del palacio. Á veces estas ausencias se prolongaban por algunos meses, siendo no poca prueba para ellos el resistir al deseo de volver, aunque fuese por algunas horas, á los sitios donde tenían su encanto.

Al fin volvían, y la sonrisa de las hadas les recompensaba con creces las amarguras sufridas.

Como si con sus propios ojos hubieran estado mirando los combates, ellas hablaban de las proezas ejecutadas por sus amantes, recordánselas hasta en sus menores detalles. Al verlos llegar, los felicitaban por su bizarra conducta, obsequiándoles como dones del amor, bandas con sus colores, tejidas por sus manos, ó sencillas coronas de laurel, más preciosas para ellos que las distinciones que les otorgaban sus jefes.

En estas ocasiones se celebraban en el palacio magníficas cenas, en las que las hadas lucían sus gracias, se apuraban los mas exquisitos vinos y se cantaban himnos á la gloria y al amor.

Pero estas alegres temporadas duraban generalmente poco. Al sonar de nuevo el grito de guerra, los amantes se daban con pena amargos adioses, acompañados de tiernas y aduladoras promesas para la vuelta.

—Esperad y seréis dichosos—eran las palabras de aliento que oían al partir.

Y cuando á su regreso reclamaban su cumplimiento, escuchaban la misma promesa de los sonrosados labios de las hadas, que siempre remitían para un porvenir más ó menos próximo el premio de su constancia.

En vano los enamorados donceles hacían valer su amor y sus sacrificios, porque el día de la felicidad no llegaba nunca.

La vida en estas condiciones iba convirtiéndose en un prolongado martirio que les hacía odiar cuando les rodeaba y buscar en la soledad y el apartamiento de los hombres la libertad de llorar su desventura.

La gloria no les seducía, desde que ya no era un medio para comprar la dicha; la amistad había perdido su encanto y hasta su cariño fraternal se debilitaba, no bastando á proporcionar á sus corazones el dulce apoyo de prodigarse mutuos consuelos.

Muchas veces, después de terminado un sangriento combate, cuando la embriaguez de la victoria irradiaba en el rostro de sus compañeros, una negra nube de tristeza oscurecía sus frentes agobiadas por las más amargas y desgarradoras ideas.

—¿Qué pasaría á esas horas en el palacio de las ha-

das?—se preguntaban.—¿Se pronunciaría su nombre con amor ó acaso se escarnecería su pasión y su constancia? Tal vez mientras ellos recorrían las soledades en las altas horas de la noche, persiguiendo al enemigo, que, oculto en los bosques, ó desde lo alto de las montañas vecinas, los amagaba impunemente con sus flechas; en tanto que la muerte se cernía sobre sus cabezas y sus caballos resbalaban en un campo cubierto de sangre y de cadáveres, otros más felices disfrutarían el bien que se les negaba, viendo correr esas horas, para ellos de espanto y de peligro, embriagados con las sonrisas que les prodigaban aquellas mujeres sin alma por las cuales lo habían sacrificado todo.

Sus compañeros de armas entretenían la velada, brindando por el triunfo obtenido ó evocando con bullicioso arrebato las tiernas memorias de la familia ausente.

Casi todos eran mozos llenos de vida, á quienes aguardaba un porvenir brillante. Amaban y eran amados; y el que no había enajenado la libertad de su corazón tenía al menos su hogar donde una madre ó una hermana cariñosa lo aguardaba con los brazos abiertos, ó sino un padre que, debilitado por los años, no había podido seguirlo á la guerra y que derramaría á su vuelta lágrimas de gozo, oyéndole contar sus correrías y asegurándose de que ese hijo tan querido no había olvidado las máximas de honor que de sus labios oyera al partir.

En esos festines improvisados bajo la tienda iluminada por las fogatas del campamento, los Álvarez chocaban su copa, buscando en el fondo de ella un instante de alegría ficticia que siempre se les negaba.

Ellos no tenían por quien brindar, ni ilusiones con que aumentar el gozo común. Estaban lejos de su casa, vi-

viendo como extranjeros en medio de una sociedad, de la que voluntariamente se habían separado, y sus amores se asemejaban á una fatigosa pesadilla que no podían sacudir de sí.

Al volver á Concepción mirarían con envidia la felicidad de sus camaradas, á quienes aguardaban los dulces goces de un amor correspondido. No irían con ellos á los animados paseos campestres, ni danzarían al són de la vihuela con la elegida de su corazón, á la cual deberían unirse para siempre. En las tardes no se les vería tampoco confundidos con la alegre turba que pasea por la playa, ni á la vuelta de una calle solitaria recibirían de oficiosa dueña alguno de esos billetes envueltos en ramos de flores y en los cuales habla la pasión el lenguaje de la lealtad honrada.

Todos en torno suyo vivían de la esperanza, y lanzándose con atrevido vuelo por los floridos campos del porvenir, veían seguirse al peligro presente horas de reposo y de paz. Los laureles que a manos llenas cosechaban adornarían las castas sienes de vírgenes encantadoras que los cubrirían de besos antes de colocarlos en su frente y la fortuna que con afán y continua labor iban juntando les serviría para levantar un hogar tranquilo que sería, andando el tiempo, el honrado asilo de una venerable vejez venturosa.

¡Y pensar que en otro tiempo habían tenido á su alcance felicidades mayores! ¡Ver que en la casa paterna, á la cual no pensaban por entonces volver, ardía para ellos el calor del afecto; que muchas mujeres celebradas por su belleza y las nobles prendas del alma, se habrían sentido orgullosas de llamarse suyas y que el camino de honores y grandeza que en su imprudencia abandonaran,

no tenía un solo escollo en que hubieran podido tropezar! Su juventud, apoyada en el prestigio de la alcurnia y de las riquezas, no habría necesitado luchar para obtener los más difíciles deseos... Ahora nada les quedaba de un pasado seductor, del que cada día los alejaban más sus extraviadas pasiones.

Muchas veces, volviendo sobre sí mismos, en aquellos momentos en que la razón habla al alma con terrible severidad, maldijeron el instante en que, seducidos por quiméricos ensueños, abandonaron la pacífica y descansada vida del hogar. Lima, con sus fiestas, sus placeres, su fausto semi-regio y el esplendor de sus grandezas, que la constituían en la primera ciudad americana, se les presentaba cada día más atrayente y seductora. Allá eran felices, allá moraban los recuerdos del bien perdido que como vaporosos fantasmas se aparecían en sus sueños para reprocharles su ingratitud con los suyos y el soberbio desdén con que habían hollado los dones de la suerte.

Las memorias del pasado hablaban continuamente á su corazón, convidándolos á retroceder en el camino emprendido; pero era en vano, pues ninguno aceptó por un momento la idea salvadora de romper con su fatigoso presente.

Si alguien los hubiera invitado á volver al lado de los suyos, habrían rechazado su propuesta con desdén, ya que no con ira.

El cautiverio en que vivían los agobiaba con el peso terrible de lo fatal y de lo inevitable...

Aunque comprendían que sus cadenas, al principio de flores, se habían trocado en duros y pesados hierros, no habrían hecho el menor esfuerzo para romperlas.

En el porvenir, que veían preñado de tempestades, lucía un débil rayo de luz. Las hadas les mandaban esperar y ellos aguardaban aún, deslizándose, entretanto, sus días pesados é interminables, tras la sombra dudosa de una promesa en que no podían creer.

Consumidos por estériles deseos, devoraban la honda melancolía que produce una pasión desgraciada y que concluye por arrojar á muchos á una tumba abierta antes de tiempo por la mano implacable de la fatalidad.

Todas las noches, durante sus temporadas de residencia en Concepción, llegaban á las puertas del palacio jurando que aquella sería su última visita; pero su energía se doblaba delante de las seductoras sirenas. Á cada queja que exhalaban sus labios respondía una sonrisa embriagadora que les hacía entrever el cielo, para dejarlos luego entregados á dolorosas incertidumbres.

—Vosotros los hombres—solía decir Felicidad á su amante—no conocéis el precio del bien. Nada hay tan precioso para el corazón como una dicha por la que se ha suspirado largo tiempo. Impacientes y arrebatados en vuestros deseos, os apresuráis á coger las flores de la vida, que en un instante se marchitan y deslustran en vuestras manos; y con tanta fuerza despojáis la planta que acabáis por arrancarla de raíz. El amor acrisolado por la constancia es semejante á esas rocas de la ribera que resisten inmóviles las más furiosas tempestades. Pasan los años y los siglos y el gigante de piedra desafía aún las impotentes iras del océano. Al fin la mar se retira, y el escollo, que todavía se alza imponente y entero, sirve de base á la gallarda torre que en las noches muestra el puerto al navegante.

—Siempre habláis de constancia...—respondía Pedro

con amargura.—No pensáis siquiera en que la vida es corta y la juventud se va como un sueño.

—¡Loco!—contestaba ella acariciando los rubios cabellos del doncel;—¡qué poco me amas!

—Por Dios, Felicidad...

—¿Tan poco valgo que ya crees haber hecho demasiado por mí?

Á las impaciencias de Fortún respondía Esperanza recordándole la facilidad con que olvidara su primer amor, memoria amarga que el despechado joven rechazaba como la imagen del remordimiento.

Esperanza experimentaba un placer maligno en recordar á su amante aquella infidelidad, representándole con vivos colores el desconsuelo de Clara, su hermosura marchita por las lágrimas y la fe que acaso le guardaba todavía.

Á este recurso, juego demasiado cruel para Fortún, ocurría el hada siempre que quería poner término á las querellas de su enamorado galán.

—¡La olvidé por ti—respondía siempre Fortún;—la olvidé por ti, Esperanza!

—Así me olvidarías también, si fuese fácil en ceder á tus ruegos—contestaba Esperanza suspirando.

*
* *

De los tres hermanos, Conrado era el que llevaba con menos sumisión los rigores de su cautiverio. Más enérgico que Fortún y que Pedro, exigía con tenaz empeño el cumplimiento de las promesas que tantas veces le había hecho Sol, no resignándose al papel expectante á que ésta quería reducirlo.

—Sol—dijo un día á su amada—quiero tu amor ó la muerte.

Sol respondió con una sonrisa irónica.

—¿Qué me respondes?—insistió Conrado.

—Te creía más fuerte—dijo Sol—y veo que te empeñas en confundirte con el vulgo de los hombres repitiendo palabras que mil otros han pronunciado antes de ti.

—No te veré entonces más—dijo Conrado saliendo del palacio donde quedaban sus hermanos.

Su despedida no alteró ni por un instante la alegría y e abandono que allí reinaba, y el joven pudo oír á lo lejos una canción báquica que Sol entonaba acompañándose con su laúd.

—Estas mujeres son hijas del infierno—rugió desesperado, alejándose á todo el correr de su caballo.

Dos días después Conrado marchaba á incorporarse al ejército.

Iba con la desesperación en el alma y pensando que acaso acabarían sus males, muriendo noblemente en la lid, cuyos peligros buscaba con ansia.

Llegado al campamento, reclamó de sus jefes un puesto en la vanguardia, que le fué fácilmente concedido; pero por más que buscaba la muerte donde más enconada estaba la refriega, volvía siempre ileso al campamento.

Conrado miraba con envidia caer á su lado á muchos que ansiaban vivir y que acaso se creían venturosos. La muerte escogía sus víctimas entre los felices, desdeñando implacable la existencia de un hombre que la invocaba como su más apetecido bien.

Y tal fué la tenacidad de la suerte en contrariar sus

deseos, que entrando una vez de avanzada en tierra enemiga, se vió rodeado por los salvajes que en feroz acometida cayeron sobre su tropa cuando menos se lo esperaban. En este encuentro desastroso perecieron uno á uno todos sus soldados, escapando él sólo, gracias á un refuerzo enviado á su socorro al último momento.

En esta y en otras jornadas, Conrado Álvarez se conquistó la admiración del ejército entero.

Una vez pacificada la tierra, el joven héroe volvió á Concepción, ornado con los laureles del triunfo, pero más desesperado que cuando partió. Sus jefes le ofrecieron magníficas recompensas, que hubo de aceptar por no ofenderlos; pero la admiración que inspiraba y el merecido prestigio que se había conquistado, eran impotentes para curar las heridas de su corazón.

Conrado hubiera preferido á tanta gloria la paz y el olvido del sepulcro.

XII

Pesaba sobre los Álvarez una grave falta. Entregados al delirio de su pasión habían olvidado de tal manera á su familia, que hubo vez en que ni siquiera se preocuparon de abrir las cartas que les llegaban de Lima.

Las hadas habían secado en su alma todo otro sentimiento que no fuese el de su loco amor.

Entretanto, el anciano padre se desesperaba, aguardando noticias de sus hijos.

Más de una vez les había escrito ordenándoles enérgicamente volviesen á su lado; pero estas cartas, como las demás, quedaban sin respuesta.

El marqués sabía que sus hijos vivían y que se porta-

ban como valientes, pues el virrey le comunicaba cuantas noticias recibía de ellos; pero si esto halagaba su vanidad, no satisfacía de modo alguno su corazón.

¿Qué misterio encerraba una conducta tan extraña? ¿Cuál podía ser la causa de un silencio, al que no se hallaba una explicación razonable?

Nadie podía decírselo.

Por su parte, Clara aguardaba también una palabra de Fortún que descifrara aquel enigma; pero el desleal amante permanecía siempre mudo.

Dispuesta á perdonarlo, buscaba aquí y allá excusas que lo justificasen. Tal vez se habían extraviado sus cartas, tal vez estaba enfermo, acaso se encontraba en la frontera y sin ningún medio de comunicarse con la costa... Sin embargo, su engaño no podía prolongarse mucho tiempo y la desgraciada joven comprendió al fin que su amante la daba al olvido.

Aburrido el marqués de aguardar cartas que nunca llegaban, resolvió dirigirse al virrey exigiéndole el inmediato regreso de sus hijos, seguro de que no le negaría ese favor, pues ambos vivían unidos por la más estrecha intimidad.

Con este pensamiento llegó al palacio del poderoso magnate, que lo acogió con el cariño de siempre.

—¿Vienes á saber de tus hijos?—le preguntó el virrey al verlo.

—Vengo á que me los devuelvas—respondió con desesperación el infortunado padre.

—Tus hijos, marqués, viven contentos y felices. Cada barco que llega de Chile trae noticias que te llenan de orgullo. Son valientes y ya comienzan á honrar su nombre.

—Y eso ¿qué me importa, si para mí ya han muerto?

—¿Qué dices, marqués?

—Mis hijos no me aman.

—Te trastorna el cariño paternal.

—Han olvidado que tienen padre; ni siquiera me escriben una letra. ¿Qué puedo pensar de ellos?

—Cálmate, marqués—dijo el virrey.—Aunque es muy extraño lo que me cuentas, todo ello podría explicarse por mil diversas circunstancias.

—Pero ¿cómo?

—La guerra de Arauco ha sido este año demasiado activa y tus hijos andan en el interior del país, siguiendo la campaña en todas sus jornadas. ¿Qué extraño sería que se hubiesen extraviado sus cartas ó que se hayan visto en la imposibilidad de escribirte?

—Yo quiero que vuelvan á mi lado—contestó el anciano con entereza.

—¿No te satisfacen mis explicaciones?

—No alcanzan á justificar un silencio tan prolongado.

—Mira que tal vez les cortas una carrera gloriosa...

—No te enojes si insisto en mi petición. Deseo absolutamente su regreso.

—Puedes ordenárselo con la seguridad de que no me opondré. Escríbeles hoy mismo; precisamente se halla en el Callao un barco que en dos días más partirá para Concepción.

El viejo marqués refiexionó un instante.

—He pensado algo mejor—dijo.

—¿Y es?

—Ir yo mismo en su busca.

—Pero, hombre, á tus años y con tus achaques...

—No importa.

—Ese viaje es una imprudencia.

—Si les escribo—dijo el marqués con amargura—tal vez no me obedecerán. Mis hijos eran há dos años respetuosos y sumisos y honraban mis canas, no teniendo otra voluntad que la mía. Ignoro cómo han podido cambiar tanto ni qué les haya ocurrido lejos de mí; pero es lo cierto que ya no oyen mi voz ni se acuerdan para nada de su padre. No quiero creer que se han vuelto malos; sólo sí que la libertad en que los dejé les ha sido fatal. Á veces pienso con desconsuelo en que son desgraciados y que sus proezas, más son hijas de la desesperación que del valor que les transmití con mi sangre. Cuando esta idea me asalta olvido todo resentimiento, no ocurriéndoseme sino perdonar un extravío que puede reconocer una causa de que no me doy cuenta. Los padres tenemos nuestros presentimientos, y mi corazón me ha sido siempre leal.

—No me atrevería á condenar en absoluto tu viaje, aunque creo que á tu edad conviene ante todo el reposo —dijo el virrey.

—Yo no puedo seguir viviendo así. Si esto se prolonga sufriré demasiado; el dolor y la incertidumbre matan también.

—Parte entonces, aunque me pesa el que vayas á arrebatarme la flor de mis capitanes.

—En la nobleza de España sobran los valientes—contestó el marqués con patriótico orgullo, estrechando cariñosamente la mano de su amigo.

—¡Lo que son los padres!—pensó el virrey al verlo alejarse.

*
* *

El marqués, cuyo carácter no era menos resuelto que

el de sus hijos, partió aquella misma tarde para el Callao, dejando á su hermana y á Clara no poco alarmadas, pues entonces un viaje de esa clase era asunto demasiado grave para resolverlo tan de ligera.

XIII

El marqués de Álvarez abandonó las costas peruanas en los mismos días en que Conrado, cargado de laureles, volvía á Concepción terminada su última y gloriosa campaña.

Pedro y Fortún acogieron á Conrado con dolorosa melancolía. Los triunfos de su hermano les inspiraban una lástima profunda, pues conocían de sobra el secreto de ese valor indomable que excitaba la admiración general.

—¡Pobre hermano!—le dijo Fortún estrechándolo convulsivamente contra su pecho—has buscado la muerte ¿no es verdad?

—Sí; fuí á pedirle el descanso que aquí no hallaremos jamás—respondió fiero y sombrío el triunfante batallador.—¿Y ella?—se aventuró á preguntar después de un momento de silencio.

—Te acusa de ingrato—respondió Pedro—parece irritada contigo.

—¡Siempre la misma!

—Continuamente nos repite que has burlado su amor y sus esperanzas.

—¡Falsas y engañadoras sirenas! Ninguna de ellas vale un suspiro de los que nos cuestan.

—Pero ¡son tan hermosas!

—Sí; tienen la hermosura de la tentación, que lleva al

mal; la fuerza ciega que arroja al abismo; la frialdad del envenenador, que contemplando el rostro de su víctima cuenta impasible los instantes que le quedan de vida, despertando entretanto en su alma los sueños del placer para robarle el tiempo que debía emplear en pedir la misericordia divina.

—¡Que símil tan horroroso!—exclamó Pedro.

—Es muy verdadero, hermanos.

—Por desgracia nuestro destino se ha fijado—dijo con amargura el mayor de los Álvarez—y es tarde para que podamos arrepentirnos, Conrado.

—¡Oh, desgraciados de nosotros!

—Veremundo me lo dijo un día: No pienses en ellas, porque te atraerán desde lejos, no llegues á su casa, porque allí habita la desesperación entre los mármoles y el oro, no oigas su voz ni mires su rostro, porque beberás un veneno ardiente que te destrozará las entrañas.

—Harto lo sabemos—dijo Fortún.

—Yo—prosiguió Pedro—he acariciado también la idea de la muerte... ¿No comprendéis que hay situaciones en que parece envidiable la suerte de los que, cansados de sufrir, se arrojan sobre la punta de una espada, para ahogar en su sangre los latidos de su corazón?

—¡Qué horror!—exclamaron á un tiempo Fortún y Conrado.

—¿Verdad que es muy amargo sentir así la desesperación que impulsa al crimen? Pues hasta ahí hemos llegado, hermanos—dijo Pedro.

—Todo lo teníamos—prosiguió, dirigiendo al pasado una mirada de tristeza.—Hace dos años, éramos la envidia de todos, y hoy nos trocaríamos por cualquier men-

digo miserable bajo cuyo pecho latiera un corazón libre y tranquilo.

—Sí—añadió Conrado—vamos luchando en medio de un mar sin riberas, contra olas que á ningún puerto nos han de llevar. Y ¿es esto digno y noble? ¿Es posible que así hayamos perdido nuestra libertad?

—Y ¿qué quieres que hagamos?

—Romper esos lazos ignominiosos.

—No lo podemos.

—Huír, entonces, de esas mujeres.

—¿Volverías á Lima, Conrado?—preguntó Pedro.

—Jamás.

—Yo tampoco.

—Sí, hemos sido muy ingratos con nuestro padre. La vergüenza de nuestra conducta nos humillaría demasiado.

—Pero es fuerza que decidamos algo—insistió Conrado otra vez.

—No te engañes, Conrado—dijo Pedro;—las mujeres á quienes hemos entregado el alma nos han robado nuestra energía y nuestra libertad. Tú quieres huirlas, y no podrás; de lejos como de cerca has de ser siempre su esclavo.

Conrado se retorció las manos con reconcentrada cólera.

—Esto es la última humillación para hombres como nosotros—dijo.

—He retratado con terrible fidelidad tu situación y la nuestra.

—Y ¿por qué no hemos de romper de una vez nuestras cadenas?

—Inténtalo, si puedes, Conrado.

—Sabré morir en la demanda.

—Pero ¿triunfarás?

—Habré salvado, al menos, la honra—pronunció Conrado con suprema y dolorosa entereza.

*
* *

Aquella misma noche Fortún y Pedro volvieron á buscar á las hadas. Conrado la pasó en vela paseándose á orillas del mar.

Al brillar la aurora divisó á sus hermanos que volvían con el rostro alegre y las miradas radiantes de esperanza.

—Contentos venís...—les dijo con melancolía.

—Felicidad y Esperanza nos han jurado que nuestra prueba no se prolongará mucho tiempo—respondió Fortún.

—Y ¿les habéis creído?

—¡Qué loco has sido en separarte de Sol!—dijo Pedro. —La tristeza de su semblante nos ha revelado cuánto te ama.

Conrado se extremeció ante la idea de que todavía pudiera ser dichoso; pero supo vencer aquella pasajera debilidad.

—¿Todavía persistirás en tu esquivo alejamiento?—insistió Fortún.

—Sol ha muerto para mí, hermano mío.

—¿Será posible que te empeñes en ser desgraciado tú sólo, cuando á nosotros nos espera la dicha?

—¡Oh!—exclamó Conrado con despecho—vosotros sois todavía más degraciados que yo.

XIV

Hacía un mes que Conrado, firme en la resolución adoptada, se negaba diariamente á seguir á sus hermanos en sus galantes excursiones. Por su parte, éstos no omitían medio alguno para quebrantar su entereza; halagos, ruegos, promesas que de parte de Sol le hacían, todo era en vano. Conrado estaba resuelto á no reanudar unas relaciones en las que veía su ruina y la de sus hermanos.

Durante este tiempo, las hadas se habían mostrado más halagüeñas que nunca con Fortún y Pedro, adormeciéndolos con la falsa seguridad de que no estaba muy lejos el término de su prueba.

Conrado no veía en todo eso más que un lazo que se le tendía para atraerlo de nuevo al palacio del bosque.

Deseoso de distraer la profunda pena que lo consumía, se entregó por completo á la vida militar, cumpliendo minuciosamente hasta aquellos deberes de que por el grado que acababa de alcanzar en la última campaña estaba naturalmente dispensado.

Frecuentemente tomaba sobre sí la tarea de los otros; el oficial enamorado á quien un día de guardia impedía el asistir á una partida de placer, estaba seguro de que él lo sustituiría en el cumplimiento de su enfadoso servicio. Con los jefes ancianos hablaba á todas horas de sus antiguas campañas; aprendía del soldado las astucias de los indios sin permanecer un instante ocioso, como si lo devorara una actividad febril. El desgraciado mozo quería á toda costa huir de sí mismo y acallar por medio de una constante agitación moral y física la tempestad que rugía dentro de su pecho.

Tan asidua aplicación á los deberes militares fijaba sobre él las miradas de todos. Los unos lo creían lleno de ambiciones para lo futuro, otros lo admiraban citándolo como ejemplo á sus camaradas; sólo sus hermanos lo compadecían.

De repente y cuando menos se pensaba, llegaron á la ciudad nuevas alarmantes del interior. Creíase con fundamento que la última campaña habría quitado á los indios la idea de emprender otra, y que, desengañados de su impotencia para luchar, no tardarían en pedir la paz para entregarse al cultivo de sus campos y procurar el mantenimiento de sus familias. Pero los araucanos, no escarmentados con los reveses de la fortuna, se habían levantado más orgullosos y decididos que nunca, improvisando un ejército mucho más fuerte y numeroso que el que acababan de perder.

Tan sigilosamente habían hecho sus preparativos, que los espías de los españoles sólo vinieron á tener noticias de ellos cuando ya la expedición se aprestaba para partir. De Angol, de los confines del Laja, de mil otros puntos se habían puesto en marcha las diversas tribus para juntarse en un lugar dado, realizándose la marcha con tanto secreto que sólo vinieron á saberse sus movimientos en Concepción cuando ya el enemigo se hallaba á pocas jornadas de la ciudad.

La noticia de que los salvajes se aproximaban llenó de espanto al vecindario. Cada cual se apresuraba á esconder lo más precioso que tenía; los templos se llenaban de mujeres atribuladas que sólo fiaban su defensa del amparo de los cielos; se improvisaban proyectos estrafalarios para salvar las familias y los seres indefensos, transportándolos á puntos que ofrecían menor seguridad

que la plaza amagada; cada cual daba su parecer y todos fijaban con ansia sus miradas en el gobernador, veterano experimentado y valiente, á quien parecía no intimidar la cercanía ni la grandeza del peligro.

El gobernador no vaciló un instante. Á su juicio, el pánico era infundado y la situación menos apurada de lo que se creía. Posesionado de la verdad de los hechos, se decidió á obrar, si era posible, con mayor celeridad y energía que las que desplegaba el enemigo.

Hacíase preciso caer como un rayo sobre los salvajes, aniquilarlos, entrar á saco sus tierras, incendiar sus chozas y los pocos sembrados que les quedaban; llevar, en fin, la guerra á sus últimos rigores.

Para realizar este plan, necesitaba un jefe joven y de un valor á toda prueba y á quien no doblegasen las fatigas de tan ruda campaña.

El gobernador pensó en el momento en los hijos del marqués de Álvarez, y especialmente en Conrado, cuyo coraje había llegado á hacerse legendario; y, aunque algunos veteranos le hicieron no pocas observaciones sobre la inconveniencia de confiar tamaña empresa á un mancebo falto de prudencia y aún no acostumbrado al mando, él supo tranquilizar tales escrúpulos, reduciendo á los disidentes á su parecer.

Hallábase Conrado en su cuartel ocupado en prepararse para una pronta salida, cuando vinieron á llamarlo de parte del gobernador. Sin perder un instante corrió al palacio, é instruído de lo que se trataba, aceptó desde luego su difícil comisión.

—Hasta hoy has sido un gran soldado—le dijo al despedirlo el gobernador.—Ha llegado el tiempo de que aprendas á mandar.

—Señor—contestó no poco confuso el joven guerrero —me honráis demasiado para que no procure realizar prodigios en vuestro obsequio.

—Tus antecedentes prometen mucho, Conrado.

—Haré cuanto esté en mí para justificar una preferencia que, por cierto, no merezco, señor.

—Bien sienta á los valientes ser modestos—dijo el gobernador apretando la mano del joven capitán.

—Quisiera pediros una gracia—dijo Conrado.

—Dala desde luego por concedida.

—Desearía llevar conmigo á mis hermanos.

—Muy justo es tu deseo. Pedro será tu adelantado; dejo á tu elección el buscar para Fortún el puesto que más le convenga,

—¡Cuánto nos honráis!...

—Siempre os he distinguido á los tres á pesar del empeño que habéis mostrado en alejaros de mí.

—Tal vez hay en eso una falta aparente de nuestra parte—dijo Conrado—pero ni yo ni mis hermanos hemos olvidado nunca cuánto os debemos.

—En adelante será otra cosa ¿no es verdad?

—Así lo creo, señor.

—Ahora—concluyó el gobernador—no queda más que apresurarse á partir; tres días tienes de plazo, ya que nuestra escasez de medios no nos permite organizar en menos tiempo una expedición tan importante. Una vez arreglado todo, marcharás con el favor de Dios, y espero que á tu vuelta podré escribir al rey algo que te sea muy lisonjero.

*
* *

Conrado volvió á su casa, en la que encontró á sus hermanos.

Éstos hablaban de sus amores, indiferentes al peligro que corría la ciudad.

Al oírlos, Conrado sintió levantarse en su pecho un sentimiento de indignación que trató de ahogar desde luego.

—Estamos de marcha—exclamó tratando de fijar el pensamiento de sus hermanos en las desgracias de la patria.

—No se habla de otra cosa—contestó Fortún con cierta displicencia.

—Y ¿quién mandará la expedición?—preguntó Pedro.

—Yo...—respondió Conrado, no sin cierta turbación, temiendo que tal vez su hermano podría mirar con disgusto la preferencia que le había mostrado el gobernador.

Pedro era más antiguo que él en la milicia, y siempre se había mostrado jefe atrevido y pundonoroso, no existiendo, al parecer, ningún motivo para posponerlo, á pesar de las últimas hazañas que ilustraban á Conrado.

Éste, que era el primero en reconocer los méritos de Pedro, había cuidado de representarlos al gobernador, cuando le ofreció el mando que sólo vino á aceptar en el momento en que se convenció de que le era imposible declinar el honor que se le hacía.

—Pesada carga echan sobre mí—dijo Conrado.—Tú, Pedro, la soportarías mejor.

—Digno eres de ella, Conrado—respondió Pedro con generosa franqueza—mereces las honras que te despensan.

—Yo las hubiera querido para ti.

—Marcharé gozoso bajo tus órdenes—dijo Pedro—y

ten por cierto que este es el momento más feliz que me ha concedido el cielo desde que pisé las playas de Chile. Tu valor merecía esta recompensa, querido hermano.

—¡Mi valor, mi valor!—repitió con intensa amargura Conrado—¡Cómo se equivocan los hombres al juzgar las acciones de los demás!... No soy cobarde, ni he temblado nunca ante el peligro; pero los arranques temerarios que me distinguieron en la última batalla, eran hijos de la desesperación que me destrozaba y no del noble esfuerzo del ánimo que desafía sereno la muerte para salvar la honra de su bandera. Pasado mañana dejaremos la ciudad, dos días después habremos encontrado al enemigo, y tú, Pedro, y tú, Fortún, rivalizaréis conmigo, buscando un medio honrado de terminar nuestros males. Los que nos miren correr ciegos tras la muerte, nos llamarán héroes, cuando lo que hay en nuestras almas es que nos falta el valor necesario para vivir...

Fortún y Pedro comprendían demasiado la verdad que encerraban las palabras de su hermano. En los últimos días sus esperanzas habían comenzado á marchitarse del todo. La negativa de Conrado á volver al palacio había vuelto á Felicidad y Esperanza su antigua esquivez. Á los relámpagos de dicha que los alumbraran había seguido la noche de siempre, la terrible oscuridad de la duda y el desaliento.

—¡Ay!—dijo Fortún—á tales extremos nos lleva nuestro funesto amor, que el que leyera en nuestros corazones nos compadecería!

—Ó nos miraría con desprecio—añadió Pedro.

—Pensemos en la guerra—dijo Conrado, tratando de arrojar lejos de sí aquellos fúnebres pensamientos.

—En la guerra de que felizmente no volveremos.

—¡Ojalá!

—Ved—prosiguió el improvisado capitán—es preciso que hagamos algo digno de nosotros, sacrificándonos por salvar á este noble pueblo que todo lo espera de nuestro brío.

—Sí, muramos por él—dijo Fortún.

—Pero después de haber destruído sus enemigos...

—Aún quiero más de vosotros—añadió Conrado.

—Eres nuestro jefe y te toca mandarnos. ¿Qué es lo que exiges?—respondió Pedro mirando cariñosamente á aquel hermano, cuyas nobles cualidades era el primero en admirar.

—Romped para siempre con esas mujeres que juegan con vuestro corazón y vuestra honra. Eso os enaltecerá ante vosotros mismos, y quién sabe si al fin no hallaréis en ese sacrificio la compensación de tan noble esfuerzo.

Pedro y Fortún palidecieron. No se creían con fuerzas para acudir al llamamiento de su hermano.

—Veo que vaciláis en responder...—murmuró penosamente Conrado.

—Tú—contestó Pedro—eres más fuerte ó amas menos que nosotros.

—¡Qué engañado estás, Pedro! Amo á Sol con la rabia de la desesperación; pero si me ayudarais, si me sostuvierais en la lucha, aún encontraría fuerzas para ahogar del todo mi desastrado amor. He padecido mucho; pero lo que más me atormenta es la ignominia del yugo que sobre nosotros pesa. Nosotros tenemos un corazón que comprende el amor; ellas son cadáveres á los que falta la vida del sentimiento. Quieren para sí el ruido de la lisonja, la adoración sin límites, el incienso que

ofusca, el sacrificio que agota y consume el alma. Y ¿qué nos dan en cambio? ¿Siquiera la lealtad? ¿Seremos, por ventura, los únicos á quienes prometen sus favores? ¿Sabéis á cuántos habrán acariciado mientras guerreábamos lejos, buscando la muerte por ellas? ¡Oh! no os engañéis; hielo es lo que corre por sus venas; tienen la crueldad del tigre; la horrible frialdad del asesino que se acuesta tranquilo sobre la tierra donde acaba de sepultar á su víctima.

—Te sobra razón Conrado; pero no podemos acceder á lo que nos pides.

—¿Y piensas, Pedro, que podrás vivir así mucho tiempo?

—Eso sería imposible.

—Pues entonces...

—¡No verlas más!—exclamó Pedro con arrebato.

—Déjanos ir otra vez siquiera donde ellas—dijo Fortún con acento suplicante—después...

—Y bien ¿después?

—Si nos niegan lo que tenemos derecho á exigir, no volveremos más al palacio.

—Volveréis, volveréis para añadir nuevos eslabones á vuestra cadena—replicó Conrado íntimamente convencido de lo que decía.

—Ven tú con nosotros. Tu presencia nos sostendrá; es imposible que delante de ti no seamos más fuertes.

—Jamás—respondió Conrado—jamás pisaré esos malditos umbrales; comprendo que no olvidaré á Sol, pero sabré morir antes que arrastrarme nuevamente á sus plantas.

*
* *

Los múltiples deberes que imponía al flamante jefe el cargo de confianza y de peligro que acababan de confiarle, lo obligaban á no desperdiciar un momento; por lo que, á pesar suyo, hubo de cortar bruscamente la anterior conferencia para dirigirse á uno de los cuarteles donde debía presidir una junta de guerra.

Conrado tenía el alma de un héroe. La victoria que sobre sí mismo acababa de obtener no la había alcanzado tal vez ningún otro de los que de tiempo atrás gemían á las plantas de aquellas hermosuras rodeadas por el encanto de lo misterioso y lo desconocido.

Él lo había dicho.

Su funesto amor no lo abandonaría jamás, siendo para en adelante el eterno tormento de su vida, el muro interpuesto entre su corazón y la felicidad, la nube aplomada que apagaría el brillo de su porvenir.

Ya no volvería á amar otra vez y la gloria que le brindaba sus sonrisas más seductoras, era impotente para llenar el vacío de su alma; pero al menos le quedaría la triste satisfacción de haber salvado su altiva dignidad en el naufragio de sus dichas.

Con sorprendente actividad, Conrado se empeñó en la obra de organizar la división expedicionaria que iba á mandar, multiplicándose para estar en todas partes á la vez. Del consejo marchaba á los cuarteles, de allí á los almacenes donde se guardaban los pertrechos y municiones de guerra, revistaba los caballos y las monturas de sus soldados, animaba á los que creía desalentados, prometía á los valientes magníficas recompensas y aún le quedaba tiempo para confortar el ánimo del pueblo, volviendo á las familias la seguridad que en los primeros momentos habían perdido.

La serenidad que desplegaba y, sobre todo, la sincera modestia con que buscaba el consejo de los veteranos experimentados en campañas como la que iba á emprender, le captaron en pocas horas las simpatías generales, acallándose como por encanto los murmullos de desconfianza y disgusto que produjera su inesperada y súbita elevación.

El pueblo lo aclamaba su salvador; sobrábanle ofertas de generosos voluntarios que se consideraban altamente honrados yendo á combatir bajo sus órdenes y hasta en los púlpitos se le aclamaba como un nuevo Macabeo destinado á salvar á Israel de la espada de los idólatras.

Todo pasaba á su vista; no había nada en que no interviniera, desde el armamento á las vituallas, desde el servicio de espías hasta el reclutamiento de los prácticos que debían guiarlo.

Los veteranos auguraban al joven capitán un triunfo tan pronto como glorioso, y el gobernador se mostraba á cada instante más satisfecho de haberle confiado una empresa de tanta monta.

Como era natural, Conrado Álvarez puso un vivo empeño en asociar á sus hermanos á su tarea de actividad y patriotismo, esperando por este medio distraerlos un tanto de sus preocupaciones y llevarlos insensiblemente á imitar en todo su inquebrantable resolución. Fortún y Pedro correspondían por su parte á su solicitud, mostrándose ganosos de marchar al combate y cumpliendo con rigurosa precisión las comisiones en que se les empleaba.

Esto era cuanto por entonces podía exigirse de ellos; acaso más tarde, las impresiones nuevas, el amor á la

gloria y la gratitud del pueblo producirían en sus almas el efecto que Conrado se prometía.

***

El gobernador, que, más que á los indios, temía las consecuencias del pánico que reinaba en la población, se propuso distraer á ésta celebrando al día siguiente una parada militar, á la que siguió un convite á los jefes expedicionarios y un ostentoso sarao en que lucieron sus encantos las damas más nobles y hermosas de la ciudad.

La fiesta fué digna del opulento y encumbrado magnate que la daba, siendo los Álvarez, y especialmente Conrado, el objeto de las atenciones de la concurrencia.

Las horas volaban allí ligeras entre los acordes de la música y la agitación de la danza. Ninguno de los jóvenes militares que debían partir á la guerra pensaba en sus peligros ni en los vuelcos de la fortuna; para ellos, la difícil empresa que tenían delante era un paseo militar del que pronto volverían cargados de laureles.

El gobernador, satisfecho de ver tanta alegría en derredor suyo, instaba á Conrado á aprovechar en el placer aquellas fugitivas horas; pero éste se apresuró á abandonar la sala del festejo tan luego como vió que faltaban de ella sus hermanos.

Corrió anhelante á su posada, deseoso de estorbarles un paseo al valle del Andalién, doblemente peligroso en circunstancias en que los caminos no ofrecían seguridad alguna.

Pero por más que se apresuró, llegó tarde. Fortún y Pedro habían partido media hora antes.

—Volverán con la aurora—pensó Conrado, tratando

de engañar la zozobra que sentía; y como faltaban algunas horas para que amaneciese, se echó medio vestido sobre su cama.

Al toque de diana despertó. Las músicas militares, cuyas armonías llegaban á sus oídos inflamaron su ardor bélico, despejando de su alma las sombrías nubes que la enlutaban. El sentimiento del deber lo engrandecía á sus propios ojos. Su alma generosa se sintió vuelta á las primeras apiraciones de la vida juvenil, pensando que aún podía hacer algo por sus semejantes y que la gloria de salvar á un pueblo de las hordas salvajes valía bien el sacrificio de sus engañosos amores.

Pero su éxtasis duró poco; la ausencia de Fortún y de Pedro lo volvió á la realidad, causándole una penosa sacudida. Jamás sus hermanos habían tardado tanto en volver del palacio encantado. ¿Qué podía haber sido de ellos?

Los esperó impaciente toda la mañana. Llegó el medio día sin que ellos regresaran; y como su ausencia en semejantes momentos no tenía una explicación plausible, comenzó á temer que los imprudentes mancebos hubiesen perecido en alguna emboscada nocturna.

Como Pedro y Fortún no habían desmentido jamás su natural hidalguía, era temerario figurarse que abandonaran sus filas en la víspera de un combate. Tal vez habían caído prisioneros de los indios ó en manos de alguna partida de bandoleros de las que infestaban los campos.

Conrado prefería tales supuestos á la idea de que sus hermanos permaneciesen todavía en el palacio encantado, pensamiento que, por más que lo desechaba, acudia con tenaz empeño á su mente.

Entretanto, urgía sobremanera ocultar su ausencia á los ojos del público.

Dejando entrever que los había enviado con una comisión importante, logró que nadie hiciese alto en lo que, por lo menos, era ya una grave falta contra la disciplina. Así se cubrieron las apariencias, evitando un escándalo al ejército y á sus hermanos la deshonra.

Devorado de angustia y ansiedad el joven capitán eligió entre sus soldados algunos con cuya lealtad podía contar en todo caso, despachándolos en distintas direcciones en busca de los extraviados donceles. Llevaban orden de recorrer todos los senderos y bosques vecinos hasta quedar convencidos de que no habían dejado sitio alguno por registrar.

La vuelta de los exploradores acabó de desconcertarlo, pues en ninguna parte parecían los fugitivos caballeros.

Perdida toda esperanza de llevarlos consigo y no pudiendo demorar su partida, se decidió á marchar sin ellos.

ENRIQUE DEL SOLAR

(Continuará)

EN LA GRAN BRETAÑA

(FRAGMENTOS INÉDITOS DEL DIARIO PRIVADO DE VIAJES DE DON BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA)

(*Continuación*)

Edimburgo, 21 de julio.

Después de uno de esos sueños que refrescan el alma, trasportándonos al seno del hogar ausente, desperté á las 4 de la mañana.

Creí no haber visto nunca una mañana más hermosa.

El sol parecía un reverbero de oro y púrpura suspendido entre las torres de la Catedral de York y envuelto en un velo de nubes. El aire fresco alegraba el espíritu.

Á las 6 partimos para Newcastle.

Mientras estuvimos en el condado de York no varió el aspecto del campo, que es una sucesión de praderas, alternadas con siembras y pastos. Mas apenas entra-

mos á Durham, la naturaleza se cambió en una serie de colinas pintorescas, pero estériles y cubiertas de chimeneas para el beneficio de las minas de carbón. En el camino no encontramos menos de 200 carros de carbón.

Al llegar á Durham divisamos esta linda ciudad en el fondo de un valle, con su hermosa Catedral y sus tejados rojos reverberando al sol. No sé por qué al mirar a Durham como surgiendo de un hoyo, se me vino á la imaginación la idea de Jerusalén.

Á las 10 entramos á Newcastle.

En el pueblo de Gateshead, cien chimeneas vomitando un humo negro y espeso, me hicieron pensar en el infierno. El espectáculo, sobre todo en el río, era imponente. Lo cruzamos, á la altura de 35 varas, sobre un puente de hierro de más de tres cuadras de largo, que es lo más grande que hasta ahora he visto en obras de hierro.

Después de almorzar, tomamos un *cab*, y atravesando la ciudad nos dirigimos hacia la mina de Heaton, diez millas distante.

Salvadas algunas formalidades preliminares, nos vestimos con gruesas chaquetas, entramos á la plataforma, y bajamos como un rayo hasta dos cuadras bajo la tierra. Pocas veces he sentido impresiones más intensas. Sobre todo al subir, me parecía estar bajo el dominio de uno de esos sueños en que uno cree volar desde lo alto de una montaña. La operación no es en sí peligrosa, pero la idea del peligro se viene inevitablemente á la imaginación, al descender á esa profunda cueva que parece no tener fin.

En ese momento llegamos al fondo. Una vez aquí, el guía nos hizo sentar en un banco, y sacó de su pecho

un tarro de velas que habrían parecido puñales en aquella horrenda caverna.

Nos pusimos á andar, y á pocos pasos encontramos la hornaza que consume el gas hidrógeno é impide su acumulación y explosión, y que atrae tal corriente de aire que las bóvedas resuenan como una catarata.

Un gran chorro de agua salada corría por nuestros pies.

Visitamos después una labor en beneficio; el operario era un viejo seco, y trabajaba como la Parca, con un pico. Me acerqué, y reventé con él algunas piedras vírgenes.

En seguida encontramos los carros cargados de carbón y tirados por cinco pobres caballitos mampatos que hace años no ven la luz y tienen caballerizas subterráneas.

Después de media hora, salimos de nuevo á la superficie de la tierra, dando gracias al cielo de que no nos hubiese sucedido nada, y de no estar condenados tampoco á tan triste trabajo.

El laboreo de las minas es sencillísimo. Una máquina á vapor mueve un cilindro por donde van los carros; éstos suben ó bajan por una abertura perpendicular de cuatro ó cinco cuadras, y luego se distribuyen por las diferentes venas carboníferas en caminos de hierro portátiles. Las bóvedas son parejas, de seis á ocho varas de circunferencia, con costras de carbón en ambas murallas y la piedra desnuda en el techo. Los trabajadores están á tarea, y pueden ganar cinco reales por día, sacando de tres á cuatro toneladas.

Volvimos al pueblo, visitamos la hermosa estatua de Lord Gray, una magnífica Bolsa Comercial, un mercado

cubierto, sin igual en Inglaterra, y el puente del ferro-carril, que es una verdadera maravilla.

Después de comer nos pusimos nuevamente en marcha, y á las 9 llegamos á Edimburgo.

El camino no ofrece casi muestras de agricultura, pero es muy bonito. Después de dejar los pastos del Northumberland y las colinas en que está pintorescamente situado Morflet con sus 12,000 almas, cruzamos el Tweed, límite de la Escocia, en cuya desembocadura está Benwick, apiñado como un limpio nido de aves marítimas entre las rocas del Océano.

La vista del mar es hermosísima: tranquilo como un lago, mecía en sus anchas espaldas como un centenar de buques que formaban una gran escuadra. Al contemplarlo pensaba yo intensamente en Chile.

---

22 de julio.

En ocho horas hemos recorrido hoy toda esta hermosa ciudad de Edimburgo, que es indudablemente el pueblo más lindo que he visto, y probablemente el más bello que existe.

Visitamos primero la Real Institución, hermoso edificio modelado por el Partenón de Atenas, y donde hay más de 50 pinturas italianas, originales ó copias. En seguida el Museo de Agricultura, muy bien arreglado, donde pasé una hora tomando apuntes. Después subimos al Colton Hill, una colina deliciosa, desde donde se tiene la más linda vista imaginable: al pie Edimburgo con sus palacios, más allá el Océano con verdes orillas, y los collados de los distantes Highlands, todo formando un paisaje que es un precioso y magnífico conjunto de gracia,

de colores, de verdura, de magnificencia, en que surgen el azul del mar, la trasparencia del cielo, los matices de los bosques y jardines. Recorrimos el monumento de Nelson, el del poeta Byron, los de los filósofos Stewart y Playfair, y el monumento nacional, especie de Partenón comenzado, pero aún inconcluso.

Bajamos por Princess St. y por St. George, donde, de paso, vimos la estatua ecuestre de Wellington, cuyo caballo es admirable; la de lord Melville es una columna de noble elevación; la de Carlos IV; la de Pitt, seria y majestuosa; la de Walter Scott, en actitud de escribir, acariciado por su perro, y bajo una alta techumbre gótica que á la distancia parece un gigantesco álamo.

Al llegar á nuestro alojamiento pasaba por la puerta una gran procesión de masones, con banderas y música, y numeroso acompañamiento de pueblo. Á esta fiesta se añadía una banda de 20 flautas y 5 tambores que tocan los sábados en el jardín de la calle de los Príncipes los aires más peculiares y tristes. Todo esto tenía en gran movimiento y animación al pueblo escocés.

Recorrimos después la casa del Parlamento, vasta construcción, de noble fachada como todos los edificios públicos de Edimburgo; la Universidad, edificio elegante, extenso y cómodo; y bajamos en seguida por High Street, atravesando el centro del viejo y hermoso Edimburgo. Pocas cosas he visto más curiosas que esta calle. Los edificios son de una antigüedad considerable, y tienen entre siete y diez pisos, negros, envejecidos, pero hermosos por sus proporciones. Ventanas sin vidrio, paredes cubiertas de telarañas, y algunas camisas desgarradas y color barro, flotando como banderas de la miseria: eso es todo lo que se ve.

La indigencia salta allí á los ojos; la calle rebosa de andrajos; niños y mujeres andan sin zapatos, y algunas mujeres muestran la pierna hasta la rodilla. Los niños abundan en cantidad increíble, revolcándose en el barro de la calle con la misma delicia que las abejas en el cáliz de las rosas. Lo más singular es que toda esta miseria tiene algo de varonil y de salubre; las caras parecen contentas, sanas y robustas; no se ven mendigos como los que acosan á los transeuntes en Inglaterra.

Vimos exteriormente el bonito, pero triste y pequeño palacio de Holy Rood, célebre por los recuerdos de María Estuardo, más linda en la tradición de la belleza que en los desgraciados retratos en que la pintan como una monja.

Atravesando nuevamente la ciudad, llegamos á Leith. Es un puerto lindísimo, con diques admirables, de más de una milla de largo. La bahía estaba tan tranquila al sol poniente como podía estarlo la de Nápoles, y el aspecto que presentaba así era encantador.

Mi impresión general de Edimburgo es de las más agradables. Es una ciudad hermosísima y elegante, cuyo rasgo principal es el ancho de sus calles y la gracia de sus construcciones, altas hasta diez pisos en la ciudad vieja y proporcionadas de tres en la ciudad nueva, edificadas con una regularidad perfecta, y que sólo se interrumpe por el famoso collado de Colton, el soberbio peñón del Castillo, las plazas y jardines, los horizontes lejanos del mar hacia el oriente y las highlands al occidente.

La gente es de color pálido, ojos de un débil pero dulce azul, y talla elevada y graciosa. La ebriedad por el aguardiente es casi el estado natural de los trabajadores, criados, cocheros, etc., pero son mucho más comedidos y

menos importunos que los ingleses, y parecen más contentos y felices.

La reina debería venirse á vivir aquí, que es el centro de su reino.

---

23 de julio.

Después de comer fuimos á Portobello, pueblecito á una legua de Edimburgo, con una población decente, una plaza desierta, en la que se veían interminables hileras de carros de baño.

Volvimos dando una vuelta por el hermoso peñón de Arthur, que presentaba un lindo espectáculo: centenares de gentes del pueblo, mujeres, soldados, todos vagando como un alegre rebaño humano entre rosas, prados y jardines.

En el día, Edimburgo se ve solitario, pero en la tarde cobra grande animación. Todos los escoceses andan de frac y vestidos de negro, casi sin excepción, y el aspecto general de las gentes es de contento.

Greenock, 28 de julio.

Escribo hoy después de la más dolorosa enfermedad que he tenido en mi vida, y que me postró cuatro días en Glasgow.

El 24 á las diez de la mañana salimos de Edimburgo, y atravesando un camino alternado de llanos y vegetación, de estériles colinas y de faldeos cubiertos de bosques, donde se ven de cuando en cuando algunas minas de carbón, llegamos á las once y media á Glasgow, y nos

alojamos en el gran hotel *The Queen*, donde obtuvimos con gran dificultad un cuarto para dormir.

Sánchez y yo llegamos con un feroz constipado, y nos echamos á andar por la ciudad. Visitamos la Bolsa, los bancos, la casa de gobierno, las calles principales, los muelles, los puentes y las innumerables estaciones de vapores.

Glasgow es hijo legítimo de Londres, lleno de humo, de ruido, de inmundicias y de miseria. El noventa por ciento de la poblacion femenina anda sin zapatos, y algunas mujeres con el vestido hasta la rodilla. El desaseo es uniforme y completo. La Bolsa, que el *Guía* llama un edificio grandioso, es una construcción puerca; las calles adyacentes á Argyle St., donde hay grandes receptáculos de inmundicia viva á la puerta de las casas; el río, que parece una zanja de panteón, todo es sucio y miserable.

No se ven ni tiendas de lujo, ni vidrieras, ni dorados, sino despachos de jamón, tocino y cerveza, ropavejeros, etcétera. Sin embargo, hay calles anchas y de un aspecto bonito en su conjunto; pero la ciudad, en general, es un montón de inmundicias.

Durante dos horas anduvimos á toda prisa para sacarnos el constipado, pero sin conseguirlo. Á las 8 nos echamos á la cama y tomamos una naranjada caliente. En la noche sentí un horrible dolor al muslo, y apareció un tumor que me ha hecho sufrir indeciblemente durante algunos días.

Sánchez me ha atendido con una solicitud que le he agradecido con toda el alma.

Me desperté hoy á las 8, después de una noche más tranquila que las anteriores, y sintiéndome muy mejor,

me vestí, me afeité, almorzamos y salimos á tomar nuestros pasajes para Belfast.

Á las 12 partimos á Greenock por un camino delicioso, lleno de sembrados de avena y trigo, con laderas cubiertas de atrevidas rocas y bosques de pino.

En Paisley, que me pareció ser la nieta de Londres, así como Glasgow es su hija, subió una joven escocesa del más agradable trato. Ya comenzaba yo á sentir renacer mis ensueños románticos al hablar con ella, excitada la imaginación por la vista del Clyde que se presenta majestuoso, cruzado de vapores y laderas preciosas; pero luego llegamos á la estación, y un *Good bye* lo terminó todo.

Comimos una cazuela chilena, que el mozo nos anunció con gran pompa: *chickens soup!* y en seguida salimos á recorrer el pueblo.

Lo único que me llamó la atención fué la miseria, la desnudez universal de los pies, el destrozo de los vestidos, el desorden del cabello, la mugre de la cara, y en los semblantes una expresión general que recorre los matices comprendidos entre la desesperación, la indolencia y el dolor. No pasaron menos de diez cojos por nuestra ventana, en una hora, y otros tantos estropeados de otra naturaleza. El desaseo es tan corriente, tan habitual, que un montón de arena que habían echado junto al muelle, frente al hotel, se cubrió de niños que se revolcaban con delicia, tal vez como un refrigerio para la fiebre del hambre y la mugre. No acierto á explicarme en qué consiste el bienestar y la felicidad de los pueblos industriales y manufactureros. En Cirencester, donde no hay una sola fábrica, no he visto jamás tal indigencia. Me parece que el único remedio de este mal es impulsar la agricultura, y desalojar así la exuberancia de las poblaciones.

Entre muchas escenas de miseria me causó profunda pena ver á una muchacha joven, y de linda y delicada figura, cubierta de una capa azul, como un manto de fraile franciscano, llevando á sus espaldas á un niño como de un año, cuyo peso la encorvaba casi hasta el suelo; seguíanla otros dos hijos, y su marido, cubierto de atados de trapo, iba adelante.

Otra niña preciosa de 10 años, y cubierta de pie á cabeza de una costra de barro, venía como amarrada á una vieja de aspecto desagradable, hablando de peniques. Los ojos de la niña eran lindísimos. Dentro de cinco años esta hermosa inocente será una mujer perdida...

Á las siete nos vinimos á bordo, y á las ocho nos pusimos en movimiento, disfrutando por espacio de tres ó cuatro leguas de los hermosos paisajes de las riberas del Clyde.

Armagh (Irlanda), 29 de julio.

Á las cuatro ancló el vapor en el muelle de Belfast, y á las cinco pisé yo con emoción esta tierra de Irlanda á la que tanto he amado sin conocer.

Nos alojamos en el hotel Imperial.

Á las nueve, al despertar, recibí una cartita de J. Mackenna, dándome su itinerario á Enneskellen, donde él se encuentra. Quise irme al instante, pero no había tiempo, y le contesté que partiría á la tarde.

Después de almuerzo salimos á andar. La única pero importante especialidad de Belfast son las manufacturas de tejidos, como la colosal de Mr. Mullholland, la de muselina de M. Kennedy, la de descortezar cáñamo de

Leadbetter, y la de bordar de Mulden y C.ª Tienen estas fábricas tal desarrollo, que la primera gasta 25,000 pesos anuales tan sólo en adornos y embalaje. Intentamos visitar algunos de estos establecimientos, pero nos negaron la entrada mientras no llevásemos recomendaciones; no teníamos á quien pedirlas, pero nuestro alegre cochero, vestido de andrajos, se ofreció á dárnoslas para entrar donde quisiéramos.

Belfast es un pueblo nuevo, grande, perfectamente situado mercantilmente, y edificado con gran regularidad, limpieza y espacio. La casas son de ladrillo y en su mayoría de tres pisos; le encontré alguna semejanza con Filadelfia.

Pero lo más curioso que hay aquí son los coches ó carruajes, que parecen un par de árguenas, en una de las cuales va el cochero y en la otra el pasajero. No he visto nada de aspecto más ridículo.

Hay mucha gente pobre y andrajosa, pero en mucho menor número que en Glasgow. Cosa rara en las ciudades inglesas, nadie me pidió limosna, excepto una niñita.

Á las cuatro y media tomamos el tren para Armagh. Salimos bordeando una elevada montaña, por entre fértiles campos que rebosaban de verdura, de vegetacion y de humedad. Las siembras de papas, de avena, lino, trigo blanco y chácaras se veían preciosas, presentando un aspecto muy superior al de los campos de Inglaterra y de Escocia. La tierra irlandesa es fertilísima, y la agricultura magnífica: es la verde Erin.

El camino de hierro es excelente, más sólido y suave que el inglés y el doble más barato. Sus estaciones son muy sencillas, como las de Estados Unidos, lo que es

una ventaja para el viajero, porque los grandes palacios como la estación de Paddington son costeados por el bolsillo de aquél.

Á las seis llegamos á Armagh, nos alojamos en el hotel Royal, tomamos té, y después hemos recorrido con delicia este pueblo habitado en su totalidad por pobres. ¡Qué semejanza hay, en realidad, entre Chile é Irlanda, y cuánta añade todavía mi corazón! La altura de los cerros, la fuerza de la vegetación, el uso de la cal en los edificios, los techos pajizos en el campo y en los pueblos, las casas bajas, los patios y zaguanes, todo hacía que Armagh se pareciese á uno de los pobres barrios del sur de Santiago. Gozábamos tanto con esto, que la gente parecía sorprendida al mirar nuestra alegre cara.

Nos echamos al bolsillo un chelín en cobre, pero en este pueblo donde no encontramos sino un solo hombre de levita, nadie nos pidió limosna. La pobreza y destrozo del vestir es indecible; en muchos es la desnudez misma.

La raza irlandesa es hermosísima; las estaturas gigantescas abundan y sorprenden, y las mujeres tienen mucha gracia y ojos muy dulces.

Mi principal distracción es mi propio pensamiento, y la cólera de mi compañero contra los ingleses. Dice que si le dieran la noticia de que todos los infames ingleses habían muerto en un minuto, lo celebraría con toda su alma. Su ideal es poder hacer aquí una revolución.

El mayordomo del hotelito es un viejo excelente: conoce la plata de Chile, pues reconoció una moneda que yo le mostré.

El obispo católico es muy pobre, pero el protestante muy rico y buen hombre.

Me acosté á las diez, creyendo dormir como un soldado después de la batalla, en esta tierra de Wellington.

Monaghan, 30 de julio.

Escribo en la ciudad de mis antepasados, donde tuvo origen mi nombre, y donde comenzó y concluyó esa dispersión de las familias que sólo ha dejado algunos restos esparcidos por el mundo.

Pero, debo confesarlo, en mis investigaciones acerca de esos restos no he encontrado todo lo que buscaba; he hallado afecto, sin duda, pero no aquella dulce correspondencia de edad, de principios, de educación, etc.

Me levanté á las nueve, y á las diez nos fuimos á misa. La iglesia católica es un pobre salón, y la concurrencia igualmente de pobres.

La iglesia protestante es todo lo contrario: una catedral de piedra en lo más alto del pueblo, como señal de dominio. Este contraste no puede menos que ser penoso para el sentimiento católico.

La misa fué dulce y me proporcionó una íntima satisfacción; la oía después de algunos meses de separación de la iglesia, separación forzada en parte, y, debo confesar también mi culpa, en parte voluntaria. El pueblo es muy devoto; comulgaron una docena de personas, entre ellas el mayordomo del hotel, lo que me explicó su discreto silencio cuando el día antes hablábamos de degollar á todos los ingleses.

Sánchez vió en esa piadosa comunión una garantía para la moderación de nuestra cuenta. Y en efecto, el *bill* que nos presentaron fué sólo de 3 chelines y 6 peni-

niques, cuando en Inglaterra habría sido por lo menos de media libra, por cama, almuerzo y té.

Á las once partimos en uno de esos curiosos coches-árguenas, pero muy cómodos y contentos. El camino de seis leguas hasta Monaghan es una serie infinita de bajas colinas, cultivadas en pequeño, pero con lindas siembras de lino, papas, trigo y avena. Los ranchitos son exactamente iguales á los de Chile, y todos tienen enfrente de la puerta, al lado de adentro, una especie de mampara de ladrillo, con un agujero para mirar, y que debe servir, ó como una manera de estar libre de las miradas de los que pasan, ó como un aguaite para precaverse de acechanzas exteriores.

En mitad del camino, al entrar á la aldea de Middletown, nos sorprendió una lluvia de las más fuertes y hermosas que he visto. La media hora que duró, la pasamos bajo el umbral de una escuela, divertidos en ver pasar á misa á la buena gente. Algunos parecían fantasmas con sus sayales azules mojados y echados á la cabeza. Todas las mujeres son muy robustas y algunas bonitas.

Á las dos llegamos á Monaghan, comimos á las tres, y en seguida hablé con el dueño del hotel, quien me notició dónde vivía mi tía Leticia, y me llevó allí, con no poca impresión mía.

Abracé y besé á la pobre vieja que tiene cerca de 100 años. Está muy conservada todavía, y con su cabeza perfectamente buena. Es algo reservada de carácter, y no me impresionó demasiado por el cariño, á lo menos por manifestaciones externas. Insistió mucho sobre mi disgusto con su desagradable hijo en París.

Pero me habló también de lo amable que era mi abuelo; del dolor de su despedida, hace de esto 66 años,

pero que ella recuerda como si fuera ayer; de su bisabuelo, el mayor Mac-Kenna, muerto en la batalla de Drumbaunaher, y cuya cabeza fué enviada en un plato á su mujer, por los ingleses; de la belleza de su madre y su hermana Mary, cuya hija estaba presente y era, en efecto, hermosa; de la generosidad de mi tío Guillermo, que murió en Londres hace dos ó tres años; de la fuerza y gentileza de mi bisabuelo, que un día mató un caballo de una bofetada, dirigida á un criado etc.

Lo que me contaba era para mí interesante, pero me costaba hacer hablar á la señora, que no tiene facilidad para escudriñar su memoria, ya gastada por los años.

Tomamos té con ella, Sánchez y miss Stanley, y á las 9 volvimos al hotel. El dueño de éste, como buen irlandés, profesa un odio mortal á los ingleses. Dice que hay unos pocos protestantes buenos; que los *land-agents* son una gavilla de bribones; uno de ellos fué asesinado el año pasado, y los tres hechores ahorcados aquí en mayo último. El pueblo se gobierna por 24 comisionados, de los cuales 23 son protestantes y nombrados por los propietarios. La propiedad está dividida en pequeñas granjas, bajo extensivos *land-lords*.

Hay en la vecindad algunas minas de plomo y fábricas de aguardiente. Una de éstas trabaja un millón de galones, que se venden á 20 reales. El derecho del gobierno es de 10 reales por galón, lo que es un buen correctivo contra la facilidad de la embriaguez.

Mientras yo hablaba con el hotelero, Sánchez bebía oporto de Irlanda, que encontraba muy parecido al mosto de Cauquenes.

B. Vicuña Mackenna

(Continuará)

Á LA SEÑORA

VICTORIA CAAMAÑO DE DÍAZ

(ENVIÁNDOLA MIS "VELADAS LÍRICAS")

SONETO

Como al salir del nido en la enramada,
que mayo viste de verdura y flores,
gorjea el ruiseñor, en los fulgores
del día deleitando la mirada,

tal yo, de la existencia en la alborada,
que en el alma difunde sus primores,
mi esperanza cantaba y mis amores
al alba de mi dicha, hoy apagada.

Dignos de tu bondad y donosura
no son los versos que trazó mi mano
de mi niñez en la corriente pura;

de tu sér el encanto soberano,
cual sol, tan sólo en su amplitud fulgura
espejado del genio en el oceano.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

Á LA SEÑORITA

MARGARITA OYAGUE

SONETO

Antes que viera tu beldad, que aclama
por única rival la poesía,
ya tus encantos numerado había,
escuchando la trompa de la fama.

Logré al fin conocerte; y por la llama
que tu mirar de virgen difundía,
alumbrada mi loca fantasía
estrofas de oro para ti reclama.

Buscando á *Mefistófeles*, confusa
de tu beldad á cambio, sin recelo,
ofrecióle su espíritu mi Musa;

mas ¡ay! fallido le salió su anhelo...
Horrorizado el *mágico* se excusa,
viendo en tus ojos explender el cielo.

AMBROSIO MONTT Y MONTT

REGINA

En aquel campo donde el lector tuvo horas felices, que ha de ser por consiguiente el más hermoso de los creados por Dios, Regina dijo a su primo Eduardo:

—¿Sabes, querido Eduardo, que don Cándido no quiere traer al joven que vive en la casita edificada junto al lago por el vecino de nuestra hacienda? Es necesario que tú seas más galante para que yo pueda ver luego á ese tenebroso.

Eduardo desde sus primeros años había vivido junto con su prima Regina, que fué así la compañera de los juegos de su infancia, el ensueño de los delirios del joven, y ahora la esperanza de un venturoso porvenir. Desde hacía meses había resuelto contarle en el silencio de los campos, en medio de la naturaleza rejuvenecida y llena de esplendores, la historia de su existencia, que se componía de un solo nombre: Regina, reina.

Y cuando ya se acercaba esa hora tan deseada, venía á interrumpirla la aparición de un desconocido, arrojado á las orillas de un lago, en abandonada y triste vivienda,

que se presentaba así rodeado de misterio á preocupar la novelesca imaginación de la amada de su alma.

Y de ahí ciertos temores, que rodeaban su espíritu por la demanda de Regina; y los cuales crecían y crecían á pesar de los rudos combates que la razón y la esperanza venían á darles dentro de su alma, llena de celos imaginarios.

Con estas ideas dejó Eduardo el asiento que ocupaba cuando su prima Regina le hizo aquella súplica, y empezó á recorrer el largo y hermoso camino que conducía al lago y á la casa del hombre desconocido, á quien le había encargado buscar.

Aunque tan amante era de las bellezas de la naturaleza, en ese instante nada se preocupaba de las que á cada paso salían á mostrarse; no veía ya en las laderas boscosas de los cerros, iluminadas por un claro de luna, aquellas mansiones fantásticas que su imaginación ponía obediente á los deseos de su amor; y las cuales, ya fuesen palacios ó chozas, iban á encerrar los cielos de su soñada ventura; ya no sentía en los frescos perfumes de la tierra el hálito de su amada; en los rumores de las hojas y de las brisas los ecos de la voz querida; y en el centelleo de las lejanas estrellas que vagan por los cielos como las ideas de los poetas entre los negros puntos de sus plumas, aquellas miradas ya brillantes y ardientes, ya tímidas y temblorosas.

Á medida que avanzaba por aquel campo silencioso y triste, su alma tomaba un idéntico estado; flotaban por su mente, como jirones de estandarte glorioso, mil recuerdos de las pasadas dichas.

Y marchaba entre los árboles, que poco á poco se habían ido agrupando como en forma de bosquecillos y

entre los cuales las luces y sombras de la luna formaban en el suelo fantásticas figuras.

Rendido por la marcha, se sentó junto á un árbol, y pasándose una mano por la frente quiso desechar todas sus recientes ideas, juzgándolas ridículas quimeras.

Era como en los tiempos felices, como pocas horas antes; Regina iba á saber su amor y á corresponderlo; y sumido en éxtasis vió dibujarse en un porvenir de ventura á ella, que sonriente se le acercaba circuída por rayos de luz de la plateada luna, como aparición celeste arrancada a la naturaleza y al amor.

En medio de este sueño, Eduardo se irguió con violencia; el rumor de una conversación lo trajo á la realidad.

Avanzó con tiento y tratando de no hacer ruido entre las ramas.

Los árboles estaban agrupados como formando una glorieta y dejando un reducido espacio por donde corría un arroyo entre piedras llenas de cactus y rosas silvestres, y donde había un banco de madera y una mesita con un ramo de flores. Fugaz sonrisa pasó por el rostro de Eduardo; era espectador ignorado de una escena que quizás iba á descubrirle lo que tenía tanto interés en conocer.

*
* *

—¡Qué bonito es mi retrato, que está haciendo, señor Alberto!—decía una niña de dieciséis años.—¿Tan bonita soy yo? ¿es la verdad? Mire, ayer un caballero viejo me lo dijo y me preguntó muchas cosas de usted. Ese caballero, que se llama don Cándido, llegó hace pocos días á la hacienda con otro caballero y con una señorita muy

linda; no me vaya usted á olvidar, pues—concluyó Juanita con triste abandono.

—Tú bien sabes que te quiero como á hija—le respondió Alberto—además, te debo gratitud porque has sido mi compañera en esta soledad, donde me he distraído cultivando tu espíritu, que es muy inteligente, pero muy perverso...

—¡Mala yo! Señor Alberto, dígame por qué, para corregirme; yo cuido á mi padre que está enfermo y casi no puede moverse; los niños más grandes trabajan en el campo; á los pequeñitos les doy de comer, los acuesto y los hago dormir cantándoles esos versos tan lindos que usted sabe, y que parece que los entendieran los angelitos, porque me miran contentos cuando yo se los canto y les doy los regalos que usted les manda. Yo rezo á la virgen de la capilla, á la hermosa virgen, que tiene los ojos tan azules y medio cerrados; yo me confieso con el señor cura; ¿qué se me olvida, pues? ¡Ah! ya lo sé, señor Alberto; usted lo adivina todo; perdón por eso; perdóneme, pues... el señor cura dice que es malo: yo he llorado tanto...

—Estás perdonada, Juanita, pero es necesario que me lo digas todo.

—Yo no creía que eso era pecado, pero no lo haré más. Uno de mis hermanitos es moreno, como usted señor Alberto; y tiene unos ojos tan grandes y tan mirones como los suyos; yo no sé por qué lo quiero más que á los otros; y á veces sus regalos se los entrego todos sin que los chicos toquen nada; esto es una maldad; los otros niños que son unas criaturas tan astutas, me han pillado, y se lo contaron á mi padre, que me mandó confesar ese pecado... y el señor cura, en castigo, me dijo que no

viniera á ver á usted; pero yo no he podido obedecerlo; ya no estoy queriendo al señor cura; y este es otro pecado que se lo confesé á la virgen, llorando mucho...

—Tiene razón el señor cura.

—También usted, exclamó Juanita; ¡usted no quiere que venga!... ¡Ah! si ya sabe que hay una señorita muy linda en la hacienda; tiene vergüenza de hablar con una pobre niña y dice que soy mala para que me vaya; yo soy muy astuta, señor Alberto... ¡usted no me quiere!

Y Juanita se puso á llorar.

—¡Vaya! no llores; ven todos los días para que aprendas á escribir bien; yo hablaré al señor cura.

—Usted le hablará y dará permiso—exclamó Juanita, secando sus lágrimas.—¡Qué gusto de hacerme llorar cuando yo le traía una cosa tan bonita!...

—El ramo de flores de todos los días.

—Está ahí sobre la mesa. No, es otra cosa que ahora no se la doy en castigo; pero ¿sabe que está muy hermoso el pradito que se ve en la quebrada? He hallado un camino muy bueno para bajar al fondo; uno puede mojarse la mano en el agua del torrente.

—Iremos mañana en la tarde.

—Pero si usted va á estar triste no lo acompaño; ¡hasta cuándo, pues! Dios sabe lo que hace, así dice el señor cura; la señorita Isabel, con quien usted iba á casarse, está en el cielo; usted ha venido á esta soledad á llorarla; muy bien hecho, no debe irse nunca; pero no debe estar triste. La señorita de la hacienda es muy hermosa; cuando el caballero don Cándido me dijo que había llegado, yo fuí á dar mis vueltas por la casa para verla... ¿por qué, señor? Yo no lo sé, pero me fué imposible dejar de verla. Todas estas señoritas son iguales. Usted me decía

que la señorita Isabel tenía ojos verdes; así como una hoja de árbol son también los de la señorita Regina; se llama Regina, ya ve cuán pronto sabemos todas las cosas las mujeres. Es blanca y pálida, muy delgada, con un pelo rubio lleno de vueltas y flores, y un pie como el de mi hermanito; lleva un vestido blanco y tiene un aire que asusta; es muy bonita, pero no me gusta nada, señor Alberto. Nosotras las pobres somos muy feas; yo me miré en el agua del lago: ojos negros, así, muy negros; pelo negro, color negro, vestido negro... todo negro; por eso me pongo estas flores en la cabeza, usted no las ha visto, ¿usted no se fija? Voy á ponerle una en el ojal del paltó; el caballero don Cándido llevaba una rosa, ¡ah! esta rosa es para usted. Pero, Dios mío, ya es muy tarde; yo soy una habladora; tome, señor Alberto, el regalo: son unas planas de escritura de letra chica; usted no sabía este adelanto; ¡ah! no están muy malas... ¡hasta mañana, en la quebrada!...

Y diciendo esto, desapareció corriendo entre los árboles.

Alberto miró sonriendo el progreso en la escritura que había hecho Juanita, y tomando el ramo de flores que había sobre la mesa, dejó el bosquecillo. Á poco rato se oyó una voz de hombre que entonaba una canción, y que se iba elevando, elevando hasta prorrumpir en este verso:

Y solo vivo yo...

que fue á morir perdido entre los ecos del torrente.

Eduardo se extremeció.

En ese instante llegaba también á sus oídos como melodía lejana, una voz de niña que cantaba:

Y sola vivo yo
¡porque él no me ama!

Con el corazón entristecido, Eduardo se alejó del bosque, y al ver los cerros, el lago, la naturaleza entera, fijó en los cielos una mirada que en un mar de dolorosas inquietudes pedía la solución del porvenir.

*
* *

Llegó la tarde del día siguiente, durante todo el cual Regina no manifestó que hiciera recuerdos del desconocido.

Á esa hora invitó á Eduardo y á don Cándido á pasear á caballo por las márgenes escarpadas entre las cuales corría el torrente que daba parte de sus aguas al hermoso lago.

Iba Regina poseída de una alegría nerviosa; reía, cantaba, embromaba á todos los campesinos que hallaba a su paso, y moviendo su pañuelo á las blancas garzas que se veían surcar ligeras las aguas del lago, les decía:

Albas esperanzas, huid ¡ay! presto huid!

Llegaban ya al punto de su paseo, que era una profunda quebrada en cuyo fondo rugía y se retorcía entre peñascos un torrente.

En las laderas de los cerros había rocas inmensas, que parecían desprenderse sobre el abismo; y al lado de ellas y entre sus grietas, multitud de arbustos, que embalsamaban el aire con penetrante aroma, y donde las aves mezclaban sus cantos á los rugidos del torrente,

como notas de alegría á roncos extremecimientos de desesperación aunados en extraño concierto.

Era aquello un conjunto tierno y salvaje de la naturaleza haciendo idilios, y de la naturaleza horrible y majestuosa; rocas hacinadas unas sobre otras, como restos de destruída ciudad; y flores y arbustos y hierbas, tímidos embriones de existencia; y aves y rumores y brisas cantores de tanta ruina y de tanto nacimiento en el teatro solitario de apartado campo.

De repente Regina detuvo su caballo, y dirigiéndose á sus compañeros les dijo:

—¿Veis aquella florecilla blanca inclinada sobre esa roca? Es vuestra hermana, don Cándido, porque se llama don «Diego de noche»; y además porque el sol la obliga á doblarse, como á vos los ojos de una hermosa. ¡Ah! qué feliz sería si tuviera esa flor antes que se abran sus pétalos.

Eduardo, al oír este deseo, hizo un movimiento para dejar el caballo.

—Te lo prohibo—le dijo Regina.

—La muerte, la muerte—exclamó don Cándido mirando el precipicio.

—¿Tiene miedo?

—Miedo de morir por usted—contestó don Cándido con acento de reproche;—yo creía que era mejor conocido y apreciado.

—¡Oh! yo tendré esa flor—exclamó Regina desprendiéndose del caballo y corriendo hacia el borde de la quebrada donde parecía estar la flor.

Eduardo y don Cándido la siguieron.

Los últimos rayos del sol iluminaban de rojo las crestas de los lejanos montes y las nubes del cielo; la brisa

balanceaba con suavidad los mil arbustos y arrayanes que crecían por todas partes entre los accidentes del cerro; los rugidos del torrente venían á interrumpir el silencio de aquel campo lleno de triste tranquilidad.

Regina, con su cabello rubio suelto en largos bucles sobre la espalda, con su rostro sonrosado por el ejercicio y quizá por oculta emoción, afirmándose en las rocas y dando vuelta entre ellas avanzaba hacia el borde de la ladera.

Don Cándido iba aterrorizado; Eduardo sonreía tranquilo.

—¡Ah por Dios, no vaya á desvanecerse!—le gritaba don Cándido;—¿Para qué hacer tantas locuras por una flor humilde?

En ese instante se oyó vibrar cual un grito del alma esa triste voz, que decía: «Y solo vivo yo», y que al parecer nacía en lo hondo del precipicio y se elevaba á los espacios como buscando un desahogo.

Regina llegaba á la cima de la ladera y allí se detuvo vacilante, afirmándose en una roca. Sus ojos verdes tan hermosos estaban terriblemente fijos en el precipicio, como atraídos por éste y como buscando el origen de aquellos acentos desgarradores.

Eduardo ya estaba á su lado pálido y nervioso.

Don Cándido había desaparecido.

Por un efecto de perspectiva fácil de engañar, la flor no estaba entre las rocas que creyeron, sino en otras, que naciendo en el fondo de la quebrada, distaban unos cuantos pasos de la ladera, y vistas desde lejos parecían ser su continuación.

—Vamos—le dijo Eduardo—es imposible tomar esa flor; vamos, Regina.

—Yo quiero tenerla—le contestó ésta.

—Te prometo cortarla mañana; pero ahora cede; es lo primero que te he pedido.

—Tú no conoces á las mujeres; yo quiero esa flor; pero espera—añadió con voz medio ahogada—ya es inútil; mira—y le señaló con la mano á un joven que escalaba las rocas.

Eduardo se puso lívido y apretó con fuerza el brazo de Regina hasta hacerla prorrumpir en un grito de dolor, y con nervioso acento le dijo:

—Tu deseo será cumplido; si él muere, iré yo.

Regina no le oía, trémula como estaba de emoción, fijando sus ojos con increíble angustia en todos los movimientos del desconocido.

Con penosos esfuerzos escalaba éste las rocas, agarrándose en ellas, arrastrándose, sirviéndose de los arbustos, que bien podían desgajarse y precipitarlo en el abismo, cuyo ruido aterrador se oía imponente en el silencio.

Cada paso que daba, cada dificultad que vencía era una esperanza dolorosa para Regina, cuya existencia se había reconcentrado toda en aquella ascensión, que con terrible fijeza sin cesar miraba.

Eduardo, silencioso, oprimía sus manos con sus uñas ensangrentadas; en sus ojos se leía una mezcla indescriptible de odio, de celos y de admiración.

Un suspiro profundo se escapó de los labios de Regina; el joven llegaba al lugar donde estaba esa flor tan deseada y causa de tanto sufrimiento.

Regina quiso decir algo, pero sus ojos se encargaron de hablar.

El desconocido le mostraba la flor, saludándola con una sonrisa.

Á impulso del mismo pensamiento miraron todos buscando por dónde hubiese un camino para descender.

Desde la altura sólo se veían hacinamientos de rocas unas en pos de otras, prendidas de los más variados modos, como burlando las leyes del equilibrio y de la atracción; y en el fondo el torrente con sus rugidos y espumas, que parecía arrastrarlas en su vertiginosa carrera.

En ese instante las luces del crepúsculo avanzaban como cuervos para un lúgubre festín; en las alturas del cielo aparecían indecisas, como entre velos, las primeras estrellas; las ramas de los árboles y arbustos apenas susurraban.

El desconocido miró toda la naturaleza, dibujándose en sus labios una triste sonrisa.

En seguida fijó sus ojos en la orilla donde estaban Regina y Eduardo.

Retrocedió unos cuantos pasos; escaló en seguida una última roca y recogió su cuerpo como para salvar de un salto la distancia.

—¡Nó, por Dios!—le gritó Regina con indecible angustia.

Otro grito de mujer, más intenso y más terrible, se oyó desde el fondo del precipicio.

Hubo como un ahogo momentáneo, una emoción indescriptible cuando el desconocido dió el peligroso salto.

—¿Se ha hecho mal?—le dijo Regina con lágrimas en la voz.

—Nada, señorita—le respondió, acomodando el desorden de su traje y pasándole la flor.

—¡Tanto exponerse por un capricho mío; he sufrido mucho!

—Oí su deseo de tener esa flor cuando bajaba á la

quebrada por un camino muy bueno; sólo siento haberme anticipado á estos caballeros, pero ellos me perdonarán.

En ese instante llegó don Cándido, diciendo:

—Lo felicito; el camino es muy cómodo; acabo de verlo. Usted es el señor Alberto, que vive en la casita del lago. Yo pensaba hacerle una visita de vecino.

—¡Ah sí!—añadió Regina—el señor nos dará el gusto de ir á la hacienda para reprenderlo por lo que ha hecho ¡ya ve cuán ingratas somos las mujeres!

—Gracias, señorita; pronto tendré ese placer.

—Magnífico—añadió don Cándido.—Habrá otro compañero para nuestras fiestas; recorreremos la laguna; cazaremos garzas: mañana hacemos una partida.

—Soberbia idea—dijo Regina.

—Apuesto á que cazo seis garzas—exclamó don Cándido, envalentonado por este aplauso.

—Y ¿cuántas tú, Eduardo?—le dijo Regina.

—¿No has dicho que son "albas esperanzas que huyen"?—le contestó éste.

—Razón de más para pillarlas antes que se vayan.

—Claro, muy claro—interrumpió don Cándido—y ustedes verán cómo me porto yo; á lo menos seis garzas, ya lo he dicho.

*
* *

En el bosquecillo estaba Juanita teniendo en sus manos el ramo de flores silvestres, que todos los días traía como ofrenda de eterna gratitud al que había cultivado su espíritu con tanta honradez y tanto cariño.

Asombrábale la ausencia de Alberto, que siempre estaba antes que ella; y mil temores venían á su alma,

cuando, dirigiendo la vista al lago, lo vió con otras personas en el bote.

El ramo se cayó de sus manos, y con ansiedad nerviosa avanzó fijando una mirada indescriptible en una mujer, que estaba al lado de Alberto.

—¡Cuán hermosa es!—dijo la pobre niña.—Todas estas señoritas tienen los ojos verdes; son iguales; ¡ah! ya no hay lección; se olvidó de mí, que tanto lo amo...¡vaya! —continuó, moviendo su cabeza con encantador abandono—qué loca soy! ¿Por qué ha de amarla? ¡Aprensiones; le dejo el ramo y cuando lo vea se acordará de mí!

Y corrió á tomar el ramo, que con el mayor cuidado puso sobre la mesa.

En seguida, al fijarse en las otras flores del bosquecillo:

—¡Pobrecitas!—les dijo—el ingrato las ha olvidado, pero yo las cuidaré hasta que muera.

Y sacando agua del arroyo, al copigüe de flores purpurinas lo regó primero, porque era la planta que más quería Alberto; después, al rosal á quien ella tanto amaba y le contó sus cuitas.

Frescas estaban sobre la arenilla del suelo las figuras que había hecho Alberto para explicarle variadas cosas; entre sus libros, secas estaban las flores que Alberto había cortado y que ella tenía allí como santo recuerdo: ¡todo estaba lo mismo, menos él; pero si él era todo!

Entonces se oyó en el bosquecillo esa canción tan triste, cuyo último verso: «Y sola vivo yo» lo confundía la brisa con el perfume de las flores entre las cuales jugueteaba.

*
* *

Mientras tanto Eduardo para desahogar su alma, escribía en su libro de recuerdos:

«Cuando la barca surcaba ligera las aguas del lago, vi sus miradas; sus labios estaban mudos; pero ¡qué! si ese silencio hablaba!

Y más tarde, á la hora en que el sol arroja sobre la tierra torrentes de luz y de calor, cuando el campesino recuesta su cuerpo fatigado y se duerme con el canto monótono del grillo, á esa hora, por las densas arboledas y viñedos también los vi, teniendo juntas sus manos, tranquilos y felices.

Y los días pasan y pasan, y ese hombre siempre está junto á ella, y mi alma se hace pedazos y á veces pienso como un malvado.

Ayer fuí al bosquecillo, á la casa del hombre feliz, y me senté en un banco de madera, junto á una mesa llena de flores marchitas.

Á poco rato oí un grito y una niña morena corrió á mi encuentro, pero al verme de cerca:

—No es él—murmuraron sus labios.

La conocí al instante y le dije:

—Alberto no se acuerda de ti.

—¡Ah! no es cierto, sois muy malo, señor;—repuso, y echó á llorar.—¿Ama á la señorita?—me preguntó.

—Sí—le respondí.

—¡Ah! bien me lo decía el corazón!

—¿Lo amas tú?

—Sí... nó, nó... ¡pero si lo amo como á Dios!

Y la pobre niña lloraba.

—Ese es el único remedio para tu mal—le dije.—Mira, ese hombre me ha arrebatado el amor de Regina y ni siquiera puedo aborrecerlo.

—Yo tampoco la odio—me respondió—pero yo soy pobre, sola en el mundo; yo que creía tenerlo siempre á mi lado; que siempre recibiría mis flores. ¿Las ve? Están secas; secos también están mis ojos de llorar; ya no me gustan las flores sino éstas, que riego con mis lágrimas; pero yo me voy, señor.

—Anda, pobre niña—le dije—y si sufres mucho acuérdate de mí; me llamo Eduardo.

La vi alejarse poco á poco entre los árboles; me acordé de aquella canción: "Y sola vivo yo"...

¡Ah! si en el mundo se unieran los hombres por el dolor!

***

Ya no me queda duda; deben haber hablado de casamiento. ¡Necio de mí, á quien ella ama como si fuese un hermano!

¡Cuán terrible es edificar un castillo de soñadas dichas, verlo elevarse al cielo, acariciarlo tantos años, vivir sólo para él y cuando menos se piensa tener que decir: "¡Adiós esperanzas!" ¡Esperanza! lo último que el hombre pierde!

Escribo porque hallo consuelo al releer mis penas.

***

Hoy se decide mi suerte ¡terrible lucha del deber con la pasión! Anoche don Cándido declaró su amor á Regina, declaración que yo oí, fingiendo ocuparme exclusivamente en admirar unos dibujos; recuerdo todas sus palabras: ¡si en ellas iba mi porvenir! Pero mis ideas están confusas; tengo miedo; la esperanza de la dicha, ahora, después de lo que he sufrido, es terrible.

Regina desechó las proposiciones de don Cándido, y éste, furioso le dijo:

—Usted se ha reído de mí, alentando mi cariño con miradas, hasta con bromas; ¡quién sabe si usted amaba á otro; á ese orangután del lago quizás!

—Y ¿por qué nó?—le repuso Regina.

Entonces don Cándido, lanzando una carcajada nerviosa, añadió:

—Usted es feliz, muy feliz; Alberto tiene una hermosa campesina con la cual... representa pastorales.

Regina se puso pálida, pero tuvo valor para sonreírse.

—¿Lo duda?—añadió don Cándido.—¿Quiere que mañana vayamos á convencernos con nuestros propios ojos?

—Se lo agradeceré—le dijo Regina—porque usted me dará, si ello es cierto, un tema para la más chistosa broma. ¡Ah! mi amigo, y de la gratitud al amor hay...

—Un paso—concluyó don Cándido todo confuso y dejando el asiento que ocupaba.

En ese instante Alberto entró al salón; Regina se fué á su pieza y no volvió en toda la noche.

Al oír la perfidia de don Cándido, mi primer impulso fué el de ahogarlo; pero luego quise bendecirlo, porque será causa de que Regina corte con Alberto, y entonces... no tengo dudas; Dios debe querer que así sea.

¿Por qué en la tierra yo no debo ser feliz después de haber padecido tanto?

Además, don Cándido es el autor de esa calumnia.

Yo sé que Alberto es como un padre para Juanilla; pero ¿quién me obligará á decirlo? qué ley divina, cuál humana? Hacerlo es quijotería; deber de comedia; Regina será mi esposa y será más feliz que con Alberto.

Por otra parte, hace tantos años que la conozco; tengo

derechos; no habría justicia si no hiciese lo que pienso; es muy claro ¡qué necio he sido en vacilar!...

Pero Regina no me ama; sufrirá mucho, porque su alma es de ese hombre; yo puedo evitar sus sufrimientos; sin embargo ¡he padecido tanto también y nadie me ha dado un consuelo!

Y si se casa con Alberto yo la veré con una corona de azahares en su cabeza; esa su sonrisa de niño, que tantos años fué mi encanto, ya no existirá para mí; ya no existirá esa mirada que he visto desarrollarse poco á poco; no sé por qué recuerdo en este instante las épocas pasadas; éramos los dos solos en una vida de venturas...

¡Nó, no puede ser; yo tengo derechos!...

Una tarde, hace mucho tiempo, corríamos por los caminos del jardín tras una mariposa de alas rojas y negras; la mariposa huyó de nuestras manos, pero como estaba á mi lado, Regina se acercó á mi oído tanto, tanto, que jamás pude saber lo que me dijo.

Después mil veces se lo he preguntado y ella se ha reído silenciosa.

Otra vez, lo tengo muy presente, fué en la avenida de los naranjos en flor; era una mañana llena de esplendores; ella llevaba una bata blanca, como su alma, y una cinta azul, como mi dicha; tenía además un pañuelo en su hermoso cuello.

—Voy á esconderme, me dijo; ¡cuidado con mirar hasta que yo te grite!

De repente oigo su voz entre las flores; corro á buscarla; pero envolviéndome con el pañuelo me retiene y me atrae hacia sí; y yo la veo á mis espaldas triste y callada...

¡Ah! nunca! no será de nadie mientras yo viva!

¡Dios mío! mi cabeza arde, dadme luz; nó, nó; ¡dadme valor!»

*
* *

Arrojó al suelo el ramo que traía Juanita y toda su alma se extremeció al sentirse entre los brazos de Alberto que le decía:

—He sido un ingrato, perdóname.

—¡Ah! nó—le respondía entre risas y lágrimas la pobre niña.—Algún día ha de volver, decía yo; y está bueno, lo veo; he regado las flores; tengo dos planas muy bien escritas...

—¡Cuán feliz es uno cuando lo aman!—le dijo Alberto. Voy á casarme, pero no te olvidaré.

—Todos lo aman; ella lo ama; boté el ramo de flores; ¿lo ve? Usted anduvo por la laguna... pero mi padre está enfermo; me voy á su lado, adiós ¡piense en ella!

Y la pobre niña, después de este rápido diálogo, salió corriendo del bosquecillo ahogada por los sollozos.

Á poca distancia la detuvo una voz que le decía:

—¿Sufres mucho?

—¡Ah! no me lo pregunte, señor Eduardo.

—Entonces, oye: cuando Alberto te abrazaba como un padre, Regina, su novia, lo ha visto; esa fué la venganza de don Cándido, que yo no he podido impedir, porque en vano te he buscado. Es necesario que escribamos una carta á Regina diciéndole la verdad; tráeme papel; corre—añadió Eduardo, oprimiendo su corazón con ambas manos—corre luego para que ella no sufra!...

Y sobre una roca esos dos seres, hijos de la desgracia, escribieron poco después la carta santa del consuelo y del sacrificio.

Á su vista las blancas garzas surcaban más y más ligeras las aguas del lago; eran «las albas esperanzas que huían por siempre» ¡ay! por siempre, así lo creyeron!

*
* *

Regina, con paso febril, recorría su suntuosa habitación, teniendo su alma destrozada por la perfidia de Alberto, que con tan negros colores había creído ver.

Sin cesar se presentaba en su imaginación ese cuadro que oculta tras los árboles había divisado: ¡era él, el amado de su alma, el que iba á ser su esposo, quien recibía lleno de conmoción el abrazo de una hermosa campesina en el solitario bosquecillo, á esa misma hora y en los mismos lugares donde tantas veces le había jurado el amor más tierno, el amor más inmenso!

Y todavía lo amaba, y por más esfuerzos que hacía para borrarla, la imagen de Alberto estaba quemante en su corazón y lo destrozaba más y más por los celos y la vanidad ultrajada.

Y á su alma venían recuerdos de los días dichosos, de los sueños no terminados, de las promesas, y de las lágrimas y de las risas, allá entre las densas arboledas, donde morían las flores por los besos del sol y donde ellos sentían lo infinito, aletargándose en la naturaleza y en los delirios de un amor correspondido.

Y entre tantos cuadros de dichas, mezclándose con ellos, como luces y sombras, veía á Alberto y, en lugar de ella, á una hermosa campesina; la veía robándole, no ya el porvenir, sino hasta ese pasado, que palpitante estaba en su alma.

Y Regina quería dudar y hacía sofismas para explicar-

se la conducta de Alberto, y cuando ya se convencía y se abrían de nuevo los cielos de su dicha, como arrojados por mano maldita, aparecían en el bosque, Alberto y la campesina, riéndose de ella, la gran señora, y riéndose de su amor...

Horas crueles transcurrieron; horas en que el alma meditaba á pesar de los dolorosos arrebatos de la pasión.

Regina se decía que iba á despreciar á Alberto desde el primer momento; á manifestarle todo lo terrible de su silencioso y altivo desdén... Pero él con la campesina ¿se reirían de su desprecio? Nó, no era eso lo que debía hacerse! Al contrario, fingiría ignorarlo todo y como en los días de dichas, sonriente y humilde le daría la flor del recuerdo y de la esperanza; sondearía en su alma hasta lo más oculto, veria el lado más débil, y con hechizos misteriosos, irresistibles ¡ella los tenía! había de doblar á ese hombre, subyugarlo á sus pies, y entonces ¡cómo reiría ella, cómo habría de reír!

Así lo pensaba.

En ese instante la puerta de la habitación se abrió y una carta cayó á sus pies; Regina corrió á la puerta; no había nadie; la carta decía así:

"Dejo la hacienda por largo tiempo ¡quizás por muy largo!

"Supón que ahora oyes á un moribundo en aquel momento de los últimos adioses...

"Te debo mucha gratitud por los sueños de ventura que me has dado.

"Tú ahora sufres; y es justo que te pague esta deuda borrando tus sufrimientos.

"Alberto es inocente: aquella pobre niña ha sido para su alma como una hija.

«Don Cándido, por conseguir tu amor te dió una calumnia; yo para perder por siempre ese mismo amor te doy una verdad.

«Así sabrás cuánto te he amado.

«Recuérdame siquiera alguna vez.

EDUARDO»

***

Muy lejos estaban el lago y el bosque, cuyas aguas y flores oyeron la triste canción; muy léjos estaban los campos de tantos goces y dolores, de tantas esperanzas desvanecidas y de tantas ilusiones formadas.

Los viajeros iban á las ciudades y pronto quizás olvidarían por siempre el lugar de sus dichas, que en el curso de su viaje ya era un lejano horizonte.

Y entonces fué cuando Regina con las modulaciones más tiernas de su voz dijo al amado de su corazón:

—He estado á punto de perderte; creí que me engañabas; pero esta carta, que acabas de leer, me ha dado la felicidad. ¡Pobre Eduardo, qué corazón tan noble tiene; quiérelo mucho, Alberto mío!...

Y cada instante que transcurría los alejaba de esos parajes que dejaron solitarios y que siempre eran los mismos, impasibles por dichas ó dolores, por ingratitudes ó cariños: los árboles con su follaje darán sombra y fresco; las aguas del lago rielarán el oro y la plata de los grandes astros; las aves temblorosas pasarán por ellas; y las rocas duras y heladas dejarán en las riberas á los arbustos y á las plantas enredarlas con sus brazos...

***

Cuentan los campesinos que moran en esos lugares, que cuando amarillaron las hojas de los árboles, cuando el viento helado empezó á soplar con fuerza, cuando el ave trinaba apenas oculta en su nido, allá por la orilla del lago se oyó una voz de niña que cantaba: «Y sola vivo yo», y cuyo eco moría entre el ruido de las hojas secas revueltas por el viento.

Y vinieron las crueles lluvias, el oscuro cielo rasgado por el rayo, los campos con árboles semejantes á esqueletos, y siempre se oía esa voz por la orilla del lago, diciendo con su desgarrador acento: «Y sola vivo yo»...

Pero las brisas suaves y tibias balancearon las flores nacientes, el sol vino á fecundizarlas, el ave á regalarles su armonía; y cuentan los campesinos que entonces el eco engañador empezó á susurrar en el bosquecillo hermoso: «Y solos, felices los dos» y era porque había una niña de negros ojos y cabellos y un joven, que miraban juntos morir de envidia á la naturaleza entera, á pesar del infinito amor que ésta respira.

—¿Quieres, lector, que los llamemos Eduardo y Juanilla?

BRUNO LARRAÍN BARRA

¡SOY FELIZ!...

¡Quién como yo feliz! Con tu ternura,
con tu belleza y tu bondad ufana,
blanda hiedra que al árbol se entreteje,
fuertes lazos de amor á ti me atan!

Mas con presión tan suave y deleitosa
y con poder tan dulce me avasallan,
que al respirar feliz bajo su imperio,
por libertad ninguna los trocara.

Ave que busca el azulado espacio
para tender las rutilantes alas;
gota que el cáliz de la flor sencilla
trémula besa, al despuntar el alba;

nube que á impulso de ligeras brisas
al sol se eleva, cuya luz la encanta,
mi alma, anhelando de ventura un cielo,
á ti tendió sus amorosas alas...

En vano aleve la amistad traiciona,
y en desengaño su ilusión trocada,
lo que antes ¡ay! nuestra delicia hacía
es hoy dogal que nos oprime el alma;

porque al mirar tus celestiales ojos
que nunca, puros, la verdad disfrazan,
á sus destellos de ternura inmensa
en blanda paz mi corazón se baña.

¡Oh! ven, descansa en mi amoroso seno
esa cabeza lánguida, abrumada
de cuidados sin fin... de decepciones...
flores que el cierzo deshojó al tocarlas.

Tú que das tan purísimos contentos,
tú que conviertes la existencia amarga
en éxtasis sublime de alegrías
¿por qué las hieles del dolor te guardas?

Juntos en el gozar, también yo imploro
el compartir tus penas y tus lágrimas,
suave bálsamo ser de tu amargura,
y faro celestial de tu esperanza.

Sea yo para ti como en el cielo,
al que perdido en las tinieblas vaga,
es en la noche tormentosa y triste
el tenue rayo de la luna pálida.

Tu pena olvida entre los tiernos brazos
que con ternura sin igual te enlazan,

y el rumor de las pérfidas pasiones
que al eco blando del amor se acallan.

Amémonos así... siempre te admire
como hoy, absorta y arrobada mi alma.
¡Era verdad cuanto mi amor creía!
¡Ah! tus ojos de luz no me engañaban!

Hallé el Edén en nuestros caros lazos,
me embriagó de sus flores la fragancia;
sentí que es dulce hasta el dolor más hondo
si juntas ¡ay! se vierten nuestras lágrimas.

AMELIA SOLAR DE CLARO

25 de agosto de 1887.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

Sin embargo, ha de advertirse que muchos escritores castellanos, y entre ellos algunos de nota, han empezado, con manifiesta é injustificada infracción de la regla gramatical, á formar plurales añadiendo simplemente una *s* á las palabras que terminan en consonante.

Siguiendo esta mala práctica, dicen *clubs* y *álbums*.

El profesor español de jurisprudencia don Joaquín Ortega, que, el año de 1827, tradujo á nuestro idioma el MANUAL DEL DERECHO PARLAMENTARIO por Jefferson, emplea muy á menudo el plural *bills*.

Don Ramón Mesonero Romanos usa el plural *complots* en el artículo de las ESCENAS MATRITENSES titulado *Las visitas de días*.

COACREEDOR

El artículo 1,526 del CÓDIGO CIVIL CHILENO dice, entre otras cosas, lo que sigue:

«El *codeudor* que ha pagado su parte de la deuda no puede recobrar la prenda ú obtener la cancelación de la hipoteca, ni aun en parte, mientras no se extinga el total de la deuda; y el acreedor á quien se ha satisfecho su parte del crédito no puede remitir la prenda, ó cancelar la hipoteca, ni aun en parte, mientras no hayan sido enteramente satisfechos sus *coacreedores.*»

El artículo 1,532 dice así:

«Siendo dos ó más los acreedores de la obligación indivisible, ninguno de ellos puede, sin el consentimiento de los otros, remitir la deuda ó recibir el precio de la cosa debida. Si alguno de los acreedores remite la deuda ó recibe el precio de la cosa, sus *coacreedores* podrán todavía demandar la cosa misma, abonando al deudor la parte ó cuota del acreedor que haya remitido la deuda, ó recibido el precio de la cosa.»

El DICCIONARIO de la Real Academia Española no trae la palabra *coacreedor*.

Sin embargo, admite las enteramente análogas de *coadjutor*, *coacusado*, *coayuvante*, *coagente*, *coamante*, *coapóstol*, *coautor*, *coheredero*, *cointeresado*, *colegislador*, *coopositor*, *correo* (cómplice).

La partícula *co*, contracción de *con* delante de vocal, de *h* y de *l*, es una de aquellas que, unidas á sustantivos, adjetivos ó verbos, sirven para componer palabras fácilmente formables que auxilian la exacta expresión del pensamiento y enriquecen la lengua.

Coacreedor es, pues, un neologismo que debe admitirse.

CODEUDOR

Esta palabra aparece empleada en el trozo antes

copiado del artículo 1,526 del Código Civil Chileno.

Se encuentra igualmente en los artículos 1,520, 1,521, 1,522, 1,534, 2,362 y otros.

Aunque al Diccionario de la Real Academia no la autoriza, me parece que existen en favor de su admisión los mismos fundamentos que acabo de exponer por lo que respecta á *coacreedor*.

COASIGNATARIO

Puesto que el Diccionario de la Academia no autoriza el uso de *asignatario*, menos podía aceptar el del compuesto *coasignatario*.

Sin embargo, juzgo que las dos palabras están bien formadas, y que hacen falta.

Coasignatario se encuentra empleado en casi todos los artículos del título 10 del Código Civil Chileno.

COBRAR

El artículo que el Diccionario de la Academia dedica á este verbo es el que sigue:

"*Cobrar*. Verbo neutro. Percibir uno la cantidad que otro le debe.—Recuperar.—Tratándose de ciertos afectos ó movimientos del ánimo, tomar ó sentir: *cobrar cariño á Juan, afición á las letras; cobrar espíritu, valor.* —Tratándose de cuerdas, sogas, etc., tirar de ellas é irlas recogiendo.—Adquirir: *cobrar buena fama, crédito, un enemigo.*—Montería. Recoger las reses ó piezas que se han herido ó muerto.—Verbo neutro anticuado. Reparar, enmendar.—Verbo recíproco. Recuperarse, volver en sí".

Algunos usan este verbo en el sentido, no de *percibir* ó *recibir* lo que otro adeuda, sino de *pedirlo* ó *exigirlo*.

Don Rufino José Cuervo, en las APUNTACIONES CRÍTICAS DEL LENGUAJE BOGOTANO, y don Zorobabel Rodríguez, en el DICCIONARIO DE CHILENISMOS, llaman la atención con mucho fundamento sobre el muy grave inconveniente que puede resultar de que se den á una voz como *cobrar* las dos acepciones á que he aludido, y á la verdad, tienen indisputable razón.

Si se atribuye á *cobrar* el doble significado de *exigir* y de *percibir* lo que otro adeuda, ello puede dar origen á equivocaciones muy dañosas.

Don Zorobabel Rodríguez se expresa como sigue:

"Recomendamos á pleiteantes, abogados y escribanos, porque puede importarles, tengan muy presente que *cobrar* no es, como tal vez están creyendo, *exigir el pago*, sino *recibir el dinero;* ¡y bien, y de sobra, se saben ellos que media entre una y otra cosa tal cualilla distancia!

"Si Pedro otorgase á favor de Juan una escritura autorizándolo para *cobrar ciertos pagarées*, con el ánimo de facultarlo solamente para demandar por el pago, podría llevarse buen chasco; porque, en realidad, y según el texto mismo del poder, lo habría autorizado para *recibir* del demandado el valor de aquéllos".

No puede negarse que lo expuesto por el señor Rodríguez se halla en el más perfecto acuerdo con lo que el DICCIONARIO de la Academia dice acerca de *cobrar* en el artículo antes copiado.

Don Rufino José Cuervo había anteriormente empezado por sostener otro tanto.

He aquí sus palabras:

"Tratándose de lo que á uno le deben, *cobrar* significa *percibirlo, recibirlo.*

"Es, pues, absurdo á todas luces tomar este verbo por *pedir, exigir, demandar lo debido*; verbigracia, "estoy "cansado de *cobrar*, y no *percibo* ni un cuarto."

Sin embargo, en el último capítulo de su instructiva obra, titulado *Addenda et corrigenda*, se expresa como va á leerse:

"Los españoles usan á *cobrar* del mismo modo que censuramos en el párrafo 452; sea testigo aquel cuasi-epígrama que dice (y pudiera decirlo mejor):

Un acreedor eficaz
cobró á Blas cuando moría,
y éste al acreedor decía:
—Déjeme morir en paz.
—Conque ¿morirte prefieres?—
dijo el otro.—Pues lo quiero.
—Paga la deuda primero,
y muere cuando quisieres.

"Como quiera, siempre será bueno andarse con tiento al usarlo, sobre todo en escrituras, declaraciones, etc., pues es ocasionado á graves equivocaciones."

Don Fidelis P. del Solar, en la obra titulada REPAROS AL "DICCIONARIO DE CHILENISMOS", se expresa así:

"Si *cobrar* no es *exigir el pago*, como dice el señor Rodríguez en el trozo que transcribimos, díganos entonces ¿qué es lo que hace don Serapio en la comedia de Bretón ME VOY DE MADRID, sino *exigir el pago* á don Joaquín?

Don Joaquín

—Á mí la salud me sobra,
y ¿usted?

Don Serapio

—¡Eh! Vamos tirando.
Mientras siga así la atmósfera...
De paso también venía
á *cobrar* esa bicoca...

Don Joaquín

—(Ya decía yo que este hombre...)
Sí; ya entiendo; las nueve onzas...

Don Serapio

—Perdone usted; tres mil reales.

"Continúa la escena manifestando don Joaquín la imposibilidad de pagar, y don Serapio exigiendo de mil maneras, y empeñado en llevar algo siquiera de la deuda; pero don Joaquín con dos pistolas descargadas le entra el resuello al recaudador, quien se retira sin recibir un cuarto, temiendo que el deudor le aloje una bala en su pobre humanidad. La pieza concluye, y don Serapio no recibió nada, porque el pájaro voló de Madrid; y ya sabemos que él dijo al empezar el diálogo:

De paso también venía
á *cobrar* esa bicoca.

"El que *cobra*, decimos, pues, está en el riesgo de recibir ó nó dinero; sus funciones se reducen á *exigir*, y tiene que correr el albur"

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

LAS HADAS DEL ANDALIÉN

(Continuación)

XV

Con la vergüenza en el rostro y la desesperación en el alma, Conrado Álvarez dejó á Concepción á la hora en que el cañón del recinto y las campanas de los templos daban el toque de queda.

Envuelto en las sombras de la noche abandonó la ciudad el poco numeroso, pero aguerrido escuadrón, cuyo jefe hubiera deseado ocultarse á los ojos de todos como un criminal, á quien confunden las miradas de la multitud.

Los soldados partían llenos de gozo y entusiasmo. El nombre y la fama de su jefe duplicaban su resolución y su valor.

Á pesar de lo avanzado de la hora, el vecindario había acudido con antorchas á despedirse de sus valientes defensores. Las damas les arrojaban flores desde los bal-

cones, los sacerdotes los bendecían y el pueblo atronaba los espacios lanzando al aire sonoros vivas.

Bien pronto dejaron atrás la ciudad llevando consigo las esperanzas y las bendiciones de los que se quedaban.

El camino que seguían los expedicionarios era el mismo que su jefe acostumbraba tomar cuando se dirigía al palacio del bosque. Conrado lo había elegido de intento, tanto porque le eran conocidos hasta sus últimos recodos y escondrijos, cuanto porque aún no había perdido la esperanza de topar en él con sus hermanos.

Cada objeto que hallaba al paso despertaba en su alma dolorosos recuerdos. ¡Aquella senda la había recorrido en tan diversas situaciones! Sus árboles y sus peñas habían sido los mudos confidentes de sus ilusiones y sus desdichas. Su vida entera estaba cifrada allí; los viejos troncos, delante de los cuales pasaba, estaban marcados con el nombre de Sol inscrito mil veces con la punta de su daga. Parecíale que el eco repetía aún sus amorosas canciones y que las brisas del bosque estaban impregnadas con el perfume de los maravillosos jardines que se ocultaban no lejos.

Dentro de aquella selva estaba el palacio de las hadas; Conrado pasó cerca de él, y á pesar de que la noche era por demás oscura, le pareció divisar en el espacio la luz que se escapaba de sus ventanas abiertas.

Aquellos resplandores, que bien podían ser una ilusión de su mente, despertaron con mayor viveza el dolor que le causada la ausencia de sus hermanos.

—¡Ellos están allá!—pensó, rugiendo de cólera, al mismo tiempo que un ¡ay! desgarrador se exhalaba de su pecho.

Hubiera querido detenerse allí, no para embriagarse

como antes en las ardientes miradas ó en las sonrisas pérfidas de Sol, sino para romper las cadenas que ataban á esos culpables tan queridos y atraerlos consigo al deber, de que en tal hora se desviaban.

Pero siguió adelante.

Era preciso que el nombre de los Álvarez escapase de algún modo á la deshonra que lo amenazaba, y él sólo podía ya volver por la honra de su familia, guiando á la victoria al puñado de bravos que lo seguían.

Detenerse á buscar á sus hermanos en tales circunstancias, era comprometer el éxito de su empresa.

El ruido que formaban las aguas del Andalién, interrumpiendo el silencio de la noche, distrajo momentáneamente á Conrado de la profunda meditación en que iba sumido. Los soldados se detuvieron junto á la orilla, aguardando las órdenes de su jefe. Aunque el caudal de las aguas había crecido algún tanto con el deshielo de las montañas, se ejecutó con facilidad la operación de vadear el río. El escuadrón atravesó sin tropiezo, y cuando no quedaba nadie detrás, Conrado pasó al lado opues- el último de todos.

En la ribera contraria lo aguardaban los espías que dos días antes despachara á observar los movimientos del enemigo. Según ellos, no había por aquella noche peligro que temer, pues los araucanos se hallaban todavía muy distantes.

Al oír estas nuevas que le prometían algunas horas de reposo, sintió renacer en su alma la idea de que aún podía salvar á sus hermanos, idea que se avivaba más á medida que se alejaba del sitio que debían encontrarse.

—Si volviera atrás—exclamaba—mis pobres hermanos redimirían su deshonra.

La tremenda responsabilidad de su puesto le impedía sin embargo, ceder á los impulsos de su corazón.

La lucha fué larga y porfiada.

El hermano y el jefe, el afecto y el deber hablaban con igual energía dentro de su alma.

Podía ocurrir un caso repentino que hiciera indispensable su presencia en medio del ejército; pero por otra parte, las noticias que acababan de darle sobre los movimientos del enemigo no dejaban presumir nada adverso por de pronto.

Indudablemente era una falta gravísima en un jefe el desatender por un momento sus obligaciones; pero su situación era tan apurada que bien podía disculpársele el que diera un pequeño rodeo para salvar de la nota de cobardes á los dos seres que más amaba en el mundo.

Conrado meditó, en cuanto su agitación se lo permitía, las dificultades de su situación, y tranquilizado por los datos de sus espías, se decidió al fin.

Protegido por la oscuridad de la noche, se separó de la división volviendo hacia atrás por un camino de travesía que no tardó en conducirlo á las puertas del palacio encantado.

Su caballo había realizado prodigios en la carrera vertiginosa que había llevado.

Conrado saltó á tierra, dirigiéndose resuelto hacia el palacio, en cuyos umbrales encontró á Sol que parecía estar esperando su venida.

—¡Llegaste al fin!—exclamó la hechicera joven con una expresión de tristeza y de cariño que penetró hasta lo íntimo el corazón del adusto guerrero.

—He vuelto—contestó Conrado, reaccionando violentamente sobre sí—he vuelto á preguntarte por mis her-

manos... ¿Qué es de ellos? dime. ¿Por qué han dejado sus banderas? ¿Por qué han olvidado su nombre y su honra?

—Vienes cubierto de acero—respondió Sol—terribles son tus miradas y duras tus palabras. Antes no me hablabas así. No te conozco, Conrado.

—¿Qué es de mis hermanos?—insistió con rabia el mancebo.

—¡Tus hermanos! ¿Por ventura los retenemos prisioneros? Ellos han venido aquí atraídos por su corazón y fieles á su amor, y ahora se hallan contentos y felices.

Conrado sintió correr por sus venas un hielo parecido al de la muerte. La voz de Sol era tan dulce, que al oírla desmayaba todo su esfuerzo.

—Conrado...—murmuró la joven con la voz tímida y lenta.

—Sol ¿qué me quieres?—respondió el guerrero temblando á su pesar al influjo de la seductora hermosura.

—¿Qué se hizo tu amor?

—¡Y lo preguntas, Sol!

—¿Por qué nos has dejado?

—¿Á qué volver hacia atrás?—respondió el capitán apelando á toda su entereza.—Tú comprendes demasiado lo que podría responderte.

—¡Qué ingrato has sido conmigo!—murmuró Sol clavando sobre él la más ardiente de sus miradas.

—Sol—respondió Conrado desviando la vista de aquel rostro que lo fascinaba—no es esta hora de amor ni de recriminaciones, ni vengo como otras veces á pedirte una dicha que siempre me negaste. Si fuí leal y constante, tú lo sabes; todo lo sacrifiqué por ti, paz del alma, alegría y esperanzas; sólo me ha quedado el honor;

déjame que lo guarde, ya que sería imposible que te lo inmolase sin envilecerme.

—Aquí te aguardaba la felicidad—dijo Sol.

—Mucho tiempo agonicé esperándola, y no vino.

—¡Qué desconfiado eres, Conrado! ¿Y si hoy te brindara con ella?

—La rechazaría, Sol. Me has enseñado á no creer en tus promesas.

—Pero, escúchame al menos.

—Es tarde, Sol, es tarde para que pueda alcanzar una ventura que no fué más que un eterno soñar. Habláraseme como hoy cuando bañado en lágrimas me veías caer á tus pies demandándote piedad, y entonces diera la vida por ti. Hoy ni siquiera puedo detenerme á escucharte. Soy un esclavo del deber y pende de mí la existencia de muchos hombres.

—¡Y decía que me amaba!—exclamó Sol con voz dolorida.

—¡Oh! calla, calla!—gritó Conrado entre iracundo y tierno.—Eres muy bella, pero ya no me seduces. Ha cesado tu imperio sobre mí, diosa fatal, origen de todos mis infortunios.

—Por última vez, Conrado...

La actitud de Sol era suplicante. Las lágrimas brillaban en sus ojos, un ligero temblor agitaba sus labios y su seno se levantaba como si le faltase aire que respirar. Jamás había estado tan hermosa.

Conrado llevó entrambas manos á su pecho para contener los latidos de su corazón próximo á estallar.

La tentación parecía superior á sus fuerzas.

Tuvo un momento de indecisión, que pudo perderlo; pero, apoyado en la heroica energía de una resolución

suprema, y recordando el objeto que lo traía á aquella casa, cerró los ojos para no mirar los atractivos que tanto lo habían seducido, y con voz triste, pero firme y entera, respondió:

—Si es verdad que me amas, salva mi honor y el de mis desdichados hermanos. Eso es lo único que puedo esperar de ti.

—Vé á buscar á tus hermanos y llévalos contigo, si es que quieren seguirte—respondió despechada Sol.—En cuanto á la honra que invocas, te diré que no la tienen los que como tú burlan la fe de la palabra empeñada.

Conrado miró á Sol con extrañeza.

—¿Tan mala memoria tienes que así te olvidas de tus promesas?—preguntó Sol.—No há mucho tiempo me protestabas que no habría sacrificio que no hicieras por mí; yo entonces prometí recordártelo cuando llegara la hora de la prueba... ¿Qué respondes á eso, desleal y olvidadizo caballero?

—Los hombres como yo no sacrifican nunca su honra —contestó Conrado levantando la frente con noble orgullo.

—Y bien... preguntabas por tus hermanos...—prosiguió Sol, tratando de anonadar al guerrero con su mirada en la que se pintaba el más profundo desprecio.

—Dime dónde están—respondió Conrado—necesito ver con mis ojos hasta dónde llega su degradación.

—Hélos allí—dijo el hada con acento irónico y extendiendo su mano hacia un bosquecillo al través del cual se escapaban torrentes de luz.—Corre á buscarlos—prosiguió—llámalos y verás si te responden; pronuncia ante ellos la palabra de honor y vuelve á decirme si siquiera te han comprendido...

*
* *

Sin querer oír más, Conrado se lanzó en la dirección que le marcaba la mano de Sol. El punto indicado era una gruta natural formada por peñas cubiertas en su exterior de hiedra, copihue, rosas blancas, jazmines de España y otras parietarias, cuyas flores derramaban en torno los más suaves aromas.

De trecho en trecho y sin simetría alguna, la roca tenía agujeros á manera de ventanas, por los que penetraban las brisas jugueteando con graciosas flores del aire suspendidas en canastillos de oro. La gruta estaba profusamente iluminada; dentro de ella resonaban cantares báquicos, ruido de animadas y festivas conversaciones, copas que se chocaban, notas de instrumentos diversos, en fin, todo aquello que se oye al rededor de una mesa, donde el vino y la alegría exaltan el cerebro con la idea del goce y las expansiones de un júbilo tan estrepitoso como pasajero.

Torvo y ceñudo como el que va á interrumpir ajenos placeres con la noticia de una desgracia, Conrado penetró allí resuelto á hacer oír á sus hermanos la voz del deber.

El interior de la gruta tenía mucho de maravilloso. Sus rústicas paredes eran de mármol y serpentina vetadas con venas de oro, brillaban como si las hubiera pulido diestro artista, sin perder por eso su natural aspecto de roca sin labrar. La bóveda estaba cuajada de estalactitas ó mejor dicho de piedras preciosas y cristalizaciones de caprichosa forma, en las cuales se quebraban y resplandecían las luces de las lámparas que prendían de

lo alto y de las bujías de cera perfumada que ardían en ricos candelabros. El aire que allí se respiraba era húmedo y suavemente tibio como el suspiro que el amor arranca del seno de una mujer hermosa. En aquella atmósfera de voluptuosidad, de esplendores y de perfumes había algo de adormecedor. No se podía aspirarla sin sentirse dominado por un vértigo de molicie y de sensualidad. La naturaleza y el arte habían rivalizado para hermosear aquel templo del amor y del deleite.

Al verse en aquel sitio de encantos, Conrado sintió un deslumbramiento que pudo serle fatal, llegando á olvidarse por un instante de la austera misión que allí lo conducía.

Pero su alucinación duró apenas, recobrando luego su entereza á la vista del lastimoso espectáculo que se ofrecía en ojos.

Vestido todo de acero, alzada la visera que dejaba ver su frente sudorosa y cubierta de polvo, y con el arnés que ya había perdido su brillo, su belicosa figura formaba un extraño contraste con las de sus hermanos, que vestidos de seda y oro, desceñida la espada y los ojos relumbrantes de felicidad, llevaban en aquel momento á sus labios copas en que rebosaba un vino rubio y trasparente como el topacio.

—¡Conrado! ¡Conrado!—exclamó Pedro al divisarlo—¡qué bien has hecho en venir á compartir nuestra dicha!

—La dicha no existe bajo un techo que cobija el engaño y la deshonra, donde se ultraja la santidad de los afectos y se brinda entre sonrisas el veneno que mata el alma—respondió Conrado con voz severa y melancólica.

Sus hermanos bajaron la frente como si los agobiara

repentina confusión. La voz de Conrado, que tan bruscamente los llamaba á las realidades de la vida, les hizo pensar en algo que habían olvidado. Como un relámpago pasó por su mente el recuerdo de sus deberes abandonados, la consternación de la ciudad abatida por el temor, el ruido de las batallas, el correr de caballos que se precipitaban sobre el enemigo, las flechas que cruzaban el aire i, por fin, los gritos de furor que se mezclaban con los ayes de los moribundos. Esto fué la obra de un instante, después no oyeron ni vieron nada; los fúnebres espectros que momentáneamente los habían rodeado, se desvanecían como esas leves exhalaciones que aparecen en la oscuridad sobre la cima de las montañas.

—Aquí—dijo Felicidad, respondiendo á las palabras que acababa de pronunciar Conrado—aquí sólo se oyen los cantos y los suspiros del amor. Aquí mora la dicha y sólo llegan los que sienten latir en su pecho un corazón apasionado y constante. Mal te encuentras en un sitio donde no se admite á los amantes desleales que olvidan sus juramentos, dejando escapar la ventura cuando más cerca se hallaban de poseerla. ¿Por qué has venido, huraño guerrero, á turbar nuestra encantadora fiesta?

—¡Pedro! ¡Fortún! ¡hermanos del alma! ¿será que ya no oigáis mi voz?—gritó con angustia Conrado sin dignarse dirigir una mirada á Felicidad.

—Siéntate con nosotros al festín—respondió Fortún con cariñoso acento.—Unidos hemos estado desde la cuna, juntos hemos vivido cuando vertíamos lágrimas de amoroso despecho; justo es que ahora partícipes también de nuestra dicha.

—Sí, siéntate entre nosotros, hermano—prosiguió

Pedro.—En esta mesa hospitalaria hay siempre un sitio reservado para ti; Sol vendrá pronto para hacerte olvidar las amarguras del pasado; su amor te embriagará como un vino regalado, cuyo aroma penetra hasta el fondo del alma.

—¿No comprendéis, desdichados, que á la dicha con que me convidáis seguiría la muerte?

—¡La muerte, Conrado!—exclamaron los dos hermanos.

—Algo peor aún, porque al despertar de vuestro delirio os encontraríais sumidos en la infamia.

Pedro Álvarez se alzó de su asiento como si sintiera un repentino golpe en el alma.

—¡Qué osas decir, hermano!—exclamó con profunda sorpresa.—¿En qué hemos faltado para que así nos hables?

—¡Ayer me abandonasteis sin decirme á donde os dirigías!

—¡Ayer!—repitieron Fortún y Pedro mirando á su hermano con extrañeza.

—Ha corrido para mí un día eterno de ansias mortales, buscándoos por todas partes y disimulando vuestra ausencia, á los que no explicándosela, me preguntaban por vosotros. Al fin ha llegado la noche, la expedición ha partido y mis hermanos no están en su puesto...

La dos hadas soltaron una sonora carjacada á la que respondieron en festivos ecos sus amantes.

—Delira...—murmuró Felicidad al oído de Pedro.

—Vaya Conrado—dijo Fortún—contra tu costumbre has bebido mucho en el sarao del gobernador.

—¡Quieres tambien burlarte de mí!...—pronunció tristemente Conrado.

—Fortún tiene razón—dijo Pedro—hablas de noches y días cuando apenas hará cuatro horas desde que nos separamos.

—Los delirantes, los ebrios sois vosotros. Veo que aquí todo miente, hasta el tiempo que pasa. Vuestra locura es incurable y no sé cómo despertaros de vuestro engaño. ¿Cómo puede haber corrido el tiempo? decís ¿cómo puede ser que estemos engañados así?...

—Sí; eso mismo te preguntamos—dijo Pedro.

—¿Conque no habéis visto la mañana ni la noche? ¿Conque el sol de este día, que para mí ha sido de tantas amarguras y que vosotros habéis pasado en el placer, ha atravesado el cielo sin que advirtieseis si se alzaba ó descendía? ¿Tan ciegos estáis? ¡Ah! no me extraña que esto os pase cuando habéis olvidado lo que un guerrero debe á su patria en el instante del peligro.

—Tus hermanos—interrumpió Felicidad—llegaron aquí hace poco. Los aguardábamos ansiosas de premiar su constancia y ahora celebramos el festín de nuestras bodas.

—Sí—continuó Esperanza acariciando los rubios cabellos de Fortún—el amor ha triunfado y su vida será de hoy más un sueño de encantos. Ellos supieron resistir á la prueba mientras que tú, pobre Conrado, huías de nosotros en el momento en que iban á colmarse tus deseos... Mira—añadió—mira á nuestra hermana Sol que en estos momentos recorre solitaria y melancólica las avenidas del jardín. Ella te aguardaba también para estrecharte contra su corazón y embriagarte con las delicias de un amor inmortal; pero tu impaciencia te ha arrebatado la dicha por que suspiraste tanto tiempo. Por una ilusión fatal, las horas que se han deslizado en el reloj del tiempo

han sido para ti muy largas y penosas, porque sufrías, víctima del orgullo que te vedaba aguardar el término que Sol te impuso, dudosa de tu fidelidad. Por eso has sentido pasar el día de mañana cuando aún las aves no cantan su alborada. Dominado aún por una horrorosa pesadilla ¿dejas acaso el lecho y te vistes de acero en la hora en que sólo debías pensar en coronarte de rosas? ¿No es verdad, Fortún?

—Sí—afirmó el joven—el engañado eres tú, hermano mío.

—Quédate con nosotros—insistió Pedro—mañana partiremos los tres á la guerra.

—Acaso serías feliz aún...—añadió Esperanza.

—Sol te perdonará tu desvío. Empeño en ello mi palabra—dijo á su vez Felicidad.

*
* *

Conrado comenzó á dudar, fascinado por la brillante perspectiva que le ofrecían. ¡Cuántas veces no habría dado la vida por una caricia de la encantadora Sol! ¿Cómo resistir al halago de una dicha que tan cercana le mostraban ahora?

Esperanza, que leía en su rostro la sorda lucha que le agitaba, no quiso perder un momento y redobló sus seductoras insinuaciones.

—¿Qué vas á buscar lejos de aquí?—le dijo—¿la gloria, un humo que se va, un sueño que no deja rastro? ¿La estimación de los hombres?... Y por ventura ¿vale algo el juicio de los que hoy alzan ídolos para derribarlos mañana, de los que hoy coronan de laurel la frente del que andando el tiempo cubrirán de lodo? ¿Qué valen

esos que ora ensalzan la virtud, ora la calumnian y deprimen? Hablan de amor y de nobles sentimientos, y, sin embargo, venden por un vil interés los afectos más santos... Nó, Conrado, los hombres no valen el que les sacrifiquemos nuestra ventura,

—Y ¿qué dicha daréis vosotras á esos desventurados? —replicó el guerrero señalando á sus hermanos.—¡La embriaguez de un instante, el remordimiento y la vergüenza después!

—Bien se conoce—dijo Felicidad—que ignoras quiénes somos, que á saberlo no nos harías semejante pregunta.

—Y ¿quiénes sois vosotras? Rasgad de una vez el velo que os encubre y veremos lo que valen vuestros favores—profirió con imperio Conrado.

—Nosotras somos las hijas de los genios, mujeres inmortales destinadas á regalar á sus amantes una dicha sin fin—dijo Felicidad.

—Ó á labrar su eterna desesperación—contestó Conrado.

—Sí—dijo Felicidad—somos la desesperación eterna de los que llegan á nosotros arrastrados por deseos banales, de los que, sin conocer lo que vale el amor ideal y puro, caen á nuestras plantas devorados por la loca sed de los deleites; pero aquellos corazones generosos y ardientes que remontándose sobre el lodo de la vida saben amar con pureza y no retroceden ante el sacrificio cuando se trata de conquistar un bien que los realza, esos hallarán en nosotras mucho más de lo que se prometieron en sus sueños. Aquel sobre cuya frente se posen nuestros labios será inmortal y feliz como nosotras, su vida no tendrá días ni noches, deslizándose plácida á la

luz de un sol que no se oculta; su camino no hallará escollos, y apagados para siempre los anhelos que lo hicieron desgraciado, no tendrá al fin nada qué desear.

—Hermoso es lo que dices—contestó Conrado;—pero es imposible que sea cierto.

—Todo lo mides con la mezquindad de tu menguado corazón—replicó Felicidad.

—¡Y qué!—exclamó exaltado el guerrero—¿tan decaída está la humanidad que aún no habéis hallado corazones como los que buscáis? ¿Vosotras las inmortales, las hijas de los genios, no encontrasteis jamás un hombre que supiera amar con abnegación y nobleza? ¿No hubo entre tantas víctimas como habéis hecho con vuestros fatales hechizos, uno sólo capaz de tributaros ese culto que pretendéis? Si tanto despreciáis á los mortales ¿para qué los buscáis? ¿Quién os ha dado el derecho de convertiros en sus verdugos? Decidme al fin ¿qué es lo que vais á dar á mis hermanos en cambio de la honra que les habéis arrebatado?... Todo lo que decís es mentira; no podéis hacernos felices, sois seres maléficos abortados por Satanás para agostar en su flor la esperanza y la virtud de los incautos que se os acercan.

—¡Hermano!... hermano!— exclamaron á un tiempo Fortún y Pedro con ademán suplicante.

—No me deis ese nombre; no soy vuestro hermano si al instante no me seguís; no reconozco mi sangre en los que en la hora del peligro abandonan el campo por gozar las delicias de insensatos y mentidos amores.

—Aguarda hasta mañana—balbuceó Pedro.

—Hoy ó nunca.

—Eres implacable.

—Nó, no lo soy; pero mañana sería tarde para salva-

ros de la ignominia que ya se cierne sobre vosotros.

—Pero ¿cómo partir en la misma noche de nuestras bodas?—murmuró Fortún.

—¡Bodas de maldición!—gritó Conrado—á las que la esposa no lleva el amor ni el desposado la honra.

—Mañana—volvió á decir Pedro—volaremos al combate con la primera luz del alba. Ten seguro que nuestras esposas no querrán detenernos, y que ellas serán las primeras en incitarnos á marchar; pero hoy es día de gozo y tu misma presencia nos indica que el enemigo está lejano.

—Y ¿quién nos lo asegura? ¿Sabéis si por venir á buscaros no he puesto ya en duda mi valor? ¿Podríais afirmarme que en esta misma hora mis soldados no pelean desesperadamente, maldiciendo á su jefe que los ha abandonado? Por última vez os lo ruego, venid conmigo.

Pedro y Fortún bajaron la cabeza, no atreviéndose á afrontar la mirada terrible y acusadora de Conrado.

—¡Cómo!—exclamó éste—¿nó estáis resueltos á seguirme?

—Mañana... mañana...—contestaron con voz ahogada los seducidos mancebos.

*
* *

En este momento Sol, que había permanecido, afuera, se presentó en la gruta.

—¿Qué te dije, Conrado?—preguntó con irónica sonrisa.

—Tenías razón—contestó éste.—Ya no me entienden ni me escuchan. ¡Queden aquí olvidados del nombre

que llevan, queden para no volver á la luz de un mundo donde ni su padre, ni su hermano los reconocerían! Siga cada cual por su camino; ellos por el de la degradación, yo por el de la muerte. Á estas tierras llegaron con honra, uniendo á la hidalguía heredada los sentimientos levantados de su corazón... Ya no son nada, sino cadáveres de lo que fueron, cuyo sólo aspecto repugna al alma de un noble.

Conrado dirigió á sus hermanos la última mirada; pero ellos estaban vagamente distraídos. El festín interrumpido continuaba como si él ya no se encontrase presente.

—¡Adiós!—exclamó desesperado el guerrero.—¡Tenga el cielo piedad de todos nosotros!

Iba á alejarse, pero Sol se le interpuso al paso.

—Conrado...—murmuró la joven con esa voz que lo hacía extremecerse á su pesar.

—¿Qué me quieres, Sol? ¿Por qué no me dejas partir?

—Una palabra sola...

—Las horas vuelan—dijo Conrado—y há tiempo debería hallarme muy lejos.

—Óyeme un instante—insistió Sol—quédate conmigo y nada te negaré. ¡Has sido muy ingrato, pero á pesar de todo yo te amo!

Y acercándose á la mesa llenó una copa con la que brindó á su antiguo amante.

Conrado aceptó la copa, é iba ya á llevarla á sus labios; pero haciendo un esfuerzo heroico la estrelló con furor contra el muro.

—Nó, no beberé el vino que envenena—dijo;—no acepto un amor comprado á costa de lo que más estimo en la vida.

Y ciego, zumbándole los oídos, se arrojó fuera del cenador, sin volver la vista hacia atrás, temeroso de que pudiera doblegar su fortaleza la seductora imagen de aquella mujer tan hermosa y tan amada.

Ni Pedro ni Fortún dieron un paso para detenerlo, tal vez ni repararon en que su hermano los dejaba, y si oyeron sus últimas palabras, no se fijaron en ellas ni les conmovió su profunda desesperación.

La orgía siguió su curso, y su alegre rumor hirió dolorosamente el alma de Conrado que se alejó seguro de no volver á ver nunca más á sus hermanos.

XVI

El pundonoroso caballero dejó atrás el parque, é internándose por los bosques, avanzó con cuanta ligereza se lo permitían la oscuridad de la noche y las sinuosidades del camino. Asaltado por penosos presagios y contristado con el doloroso espectáculo que acababa de presenciar, corría y corría ganoso de juntarse luego á su escuadrón, que felizmente no podía estar muy lejos. Trasmontando colinas, atravesando angostos valles y guiado únicamente por su desesperación y la luz de las estrellas, devoraba, si tal puede decirse, las distancias.

Más de una vez silbaron sobre su cabeza flechas disparadas por guerreros indios ocultos en la montaña; pero él no estaba para pensar en el peligro ni detenerse á tomar otro camino, donde los enemigos no amagaran su vida.

Su impaciencia y su zozobra no tenían límites. Tal vez en su ausencia había ocurrido á los suyos algún caso adverso, y si así fuera, quedaría para siempre perdido.

La confusión en que estaba su mente no le dejaba pensar en nada. Su cabeza era un caos de ideas confusas, un laberinto sin salida en el que corría peligro de perderse su razón. Ya veía batallas sangrientas en que los suyos eran bárbaramente inmolados; ya el cenador de las hadas y en él á sus hermanos; mofándose acaso de su dolor; ya, en fin, á Sol que le tendía los brazos, llamándolo con lágrimas y amorosos ayes. El viento le fingía rumores diversos que respondían á sus fúnebres pensamientos; los ecos de los montes despertados al ruido de su caballo se le antojaban lejanos tiros de mosquetería.

En vano pugnaba por alejar de sí tan funestos fantasmas. La realidad era demasiado espantosa para dejarle ver un rayo de luz en el porvenir.

De todos modos le aguardaba la desgracia.

Si su imprudente ausencia había comprometido el éxito de la expedición, tendría que soportar un afrentoso castigo y las maldiciones de un pueblo vendido por su criminal descuido; y si al fin tornaba victorioso á Concepción ¿de qué le serviría la gloria adquirida, cuando el nombre de su familia estaba infamado para siempre y los seres que más amaba serían tildados de cobardes desertores?

El viento de la noche azotaba su frente cubierta de frío sudor. La oscuridad era densa: sólo de cuando en cuando algún relámpago lanzaba sobre el camino su siniestra y deslumbradora claridad. Hasta las estrellas, que al principio lo habían guiado, comenzaban á velar su brillo en un cielo que invadían espesas nubes. Truenos lejanos asordaban el valle, y la naturaleza, poco antes apacible, comenzaba á agitarse, presagiando desgracias y amenazando ruinas.

Conrado avanzaba al galope, dejándose guiar por el instinto de su caballo. Más de una vez una milagrosa casualidad lo libró de rodar al precipicio en aquellas laderas abruptas y salvajes, donde no había trazado camino alguno. El noble bruto, compañero fiel de su amo en todas las campañas, emulaba al viento en ligereza. Su carrera, al través de los llanos, tenía algo de fantástico. Parecía tan ganoso como su dueño, de recobrar las horas perdidas; diríase que olfateaba el olor de la sangre y de la pólvora y oía á la distancia el desacordado estrépito de la batalla. Era uno de esos caballos andaluces, cuyo semejante sólo podría encontrarse en los antiguos romanceros ó en las olvidadas páginas de los libros de caballería.

Gracias á sus bríos y ligereza, Conrado consiguió al fin juntarse á los suyos.

El joven capitán respiró, aliviado un tanto del peso que lo oprimía. Había podido cumplir sus deberes de hermano sin que su falta en las filas ocasionase la perdición de aquel puñado de valientes.

Era ya cerca de la media noche. La marcha había sido tranquila, no quedando detrás ningún rezagado, ni habiendo tampoco ocurrido accidente alguno que la detuviera. Durante la ausencia del jefe, sus subalternos, que la ignoraban, habían observado con militar rigor todas las instrucciones que les comunicara al partir de la ciudad. Nadie, por otra parte, lo había visto alejarse; los que marchaban delante lo creían en medio del convoy, y los que iban al centro se lo figuraban en la retaguardia.

Sólo en esto no le había sido adversa la fortuna.

Conrado corrió á colocarse al frente de los suyos, siguiendo triste y meditabundo el tortuoso sendero por donde marchaba la división.

Todo prometía continuar en la misma tranquilidad; así, al menos, lo creían los soldados más hechos á guerrear con los araucanos.

Pero Conrado, aunque participaba de la misma opinión, impartió las órdenes más severas, tendentes á mulplicar las precauciones de seguridad, á fin de librarse de una sorpresa.

Su espíritu le auguraba sólo desgracias y algo le decía que el peligro no estaba lejano.

Entretanto, el alba comenzaba á clarear.

El vientecillo sutil y helado, que precede á la salida del sol, hacía extremecerse á sus veteranos que, abrigándose con lo que cada cual llevaba, trataban de reanimar sus miembros ateridos. El cielo, horas antes tempestuoso, se había despejado del todo, dejando ver las estrellas, que poco á poco iban palideciendo, á medida que aumentaba la tenue é indecisa vislumbre que anuncia la aurora.

Los campos sumergidos aún en la sombra y en el silencio, las montañas flanqueadas de oscuros bosques y la dudosa claridad del horizonte, daban al paisaje un aspecto de lúgubre tristeza. Cuando falta la luz, la naturaleza parece muerta; el sol es para los campos lo que la alegría y la esperanza para el corazón de los hombres.

La división debía atravesar una pequeña angostura entre dos colinas, que se enlazaban por medio de un estrecho *portezuelo*.

Como el sitio era por demás peligroso, Conrado Álvarez, de cuya mente no podía apartarse la idea de un ataque repentino, mandó hacer alto á los suyos, enviando adelante una partida para reconocer el camino.

No lo engañaban sus temores; á pocos pasos más

allá, las alturas estaban coronadas de guerreros araucanos, que descargaron una andanada de flechas sobre los exploradores. Los indios habían burlado esta vez la sagacidad de los espías que observaban sus movimientos. Instruídos á su vez de la expedicion preparada para atacarlos, habían acudido á marchas forzadas para esperarla en un punto donde la naturaleza del terreno les aseguraba la victoria.

Conrado lanzó hacia adelante una mirada de águila y con una pericia superior á lo que podía esperarse de su juventud, formó su plan de defensa, que consistía en atraer á los enemigos á la llanura, á fin de aprovechar la superioridad que le daban los caballos.

Simulando una fuga, lanzó su escuadrón quebrada abajo, á donde no tardaron en seguirle los impacientes y poco estratégicos salvajes, asordando los aires con estentóreos alaridos.

La batalla se trabó con encarnizamiento en el fondo del valle.

En los primeros momentos, los españoles aprovecharon no sin éxito la superioridad que les daban sus arcabuces y mosquetes; pero poco después las armas de fuego eran inútiles para contener el ímpetu rabioso y desesperado de los guerreros indígenas, que se lanzaban al campo, resueltos á trabar cuerpo á cuerpo un duelo terrible.

Á la flecha sucedió la lanza en los unos, mientras los otros se batían con sus espadas. El combate iba á ser decidido por el valor y la pujanza de cada cual. Únicamente los caballos daban á los europeos una incalculable ventaja.

Pero luchaban españoles y araucanos, los hijos de dos

razas dignas de combatir entre sí por su tesón y su indomable coraje; los unos estaban acostumbrados á vencer; los otros no sabían aún acostumbrarse á ser vencidos (1). Así peleaban bravo contra bravo y héroe contra héroe. Los unos no tenían aún bien asentada su dominación en aquellas comarcas, eran muy pocos, y hallándose á inmensa distancia de la patria, no les quedaba sino elegir entre la victoria ó la muerte, mientras los otros lidiaban con desesperado afán por rescatar su suelo invadido por el extranjero y romper las cadenas con que pretendía atarlos el inexorable conquistador.

En tales circunstancias y entre tales enemigos, cada encuentro tenía que ser una horrible carnicería, pues la derrota equivalía para uno y otro bando al completo exterminio ó á la servidumbre más penosa y degradante.

Esta vez los araucanos habían tomado muy bien sus medidas. Sin la enérgica resolución del gobernador del reino la pérdida de Concepción era segura y habríase necesitado comenzar de nuevo la obra de la conquista, como ya en otras ocasiones aconteciera.

El movimiento de las tribus indígenas era formidable y el ejército con que se batían Conrado y los suyos un cuerpo avanzado de guerreros araucanos, tras de cuyos pasos debían marchar otros no menos valerosos y aguerridos. Si no se les escarmentaba en el primer momento, más tarde sería muy difícil reducirlos á la obediencia.

*
* *

(1) Los unos á vencer acostumbrados,
Los otros que no saben ser vencidos.

(Ercilla, *La Araucana.*)

La batalla se prolongó más de una hora en aquella semioscuridad melancólica de la soledad y del cielo.

Al levantarse sobre los montes vecinos, el sol iluminó un espectáculo de horror: cadáveres, moribundos, guerreros que huían y soldados que lamentaban con rabia una victoria comprada á costa de terribles sacrificios.

Contra toda su esperanza, la suerte de las armas se les había mostrado contraria á los indomables habitantes de la selva.

Los indios arrancaban diseminados por las alturas y por los caminos del valle, algunos se asilaban en la espesura de los bosques, mientras otros caían en la carrera bajo el sable de los jinetes ó heridos desde lejos á bala. Aquellos infelices dejaban en el campo casi la mitad de sus compañeros.

En el sitio en donde la pelea había sido más reñida veíase un grupo de soldados españoles en cuyos rostros se pintaban ál a vez la ira y la desesperación. Aquellos valientes prorrumpían en imprecaciones rabiosas, mezcladas con expresiones de dolor y de profundo sentimiento. Cuando apenas comenzaban á celebrar su triunfo y buscaban á su gallardo capitán para victoriarlo, se encontraron con su cadáver... Al terminarse la batalla, Conrado había caido de su caballo herido por una lanzada que le traspasó el corazón. El cielo, compadecido de sus infortunios, le había concedido morir como deseaba, con la muerte gloriosa de los héroes. Los laureles que acababa de conquistar caían sobre su ataúd.

Su rostro, hermoso aún bajo el velo de la muerte, sorprendía por su expresión á la vez triste y enérgica; su mano empuñaba todavía con fuerza la espada, cual si

quisiera dar á los suyos la orden de continuar peleando para no perder los frutos de la victoria.

—Era la flor de nuestros guerreros—dijo un anciano soldado enjugando una gruesa lágrima que se desprendía de sus ojos.

—Sin él Concepción habría perecido—añadía otro.

—Yo lo vi—dijo un tercero—momentos antes de caer; quise volar en su auxilio; pero me hallé envuelto por un tropel de indios á quienes hacía huir amedrentados. ¡Qué valor el suyo! ¡Y qué fuerzas! Ninguno se atrevía á penetrar dentro del círculo que trazaba su espada.

—Su temerario arrojo lo ha perdido; era prudente sólo cuando se trataba de evitar al soldado un riesgo innecesario; lo que es en sí parece que no pensó nunca.

—Siempre peleaba de la misma manera. ¡Lástima de juventud que no sabe contener sus bríos!—exclamó el que había hablado primero.

—Esta victoria cubrirá de luto á nuestro ejército.

—Sí, que la pérdida de tal valiente no se compensa con los brillantes resultados de esta jornada.

Mientras los soldados hacían dolorosos comentarios sobre el fin de su malogrado capitán, llegó á juntarse al grupo un anciano coronel, á quien por su antigüedad y grado correspondía tomar el mando del ejército.

Después de contemplar un rato en silencio y con noble envidia el cadáver inanimado de su compañero, ordenó trasportarlo á la ciudad en improvisadas parihuelas, en tanto se organizaban las fuerzas para seguir persiguiendo sin tregua al enemigo que huía.

—Á Concepción—dijo el coronel—toca el honrar los

restos de su salvador. Que ella lo llore, mientras nosotros nos sacrificamos por vengarlo.

XVII

Era ya muy avanzada la mañana. El Andalién arrastraba sus aguas con triste murmullo cual si gimiera por la tragedia lastimosa que horas antes había ensangrentado los valles vecinos.

La atmósfera había vuelto á encapotarse. Nubarrones pardos y sombríos cubrían el cielo, y el viento de la montaña agitaba furioso los árboles como en un día de tempestad.

La soledad reinaba en la ribera. Nadie cruzaba aquellos caminos donde era fácil topar ese día con un peligroso encuentro. Sólo las aves aterradas volaban en inciertos giros buscando un refugio contra la tormenta que parecía próxima.

Bajo un grupo de sauces no apartados del río, se hallaban dos hombres dormidos con ese sueño pesado y fatigoso que produce la embriaguez.

El desorden de sus trajes recamados de oro y las heces de vino que manchaban los ricos encajes de sus valonas decían de sobra que ambos caballeros habían pasado la noche en alegre y licenciosa orgía, descuidados de los peligros de la guerra y olvidando que al noble le toca combatir cuando se decide en el campo la suerte de la patria.

Sus sombreros adornados con airón de blancas plumas y preciosos joyeles de diamantes, sus espadas con empuñadura de oro y el lujoso tahalí de que pendían, daban indicios claros de la alcurnia y riqueza de sus dueños.

No lejos de ellos ramoneaban sus caballos, cubiertos con gualdrapas bordadas de plata y con todos los arreos que usaban los jinetes nobles de la época.

Aquellos hombres eran jóvenes y de una hermosura notable á pesar de la embriaguez que la deslustraba. Nadie habría podido explicar cómo se hallaban en tales sitios y horas en un estado tan completo de abandono y olvido de sí mismos.

No había que dudarlo: ellos habrían sido los únicos que pasaran entregados al placer durante aquella noche de expectativas y zozobras para todos.

Un rayo de sol que de repente rasgó las nubes fué á posarse sobre el rostro de uno de ellos, que despertó murmurando en sus labios dulces palabras y como buscando á alguien que debiera estar á su lado.

—Esperanza mía...—pronunció el joven con acento de pasión.

Pero nadie respondió á este poético nombre de mujer murmurado con voz que parecía demandar una caricia.

El caballero se incorporó entonces con trabajo y sacudiendo del todo su sueño prorrumpió en una enérgica exclamación de ira.

—¡Por vida de Satanás! ¿Qué es lo que me ha pasado? —exclamó mirando con profunda extrañeza los objetos que lo rodeaban.

Cerca de él dormía aún su compañero.

—¡Pedro! ¡Pedro!...—gritó sacudiéndolo con despecho hasta que lo hubo arrancado á su sopor.

—¿Eres tú, Fortún?—respondió éste entre dormido y despierto.

—Sacude el sueño, hermano—gritó enérgicamente el llamado Fortún.

—Pero ¿en dónde estoy?—exclamó con sorpresa y desaliento el que acababa de despertar.

—¡En el infierno!—respondió Fortún con voz ronca. —¿No comprendes todavía, desgraciado, que hemos sido miserablemente vendidos?

—¡Ira de Dios!—rugió Pedro haciéndose al fin cargo de su situación.

—¡Hemos soñado despiertos!

—¡Malditas mujeres!

—Han pagado nuestro amor con la más sangrienta de las burlas.

—¡Qué horroroso despertar!—exclamó Pedro.—¡Yo que esperaba encontrar á mi lado, enamorada y sonriente, á la que cariñosa y tierna posaba anoche sus labios sobre mis párpados próximos á cerrarse... y ahora me veo sólo y extraviado en medio del bosque, cubierto de lodo, sin más lecho que el suelo húmedo y duro, sin más reguardo que las ramas de un árbol fúnebre como mi suerte! Lo que nos pasa es espantoso, hermano mío.

—Yo apuraba anoche el último trago de aquel licor delicioso—dijo Fortún—evocando trabajosamente sus recuerdos. Esperanza había llevado á sus labios la copa antes de acercarla á los míos. Estaba más hermosa que nunca; sus ojos brillaban de placer y su voz resonaba trémula y conmovida.—"¡Al amor eterno!"—murmuró á mi oído con voz más dulce que los ruiseñores de los jardines, y me pasó la copa que apuré hasta el fondo. ¡Ah! ¿Quién hubiera dicho que esa boca perjura pronunciaba un amargo sarcasmo y que el amor sin fin á cuyas delicias brindaba no era nada más que un engaño!

—Y ¿te acuerdas?—prorrumpió Pedro, poniéndose de

pie y mirando á su hermano con ojos extraviados.—Dime ¿no te acuerdas de algo más?

—Sólo recuerdo el eco vago de dulces y amorosas frases, las miradas de aquella pérfida hermosura, mi gozo, tu alegría... porque en ese instante éramos tan felices...

—Y ¿nada más recuerdas?

—Nada más.

—¡Dios mío! ¿Cómo puede ser eso posible?

—Sólo recuerdo mi dicha para compararla con el estado miserable de ahora.

—¡Pobre Fortún!

—¡Oh! habla, por Dios, Pedro, que tus palabras me auguran nuevas desgracias.

—¡Oh! tú no alcanzas á medir hasta dónde llega el horror de nuestra suerte!—dijo Pedro.

—Hemos perdido nuestro amor, nos han burlado ¿puede haber mayor infelicidad?

Pedro bajó la cabeza como si sintiese sobre sí un peso enorme.

—Y ¿qué quiéres que recuerde?—preguntó Fortún mirando ansiosamente á su hermano.

—Dime Fortún ¿estuvimos solos en el festín? ¿fué todo en él amor, cantos y risas? ¿Nó recuerdas la figura imponente y adusta de alguien que llegó allí á interrumpir nuestras locas alegrías?

—¡Ah! sí...—contestó Fortún agarrándose con entrambas manos la cabeza, como si quisiera concentrar en sí la memoria fugitiva de lo que en su delirio había visto...—sí, recuerdo—dijo—que á la mitad del festín se presentó un hombre vestido de acero. Ese hombre nos hablaba, cariñoso á veces, á veces enérgico y airado

¿Qué iba á buscar allí? ¿Qué era lo que decía? No lo recuerdo. Por último, lo vi romper contra los muros del cenador una copa y salir presuroso después. Cuando él se retiró proseguimos gozando nuestra ilusoria ventura sin que volviera á turbarnos la siniestra aparición

—Ese hombre era Conrado...

—¿Qué dices, Pedro? ¿Era Conrado?

—Sí, era nuestro hermano, que venía á recordarnos que habíamos perdido la honra y que nos arrojaba al rostro el dictado de cobardes y villanos...

Fortún Álvarez lanzó un grito doloroso. Un rayo de luz acababa de penetrar en su mente, mostrándole con terrible claridad los sucesos de los últimos días. Recordó que Conrado era su jefe, que debían partir con él á guerrear, que les había señalado un puesto de honra en el ejército y que la expedición de que formaban parte habría partido sin ellos... La perfidia de las hadas y su fingido amor no habían tenido otro objeto que arrastrar su fama de caballeros por vergonzoso lodo.

—¡Dios eterno!—exclamó Fortún—¡todo lo recuerdo, todo lo comprendo! ¡Estamos perdidos para siempre, hermano mío!...

—Y el nombre de los Álvarez será objeto del desprecio y de la execración general. Hemos desertado de nuestras banderas.

—¡Y en qué hora!—observó Fortún desesperado.

—Pero acaso sea aún tiempo de volver por nuestra honra—dijo Pedro asiéndose á la última esperanza.—Ahí están nuestros caballos; conocemos el camino que Conrado pensaba seguir. Volemos, si es posible, en busca del ejército. ¿Por qué hemos de ser tan desgraciados que no demos con él?

—Sí, corramos sin perder un instante—respondió Fortún, aceptando el único medio que se les ofrecía para rehabilitarse.—Aún podemos alcanzar la fortuna de redimir nuestra afrenta con una noble muerte.

*
* *

En el momento mismo en que iban á poner en ejecución su último proyecto los Álvarez, se vieron sorprendidos por un ruido de pasos y voces cercanas. Siguiendo la dirección en que se oían, divisaron algunos soldados que avanzaban, conduciendo sobre una especie de angarilla, formada con ramas de árboles, un cadáver cubierto con la bandera española.

Sobre el cadáver se veía el yelmo del guerrero y un bastón, insignia de mando.

Detrás, y presidiendo aquel fúnebre cortejo, caminaba á caballo, triste y cabizbajo, un joven alférez, con la espada desnuda y la cabeza inclinada.

Los desdichados mozos se ocultaron entre los árboles, temerosos de ser descubiertos.

—¿Quién será?—preguntó Fortún como asaltado por un amargo presentimiento.

—¡Ese es Conrado! ¡ese es Conrado! ¿No te lo está gritando tu corazón?—dijo Pedro, retorciéndose desesperadamente las manos.

El fúnebre convoy pasó al fin por delante de ellos.

No quedaba ya lugar á dudas.

Los soldados habían pronunciado al paso el nombre de su infortunado capitán.

*
* *

Aquella misma noche, los hermanos Álvarez, que habían vuelto secretamente á Concepción, se presentaron al gobernador pidiendo ser sometidos á juicio.

El gobernador, que era un hombre lleno de experiencia de la vida y que profesaba á los hijos del marqués decidida y cariñosa amistad, comprendió al instante que la falta de jóvenes tan pundonorosos tenía un origen que no se explicaba.

Deseoso de aclarar aquel misterio, los interrogó con sagacidad, logrando al fin que le revelaran su lamentable historia, de la que no se le ocurrió dudar, pues la existencia de las hadas era un hecho reconocido por todos. En vano trató de levantar el ánimo decaído de ambos hermanos, ofreciéndoles medios honrosos de reparar un extravío momentáneo y hasta cierto punto excusable. Ya él había dicho á los que en su presencia baldonaban su conducta, que Pedro y Fortún se habían ausentado en el desempeño de una misión que á última hora les encargara, salvando con este engaño las apariencias y dejando su honra á cubierto de toda inculpación.

Pero Fortún y Pedro, aunque penetrados de gratitud por tantas bondades, se negaron porfiadamente á aceptarlas, rogando á su decidido protector les concediera permiso para ausentarse para siempre de una tierra donde tanto habían sufrido.

—Justo es—les dijo el gobernador—que acompañéis á vuestro padre en sus últimos días, sobre todo, ahora que, muerto Conrado, su corazón ha de necesitar más que nunca de vuestro cariño; pero no quisiera que regresarais á Lima sin gloria.

—Señor—contestó Pedro—no volveremos jamás á nuestra casa.

—¿Y á dónde iréis, pues?

—Á donde no se sepa más de nosotros—respondió el joven con tristeza;—á un sitio donde logremos, ya que nó olvidar, llorar al menos nuestro pasado. Aunque, gracias á vos, nuestra fama se conserva intacta delante de los hombres, estamos deshonrados ante nuestra propia conciencia, y pesa sobre nosotros la muerte de nuestro hermano.

*
* *

Consecuentes con su propósito, Fortún y Pedro Álvarez abandonaron al día siguiente á Concepción. Según se dijo, habían tomado el camino de Buenos Aires para de allí pasar á España.

Nunca volvió á saberse de ellos por más diligencias que hizo el marqués para averiguar su paradero, aunque algunos años más tarde un misionero español aseguró al fraile Veremundo haberlos encontrado en la cartuja de Burgos, donde moraban con nombre supuesto entregados á los rigores del más sombrío ascetismo.

*
* *

El marqués de Álvarez llegó á Concepción después de un viaje penoso, y cuando esperaba abrazar á sus hijos, se encontró con que el uno había muerto y los otros dos desaparecido. El desventurado anciano se hizo llevar al sepulcro de Conrado, junto al cual permaneció llorando largo tiempo. Contemplando la tosca piedra que lo cubría, se sintió oprimido por la amarga idea de que bajo aquella tumba yacía cuanto quedaba de su no-

ble raza y que su nombre se extinguiría pronto en la memoria de los hombres.

Sus hijos eran su dicha y su orgullo dos años antes. Ahora los lloraba perdidos para siempre. La gloriosa muerte de Conrado no alcanzaba á aliviar su pena, ni á llenar el vacío de su corazón y de su vejez solitaria.

No habiendo podido obtener del gobernador un solo indicio que lo guiase para buscar á sus dos hijos, regresó á Lima, en cuya ciudad vivió aún algunos años engañado por la esperanza de que Fortún y Pedro volverían á tiempo para cerrar sus ojos.

Clara fué el ángel de sus últimos años. Á su afectuoso cariño debió el noble anciano muchos consuelos, y sobre todo la resignación con que llevó hasta el sepulcro el pesado fardo de sus desventuras.

Clara murió joven y siempre fiel á la memoria de sus primeros amores.

XVIII

Según las antiguas leyendas populares, no fueron los hijos del marqués de Álvarez las últimas víctimas de las implacables y hermosas hadas.

Su funesta belleza arrastró todavía á múchos otros á la desesperación y al crimen, y las lágrimas que por su causa vertían las madres desoladas y las doncellas á quienes les arrebatan sus amantes, reclamaron en vano por largo tiempo la venganza de los cielos.

Al fin aquellas mujeres, que á nadie amaron y fueron lazo de perdición para tantos, sintieron pesar sobre ellas la justicia divina.

Su alcázar encantado fué destruído por los terre-

motos; los jardines y bosquecillos que lo rodeaban desaparecieron también, y hasta el sitio donde se alzaban tantas maravillas quedó un día sepultado bajo las aguas.

Las hijas inmortales de los genios moran hoy, como las antiguas ninfas, bajo las ondas cristalinas, al través de las cuales divisan el mundo á donde no pueden volver, siempre agitado por las pasiones, apurando la copa de los goces y embriagado en la locura de una eterna orgía. Así lo contemplan desde su líquida carcel, no ya orgullosas y triunfantes, sino humilladas y sumidas en sombría tristeza.

Ellas, cuyo corazón jamás conmovió el sentimiento; ellas, que vieron impasibles expirar á sus pies á los infelices que enloquecían, sienten ahora arder su pecho en el fuego de la pasión, suspirando desoladas por un bien cuyo valor no supieron apreciar.

Cuentan que en la alta noche, mientras el mundo reposa y la luna acaricia con sus reflejos la naturaleza dormida, las hadas del Andalién abandonan su húmeda prisión para recorrer las aguas en un esquife de oro, desde el cual llaman con tristes acentos á sus amantes, cuyas sombras ven vagar por la ribera.

Pero sus víctimas no las oyen. Su poderosa hermosura no los seduce, y á sus acentos apasionados sólo responden los ecos de las montañas.

Consumidas por devoradores deseos y aspirando á una dicha que no alcanzarán jamás, invocan desesperadas la muerte; el recuerdo de sus víctimas las martiriza; aman y se ven condenadas á estéril soledad; son siempre hermosas, pero nadie las admira; su destino es sufrir día á día y hora á hora los tormentos que impusieron á otros en el pasado.

Poco á poco va desapareciendo su memoria. El mundo las ha olvidado, y nadie repite hoy los poéticos nombres de Sol, Esperanza y Felicidad. El lago que oculta á los hombres su melancólica morada es conocido hoy con el nombre de *laguna de las tres Pascualas.*

*
* *

Encontrándome ahora cinco años en Concepción fuí á visitar la célebre laguna en compañía de un amigo querido.

Emprendimos nuestro paseo en una de esas serenas y hermosas tardes de verano al través de un camino que ofrecía á nuestra contemplación risueñas y variadas perspectivas.

Poco alejada de la Concepción actual, que no se asienta como la antigua en las riberas del océano sino al borde del más caudaloso y claro de nuestros ríos, se halla el pequeño lago, terso como un espejo, y aislado y solitario en una hondonada que se extiende entre colinas tapizadas de hierba amarillenta sobre las que se levantan de cuando en cuando grupos de boldos enanos de color sombrío.

Las lavanderas que trabajan en sus orillas se habían retirado ya y con ellas el bullicio y la alegre algazara que á otras horas animan aquel sitio, en el cual sólo encontramos á una pobre vieja, que, cargada con un haz de leña, seguía á paso lento el camino de su cabaña.

Aquella mujer con su mirada sombría y faz angulosa, con sus desgreñadas guedejas, albas como la nieve y su andar firme á pesar de sus años, parecía una de esas brujas que figuran en las consejas de la primera edad.

Al pasar junto á nosotros se detuvo para pedirnos una limosna, diciéndonos contar más de cien años y haber vivido en los alrededores desde su niñez. Á esta mujer, que tanto debía haber visto, preguntamos quiénes eran las tres Pascualas y qué tradiciones se conservaban respecto á la laguna que teníamos delante.

La anciana se apresuró á satisfacer nuestra curiosidad, refiriéndonos más ó menos la historia que acabo de narrar y ponderando con amargas frases la iniquidad de las tres Pascualas, sobre las cuales arrojó cuantas maldiciones acudían á sus labios.

Al contarnos los paseos nocturnos de las hadas en el dorado esquife, sus cantos de amor y sus suspiros, la adusta vieja se expresaba con tal convicción, que mi compañero no pudo menos de preguntarle:

—Y usted ¿las ha visto alguna vez, señora?

—Sí—respondió—y no una sino muchas veces las he divisado desde el umbral de mi casita, lo mismo en las noches apacibles que cuando agitan las aguas furiosos temporales; he oído sus lamentos y las he visto tender los brazos para atraer á sus invisibles amantes.

—Pero eso no es cierto...—replicó mi compañero fastidiado de tanta charla.

—Tan es la verdad, que podría jurarlo por éstas—afirmó la vieja haciendo la señal de la cruz con las manos.

Al oírla mi amigo, que es un hombre austero y poco acostumbrado á contemporizar con las debilidades de los demás, reprendió con no poca acritud á la pobre mujer, empeñándose en probarle lo mal que hacía autorizando de ese modo semejantes consejas.

Yo lo dejé en su inútil tarea, y apartándome de ellos, me puse á pasear por las orillas de la laguna.

Ya el sol se había ocultado en los confines del horizonte. Brillaba la luna, ese astro de las visiones fantásticas, cuyos reflejos son tan gratos á las almas soñadoras. Las aguas de la laguna reflejaban el esplendor de los cielos en su fondo azul, que al roce del viento se quebraba en visos plateados semejantes á la espumosa estela que dejan las naves en el mar. El silencio se hacía á cada instante más profundo, la naturaleza había acallado sus rumores, y yo, seducido por aquella calma seductora y grata, dejé vagar mi mente, evocando la memoria de las que, según las leyendas populares, habían habitado en otros tiempos aquellos sitios.

Mirando las aguas del lago creía divisar en ellas rastros luminosos, fuegos fatuos que se levantaban y se extinguían, y hasta me pareció oír á lo lejos canciones de amor ahogadas por suspiros que se perdían en el aire... Y aunque no veía las sombras de los amantes errar melancólicas en la ribera, ni tampoco el dorado esquife de las tres hermanas, tendía afanoso mis miradas como si buscara en aquel sitio algun recuerdo viviente de su romántica celebridad.

La voz de mi acompañante me arrrancó de súbito á mi profunda contemplación.

—Apostaría—me dijo en són de burla—á que todavía te tienen preocupado los embustes de esa vieja casquivana. ¡Ah! ¡Soñador! soñador al cabo!—añadió con sorna, invitándome á subir al coche que nos aguardaba para volvernos á la ciudad.

ENRIQUE DEL SOLAR

(Continuará)

LAS VOCES DEL ESPACIO

I

EL ÁTOMO

Recién nacido el átomo primero,
se contempló á sí mismo
solitario en el fondo sin sendero
del insondable abismo.

Y al contemplar la inmensidad vacía
y el silencio solemne,
exclamó ufano: «Esta grandeza es mía:
mi dominio es perenne.

«No hay sér que venga á compartir conmigo
mi majestuoso imperio.
Yo reino sin rival y sin testigo.
Yo soy el gran misterio.

«No proviene mi sér de causa alguna.
Sin mí, sólo hay vacío.
Ni tendrá fin, como no tengo cuna.
Todo el espacio es mío.

«La extensión infinita no contiene
otro sér, otra vida.
Ningún poder á disputarme viene
mi imperio sin medida.»

Dijo, y al punto en conmoción extraña
sintióse en dos partido;
y halló á su lado, de su propia entraña,
otro átomo nacido.

Atónito, confuso y humillado,
sin saber de qué modo
halló que el que veía allí á su lado
era su igual en todo.

Ya no reinaba en el espacio entero
sin rival ni testigo,
ya tenía un igual, un compañero,
émulo ó enemigo.

Impulsados por íntimo recelo,
se alejaron al punto;
ninguno quiso en todo el vasto cielo
verse del otro junto.

Y, cada cual queriendo reinar sólo,
en contraria carrera

fuéronse á un tiempo á cada opuesto polo
de la infinita esfera.

Mas, apenas el vuelo principiaron,
se renovó el portento,
y unos de otros los átomos brotaron
por todo el firmamento.

Generación inmensa y prodigiosa
que en un instante solo
se extendió como oleada tempestuosa
de un polo al otro polo.

Todos, unos á otros se miraron
con estupor profundo;
tan iguales, que entre ellos no encontraron
primero ni segundo.

Y se sintieron á una ley sujetos,
á un poder invisible,
cuyos fines augustos y secretos
saber era imposible.

Él formó, como nube polvorosa
de átomos vagabundos,
la primera brillante nebulosa
que concibió los mundos.

Desplegada en inmensos espirales
en el solemne abismo,
cada uno de sus pliegues colosales
giró sobre sí mismo.

Y extremecida en su extensión entera
por invisible aliento,
de vibraciones inundó la esfera
su raudo movimiento.

Una, fué luz; otra, calor y fuego;
otra, en estrecho abrazo,
los átomos dispersos unió luego
con invencible lazo.

Si una lanzó por el espacio un grupo
de átomos fugitivos,
otra más fuerte sujetarlos supo
á su órbita cautivos.

Y lo que más maravilloso había
de todo tan diverso,
era la ley suprema de armonía,
cuna del Universo.

Entonces en el amplio torbellino,
el átomo primero
vió que era un diminuto peregrino
guiädo en su sendero;

Un pobre siervo, dócil y sumiso,
de la ley soberana
que le dió sér y fecundarlo quiso;
una quimera vana.

Y al ver su pequeñez é impotencia,
clamó en el vasto abismo:

"¡Oh, tú, sublime y misteriosa esencia;
tú que eres el sér mismo;

"tú que dictas la ley que me domina
y á quien todo obedece:
¿lo que creó tu voluntad divina
alguna vez perece?...

"Á tu inmenso y augusto firmamento
¿habré venido en vano?...
¿Pereceré, yo que en mi seno ostento
el sello de tu mano?...

"Mas por do quier que traces mi camino,
y á donde quier que llegue,
déjame que bendiga mi destino,
que te adore y que ruegue!"

J. Arnaldo Márquez

Santiago, 27 de septiembre de 1887.

ÁLBUM SANTIAGUINO

I

ACUARELA

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el oro del sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan á las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes, como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales. Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto á los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre humano, á ruido de música, de cuchicheo vagos y de palabras fugaces.

Hé aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que explende y quiebra los últimos refle-

jos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, y con sus cuellos estirados é inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que rien con alegría de pájaro primaveral, bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquella ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; mas allá se alcanza á ver un pie de Cenicienta con zapatito oscuro y media lila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un amorcillo, y vestida á la última moda de París, con ricas telas de Prá.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen; parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeritos irreprochables; todo en la confusión de los rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas; resaltando á veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes Dumas, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas ó de plumas, ó el inflado globo rojo, de goma, que pendiente de un hilo lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello á la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II

UN RETRATO DE WATTEAU

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opacas derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y hé aquí que al volverse ese rostro, soñamos en los buenos tiempos pasados. Una marquesa, contemporánea de madama de Maintenón, solitaria en su gabinete, da las últimas manos á su tocado.

Todo está correcto; los cabellos que tienen todo el Oriente en sus hebras, enpolvados y crespos; el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón, hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes; el talle ceñido, que se balancea, y el rico faldellín de largos vuelos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá un recuerdo del amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles ó mitológicas, ó del beso á furto tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies á cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto de la mirada, del andar, de la

sonrisa, del vello casi impalpable que agitará el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto, la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pánpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y brillante de escamas argentinas, mientras en el plafond en forma de óvalo, va por el fondo inmenso y azulado sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos que sobre el vasto ruido de las ondas, hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracoles.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya rápida se dirige á la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y héla ahí, vanidosa y gentil, á esa aristocrática santiaguina que se dirige á un baile de fantasía, de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III

NATURALEZA MUERTA

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos, que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las

lilas recién cortadas resaltaban con su lindo color apacible, junto á los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban á la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo, y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerquéme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera, las manzanas y las peras de mármol pintado, y las uvas de cristal...

¡Naturaleza muerta!

IV

AL CARBÓN

Vibraba el órgano con sus sus voces trémulas, vibraba acompañando la antífona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios ardían goteando sus lágrimas de cera, entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo á la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de

un confesonario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis; y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y á cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces como por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventurados.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V

PAISAJE

Hay allá, en las orillas de la laguna de la quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde, en el agua que refleja el cielo y los ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde, cuando del sol quedaba apenas en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada, un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo en la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco

rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa, él un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios, los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban como en un remolino de sangre viva los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes, él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esas que gustan de tocar las mujeres; ella rubia, un verso de Gœthe, vestida con un traje gris lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

VI

EL IDEAL

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella á quien enamorar... Pasó, la vi como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba á los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma...

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vió como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso de la hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul!...

RUBÉN DARÍO

Á ENRIQUETA

Que aprendiste de memoria
me han dicho, linda Enriqueta,
versos míos. En la historia
del mundo no hay ningún poeta
que haya alcanzado tal gloria.

Y si yo hubiera sabido
que tú me ibas á leer,
jamás hubieran salido
del modestísimo nido
mis versos la luz á ver.

Que salieran permití
á algunos en mala hora,
porque todos ¡ay de mí!
quieren, niña encantadora,
tender el vuelo hacia ti.

No hay quién su ímpetu resista,
ni quién pueda sujetallos.

Cuando lleguen á tu vista,
al carro de tu conquista
úncelos: son tus vasallos.

Sube uno sólo, Enriqueta,
al trono de su memoria,
y habrá en el mundo un poeta
que haya tocado á la meta
de sus ensueños de gloria.

José Gregorio Ossa

1887.

ALBERTO

En una ciudad de bellos edificios y altas torres, y ribe-rana del hondo caudal de un río existió un desgraciado. Pero ¿qué prodigio es éste dado lo que es el mundo? En verdad; mas confieso que si los hubo en mayor número evité saber sus historias, pues duele demasiado intimar-se con las penas.

En aquella población cercada de montañas gigantes-cas, así como si las apiñadas casas hubieran sido fabrica-das por señores de la edad feudal, que en sus pertenencias de bosques guardaban las reses de cacería, vivía un joven que había llegado á los 27 años. No más de estas veces, en sus viajes anuales á la campiña y en las jiras para él penosas de la juventud, había visto nacer la hierba y re-verdecer las hojas del sombreado monte.

Era de carácter apacible, y únicamente á sus pocos años debíase que su contextura de alma y cuerpo hu-biese resistido á las transformaciones á que pudo so-meterlo el sufrimiento; pero habría sido muy otro si las malas circunstancias que suelen rodear á los hombres no hubieran amortecido sus fibras.

Eran del corazón sus pesares, y de la delicadeza de su alma, ó más bien de algunos supersticiosos temores, de donde provenía la causa de su triste estado.

¡Ah, mi amigo inolvidable, mi pobre Alberto! Recordaré siempre el calor de fuego que ahogaba, aquella tarde, á tu corazón enfermo, y las nubes que cubrían nuestras cabezas, mientras discurríamos por el sendero abierto entre las murallas de árboles; como también lo mucho que admirábamos el contraste de la dormida naturaleza y del ramaje muerto, comparado con las tormentas de nuestras almas puestas en vaivén por tus quejas desesperadas.

—¿Qué precisión de ser feliz—me habías dicho—cuando allá en el cielo debemos serlo y sólo una vez lo es el hombre? y desde que, si así no fuera, nunca lo seremos verdaderamente porque cuanto acá existe es tiranía... ¡Y hasta el amor! que si de veras amamos es el mayor tormento del alma, ya por las zozobras de la vida, ya por el término indefectible de ésta, que desgarra todos los afectos.

—Seamos dichosos—agregabas después—no enloqueciendo y si ajustando nuestro andar á lo que es justicia; que si en la tierra erramos el camino de la ventura, Dios no podrá hacernos desgraciados aquí y también allá.

Recuerdo que ante mi silencio te diste á llorar con sollozos en los cuales respiraba tu alma oprimida; y también recuerdo que en el preciso momento, los rayos rasgaron el cielo y nos apoyamos conmovidos á unos troncos para mirar la tempestad que un claro del bosque nos permitía ver.

Así, puestos en contacto nuestros espíritus con la tormenta que hermanaba con el alma sus expansiones,

reímos consolados; y una vez en la ciudad, nos encaminamos al privilegiado cenador donde frecuentemente comíamos en franca amistad.

*
* *

Allí Alberto, en el tono jovial que adquiría á ratos, y con la nerviosidad que le era habitual, relatándome lo que por conocer de su alma me restaba, me dijo de pronto:

—Mi amigo ¿no te parece que seríamos muy venturosos muriéndonos? pues, dado que á la mejor existencia acompañan sinsabores, y que los crueles hombres no hacen sino cargar más y más sus cadenas ¿no será mejor que los días sean breves?

—Sí—se contestaba él mismo—porque si llegamos á idealizar el más bello de los castillos, ya cuando vamos remontándonos por la primorosa escalera, se nos desmorona, despechándose nuestro sér y sirviéndonos la demolición de lápida irrisoria.

Procuré calmarle y me objetó de nuevo:

—No creas que ni por un momento dejo de comprender el sabio orden que Dios nos ha impuesto, y por lo que á mí toca no temería llenar la misión de nacer, llorar y morir que se nos ha dado; pero ¿quién nos acompañará en este camino? ¿quién quiere saber en los días de hoy que nacemos para llorar... cuáles enlaces son los envidiables que se fundan en sólo el cariño? ¡Ah, mi amigo! día á día vemos realzarse á la juventud bella; ella nos arrastra por calles y paseos, pendientes nosotros de sus aires y de sus gracias, y nos arroba con su belleza y ademanes pero ¿no están tronchadas sus almas en lo más noble, en su sentimiento? . . . ¿No oscilan los corazones

ésos tanto como el mar, sin que calmen jamás los vientos y sobrevenga la claridad y trasparencia? Y ¡que sea nada ésto! tocaríamos tal vez con muchos seres cumplidos, seríamos quizá dichosos, mas ¿podemos hacer infelices á los que sobrevengan para sobrevivirnos? ¿no se han de duplicar los males, y acrecer el desorden que lamentamos? ¡Oh! esto es lo que tiene enfermo mi ánimo.

*
* *

Hablamos de estos asuntos algún rato, encareciéndole yo que nadie como él necesitaba de caricias, por lo mismo que había estado siempre desposeído de ellas.

Después que el reposo permitió al pesaroso amigo desechar en parte la realidad de miserias que nos envuelve, me reveló con ternura su secreto.

Tenía por demás razón el pobre, así que su inteligencia no podía mandar. De este modo me habló en seguida:

—Estás en la verdad; nadie como yo necesita amar... Tú algo sabes de mi vida, pero nada de un vaporoso y deleitable ideal que no podré hacer mío.

Sabes que nací para que muriera mi madre, y que no gusté de sus caricias; sí, y sabes otras muchas cosas tristes...

Mi padre siempre me predijo, para que loco no soñase, que la vida era tormentosa y fútil; aún del afecto que sustituyó al de mi madre me separaba porque no me habituase á las risas...

Llegaron después en mis días fechas de crueldades que imprimieron honda huella en mi alma, y así viví sin esperanzas, sólo al día y en absoluto sin desear cosa alguna que mi voluntad prefiriese.

Se sucedieron por fin días tranquilos, pero siempre viviendo la vida... y siendo menester que siguiese sin soñar, ya que aprendí á hacerlo, y costando tanto como cuesta el despertar de los sueños.

Había, no obstante, hallado en mi camino á un ángel; bello como esos espíritus y como ellos puro y sonriente; no conocía de la vida más que las luces que tiene la aurora, y no había regalado su alma sino con los placeres divinos de la religión, pero sin estricteces, y sí inspirada poéticamente en la piedad que en las almas puras despierta la unión con el Dios mártir.

¡Ah! su candor inteligente, su radiosa alegría, su joven belleza todo cautivaba; era ella un lampo del cielo que llegaba hasta mí, y su alma una reconciliación con el mundo en medio del cual vivía prisionera y santificándolo.

Yo tenía que amarla, sólo en ella había visto realizado lo que del amor dice el poeta: «Recógete en ti mismo, y si es verdad que lo abrigas en tu alma, siéntelo y lo comprenderás»... ¡Oh! sí que lo sentía, y lo palpaba y ¡cuán dulce y embelesador! como sólo el amor se siente.

Pero ¡ay! que no puedo amarla, es tan dura la vida, tan locas sus exigencias, y yo soy cobarde; y no puedo sentir la traición, las arbitrariedades, y esta falta de aire y de libertad... Todo esto me atormenta mucho, y me adhiere el dolor al alma y me aniquila... así que nunca haré mío al sér que idolatro, pues había de hacerle desgraciado, si es que igualara sus sentimientos con los míos, viéndolo yo todo tan revuelto y en tanto caos...

Sin embargo, la amo de tal manera, con tal fuerza me aprisiona cuando mi alma en su soledad triste la evoca, y véola tan arrogante y pura que no soy dueño...

sería sacrificador, y empedernido y todo, por no ser cruel conmigo.

Mas... ¡oh! nó, huye, visión, aléjate... que no es solamente porque la vida es abrupta por lo cual no te digo que muero por ti, y que por ti voy concluyendo á los golpes de aquel martilleo eterno que ahondaba otro corazón y que le obligó á decir: «Date prisa, maestro, que tengo sueño y quiero descansar...»

Sí, fiebre tengo y quisiera descansar también; empero, una voz me dice: vive, vive, pobre desventurado, que no es de esta tierra la felicidad; soporta por esto esos ensueños que acoge tu mente y en los cuales se extasía considerándola... perdona que la afinidad de sangre haga imposible tu cariño, halágate con que ahí guardada é ignorada del mundo, no es de alguien todavía.

*
* *

Tuvo mi amigo un momento de silencio y exclamó después:

—¡Oh leyes! ¡oh naturaleza! ¿por qué no hacéis no imaginable el quererse de dos seres que hayan nacido cercanos? Si sois justas ¿por qué discurren á nuestra vista, prendándonos con sus miradas de ángeles, seres de los cuales nos separa un delirio, un mar, un parentesco? Y aunque se quiera á esos ángeles como ellos aman á Dios ¿no podemos alzarles altares?

¡Oh, amigo mío! tengo aquí dentro—dijo señalándose el corazón—ó tal vez en mi cabeza, que no sé dónde los prepara mi fantasía, tantos bellos idilios, tantas ternezas y dulzuras para los días de cielo que en su compañía me he forjado, que, sin querer, creyéndola mía, sonrío en

todas mis amarguras y edifico imposibles en medio de mis desgracias. La entreveo en mis brazos, amable, delicada y rendida premiando con sus mimos y suavidades todos los desvelos y trabajos que desde que la conocí la he dedicado y que me parece deponer á sus pies adorables en un eterno ensueño de felicidad.

Pero, no puedo decir... y excúsame que llore... Todo sería un crimen, y uno no puede acumular desgracias sobre las que por sí se ofrecen.

Seré sólo su guardián, ella será feliz con quien la merezca y la ame como yo la amo. Ni sabrá siquiera que yo debería haber reclamado su corazón; ha de considerarme como un extraño, como un amigo amable, á lo más.

He de ser como esos oscuros mártires sindicados de infidelidad y de no haber llenado su misión, y que aguijoneados por la injusticia y por ello acongojados saben ser fieles hasta morir, callando sus protestas.

*
* *

De nuevo guardó silencio, y de improviso y con el semblante trastornado pero halagüeño del que mucho ansía, agregó interpelándome:

—¡Vamos! ¿quieres tú fallar en definitiva, y decirme si razonablemente podría...? Tu sabes!

—El qué... ¿quererla?—le contesté yo.

Y como no hablase el pobre, y notando la pena que se había posado en su rostro le dije que sí debía amarla y hacerla de él, ya que el cariño disculpaba todo.

Permaneció mudo aún, y después tristemente me repuso.

—Nó, los desgraciados debemos ser desgraciados...

Sólo Dios para justicias. Él querrá premiar algún día infelicidad tanta, pues si no, las injusticias y el mundo no tendrían razón de ser... ¿Por qué no había de recompensar el obrar rectamente?

Se absorbió un instante en su pensamiento, y exclamó de pronto, casi desposeído:

—Sin embargo ¡si pudiera al menos arrancar de mí estos delirios! ¡Yo que siempre he dicho que las pasiones crecen solamente por la voluntad del hombre, yo, no puedo desasirme de este ensueño!...

¿Acaso el amor es algo de nuestra alma, de nuestra razón? Por qué nos invade sin poder desarraigarlo, y poderosa é irresistiblemente? Será porque lo fomentamos por ventura? No nos sorprende de un golpe y alevemente? No se infiltra en nosotros como dulce veneno y nos hace delirar y perder el tino, y por siempre nos deja en un deliquio de encantos del cual no somos dueños para desprendernos?

¡No más, nó que pierdo la cabeza!... Adiós por siempre espasmos, delirios, y tú, mi ángel...

Enmudeció otra vez, y muy conmovido y con cierta agitación, dijo al rato:

—Pero ¿será posible que aún menos que antes frecuente yo su casita? ¡Ay! y se me tildará de ingrato porque no voy á saciarme... sí, á saciarme; pero á morir también! ¡Ya no me conmoverán otra vez sus ojos tersos como de gacela, ni me será dado ver su agraciada inocencia ni su bella juventud!

Sí, pero ¿será verdad que veré menos esas paredes que me hablan de ella y me la representan? ya no tendré mi paraíso en vagar por esas calles, mientras más solas más misteriosas y más llenadoras para mi alma? ¿Podrá

ser verdad que no torceré camino por pisar esas veredas y que no me detendré á la distancia y frente de sus ventanas, en aquellas noches luminosas en las cuales los edificios blanquean así como túmulos de un cementerio gigante?

¡Cuán solas serán las noches en las cuales mi memoria habrá borrado más su imagen, y qué días tan sombríos aquellos en los que, ella existiendo, no la han de ver mis ojos!

Pero no divaguemos más que me siento morir...

*
* *

De estas confidencias hace ya algún tiempo.

Y únicamente dos meses después de ellas vino la tarde última que estuvimos juntos, pues en la mañana había de partir Alberto á muy lejanos lugares.

Fué una noche que estaba hecha para el amor, cuando hicimos como de costumbre nuestro paseo por las soledades vecinas á la ciudad. La naturaleza contrastaba con las tristezas en que tanto se avenía el pobre. No había ni sombra de oscuridad, y envolvíanos una de esas noches de vida en la cual los reflejos de una luna llena, con su claridad hermosísima, realzaban el monte y los cerros y hacían brillar las aguas del río y sus orillas de piedras humedecidas por la corriente.

Alcanzada la altura, nos sentamos suspendidos sobre el anchuroso raudal. Aquel correr vertiginoso de las ondas, y sin freno y atropelladamente, se nos representaba como un juego grandioso del cual tomarían parte el mar que las llamaba, y también los astros y las cordilleras. Tanta era la exhalación y el tronar y el arremo-

linarse de aquellos hilos de plata, que se transformaba la vista y el conocimiento.

Desde allí se nos ofrecían los campos y montañas desvanecidos á fuerza de luz, y acogíamos el bullicio del río y los rumores que transitan en la soledad del espacio y de los despoblados. Henchían nuestros pechos los anhelos y el vigor inspirados por la naturaleza, llenando á la vez la imaginación aquellas fantasías intangibles y que no puede abarcar jamás.

En aquellos momentos, espaciándose el corazón de mi amigo, exclamó, envolviendo en un vago suspiro sus palabras:

—¡Qué amorosa está la noche! ¿no es verdad?

Yo, sin mirarlo, y previendo malos resultados de dar vuelo á fantasías, estando él delante, que tenía la suya enferma, le contesté chanceándome y con aparente frialdad:

—No la veo así, y al contrario, cuando percibimos tanta vida y tanto bienestar y grandeza, no tenemos para qué ocuparnos en el amor; éste viene bien en más apagados momentos. Pienso en este particular como aquel inglés que amaba sólo cuando tenía tiempo, y lo que es hoy, no lo tenemos disponible; que bastante hay para distraerse y llenarse con una noche tan rica de vida como la de ahora!

Mientras yo discurría sobre tan extraña paradoja, Alberto golpeaba el suelo con su bastón y sonreía tristemente. En seguida, afirmando yo una mano en su hombro, y para dar á la conversación un giro de broma después de lo que había dicho del amor, le pregunté cariñosamente qué era de su amiguita.

Él, que seguramente estaría pensando en ella, me respondió:

—Aquello...concluirá...Tal vez, seguramente. Yo ya no puedo buscar en la mujer sus más ricos dones; no podré amar de ella ni la delicadeza, ni tampoco el candor admirable...

Amaré tal vez la belleza, y las particularidades que de la mujer atraen y embriagan...

Lo que es ella—agregó suspirando—no lo sabrá, nó. Otro que yo verá humedecidos sus ojos por aquella tierna languidez en que el amor los pone; otro los verá fijarse, suaves é intensos, como indagando y saciándose en el tono de las enamoradas palabras que escuchen sus oídos. Aquel rendimiento dulce, inefable y vehemente de entregar con un *sí* su corazón, y ya para correr la vida juntos y enloquecidos cual yo tanto he imaginado que sucedería ¡yo no lo veré jamás!

Sí—dijo entre despechado y abatido—así será, por desgracia...

*
* *

De este modo vacilando constantemente, y sufriendo en todas horas agitado combate, iba nuestro amigo amorteciéndose más y más. Siempre recelando del futuro, y sintiendo en el alma todas las injusticias que veía en los hombres. Á veces me decía, y me lo repitió aquella noche al volver á nuestras casas:

—No siento ya corazón. Paréceme que este órgano no cumple ya con sus funciones, pues á ratos me hielo todo y hasta el pecho lo siento helado. El cerebro es un caos en el cual no se vislumbra una idea... voltea solamente bajo el cráneo como una masa puesta en movimiento monótono. ¡Pienso que así se llegará la muerte cuando viene! Siquiera en este estado no padezco, y no

siento tampoco emociones; esto será triste, pero conveniente, en verdad, y es muestra cierta de que somos finitos y que el padecer tiene término...

Y agregaba febrilmente.

—Y ¿nos afligimos por las penas? las rehusamos, cuando, teniéndolas, se nos quita la sensibilidad? Siendo, además, cortísimos los goces ¿no será mejor ser impasibles de aquella manera?

Efectivamente—continuaba—llegamos á ser unos entes, peñas del mar contra las cuales nada puede la tormenta. ¡Feliz sopor! mas ¡cuánto cuesta adquirirlo!... Ahogar las aspiraciones del corazón, sofrenar la cabeza, amortiguar la vida; todo esto ¡cuán prolongado martirio es! No mirar teniendo vista, ni amar teniendo corazón ¡cuánto duele! Empero, este es el mundo y no hay, si no queremos ser locos, que obrar de otra manera.

Y desde que al fin todo es ficción en nosotros y las más de las cosas deben el vivir sólo á nuestra fantasía... ¡de todo podemos desentendernos!—exclamaba cual trastornado filósofo.—Salvo que existen leyes que fijan la vida, y á las cuales hemos de obedecer—decía tranquilizándose y después de reflexionar.

Sin embargo, sus males y las injusticias que creía ver no eran ficciones; lo atormentaron siempre. Aquello era su filosofía y la síntesis de sus reflexiones; mas el alma necesita vivir, y no podemos ahogarla, porque tiene aspiraciones sin término... Puede ella estar mal enderezada, escaldada de la vida tal vez, y entonces serán doloridos sus pasos y sus deseos no alcanzarán á desprenderse de ella... pero alentará siempre, y las cavilaciones y los trances amargos no la matarán, si no es de una vez y de un golpe.

*
* *

Cuando estuvimos á bordo del vapor que le alejaría de nosotros, nos dijo que deseaba retirarse á su camarote, pues aquella mirada última que se da á la patria le hacía mal; ahí estuvimos un rato; y al sentir el anuncio de la partida, le abrazamos en silencio y nos volvimos á tierra.

¡Ah! fué tan triste el término de los días de nuestro amigo, que, para que se le conozca en algunos de los detalles que completarán su historia, damos cabida, traicionando su encargo, á algunas hojas de su diario que lo transparentan del todo, y las cuales conmoverán tal vez á quien sufra como él sufrió:

Día 14 de...—Por aquella voluptuosidad que se suscita en nosotros cuando recordamos momentos felices ó memorables de nuestra vida, hoy, como ayer, con frecuencia he fijado mi memoria en las horas sublimes de estos días del año...

¡Cuántos sacrificios, y qué mal se ha correspondido á ellos!

Y también ¡cómo se van desvaneciendo esos instantes que parecían imborrables y henchidos de colorido en aquel entonces! ¡Cómo es inconstante nuestro sér, cuando aún aquellas emociones vanse borrando del corazón!

¿Qué cosa más fuerte y qué más nos hiriese que los grandiosos torbellinos de plomo, de fuego y de estruendo que nos cercaron aquel día? ¡Parecía que habían de quedar indelebles!

Pero ¿qué es aquello al lado de más duras conmociones que he padecido? ¿Acaso creía posible enjugar mi llanto cuando, antes que muriese, pensaba que me faltaría mi padre? ¿No creía que había de volverme loco?

Y ahora último, cuando acerba desgracia me asaltaba de nuevo ¿no estimé incurable mi pobre situación? ¡Ah! hoy me río de aquellas conmociones, y me pasmo de cómo es deleznable nuestro afecto.

Bien se dice que ni el dolor ni la alegría intensos sobreviven. ¡Somos muy cortos, si la fantasía no adorna con su cincel, también borrable, nuestros encantos y nuestros tormentos! Tal vez el alma no los sentiría! Ésta es sólo una masa de lana en que no se imprime cosa alguna, y en la cual todo transita después de la presión de nuestros deseos contrariados. Nada, en seguida, nos es indispensable; animales de hábito, é indolentes al dolor y la alegría, si no los inspira nuestro egoísmo. ¡Somos un juguete!

Día 17 de...—Ya que creía ¡oh lágrimas! que se había agotado vuestro hondo manantial; ya que había visto desmoronarse cerca de mí todas las pirámides que me daban sombra ¿corréis aún? ¡Ah! sí, pero terminaréis pronto tal vez! Esos últimos desgajes de mi alma (la muerte de los suyos) fueron tan recios, tan irreparables y tan ajenos á nuestra intervención, que no es raro que nos sometiéramos pacientemente... con ellos no se lastimaba nuestro orgullo; besábamos la mano de Dios que ha querido ser nuestra Providencia.

Mas vosotros (los agravios) que surgís á nuestro lado sin que se os descubra algo grande, ni dirigidos por alguien que grande sea ¿por qué venís á atormentarnos? Hijos de ruindad, de rastreras pasiones, de corazones viles ¿por qué os alzáis? ¿por qué se sustenta vuestra vida parásita? ¿os rodea alguna atmósfera? ¿estamos todos contaminados?

Día 23 de... Así pasito, así angustiosamente pasaron

aquellos días, recargados de molestias y viendo maneras y educaciones estúpidas, desagradables. Había de encerrarme para huir su contagio, y mostrarme franco para desentenderme de importunos.

Empero ¡rueda de los días, te bendigo porque circulas siempre! ¿Qué sería de nosotros si constantemente nos oprimiese una parte no más de tu rueda? Esta tarde mi corazón estaba partido; de los unos tenía que esconderme por cansancio, y de los otros, mis amigos, por precaver las habladurías.

Tardísimo, ya al morir el día, salí de mi escondite, y desatinado y sin rumbo, tomé la avenida que sale del establecimiento. Llegaba un coche, pero por entonces debía estar misántropo del todo, pues ni observé quiénes llegaban. Corrí oprimido, salvé cercas y riscos, loco rodé un precipicio, estuve á la sombra de encinares, busqué el bullicio del río, y me alejé de ahí, pues me mareaba...

Entré en la casa, y en una de sus piezas vi á los recién venidos; había entre ellos una bella... no se escapó á mis ojos, pero seguí.

Las billas se sucedieron, y después preocupado y triste llegé á la compañía de una familia amiga.

Estaba allí y apareció ella (la de que hablo arriba): de mirar decidor, de cara agraciada, de porte halagüeño, joven, llena de vida, de alma.

Ensimismado y todo, tuve, no obstante, que posar en ella mi mirada angustiosa, y mi espíritu que absorber sus encantos. Ella no era enemiga, y me cercaban tantas sombras de ellos; tuvieron que serme suaves sus encantos: ingenua y misteriosa á la vez, y con aquella coquetería llena y escasa que tiene la inocencia. Hablaban sus ojos, y hube de embargarme, pero temeroso de que fue-

ran ensueños no más, me abismé en mi pensamiento y siempre estuve mustio. ¡No podía revivir; se había cansado tanto mi ánimo!

Pero sí, me acosté con más vida. En el primer desvelo apareció la desconocida adueñada de mi fantasía; mas pensé en mi *martirio* imposible y lo encontré más bello, mucho más, todo ideal; y á la otra simpática indudablemente, pero nó semejante á mi ángel adorado. En él no más idealicé, y me adormí con la sonrisa que mi imaginación le hizo tener. Y debió velar mi sueño el ángel, pues fué agradable el levantarse.

Día 27 de... Vuelven mis días después de minutos de descanso. Mi alma se alzó alborozada por el contento que un día con nubes me ofrecía, que según mi pensar se avienen más con mi tristeza que esos otros de soles muy lucidos. Pero cuando mucho se esparce el alma, decae pronto, y la lluvia y sus neblinas entristecen siempre. Ó ¿será que está en mí la desazón? ¿por qué todos ríen y yo me aflijo? ¿por qué las almas todas vuelan y se divierten, y la mía se acongoja?

¿Será porque son locas mis exigencias? ¡Oh Dios mío! Ó ¿por qué no ajusté mi sér á los días que tú regulas? ¿Hemos de ser parcos en el vivir? Ó tal vez ¿están concluídas mis fibras, ó al menos desgastadas? ¿Porque no las robustecí en épocas en que mi razón ordenaba deberme á un destino ciego y traicionero, están ahora amortecidas, y por esta causa no se ejercitan á pesar de las luces que brillan en mi camino?

¿Ó eres tú, bello ensueño y delirio mío; tú has podido enfermarme antes que asista yo á tus *funerales?* Quizás porque no he dicho á tu oído lo que eres para mí y lo que querría que fueses ¿por esto iré muriendo? Porque leyes

sin ley nos han apartado ¿por esto he de agonizar, teniendo vida? Porque te amo, y no debo decírtelo ¿por eso languidece sin alas mi alma? Porque hora á hora te recuerdo y te olvido ¿por eso, por eso va extinguiéndose mi ánimo?

¡Oh vida sin freno! qué natural te me presentas! cuántos viven tu vida!... Pero, nó, conciencia augusta, no me dejes, que sé que la portada de la dicha es el dolor!

Correré, correré mi camino, primero dolorosamente como reptil destrozado por fiera mano; huiré de los ardores que enconan y las asperezas qne lastiman; me habituaré á que mis ojos sean miopes, y esto mientras haya vigor... Ya después, todo pasará sin tocarme, como se roza el viento sobre las nieves sin herirlas é impregnándose sólo de frío. Nada me ofenderá, y únicamente mi mirada será lección y será hielo para el que la vea perderse turbia é incierta y sin haber adquirido lo que llaman resignación... será una eterna duda cuando se hable del mundo, y será un destello cuando hablen de Dios y á Él sea enderezada.

Mi labio reirá siempre de la justicia y de la felicidad de la tierra, y será sardónica su contracción cuando se quiera quitar á Dios de entre los hombres. Justicia humana, humano concierto, algazaras de la tierra ¡cuánto provocáis á risa! Tiranías, desbarajustes, progresos del siglo ¡qué *sólido* es vuestro camino!

¡Vida del alma! si todo exceso es contraproducente, pronto te explayarás y tendrás lugar en la tierra misma, pues se dejará en libertad sólo para que las almas alienten y estén en prisiones los huesos...

El mismo día, 10 P. M.—Siempre mal avenido conmigo, sin hallar rumbo, sin resolución, viendo en perspectiva que un día ha de seguir á otro, y siempre sin mu-

danzas, siempre desconfiado, sin fe en mi patria, y por esto, sin fe alguna del mundo...

Á esto me ha conducido mi vida postrada. Recuerdo que cuando era activo había más mirajes, dormía bien y reía mejor; no parece sino que el cielo diera el castigo donde mismo está la falta. ¡No hay premios para una vida inútil! no hay halago en un halago perpetuo! no hay justo descanso cuando no hay fatigas!

¿Quién es feliz como el pobre que afanoso llena las horas del día, y después con su extenuación misma sazona el escaso alimento? y ¿quién como él duerme, y á quién son atrayentes los rinconcitos de su hogar y el fuego de la choza como á él que cumple con comer el pan diario, obteniéndolo con su sudor?

Venturosa indigencia, afanes divinos, que apartáis del corazón del hombre los vicios, y las nostalgias y los dolores del alma ¡cuánto diera por haber nacido en vuestro seno ya que mi afeminación y mis hábitos no me dejan desposeerme y subirme hasta vosotros!

¡Quién me diera abandonar mis preocupaciones, mis maneras y buscar un apartamiento, allá en el bosque, en el silencio de un campo virgen, para allí alzar mi *ruca*, y tener cerca de mí seres que me amaran, y cuidar de una corta hacienda que me diera vida y recreo, donde me sonrieran días y noches al abrigo de la lumbre ó á la sombra de gratas arboledas, donde sólo las tormentas del cielo tuvieran ecos, donde la soledad y los murmullos del espacio y los peligros de la naturaleza fueran mis amigos y confidentes. ¡Ah! soñados ideales que podéis ser, y que no seréis jamás!

Educación, progreso ¡cuánto se duda de vosotros cuando se abusa de vuestra posesión! ¡Cuánto tedio ocasio-

náis al que vive en medio de vosotros! ¡cuánta laxitud, cuánto cansancio!

¡Vuestros estímulos, vuestros pasatiempos y devaneos son puros anestésicos! ¿Quién querrá bailar al compás de ésas músicas sin reír? Atraen como las serpientes á las aves; arrastran y embriagan, pero aprisionando y triturando sus presas; brillan sus ojos y su cubierta luciente y espléndida, pero son dobleces su seno, aguijón sus amabilidades y mentira su suavidad.

Tiempo de otros tiempos ¡quién te hiciera volver! quién hubiera vivido en tus horas! Ó al menos, vosotros, cortos momentos de mi infancia ¡volved!

Recuerdo aquella estancia sagrada de la cual pronto quizás no quedarán sino ruinas; veo ya el hacinamiento de los escombros; entre ellos retoñan árboles y flores, memorias que son de la vida sosegada y santa; veo esos restos sombreados y entristecidos por la oscuridad, y como albergue únicamente de vampiros que animan la tristeza y dan miedo al reptil que duerme callado aguardando el día; demolido está el altar ante el cual tantas veces me postré llorando de piedad y por verme solo; no reinará allí la que es mi madre y me consuela en mis caídas. ¡Todo lo veo! sí ¡todo es mutable!

Aquel fuego vívido, aquellos pasatiempos, aquellas personas de entonces ¡ya no las veo!... Vamos quedando solos por demás, y aún mi alma va quedando sola también! ¿Qué se hicieron sus ensueños? qué su lozanía? qué lo que ella amó, lo que creyó eterno? Hase desvanecido como la luz, como la vida de tantos seres queridos, ya muertos, que con ellos se llevaron mis mejores risas, mis impulsos más suaves.

Aquel hogar animado; ese padre cariñoso á quien veía

tan poco cuando era niño, y que cuando me dejaba había de esconderme para llorar su partida, porque le quería con el alma ¡ya no está! tal vez por esto, porque se iría tan pronto le lloraba tan amargamente cuando me dejaba en el regazo de mi segunda madre. ¿Y ésta? ¡Ah! también se fué dejando á sus hijitos, como dijo al morir; se fué, habiendo, en la misma mañana, acariciádome risueña; traspasó los umbrales, tranquila, sin sobresaltos, así "como quien se duerme después de las tareas". ¿Y mi viejo? y mi madre? todo, todo ha caminado...

¿Forjaré nuevas ilusiones? ¿encenderé amores nuevos? ¡Oh Dios! qué misericordioso eres dándonos el cielo y la fe que á él nos conduce! ¡Qué sería de nosotros en nuestras miserias, sin tus promesas? ¿Por qué tan injusto el hombre, queriéndote quitar á los desgraciados? ¿Cuál cosa de la tierra dura siquiera como una de las aspiraciones del alma? ¡Oh mi Dios! quitadme mi voluntad y hacedme vuestro!

José C. Larraín

(Concluirá)

AYER Y HOY

Pasaron ¡y cuán veloces!
aquellos felices días
con sus puras alegrías,
con sus inocentes goces.

¡Cómo en esa edad dichosa
gocé infinita ventura
al calor de la ternura
de una madre cariñosa!

La cartilla y el recreo
llenaron antes mi afán;
y hoy en mí luchando van
la esperanza y el deseo.

Juzgaba entonces al mundo
jardín de perenne encanto...
¡Ay! cuánto ha cambiado, cuánto!
¡Oh desengaño profundo!

Sus halagos son mentira;
sus glorias, vana locura.
Al hombre ¿cuándo procura
el supremo bien que aspira?

¿Cómo puede hallar la calma,
si va, de inquietudes lleno
tras del placer, que es veneno
que le asesina hasta el alma?

Y si sólo es verdadero
que es miseria la riqueza
y pequeñez la grandeza,
no las pido ni las quiero.

Nó; que por un bien suspiro,
bien que es mi única ilusión;
mas con todo el corazón
por esa ilusión deliro.

¡El ídolo de mi amor,
promesa de mi ventura,
la que endulza mi amargura
y consuela mi dolor!

Ella á vivir me convida,
porque ella mis ansias llena
y torna en calma serena
las tormentas de mi vida.

EMILIANO FIGUEROA

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

El trozo que acaba de leerse, y especialmente la última frase, parecen dar á entender que el señor Solar piensa que *cobrar* significa sólo *exigir*.

Si así fuera, ahí está el DICCIONARIO para probarle que tal opinión sería errónea, pues la principal acepción de *cobrar* es *percibir*.

No puede desconocerse que *cobrar* tiene este significado; pero es preciso convenir igualmente en que los españoles de uno y otro continente le dan además el de *exigir*.

Por mi parte, no me atrevería á decidir si *cobrar* en el pasaje antes copiado de Bretón de los Herreros tiene el de *percibir* ó el de *exigir*.

El que don Joaquín procediera de modo que don Serapio se fuese sin recoger un maravedí está lejos de manifestar que el segundo no llevara la intención, ó la

esperanza de *cobrar*, esto es, de *percibir* el todo ó una parte de la deuda.

Sin embargo, ha de confesarse que, en los versos antes reproducidos, *cobrar* puede significar *exigir*.

Este trozo suministra un ejemplo de la confusión á que puede dar origen el uso de atribuír á este verbo las dos acepciones diferentes, y ocasionadas á equivocaciones, de *exigir* y de *percibir*.

Iguales observaciones pueden hacerse á la siguiente frase de Mariana, HISTORIA DE ESPAÑA, libro 8, capítulo 9.

«Dió orden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba: la voz era *cobrar* ciertos dineros que el rey bárbaro había prometido».

Don Rufino José Cuervo cita la frase precedente para hacer ver que *cobrar* significa *percibir* ó *recibir*.

Indudablemente, *cobrar*, en la frase del padre Mariana, puede tener la acepción autorizada que se sabe; pero también podría tener la neológica de *exigir*.

El motivo de que se haya empezado á emplear el verbo *cobrar* en el sentido de *exigir*, es que rara vez se *percibe* ó *recibe* lo que otro adeuda, sin que sea necesario recurrir previamente á una *demanda* ó *exigencia* privada ú oficial.

El distinguido hablista ecuatoriano don Pedro Fermín Cevallos sostiene, en el BREVE CATÁLOGO DE ERRORES EN ORDEN Á LA LENGUA Y EL LENGUAJE CASTELLANO, que el DICCIONARIO de la Real Academia Española considera á *cobrar* como sinónimo de *exigir*.

Léase lo que dice sobre este punto:

«*Cobrar*. Hay quienes creen que este verbo sólo significa *recibir dinero*, y que, en tal concepto, no equivale

á la acción de exigirlo. Pero si *exigir* es también *cobrar, sacar de otro* por medio de la justicia *algún dinero*, es claro que, cuando se *exige* el pago de una deuda, se la *cobra*. Ítem: poner *cobro* en alguna diligencia es desempeñar ésta para *cobrar* la cosa, ó sea para *exigirla* y *recibirla*, que es lo mismo.»

Para comprender y apreciar la observación del señor Cevallos, conviene tener á la vista textualmente algo de lo que el DICCIONARIO de la Real Academia dice en los artículos destinados á *exigir* y á *cobro*.

Efectivamente, entre las acepciones que el DICCIONARIO dá á *exigir*, la primera es la que sigue:

«*Exigir.—Cobrar*, percibir, sacar de uno por autoridad pública dinero ú otra cosa: *exigir los tributos, las rentas.*»

La simple lectura de las precedentes líneas manifiesta que el DICCIONARIO enseña que *exigir* puede ser empleado por *cobrar*, cuando este segundo verbo significa *percibir, sacar de uno por autoridad pública dinero ú otra cosa*, pero nó en el significado neológico de *pedir, demandar, reclamar*.

La Academia Española, en el artículo destinado á *cobro*, dice que *poner cobro en una cosa* es una locución tomada del francés, la cual significa «hacer diligencia para *cobrarla*.»

Evidentemente *cobrarla* se halla usado aquí en el sentido de *percibirla*.

El que *poner cobro en una cosa* signifique «hacer diligencia para percibirla» no prueba de ninguna manera que *cobrar* signifique, no sólo *recibir* lo que otro nos adeuda, sino también *pedirlo, solicitarlo, pretenderlo*.

Aunque reconozco que las palabras no conservan siem-

pre el significado de sus primitivos en otras lenguas, sin embargo, á menudo hacen lo contrario.

Es preciso, pues, advertir que *cobrar* viene del verbo latino inusitado *cuperare*, ó si se quiere, del verbo latino muy conocido *capere*, "coger, recoger".

Por lo tanto, atendiendo á la etimología, la idea expresada por *cobrar*, es la de *percibir*, *tomar*, y no la de *pedir*, *solicitar*.

Además, el dar á este verbo las dos acepciones de que se trata, puede, como queda dicho, ser causa de equivocaciones ó de extralimitaciones de facultad muy desagradables.

Don Andrés Bello en el Código Civil Chileno ha usado este verbo *cobrar* sólo en la acepción de percibir:

"*Artículo 647.* Se llaman frutos civiles, los precios, pensiones ó cánones de arrendamiento ó censo, y los intereses de capitales exigibles, ó impuestos á fondo perdido.

"Los frutos civiles se llaman *pendientes* mientras se *deben* , y *percibidos* desde que se *cobran*."

No puede haber duda de que, en este artículo, *cobrar* significa *recibir los frutos civiles*.

Si *cobrar* estuviera en vez de *pedir* ó *demandar* los frutos civiles, éstos deberían, según el texto mismo de la disposición del Código, denominarse *pendientes* y no *percibidos*, puesto que aún no habrían sido pagados.

"*Artículo 2,132.* El mandato no confiere naturalmente al mandatario más que el poder de efectuar los actos de administración, como son: pagar las deudas y *cobrar* los réditos del mandante, perteneciendo unas y otros al giro administrativo ordinario; *perseguir en juicio á los deudores*; intentar las acciones posesorias é interrumpir

las prescripciones en lo tocante á dicho giro; contratar las reparaciones de las cosas que administra; y comprar los materiales necesarios para el cultivo ó beneficio de las tierras, minas, fábricas ú otros objetos de industria que se le hayan encomendado.

"Para todos los actos que salgan de estos límites, necesita de poder especial".

Si Bello hubiera empleado el verbo *cobrar* en la acepción de *pedir* ó *demandar*, no habría enumerado entre las facultades del mandatario la de *perseguir en juicio á los deudores*, lo cual, en esta hipótesis, habría sido una redundancia.

COCINERÍA

Un reglamento para la contribución de serenos de la ciudad de Quillota, expedido por el presidente de la república en 20 de julio de 1886, dice, entre otras cosas, lo que sigue:

"*Artículo 1.º* La contribución de serenos gravará los fundos y establecimientos situados dentro de los límites que la municipalidad designe.

"*Artículo 2.º* Los fundos y establecimientos gravados por la contribución se dividirán en seis clases:

" . . . . . .

" . . . . . .

"Á la sexta corresponden las canchas de bolas y palitroques, chinganas, *cocinerías*, pesebreras públicas y posadas de carruajes".

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

MERCEDES

NOVELA HISTÓRICA

I

Con motivo del sitio que las fuerzas del gobierno pusieron á los revolucionarios de la Serena en los últimos meses del año de gracia en 1851, se acumuló en Miramar tanta multitud de gente escogida, que la hermosa quinta, en contraste con el aspecto desolado de la ciudad vecina, presentaba aire de fiesta y de regocijo permanente; á lo cual contribuía, además, en no pequeña parte el ser aquella la estación de la primavera, que desplegó entonces mayor magnificencia que nunca para engalanar de flores y verdura los llanos y colinas de Coquimbo por cuanta extensión podía dilatarse la mirada. Sucedíanse, pues, en Miramar las horas y los días, no lentos y pesados y preñados de zozobras, cual acontece en épocas de lucha fratricida, sino alegres, ligeros y bulliciosos, entre danzas, y festines y paseos. Y si tal cual infausta nueva llegaba á oídos de sus moradores, afligíanse los ánimos y

no escaseaban las lágrimas; pero pagado este obligado tributo al dolor, pronto se convenía en que era más cuerdo olvidarlo que gastar salud y vida en traerlo siempre presente á la memoria; y así, enterrados piadosamente los cadáveres como mejor se podía y aliviados de sus dolencias los heridos y bien acomodados en sus lechos, tornaban con nuevos bríos á su interrumpido contento los que habían tenido que llenar tan caritativos cuanto penosos deberes, y cediendo su puesto á los que por turno debían sucederles, olvidaban bien pronto en medio del regocijo común el recuerdo de esas escenas de sangre y de horror, harto frecuentes ¡ay! en aquellos días aciagos.

Y en verdad que todo en Miramar contribuía á ahuyentar la tristeza y á disponer el espíritu á la alegría y al reposo. La riqueza y elegancia con que estaban amueblados y adornados todos los departamentos de la casa; el buen gusto que había presidido al arreglo y distribución del jardín, el huerto, sus bosquecillos y su poético lagunato; la acertada disposición de sus viñedos y sementeras y demás anexos; la incesante actividad del *buitrón* que había servido de punto de partida para la formación de aquella envidiable heredad y que día á día aumentaba la ya cuantiosa fortuna de sus dueños con abundantes productos cuajados en *barritas* de finísimo oro; la posición misma de la quinta, entre la Serena y su puerto, entre los últimos faldeos del Cerro Grande y la ribera del Grande Océano; todo, en fin, hasta los herbazales que la confinaban hacia el sur y los tupidos totorales que la espaldeaban por el lado de la costa, todo parecía dispuesto y ordenado para hacer de aquella una mansión deliciosa endonde nada faltara á sus moradores

para halagar los sentidos, ó deleitar la fantasía, ó recrear la mente ó consolar el corazón.

Sus actuales dueños, por otra parte, no habían escaseado medio alguno para granjearse el efecto y la estimación de sus vecinos de todos los contornos y de todo rango social. Don Diego de Tercos, su esposa y su hija parecían, en efecto, haberse propuesto como único objeto de su misión en la tierra hacer de su casa, cada uno según sus especiales facultades, un sitio obligado de cita, de recreo y de solaz para la aristocracia del talento, de la cuna ó de la riqueza; un centro de concordia endonde cesaran toda enemistad y rencor, y un lugar de amparo y de refugio para todos los menesterosos del alma y del cuerpo; y que lo habían conseguido, lo afirman muchos testigos de vista que viven todavía y que á pesar de sus doce ó catorce lustros recuerdan con intensísimo gozo los días que allí pasaron.

*
* *

Era don Diego hombre de pasta no común. Muy joven aún, casi niño, había dado ya mucho que hablar, á unos para alabar sus prendas y talento, á otros para vituperar su carácter altivo y arrogante, sus ideas tildadas de heréticas y su conducta irreligiosa y nada edificante.

Huérfano de madre á los diez años de edad, habíalo mandado su padre á casa de unos parientes por línea materna que el joven tenía en Barcelona. Educábase en esta ciudad cristianamente, cuando hizo relaciones con unos jóvenes emigrados franceses, por los cuales tuvo las primeras noticias de la revolución que en la patria de éstos se efectuaba por entonces. Entusiasmóse el joven

con la narración á tal punto, que en adelante á ningún otro estudio dedicó su tiempo sino al de las causas y desarrollo de aquellos espantables sucesos. Su alma apasionada, su carácter altivo, su calidad de criollo y sus conocimientos de historia griega y romana lo hicieron simpatizar con los débiles y oprimidos; y aunque la desdichada suerte de la familia real de Francia le tocó el corazón, se declaró desde luego partidario franco y decidido de la causa del pueblo y adepto incondicional y ciego de la secta de las modernas ideas, es decir, de la escuela racionalista de los filósofos del siglo á la sazón en curso y ya para expirar.

Nutrido su pensamiento con el rico caudal de estos conocimientos y de algunos otros, si bien no tan profundos, de ciencias naturales y matemáticas y ya en edad de poder valerse de sí mismo, se preparaba á emprender un viaje de estudio por toda Europa, cuando recibió noticia del fallecimiento de su padre y de la cuantiosa herencia que le dejaba. Se vino entonces á América; y habiendo llegado á su *buitrón* de Miramar en los primeros días de julio de 1809, tuvo que presenciar la procesión en que se paseó en esos días el retrato del rey Fernando VII, lo cual le dió á él oportunidad para formarse triste idea de sus compatriotas y ocasión á éstos para reconocerlo á él como á consumado hereje y rebelde. Á esta fama que entonces adquirió debió poco tiempo después el que los caudillos de la revolución de la Independencia lo llamaran á hacerles compañía en la ardua empresa que acometían. Tomó don Diego la nueva causa con tanto entusiasmo y decisión, que en servirla invirtió las tres cuartas partes de su hacienda y expuso en cien combates su vida por defenderla, y no se dió tregua ni descanso

hasta que no la vió triunfante en todas partes, consolidada la revolución y libre é independiente á esta patria que apenas conocía cuando había vuelto á ella.

Pero como si el espíritu es fuerte, la carne es flaca, se cansó al fin la de don Diego de glorias y aventuras, y determinó volverse á sus viejos lares á gozar de la todavía regular hacienda que le restaba.

Enteradas con las nuevas que compró hasta mil quinientas yugadas de tierra al rededor del *buitrón*, restaurada y hermoseada la casa, y dispuestos y amueblados á su gusto sus vastos departamentos, llamó á su servicio y compañía á los retoños de la vieja servidumbre de sus padres, y se encerró á llevar allí vida sosegada y apacible, entre los blandos ocios y con sus libros, las no menos dulces y descansadas labores de la agricultura y del *buitrón*.

Destinando unos días á las flores del jardín y otros á los árboles del huerto; ora limpiando el terreno de las piedras y herbazales que lo cubrían, ora zanjando las partes bajas y vegosas para su desecación; aprovechando unas estaciones para las siembras de los granos ó el plantío de los bosquecillos de nogales, de higueras ó de olivos, y las otras para la construcción de las pircas divisorias de los potreros, ó de los galpones, establos y graneros, pasáronse algunos años poco menos que volando; al fin de los cuales cayó don Diego en la cuenta de que con sus cuarenta y cinco cabales estaba de más en el mundo.

Miramar había llegado á convertirse en un pequeño edén, y cada día era mayor el número de importunos que solicitaban permiso para visitarlo. Pero era indudable que algo le faltaba; sin lo cual parecía á todos obra sin

objeto. Don Diego mismo, en sus paseos solitarios, no había dejado de preguntarse más de una vez para qué y para quién se habría tomado él el trabajo de formarlo; muerto él ¿quién iría á disfrutar de su obra? Y si por acaso veía á alguno de sus campesinos recibiendo de su mujer ayuda en sus rudas faenas ó el diario sustento en la hora del descanso, creía hallar en él la respuesta que sus labios no se atrevían á pronunciar, aunque una muy dulce emoción agitaba levemente su corazón al sólo imaginarla en su mente. Pero volvía á su biblioteca, se embebecía en la lectura de sus autores favoritos, y aquellas juveniles reminiscencias se desvanecían como nubes de verano sin dejar rastros tras sí. Más de una vez también se habría visto dibujarse en su rostro una semisonrisa con sus ciertos ribetes de maligna y de burlesca; era cuando, al cruzar por su mente la idea del matrimonio, se acordaba de alguna de sus muchas aventuras galantes, en las que pocas veces faltaba un marido burlado.

*
* *

Contemplábase cada día más solitario y desocupado, aunque siempre firme en su propósito de mantenerse perpetuamente célibe, cuando echó ancla en Coquimbo un buque de la marina real inglesa con el objeto de invernar ahí. Era su capitán Mr. J. M. Farragut, antiguo amigo de don Diego. Saberlo éste y concebir y realizar la idea de irle á hacer una visita por mar fué obra de ocho días no más; los necesarios para abrir un ancho canalizo á través del espeso totoral que cerraba la heredad por el lado de la ribera y comunicar el lagunato con el mar y para adquirir una balsa nueva de pescadores.

Á bordo de aquel buque halló don Diego lo que le faltaba; y antes de un mes contraía matrimonio con Miss Jenny Farragut, hermana del capitán.

Jenny, como su hermano John Mark, era hija de un marino español y nieta por línea materna de un marino inglés. Habiendo perdido á sus padres, se acogió al amparo de su hermano, el cual, ascendido á capitán, la condujo á bordo de su barco y la hizo acompañarlo en todos sus viajes y correrías. Cuando llegó á Coquimbo, tenía Jenny treinticinco años; pero apenas si representaba veinticinco; no era propiamente hermosa, y hasta tenía un no sé qué de varonil en su apostura; pero su trato suavísimo y ameno revelaba en ella una mujer de corazón, más inclinada á las dulzuras del hogar que á las aventuras del marino y una ilustración tan vasta é ideas tan altas y tan impregnadas del racionalismo, que don Diego olvidó ante ella sus aventuras galantes y emprendió tan decidida y resueltamente su conquista, que la terminó, como lo hemos insinuado ya, en poco más de tres semanas.

Jenny dió la última mano á Miramar. Pero más celosa de la propagación de las ideas que profesaba, y cuyo triunfo debería traer, según ella, la edad de oro para la humanidad, y de tendencias más positivas y prácticas que su marido, indujo á éste á construir sucesivamente una serie de nuevos departamentos destinados á fines industriales ó filantrópicos, con los cuales creyeron ambos esposos sacar de Miramar el mayor provecho material posible y hacer de él un poderoso centro de propaganda filosófica y política, cual correspondía á la alta posición social que ocupaban y á los preclaros antecedentes de don Diego.

Gracias á su belleza incomparable, aumentada año tras año por nuevas obras de utilidad ó de mero ornato y por el natural desarrollo de sus sembrados, jardines y plantíos de toda especie que la ocupaban en toda su extensión, y en mayor parte aún, á las maneras aristocráticas y exquisita amabilidad de los dueños de casa, no tardó mucho en llegar á ser la quinta de Miramar lo que éstos deseaban que fuera: el punto de cita dominguero de lo más selecto de la sociedad serenense.

*
* *

Quiso todavía la fortuna dar á don Diego una prueba de que aún no llegaba el término de su liberalidad para con él haciéndolo, á los pocos años de casado, padre de una hermosísima niña.

Con el nacimiento de su hija cambiaron un poco de rumbo y dirección los propósitos y las ideas de los felices esposos. Retirando á un segundo término sus generosos anhelos de reforma social, política y religiosa, se dieron de lleno en adelante á la que miraron como su única misión en la tierra; de hacer de la niña el modelo perfecto y acabado de la mujer moderna, sabia, honrada y humana.

Con el crecimiento de la niña aumentaron el encanto y los atractivos de Miramar, que se vió asediado durante muchos años por una legión incalculable de pretendientes. Don Diego y su esposa desplegaron durante estos años todo el ingenio y suspicacia con que la naturaleza los había dotado y todo el rico caudal de experiencia que debían á sus largos años de conocimiento del mundo para guiar los sentimientos de su hija y con-

ducirla á una acertada elección. Á la época en que hemos empezado nuestra narración, gracias á ellos en mucha parte, había obtenido el triunfo final el joven Voltero Miralta, el cual desempeñaba á la sazón en Miramar el papel culminante.

II

Nacido y criado en la opulencia y dotado por la naturaleza de hermoso porte y de varonil belleza, reunía además Voltero en su persona cuantas dotes pueden contribuir á hacer de un mozo de veinticinco años un hombre de valía entre los hombres y un tipo de perfecciones masculinas entre las mujeres. Disponía ya el ánimo en su favor su airosa y descollada estatura y la franca y abierta expresión de su rostro; á la limpia blancura de cuya tez formaban adecuado marco algunas sedosas guedejas de un rubio oscuro que parecían caer olvidadas sobre la alta y espaciosa frente, una bien cuidada barba cerrada y un fino bigote de un rubio más claro que el de la cabellera; al mismo tiempo que al puro azul de sus pupilas hacían singular contraste sus negras y encorvadas pestañas. Conquistábanle á poco el aprecio y la admiración de los hombres su despejada inteligencia, su vasta ilustración, su respetuosa cortesía y la sencilla naturalidad con que emitía sus opiniones sin timidez ni afectación, así en la charla familiar como en los elevados debates en que solía envolverse sobre asuntos gravísimos de política, de ciencias ó de religión; y embelesaban á las mujeres, cautivándoles el alma y los sentidos, su afabilidad y maneras de alto tono y su conversación sembrada de chistes oportunos y de brillantes figuras re-

tóricas, á veces atrevidas, pero siempre nítidas y claras como blancas nubes en sereno azul.

Por las relaciones de sus familias tuvo Voltero ocasión de conocer á la hija de don Diego desde muy temprana edad.

Simpatizaron los dos jóvenes entre sí desde su primer encuentro, y no tardaron en apasionarse ardientemente el uno del otro.

No tardó tampoco mucho Voltero en convencerse de que lo que más había contribuído á granjearle el amor de la doncella eran las relevantes prendas morales que lo hacían sobresalir sobre los demás jóvenes de su edad, y no aquellas otras, si más brillantes, menos dignas de estimación en realidad, que le conquistaban el aprecio y la admiración de las mujeres. Juzgó, pues, que para conservar ileso el amor de su joven amiga debería ante todo procurar conservar su estimación, para lo cual tendría que corresponder cada día más al ideal que ella parecía amar en él.

Semejante convicción, que para cualquier espíritu vulgar habría sido causa de desvío y desazón, hizo, al contrario, en el espíritu superior de Voltero despertarse la más noble de las pasiones humanas, la emulación del bien, y enardeció con nuevo pábulo su ya intensa pasión.

Conquistado su título de abogado después de brillantes estudios, que lo mantuvieron constantemente á la cabeza de sus condíscipulos, y sin dejar de continuar con incomparable tesón su instrucción científica y literaria, buscó, en consecuencia, Voltero en las luchas del foro y en el cultivo de las letras un nombre ilustre propio que ofrecer á la mujer amada, no debido á extrañas influencias ni á los méritos de sus antepasados.

Sus victorias forenses le dieron antes de mucho nombradía de versado legista y de habilísimo y de eximio jurisconsulto, y sus poesías, las más hermosas y las más conocidas y populares de sus obras literarias, llevaron su nombre rodeado de refulgente aureola hasta los extremos más apartados de la república. Mientras sus inmortales cantos á Maipo y Chacabuco, á la Patria y al Valor, inflamaban el ánimo de los guerreros y hacían rebullir la sangre, medio congeladada por el frío de los años, en las venas de los viejos soldados de la Independencia, el pueblo aprendía de memoria y recitaba noche y día, por calles y plazas, sus chistosas é inimitables letrillas y cantares populares, y no leía, que devoraba, sus epístolas y sus sátiras, en las cuales censuraba con dantesca entonación los crímenes de los grandes y los poderosos ó se reía con gracia y finura volterianas de sus vicios. Y en tanto que sus himnos á la Ciencia, al Progreso, á la Libertad, deleitaban á los hombres de letras y á la juventud educanda, casadas y solteras se embebecían, en solitaria alcoba ó en apartado jardín, en la lectura de sus odas al Amor, á la Dicha, al Placer, ó en la de sus dulcísimas endechas amorosas, y dejaban vagar la fantasía por regiones ideales y nebulosas, en las que, sin excepción, concluían por columbrar la figura del poeta, destacándose lánguida y risueña sobre un coro de rostros angelicales.

Como la de la gloria tiene, como todas las embriagueces, su período de delirio, de vértigo y de frenesí, y no era, por otra parte, Voltero hombre de dormirse sobre los conquistados laureles, más bien inconcientemente por hábito de lucha que por ambición, se lanzó de lleno y sin saber cómo ni cuándo á la arena candente de la política,

tras de nuevos triunfos y de más brillantes victorias, sin pararse á considerar detenidamente cuál meta se proponía alcanzar, ni por qué sendero llegaría más pronto á ella.

Gracias á sus honrosos antecedentes personales y al influjo de su familia, que orgullosa de él, lo alentaba en todas sus empresas y aplaudía todas sus obras y acciones sin previo examen, escaló sin dificultad, más bien empujado que esforzándose, las puertas del congreso de 1849. ¡Digna palestra para tan esforzado campeón!

Desde la defensa sistemática de los débiles y oprimidos contra los fuertes y poderosos, y de los derechos del pueblo y de la justicia y de la libertad contra los avances del poder y el imperio tiránico y opresor de las viejas ideas políticas y religiosas, fué deslizándose el joven tribuno, de consecuencia en consecuencia, iluminado por la luz de una lógica inflexible, por la resbaladiza pendiente que conduce en política desde el principio de la soberanía absoluta del pueblo hasta la completa absorción del individuo por el estado y que lleva en religión desde la teoría del libre examen hasta la negación práctica de Dios.

Pero es necesario reconocer que si su discenso por esta pendiente fué más rápido de lo que suele ser, no tanto se debió á la impetuosidad de su carácter, que no era poca en verdad, cuanto al cúmulo de abusos que descubría por todas partes cada vez que por cualquier motivo se veía inducido á escudriñar lo que pasaba en las alturas del poder y los móviles á que obedecían los que lo ejercían, y al contraste de alto relieve que notaba consiguientemente entre la hipocresía y el egoísmo de éstos, y el desprendimiento y la sinceridad con que él

mismo y sus compañeros trabajaban por el bien público.

Arrastrado por sus convicciones, seducía por la nobleza de la causa de que se había declarado ardiente paladín; aplaudido por los suyos, vitoriado por el pueblo y adulado hasta por sus adversarios, nada más natural que del campo de los debates teóricos saltara sin la menor vacilación, sin miedo y sin zozobra, á la arena de los combates de acción. Fué, pues, uno de los fundadores del *Club de la Reforma*, establecido en los últimos meses de 1849, y uno de los que más eficazmente se empeñaron en que éste se refundiera en la *Sociedad de la Igualdad* á principios del año siguiente. Hallábase en esta sociedad en la noche del 19 de abril, en que fué asaltada por un grupo de gendarmes disfrazados y le tocó en suerte ser uno de los más maltratado de todos sus compañeros.

Este incidente decidió de su destino.

La oposición lo aclamó en masa su jefe y él mismo, en una arenga que dirigió poco días después á la muchedumbre, que lo vitoreaba entusiasmado, dijo en un rapto de elecuencia conmovedora, estas significativas pabras:

—¡Gloria á Dios que me ha concedido marcar con mi sangre el principio de la éra de los mártires de la libertad! Por lo cual, ciudadanos, ni mi corazón dudará ni temblará mi brazo cuando llegue el día de la justicia.

No ya ansioso de gloria, sino de poder, para vengar la afrenta inferida en su persona al pueblo entero, á la justicia y á la libertad, y para encaminar á la nación por la senda del derecho y del progreso; ardiente y apasionado por carácter; dueño del cariño de los suyos y seguro del buen éxito, precipitó Voltero los acontecimientos, azuzando á los decididos, alentando á los vacilantes y

desdeñando á los tímidos, hasta rematarlos, henchido de gozo y de entusiasmo, en la *jornada del 20 de abril* de 1851; en la cual vino á caberle la parte más gloriosa, porque en ella conquistó fama de valiente y denodado, única que faltaba á su nombre, y tuvo la fortuna de caer herido y prisionero en lo más recio del combate y en la puerta misma del cuartel asaltado, en el momento en que acompañado de unos pocos se abalanzaba sobre el enemigo á pecho descubierto.

De modo, pues, que con salirle fallidas sus esperanzas de victoria y con serle ahogada al nacer su ambición de mando y de poder con el triunfo del gobierno y la derrota de los rebeldes, no vió, sin embargo, Voltero en esa jornada ni eclipsada su estrella ni empañado el brillo de su nombre.

Porque así lo comprendió sin duda él mismo, cuando muchos días después le fué notificada en el calabozo en que había permanecido herido é incomunicado, su condenación á relegación á la colonia de Magallanes, lejos de amilanarse, exclamó soberbio y arrogante:

—¡Por vida mía que han andado cobardes los sayones del tirano! ¡Esperaba para mí la gloria de ser fusilado!

Y cuando poco después le ofrecieron el indulto con la sola condición de que prometiera no tomar parte alguna en el movimiento político por unos pocos años, lo rehusó obstinadamente á pesar del ruego de sus amigos y parientes.

*
* *

Faltaban dos días no más para aquel en que los condenados á relegación iban á ser trasportados á Valparaíso y de allí al lugar de su destino, y aún se mantenía

Voltero terco y obstinado en la repulsa del indulto ofrecido; y con tanta sinceridad y elocuencia había manifestado las razones que lo obligaban á tomar tal resolución, que sus amigos habían dejado ya de insistir en suplicarle que aceptara aquella prueba de deferencia que le daban sus propios enemigos como merecido homenaje á su talento y á su virtud. En la mañana de aquel día, sin embargo, había abordado por última vez la cuestión el cirujano que lo asistía, y que á juzgar por el esmero con que curaba personalmente sus heridas parecía estarle muy especialmente agradecido. Pero después de una larga hora de vanas argumentaciones se había despedido éste, diciéndole con cariñosa seriedad:

—Hasta luego, Voltero. No olvides, entretanto, que tu mejor amigo no culpará al gobierno, sino sólo á ti, si con el penoso viaje que vas á emprender, ó por efecto del clima ó de las privaciones que tendrás que soportar, pierdes si no la vida, la salud al menos, y con ella el vigor físico, intectual y moral con que hasta hoy has servido tan noble cuanto infortunadamente á tu patria. Hasta luego.

Alguna impresión debieron hacer en el ánimo del prisionero estas palabras, porque repitiéndolas mentalmente por centésima vez, exclamó algunas horas después:

—Tal vez tenga razón mi buen amigo el doctor; tal vez sacrifico yo al orgullo, á la vanidad, al solo lustre de mi nombre, lo que no me pertenece más que á medias con mis semejantes: mi talento y mi valor. Felizmente, me quedan veinticuatro horas todavía para resolverme; tiempo sobrado para pensar bien el punto.

Se quedó en seguida en actitud meditabunda y un si es no es entristecido.

*
* *

Divagaba hacía tiempo su fantasía por yo no sé qué alegres reminiscencias ó qué penosas imaginaciones, cuando fué apartado de las unas y las otras por la voz del carcelero que le anunciaba una carta.

Recibió Voltero la carta y rompió la cubierta sin mirar siquiera la dirección, casi maquinalmente; pero no bien la hubo desplegado cuando la expresión de un gozo inmenso inundó su rostro y un ligero extremecimiento de pasión recorrió todas las fibras de su organismo. Tras un momento de pausa, leyó entrecortadamente las líneas siguientes:

Mi querido Voltero:

En no sé qué indefinible angustia que ahora siento, pensando en que te hallas herido y tal vez en la cárcel, conozco que no podré vivir ya separada de ti sino en continua zozobra y tristeza.

Vente, pues, te lo ruego, inmediatamente, para que seamos felices, y orgullosa como estoy de ti y de tus obras, pueda yo bendecir mi destino, que me habrá dado por esposo al único hombre que podía satisfacer á mi corazón.

Te advierto que no admitiré excusas.

Si pretendes nuevos triunfos y más alto renombre que el que has alcanzado, me expondrías á creer que amas la gloria, es decir, que no me amas.

Mis viejos están chochos contigo; casi me ponen celosa.

Te espera sin falta tu intranquila

Serena.

Leído y releído que hubo por tercera y cuarta vez esta carta, se embebió Voltero en los más risueños pensamientos.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)

Un mundo mío

(Á TOMÁS RÍOS Y GONZÁLEZ)

I

Yo he formado, amasando mis deseos,
mis sueños todos, mis ideas vagas,
un mundo tan hermoso
que no alcanzaron á soñar las hadas.

II

Es tan azul el cielo que lo cubre,
que parece de Dios una mirada,
con su pupila, que es el sol radioso,
con sus pestañas áureas,
formadas por cadenas de arreboles
y rubias crestas de ígneas montañas.
Es tan hermoso el día bajo el toldo
de esa mirada cálida,
que por doquiera las pupilas sueñan
y entre sorpresas se columpia el alma.

III

Hay árboles inmensos que en las nubes
van á enlazar sus ramas;
hay árboles que brotan corazones,
en vez de dar cerezas ó manzanas;
y otros que rinden labios
más rojos que la grana,
con perlas en el seno y terciopelo
en la corteza azucarada y blanda.
Hay en los bosques de ese mundo mío
mil cimbradoras palmas,
esbeltas como hebreas del desierto,
que dicen sus plegarias
con sus anchos y abiertos abanicos
cuando la hambrienta tempestad estalla.

IV

Las rosas de mis mágicos jardines
son encendidas, suaves ó apagadas,
é imitan las mejillas
de la mujer que les da vida y galas.
Hay flores tan espléndidas,
hay flores tan escasas,
que, si las vieras, las dirías flores
imposibles, engendros de la fábula:
la flor de la amistad, cuya corola
á medianoche se despliega y habla,
y tiene confidencias tan celestes
que parecen por ángeles contadas;

y la flor del amor, cuyos capullos
de la rama en que nacen se desgajan
y montes, florestales y praderas
recorren, de la brisa entre las alas,
hasta enredarse en el cabello ondeante
del sauce secular que llora y canta,
ó clavarse en las púdicas camelias
ó de la acacia en la melena blanca.

V

Cuando juega la luna en los tapices
del césped recortado, los esmalta
con mosaicos de perlas y topacios,
diamantes y esmeraldas;
y sobre aquella alfombra
escuadrones de ninfas, desflocadas
las amplias y flotantes cabelleras,
tejen las redes de su aérea danza.
Las túnicas sutiles,
los cendales que cubren las espaldas,
ondulan suavemente, y los tesoros
descubren de los torsos y gargantas.

VI

Entre el musgo las frágiles violetas
modulan sus romanzas sin palabras,
cuyas sentidas notas
son cadencias, colores y fragancias.
Y en dúo apasionado
el fresco idilio de su amor se cantan

la magnolia, paloma de las flores,
y el aura que los besos le arrebata.

VII

Á mediodía, cuando el sol calcina
y las rendidas plantas se desmayan,
flota en mis bosques voluptuosa nube
de ardiente amor cargada.
Del seno de esa nube al suelo caen,
como saetas de tajante plata,
besos, rumores, notas,
dulcísimas palabras,
que vienen á prenderse de los árboles
en las caídas, perezosas ramas.

VIII

Es el imperio del amor. El cielo
vierte en la mar de su pasión las ánforas
y al choque de sus besos, brotan nubes,
espumas, olas y auras.
El viento apasionadas sinfonías
á los bosques arranca,
cuyos fornidos árboles conviértense
en suaves liras y llorosas arpas.
Mariposas, luciérnagas, violetas,
abejas y cigarras,
frutos, insectos, árboles y flores,
todo en mis bosques al amor ensalza:
amor derrama de sus anchas copas,
al asomarse en el oriente, el alba;

amor el tibio viento,
cual fecundante polen, desparrama;
amor en perlas y en diamantes ígneos
el rocío regala;
y amor arrastra en sus rugientes notas
y en líquidas madejas la cascada.

IX

Una mujer, una mujer etérea,
mezcla de arcángel y hada,
Francesca y Beatriz, Julieta y Safo,
rayo de luna y sol de la mañana,
es la divina emperatriz del mundo
que yo he formado en mis ideas vagas:
una mujer esbelta como el tronco
de mis gigantes palmas,
más suave que la miel y que las rosas,
que el cáliz del jazmín mucho más blanca.

X

Tiene unos pies que ni la débil hierba
de las praderas, al andar, maltratan,
y unas manos divinas
que parecen de pétalos formadas,
unas manos que Fidias en sus raptos
de viva inspiración jamás soñara.
Sus ojos ¡ah! sus ojos
tienen del cielo la dulzura plácida,
de la tarde los lánguidos desmayos,
los lampos de niñez de la mañana.

Cuando me mira, se dibuja en ellos
todo ese mundo en que ella sola manda,
todo ese mundo mío,
que yo he formado en un rincón de mi alma.

XI

Ven, caro amigo; juntos andaremos
por mis jardines, bosques y enramadas;
aspiraremos, cuando el viento juegue,
frescos efluvios de ambrosía y ámbar;
nos meceremos de tupidos árboles
en la flexible hamaca;
hollaremos el césped en que tejen
mis blancas ninfas sus aéreas danzas;
oiremos las roncas sinfonías
de mis encinas y mis regias palmas;
veremos cómo en hebras de cristales
arrastra amor la férvida cascada;
y charlaremos, en tercetos íntimos,
con mi encantada y vaporosa dama.

N. Tondreau

Santiago, octubre de 1887.

EN CABEZA PROPIA

I

—Caballero—le interrumpí, dejando el taco en un rincón de la vasta sala—ya hemos jugado bastante; el té se nos enfría, y sobre todo, prefiero charlar. Sé—añadí saboreando una taza—que en otro tiempo, allá en vuestra primera juventud, fuisteis un gran jugador y que de la noche á la mañana, el billar, y el ajedrez y los naipes, vuestros entretenimientos favoritos, por no decir exclusivas ocupaciones, os inspiraron tal distancia que las abandonasteis para siempre, según entonces se dijo. Hé aquí la causa de mi extrañeza cuando á los comienzos de la noche me invitasteis á una partida. Más de una vez he oído que cambio tan radical en vuestra conducta fué inspirado por unos ciertos desagradables sucesos... Deseoso de saberlos, en mi constante tendencia á conocer á todos los hombres menos á mí mismo, he interrogado con mala fortuna á varias personas. Si estáis de humor, tendría mucho placer en oírlos de vuestros labios.

—Efectivamente, yo fuí, como decís, un gran jugador; uno de esos de raza, pero raza que, del mismo modo que había comenzado en mi persona, en ella debía terminar. Digo esto, porque mi padre siempre tuvo marcada aversión hacia toda clase de juegos. De ahí el que tan pronto como se apercibiera de mis perniciosas tendencias, no despreciara ocasión, en su manera indirecta á la vez que suave y delicada, de reprender, de decirme, que habiendo sus ascendientes detestado el juego, él había heredado la misma repugnancia, herencia moral considerada por él más valiosa aún que la que por particiones le correspondiera. No paraba aquí su discurso. Añadía ser de todas las malas pasiones la más funesta, juzgándola tal, que en la desgraciada hipótesis de tener un hijo vicioso, si el cielo mismo le diera á escoger entre conservárselo así ó arrebatárselo; mil veces lo preferiría muerto á jugador. Aún la repugnante embriaguez no era en el fondo tan perjudicial; al menos, no conducía forzosamente, irremediablemente, á tan profundos precipicios como los que se labraban los hombres con las pérdidas del honor, de la honradez y del amor al trabajo, fatales consecuencias de aquel horrible vicio.

Cada vez que oía semejantes palabras causábanme una impresión honda y molesta. Prometíame enmienda; eficaz enmienda que se desvanecía como espuma ante los seductores atractivos del libro de las cuarenta y ocho hojas, obra, á mi juicio, la más leída y estudiada de cuantas buenas ó malas ha producido el humano ingenio. Dominado por una punzante afición, los sanos propósitos nacidos al calor de los consejos cariñosos y ardientes de mi padre, se helaban al contacto del frío de la noche, en cuyas negras pero deliciosas horas, los genios del juego

embriagaban á los hombres, envolviéndoles en los efluvios magnéticos de su falaz aliento. Parecía que mientras más serias eran mis intenciones, más el destino, ó la debilidad de mi carácter, mejor dicho, complacíase en evaporarlas. ¡Ah! Á aquel paso, mi loca afición tenía que serme funesta. Era como un brazo de acero, cuya mano de bronce, asida de mi pecho, me arrastraba á profunda sima.

Á juzgar por aquella conducta, es de figurarse que fuesen frases arrojadas al viento las constantes advertencias paternales. Felizmente nó. Si por el momento carecían de fuerzas suficientes para atajar mis extraviados pasos, hora llegaría en que las tuvieran sobrantes. No es fácil vencer la terquedad propia de los niños. Yo era entonces muy mozo, y el porvenir, como á la mayor parte los jóvenes, maldito lo que me inquietaba. Además, creía divisar un marcado tinte de exageración en aquellas indirectas reprimendas. Más aún, estaba convencido de éllo: evidentemente mi padre exageraba. ¡Cuántos jugadores no había, personas muy honorables! Sin ir más lejos, ahí estaban don Fulano y don Merengano.

Añádase á todo lo anterior, mis malos hábitos arraigados en la tierna infancia. De muchacho había despreciado los juguetes, encantándome, en cambio, la lotería, el dominó, el carga-burro, el tonto y la brisca. Sin titubear, habría trocado un naipe por todos los almacenes germánicos de bagatelas. Un tapete verde era para mí cosa muy superior á un árbol de Pascua. Cuantos muñecos me regalaban, no tardaba en quebrarles la cabeza contra el suelo, descontento de su inutilidad. En el colegio, reconocíanse mis puestos en las bancas por los tableros de leoncito y ajedrez, trazados con la punta del cortaplu-

mas. Á los quince años, edad en que se despiertan los primeros amores, no pensaba en otras mujeres que en las damas. Más tarde, en los salones, cuando fatigado por el baile deseaba descanso, disgustábame no encontrar en ellos las salitas de juego, indispensables en las tertulias de Europa.

Luego que el señor don Pedro Lara concluyó de decir estas palabras, levantándose de su asiento, dió varios paseos á lo largo de la pieza, durante los cuales no desplegó los labios. En seguida se acomodó con cierto abandono en un sillón de balance; encendió un habano, y permaneció en muda contemplación, con los ojos fijos en las espirales de humo, cual si le evocaran recuerdos de su agitada juventud.

Al cabo de un largo cuarto de hora comenzó á calzarse los guantes; señal en él de retirarse pronto.

—¡Cómo! ¿os vais sin haberme contado?...

—Cierto; pero os hacía con sueño...

Como me sonriera á esta respuesta, añadió:

—Bien sé que sois un excelente charlador nocturno, de aquellos que saben hablar y escuchar con discreta oportunidad, charlando cuando los compañeros están taciturnos, enmudeciendo cuando conversadores. Oíd, pues, ya que os encuentro tan dispuesto.

II

Mi tío don Pepe Lara, el mejor de los tíos, había muerto legándome su hacienda «El Buitre». Iban transcurridos algunos meses; corrían los primeros días del de septiembre, y ya era preciso recibirse de ella. Aproveché esta circunstancia para invitar á varios amigos, en su

mayor parte mozos brillantes, ociosos de profesión, camaradas alegres, excelentes aplanadores de calle. Me parece inútil deciros que entre ellos, seis por todos, había, si no me engaña la memoria, lo menos unos cuatro abogados. Mi invitación fué aceptada por unanimidad. Aquel acuerdo era lógico. ¡Íbamos á estar en libertad completa, á huir por un poco de tiempo de esta vida santiagueña de tan abrumadora monotonía! Visitas y chismes, amoríos é intriguillas, bailes y tertulias, teatros y cafés, y paseos diversos, como el comercio, la Alameda, el Santa Lucía, la Quinta Normal, el Parque Cousiño: hé aquí el reducido círculo de diversiones, las mismas todos los días, desfiladas siempre ante los mismos rostros, que allá en el año de 1887 nos ofrecía la capital. Ante tan desoladora situación, con justa causa estábamos desesperados.

Por otra parte, nos halagaban las expectativas higiénicas del severo programa que antes del viaje, en los primeros momentos, nos trazamos con el muy decidido propósito de realizarlo. Prometernos desde aquí madrugadas diarias, metódicas comidas, lecturas continuas, aire puro, bastante sol, mucho ejercicio, mucha leche y todo aquello que constituye una vida sana, á la par que provechosa; y cumplir allá, almorzando de dos á tres de la tarde, comiendo á los ocho de la noche, jaraneando sin cesar á toda hora, vaciando tal número de botellas que los vapores del vino de la comida mezclábanse en nuestras cabezas con los del almuerzo, no desvanecidos aún, y trasnochando hasta el extremo de sorprendernos día á día las primeras luces del alba al rededor del tapete verde ó á la hora de las migajas de las prolongadas

cenas; contradicciones son que todo el mundo juvenil las comprenderá por experiencia propia. No hago referencia á los ancianos, por no exigir de sus gastadas fuerzas el esfuerzo de un recuerdo. No parece sino que nos hubiéramos propuesto cometer todos los disparates imaginables en aquellos breves días, deslizados entre bulliciosas calaveradas, chanzas alegres y picantes bromas. Así, en medio de gozosos desórdenes, trascurrió esa temporada de locuras, y tal hubiera continuado á no ser por un odioso incidente que vino á ponerle término.

Antes de contároslo, permidtime una digresión.

III

Con frecuencia, tanto en nuestra familia como en la sociedad, mi tío don Pepe fué durante su vida objeto de prolijos comentarios á causa de su estado civil de soltero, según las leyes; de solterón, según el pícaro mundo. De carácter afable, figura atrayente, modales finos especialmente con las damas, llano de trato, fácil de palabra, de conversación instructiva, amena, chistosa, con un apellido ilustre, con buena fortuna y mejor salud, en verdad era un oscuro problema su situación de hombre solo. ¿Por qué ese empecinamiento en permanecer soltero? ¿Por qué no se casaba, y se casaba pronto, como debiera? Preguntas eran éstas á las cuales nunca respondía, por desprevenido que se le pillara. Estrechado muchas veces por respetables matronas, dulcísimas suegras, sonreíase, destilaba de sus labios, cual gotas de miel, una porción de cosas halagadoras; pero no contestaba, pues era en esa materia, aunque siempre el hombre amable y

flexible, un amable muy testarudo, un flexible muy porfiado.

Gracias á la confianza ilimitada con que me distinguía y á la estricta reserva que le guardaba, yo era la única persona, fuera de don Pepe Lara, que hubiera podido satisfacer á los curiosos. Conocíale á fondo, y sabía distinguir en él las dos personas, esos dos *yo* de que hablan los filósofos de allende el Rhin y que suponen en todos los individuos de la especie humana, sin exceptuar el género engañoso de los francos.

Lo cierto era que mi tío, á pesar de sus maneras insinuantes y modo de ser respetuoso para con las mujeres, profesábales un grandísimo desdén, desdén que rayaba en desprecio, desprecio que picaba en locura. Toda locura tiene su historia, y la de don Pepe, que algunos extravagantes calificarán de sensatez profunda, si bien rara, tenía la siguiente.

Las veinticinco primaveras sorprendieron á mi tío con un cerebro, laboratorio de fantasías imposibles, repleto de ilusiones y con un bolsillo de hijo de familia falto de dineros. En las pesadas y laboriosas tareas de hacer versos, leer novelas, galantear á las niñas, pasear mucho y divertirse á sus anchas, había derrochado el tiempo de sus mejores años. Estaba, pues, pésimamente preparado para los rudos combates de la vida. Y fué ésa precisamente la oportunidad (¡con aquel talento especial que tiene el muy majadero para ser inoportuno!) elegida por Cupido para clavarle en el corazón certera flecha, cuya punta envenenada causóle una de esas heridas que no cierran sino con la muerte. Así, tanto el cariño violento que primeramente concibiera por su dama, como el

odio concentrado que en seguida le inspirara, convertido más tarde en un desprecio tranquilo, á fuerza de diluirse en las mitigadoras ondas del río del olvido, en cuya corriente se ahogan los tiempos pasados con sus lágrimas y sonrisas; no tuvieron, nó, otro origen que aquel feroz flechazo.

En un principio, sus relaciones amorosas presentaron risueña faz. Y ¿cómo podía ser de otra manera? ¡Era tan simpático, de imaginación tan viva, de tan buen reir, tan liviano de sangre! Inteligente y elegante, cualidades al parecer contradictorias, sus conquistas habían sido hasta el presente numerosas, quizás por lo mismo de que á nadie había amado de veras. Mozo de bastante sociedad, tenía el dón de poseer aquella charla delicada, ligera como una burbuja de champaña, de sabor femenino, filigrana de retruécanos, mezcla de frivolidades y galanteos que requeriendo ingenio y práctica, constituye un arte difícil aunque insignicante, conforme al pensar, acaso acertado, de muchos.

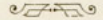
Pero la picota, asiento reservado á los pretendientes en el hogar doméstico, despojándole de toda aquella brillante hojarasca, le desnudó en apariencias de sólidas cualidades. Digo en apariencias, porque poseía un fondo noble, vigoroso, lleno de energía, que una vez apremiado por las necesidades no tardaría en resarcir con pingües intereses las horas arrojadas á la calle. Mas, como el fondo, ignoro si por fortuna ó desgracia, no está al alcance de la vista, los ojos paternos miraron mal las pretensiones de mi tío. Comenzó entonces la oposición, este aliciente poderoso del amor, matando ¡caso raro! las inclinaciones de la bella pero ambiciosa niña. Ante

la oposición de los suegros, don Pepe no habría cedido jamás; ante el enfriamiento de la dama, retrocedió desde el primer síntoma. ¡Retirada tremenda de enemigo vencido, mas nó derrotado, en la que cada paso atrás acompañado iba de un reniego, en la que cada minuto trascurrido al arrebatar una esperanza aumentaba el furor!

ALBERTO VALENZUELA C.

(Concluirá)

ALLÁ VAN VERSOS



Niña á quien amando están
con ferviente adoración
cuantos sienten tu atracción,
pues con sólo un ademán
conquistas un corazón:

ya que á realizar tu intento
van los versos que me pides,
siquiera por un momento
aparta tu pensamiento
de las amorosas lides,

y óyeme, por compasión,
en confianza y sin testigo
que distraiga tu atención,
dándome, al fin, la ocasión,
de hablar á solas contigo.

No causa tu proceder
un compromiso futuro.

¿Ni cómo había de ser
cuando todos, te lo juro,
te quieren con buen querer?

Peleen por las hermosas
batalla descomunal
otras almas ardorosas...
Yo, que aprendo muchas cosas,
no he aprendido á ser rival.

Y aunque se admire la gente
(lo cual á mí no me asombra)
á tu lado, francamente,
soy un átomo, una sombra,
un si es no es de pretendiente.

¡Ah! fíjalo en tu memoria:
no es por falta de valor,
ni desdén por la victoria:
busco pacífica gloria,
quiero ser espectador.

Amar mucho y siempre amar
me aconseja el corazón,
para que pueda alcanzar
verlo siempre palpitar
al calor de una ilusión:

y confieso sin rubor
que á sus consejos me ciño.
Ó soy muy viejo ó muy niño;

á todas les tengo amor...
¿Le tendré á alguna cariño?

Tú lo sabes, soy así.
Sólo al mirarme unos ojos
siento que despierta en mí
el ardiente frenesí
de mil secretos antojos;

y el oír la voz deseada
de una joven lisonjera
llena mi alma enamorada
con auras de primavera
y rumores de alborada.

Ya que he gozado esta vez
de tu grata compañía,
perdona si tu altivez
se ofende con mi hidalguía:
soy grande en mi pequeñez.

El amor, á lo que sé,
(hablando con seriedad)
es un poco de verdad
con algo de no sé qué
y mucho de vanidad.

De amor en la vida humana
tres faces Dios nos envía:
candoroso en la mañana,
altanero al medio día
y frío en la tarde fría.

Si ya el matinal fulgor
gozaste ¡cuida el que hoy arde!
porque, amiga, Dios te guarde
de caer en ese amor,
en ese amor de la tarde.

Cuando quieras elegir,
muchas estatuas verás
prontas siempre á sonreír,
sin que se advierta jamás
quién logre hacerlas sentir.

Y lo que en mí se divisa
piénsalo mejor en calma;
y no resuelvas á prisa
si es de un mármol la sonrisa
ó la sonrisa de un alma.

CLAUDIO BARROS

CORRIDAS DE TOROS

(Á IGNACIO UGARTE OVALLE)

I

Existe en España, y es privativa de esa noble nación, una clase social que no encontraréis en la historia ni en el presente de ningún pueblo. El grupo que la compone es reducido, y ¡cosa curiosa! nadie por su nacimiento pertenece á ella. Fórmanla individuos del pueblo y aun de la clase media, que adquieren, por el hecho de formar parte del gremio, prerrogativas especiales, que la costumbre ha cimentado y que todos en España reconocen como peculiares y vinculadas á los toreros. Diferéncianse éstos de los demás, en sus costumbres, en sus trajes y en su posición especialísima en sociedad. Frecuentan tabernas, son bien recibidos en los salones de más rango; los veréis del brazo de un marqués, y los encontraréis bebiendo con un gañán. Algunos poseen preciosos hoteles adquiridos con su espada ó con su capa; otros, como los reyes, tienen siempre su corte de aduladores y admira-

dores. Un buen torero no desdora nunca la comitiva de un infante; son obligados en las más aristocráticas reuniones; háblase algo en público de privadas relaciones entre toreros y elevadas damas de la sociedad. Tuve oportunidad de tratar alguno de ellos: son hombres acostumbrados á consideraciones; tantas les prodigan, que por la misma posesión de su estado consiguen adquirir modales, si no distinguidos, al menos algo naturales. Llevan una vida agradable y desahogada, menos en las horas que dedican á su peligroso oficio. Su traje, muy apropiado para darles mayor agilidad, consiste en una americana bastante corta y bien ceñida, chaleco abierto hasta abajo, camisa bordada y regularmente con gruesos botones de brillantes; tienen de diario sombrero alón, hendido al centro, ancha faja de seda á la cintura y pantalón ajustado; usan todos una pequeña trenza, que les sale de la coronilla de la cabeza y que, según el modo de llevarla, indica la categoría del torero. Cuando el que la lleva es todavía nuevo en la profesión ó, siendo antiguo, no ha alcanzado á ser distinguido, deja pendiente á la espalda su coleta, y el diestro ó sobresaliente oculta en el sombrero su característica trenza. Son tan estrictos en el modo de llevarla y le dan tanta importancia, que en varias ocasiones han sido arrojados del gremio toreros que indebidamente llevaban oculta su cabellera.

Reúnense en un mismo café y pasan largas horas en charla y toruna conversación.

II

El gremio lo forman, primero, los diestros ó matadores, encargados de matar con su espada al animal; en

seguida, los banderilleros, que con sus armas deben excitar á la fiera cuando ya está algo fatigada; después los picadores, jinetes que, provistos de una lanza, reciben las primeras embestidas de la fiera; y, por último, los capeadores ó chulos, que con los juegos de su capa, preparan al bicho, como dicen los españoles, para las diversas suertes.

Muchos otros pertenecen más bien de nombre que de hecho al gremio, son los llamados monos sabios, encargados del arreglo del circo; los dueños de criaderos ó dehesas y, finalmente, los aficionados, que son en mayor número que todos los otros.

III

Imposible pintar el movimiento y animación de las ciudades el día de toros; es un verdadero vértigo. El infinito número de carruajes y toda clase de vehículos que sirven para transportar las gentes hasta la plaza de toros, forma una fila triple de ida y de venida en una extensión de más de una legua. Los carros de acarreo, las pesadas diligencias, las ásperas tartanas mezcladas con los elegantes landós y milords, forman un contraste curioso que, unido á los gritos y conversaciones, hacen un espectáculo animadísimo y distinto de cualquiera otro.

Es la plaza de toros de Madrid un majestuoso edificio de estilo árabe puro y que semeja mucho á los antiguos coliseos romanos, tan vasto casi como aquéllos y destinado igualmente á espectáculos de sangre y de fieras.

Desde el umbral ya sentimos alguna impresión; algo experimentamos que nos conmueve. Al través de grandes galerías sombrías y húmedas, penetramos en la plaza; un

inmenso hormiguero semejan las dieciséis mil ó más personas que invariablemente asisten á las corridas; una animación y vocerío que aturde; todos discuten, hablan, se mueven, gesticulan y no se oye en toda la plaza más que un rumor confuso é intenso. Á la hora exacta fijada en los carteles, anuncia el clarín con aguda nota los últimos preparativos de la corrida: ábrese una puerta y entran en la arena dos alguaciles, caballeros en bonitos corceles. Llevan ellos sus vistosos trajes antiguos y chambergo con anchas plumas; recorren el circo por ambos lados y saliendo del redondel revisan los pasillos de la plaza, por ver si está en orden todo, si los guardianes en sus puestos, si listos para lidiar los toreros. Vuelven por otra puerta al circo, seguidos de los diestros y sus cuadrillas, los que hacen una marcha reposada y solemne hasta enfrentar al palco de la presidencia, donde saludan y se dispersan. Van todos ellos ricamente vestidos; el oro, la plata y la seda es lo único que entra en la confección de sus trajes; son ellos ajustados y cómodos, de manera que faciliten la ligereza necesaria para los ejercicios; ancha faja de seda oculta les preserva un tanto de los accidentes que puedan ocurrir. Todos ellos han implorado la protección del cielo en el oratorio de la misma plaza; ofrendas de luces arden en el altar para alejar de ellos cualquier peligro durante la corrida; sacerdotes y médicos listos para socorrerlos, toda clase de auxilios encuentra el que por desgracia los necesite.

IV

La corrida va á dar principio; profundo silencio; el clarín suena segunda vez; la emoción es intensa en todos;

no se oye el más leve ruido; todos dirigen con ansia sus ojos hacia la puerta del chiquero, donde está aprisionada la fiera desde el amanecer. Ábrese ésta por fin; un movimiento general de sensación y de temor produce la repentina aparición del animal que de un espantoso salto se presenta en la arena. Parece vacilar un momento; mas su bravura no le permite el reposo. Majestuosa é imponente es su figura: la cabeza alta, bien modelado el cuerpo, ágil y ligero recorre en todas direcciones con vertiginosa carrera el redondel; nada ni nadie se opone á su impulso. Los toreros se retiran saltando la barrera, sólo quedan en lidia los picadores que, montados en inútiles corceles, esperan con su pica al brazo las temibles embestidas.

La ansiedad en el público es inmensa: la fiera ha visto al mísero caballo, sobre el cual se lanza vertiginosamente. Tócale entonces al hercúleo «Artillero» parar el golpe; su sólida pica se clava con fuerza en la espalda del toro, la resistencia es muy grande, regularmente no basta á contener el impulso; el pobre animal es levantado al aire con su jinete; con la caída es desarmado el picador y la fiera sigue clavando hasta la raíz sus agudos cuernos en el caballo. El peligro del picador en ese momento, en que regularmente es aplastado por el peso del corcel, que yace en tierra en inútil defensa, y á más agobiado por la gruesa armadura que le cubre y sirve de coraza, es inminente; el pobre espera con ansias el auxilio de sus compañeros. Listos éstos se acercan al toro, á quien llaman con sus capas. La fiera acude á ellos y consiguen alejarla del picador; levantan á éste dos monos sabios, ultiman al caballo si está inútil, y dan otro al picador. Esta suerte se repite cuatro ó cinco veces. Un buen toro se aprecia

por el número de caballos que mata; pocas veces salen éstos ilesos y cuando sus heridas nos los inutilizan sirven para otras corridas.

Esa suerte es para mí el lunar que tiene la lidia de toros. Aunque los caballos son escogidos entre los más inútiles, no por eso duele menos al espectador el prolongado y cruel martirio. Hay animales á quienes se ve morir sin que un nervio se nos contraiga: no pertenece á ese número el caballo, inseparable y utilísimo compañero del hombre; su muerte siempre nos afecta. Bien se podría suprimir esa parte á las corridas, su objeto es cansar la fiera y quitarle parte de su fuerza; lo que no sería difícil conseguir de otro modo.

El clarín nos avisa que ha terminado la primera suerte. La fiera, acezando reposa un momento como para recuperar su primer impulso. Ahora toca á los banderilleros enfurecer más al toro. Ahí están «Manene», «Guerrita» y otros más listos para su oficio, su arma es una varilla corta rodeada de papeles y terminada en aguda punta como arpón. Sus lindos trajes bien ajustados les facilitan la agilidad; el toro está incierto; ellos le llaman con las manos provistas de banderillas; el animal los mira y permanece quieto, entonces «Manene» avanza, va derecho á la fiera, y cuando los cuernos del toro distan una pulgada ó menos de él, clava por entre ellos, en la misma espalda sus banderillas; el toro embiste; él con un elegante y rápido movimiento libra su vida; los gritos del pueblo, contenido hasta ese momento manifiestan su aprobación. Tres ó cuatro pares de banderillas adornan regularmente las espaldas del animal; inútiles esfuerzos hace la fiera por sacarse esas agudas agujas bien clavadas en su cuero;el dolor lo irrita más aún, bufa, escarba el suelo, ataca

con rabia; su cólera es inútil, no sirve más que para estenuarlo; ágiles como ardillas, los toreros esquivan con sus capas las furiosas embestidas; algunas veces, poco afortunados, ó quizá por pequeña distracción, son cogidos por el toro, triste espectáculo que por suerte no presencié.

En esos casos de inminente peligro es cuando despliegan los toreros sus recursos extremos: tiran de la cola á la fiera, que jamás ha sentido en su cuerpo la mano del hombre; vuélvese irritada, abandonando su segura victoria, contra su nuevo contendor. Al volverse, gira también el torero, y ambos, como jugando, dan vueltas rápidas, hasta que distraído el animal ó algo mareado, puede el toreador soltar su cola, y alejarse con rapidez algunos pasos de la fiera. Muchos otros recursos tienen para salvar del peligro á algún desgraciado compañero. Tápanle la cara con sus mantas, pínchanlo por los costados, y, en fin, se valen de todo lo que pueda distraerlo para apartar en ese momento la víctima.

Fáltame hablar del más considerado y diestro de los toreros: es el matador, jefe de la cuadrilla y director de la corrida, encargado de matar al bicho cuerpo á cuerpo y con sólo un golpe de su espada. Este es el gran torero, el verdadero jefe de su gremio; ídolo del pueblo, es el que ha llegado después de muchos años de peligrosos ejercicios torunos, á conocer el arte del toreo; él ha sufrido varias veces las terribles cogidas, como los españoles dicen cuando la fiera clava sus cuernos agudísimos en el torero.

Su vida debe de haber peligrado algunas veces; gracias á eso, su vista se acostumbra á conocer los movimientos del animal; con sólo verlo sabe como torearlo;

él va seguro á la fiera; sabe cómo la ha de ultimar; sólo por una distracción peligraría su arte y con él su vida.

Conocí al famoso Frascuelo, el primero tal vez de los toreros, hoy día; su cuerpo conserva siete ú ocho profundas cicatrices, que son para él vanagloria, como para el militar las habidas en alguna guerra, ó de otra manera honrosa; su figura es poco simpática; algo viejo, delgado de cuerpo, completamente afeitado de cara como todos los de su gremio; su trato es amable, pero seco; tiene forzosamente que resentirse de su humilde posición primera: fué en sus mocedades empleado en el Matadero de Madrid, donde su cuchilla encontraba siempre el corazón de las reces; hoy su espada lo ennoblece; ha cambiado el arma, su oficio es el mismo.

Hemos dejado al toro excitado y furioso con sus banderillas. La suerte ésa ha concluído, el clarín avisa al matador; le ha llegado su turno. Recibe éste de mano de otro torero su bien templada y agudísima espada y su muleta roja, que es un ancho paño de ese color, que le sirve como de capa para llamar á la fiera; con ambas armas, la una defensiva y la otra ofensiva, se dirige al palco ocupado por el presidente, y con su gorra en la mano brinda en breves palabras la víctima que va á inmolar. *Ave Cesar, morituri te salutant.* Marcha en seguida con reposado paso hacia la fiera, la encuentra, la llama con su muleta; el animal está fatigado, pero acude al trapo; varias suertes elegantes y sin vacilaciones preceden al momento en que el matador encuentra la fiera en posición conveniente, para enterrarle su espada, y estos pases son siempre muy esperados por los aficionados; en ellos se conoce al torero. Su sangre fría espantosa, su agilidad, y su arte

adquirido en la práctica, permiten al matador jugar con la fiera; la vuelve como quiere, se pára á su frente cruzado de brazos, en fin, la prepara como si obedeciera á su voluntad, y cuando agotadas casi las fuerzas del animal, tardío ya en embestir, é inclinada un tanto hacia abajo la cabeza, permanece un momento en esa posición, el torero entonces, empuñando su arma con la derecha, clava, de un salto, sobre sus espaldas, buscando el corazón, hasta la empuñadura su espada y esquivando el cuerpo de la débil embestida del toro, se aparta como avergonzado, á recibir la ovación que le compense de su sangriento oficio. El infeliz animal, nacido con otro destino, yace inmóvil en la arena: ha muerto sin un bramido; su martirio es regularmente de media hora. Durante toda su vida lo han preparado para este trance.

RECAREDO LAMAS G

(Continuará)

REVISTA LITERARIA

ACENTUACIONES VICIOSAS, POR DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

El infatigable y erudito escritor y miembro correspondiente de la Real Academia Española, don Miguel Luis Amunátegui, acaba de dar á luz, por la imprenta Nacional, un voluminoso libro titulado como estas líneas, en que largamente y con abundancia de ejemplos sacados de buenos autores dilucida cuál es la acentuación correcta de muchas palabras en que, por falta de una norma fija, el uso es vario, ó en que, por incuria ó ignorancia, se incurre á menudo en errores.

Á la verdad que hay en Chile pocas personas, si alguna, mejor preparadas que el señor Amunátegui para una obra como la que él, con títulos sobrados que le abonen la magnitud de la empresa, ha publicado. Hombre de letras consagrado desde temprano, con asiduidad digna de elogio y de imitación, á los estudios literarios, el señor Amunátegui les ha rendido durante su vida un verdadero culto y esto mediante, lo que pocos cuentan, ha conseguido aunar á un sólido criterio la más pasmosa erudición.

Fruto de estas dos condiciones que debieran de acompañar siempre á los que aspiran al dictado de literatos, y fruto también de su incansable laboriosidad, es el último libro del señor Amunátegui: porque se engañaría seguramente quien pensara, al hojearlo y sin detenerse en su lectura, que dicho libro sólo encierra, en cierto orden, una inacabable y fatigosa serie de citaciones destinadas á probar, ya el uso constante de los buenos escritores, ya la división que en ellos se advierte en la manera de acentuar las palabras.

Otro fin más elevado mueve al señor Amunátegui, y de otros medios, además de las citaciones, se vale para su obra.

Superfluo é inoficioso sería demostrar ahora, en largo razonamiento, la importancia de la gramática en el cultivo de la literatura y el papel que en la gramática representa la ortografía; este papel y aquella importancia no son generalmente bien comprendidos entre nosotros, ó por lo menos se les descuida de tal suerte que, en materia ortográfica, reina la más espantosa anarquía, y no sólo entre nosotros, sino en todas las partes en que se habla la lengua de Castilla, son infinitos y crasos los vicios de acentuación que afean el idioma.

Esos vicios nacen de varias causas, y el señor Amunátegui enumera, entre otras, la diversidad de sistemas ortográficos, la pésima corrección tipográfica de las obras españolas de la edad de oro y aun de algunas de nuestros días; la licencia que se concede á los poetas de alterar la acentuación cuando lo han menester y de que ellos, en ocasiones, abusan más que usan con parsimonia; y, en fin, la principal de todas, la ignorancia, que es la madre de todos los errores. Estas causas son tan eviden-

tes como la luz del día, y ya que no es posible que desaparezcan por completo, el señor Amunátegui procura, con noble esfuerzo, hacerlas menos sensibles á fin de que cesen ó disminuyan sus efectos.

Tratándose de ortografía, no cabe duda en que, para proceder con lógica, debemos adoptar como regla las decisiones de la Real Academia Española, que es la corporación que por su celo y sus conocimientos está más en aptitudes de legislar oyendo las opiniones de todas las personas suficientemente versadas en la materia y que, por este motivo, pueden, juntas, llamarse la gente educada, al uso de la cual defiere don Andrés Bello la corrección en el arte de hablar y escribir.

Por haber perdido de vista la necesidad de seguir los preceptos del sabio cuerpo que, según los fines de su instituto, «limpia, fija y da esplendor» al idioma castellano; y por haber aceptado en otro tiempo innovaciones aventuradas, olvidando como cosa baladí aquella necesidad, nos vemos hoy envueltos en la más extraña confusión: la Real Academia por una parte, por la otra Sarmiento con su sistema que todavía rige en algunas escuelas, y don Andrés Bello, como término de avenimiento, se disputan entre nosotros el dominio de la enseñanza ortográfica.

Esta anarquía no puede, sin grave detrimento de las letras nacionales, durar mucho tiempo, y, tan justo como grato es manifestarlo, se nota en nuestros días una gran tendencia á la uniformidad en el sistema de la Real Academia Española, á que todos acuden, reaccionando aisladamente. El señor Amunátegui ha venido á ser, con su último libro, el jefe de esta reacción en el sentido de seguir los preceptos de la corporación española, pero,

según frase pintoresca que ya se ha publicado, su ortodoxia no llega hasta el extremo de someter su razón sin debate ni protesta.

En efecto, después de exponer, ó más propiamente, de copiar las reglas que el sabio cuerpo ha estatuído en materia ortográfica, el señor Amunátegui las analiza para ver su fundamento; afirma unas con su aprobación; censura otras por no estar apoyadas en ninguna razón sólida, tales como la acentuación de la preposición *á*, y de las conjunciones *é*, *ó*, *ú;* nota los vacíos de dichas reglas, que nada establecen sobre cuál vocal debe acentuarse en el caso de la concurrencia de una llena y una débil, ó de dos débiles, en la penúltima sílaba de las palabras llanas en que, según lo prescrito, no debe pintarse el acento; y en general encuentra un poco deficiente el sistema. Las atinadas y minuciosas observaciones del señor Amunátegui contribuirán poderosísimamente, no lo dudo, á que todos paren mientes en la necesidad imperiosa de un sistema lógico, claro y completo que sirva de un modo uniforme dondequiera que se hable la lengua castellana, y pondrá á los miembros de la Real Academia Española á la obra, á fin de dictar de una vez por todas las leyes que pueden y que deben uniformarnos en la acentuación de las palabras.

Como corolario de sus observaciones, el señor Amunátegui, puesto que se declara partidario, en general, de las reglas de la Real Academia Española, no las sigue en su obra sino en la parte en que las cree aceptables y nó en aquellas que censura, como, según he dicho, la acentuación de la preposición *á*, etc.

También enumera el señor Amunátegui como causas de los vicios de acentuación que se notan, tanto en la Pe-

nínsula como en Chile y demás países hispano-americanos, la mala impresión tipográfica de las obras y las licencias poéticas que, unidas, inducen fácilmente á errores por la repetición de acentuaciones viciosas.

Muy poco tengo que advertir sobre este punto, porque, aún siendo exacto lo que el señor Amunátegui dice, la primera de dichas causas va desapareciendo á causa de los progresos del arte tipográfico y del empeño que se advierte en todos porque sus obras salgan á luz lo más esmeradamente posible; y, cuanto á la segunda, pienso exactamente lo mismo que el autor de la obra en que me ocupo, que las licencias poéticas sólo deben emplearse cuando sean de imprescindible necesidad ó cuando den extrema armonía ó soltura al verso, porque el abusar de ellas, ó el emplearlas con demasiada frecuencia acusa, en ocasiones, falta de facultades en el poeta.

Llego á la última de las causas enumeradas por el señor Amunátegui: la ignorancia. Sobre ésta no pienso decir nada; el libro entero está destinado á combatirla, y cuanto yo escribiera sería gota de agua arrojada en el océano. No tengo noticia de otra obra en que se muestre la verdadera y correcta acentuación de centenares de palabras, más extensa, más completa ni más nutrida de ejemplos ni de más abundante crítica que la del señor Amunátegui. Creo que con esto se hace su mejor elogio y que esto también sería por sí sólo motivo suficiente para aplaudirla y para considerarla como un trabajo que honra á nuestra literatura.

La parte que trata de las acentuaciones particulares, voy al decir de la acentuación de cada palabra, es abundantísima y merece especial estudio y atenta consideración; porque no se refiere solamente á los gazapatones en

que con frecuencia incurre la gente zafia y de escasa ó ninguna cultura intelectual, sino también á las palabras mal acentuadas por personas que presumen de ilustradas y que por tal motivo son para la generalidad autoridades en materia de lenguaje. ¿Quiénes son, entre nosotros, los que no dicen y escriben *centígramo*, *decálitro* y *descúido* por *centigramo*, *decalitro* y *descuído*, como se debe decir? ¿Y cuántos no pronuncian *necrológia*, *robalo* y *resedá* por *necrología*, *róbalo* y *reseda*, que son las expresiones correctas?

¿Y qué mucho que nosotros aceptemos semejantes dislates si escritores de nota peninsulares y poetas de nombradía no se cuidan de ellos y les dan entrada y aceptación en sus obras? ¿Qué mucho que tengamos duda sobre la correcta acentuación de una palabra si el Léxico castellano vacila á veces y modifica en una edición lo que había establecido en la anterior?

El libro del señor Amunátegui tiene este mérito indisputable: que no se refiere, para corregirlas, únicamente á las acentuaciones viciosas de Chile, sí que también á las de España y demás países que hablan el idioma castellano. Buenas pruebas de ésto son las citaciones, tomadas, en su mayor parte, de autores españoles.

Acepta el señor Amunátegui como norma, de igual manera que lo hace respecto de las reglas ortográficas, las decisiones de la Real Academia Española, manifestadas en la duodécima edición de su Diccionario; pero al mismo tiempo, guiado de sus propios conocimientos, estudia voces que el Diccionario no consigna, y trata siempre de uniformar la acentuación, especialmente en aquellas palabras en que, por deficiencia del sistema ortográfico, puede caber duda, para lo cual se apoya en la

índole de la lengua, en la autoridad de los escritores y en la manera como el Diccionario mismo, no embargante la omisión de regla fija y determinada, las acentúa.

Entre éstas se cuenta la palabra *aína*, y para probar la acentuación en la *í*, el señor Amunátegui cita una estrofa de Ercilla y un refrán mencionado por el Diccionario; podría agregar yo que el mismo Diccionario en los artículos respectivos acentúa *aína*, *aínas*; pero podría agregar también ejemplos de buenos autores que, si no dicen *áina* expresamente, dejan lugar á dudas.

Así, en las obras de Cervantes, edición Rivadeneyra, encuentro las tres frases que van en seguida:

Ya há muchos días que no sé en qué términos le trae su suerte; pero según he oído decir de la recatada condición de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que *más aina* debe de estar quejoso que satisfecho.

(*La Galatea*, pág. 20).

Por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos mos amistad que dure; pues *más aina* puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

(*La Gitanilla*, pág. 105).

Con todo eso—respondió don Quijote—tomara yo ahora *más aina* un cuartel de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas hierbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna.

(*Don Quijote* etc., cap. XVIII, pág. 263).

Y autores modernos, entre otros don José María de Pereda, escritor correctísimo y miembro correspondiente de la Real Academia Española, ofrece los siguientes ejemplos en sus obras completas, corregidas tipográficamente, con todo esmero:

Lucas no es hombre de caber en Coteruco *tan aina* como los

ensalzaos trunfemos... Todo lo que él dice en contra y sobre mejorar el pueblo y el valle, es pantomima y embuste, que yo no trago... ni tú tampoco.

(*Don Gonzalo González de la Gonzalera*, cap. XV, pág. 241.)

No te diré que nó, Gorio, porque en el mundo *tan aina* bajan las cosas como suben; y por la presente, no estaría de más un escarmiento... etc.

(La misma obra, cap. XXVI, pág. 381.)

Bien dices, Gorio; y, á la verdá, que en el pueblo hay más agobiaos que nusotros.

Los hay, Carpio, sin un carro de tierra en la mies, ni un grano en el desván, ni una res en la corte, cuando antes fueron opíparos de labranzas y cojechas... Dígalo Toñazos.

¡Y tantas como él, Gorio! Pero ¿cómo se han deshecho *tan aina* esos bienestares?

(La misma obra, cap. XXVI, pág. 383.)

Espanto daba—dijo:—osos he visto yo en el monte, de mirar más blando. *Tan aina* como supo quién era el que mandaba allí, fuése á él y puso en sus manos un oficio...

(La misma obra, cap. XXVII, pág. 392.)

Más tarde ó *más aina*, la mano de Dios cobra las deudas.

(La misma obra, cap. XXXI, pág. 450.)

Verdad es, tío muy amado, que al venir sin su licencia de usted, dábame acá adentro muchos resquemores; pero de su buen corazón esperaba que *tan aina* como yo estipulara los motivos...

Los motivos esos los barrunto y no los trago, por falsos.

(*De tal palo tal astilla*, cap. VI, pág. 106.)

La duda sobre cuál letra debe acentuarse es bien legítima en los ejemplos anteriores; y como la citada, infinidad de palabras enumera y acentúa el señor Amunátegui.

En este sentido, la obra que motiva las presentes líneas presta un servicio importantísimo: dar á conocer

la necesidad indiscutible de que la Real Academia modifique ó complete su sistema ortográfico; y por el sinnúmero de casos que resuelve contribuirá, seguramente, á la realización de un semejante trabajo.

Dos objeciones podrán hacer la generalidad de los lectores al libro del señor Amunátegui: la primera que es árido. En verdad, como libro didáctico, no tiene el atractivo de una novela ni el de un drama; pero, para los hombres de estudio, tiene el de la enseñanza; no ha sido escrito, como el *Diccionario de Galicismos* de Baralt ó el de *Chilenismos* de Rodríguez, procurando por diversas é ingeniosas maneras hacer agradable la lectura de la parte expositiva; pero esto se compensa con las sorpresas literarias y con tal cual disquisición curiosa que se encuentra en el cuerpo de la obra.

La segunda objeción es que dicho libro está demasiado recargado de citaciones. También es verdad; pero no es lo menos que tal recargo no es en manera alguna defecto, comoquiera que las *Acentuaciones viciosas* no tienen por objeto servir para la enseñanza en las escuelas, sino de libro de consulta, y en obras de este linaje puede decirse propiamente que lo que abunda no daña, sobre todo cuando abunda lo bueno.

Aparte de ésto no podrá menos de reconocerse por todos la utilidad innegable del libro, que, en Chile como fuera de Chile, prestará trascendental servicio á los hombres de estudio, para provecho de las letras castellanas y honra del señor Amunátegui.

LUIS COVARRUBIAS

"ELEMENTOS DE ARTE MÉTRICA CASTELLANA, ARREGLADOS PARA LOS ALUMNOS DEL SEMINARIO DE SANTIAGO", POR EL PRESBÍTERO DON RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ

Creemos excusado decir que el autor de la obra de que vamos á dar cuenta es uno de los miembros más distinguidos del clero chileno por su erudición y su talento.

Ha descollado y descuella como un escritor notable en muchos y variados géneros.

Es también poeta.

No podría, por lo tanto, aplicársele la clásica comparación empleada por Horacio, de la piedra de amolar que da filo al hierro sin tenerlo ella misma.

El profesor del seminario conciliar, al componer un arte de hacer versos, enseña una materia que practica.

Hay, sin embargo, en el texto publicado por el presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez, varios puntos que, en nuestro humilde concepto, no son exactos, ó, por lo menos, que no se han expresado con la precisión debida.

Vamos á indicar sólo algunos, exponiendo nuestro dictamen con entera franqueza, como conviene hacerlo en toda discusión.

"Verso, dice el señor Vergara en la página 3 de su opúsculo, es una frase melodiosa sujeta á una medida determinada. Su estructura está sometida á condiciones esenciales y accidentales: las primeras son la medida, el acento, las pausas y la *cesura;* á las segundas pertenece la rima."

No estamos conformes con esta opinión en todas sus partes.

Á nuestro juicio, la cesura no es ni puede ser uno de los elementos esenciales en el metro, como es fácil demostrarlo.

Don Andrés Bello y don Alberto Lista sostienen con buenas razones que los versos disílabos y trisílabos no tienen una existencia legítima en castellano.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que algunos poetas han solido usarlos.

El mismo señor Bello, en su composición titulada *Los Duendes*, se ha valido de los trisílabos.

Don José Zorrilla los ha empleado también juntamente con los disílabos en la leyenda que lleva por nombre *Un testigo de bronce*.

Ya ruedo
sin tino:
ni puedo
camino
buscar,
ni sé
si acaso
podré
mi paso
parar.
Ya vago
perdido:
su lago
el olvido
me extiende
al pie.
Y en vano
me afano;
no hay tino,
ni hay mano
que ayuda
me dé.
¡Sin duda

caeré!
Lo creo...
lo sé,
lo veo...
¡Mi sino
tal fué!
Cierto,
sí;
yerto
voy;
caí.
¡Muerto
soy!
Nada
hay
aquí.
¡Ay!
fuí.

(ZORRILLA, *Obras*, tomo I, pág. 515.)

Poco más adelante agrega el mismo autor:

Ve
que
ya
lento
soplo
blando,
dando
va.
Parda
nube
tarda
sube:
tinta
roja
pinta
y da.

(Id., pág. 516.)

Ahora bien, es evidente que no puede haber cesura en los versos disílabos y trisílabos; pero prescindamos de ellos, ya que su legitimidad es contestada.

Exactamente lo mismo sucede en los tetrasílabos y pentasílabos.

Fué sacando
doña Urraca
una liga
colorada,
un tontillo
de casaca
una hebilla,
dos medallas,
la contera
de una espada,
medio peine,
y una vaina
de tijeras.

(IRIARTE)

El que inocente
la vida pasa,
no necesita
morisca lanza,
fusco, ni corvos
arcos, ni aljaba
llena de flechas
envenenadas.

(MORATÍN)

Mal puede haber cesura en los tetrasílabos y en los pentasílabos, cuando á menudo cada verso consta de dos palabras tan estrechamente unidas que forman una especie de vocablo compuesto, y aun á veces consta de una sola dicción, como se ve en los ejemplos anteriores.

El mismo señor Vergara Antúnez reconoce, en la pá-

gina 19, que la cesura sólo tiene lugar en los versos largos desde diez hasta catorce sílabas.

Esto basta para nuestro propósito; pues de aquí se deduce que no puede considerarse como constitutivo indispensable de todo verso el que lo es únicamente de algunos.

La cesura no se encuentra en la misma categoría que el acento ó la pausa métrica, que son elementos sin los cuales el verso no podría existir.

Nótase también en el texto de métrica que analizamos cierta falta de exactitud en algunas definiciones.

Verbigracia, en la página 5, el señor Vergara define la sinalefa diciendo que es «la contracción en una sola sílaba de las *vocales con que termina una palabra y aquellas con que empieza la siguiente.*»

Mientras tanto, en los mismos ejemplos que se ponen á continuación, se ve que la sinalefa puede comprender, no solamente el fin de una palabra y el principio de otra, sino también una y dos palabras enteras como sucede en este verso:

El *odio á un* tiempo y el amor unirse.

(QUINTANA).

Aun hay más, una misma sinalefa puede estar formada de tres vocablos completos, como se observa en el verso:

Si á un infeliz la compasión se niega,

donde las tres dicciones *si*, *á* y *un* constituyen una sola sílaba.

Por otra parte, la sinalefa no es, como lo indica el señor Vergara Antúnez, una reunión de vocales sino de

sílabas, según se ha podido notar en los ejemplos precedentes.

Preferible habría sido, sin duda alguna, que el autor de los *Elementos de Arte Métrica* hubiera dicho, siguiendo á don Andrés Bello, que la sinalefa es «la confusión de dos ó más sílabas que pertenecen á distintos vocablos, en una sola».

Una definición dada en esta forma no se presta á ninguna de las observaciones que nos ha sugerido la adoptada por el señor Vergara.

Otro de los puntos que han llamado nuestra atención en el opúsculo de que tratamos, es el contenido en el trozo que se inserta á continuación:

«Terminaremos (se dice en la página 15) lo referente á los acentos advirtiendo que los versos toman el nombre de *graves*, *agudos* ó *esdrújulos*, según fuere la palabra final. Esta calificación sólo puede ofrecer alguna duda respecto de las dicciones que terminan en diptontos ó triptongos ó en dos vocales llenas inacentuadas. Para evitar esta duda, *téngase presente que las dicciones terminadas en diptongo ó triptongo, si el acento no está sobre la última vocal, pueden emplearse como agudas ó como graves.* En estos casos se hallan *grey*, *voy*, *soy*, *amáis*, *fragüéis*».

El señor Vergara establece como una regla general, en el pasaje antes copiado, que las palabras terminadas en diptongo ó triptongo, si el acento no carga sobre la última vocal, pueden emplearse indistintamente como agudas ó como graves; mientras tanto siempre se ha considerado que el hacer graves esta especie de dicciones no es más que una licencia poética muy poco usada por los buenos versificadores.

Don Andrés Bello en los *Principios de la Ortología y Métrica*, tratando sobre esta materia, se expresa como sigue:

"Se permite emplear alguna vez como graves á fin de verso las dicciones que terminan en diptongo ó triptongo acentuado, si el acento no está sobre la última vocal; como *grey*, *voy*, *amáis*, *fragüéis*. Las dicciones cuyas dos últimas vocales son llenas, se consideran arbitrariamente como graves ó esdrújulas; verbigracia, *cesáreo*, *virgíneo*. Y algunos extienden esta regla aún á las dicciones en cuya última sílaba hay un diptongo inacentuado como *justicia*, *estatua*. En todo lo cual conviene la práctica de los italianos con la nuestra.

Si estuviera despacio escribiría,
como hizo Horacio Flaco á los Pisones;
á los aficionados á poesía
dedicara mis útiles lecciones:
con lógica sagaz demostraría
lo que va de naciones á naciones:
probara lo que va de ayer á *hoy;*
pero no tengo tiempo, como *soy*.

Ahora bien, don Miguel Antonio Caro, comentando el pasaje anterior, dice que "este ejemplo no sirve de comprobante á la observación precedente, porque en el estilo jocoserio han solido los poetas modernos, por donaire, introducir en versos largos, y aún en estrofas épicas (octava rima) finales agudos que, por regla general, y sobre todo en estilo serio, no son admisibles sino en versos cortos (en el octosílabo y de ahí para abajo). De tales rimas en poemas humorísticos ó jocosos ofrecen ejemplos Espronceda y el propio Mora, lo mismo que Bello en el *Orlando Enamorado*.

«Nada tiene, pues, de extraño que Mora, en la octava copiada por Bello, pusiese *hoy*, *soy*, á sabiendas de estar empleando rimas agudas.

«Una oda sáfica de Reinoso á Lista (*Obras de Reinoso*, I, página 116) termina así:

¡Sufre tu suerte! ¡La imperiosa *ley*
tal es del triste, venturoso Licio!
al infortunio la paciencia es dada,
no los placeres.

«En Carvajal ocurre también algún caso semejante; pero la misma rareza de los ejemplos, cuando constantemente *rey*, *ley* tienen valor monosilábico, demuestra que el buen oído castellano reprueba tales licencias.»

Por consiguiente, el señor Vergara Antúnez no ha debido expresar en forma de regla lo que es sólo una licencia, y todavía una licencia censurada.

Hemos dicho ya que algunas de las definiciones que aparecen en los *Elementos de Arte Métrica* pecan por inexactas, y para corroborar nuestro aserto examinaremos la relativa á la *asonancia*.

«La rima imperfecta ó *asonancia*, dice el señor Vergara en la página 22, es aquella en que las vocales son iguales desde la acentuada y distintas las consonantes. Puede ser aguda, como *mar*, *volcán*, *vendaval;* grave, como *nube*, *perfume*, *pesadumbre;* esdrújula, como *lábaro*, *relámpago*, *contemplábalo.*»

La precedente definición deja, sin duda, algo que desear, porque la rima asonante no es precisamente aquélla en que las vocales son iguales desde la acentuada y distintas las consonantes.

Si así fuera, no se considerarían como asonantes las palabras *niño*, *mísero*, *ripio*, que lo son en realidad.

En otros términos, para que haya rima asonante no se requiere que todas las vocales desde la acentuada inclusive sean iguales, sino que basta que lo sean la vocal acentuada en las dicciones agudas, y la vocal acentuada y la vocal llena de la última sílaba en las demás palabras, previniendo que en la sílaba final grave la *i* se considera, para este efecto, como equivalente á la *e*, y la *u*, en el mismo caso, se reputa por *o*.

Insistimos en este defecto de las definiciones, porque precisamente la exactitud en ellas es una de las cualidades que deben adornar un texto de enseñanza, puesto que el niño las aprende generalmente de memoria, y quedan, por lo tanto, impresas en su inteligencia.

Otro pasaje de los *Elementos de Arte Métrica* que consideramos digno de observación es el de la página 23, que se reproduce en seguida:

"Es indicio de pobreza, dice el señor Vergara Antúnez, la rima de *palabras análogas*, como de dos terminaciones verbales, *amaba* y *deseaba;* de dos adjetivos, como *hermoso* y *amoroso;* de dos sustantivos abstractos, como *belleza* y *nobleza;* de dos adverbios en *mente*, ó de cualquiera otra especie, como *acá* y *acullá.*"

Palabras análogas son, como se sabe, aquellas que ocupan ó pueden ocupar un mismo lugar en el razonamiento, como dos verbos, dos sustantivos, dos adjetivos, dos adverbios.

Por consiguiente, para el autor de los *Elementos de Arte Métrica* se reputarían rimas pobres las de los verbos *amara* y *ampara*, *rocía* y *venía*, *muera* y *partiera;* las de los adjetivos *bueno* y *lleno*, *puro* y *perjuro*, *fuerte* é *inerte;* las de los sustantivos *justicia* y *malicia*, *suerte* y *muer-*

te, *sueño* y *empeño;* y por último las de los adverbios *bastante* y *adelante*, *jamás* y *además*, *aquí* y *allí*.

No creemos, sin embargo, que pueda sostenerse semejante aseveración.

Para calificar de pobre ó rica una rima debe atenderse, á nuestro juicio, á la mayor ó menor dificultad que se supone ha habido para encontrarla y no á la analogía que puedan tener entre sí las palabras.

Así, serán rimas pobres aquellas que están formadas por *terminaciones* (y no por palabras) análogas, es decir, por terminaciones que obedecen en su formación á una misma regla, como serían, por ejemplo, dos copretéritos en *aba*, dos adjetivos en *able*, dos sustantivos de los llamados *aumentativos* ó *diminutivos*, dos adverbios en *mente*, etc.

Estas terminaciones son en realidad, como lo dice don Andrés Bello en los *Principios de la Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, signos idénticos; de tal modo que, recurriendo á ellas para formar la consonancia, es como si hiciésemos rimar una palabra consigo misma.

Para el señor Bello es rima pobre la de *amabas* con *pensabas*, mas no con *acabas*, cuya formación no está sujeta á la misma regla á que están sometidas las otras dos dicciones.

Muchos tacharán de nimiedades las observaciones precedentes; pero nimiedades de esta especie tienen su importancia en un tratado que se destina á la enseñanza.

Por lo demás, los lunares que hemos notado, muy fáciles de salvar en todo caso, no alcanzan á amenguar el mérito de la obra acerca de la cual hemos discurrido.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES

DOS CUESTIONES

SOBRE LAS PERSONAS JURÍDICAS DE DERECHO PRIVADO

(Memoria presentada en 2 de mayo de 1887 para obtener el grado de Licenciado en la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas)

Entre las disposiciones de nuestro Código Civil que el distinguido cuanto malogrado jurisconsulto don José Bernardo Lira señalaba á la Facultad de Leyes de nuestra Universidad como necesitadas de reforma, hállanse ciertamente los artículos fundamentales del último título del libro I, título que trata *De las personas jurídicas.*

Su análisis es también objeto del presente estudio; pero no extensivo á la apreciación científica de la clasificación y enumeraciones que allí hace el legislador, ni siquiera á la crítica, alcance y aplicaciones de cada uno de sus preceptos, sino circunscrito á aquellas disposiciones que otro jurisconsulto eminente,—el sabio profesor de Código Civil, don José Clemente Fabres,—denunciaba como reminiscencias del Derecho regalista de las monarquías absolutas é incompatibles con nuestro sér actual.

Me ocuparé, pues, 1.º, en la intervención del Estado en la constitución de las asociaciones y su consiguiente personificación civil; y 2.º, en las limitaciones puestas por la ley al derecho de propiedad de las mismas asociaciones.

I

Según nuestro Código Civil, solamente son personas jurídicas de derecho privado las fundaciones ó corporaciones establecidas por ley ó aprobadas por el Presidente de la República (art. 546); á cuyo beneplácito están también sometidos los estatutos, así como la disolución de las dichas fundaciones ó corporaciones (arts. 548 y 559).

Ó en otros términos: sólo el legislador ó el poder ejecutivo puede crear personas civiles ó jurídicas.

Hé ahí un principio reputado como axioma por los legistas modernos, y que conviene examinar siquiera sea someramente, puesto que es la base del sistema adoptado en nuestra legislación. La cual no hace más que reflejar las doctrinas de los jurisconsultos romanistas, en quienes se inspiró el legislador tan fielmente que muchos de sus preceptos no son más que la forma imperativa de la exposición de los autores (1).

Para éstos, como para los romanos subyugados en la época del despotismo imperial, se reduce el orden social á un vasto comunismo en donde todo pertenece á César, en donde todos los intereses y todas las existencias están á la disposición de César, en donde César es á la vez el propietario, el administrador y el juez supremo. Un derecho ó un deber subsistente por sí mismo hubiera limi-

(1) Compárense los textos de Pothier y Savigny señalados en las *Notas* al título XXXIII del libro I, con los artículos en él comprendidos.

tado en otro tanto el *imperium* de César. Por esto, el ciudadano romano no tenía existencia individual, sino que era propiedad del Estado, de cuya sola voluntad derivaba su derecho de vivir; y por consiguiente, recibía sus medios de existencia de la munificencia ó del permiso del Estado. Muéstralo así el derecho mismo de postliminio, puesto que caído en poder del enemigo, perdía el ciudadano romano los derechos de tal y sus bienes; mas si volvía, las ficciones legales reanimaban su derecho por modos más ó menos ingeniosos, pero que atestiguaban que su personalidad era toda de prestado y que separado de la *ciudad* era considerado como muerto. Por eso también fueron proscritas las corporaciones, en cuanto seres independientes; además de que convenía á la política cesárea que estuviesen divididos todos los intereses y anulados los unos por los otros, á fin de que su aglomeración no formase un dique contra el poder absoluto.

Las sociedades modernas, amamantadas por los legistas en el culto al derecho romano, universalmente admirado y universalmente enseñado, modelaron sus legislaciones en la legislación Justiniana, que respira el doble sentimiento de la omnipotencia del príncipe y de la nulidad de los demás hombres. Este mismo dogma cesáreo, que no reconocía individuos sino sólo ciudadanos ó súbditos, fué el inspirador de los legistas que compusieron las asambleas constituyente y legislativa de 1789 y 1791, de esos legistas que consagraron la estatolatría, el socialismo del estado en el Código Napoleón, destinado en el pensamiento de sus autores, á ser el derecho por excelencia del mundo contemporáneo.

En virtud, pues, de tales doctrinas, se ha creído el Estado autorizado para negar ó reconocer ciertos derechos

naturales del hombre y hasta para *crear* ó *aniquilar* ciertos hechos jurídicos que de ellos dimanan. De ahí las disposiciones restrictivas de la capacidad de las personas morales y los trámites de autorización previa y de vigilancia impuestos á las asociaciones literarias, científicas, religiosas, políticas, de beneficencia, comerciales etc., en una palabra, á cualquiera reunión de personas que dirijan sus esfuerzos hacia un fin común.

¿Qué cosa es la personalidad ó capacidad jurídica de las asociaciones? Es la aptitud que tienen para poseer bienes y llegar á ser el sujeto de derechos y de obligaciones relativos á los mismos; gozando en esta esfera de una capacidad igual á la de las personas físicas.

Si á un cuerpo le da el sér ó existencia el que lo forma, el que lo instituye inmediatamente, es evidente que las personas morales ó asociaciones no son creación de la ley, comoquiera que son formadas por particulares, quienes por medio de ellas "ejercen su actividad individual mancomunando sus recursos y esfuerzos para conseguir algún fin honesto, ora material, ora moral".

El hombre ha sido creado para la sociedad. Todo nos lo está diciendo, puesto que no ha podido nacer, conservarse y alcanzar su pleno desenvolvimiento sino en la sociedad y por la sociedad, á la cual le ligan su entendimiento, su alma, su corazón, toda su vida moral, tanto como su vida material. De modo, pues, que al asociarse ejercita el hombre un derecho natural, pone en acto uno de aquellos derechos innatos que se producen en el individuo tan sólo por virtud de su existencia y de su naturaleza racional y que la ley positiva no puede impedir, porque el hombre no inventa, no crea el derecho: cuando más puede reconocerlo, aprehender sus relaciones.

Siendo el hombre un sér racional, libre, independiente por naturaleza, no puede justamente impedírsele por la nación el libre ejercicio de su actividad en cuanto no dañe ni la justicia ni la moralidad. El derecho natural no está sujeto á las determinaciones del Estado; es superior y anterior á él. Si el hombre se une en cuerpo moral bajo determinados usos y reglas que no ofenden á la naturaleza ni á la sociedad, el Estado, que no puede impedir al hombre esta acción, pues es un derecho natural, está también obligado á reconocer la existencia de aquella asociación y á respetarla, así como los derechos y obligaciones que produzca entre los asociados. La asociación es un hecho jurídico, esto es, un hecho conforme á derecho, y basta que se tenga conocimiento de su existencia para que exista la necesidad de reconocerla.

De ahí se sigue que toda asociación legítima es persona moral ó jurídica, ó sea, un sujeto de derechos. Porque es preciso no olvidar que la asociación no es una abstracción sino una realidad, y que «desde que tiene derecho á existir y á ser reconocida, lo tiene también á conservarse, á obrar en persecución de su fin y á procurarse los medios necesarios para lo uno y lo otro. Nadie puede impedírselo, con tal que no exceda los límites de la justicia». La personalidad del ente moral, como que es necesaria consecuencia del sér, procede de la misma causa de que procede la asociación: *Qui dat esse, dat consequentia ad esse.* Mediante la unión de muchos que de una manera estable se juntan en la unidad de un fin que ha de conseguirse con el esfuerzo de todos nace la asociación; así también su personalidad civil. Ésta no es sino un hecho natural que trae origen de la voluntad de ciudadanos que tienen el derecho de propiedad y el de-

recho de parecer en juicio. En el ejercicio de estos derechos es indudable que podemos disponer de nuestros bienes y de nuestra persona, ó de una parte de nuestro haber y de nuestra individualidad, para ponerlos en común con otros individuos, amigos ó socios nuestros, y dar á ese fondo común ó agrupación la forma que más nos conviniere. Así tiene esta colectividad de intereses y de personas los mismos derechos que el individuo, está sometida á las mismas obligaciones, y, como procedente de la libertad privada, goza del derecho común y de los que nacen de la unión y cuasi fusión de los derechos individuales de los miembros que la componen, en la medida que ellos hubieren querido. De manera que no es dado á la autoridad pública desconocer ni menoscabar la la capacidad jurídica de las asociaciones, capacidad que no es más que una derivación de la personalidad física de los individuos que las componen.

Y no se diga que la corporación ó fundación es una ficción de la ley por cuanto forma una persona *distinta* de los socios individualmente considerados. Cierto que los socios no están *in integrum* en la asociación, sino en parte, por decirlo así, y que en esto se distinguen de ella; pero la *distinción* no es *separación*, y dicho queda que la personalidad moral no es más que una expansión de la personalidad física, en cuanto que algunos derechos individuales, susceptibles de ser ejercitados en común, se funden en un solo derecho que informa al todo moral de la asociación. De consiguiente, por más que sea justo decir que «lo que pertenece á una corporación no pertenece ni en todo ni en parte á ninguno de los individuos que la componen» (art. 549, inc. 1.º), es incontestable, sin embargo, que los derechos que son el

patrimonio de la persona jurídica, aprovechan á los miembros aislados (presentes ó futuros) de la corporación ó fundación, los cuales son mancomunadamente propietarios de su caudal y destinatarios de sus derechos. Las personas jurídicas de derecho privado no son más que la forma especial en que las personas físicas que por el mero uso de su voluntad y por pacto recíproco las formaron, manifiestan sus relaciones jurídicas con el mundo exterior; no hacen más que representarlas, ni son, según la expresión de un jurisconsulto, más que «un causa-habiente técnico necesario, poco importa que se trate de un grupo de individuos *(universitas personarum)* ó de una cantidad indeterminada *(universitas bonorum)*». Por haberse desconocido el verdadero carácter de este sér jurídico, que llega á ser el sujeto exterior del derecho, se ha llegado á la consecuencia verdaderamente absurda de declarar que, disuelta una corporación ó fundación, sus propiedades pertenecerán al Estado (art. 561), á menos que antes no se haya tomado una resolución válida en cuanto á su empleo. Esto equivale, como se ha observado, á pretender que una cosa, al fragmentarse, se hace *res nullius.*

Ahora bien: para crear la persona jurídica considerándola en cierto modo como un sér artificial, poseedor de una existencia propia suya y dotada para ciertos efectos de derechos y deberes con plena independencia de sus componentes; para la representación de este sér intermediario, que tiene en parte su raíz en una abstracción lógica ingeniosamente personificada y materializada por los jurisconsultos para hacer mejor discernir los derechos de cada cual cuando son opuestos entre sí, y para deternarlos en una representación en cierta manera viva, que

prevenga la confusión y los conflictos ¿se necesita de una ley ó de la aprobación del Presidente de la República con acuerdo del Consejo de Estado? (art. 546). Obvio es que nuestro entendimiento no necesita del permiso del poder público para sus operaciones ni para deducir las concecuencias prácticas que los principios le sugieren bajo el impulso y la ordenación de la naturaleza.

Y no supera la personalidad jurídica de las corporaciones ó fundaciones al poder de la eficacia privada, puesto que el ente moral surge del natural derecho que el hombre tiene al libre uso de su propia actividad sin ofensa de los demás. Puede la sociedad política formarse á veces por pura convención de los individuos, como sucedió en las primeras colonias norte-americanas, y revestirse por la sola voluntad del hombre, de los privilegios sociales que le competen como á persona jurídica, de forma tal que constituye un sér meramente ideal, representante de los socios abstractamente como cuerpo, sin depender de ellos en manera alguna. Lo cual manifiesta que no se ha agotado el principio de sociabilidad innato en el hombre ni la fuerza creadora de su voluntad, aunque pertenezca á las tres sociedades, doméstica, civil y religiosa, que afectan, sin absorberla por eso, cada una en su orden á toda la personalidad humana. De la voluntad de un hombre y de una mujer nace la sociedad que se llama matrimonio, con derechos y obligaciones relativos á su subsistencia y á la peculiar realización de su fin; pues del mismo modo por la voluntad de todos los asociados se forma la nueva entidad de la corporación ó sociedad, tanto más cuanto que no puede considerársela en absoluto como contrapuesta á los socios, aún tomados colectivamente, ni independiente de ellos. Asimismo, las

fundaciones tienen su origen en la voluntad del fundador, y su capacidad de poseer les viene, si puede decirse, de la voluntad del nuevo donante que se conforma con la del primero; además de que en cierto modo esa misma fundación participa de lo que podríamos llamar voluntad pasiva, por la cual queremos que el invento, creación ú obra nuestra se perfeccione y acreciente con el concurso de los demás hombres. En suma, no es por virtud de la autoridad pública por lo que la corporación ó fundación llega á ser sujeto de derechos; más créase su personalidad jurídica por la fusión, digámoslo así, de las personalidades individuales en un solo cuerpo por libre voluntad de cada uno de los asociados, quienes por medio de esos organismos, múltiples y varios, como lo son las fuerzas y los bienes particulares á que corresponden, satisfacen á legítimas aspiraciones y exigencias de la humana naturaleza y de la vida social (1).

Por otra parte, quien quiere el fin verdadera y eficazmente, quiere los medios que conducen al fin. Si el Estado *asegura á todos los habitantes de la república el derecho de asociarse sin permiso previo* (art. 12 de la Constitución), reconociendo que los derechos naturales del individuo existen con anterioridad á toda ley humana, incurre en flagrante denegación de justicia y hace irrisorio ese derecho, desconociendo á las asociaciones su personalidad moral, rehusándoles lo que es la condición

(1) Para tratar de la personalidad de las asociaciones se ha tenido en cuenta principalmente la *Filosofía del Derecho* por don Rafael Fernández Concha, Santiago, 1881, t. II, Lib. II, cap. II, art. III; *L'Esprit du Droit Romain* por R. von Jhering, París, 1880, t. III, Lib. II, Part. I, Tít. III, capítulo I, sec. 2, § 46 y t. IV, Lib. II, Part. I, Tít. III, cap. II, sec 3, § 65, y Parte II, Tít. I, cap. II, sec. 2, § 71; y *La Iglesia y el Estado* por Mateo Liberatore, Madrid, 1878, Lib. III, caps. IV, V y VI.

necesaria de toda cesión, la propiedad con todos los derechos que á ella atañen.

Sin embargo, nuestro Código Civil ha consagrado los principios del derecho escrito de la Roma de los Césares, de ese derecho en que los legistas del Código Napoleón se inspiraron á ejemplo de sus antecesores, la larga serie de legistas que durante cinco siglos fueron en Francia los sostenedores del absolutismo real. La Revolución eliminó del orden social uno de los elementos que tendía perpetuamente á afianzarlo: las corporaciones; y no reconoció sino el *individuo ciudadano*, á quien el estado no le niega sus derechos. Así la asamblea legislativa había declarado que «un Estado verdaderamente libre no debe soportar en su seno ninguna corporación.»

Difícil es sustraerse al influjo de doctrinas comunmente recibidas y prestigiadas por autores de talento y nombradía, y más aún cuando se las expone y aplica con la lógica, á veces severa, del error. Por esto, si se considera que la legislación romana y la napoleónica se presentan á la vista como un todo perfectamente armónico y con apariencias de ajustarse á la más estricta equidad natural, no ha de causar extrañeza que nuestro Código Civil haya sido influído por la atmósfera moral en que se formó. Aceptado el principio del comunismo cesáreo, á saber, que la ley crea el derecho, es lógico que el legislador se crea facultado para dar vida á las corporaciones, acordarles la regla por que se han de regir y disolverlas cuando lo tenga á bien. Considera la formación y existencia de las personas morales ó asociaciones como una mera concesión del Estado, ya que éste puede consentírsela ó retirársela á voluntad.

La sana filosofía ha puesto en su punto las doctrinas

del comunismo social que tan desastrosamente practicó la Revolución, y queda ya evidenciado que la asociación no ha sido fundada por la ley, y que no de éste sino de sí mismo deriva su personalidad moral. Nuestro legislador parece también haber comprendido algunas veces cuál es su único y verdadero deber con respecto a los derechos naturales, que él no crea, sino que deslinda, protege y armoniza. Así, en el título XXVIII del libro IV del Código Civil reconoce la existencia y personalidad de algunas asociaciones, sin exigirles más requisito que sujetarse á cierta forma externa en su constitución para el obligatorio reconocimiento de las mismas por los extraños y por los magistrados. Asimismo en el título VII del libro II del Código de Comercio; bien que aquí extrema para con algunas asociaciones su intrusión para reconocerles ó nó la existencia y para someter su formación á enojosas trabas. Pero sea lo que fuere, donde hay la misma razón de obrar, debe reconocerse el mismo efecto; y si la ley afianza y garantiza el hecho jurídico de las asociaciones que se proponen la realización de beneficios pecuniarios, debe otorgar el mismo reconocimiento, en orden al goce de los derechos civiles, á las corporaciones y fundaciones en que se expande la actividad particular á objetos científicos, literarios, de recreo, de beneficencia, etc., á cualesquiera fines honestos, morales ó materiales.

Efectivamente, el fin social de la corporación ó persona jurídica se exterioriza á las veces manifestándose en individuos á quienes procura servir; y en otros casos, no así, sino que aparece extraña á los intereses personales de los individuos por quienes puede manifestarse. En esta segunda categoría se encuentran principal-

mente las corporaciones ó fundaciones de beneficencia pública.

Bien se deja entender, pues, la sinrazón con que el estado establece diferencias en el reconocimiento del derecho natural de asociarse que al hombre compete en virtud de su personalidad é independencia. Según el orden de la naturaleza, el consorcio con nuestros semejantes no lo habemos menester sólo para objetos de utilidad temporal, para lucrar en nuestro interés individual; necesitámoslo "para el desenvolvimiento y la perfección de nuestras facultades y para la realización de los varios fines particulares de la vida, conducentes ó conformes al último y supremo de nuestro sér". De ahí el que la asociación se extienda á objetos de bondad espiritual, á los que miran al bien público y universal, perpetuándose por la sucesiva y voluntaria agregación de nuevos socios. Lo cual no sólo no repugna en modo alguno al derecho de asociación ni ofende la moralidad y la justicia, sino que es conforme en sumo grado á la naturaleza del hombre, quien lleva la previsión y la voluntad del bien mucho más allá del término de su vida (1).

Así constituída la asociación con un fin privado, de lucro, literario, de recreo ó de beneficencia, los extraños á ella están obligados á reconocerla, sean los particulares, sea el estado, tal cual sus autores la formaron, con la personalidad que ellos le dieron. Basta para su reconocimiento obligatorio por las leyes positivas, "que muestren su vida, que dejen ver cuál es su sér, cómo está compuesto, cuáles son sus medios de acción, cuál es

(1) Conf. Fernández Concha, *Filosofía del Derecho*, tomo II, capítulo II y art. 3.º del mismo capítulo.

su tendencia, cuál es su fin» (1). Como queda dicho, por derecho natural no se exige más para el de todo hecho jurídico; y para que exista la necesidad de reconocer una asociación ó persona jurídica legítimamente constituída, basta que se tenga conocimiento de su existencia. Ó, como decía el economista Molinari, «así como respecto á la propiedad la incumbencia del estado consiste en reconocerla y garantirla, así respecto á las personas civiles nacidas de la asociación, tiene un deber parecido: debe limitarse á registrar su nacimiento, como hace con las personas físicas».

Á este principio capital en la materia, y todavía desconocido por muchos legistas, han empezado ya á ajustarse algunas legislaciones, que lo consagran en preceptos claros y explícitos. Así, entre otras, la *Ley constitucional sobre los negocios particulares de la Islandia*, promulgada el 5 de enero de 1874 por el rey Cristián IX, de Dinamarca, dice en el título VI, artículo 55: «Los ciudadanos tienen el derecho, sin pedir ninguna autorización previa, de asociarse con un fin legítimo. Ninguna asociación puede ser disuelta por decreto administrativo.» La *Ley* servia, de 13 de abril de 1881, *sobre las asociaciones y las reuniones* exige en su capítulo primero nada más que un aviso á las autoridades del lugar para la existencia civil de las asociaciones no políticas (art. 4.º), esto es, de las asociaciones «constituídas con un fin científico, filantrópico ó de caridad, ó que tienen por fin permanente el entretenimiento, el cultivo de las artes, etc., etc.» (art. 2.º). La ley suiza, que tiene por tí-

(1) Conf. el sobrio y razonado discurso de don José Antonio Lira sobre *La libertad de asociación*, pronunciado en la gran Asamblea católica de 1885.

tulo *Código Federal de las obligaciones*, promulgada en 18 de junio de 1881 y vigente desde el 1.º de enero de 1883, consagra á esta materia el título XXVIII, *De otras sociedades*, que contiene sólo dos artículos, pero comprensivos de cuanto más arriba he afirmado. Como la confirmación más completa de las conclusiones teóricas que he defendido los transcribiré íntegros. Dicen así:

"Artículo 716. Las sociedades que tienen un fin científico, artístico, religioso, de beneficencia ó de recreo, ó cualquiera otro fin intelectual ó moral, pueden, haciéndose inscribir en el registro de comercio, adquirir la personalidad civil, aun en el caso en que hasta el presente no hayan tenido esta facultad, según la legislación cantonal.

"La inscripción, y la publicación en el DIARIO OFICIAL DEL COMERCIO, deben en este caso contener indicaciones precisas sobre el nombre, domicilio, fin y organización de la asociación y mencionar sobre todo de qué manera es dirigida y representada.

"Salvo disposición contraria de los estatutos ú otros reglamentos constitutivos, puede la asamblea general, á la disolución de estas sociedades, decidir por mayoría que el activo no será partido entre los socios, sino que será entregado á un establecimiento público reconocido por el cantón ó por la confederación y que persiga el mismo ó análogo fin.

"Cuando la disolución es pronunciada por sentencia judicial, en razón del carácter ilícito ó inmoral del fin que la sociedad persigue ó de los medios de que se sirve, el juez tiene derecho para determinar, así como acaba de decirse, el empleo del activo, si los estatutos no disponen de otra manera; y está obligado á hacerlo cuando la sociedad persigue un fin de interés público.

"Artículo 717. No gozan de la personalidad civil las sociedades no inscritas en el registro del comercio."

De lo expuesto se deduce cuán contrarios son á los verdaderos y fundamentales principios del derecho los que constituyen el derecho regalista de las monarquías absolutas del antiguo régimen y que fueron consagrados por los preceptos de nuestro Código Civil que traban y reglamentan el derecho de asociación, y que erigen al legislador ó al poder ejecutivo en árbitro para reconocer ó nó la existencia de las corporaciones é inmiscuirse en su formación.

Con todo, los legistas y hasta no pocos autores de la nueva ciencia deslindadora de las atribuciones del estado, la economía política, tratan de cohonestar la ingerencia de éste y de probar la necesidad de su consentimiento para la formación de las personas jurídicas con vagas consideraciones de orden político y económico en lo que respecta á las que persiguen un fin moral é intelectual, y con la necesidad de precaver fraudes y abusos en perjuicio de los terceros contratantes, en las sociedades de lucro.

Se ha dicho de las primeras que son un verdadero peligro social, por cuanto ejerciendo grande influencia moral y poseyendo algunas riquezas, si se les deja libertad formarán otros tantos estados independientes dentro de la nación. Son *manos muertas*, en una palabra. Pero ocurre preguntar ¿cómo se formaron las pujantes civilizaciones de los estados modernos sino por medio de corporaciones? ¿No existieron siempre mil asociaciones y fundaciones, algunas ricamente dotadas, sin que jamás peligrase la autonomía ni seguridad de las naciones? La

historia lo atestigua con la elocuencia de los hechos, al mismo tiempo que arroja siniestra claridad sobre aquellas palabras: *manos muertas*, con que la revolución trató de disfrazar sus verdaderos intentos de inmenso latrocinio y demoledor comunismo.

JUAN DE DIOS VERGARA S.

(Continuará)

MERCEDES

(Continuación)

Permanecía todavía el joven prisionero arrobado en su soñada felicidad, cuando su buen amigo el doctor entró de rondón en el calabozo sin darle tiempo para cambiar la expresión de su fisonomía ni para ocultar la carta que causaba su arrobamiento.

Quiso el doctor disimular la sorpresa que le causaba el hallar á su enfermo en aquella actitud; pero no supo hacerlo con tanto arte que no conociera éste que no podía ocultarle la causa de su alegría sin faltar á la sincera amistad y antigua intimidad que lo unían con él. Y así, alargándole la carta, le dijo:

—¡Mira si tengo motivo para estar contento! Advierte que es ésta la primera que recibo de sus manos y que hace años que la adoro. ¡Me siento feliz, en verdad!

—¡Feliz! ¡oh! sí; eres muy feliz, amigo mío—replicó el doctor con un acento de amargura infinita, lanzando sobre la carta, que al mismo tiempo procuraba apartar,

desviando la mano que se le ofrecía, una mirada velada en una indefinible expresión de tristeza y de dolor.

Notó Voltero el extraño efecto que produjo en su amigo la noticia de su cumplida felicidad, y atribuyéndolo al recuerdo de algún amor desventurado, con no disimulada intención de consolarlo ó de alentarlo le dijo:

—¡Amar y ser amado! única felicidad verdadera, es cierto; pero la única también á que todo hombre, por desventurado que sea, puede aspirar con la seguridad de alcanzarla... en tiempo á veces muy remoto, me dirás; pero de ¿qué puede disponer el hombre tan á su albedrío que no tenga más que desearlo para poseerlo?

—¡Ay! amigo mío—exclamó el doctor—¡cómo se conoce que la fortuna fué siempre magnánima contigo!

—Y no ha sido esquiva contigo—replicó Voltero—pues que á pesar del empecinamiento en profesar y defender las rancias ideas que apuntalan todavía el reinado de la tiranía y de la teocracia, has conseguido un honroso puesto entre tus amigos, que en su mayor parte son al mismo tiempo tus adversarios. No es difícil presentir a qué altura habrías llegado en la estimación pública si como ellos, hubieras tenido ánimo para independizar tu pensamiento, y valor para arrostrar la cólera de los ignorantes y de los fanáticos.

—Mal me juzgas, Voltero; y no ignoro que peor que tú me juzgan los demás. Considera con esto cuán intenso cariño debo profesar á mis ideas cuando así arrostro por ellas hasta el menosprecio de mis amigos; y eso te hará comprender que no bastarían á entristecer mi ánimo ni la fortuna esquiva, ni la ambición burlada, ni la gloria deseada y no conseguida; que todo eso y mucho

más, hasta la muerte y el deshonor, afrontaría yo gustoso por amor á mis convicciones. Nó; nó, amigo mío; deja ya de ser injusto; no es la humildad de mi cuna, ni mi pobreza, ni la oscuridad de mi nombre, ni aun el poco aprecio que merezco á mis amigos, ni el olvido en que me dejan mis correligionarios lo que apena mi corazón, lo que llena de amargura mi existencia.

—Perdóname, amigo mío—le interrumpió Voltero, visiblemente conmovido—no fué mi ánimo ofenderte ¡ni cómo podría serlo! ni pretendí sondar los secretos de tu corazón. Te vi entristecerte al anuncio de mi felicidad, y no pudiendo menos que suponer que esa tu tristeza era causada por el recuerdo de alguna pasión contrariada, quise consolarte alentándote á la lucha y señalándote el camino que más pronto podría llevarte á la victoria. Olvida mi desacierto y... ¡vamos, amigo mío! págame ya la confianza que yo he puesto siempre en ti desde tantos años atrás con darme el placer de serte útil en algo alguna vez. Más atrevido que tú y más experimentado en los ardides de la guerra, quizás pueda yo alcanzar lo que tú no has alcanzado.

—Gracias, Voltero—repuso el doctor;—y perdóname á tu vez mi indiscreción. Mi desventura es irremediable, y como tal, la olvido. Ignoro por qué me olvidé de olvidarla al recibir la nueva de tu cumplida felicidad.

—¡Irremediable! ¿Por qué?

—Porque es locura amar á quien tiene ya dado su corazón á otro amor.

—¿Faltan acaso al tuyo bríos para luchar?

—Nó; pero falta decisión á mi voluntad.

—¿Por qué desesperas de la victoria?

—Porque, vencedor, me quedaría el recuerdo de un

rival un tiempo favorecido y el remordimiento de haber turbado la dicha ajena.

—Pues, olvídala entonces.

—¡Imposible!

—¿Es, pues, mar sin orillas tu pasión?

—¡Mar sin orillas!... ¿Qué mar no tiene sus días de calma y de quietud? Y no los tiene esta pasión que me consume... Noche sin alba es mi existencia, cuya lobreguez no sería interrumpida por un solo rayo de luz si no brillara en el fondo de mi alma la esperanza en su propia inmortalidad, como faro bienhechor en noche de deshecha tempestad.

—¡Triste esperanza en verdad! Pero si aquel amor es imposible ¿por qué no buscar en otro, si no el olvido, un lenitivo siquiera á tu pesar?

—¡Por qué!... Pues bien, amigo mío, á ti te lo diré sin miedo y sin rubor... porque á pesar de mi humildad no he hallado entre toda esa innúmera muchedumbre de jóvenes con cuya amistad me has favorecido tú ni una sola que se parezca siquiera á la sombra de la que adoro ¡ni una sola!

—Muy en alto la pones.

—No tanto como lo merece.

—Conózcole, sin embargo, algún lunar.

—¿Cuál?

—Mujer de talento, sabría valorizar tu mérito, que es grande, amigo mío, no se enfade tu modestia; y mujer de sentimiento ¿podría ser desdeñosa á tan noble y tan intensa pasión como la tuya?

—El talento se extravía, y del suyo temo yo que me valorice en muy bajo precio; y no han sido puestos á prueba sus sentimientos, porque ignora que la amo.

—¡Cómo! Ni siquiera la hablaste y diste por terminada la batalla y perdida para siempre tu causa!

—Era inútil hablarla é imposible además.

—¿Conocístela tarde acaso, cuando ya otro poseía su corazón?

—Más que desventura mía, torpeza y crimen habría sido entonces este intensísimo amor con que la adoro.

—Pues no te comprendo. Si no te explicas...

—Nacida ella pocos años después que yo en sitio tan cercano á mi cuna que creo haber oído su primer vagido, mil veces la adormí con mis cantares y otras mil la llevé sobre mis brazos en la infancia; juntos crecimos, y durante la niñez no tuvimos alegrías ni pesares que no nos fueran comunes. Mi memoria no recuerda desde cuándo empecé á amarla ni cuándo dió ella sus primeras muestras de predilección por mí. No ha olvidado, sin embargo, ni una sola de las escenas sin cuento en que ella y yo figuramos juntos: lucen todavía en mi fantasía con todo su nítido esplendor aquellas hermosas mañanas de primavera en que recorríamos en bandadas con otros muchachos y niñas de nuestra edad el extenso jardín de su casa ó los campos vecinos cogiendo flores ó persiguiendo mariposas; y aquellos ardorosos días del estío en que la veía irradiar de gozo cada vez que por ofrecerle algún fruto que apetecía me encaramaba hasta la cima de los árboles ó por ramas tan altas, delgadas y cimbradoras que daba vértigo mirarlas y que parecían á punto de desgajarse; y despliegan aún ante mi vista sus melancólicos cambiantes de pálidas luces y de tenues sombras aquellas tardes en que me mandaba ella, mientras corríamos por la extendida playa, sacar de entre los copos de espuma las conchuelas y piedrecillas con que las olas ju-

gueteaban en su eterno vaivén; y aquellas noches serenas en que jugábamos á la claridad de la luna ó nos contábamos cuentos á la indecisa luz de las estrellas...

Pasaron así muchos años. El número de nuestros compañeros había disminuído sin cesar, sin que dejaran en mi corazón los que se iban, más que un vago, aunque dulce recuerdo. Nuestros ratos de reunión y de paseos habían ido haciéndose cada año menos frecuentes y más cortos, sin que jamás me asaltara el temor de que alguna vez habrían de concluir del todo. Al fin, en los últimos días de un verano, se despidieron de nosotros nuestros tres últimos compañeros qne iban á encerrarse en el colegio; eran tres hermanos, dos niñas y un varón, con quienes nos unía una de esas amistades íntimas, tiernas, inquebrantables, como sólo entre niños suele verse; y sin embargo, no me atrevería á afirmar que me fuera muy sensible su separación ¡tan en absoluto poseía ella mi corazón, y tan lejos estaba yo de imaginar que también nosotros tendríamos que separarnos! ¡y separarnos para siempre!

Mal reprimidos sollozos ahogaron aquí la voz del mancebo, que al pronunciar las últimas palabras, con un acento indescriptible de dolor y desesperación, se dejaba caer desplomado sobre una silla cubriéndose el rostro con las manos.

Voltero, visiblemente conmovido y con los ojos cargados de lágrimas que pugnaban por saltársele, en tanto que él procuraba contenerlas, se levantó del asiento en que había permanecido hasta ese momento pendiente de los labios de su amigo, avanzó algunos pasos hacia él y se detuvo, indeciso entre hablarlo ó esperar que se repusiera.

Hubo algunos instantes de profundo silencio, durante los cuales los dos jóvenes parecieron abismados, en la contemplación de sus dolorosos recuerdos el uno, y en la del eterno contraste humano, de que allí se le presentaba formidable ejemplo, el otro. Y aún vacilaba Voltero entre sus encontrados pensamientos, cuando su amigo, que había repasado en su imaginación toda su penosa historia y recobrado al fin su anterior melancólica serenidad, alzó la cabeza bruscamente, y golpeándose la frente con una mano y oprimiéndose con la otra el corazón, exclamó con tranquilo pero conmovido acento:

—¡Ay Dios! ¡Cómo están aquí presentes todavía el aspecto desolado del cielo, del mar y de la tierra en aquella tarde en que la vi por última vez y la dolorosa vibración de aquel último *¡Adiós!* que de sus labios oí!...

Al día siguiente de aquel en que nuestros últimos compañeros se despidieron de nosotros, acudí yo á la hora de costumbre al sitio en que siempre nos reuníamos; estaba desierto. No tenía esto, en verdad, nada de extraordinario; porque de todos mis compañeros no quedaba más que ella, y ella era la que con mayor frecuencia faltaba á nuestras reuniones; cuando así sucedía, la seguridad, sin duda, de verla al día siguiente y el bullicio y la compañía de los otros me hacían no parar mucho la atención en su ausencia; jugaba con la alegría de costumbre y en la noche soñaba que también ella había jugado con nosotros. Esa tarde, sin embargo, me apenó la soledad de aquel sitio tan intensamente, que sin saber por qué me eché á llorar y volví á casa triste y pesaroso por la primera vez en mi vida. Al día siguiente acudí al mismo sitio con una hora á lo menos de anticipación; esperaba hallarla en él... y nada; esperé hasta

entrada la noche y aún me costaba convencerme de que no vendría... y no vino. Volví los días subsiguientes, recorrí por centenares de veces todos los lugares que frecuentábamos ó en los que alguna vez habíamos estado, trepé las tapias, me encaramé en los árboles, recorrí jadeante y desesperado los campos y la playa, y en vano: ni ella vino ni hallé sus huellas.

Mi salud debió resentirse de aquellas diarias decepciones y de aquellas eternas noches de perpetuo insomnio ó de penosísimos ensueños; porque mi madre se alarmó y día á día inquirió con mayor empeño las causas de mi abatimiento. La esperanza de volver á verla un día ú otro y el temor de que si mi madre llegaba á penetrar el secreto de mi corazón, quisiera impedirme mis diarias excursiones, me dieron ánimo para disimular y encubrir la honda pena que me aquejaba y para aparentar serenidad y alegría. Todas las tardes salía de casa con algún amigo, del cual me separaba á poco con cualquier pretexto, y me encaminaba sólo á los sitios que tantas veces había recorrido y de los cuales no me apartaba sino ya entrada la noche y después de haberlos regado copiosamente con mis lágrimas.

Prefería siempre para mis meditaciones, recostarme al pie de los arboles á cuya sombra acostumbrábamos reposar en los días de calor, ó en algunos de los ratillos perdidos entre los herbazales en que solíamos ocultarnos cuando jugábamos al escondite, ó en el fondo de alguna de las hondonadas que dejan entre sí los montículos de arena por sobre los cuales escaramuzábamos cuando fingíamos guerras y combates: y allí pasaba horas enteras solo con mi pensamiento y mi dolor, recordando á veces las horas felices ya pasadas, recreándome otras en risue-

ñas imaginaciones para el porvenir, pero más á menudo considerando, como mi razón de niño me lo permitía, las causas, la naturaleza y las condiciones del entonces para mí desconcertado movimiento que constituye la vida y la sociedad, y sumido en profundo desconsuelo ó alentándome á mí mismo para la lucha y la victoria.

Fruto de una de aquellas meditaciones fué la resolución que tomé una tarde de ir á verla á su propia casa.

Á los pocos meses de haber nacido yo, mi madre se había acogido al amparo de la familia de mi pequeña amiga y había vivido algunos años con ella; pero de eso hacía ya largo tiempo y yo no había vuelto á penetrar en aquella casa sino junto con muchos otros niños cuando ella nos invitaba á ver las flores de su jardín ó á tomar fruta de su huerto. Mi empresa era, pues, por demás atrevida; no paré mientes en ello, y en la tarde del primer domingo, día en que generalmente nos había invitado ella á su casa, me dirigí resueltamente á ésta, que no distaba mucho de la mía, y penetré en su jardín temblando y azorado, no sé si de miedo ó de placer, pero decidido á todo, con tal de verla. En uno de los anchos corredores descansaba en un gran sillón su anciano padre, el cual, apenas me vió, me dijo un tanto sorprendido:

—¡Hola, amiguito! Buscas á la chica ¿verdad?

Ignoro si le contesté ¡tanta era mi turbación! pero no perdí una sola sílaba de las siguientes palabras que el buen señor pronunció bondadosamente, pero con tan marcada intención que en el acto comprendí que toda esperanza había terminado para mí.

—La chica no está en casa; salió á paseo con sus amigas. Pero tú y ella están muy crecidos ya para andar

en travesuras y correrías, y es necesario que piensen en ser más serios. Di á tu madre que si quiere ocuparte en algún empleo, no será difícil hallarte uno apropiado en el buitrón ó en las minas; ¿oyes?

Salí de aquella casa yo no sé cómo; corrí desatentado no sé por dónde ni por cuánto tiempo; y no llegué á medio tener conciencia de mí mismo sino cuando, como quien despierta de un sueño, me hallé echado sobre la arena y llorando en el sitio de predilección que teníamos en la playa, en el cual nos entreteníamos horas enteras desviando el curso de una hebra de agua que por allí se arrojaba al mar. Maquinalmente me puse á repetir centenares de veces aquella infantil operación, sin percibir siquiera que los últimos resplandores del día se extinguían en el ocaso, ni que el cielo, encapotado con los primeros gruesos nubarrones del otoño, y el mar, surcado por lentas y enormes olas que rompían pesadamente sobre la playa, y los goterones que empezaban á caer, presagiaban próxima tempestad.

Tan abstraído me hallaba en esa ocupación y en mis pensamientos, que no acerté á ver un grupo de jinetes que á carrera tendida se aproximaban al punto en que yo me encontraba, sino cuando oí muy próximo ya el alegre murmullo de sus voces. Alcé al punto la cabeza y ¡oh fugaz ventura! jinete alborozado en brioso corcel, venía ella precediendo un buen trecho á la bulliciosa cabalgata; me miró con la inocente indiferencia con que se mira á quien se está viendo todos los días, díjome *¡Adiós!* con aquella su voz de inimitable dulzura y pasó como una exhalación delante de mí, perdiéndose de vista á los pocos segundos entre las simuosidades y depresiones del terreno.

Después... nada sé de lo que pasó después. Mi memoria llega hasta este instante no más clara y tangible; después hay una laguna de ignorada duración, de cuyo oscuro fondo se levanta sin contornos precisos, vago é indefinido como la tenue niebla del valle que se destaca sobre el oscuro flanco de las montañas en las horas de transición de la luz á la sombra, un confuso recuerdo de voces y de llantos de mujer, de plegarias y de gritos de dolor, de agudos tormentos en el cuerpo y de completa insensibilidad en el alma; el cual se declara después hasta representarme de convaleciente en mi lecho, rodeado de gentes extrañas, entre las cuales veía á mi propia madre con una figura que no era suya ¡tan mudada estaba! pálido el rostro, encorvado el airoso talle, horriblemente enflaquecida y apagados y hundidos los hermosos ojos en dos cavidades negras como la noche...

Sano y salvo ya de la fiebre tifoidea que por más de dos meses me había postrado en cama, pero recuperadas apenas las agotadas fuerzas corporales y no bien restablecida todavía la completa lucidez de mi espirítu, creyó, sin embargo, mi madre llegado el caso de hablarme de la necesidad en que nos hallábamos, para bien de ambos, de venirnos á Santiago.

—Hijo mío—me dijo—bien sabes que ni tienes tú más amparo que yo, ni tendré yo en mi vejez más amparo que tú. Es, pues, menester que pensemos en labrarte una posición holgada en la que, si no felices, podamos al menos vivir tranquilos y sin cuidados. Me han ofrecido algunos empleos para ti aquí; pero yo prefiero que sigas la profesión para que has manifestado siempre marcada inclinación. Con mis pequeños ahorros creo tener lo necesario para irnos á Santiago y para poder

pasar allí algunos años, libres de contrapeso. En ese tiempo tú habrás crecido y no te será difícil ganarte la vida y continuar tus estudios hasta darles cumplido remate en la adquisición de un título profesional. Considera, hijo mío—añadió en tono de humildísima súplica—qué contenta y qué orgullosa me voy á poner yo contigo si no te opones á mis deseos.

Aunque consideraba como una sentencia de muerte para mí el separarme de aquellos sitios, ninguna resistencia opuse á la voluntad de mi madre; y, en consecuencia, tres meses después, esto es á principios de septiembre de 1840, nos hallábamos ya instalados en Santiago.

Cumplía yo en esos días catorce años y eran muy escasos todavía los conocimientos que había adquirido en la escuela de mi pueblo natal. Pero sirviéndome esto mismo de aguijón y no sé qué vaga esperanza de que así me acercaba á ella, de eficaz estímulo, tanto me afané en el estudio, que apenas cumplidos mis veintidós años obtuve mi título de médico y cirujano de nuestra universidad, con entrañable gozo de mi madre. Se abrió ese día para mí, como era natural, un nuevo horizonte de lucha y de trabajo, pero también de triunfos y de glorias que alcanzar, al fin del cual, allá en lejana lontananza, entreveía yo ¡siempre iluso! no un oasis, un edén de ventura y de amor.

Calló por segunda vez el joven doctor, pero no como en la anterior, lloroso y abatido, sino tranquilo y resignado.

—Y bien, amigo mío—exclamó entonces Voltero con marcado interés—¿no la has vuelto á ver? ¿no has intentado aún hablarla siquiera?

—¿Y para qué?—repuso el interpelado—¿para qué ha-

bría de hablarla si junto con saber que había ya tal vez dado su corazón á otro más afortunado que yo, llegué también á conocer el insondable abismo que me separaba de ella y que no estaba en mi mano salvar? Hija de una familia aristocrática y poderosa ¿se habría degradado ella ó habrían consentido sus padres en dejarla degradarse uniendo su suerte á la de un oscuro y desvalido huérfano que por ser hijo de un padre deshonrado en afrentoso patíbulo habría de estampar el estigma de la infamia sobre ella y sobre sus hijos hasta la tercera y cuarta generación?

—¡Maldita sociedad—rugió Voltero—que cargas sobre el hijo inocente la pena que sus padres solos merecieron!

—¡Bendita sociedad, digo yo—repuso el doctor—que dando á los hijos parte en la pena que sus padres merecieron, los pone en la necesidad de aprender y valorizarse á sí mismos y en la de ser, por consiguiente, justos é indulgentes con los demás, pacientes y resignados con su destino!

—¿Te has resignado, entonces, á soportar pacientemente tu destino?

—Y doy gracias al cielo por haberme deparado tal suerte.

—¡Extraña obsecación la tuya! ¡La amas y bendices la causa que de ella te separa!

—¡Bendígola! Sí, la bendigo. Si hubiera yo llevado un nombre tan ilustre como el tuyo, habría obtenido su mano, es probable; pero el hecho de no haberla obtenido con el nombre que llevo ahora ¿no está diciendo claramente que no me la habría alcanzado entonces el amor, la pasión, su corazón... sino, no diré la ambición ni la

falsía, que en ella no caben tan ruines sentimientos, sino esa especie de fascinación, ese ofuscamiento que nos hace creer que amamos cuando sólo admiramos el talento, la gloria ó la fortuna? ¡Ah Voltero! ¡cuánto te engañas si piensas que sufro yo mi desventura en la imposibilidad social en que el cielo me colocó para pretender su amor! Nó, amigo mío; no es eso, nó, lo que ha extinguido en mi alma todo germen, toda esperanza de ventura.

—De nuevo, no te comprendo.

—Lo que me oprime el corazón, lo que me apesadumbra y desespera es la convicción íntima que tengo de no ser digno de ella, de no haberla amado tanto, tanto, que ningún otro amor hubiera podido después satisfacer su corazón. ¡Dios mío! ¡si tiemblo azorado ante la sola imaginación de que hubiera podido unirse conmigo sin amarme, ofuscada por el brillo de mi nombre!

—¡Basta, basta!—balbuceó Voltero—que tus palabras de hiel me lastiman; penetran en mi corazón como envenenadas saetas. ¿No ves que me invitas á dudar de mi propia felicidad, del amor de mi adorada?

—Perdóname, Voltero—le interrumpió el doctor—no sé lo que me digo ni advertí el daño que te hacía. Pero ¿qué puedes temer tú, que á un nombre ilustre unes más ilustres méritos personales?

—¿No has dicho que la gloria ofusca á quien la admira? y ¿no sabes que la mía sobrepasó á mi propio merito?

—Pero según me has dicho, ella te amaba ya mucho antes que la gloria te regalara sus primicias···

—¡Me amaba! ¿quién sabe? Cuando después de algún tiempo de amistad, tal vez de intimidad, le hablé por primera vez de mi pasión, me oyó ella sin enojo y me contestó éstas ó parecidas palabras:

—«No te engañaré, Voltero, diciéndote que te amo; pero no quiero ocultarte que cuanto me fastidia la charla de esa insípida juventud que por doquiera me asedia, tanto me agrada tu compañía, y que más de una vez he pensado que sería yo muy feliz si te viera seguir, sin apartarte un punto de él, el sendero por que pareces haberte dispuesto á cruzar la vida.»

Alentado por estas palabras, que envolvían, á mi juicio, un compromiso irrevocable aunque condicional, seguí el sendero que tú conoces y el cual con guiarme á este calabozo me ha guiado también al pináculo del renombre y de la gloria, advirtiendo año tras año, cuando por recreaciones iba á verla, que cada vez ganaba más honda simpatía en su corazón. Inexperto en la ciencia del corazón humano y confiado en mi buena estrella, como entonces me hallaba, traduje yo siempre por amor aquel dulce afecto que ella en toda ocasión me manifestaba, y nunca menos que ahora que acabo de recibir esta esquela escrita de su propia mano me habría pasado por las mientes la sombra de una duda, si esas envenenadas palabras que de lo íntimo del pecho te arrancó el dolor no hubieran suscitado fatídicos temores en mi corazón y en mi pensamiento, tan pelilloso el uno como suspicaz el otro. ¡Ay, amigo mío! la herida que has abierto en mi pecho no cicatrizará tan fácilmente como la abriste; lo preveo.

—¡Vanos temores los tuyos, Voltero! ¡Si en tu mano está el disiparlos!

—¿Cómo?

—¿Temes que ella te engañe?

—Eso nó; jamás.

—¿Temes entonces que la gloria de tu nombre haya

fascinado su razón hasta hacerla tomar por amor lo que sólo fuera estimación?

—Sí; eso.

—Pues, sacrifícale tu gloria.

—¿Sabes lo que dices?

—¡Ah! poco la amas, Voltero, bien lo veo. Pero no temas: el sacrificio será sólo aparente; poco te costará recuperar en seguida tu merecido renombre.

—Habla claro.

—Tú te has empecinado en no firmar esa solicitud—agregó el doctor indicando un pliego extendido sobre la mesa—porque crees que ello amenguaría tu gloria y daría quizás margen para que tus amigos y correligionarios menos felices que tú te tildaran de cobarde, si no de traidor ¿verdad?

—Sí; has repetido fielmente lo que te he dicho cien veces.

—Pues bien, firma esa solicitud y á nadie digas una palabra sobre el móvil que te induce á hacerlo. Eclipsada tu gloria, amenguado el prestigio de tu nombre, podrás valorizar á punto fijo los quilates del amor de tu prometida; y ya tendrás tiempo y talento para explicar tu conducta y probar que no fué el miedo lo que te indujo á pedir gracia, y para demostrar después prácticamente, como mil veces te lo he dicho, que no es el de la política el palenque en que más meritoria y más eficazmente puedes luchar por tus ideas.

Quedóse Voltero, oído el razonamiento silogístico de su amigo, largo rato pensativo, al fin del cual, indeciso todavía sobre cuál resolución tomar, repuso sosegadamente:

—No dices mal, amigo mío; pero como el paso es

serio y compromitente, déjame pensarlo y mañana á primera hora habré tomado, lo aseguro, mi última resolución.

—Perfectamente—replicó el doctor...—Ahora, déjame curar tus heridas.

Momentos después, cruzadas algunas palabras sobre el estado de las heridas mientras se hacía la curación, se despidió de Voltero su buen amigo el doctor.

III

¡Qué noche para Voltero aquella que siguió á su conversación con su buen amigo el doctor! Bien se la puede el lector imaginar, si alguna vez se ha visto en el apurado trance de tener que decidirse entre dos encontradas resoluciones, de cuya elección dependiera toda su suerte futura.

No brinda Morfeo su suavísimo néctar á los corazones conturbados ni á las agitadas mentes; y así, la tenue luz precursora del alba filtraba ya sus primeros rayos á través del pequeño tragaluz que tenía el calabozo de Voltero, y aún se mantenía éste perplejo ó indeciso sobre cuál partido habría de tomar, el del amor ó el de la gloria. La sombría perspectiva de largos años de sufrimientos y de soledad, lejos de amilanar su ánimo, lo incitaba, lo obligaba así, á tomar el de la gloria. ¿No le iba á dar aquel lejano cautiverio tema, motivo y razón para escribir el más conmovedor de todos los poemas, que sería á la vez la más verídica y la más útil página de la historia nacional? Ciertamente que «Mi Cautiverio» habría de eclipsar la gloria de «Mis Prisiones» de Silvio Pellico, arrancando más lágrimas de ternura, granjeando más adeptos á

la libertad, concitando más numerosos y más encarnizados enemigos á la tiranía, y conquistando, en fin, para su autor, por doquiera, más honda simpatía en todos los pechos generosos junto con el renombre tres veces preclaro de revolucionario, de poeta y de mártir.

Éstas y otras parecidas ideas revoloteaban confusas y atropelladas por la imaginación de Voltero, que apoyado de codos sobre la pequeña mesa que tenía por delante y con la cabeza entre las manos se había quedado contemplando más bien que leyendo la carta que había recibido aquella tarde y el pliego escrito que contenía la solicitud que debería firmar para obtener el indulto de su destierro; y más atropelladamente que nunca se sucedían y entremezclaban las unas á las otras, cuando el cansancio natural de una tan larga velada embotó unos tras otros sus sentidos y cerró con fuerza irresistible sus fatigados párpados.

Instantes después penetraba la luz del alba en el calabozo, y junto con ella un eco apagado y lejano de ese confuso rumor de una ciudad que se despierta.

El suavísimo contacto de este concierto de tenue luz y de vagos sonidos sobre sus adormecidos miembros, removió su fantasía del momentáneo letargo en que había caído, y vió entonces Voltero que aparecía ante sus ojos un delicioso jardín que le era muy conocido hasta en sus mínimos detalles; en un pequeño pabellón tejido de jazmines y madreselvas entrelazados reposaba en blanda hamaca una joven de incomparable hermosura, y á pocos pasos de ella, á través del ramaje que él mismo entreabría, se divisaba el rostro de un mancebo que parecía contemplarla en amoroso arrobamiento; entreabrió lánguidamente sus ojos la joven, y al sorprenderse con-

templada con tan acendrado y encendido amor, dejó vagar por sus labios una sonrisa de inefable dulzura y tendió cariñosamente su mano al mancebo. Enloquecido éste de gozo, separó violentamente el ramaje, penetró en el pabellón, y estrechando con frenesí la mano que se le ofrecía, cayó de hinojos y estampó en ella un beso inmenso de amor. Un rayo de sol que rompió en aquel momento el espeso ramaje iluminó de lleno los rostros radiantes de júbilo de la amante pareja.

Un sordo rugido de concentrada ira se escapó del pecho de Voltero que, sacudiendo violentamente sus miembros, irguió la cabeza con ímpetu y abrió asombrado los ojos; pareció perplejo un instante, pero repuesto al punto de su primer sorpresa exclamó:

—¡Vaya que no era lerdo mi buen amigo el doctor!... Y después de todo, si no él ¿por qué no habría de acometer la empresa otro más osado?... Bien pensado, es éste el mejor camino; pruebo así los quilates de su amor y también los de la cacareada lealtad de mis amigos; y ya me sobrarán tiempo y medios para conquistar mayores glorias que las adquiridas si perdiera éstas; y en todo caso nunca están de más, dicen los sabios, las lecciones de la experiencia.

Cogió con esto la pluma, y firmado que hubo la solicitud de indulto con pulso firme aunque nervioso, se tiró sobre el lecho, y á poco dormía profundamente.

*
* *

Salido de su prisión en completa libertad, se mantuvo, sin embargo, Voltero un mes cabal oculto en su casa, no dejándose ver más que de uno que otro de sus íntimos,

y sustrayéndose así de toda explicación de su conducta y de tener que contestar á las mil maliciosas insinuaciones que sobre ella se hacía el público. Quería de esta manera, de acuerdo con su buen amigo el doctor, dar lugar á que el deslustre de su nombre y de su fama llegara á conocimiento de su amada y á que se insinuara en el corazón de ésta la falsa interpretación que daba á su proceder la opinión pública y la de sus propios correligionarios.

Mas apenas hubo llegado á su término el plazo prefijado, se lanzó á la calle, ansioso de afrontar cara á cara la opinión pública, que él llamaba ya la maledicencia pública. No fué, pues, pequeño su desencanto ni menor su regocijo cuando desde su primer encuentro se vió más respetado, aplaudido y agasajado que nunca por amigos y enemigos, por grandes y pequeños.

Quedó con esto tan satisfecho de la lealtad de sus amigos como agradecido á la hidalguía de sus adversarios, y no pensó desde entonces, para completar su dicha y su fortuna, más que en cerciorarse de lo que ya no dudaba un punto, de la sinceridad con que era amado.

Tomó, en consecuencia, pocos días después la resolución de presentarse de improviso en casa de su amada para sorprender sus primeras impresiones y poder valorizar los verdaderos quilates de su amor.

Hízolo como lo había resuelto.

En la tarde del último día del otoño se bajaba del caballo á la puerta de Miramar y penetraba al interior en ademán resuelto y decidido, aunque lleno el corazón de zozobra y sobresalto.

No había llegado aún al centro del patio cuando del

interior de una de las piezas que lo circundaban se escapó un grito de inesperado placer, y trás de él una joven de incomparable belleza, que, dándole apenas tiempo para recibirla en los suyos, lo estrechaba en sus brazos con tierna efusión y no reprimido alborozo.

*
* *

Aquella joven era la misma que en sueños había visto Voltero ofrecer su amor y su mano á su buen amigo el doctor bajo el pabellón de jazmines y madreselvas, joven de hermosura realmente incomparable, tanto por la corrección escultural de sus formas, como por la gracia, dulzura y suavidad de las líneas y facciones de su rostro. Sobre esbelto talle y busto modelado á perfección, destacábase airosa y gentil la más hermosa cabeza de mujer que han ideado los discípulos del divino Apeles; gustaban en ella desde el primer golpe de vista su bien proporcionado conjunto en forma y tamaño, el color fresco, sonrosado y un si es no es trigueño de la tez, del rostro. y del cuello, sus grandes y rasgados ojos de un verde clarísimo, transparente, sombreados por crespas y largas pestañas negras como el azabache, y su rica y sedosa cabellera de un castaño casi rubio, recogida entre los dientes de rica peineta, hacia el vértice de la cabeza y desplegada más allá en ancho ramillete que caía hasta más abajo de la cintura; y completaban el efecto la alta y despejada frente, las cejas negras y pobladas, pero finas y desarrolladas en graciosa curva desde su punto de arranque hasta perderse insensiblemente en una y otra sien, la delgada y recta nariz, la pequeña boca de labios siempre sonrientes y doble hilera de dientes pa-

rejos y tan albos que parecían azulados, y las tersas mejillas y la torneada barba adornada de un juguetón hoyuelo.

La historia de aquella joven se resumía en pocas palabras.

Hija única de don Diego de Tercos y su esposa, fué criada y educada con el mayor esmero posible bajo la inmediata dirección de sus padres. Su despejada inteligencia, su dedicación al estudio y la consagración asidua que le prestaron sus maestros, la hicieron avanzar rápidamente en la adquisición del saber: á los quince años poseía corrientemente el francés, el inglés y el italiano y conocía una buena parte de las literaturas clásicas de estas lenguas y alguna también de la española; á los dieciocho poseía un copioso caudal de conocimientos filosóficos y literarios, matemáticos y de ciencias naturales; á los veinte, edad en que la encontramos cuando llegó Voltero á Miramar, era eximia en historia, filosofía y ciencias morales y políticas, y dibujaba, tocaba el piano y la vihuela y cantaba primorosamente.

Aunque demasiado extensos, no eran, sin embargo, sus conocimientos someros y superficiales y de mero adorno, sino, al contrario, bastante profundos para permitirle á ella deducir de las adquiridas, ideas propias y originales, consecuencias á veces atrevidísimas y extremadas; si bien resintiéndose en mucho, como era de esperarlo, de la influencia de los maestros que se los habían comunicado, los cuales habían ejercido sin contrapeso su doble ascendiente de padres y de maestros. Así, para citar unos pocos ejemplos, en historia, creía que los grandes monarcas, capitanes y conquistadores no habían sido más que ambiciosos ó fanáticos que no

merecían el nombre de grandes sino porque habían sido grandes sus crímenes en número y calidad, y que no merecían, en realidad, el nombre de grandes y de héroes más que los filósofos y políticos que en cualquier época de la humanidad se habían puesto resueltamente á la obra de demoler el odiado y formidable edificio de tradicionales errores, supersticiones y sofismas en que se han encastillado siempre el despotismo y la teocracia; y en filosofía y en religión, dudaba de la espitualidad del alma; rechazaba en mucha parte la moral cristiana; veneraba á Jesucristo como el más grande de los hombres, pero le negaba su divinidad; admitía la existencia de Dios, pero negaba su providencia, y excitándola un poco en una controversia, no habría sido difícil hacerla llegar hasta el reconocimiento explícito del fatalismo.

Sabido es que el corazón de la mujer, más vehemente en sus afectos que el del hombre, se apasiona más hondamente también de las ideas y se encariña más apegadamente con ellas. Serena no hacía excepción á esta regla; antes bien, manifestábase en todo más impresionable, más entusiasta y más decidida que ninguna otra. Á causa de esto, sin duda, no creía en la sinceridad de los que no pensaban como ella, en los cuales no veía más que hipócritas que comerciaban con la conciencia ó ignorantes que no podían comprender la verdad.

Llevado de esa monomanía vulgar que supone en toda persona carácter, maneras y costumbres exactamente ajustadas á las ideas que profesa ¡como si la naturaleza humana no fuera una eterna contradicción! el lector estará creyendo que la hija de don Diego era una mozuela de carácter altanero, de maneras presuntosas, y ensimis-

mada, díscola, caretera y desenvuelta. Pues bien, era, al contrario, pudorosa, humilde y recatadísima doncella; de carácter dulce y apacible, y de maneras suaves, corteses y afabilisímas; que adoraba a su padre, veneraba á su madre, idolatraba á los niños; bendecía á los mendigos que le pedían limosna, á los ancianos que se apoyaban en su brazo y á las viudas que no le ocultaban sus miserias; que amaba á todo el mundo, que lloraba por los pajarillos que se le morían y se afligía por las flores que cogía; que tenía, en fin, una fibra sensible en su corazón para todo género de males.

Había, sin embargo, una nota discordante, una sola, en aquel armonioso coro de perfecciones.

Como la mayor lección que deducía de sus conocimientos de historia era que todas las guerras, opresiones, injusticias, tiranías, despotismos, todas las calamidades, en fin, que ha tenido que soportar la humanidad desde quince siglos atrás, han sido pura y exclusivamente obra del fanatismo, odiaba á los fanáticos.

Felizmente, tenía una compensación esta nota discordante.

Es un hecho demostrado por la experiencia de todos los días, y que en cualquir momento podemos verificar en nosotros mismos, que en el corazón humano todo sentimiento es germen de otro de diversa y á veces de opuesta naturaleza. Esto mismo se había verificado en el corazón de nuestra joven: el odio á los *papistas* había engendrado en ella una pasión indefinida, una aspiración de vagos contornos, el amor á un ideal que nada más tenía de fijo, de preciso y determinado que el ser lo opuesto, lo diametralmente contrario al *papismo*. Y ¡fenómeno curioso! este amor brotó y germinó en aquella

alma virgen é inmaculada al calor de aquellas páginas de la historia, hermosas y sublimes cual ningunas otras, que narran las Cruzadas, y se alimentó en seguida como la savia propia, sin trasponer, empero, los límites del idealismo, de todas las acciones heroicas, virtudes y proezas que recuerdan los análes del linaje humano por extrañas, diversas y aún opuestas y contrarias entre sí que hubieran sido las causas que las habían inspirado y producido.

***

No acertaba la joven á darse cuenta cabal de sus propias impresiones ni de aquellas indefinibles aspiraciones de su alma que la hacían desear la existencia de un hombre que encarnara en sí el ideal de amor, de abnegación sin límites, de sacrificio entero é incondicional á la causa del bien que ella soñaba, y aún teníalas á veces por nada, por meras ilusiones de su fantasía, cuando, no la casualidad, sino cierto proyecto de alianza acordado entre sus respectivas familias, la puso frente á frente de Voltero, en estrecha amistad con él y en completa libertad de verlo y hablarlo á toda hora.

Desde el primer momento hizo en Serena agradable impresión su nuevo amigo: lo encontró hermoso de rostro y de simpática expresión, de maneras naturales á la par que elegantes; y en su amena conversación reconoció desde luego una bien cultivada y no común inteligencia, rica imaginación é hidalgo y noble corazón. De modo que cuando llegó la hora de separarse, le pareció que el tiempo había pasado demasiado rápidamente, y habría deseado prolongar un poco más aquella grata velada que tantas nuevas y dulces sensaciones le había regalado,

antes desconocidas para ella. Encerrada en su alcoba, quiso cerciorarse de la figura que habría hecho en el salón, y se dirigió al tocador á echarse una mirada al espejo, cosa que hacía por primera vez á esa intempestiva hora; y al encontrar que ni el peinado ni el traje que llevaba le sentaban del todo bien, se ruborizó por el mal efecto que sin duda había producido en el ánimo del joven, cuyos delicados sentimientos artísticos había tenido ocasión de columbrar. Y ya en el lecho, se desveló todavía pensando en el juicio desfavorable que le habría merecido y en la manera de evitar que en adelante tuviera motivo para confirmarse en él. Ni fué el sueño tan profundo y tranquilo como el acostumbrado; que más de una vez lo interrumpieron imágenes indecisas de mil cosas confusas que al día siguiente al despertar no le fué posible coordinar claramente.

Pocos días después advertían don Diego y su esposa un cambio notable en el modo de ser ordinario de su hija: ni reía, ni jugaba, ni corría como de costumbre; tardaba un poco más que lo habitual en el tocador, y no olvidaba á ninguna hora adornarse con flores el pecho y la cabeza; leía mucho, demasiado para su edad; se adiestraba en el baile y en el dibujo con más esmero que nunca, y estudiaba con inusitada paciencia sus monótonos ejercicios de escalas y de variaciones en el piano y en el canto; parecía, á ratos, poseída de loca alegría, y otros, de melancólica tristeza, sin que causa alguna pudiera explicar tales mudanzas; podría decirse, en resumen, que de risueña, y juguetona y bullanguera se había tornado en séria, y grave y reflexiva.

No estaba todavía la niña en edad de darse cuenta á sí misma de sus nuevas impresiones ni de notar bien á

las claras los cambios que se operaban en sus gustos y en sus hábitos. Advirtió, sin embargo, que algo extraño pasaba en ella; y muy á menudo interrumpía la obra que tenía entre manos ó robaba algunas horas al sueño para entregarse á hondas cavilaciones acerca de lo que podría ser y de las causas que lo producirían. ¿Por qué se sentía tan tímida ante su nuevo amigo, que hasta la voz parecía faltarle cuando debía hablarlo? ¿Por qué se encendían sus mejillas de rubor cuando sus miradas se encontraban con las de él? ¿Por qué le latía violentamente el corazón y recorría su cuerpo aquel indefinible estremecimiento de placer cuando sus manos se estrechaban?... Pero en vano: hacíase una tras otras centenares de preguntas sin hallar contestación satisfactoria para ninguna; aquel estado insólito de su alma continuó siendo para ella un enigma indescifrable.

Encaminada por maliciosas observaciones de su aya y por muy extraños consejos de su madre, no tardó, empero, en descubrir que, cuando se encontraban, experimentaba su joven amigo iguales ó parecidas emociones á las que ella sufría. Observó también que á pesar de su mutuo encogimiento y timidez cuando se hallaban el uno en presencia del otro, ambos procuraban encontrarse lo más frecuentemente posible y que prolongaban sus conversaciones tiempo verdaderamente inusitado. Sus coloquios versaban siempre sobre asuntos comunes y vulgares ó de carácter muy general, á lo menos: las bellezas de Miramar, la música, la pintura, la historia, la poesía etc.; no les faltaba, sin embargo, ocasión de mezclar en ellos la recíproca comunicación de sus ideas propias, de sus gustos y sus hábitos más insignificantes, de sus sentimientos íntimos, de sus más recónditos pensamientos,

como pudieran hacerlo en el seno de estrecha amistad dos amigos de antigua data; habían agotado ya el caudal de confidencias que tenían que hacerse para demostrarse plenamente la mutua simpatía que los unía, y continuaban todavía repitiéndose por centenares de veces las mismas confidencias en dulcísimas pláticas de duración interminable sin ponerles ni siquiera una tilde para darle alguna novedad.

Hasta este punto no más llegaban las candorosas observaciones de la niña. Una sola raya las separaba de su término y fin natural; tocábale á Voltero el salvarla.

Ardía el joven en vehementísima pasión desde el momento en que vió por primera vez á la sin par doncella, y no se había mantenido ante ella en respetuosa reserva acerca de su amor, sino por el temor de comprometer el buen éxito final en intempestivo rebato. Pero veía deslizarse los días y aproximarse rápidamente el término de su estadía en Miramar; en seguida tendría que irse forzosamente á Santiago á continuar sus estudios y no podría volver hasta dentro de un año. En un año ¡qué de acontecimientos no caben! Serena era, en verdad, una niña todavía; pero ¡era tan hermosa y eran tantos los pretendientes que ya frecuentaban á Miramar!... Anhelaba, pues, con vivísimas ansias tener un solo minuto de osadía; ¡un minuto! un solo segundo: ¡decirle que la amaba, y pedirle de rodillas que lo dejara adorarla!

Las recreaciones tocaban ya á su término; Voltero debería partir al día siguiente irremediablemente; la tarde estaba bellísima; y á gozarla se habían retirado los tímidos amantes á un apartado miradero del jardín perdido en un bosquecillo de aromáticos arbustos, desde el cual contemplaban extasiados un espléndido panorama: al

norte, á pocos pasos destacábase la Portada, monumento sencillo pero de regulares proporciones arquitecturales que aún conserva la Serena, de la época colonial, y sobre cuyas dos caras, del orden dórico la una y del compuesto la otra, se ostentaban á la sazón el escudo de armas de la ciudad y el de la casa real de España; detrás de la Portada veíanse los techos de las casas de la ciudad medio escondidos entre la rica y exuberante vegetación de sus solares y dominados por las torres de sus siete seculares iglesias, y más allá, en los confines del horizonte, aparecían formadas en línea de batalla la Punta de Teatinos, Juan Soldado y los cerros cuajados de cobre y plata del Barco, Arqueros y Brillador; al oriente, en primer término, desarrollaban sus suaves ondulaciones las verdes colinas que desde el Cerro Grande se extienden hasta el ribazo izquierdo del valle de Coquimbo, y en segundo término erguía sus angulosos nevados la gigante cordillera de los Andes, cuyas cimas cierran de aquel lado el horizonte con marco de luciente blancura; hacia el sur, extensa, y en mucha parte erial planicie se dejaba interrumpir á trechos por cerrillos de escasa elevación real pero de airosas y gallardas figuras; y al occidente, el mar, aquel Grande Océano sin orillas, cuya área ocupa la mitad de la superficie de la tierra y en cuyas sosegadas ondas se reflejaba en aquellos momentos la imagen del sol poniente en prolongada faja de vivísimo esplendor. La conversación había sido al principio muy alegre y animada; pero poco á poco había ido decayendo y haciéndose lánguida y triste: ambos interlocutores guardaban durante largos ratos profundo silencio para ensimismarse en sus propias reflexiones. Llegó al fin el momento de tocar la nota sensible, la partida de Volte-

ro; expresó éste con dolorosa resignación cuánto le costaba resolverse á partir, y cuán tristes, y largos y monótonos le iban á parecer los días en Santiago; no disimuló Serena las impresiones que su corazón experimentaba al oír aquellas palabras, y conteniendo apenas las lágrimas que pugnaban por saltársele, habló con dulzura infinita palabras de consuelo y de esperanza y declaró enternecida que poblaría la soledad en que iba á quedar, con los recuerdos de los días pasados y con las imágenes de los venideros. ¿No vendría Voltero en cuanto terminara sus tareas del año? y ¿por qué no vendría también por unos pocos días cada vez que le fuera posible? Una ó dos veces en el año no era mucho exigir. Desfallecía Voltero escuchándola; temblando de emoción, pálido el rostro y jadeante el pecho, tomó una de sus manos para expresarle su inmensa gratitud; pero al estrecharla entre las suyas oscureció su mente un rapto de pasión, y estampando en ella un beso inmenso de amor, cayó de hinojos exclamando con acento imposible de definir:

—Perdóname, Serena; pero te amo con ciega adoración, y sin tu amor nada quiero: prefiero morir.

Oyó la niña con dulce arrobamiento, sin miedo y sin zozobra aquella inesperada declaración, que no la sorprendía, sin embargo; reconoció al punto que su corazón estaba ya ganado por el amor y pensó en confesar ingenuamente lo que no podía cuerdamente negar; encendidas las mejillas de rubor, medio velados los hermosos ojos y anhelante la respiración, dobló sobre el pecho la gentil cabeza y se cubrió el rostro con las manos.

¡Qué instantes para Voltero de suprema angustia y de suprema indecisión!...

Rompió al fin el silencio; y rogó, y suplicó, é instó,

con expresiones ora rápidas y ardientes como flechas inflamadas, ora lánguidas y tristes como lamentos; ya enteras, ya entrecortadas; ora claras y vibrantes, ora apenas inteligibles, roncas y sordas como el eco de la desesperación.

—¡Serena!...¡oh Serena!...una palabra...¡por piedad!... Dime que me amas y déjame morir aquí á tus pies!... ¡Qué! ¿no me oyes?... Una palabra, bien mío... una sóla palabra hará cumplida mi felicidad... ¡Oh! dila... dila que yo sólo te la oiga... y partiré al punto... Parto ya... ¡Serena!

Y entretanto ¡qué de emociones para la inexperta niña!

Como por encanto se había desvanecido ante sus ojos en un momento el velo de la inocencia, dejándole ver en perspectiva todo un nuevo mundo de sentimientos desconocidos para ella; comprendía ahora todas aquellas mudanzas tan bruscamente acaecidas en su alma y que poco antes no acertaba á explicarse... ¡Y qué ímpetus recorrían todo su cuerpo como ráfagas de llamaradas que le abrasaban el corazón y le cegaban la mente!... Agolpabásele la sangre al pecho, latíanle las sienes con violencia y convulsivo temblor la hacía extremecerse en todos sus miembros... Iba á descubrirse el rostro y á arrojarse en los brazos de Voltero para que él le infundiera valor para hablar y le enseñara á traducir en palabras aquel cúmulo de extrañas y misteriosas emociones que la agitaban y que le impedían pensar con lucidez... Pero ¡qué vergüenza!... y ¡qué ligereza! ¿podía ella disponer así no más de su corazón, sin consultar á sus padres? ¿Podía encadenar su albedrío á la voluntad de un hombre casi tan joven é inexperto como ella y que co-

nocía desde ayer no más? ¿Sería él siempre como ahora era? ¿No cambiaría nunca en ideas ni en sentimientos?... Pero ¿qué decirle? ¿cómo expresarle con claridad lo que ella sentía? ¿cómo asegurarle que lo amaba, cuando aún no estaba del todo cierta de que fuera digno de su amor? ¿Y cómo negárselo, cuando todo en ella había estado revelándole su pasión desde el primer día que lo había conocido?...

Calló al fin Voltero. Y trás breves instantes de silencio sintió Serena que su pensamiento se despejaba de aquellas como nubes de ideas que lo oscurecían; dominada entonces por aquel solo sentimiento de adoración, de idolatría, por el bien que formaba el fondo de su naturaleza moral, dió á su joven amigo la contestación que este repitió á su buen amigo el doctor, años después, en el calabozo en que se hallaba herido y encarcelado por la parte que había tomado en la jornada del 20 de abril, y que interpretada por él en su real y verdadera significación, le sirvió de aguijón y de estímulo para lanzarse en la carrera que con tanta felicidad lo llevó al término de sus aspiraciones.

*
* *

Á las pocas semanas, en efecto, de haber llegado á Miramar en obedecimiento al llamado que había recibido de su prometida, ésta, que hasta entonces había fingido mantenerse indecisa, cedió á sus instancias y amorosos requerimientos.

Celebráronse las bodas poco después con todo el esplendor y pompa que correspondían al rango y fortuna de las familias de los novios.

Toda la aristocracia de la provincia de Coquimbo y

no escasa parte de la de Santiago las honró con su presencia y fueron sin cuento los felicitaciones que la joven pareja recibió.

RICARDO DÁVILA BOZA

(Continuará)

DOS CUESTIONES

SOBRE LAS PERSONAS JURÍDICAS DE DERECHO PRIVADO

(Conclusión)

Sin duda que los poderes públicos deben velar por que las asociaciones formadas bajo el imperio del interés privado no pugnen con el interés general; pero ¿quién decidirá del carácter de la asociación? ¿quién dirá si el fin que persigue es legítimo ó nó? Dar á los poderes civiles el derecho de pronunciarse sobre estas materias es poner la libertad de asociación á merced del Estado; es sacrificarla por temor de los abusos que de dicha libertad pueden resultar. Hay, pues, que buscar otra solución á esas dificultades. «La verdadera se presenta, dice Périn, sencilla y natural á los que saben que Dios ha dado una ley y que su interpretación y explicación ha sido confiada á la Iglesia católica. Siendo incompetentes los poderes civiles en materia moral, será preciso ocurrir á la Iglesia para juzgar del valor moral de las asociaciones; que en esta cuestión como en muchas otras oscurecidas por las preocupaciones de los legistas, la lógica conduce forzosa-

mente á la conclusión de que la posesión de una libertad sana y fecunda no existe sino mediante la sumisión á la ley divina» (1). Pero si se deja fuera de las leyes á Dios y á la Iglesia, no hay más que una alternativa: ó se somete el derecho de asociación al régimen del Código Civil, que lo limita y reprime por la mayoría legisladora y por la sola y arbitraria autoridad del Ejecutivo, ó bien se emancipa á las corporaciones y fundaciones de esa odiosa é injustificada prevención, y «se las deja sometidas como los demás hombres al régimen represivo de los delitos. Ante los tribunales responderán ellas, como las demás personas, si son sociedades inmorales; no menos responderán de los males que puedan cometer» (2). Lo cual no es temeraria innovación, pues á régimen tal están sometidas las asociaciones según la *ley constitucional de Islandia*, que en el artículo 55, citado antes, dispone, en su inciso 3.º, que si se trata de disolver una corporación por la autoridad administrativa, «el asunto debe ser llevado al punto ante los tribunales»; y según el *Código federal suizo de las obligaciones*, en el inciso 4.º del artículo 716, poco antes transcrito. Así también acontece en Inglaterra, endonde las asociaciones con un fin no lucrativo «no tienen visitador *(visitor)* designado por la ley; y las faltas de que pudieren hacerse reos son investigadas y llevadas ante la Alta Corte de Justicia, quien decide también sus controversias (36 y 37 Vict. c. 66, s. s. 16 y 34)» (3). En los mismos principios, por último, se inspiró la *ley* brasilera de 4 de noviembre de 1882, *que regla*

(1) Cf. Périn, *Les lois de la société chrétienne*, Lib. II, cap. VIII.
(2) Vid. Lira, *Discurso*, cit.
(3) Vid. *Stephen's commentaries on the Laws of England*, 9.ª edición, 1883; libro IV, pág. 26 del vol. III.

el establecimiento de las compañías y sociedades anónimas, al estatuir en su artículo 34 que: «Las disposiciones de la presente ley (que exigen inscripciones, publicaciones y certificados varios) no son aplicables á las sociedades de socorros mutuos, ni á las sociedades literarias, científicas, políticas ó de beneficencia, que no hayan revestido la forma anónima. Estas sociedades pueden formarse sin autorización del gobierno y son regidas por el derecho común.»

Mayores inconvenientes, si cabe, tiene la intervención gubernativa en la constitución de las asociaciones de lucro, aun á pretexto de proteger los intereses de los terceros. Sin tomar en cuenta los entorpecimientos que esa autorización previa trae, por la lentitud de los procedimientos y la dificultad de los particulares para poner en movimiento á las autoridades administrativas superiores; sin considerar el grave inconveniente de introducir la acción gubernativa en la esfera de los intereses privados y comprometer su responsabilidad moral cuando esa vigilancia no puede ser muy eficaz; basta para rechazar esa tutela del Estado el hecho de ser perjudicial para aquellos mismos á quienes quiere favorecer, comoquiera que los induce á confiar ciegamente en su vigilancia y á realizar negocios en cuyo buen éxito no tiene el Estado sino un engañoso interés. Y tanto es así, que hasta los partidarios del socialismo del Estado no han podido menos de reconocer cuán infecunda es para el bienestar social aquella intrusión gubernativa. Uno de los más eminentes, Laurent, ha tenido que reconocer que «lo que constituye la fuerza del individuo y por consiguiente de la sociedad, es la energía, el poder de iniciativa de los individuos; por lo cual es preciso activar, favorecer el

sentimiento de la individualidad. Si en todos los negocios de los hombres interviniese la sociedad, pondría ésta su previsión, su actividad propia en lugar de las de los individuos; es decir, la sociedad mataría en su germen todo principio de vida y de progreso. Nuestra doctrina es la contraria del socialismo. La sociedad no debe ser una providencia; debe limitarse á favorecer el perfeccionamiento de los individuos: todo hombre debe ser providencia de sí mismo. Sólo allí donde los esfuerzos individuales son impotentes, debe intervenir la sociedad; allí está precisamente su misión» (1).

Por manera que en conclusión, y como queda ya insinuado, el Código Civil debió limitarse á determinar cuando más las formas externas de organización y publicidad de las asociaciones para su reconocimiento obligatorio por los particulares y los magistrados, como lo ha hecho para los demás actos y contratos de la vida civil; debió limitarse á exigir la presentación de los estatutos y la inscripción en el registro correspondiente. Y en esto no le habrían faltado predecesores. Ya en tiempo del emperador Augusto, que había prohibido bajo pena de lesa magestad la participación en asociaciones no autorizadas por el senado ó por el César, un decreto del senado derogó, sin embargo, esa prohibición en favor de las cofradías religiosas y de las asociaciones calificadas de *collegia tenuiorum*, autorizándolas de antemano, con tal que se sujetasen á ciertas formalidades generales enunciadas en el senado-consulto (2). En los tiempos modernos, sin tomar en cuenta las ordenanzas de Blois de 1579, que en su artículo 357 exigían sólo inscripción en los

(1) Laurent, *Principes de Droit Civil Français*, t. XI, núm. 208.
(2) Vid. Mayaz, *Cours de Droit Romain*, t. I, lib. I, cap. II, § 21.

registros de las bailías, senescalías y casas consistoriales de las ciudades; ni el Código Michaud, de 1629, que en su artículo 414 reprodujo esta disposición; ni la ordenanza de 1673 que reavivó las dos anteriores, disponiendo además la publicación del acta social en diversos lugares públicos por medio de edictos, para que el nacimiento y el fin de las sociedades comerciales recibiesen una publicidad saludable al crédito y no pudiesen ellas entrar válidamente en sus funciones sin haber proclamado su formación solemne; han seguido en parte el propio camino todos los Estados que desde 1870 han revisado su legislación sobre las sociedades anónimas. Todos ellos se han preocupado, es verdad, de asegurar ante todo garantías al suscriptor de acciones, unos exigiendo la publicación del contrato de sociedad ó de un prospecto que indique las condiciones esenciales del negocio, otros sujetando á ciertas formalidades la redacción misma del boletín de suscripción; pero en todas las reformas se echa á un lado completamente la intervención del gobierno, sea en lo relativo á la autorización, sea en lo relativo á la vigilancia. La ley belga de 18 de mayo de 1873, en su título IX, Sección IV, § 2; el *Código de Comercio Húngaro*, vigente desde el 1.º de enero de 1876, en su título X, capítulo I artículos 147 á 162; el *Código Federal* suizo *de las obligaciones*, en su título XXVI, § I, artículos 621 á 623 y título XXVII, § I, artículos 672 y 681; la ley brasilera antes citada, de 4 de noviembre de 1882, en su artículo 1.º; la ley inglesa *The companies Act*, 1882, el *Código de Comercio Italiano*, de 1882; la ley alemana de 28 de junio de 1884, en sus artículos 209 y 210; el *Código de Comercio Español*, vigente desde el 1.º de enero de 1886, el más *liberal* de todos, en el libro II, tí-

tulo I, sección IV, artículos 151 á 169: todos han libertado la formación de las sociedades anónimas de la autorización administrativa, y su marcha, de la vigilancia del Estado, exigiéndoles sólo la inscripción en un registro y la publicación de sus estatutos. Todos ellos han reaccionado contra el injustificable sistema de las autorizaciones previas, que requiere el permiso de un tutor para el ejercicio del derecho natural de asociarse y no para los demás derechos primordiales y naturales del hombre.

II

Íntimo enlace con la primera tiene la segunda de las cuestiones, objeto del presente estudio.

Los preceptos del Código Civil que originan una y otra tienen su raíz común en el derecho cesáreo, redivivo en los legistas del Antiguo Régimen y en los del 89 y sus seguidores. La negación del derecho de propiedad antecede en cierto modo á la del de asociación, puesto que el derecho de propiedad constituye la independencia total del hombre y con él la persona humana se desprende del comunismo social.

El derecho romano no reconocía, puede decirse, la propiedad privada. El Estado solamente estaba investido del derecho de propiedad, pues la personalidad del ciudadano desaparece y se absorbe en la entidad que se llama Estado. Á César, representante jurídico del pueblo romano, pertenecía el dominio eminente, la propiedad legal de todos los países conquistados. Los individuos no eran sino simples poseedores, especies de usufructuarios. El jurisconsulto Gayo nos lo dice: *In solo provinciali dominium populi romani est vel Cesaris; nos autem possesio-*

nes tantum et usufructum habere videmur.—Proprietas, en derecho romano, es la cosa individuada, sustraída al público; es la posesión, el goce siempre revocable. Así lo atestiguan la facilidad y la frecuencia de las confiscaciones en Roma: el Estado, distribuidor de las tierras, no hace más que volver, cuando lo juzga oportuno, al dominio eminente que él conserva la propiedad que había abstraído del comunismo social. Así también, los derechos de sucesión atribuídos al fisco: éste es heredero privilegiado, no sujeto á las cargas de la sucesión, porque como el particular no tiene sino un dominio útil, una posesión de por vida, á su muerte vuelven los bienes al Estado, al único propietario.

Aplicando los legistas modernos las máximas del derecho romano que aprendieron en su Biblia, el *Corpus juris civilis*, han considerado siempre al príncipe, al Estado, como al propietario del suelo. Luis XIV al decir: «El Estado soy yo,» y al escribir á su nieto: «Todos los bienes de nuestros súbditos nos pertenecen,» expresaba nada más que la doctrina de los jurisconsultos romanistas. De ahí el que la Revolución francesa, que renovó todos los furores griegos y romanos, conducida por los legistas, legitimara las confiscaciones, prohibiera la propiedad eclesiástica y la propiedad colectiva. Y esa atmósfera de comunismo romano, esa teoría del socialismo del Estado, se difunde en el Código Napoleón, y de él pasa á las legislaciones de casi todos los pueblos modernos, como principio científico y racional.

Nuestro Código Civil rindió parias también á los principios de los legistas franceses que no veían en la propiedad (según la definición de Robespierre) más que el derecho, para cada ciudadano, de gozar de la posesión

de bienes que le era garantida por la ley. «El *dominio* (que se llama también *propiedad)*, dice el artículo 582, es el derecho real en una cosa corporal, para gozar y disponer de ella arbitrariamente; no siendo contra ley ó contra derecho ajeno.» ¡Extraña propiedad *absoluta* es la que nos concede el Código, sujeta á todas las leyes que al legislador le plazca imaginar! Lo que el Código nos atribuye sobre las cosas no es más, si puede decirse, que una especie de usufructo, pues la propiedad garantida por nuestras leyes es esencialmente vitalicia y se extingue con nosotros en virtud de las prohibiciones impuestas para transmitirla bajo una duración perpetua ó de larga duración. La idea de que por cima de la *propiedad* individual reside el derecho superior del Estado, aparece en muchas disposiciones de nuestras leyes, como, por ejemplo, en los títulos VIII y IX del libro II ó en el título V del Libro III del Código Civil, que nos impiden disponer arbitrariamente de las cosas de que somos dueños *absolutos.*

Los mismos principios han inspirado los preceptos del título XXXIII de nuestro Código Civil que prohiben á las *personas jurídicas* ó corporaciones conservar sus bienes raíces, aun supuesta la autorización previa, sin otra nueva y especial licencia de la legislatura (art. 556); que reglamentan la administración y disposición de los así poseídos (art. 557); y que sujetan á confiscación los bienes de las fundaciones y corporaciones que el Poder Ejecutivo ó el Legislativo tengan á bien disolver (artículo 561), ó que se poseyeren sin los requisitos mencionados (art. 556, inc. 2.º).

La sola enunciación de estas disposiciones manifiesta á las claras que, para el legislador, la ley crea la propie-

dad, y por eso su solicitud lo lleva á hacerla pasar con la mayor rapidez posible al mayor número de manos, á dividirla, movilizarla, entregarla á una circulación sin fin. Determinando la evolución de los bienes, el legislador se apodera de la propiedad y conspira contra su mismo propósito de prosperar la riqueza pública, comoquiera que sin la propiedad la vida no tiene nada definido ni durable.

No basta que el hombre sea libre en su persona y en su conciencia; es preciso además que su libertad encuentre en las cosas exteriores el amparo y los instrumentos necesarios para lograr su fin. Porque el hombre no es solamente un alma, sino que es también un cuerpo; de donde resulta que para la conservación y perfeccionamiento de su sér tiene necesidad de medios materiales, de cosas que se presten al deseo del hombre, y que por esta razón se llaman *bienes*. Y este derecho primitivo y absoluto á la vida que por el hecho de nacer tiene el hombre, se lo da también inconmutable y absoluto para apropiarse las cosas necesarias para su subsistencia, y para disponer de ellas como mejor crea convenir á sus intereses y á la realización de su destino social y humano. Derecho tan importante y de tan íntima relación con el derecho á vivir no viene de la ley civil, no tiene su raiz en las móviles y tornadizas opiniones de las mayorías ni en los fugitivos mandatos de los gobiernos ó parlamentos. Si el derecho de propiedad no tiene más fundamento ni razón de ser que la ley civil, puede ésta hacerlo desaparecer y recuperar lo que ha concedido, porque el hombre no ha podido creer nunca que lo que se hace entre hombres pueda ser eterno.

Fundado, pues, el derecho de propiedad, nó en la ley

civil, sino en el derecho natural, así como se reconoce en el individuo, debe también reconocerse cuando se aplica indivisamente á varias personas. Las mismas causas producen iguales efectos. Si para el individuo la propiedad es un bien, es la expresión y garantía de su personalidad, como dicen los legistas ¿por qué nó para las corporaciones? Basta que un grupo social esté constituído en vista de los fines necesarios y aún en vista de los fines simplemente naturales de la existencia humana para que tenga derecho á la propiedad.

Uno é indivisible es éste en su inviolabilidad. Si el individuo llega á ser propietario en virtud de un derecho inherente á su persona, y no en virtud de una delegación del Estado ó de la ley que pueda serle retirada *ad libitum*, el derecho de propiedad de una asociación natural tampoco dimana de la ley civil, que no la ha fundado ni señalado su destino. La propiedad indivisa ó colectiva tiene la misma razón de derecho que la puramente individual. Procediendo aquélla del derecho que tiene cada particular para disponer de sus bienes, el derecho solidario de muchas personas reunidas no puede ser menor que el de una sola. En efecto, los cuerpos morales, las personas jurídicas, constan de hombres realmente existentes, de ciudadanos como los demás, pues una asociación ó persona jurídica no es más que una lícita y honesta reunión de personas determinadas que llevan sus derechos naturales á la corporación que constituyen ó las recibe. Su unión á los ojos de la ley nada quita ni añade al derecho que separadamente tenían, ya que los derechos propios del hombre no se destruyen por la unión sino que se funden en uno.

Dicho queda y demostrado que teniendo el individuo

una existencia propia y no prestada, en virtud de su inteligencia y libertad ejerce dominio y puede disponer libremente de sus propios actos; de donde es que los extraños están obligados á respetárselos y á reconocer los productos de su actividad. Asimismo queda evidenciada la obligación jurídica del Estado y los particulares de reconocer la existencia y capacidad de las asociaciones ó personas morales. Con lo cual se deja entender claramente que no es árbitra la legislación positiva para concederles ó negarles el derecho de propiedad, sino que su deber consiste en conservárselo, garantírselo y protegérselo atendidas las condiciones y circunstancias de la sociedad.

Aún hay más: el poder adquirir las corporaciones y fundaciones es porque existen, de manera que en cuanto sean y existan no les puede el Estado impedir ó quitar el actual dominio. La asociación ó persona jurídica debe subsistir por el derecho adquirido en el acto mismo de su existencia, del propio modo que debe subsistir todo individuo particular en virtud de su existencia. ¿Por qué, pues, en los individuos particulares ha de ser absoluto, inalienable el derecho de sus bienes particulares y no lo ha de ser el de las corporaciones? El dominio, dice Grocio, por cualquiera causa que haya nacido tiene siempre sus efectos por el mismo derecho natural, de suerte que en manera alguna se puede quitar sino por causas que, ó son inherentes al dominio, ó traen su origen del hecho de los dueños. Y que estas causas son unas mismas en cualquiera clase de propiedad, lo ha reconocido el inciso 5.º del artículo 12 de la Constitución del Estado, que asegura *la inviolabilidad de todas las propiedades, sin distinción de las que pertenezcan á particulares ó comuni-*

dades (corporaciones cualesquiera) *y sin que nadie pueda ser privado de la de su dominio ni de una parte de ella por pequeña que sea, ó del derecho que á ella tuviere, sino en virtud de sentencia judicial ó por causa de utilidad del Estado*, etc. De manera que la prohibición de los artículos 556 y 563 del Código Civil impuesta á las corporaciones y fundaciones, de tener derechos civiles sin permiso especial del poder público ni conservar por más de cinco años sus bienes raíces, viola la garantía constitucional que el mencionado inciso 5.º del artículo 12 establece, pues la ley civil no puede imponer al derecho de propiedad otras limitaciones que las solas dos allí determinadas. Ni puede tampoco la ley civil confiscar los bienes de las corporaciones ó fundaciones en los casos de que hablan el inciso 2.º del artículo 556 y el artículo 561 del mismo Código Civil, tanto por la razón de ser de su propiedad cuanto por obstar á ello el artículo 145 de la Constitución, que prohibe *imponer en caso alguno la pena de confiscación de bienes.*

Desconocen además dichos preceptos del Código Civil, así como el del artículo 963, el derecho que todo propietario tiene para hacer de sus bienes cualquier uso legítimo y para disponer de ellos con las limitaciones y condiciones que quiera. La propiedad ha de tener una extensión igual á la de las necesidades cuya satisfacción depende de medios materiales y que son la causa de procurar y adquirir éstos; y sería negar absolutamente la intrínseca racionalidad y natural sociabilidad de nuestro sér, reducir las necesidades del hombre á las que exclusivamente se refieren á su bien personal, desconociéndole aquellas nobilísimas aspiraciones—fundadas en su naturaleza—á

prolongar la memoria de su nombre; á procurar el bien de la patria y de la humanidad mediante instituciones de beneficencia ó de piedad (1).

Ni vale para justificar aquellas disposiciones legales decir que las personas morales son ficticias y que la capacidad de estos seres imaginarios es siempre rigorosamente determinada por el tenor de la disposición legislativa ó gubernativa que las ha creado personas; pues queda demostrado que las corporaciones y fundaciones no deben su existencia á la ley ni al Estado y que de sí mismas derivan su derecho de propiedad. Y éste no cambia de naturaleza porque la corporación ejecute sus actos de adquisición y de obligación por una persona física que les sirva de mandatario, así como el menor y la mujer casada no dejan de ser verdaderos propietarios en los bienes que adquieren por su guardador ó marido. Si por ser cuerpo moral se despoja del derecho de propiedad á las corporaciones y fundaciones de beneficencia pública, hay contradicción evidente en reconocerlo en la familia, en la sociedad colectiva, en la sociedad anónima, á las cuales considera la ley capaces de un verdadero y propio *dominio*, en nada diverso del de los particulares (2).

(1) Cf. Fernández Concha, *Filosofía del Derecho*, t. 2, cap. III, artículo VI, § V, del lib. II.

(2) Más tardíamente que el principio del reconocimiento de la personalidad de las corporaciones y fundaciones, va abriéndose camino en las leyes el de la libre propiedad de las mismas. El espectro de las *manos muertas* y la enemiga que la suspicacia revolucionaria ha concitado contra alguna de las colectividades que nuestro Código Civil cuenta entre las *personas jurídicas de derecho público*, parecen ser obstáculo para ello. Pero, con todo, ya el codificador argentino Vélez Sarsfield reconoció ampliamente el derecho de propiedad de las asociaciones en el artículo 12 de la sección I, título I, libro I de su Código Civil, vigente como ley de la República desde el 1.º de enero de 1871; y una ley de 23 de abril de 1884 ha abrogado en el estado de Columbia (Estados Unidos) las trabas, análogas á las de nuestra legisla-

Empero, se trata de legitimar la violación del derecho de propiedad de las corporaciones, por razones de *soberanía*—ya aquilatadas en su quimérico valor—á la vez que por consideraciones económicas y sociales de vario carácter. Se ha dicho que el reconocimiento del derecho de propiedad de las corporaciones y fundaciones, tiene, con respecto á la repartición de las riquezas, el inconveniente de concentrar excesivos bienes en provecho de seres que por su tendencia y duración pueden privar á la sociedad de grandes propiedades. Sin atender á que este argumento es aplicable á las demás personas *jurídicas* y aun *naturales*, ocurre desde luego observar que nunca ha acaecido en la historia la hipótesis con que se arguye, y eso que siempre ha habido corporaciones y fundaciones, verdaderas propietarias. Nunca tampoco los bienes de las llamadas *manos muertas* han sido obstáculo para la formación de la propiedad particular, pues de ordinario lo que falta para adquirir una propiedad no es la proporción conveniente, sino el dinero. ¿Y serán remedio para este mal las *desamortizaciones*, *comisos*, *incautaciones* y demás artificiosas medidas de atribuir al Estado la propiedad de tales bienes? La experiencia nos dice que lejos de haberse formado por tal camino la pequeña propiedad, se verificó sólo un traspaso de tal suerte hecho que la misma acumulación de bienes quedó en manos de algunos aventureros y agiotistas, quienes improvisaron grandes fortunas ó engrandecieron las que á la sazón tenían, sin que nada influyese, por cierto, se-

ción, relativas á la propiedad de los bienes inmuebles y á la capacidad para adquirir, poseer y enajenar de las asociaciones que tienen por objeto la beneficencia, educación, literatura, artes, ciencias. ¿Tendrá este ejemplo imitadores?

mejante cambio en la riqueza y prosperidad del Estado.

Además, el progreso de la agricultura intensiva y los otros medios de riqueza que la industria multiplica, tienden á igualar más ó menos la condición de todos los individuos, de suerte que las grandes propiedades de los particulares ó corporaciones se van desmembrando y cediendo su lugar á la media y pequeña propiedad, más aptas para esa clase de beneficio. Y como no se puede determinar de una manera absoluta cuál distribución de la riqueza y de la propiedad sea más benéfica á los intereses generales, lo mejor que puede hacer el Estado es dejar obrar libremente al curso natural de las cosas.

Insisten, sin embargo, los defensores del socialismo del Estado diciendo que la intervención de éste es necesaria para promover la circulación y mejora de los bienes, que, pertenecientes á las corporaciones y fundaciones, entran rara vez en la corriente de los cambios. Ahora bien ¿tiene el Estado interés en que la propiedad pertenezca más bien á uno que á otro? ¿Ó acaso la felicidad pública estriba en que la propiedad esté siempre escapándose de entre las manos de todos, ó en que todos sean llamados á ella sin que nadie verdaderamente la posea? ¿Ni qué necesidad hay de esta distribución artificial, legislativa ó gubernativamente determinada, cuando no hay propiedades que más fácilmente circulen por todas las clases sociales, como las de las corporaciones y fundaciones de beneficencia pública? Basta considerar su naturaleza y especial carácter, á la vez que su duración en cierto modo indefinida, para convencerse de ello.

Pero aparte de esto, las disposiciones de nuestro Có-

digo Civil que limitan en cierto modo á cinco años la propiedad de los bienes raíces de las corporaciones y á ocho y cinco respectivamente la duración del arrendamiento de los mismos (arts. 556, inc. 2.º, 557, inc. 2.º y 563), no sólo no se conforman á los verdaderos principios de derecho, sino que menoscaban la riqueza pública. Esa propiedad siempre circulante no tiene más resultado que detener la formación del capital, pues el individuo no puede sino arbitrar sus empresas, no pudiendo arriesgar nada en obras de no inmediato provecho y cuyo beneficio lejano ha de ser para otros. Y por lo que respecta al arrendamiento, es un principio cierto en Economía agrícola que cuando es de la corta duración que le fijan nuestras leyes, origina el cultivo que algunos economistas han denominado *vampiro* (1); comoquiera que el arrendatario, que encuentra la tierra en buen estado, la mantiene en el primer período á fin de obtener un gran rendimiento bruto; pero al acercarse el fin del arrendamiento, cesa de hacer gastos, cuyo provecho no ha de ser exclusivamente suyo, y se esfuerza en sacar del fundo el mayor producto neto, sin cuidarse de si esteriliza ó nó las tierras. De ahí el que distinguidos estadistas y economistas europeos aboguen por la abrogación de las disposiciones legales análogas á las nuestras, pidiendo que se deje al propietario libertad para disponer de sus bienes como mejor vea convenirle y libertad para que la producción siga su natural propensión. (2)

(1) Véase el *Précis du Cours d'Economie Politique professé á la Faculté de Droit de Paris*, por Paul Cawès, París, 1882.—T. I, parte II, lib. I, sección IV, § III.

(2) Las demás alegaciones que en favor del sistema restrictivo se hacen, fundadas en que las transferencias y transmisiones de bienes enriquecen

¡Libertad! tal fué también la conclusión del primer punto tratado en esta *Memoria*. ¡Libertad! tal es lo que exigen de consuno los más fundamentales principios del derecho y los bien entendidos intereses sociales. La ley no puede arbitrariamente determinar la gestión de la propiedad, lo cual está fuera de su derecho. Guiadas por la prudencia y atentas las circunstancias especiales de las cosas, lugares y tiempos, las potestades legítimas armonizan el ejercicio de los derechos, atemperándose á las leyes que dicta la sana razón; pero no crean su sustancia; y aunque establezcan garantías y obligaciones fundando, si se quiere, un nuevo derecho—pero puramente relativo—la ley positiva no crea el derecho sino que sanciona y ampara el natural. De donde resulta que cuando la ley lo desconoce ó restringe, oponiéndose á la razón y á la justicia, como acontece en el régimen represivo y desconfiado ahora vigente respecto de las corporaciones y fundaciones de derecho privado, las necesidades que les dan origen pugnan por satisfacerse, y en el conflicto entre la existencia y las necesidades de la vida, éstos se sobreponen, y la ley imprudente ó se elude ó se quebranta. Que así acontece siempre que el Legislador se empeña en luchar contra el orden natural, pues la sinrazón y la violencia no alcanzan nunca otro resultado que desacreditar las instituciones y dar al traste con el respeto á la ley.

JUAN DE DIOS VERGARA S.

al fisco, por la contribución que las grava, son indignas de todo hombre de espíritu levantado y recto. No se atenta contra uno de los principios que son la base del órden social, en nombre de intereses que falsean una de las facultades más quebradizas del Estado, convirtiendo el impuesto en máquina de producción fiscal.

ALBERTO

(Conclusión)

Día 1.º de...—¡Cómo nos ilumina la razón! Sí, nuestra vida va hacia el porvenir, como arroyo que corre turbio y despeñado por la montaña; y hemos de reposarnos, al allegarnos al mar, para entrar también transparentes al piélago de lo eterno.

Pronto sabremos quién nos llama, si la muerte ó la vida, y traspasaremos cualquiera de esos umbrales, ya alejados del golpear violento de los precipicios, y nos asentaremos tranquilos en el rol que Dios quiera designarnos.

¡Ah, cuánto golpearse! Cómo he corrido desenfrenado aquellas asperezas, sin hallar jamás el valle, y turbio y azotado siempre, cumpliendo en esto el castigo que Dios ha puesto á quienes atropelladamente y sin detenerse, andan, andan sin nunca reposar y mirar en torno para corregir los pasos, y también sin querer oír, por el mismo ruido que se ocasionan en su vértigo,

los acordes suaves que Él ha escrito en todas las páginas de la naturaleza.

Día 5 de...—Las armonías de la música, de año en año ¿cómo irán sonando para mí? ¡Ebriedad divina, sueños del cielo, antes de poco habré dejado de gozaros!

¡Ah! son como lágrimas de un desesperado ya sin fuerza, las que oigo ahora; me hacen helar el cuerpo y destilar llanto.

¡Cuán bien interpretan mi dolor! su compás calmado es como el débil respiro de mi pecho!

Después de las notas de risa de la juventud vienen las tristísimas y apagadas de otros años, cuando cien golpes han postrado ya nuestra alma, y cuando el corazón escarmentado ya no aspira sino á morir...

¡Mísero destino el del hombre! Apareja mil ensueños y se desencadenan mil monstruos que lo aniquilan. Cuando pensaba que el placer comenzaba no más, asoman su cabeza las serpientes... Esas serpientes que creemos vencer al principio y que nos devoran más tarde.

.....

La vida es un campo de batalla; pero donde nunca luce la victoria: los heridos y las víctimas de sus combates es lo único que persiste... y el dolor y las penas para siempre.

Día 6 de...—¿Por qué las lágrimas que derramamos cuando pequeños son tan del corazón y nos apenan tanto? por qué lloramos en aquella edad? por qué, entonces, se inundan nuestros ojos y más que otras veces sentimos descargarse sobre nosotros el peso del mundo? Esos ojos arrasados, ese desconsuelo incomprensible, ¿por qué?... Ya más tarde nos explicamos de sobra los

dolores y los martirios; por esto nos desesperamos hoy, y en aquel entonces llorábamos solamente...

Tal vez por las ardientes lágrimas de la niñez no castiga Dios algunos pobres placeres que andando el tiempo busca el hombre.

Día 10 de...—Hoy nuestra patria ha sido vejada tristemente por su mandatario, y por esto le decía á un amigo, que se empeñaba en hacerme reír al verme envuelto en indignación, en pena.—"Calla!... que cuando hay dolor es menester sonreírse y se produce en el alma un cosquilleo que la hiela y la sume en remordimientos dolorosos"...

Sí en verdad ¿por qué reiríamos, si no hay entusiasmo para la juventud, si no hay ensueños, ni amores; ya que no existe patria y ni siquiera se ve probabilidades que la haya?

Día 21 de...—¿Qué haré? qué no haré? que mi cabeza se pierde en divagaciones; ya todo va sonándome lo mismo en fuerza de ser todo semejante y desgraciado más ó menos.

¡Bellezas que morís, idilios que os convertís en prosaicas realidades! Todo, todo lo trueca el tiempo.

¿Qué podemos amar verdaderamente? Sólo el padecer, pues no muda.

Ven entonces, ángel de negras alas, posesiónate de mí, hazme tuyo; yo quiero lo que no cambie, y que los afectos de mi alma no se inmuten. El sepulturero y el verdugo se habitúan á su azada y á su cuchillo; yo también me habituaré á los tormentos. Si la victoria está después de campos yermos, pisaremos cadáveres, y ruinas y amenazas y llegaremos al que discierne las coronas...

Día 31 de...—¡Qué oscuro se me presenta el mundo, cuán inverosímiles sus dichas, qué soledad, y abandono y dolores en perspectiva!... No tengo corazón, ni alma, nada, nada, sin ejercicio como los tengo desde tanto tiempo, y sin siquiera fantasías con qué alimentarlos.

Hace un momento un ligero temblor agitó las paredes de mi cuarto: quise levantarme y evocar sus fuerzas y darles impulso alzando mis brazos suplicantes para que arreciara y se hiciese terremoto y con las murallas me oprimiese hasta extinguirme. ¡Oh, qué vacío tan doloroso! cómo castiga Dios los descaminos! cuánta aridez!...

¿Y ese acorde de armonio que percibo?... Seguramente tendrá existencia en otra región que en la tierra, si no ¿qué significa, por qué suena unísono, transportador? es acaso la tierra para soñar? ¡Cruel burla, desaparece; somos muy infelices para tener ensueños, estamos muy helados, casi muertos; que no te oigan mis oídos!

Día 1.° de...—En fin, hoy es un día triste para todos... Unas mismas sombras, unas mismas penas cubren á los hombres; hoy todos recuerdan que alguna vez padecieron, es la víspera del día de difuntos.

De ópalo ha estado el cielo, en agitación las calles, aunque silenciosas, y discurriendo por ellas procesiones de flores que iban allá... á vaciarse al lugar de las tumbas.

Estuve aquí, en el campo de los que dieron vida á los que viven, pero el bullicio de la multitud no da lugar al pensamiento... y además ¡oh contraste! la vi á ella...

En verdad, camino tan de continuo por las regiones del dolor que gusté de verla. Envolvíala un manto oscuro y traje negro, y llevaba por única muestra de alegre juventud una chaquetita de color de cielo.

Sí, andaba por ahí oponiendo su vida en contraste al hielo las de tumbas.

Y á mis ojos ¡cuánta diferencia hube de establecer entre lo inanimado de los cipreses y de los sepulcros, con la vida que á ella atribuye mi cabeza! Ella podía ser por sus gracias un eco de la voz de Dios, que por ahí vagaba para reanimar las cenizas que allí reposan.

Recogida y meditando corrió algunas avenidas, y fué á enmudecer y postrarse delante de una tumba venerada, la de su padre; y dejó ir al cielo su corazón para alcanzar piedad. ¡Feliz quien mereció su ruego!

—¡Pobrecilla—decía yo al verla—para qué le amaría! ¡Ah! ¿será porque los goces del amor superan á los dolores?

Pero, desde que había ido allí á conmover su corazón, sé, pues, que ella ha experimentado hoy alguna emoción, que ha palpitado su alma. ¡Quién le hubiera estado inmediato! que, en verdad, gusta esto, como es cariñoso y efusivo tocar y tener los objetos que sabemos han estado cerca de las personas que amamos y que acaban de dejarnos... como hay fruición en acariciar las prendas de seres que amamos en nuestros deseos!

Día 3 de...—¡Cuán negra ha sido la noche! parece que esto no tiene atajos. ¿Por qué esta capa de tristeza, esta desazón y esta enfermedad? por qué todo se me cruza al paso? por qué las impertinencias y los desengaños y el mal trato?

¿Por qué las pocas veces que uno va tras las risas encuentra sólo el dolor? por qué en pos de cada velada no sucede sino acumularse más y más el desencanto?

por qué esta lápida... este hielo...? por qué nos llegan á ser indiferentes todos los lugares, y aún nos es amable el desplomarse ahí en un asiento ó en cualquier parte, y sólo tememos no haber sido buenos... ¡Siquiera tuviéramos lágrimas, así se aliviaría el sentimiento; pero sólo aridez, únicamente acíbar, despecho, nostalgia, debilidad... ¡oh, qué amargo es esto!...

¡Y el porvenir al frente, y hay que afrontarlo y lanzarse animoso!

Día 10 de...—Hace días tuve la única prenda que poseo de manos de ella; una prenda querida, pero deleznable y pobre: es una caja de fósforos.

Esta cajita la tocaron sus manos y ella me la dió para que me sirvieran esas pajuelas: doble afecto que debí tener al regalo. ¿Y cómo pensó que yo había de consumir ese obsequio, y que no podría conservarlo? conoce acaso los contrasentidos de la vida? ¡Qué doloroso me fué hoy sacarlo de donde estaba guardado! Parecía que el alma misma fuera desprendiéndose de sus partes á cada uno de estos fósforos que he visto arder. Es un crimen y una prodigalidad loca la que he estado haciendo; pero mis cigarros y el humo que disipa los pensamientos no me dejaron ahorrar el sacrificio.

¡Oh! de todo tenemos que echar mano en nuestras penas, de las prendas del alma, de la salud, del reposo, del sueño, de todo, todo, por tal de borrar las ideas, los recuerdos...

Día 28 de...—No sé por qué hoy he deseado tanto tenerla cerca de mí. Se me dijo que estaba en un paseo y no pude concurrir. Después, en una casa vecina de donde estuve, estuvo ella. ¡Oh, cómo enviaba mi alma á ese recinto, cómo empleaba el oído para percibir el ru-

mor de sus pasos y de su voz, y, cuánta envidia á todo lo de allá!...

La hubiera querido tener muy inmediata; parecía que mi corazón deseaba decirla algo. Pero ¿por qué estas resurrecciones, por qué lo que no debe ser?...

¡Ah, tenerla cercana, oír su acento, contemplar sus gracias, todo es bello, aunque desapacible á mi alma. ¡Mejor la distancia! Castiga tu vehemencia, pobre espíritu!...

Día 30 de...—¡Primavera dichosa, cómo te envidiamos en nuestra pobreza, cómo revives tú y nosotros vamos muriendo! En esta incertidumbre de los días, en estas nostalgias del alma, en este desabrimiento calmado que padecemos ¡cómo te ofreces irritante á nuestros ojos! ¡Oh irrisión, todo se renueva, todo es gala, sólo nuestra alma tinieblas! ¿Por qué, Dios mío, sufrimos, por qué este temblor constante, esta soledad? ¡Ah sí, lo merecemos, Señor, pero es demasiado; somos débiles, y tenemos ansias, deseos; y tenemos alma y corazón ¡oh, qué terrible soledad, qué tristeza!

Señor, sé piadoso, ó dame paciencia al menos! Dame que mi alma no aspire, que no sienta, que cosa alguna de la tierra la llame, que mis ojos sin detenerse se pierdan allá muy lejos, lejísimo, en un más allá del mundo; que lo de éste no le importe, y que vuele siempre alejada de sus encantos. Dame fuerzas, Señor, que hace un rato me sentí atraído cariñosamente hacia un *compañero* que ahí tengo, un compañero frío y brillante... y al cual no hubiera querido esta noche tenerle cercano, que ya su frío y su pavor no me hielan, no me dan miedo... ¡Ay, cuánto frío siento!

Día 20 de...—Dadas mis circunstancias, tendré que

ausentarme de este suelo, tendré que hacer que hora á hora vayan interponiéndose horizontes nuevos tras de mí. ¡Con cuánto dolor me apartaré! Sé ya cuánto duele recordar desde lejos aún los rincones menos queridos de nuestra tierra y también los odiados; sé cómo es doloroso desprenderse de su atmósfera, dejar el firme suelo y subirse en esas tablas endebles, propia imagen de nuestra incertidumbre. ¡Partir cuando no tenemos medidos los días, y puede partirse para siempre y sin ver más y sin morir tampoco en nuestro suelo; en el suelo donde corrieron los mejores días, los de más caricias, los únicos ¡sin dejo alguno y sin dolores!

¡Oh, cómo se encoge y tiembla el alma! ¿Qué romanticismo triste puede imaginarse igual al que se posa en nuestro sér al tiempo de los adioses? Dejar los amigos, los campos, las cordilleras, las ciudades queridas, todo, todo... y sin esperanzas y con la evidencia de no encontrar otras con tales tintes; con la seguridad de que nada ha de atraernos, que nada bastará á llenarnos como ellos ¡es triste cosa!

Y se parte ¿á qué? á sufrir, á tener mayores nostalgias; para no reclinar nunca la cabeza en almohada amiga, para ser transeúnte, extraño en un mundo egoísta y embriagado; en un mundo en que el alma no satisfará ninguna de sus aspiraciones.

No obstante, á todo esto es necesario que me someta. Aquello, ya no podrá ser... mi razón y mi miedo me dicen que no debo acariciar esos sueños. Sí, adiós, sér querido, que hasta hoy has hecho mis encantos. Ya te dejo...

Tú me amarías, porque yo te amo... Yo sabría ofrecer á tu corazón el mundo y el vivir que tu quisieras, tú me

lo inspirarías y mi brazo por ti le daría existencia. ¿No hace el hombre lo que se propone? Es verdad, pero no los absurdos, y tú... ¡Ah! que dicen que Dios y la naturaleza quieren que tú seas un absurdo para mí...

Entonces, adiós, carísimo embeleso, te dejo ya. Las brumas del océano no serán tan densas como mi pena... y quiera Dios que aquellas brumas aprisionen á mi alma, que no la dejen ver ni pensar y que la aletarguen en un sopor inconsciente como el de un octogenario desolado.

Y ¿por qué es tan vehemente nuestro ánimo? por qué presta su vida á todo lo que le cerca, y con esto se despoja de su fuerza? por qué existe la fantasía?

Buena, buena es la existencia, pero menester es vivirla con calma. Si nos desvivimos ha de alejársenos lo que perseguíamos y hacérsenos arisco, porque las ansias del hombre han de ser siempre ansias nuevas y crecientes siempre.

Debemos amar sólo racionalmente, sólo deseando las cosas, pues si no, si esperamos la felicidad, para alcanzarla hemos de enfermar antes ¡así son de crueles los hombres, digo las mujeres, aún—la mejor y más benigna de las creaciones—quienes por atender á su vanidad y á sus sueños vienen á querer cuando ya uno ha enfermado. ¡Ah! son fantásticas, y les gusta ser sepultureras... ¡infelices, desapiadadas! Si, y todo el mundo es igual...!

*
* *

Éstas fueron las páginas que él escribió y podríamos decir la condensación de su vida. Ahora, hé aquí una carta llegada recientemente y en la cual nos hablan de él:

París, ... de enero de ...

Mi amigo:

Á lo que entiendo conocías tú á Alberto, aún en sus intimidades; y como yo debiste siempre extrañarte de un sér tan especial.

Dicen que el amor se funda y crece solamente cuando hay correspondencia, ó al menos un estímulo de vanidad ó de despecho que lo lleve adelante, y, que es caso raro que sin encono ó premio siempre persista un cariño.

Y sin embargo, una sola cabeza, un solo corazón, fingiéndose un afecto tanto lo sublimó, y lo sintió de tal manera, que ha llegado á morir de sus consecuencias, ayudado sin duda también de un ánimo enfermizo. Tal ha sido lo que pasó á Alberto.

¡Mi triste amigo, cuánta soledad has dejado en mí!

Hará seis meses se daba en la Nueva Ópera *Lucía*, esta pieza antigua y nueva siempre y de tantas simpatías para los que aman. No lejos de mi butaca distinguí á un joven de semblante caído y de unos ojos que serían de poder; pero que entonces miraban muy vagamente. En los trozos arrebatadores que tiene la obra de Donizzetti, velaba su vista, conmoviéndosele el rostro á fuerza sin duda de los sentimientos que despertaban en su alma la música y el canto. Estando en tierra extraña cuesta persuadirse de que conocemos á las personas que creemos reconocer, así que tuve que allegarme al joven de que hablo para convencerme de que era Alberto el que asistía al teatro, aquí, tan lejos de nuestra patria.

Supe que hacía dos semanas que estaba en París, en este París que devora tantas existencias, y donde tantos

vienen á morir huyendo ya heridos de otros climas y sin encontrar la panacea que buscaron.

Desde ese día no dejamos ninguna vez de vernos y de concurrir á todos los paseos y á las visitas en que se emplea aquí el tiempo, y siempre juntos é intimándonos día á día mayormente.

Yo, sí bien le conocía antes, no le había apreciado, pues raras veces habíamos tenido un trato franco y él nunca había podido vaciarme su alma; y ahora viéndolo además enfermo y conservando á pesar de esto la suavidad de su carácter, hube de quererle verdaderamente.

Me contaba que llegando acá había estado tan malo á causa de lo que enferma el ánimo una navegación prolongada y la ausencia de todo lo que recientemente se ha dejado, que se vió en precisión de llamar un médico que reconociese su estado.

—Usted—le había dicho el doctor—podría no tener nada, dado su físico; pero en verdad empieza á estar enfermo de todo. Todo su organismo se ha resentido fuertemente de los trabajos de su ánimo: su naturaleza ha tenido que consumirse para no perturbar la vida que las agitaciones y las penas querían aniquilar.

La navegación que usted ha hecho, sin buscar distracción alguna y dejándose más bien influenciar de los pensamientos y de los recuerdos que nos acompañan en los viajes, en particular cuando recién hemos partido de los lugares que amamos, han debilitado todo su organismo y hecho que el corazón, que había de mantener la vida, trabajase sin ayuda alguna.

Por esto está usted postrado—le agregaba—y necesita volver á vivir, facilitando las funciones de sus órganos. Para lo cual debe ante todo despreocupar el ánimo;

procurarse distracciones constantes, pero que no sean intensas; también le es menester activar el cuerpo y cansarlo para que el físico viva más que su alma, que es lo que sólo ha vivido hasta ahora en usted.

Así enfermo aún encontré á Alberto; pero empezaba á hallarse mejorado; y, como dije, los museos, galerías, los monumentos públicos, todo lo que hay que ver en este mundo lo visitamos acompañados.

Todas las horas de paseos especiales que tenían lugar en el bosque ó en los *boulevards*, los días de moda, como llaman aquí, nos hallaban reunidos y sentados delante de las mesitas de los afueras de los *restaurant*. Y allí y en todas partes charlábamos largo, habiendo aprendido yo á hacerle reír con frecuencia, y por este medio contribuído á ir alejando su enfermedad.

Teníamos en esa época formado un bello plan de viaje que nos dejaría recorrer los demás países de Europa é irnos al oriente después de visitar Grecia, Palestina y Egipto, los puntos que más deseaba conocer Alberto.

Iba, pues, de este modo siendo raro que su pensamiento se adueñase de él en medio de las distracciones en que vivíamos. Sólo una vez en un día, que no sé qué fecha tiene, me leyó una hoja de su diario en la cual reincidía en su eterna preocupación. Decía más ó menos:

"¡Oh, cuánto he sufrido! Toda vez que me he dejado conducir por los halagos que ofrece la vida, no ha hallado alimento mi ánimo.

"Sólo por lo que dicen de que es necesaria la sociedad al hombre, me he aventurado en sus senderos; por ver si se sorprende un rastro de vida en ese mundo, por si se encuentra un algo que responda á la intensidad de nuestros deseos, por ver si alguien quiere desposeerse de

los amaneramientos y conveniencias. Mas nada generoso reina ahí, sólo el orgullo, la ostentación, el sarcarmo para el hombre que va con alma á buscar otra alma.

"Se encienden á nuestra vista fuegos fatuos que se quiere que tomemos por destellos de vida, se hacen muecas, se fingen risas que se dicen de amor, de amistad y que no son sino de orgullo satisfecho, de vanidad, de estupidez.

"Si uno dice que la vida es triste, se burlan de él. Si dice que no cree en la felicidad, piensan que uno miente. ¿Miente uno cuando ve dislocadas esas almas que fueron hechas para la espontaneidad, para el vuelo? se miente cuando vemos una patria en la cual no se prohijan amores, ni esperanzas, y en la cual tampoco puede descubrirse el porvenir? se miente cuando sentimos en nuestra alma todo el peso de la tiranía, de los atropellos, y no hallamos quién nos ayude á ir contra estos monstruos? ¡Ah, tener alma en el siglo del positivismo, de la materia, es un martirio, es vivir en una tortura horrible!"

.....

Aparte de estos lamentos en que lo sumían sus recuerdos, iban ya más descansados los días de Alberto: tenía horizontes su vida, tal vez los viajes que proyectábamos le sanarían del todo.

Empero ¡siempre las sorpresas en la vida! ¡Cuán raras veces lo que hemos amado y se nos va, vuelve á nuestros pasos! cuán pocas veces lo que soñamos realidad venturosa, toma cuerpo! Y al contrario, cuando empiezan á brotar nuestros afectos, cuando ya nos abrazábamos con otra alma que nos ha movido, aparecen aquellas manos ásperas y ciegas que nos roban nuestros ensueños! ¿Por qué es esto? ¡Ah, la vida!...

En aquellos días, la colonia de paisanos que hay en París fué sabedora de haber llegado de nuestra tierra una joven pareja de novios, nada menos que la prima de Alberto y, la preocupación de su alma. Temí desde entonces que se perturbasen los días tan simpáticos en que la amistad de este amigo me hacía encontrar atractivos nuevos en todos nuestros paseos, y cuando le veía ya alegre y alejadas de su cabeza las memorias desagradables...

Y estaba tan bueno entonces que no porque había llegado el invierno, éramos menos constantes en nuestras excursiones y pasatiempos.

Fué una tarde de extraña belleza, cuando, corriendo á escape en un confortable carruaje por las avenidas del bosque de Bologne, Alberto y yo aspirábamos aquel aire tónico y enérgico que permanece después de las nevazones, y que nos aceleraba más la sangre mientras más helado era.

Mostrábasenos sombrío el cielo por las nubes que lo cubrían, y el suelo, y las casas y los árboles blanquísimos á causa de la nieve que había bañado la tierra.

Volábamos, y nos hería el viento, inflamándose presurosa nuestra sangre al respirar aquel aire puro, y teníamos una conversación de risa, cuando de improviso quedó Alberto sin decir palabra.

—¡Ella!...—había exclamado, señalando con los brazos un coche que acababa de pasar cerca de nosotros, y cayendo al mismo tiempo desplomado sobre el asiento.

.. ..

—Llegó el momento—me dije yo, é hice que volviéramos á la casa, llamando después al mismo doctor que lo había visto al llegar á París.

Conté á éste lo sucedido, refiriéndole que en otras ocaciones había sobrevenido á Alberto una especie de parálisis del corazón, según él pensaba, por motivo de sustos ó sorpresas desagradables recibidas de improviso, yéndole después é instantáneamente golpes de sangre á la cabeza que medio lo desposeían; agregándole que yo imaginaba que, en el caso, Alberto padecería algo de esto ocasionado por lo que se le ofreció á la vista en el paseo del bosque.

Mientras el médico observaba al enfermo, que estaba enteramente insensible y de espaldas en su lecho, contemplaba yo con recelo su semblante temiendo que aquel reposo fuera precursor de uno más prolongado y tranquilo y que podría quitarme al pobre amigo.

Practicada una auscultación prolija y un estudio detenido del pulso y del semblante del enfermo, y empleados también algunos reactivos, el doctor, con aquella impasibilidad que adquieren los del oficio, y volviéndose á mí, dijo:

—Puede salvar, pero también puede morir hoy mismo. Como usted suponía, ha sufrido su amigo una congestión al cerebro, proveniente sin duda de alguna emoción violenta. Saldrá, no obstante, del estado de postración en que se halla, y tendrá algunas horas de conocimiento y de lucidez; y si consiguiéramos estorbar la degenaración del corazón, que puede sucederse hasta ir grado por grado dejando de funcionar, obtendríamos victoria—concluyó el médico.

Nada halagadora era la sentencia que acababa de oír, así que viendo á Alberto me pareció que velaba á la cabecera de un cadáver. Y en verdad, no era de otra manera. ¿No sabía yo la cruel enfermedad que había acon-

gojado al pobre? Dados sus padecimientos ¿no habría podido adivinar el desenlace? ¿No le veía caído, así como un enfermo que ha agonizado mucho y que ya muerto durmiese al parecer cansado y pensando en lo que ha sufrido? ¿Cómo podía vivir? Si el físico resistía aún ¿no había de matarlo otra vez su ánimo? ¿no era éste el que estaba enfermo? ¿Cómo sanarlo entonces?

¡Qué lástima me daba verlo! ¡Cómo se me presentaban de horribles todos los martirios que habían formado su vida! ¡Ah, en presencia de un moribundo, se hace muy exquisito nuestro cariño, nos llegan al alma todos los recuerdos de la persona que muere y lo que ella ha sufrido!

No habrían pasado dos horas y volvió del letargo en que se había dormido.

—¡Ah! eres tú—me dijo.—¿Y ella?...

Un rato después agregó:

—¿Sabes tú cuándo llegaría? Deseo verla... dile que venga á despedirse... Ya me siento morir y quiero que mi última mirada, así débil como será, se pierda en ella... Esto me daría mucho consuelo.

Otra vez pareció que dormía y despertando, exclamó:

—¿Qué hubo? está aquí? decidle que no sea cruel... que yo la amaba... que me perdone si no le rendí mi adoración, que por esto muero...

Cuando recién había empezado á hablar, pensé que serían delirios los que preocupaban á Alberto, pero comprendí luego su deseo, y salí prometiéndole cumplir su encargo.

Al volver á casa después del suceso del Bosque, me había fijado que de un carruaje que venía adelante de nosotros y que se detuvo en un hotel del camino, había

bajado una pareja que se me ocurrió la formaban la amiga de Alberto y su novio. Así que sin vacilar me encaminé á dicho hotel, y tuve la suerte de saber que era ella realmente.

Era una bella joven en verdad, y sentí pena al verla conmoverse con la noticia de la enfermedad de su primo. Presurosa retocó su *toilette* graciosa y sencilla, y juntos llegábamos al alojamiento en que agonizaba Alberto.

Allí encontré al médico y le impuse del camino de la enfermedad y de lo que pensaba hacer por cumplir los deseos del enfermo.

—Lo que temíamos sucederá—me dijo el doctor—el corazón va concluyendo y tal vez en tres ó cuatro horas habrá muerto. Hay poco que hacer. La visita que él espera, y de la cual me habló, le hará bien en todo caso. Prevengamos sí la sorpresa.

Así lo hice, allegándome al lecho y hablando al oído del enfermo, que respiraba anhelantemente y tenía sus ojos cerrados. Los abrió en seguida, diciéndome:

—Dile que éntre luego, que no tema; que yo la perdono; que he tenido siempre una vida tan triste que deseo que mis últimos momentos sean risueños.

Salí de la pieza é introduje á la joven. Ésta entró vacilando, y con tiento se acercó á la cama del enfermo y cogiéndole delicadamente una mano que tenía sobre la ropa se la llevó á sus labios llenos de vida.

Alberto debió extremecerse, y fijó una mirada ansiosa en su amiguita querida, que de aquel modo cariñoso le había saludado.

—¿Estás enfermo?—le dijo ésta.

—Siempre he estado—le contestó él—esto es ya la crisis solamente.

Y continuó, volviendo la mirada hacia ella con temor ó debilidad:

—También yo siempre te he distinguido, te he amado... Sabiendo que estabas en este mundo solitario en que vivo, no he querido irme sin que me vieras. Quiero ser feliz siquiera al morirme...

Hizo una pausa y dijo:

—¿Y tú aquí?

—Sí, he querido conocer esta sociedad.

—¿Y estás sola acaso?

—Casi sola—dijo ella titubeando al comprender la pregunta.

Cerró los ojos Alberto y guardó silencio; la pobre niña tiritaba, oprimida tal vez el alma.

Al rato volvió á la vida el enfermo, y con suma suavidad dijo á la dama:

—Dime, Virginia ¿eres amada como mereces? ¿Quién es él?... No has tenido que contrariar ninguno de los deseos de tu alma para unirte á su voluntad? Le amas? te comprende?

Ella por toda contestación estrechó la mano de Alberto; éste se sumió de nuevo en silencio, pareciendo que meditaba, y notándosele más animación en su semblante, dijo después:

—Yo te habría amado, Virginia, pero algunos nacemos enfermos. Nuestra alma cuando es ligera y vehemente se destroza muy luego en el mundo, y ya herida se horripila de todo, por todo tiembla... Como el que cree en fantasmas, así el alma ve dolores en todas partes, se aguza también su vista y por esto percibe mejor los encantos de la vida; pero, siempre más allá de ellos, descubre además la infelicidad, la desgracia, las penas.

Sería preciso que una preocupación loca curase aquellas llagas. Ya así, sabiendo ella dónde está lo amargo y dónde lo feliz de la vida, tendría estímulos, tendría vigor para hacer que en su camino brillase sólo la dicha, la esperanza. Hecha experiencia de la infelicidad, tendría ansias, deseos de aquellos bienes. Aquel estímulo fué lo que me faltó; mi alma jamás tuvo aplicación verdadera, por esto me mata ahora.

Algunas lágrimas asomaron bajo los párpados de Virginia, que se había puesto pálida y tierna como mañana de otoño con sus nubes y su rocío.

—Es mi esperanza—siguió diciendo el enfermo—que ahora recuerdes y comprendas lo que yo fuí para ti; espero que sabrás interpretar el silencio que siempre tuve delante de tu mirada, mi turbación de otras veces, y lo que en furtivos momentos, de que yo no era dueño, te pudieron decir mis ojos...

Tu entonces eras muy niña; me tenías un afecto que así pobre y todo como era para mis deseos, más hubiera querido que no existiese. Ahora que tú comprendes las cosas de amor, también sentirás lo que es ese fuego, y ojalá no sepas lo que es quemarse en él y que se esté quemando sólo una alma.

La angustiada niña estiró los brazos como para abrazar á Alberto, inclinándose un tanto; y permaneció siempre como una estatua al pie del lecho.

—Recuerda todo aquello, Virginia, y tal vez sabrás lo que tú debiste ser para mí... Pero olvídalo luego; lo que comprendas no te dé remordimiento alguno. Yo te habría querido en la vida... hoy ya amo á Dios, no me haces falta.

Sí, si me crees y me has entendido ¡no lo recuerdes

más! te lo repito. Que toda tu alma sea de aquel á quien se la diste; ríe siempre; yo voy á ser feliz...

Nunca dejes de mostrar risueño tu rostro al que mereció tu corazón; ámalo mucho, Virginia, que cuando amamos se pone egoísta el alma, y muere cuando le roban sus afectos.

Virginia no pudo menos de seguir llorando, lágrimas de fuego sin duda, ante aquella novedad á la cual no podía corresponder, ni tampoco dejar de dar fe, hecha como era en aquel tribunal semidivino, el lecho de la muerte, donde raras veces miente el hombre.

¿Qué habría podido contestar? Sólo las lágrimas decían su tristeza, y sólo los labios plegándose á la mano del enfermo ponderaban el afecto que abrigaba el corazón de la joven. Después, y en seguida de un momento de cansancio que padeció, dirigiéndose á mí, dijo:

—Mi buen amigo, te debo á ti también una palabra, primero de agradecimiento por tu amistad conmigo, de perdón la segunda. Sí, de perdón, Eduardo, por mi mal ejemplo. Yo he sido bien poco cristiano, yo sabía que la dicha no era de aquí, y no obstante, queriéndolo y no queriendo he aspirado á ella; mi espíritu ha estado siempre molesto, intranquilo. Perdóname—exclamó estrechándome la mano—como espero que también el cielo olvide mis demencias...

El médico vino á interponerse en aquel cuadro, miró al enfermo y me llamó diciéndome que no debíamos hablarle más, si es que volvía del aletargamiento en que había caído.

Tomó el pulso, y después me dijo que ya estaba expirando... que ya su espíritu se había desvanecido en el mundo que media entre la vida y la eternidad. Yo por

mi parte, miré un momento con gozo al moribundo, comprendiendo que el amigo descansaba de la vida, ó que era al menos inconsciente ya al padecer.

.....

Mas todavía el enfermo abrió los ojos, y pareció que nos había sonreído, como quien, después de grandes sacrificios, satisfecho fuera á abrazarse á los que ha amado.

Al cabo de una hora el alma dejó en tranquilidad el cuerpo, y voló ella también al descanso, á saciarse allá arriba en más propia existencia.

En nuestro rededor quedó el silencio. Sólo unos sollozos reprimidos se oían en la estancia: era ella que, de venir á tener los días deliciosos, los días suaves y de caricias que saben prodigar los ensueños realizados, se encontraba con un amor que acoger en su corazón agradecido y juntamente con un cadáver...

¡Ah! con razón se dice: "que nacemos al brillar de un relámpago", no más luz tienen nuestras felicidades, no más vida...

Sí, amigo; y concluyo, esperando que excuses tan prolongadas líneas, porque sé que ellas han de interesarte.

Tuyo afectísimo.

EDUARDO

***

Así murió el buen Alberto. Yo que le conocí, y que por mi desgracia llegué á amarle, al compaginar estos recuerdos y su historia se me ruedan las lágrimas al leer cada línea.

Sufrió demasiado el pobre, nunca tuvo aliento; recuerdo una vez que me decía al querer explicar lo que él era: "¡Oh, el vacío, el vacío es peor que morirse, porque eso

es vivir y no tener razón la vida. Mi existencia es floja y triste porque nada viene á conmoverla, por esto escóndese el alma, y el físico se aniquila. Si así sigo viviendo, moriré pronto, muy pronto.»

¡Ah! y cumplió su vaticinio el desgraciado amigo.

José Clemente Larraín

LAS CORRIDAS DE TOROS

(Conclusión)

Muerta la fiera, se abre una puerta del Circo y da paso á tres robustas mulas, que adornadas vistosamente, y con sonoros cascabeles, arrastran de los cuernos fuera del redondel, al toro. Su carne se vende por un ínfimo precio en la misma plaza; quizá sirva de alimento á familias que no podrían procurárselo á más costo. Retiran también de la arena los caballos que han quedado muertos; los rastros de sangre desaparecen bajo el aserrín, que los monos sabios esparcen por la plaza. Todo está listo para continuar las corridas. Salen los picadores y eligen sus posiciones; el público ha respirado durante dos minutos: brevísimo descanso en medio de tan fuertes impresiones; el clarín suena, aparece otro animal, la lidia continúa casi sin variación, hasta que el sexto toro ha caído inmóvil á los pies del matador. El espectáculo ha concluído; muy pronto se despeja la plaza; los espectadores, rendidos por las impresiones, apenas hablan; se retiran pau-

sadamente; en sus semblantes se nota el cansancio: agota más las fuerzas una corrida de toros, que un día entero de labor. Conocido es el dicho de alguien á quien preguntaban, antes de una corrida, á dónde iba, y que contestaba con energía y voz entera:—¡Á los toros, á los toros!—é interrogado después, decía con acento fatigado y á media voz—¡De los toros... de... los... to... ros!

V

No siempre pasan sin accidentes estos espectáculos. Por muy diestros que sean los toreros, y por muy conocido que tengan el arte de la tauromaquia, sucede, y con frecuencia, que la fiera burla su destreza é inutiliza su arte. El infeliz es lanzado al aire y recogido en los cuernos; generalmente sus compañeros le salvan, pero sus heridas son dolorosas y profundas. Algunos pagan con su vida su temeridad y arrojo. No há muchos años sucedió que en la plaza de Madrid fué cogido un torero, cuyo nombre no recuerdo bien, mas creo se llamaba Pepe Hillo. Los cuernos del animal se clavaron en el pecho del desgraciado, quien teniendo su espada empuñada con la mano derecha, y conteniendo con su izquierda la hemorragia causada por la herida, avanzó con paso firme á la fiera y la ultimó de una estocada; inmediatamente su mano se apartó de la herida y su cuerpo cayó inerte; el golpe lo había recibido en el corazón: un supremo esfuerzo de coraje y de venganza le dió vida para arrebatar la sangrienta victoria á la fiera. Ante tales actos podemos encontrar ambigua la palabra fiera; ese espectáculo bien podría llamarse lucha entre fieras.

Por suerte no son muy frecuentes estos accidentes,

que harían de las corridas un espectáculo igual al de los gladiadores antiguos, que en los Coliseos Romanos sucumbían entre las garras de los tigres, vitoreando al César y distrayendo á la salvaje muchedumbre, gozosa de ese espectáculo sangriento, que hoy el cristianismo y la civilizacion han desterrado del mundo.

En las corridas, la lucha es bastante desigual, todas las ventajas están de parte del torero, quien sabe como ataca el toro y tiene muchos medios de esquivar sus embestidas. Por eso son raros los casos en que peligra la vida del toreador: muchas veces divierten al público con peligrosísimos ejercicios, pruebas de su agilidad y destreza; otras veces la rivalidad entre ellos, los estimula á verdaderas proezas en su oficio. Recuerdo haber visto á un renombrado torero la siguiente: ántes de comenzar la corrida, colocó en medio de la plaza una ligera silla de junco, donde tranquilamente se sentó; un momento después la fiera apareció en la arena. Su vista, al principio incierta, descubrió luego á su temerario enemigo, que sin arma alguna desafiaba su fuerza y su fiereza. En ese instante, largo para un suplicio, la sangre se agolpa al corazón, creemos nuestro el peligro. Con ciego impulso el toro avanza hacia su víctima, la embestida es furiosa; cruzados los brazos y sonriendo la ha esperado el torero: la silla vuela en pedazos, nuestro héroe aparece entonces de pie y en actitud serena; un ligero movimiento de cuerpo ha engañado al animal y desviado el golpe. Todo su arte se ha reducido á ponerse de pie en el preciso momento de la embestida: ¡pobre de él si hubiera tardado un segundo más! En esa ocasión las demostraciones del público fueron inmensas, nadie permaneció indiferente ante tal proeza; en pocos momentos el redondel apareció

casi cubierto de infinito número de objetos que en medio de su admiración y entusiasmo arrojó el público al torero: cientos de petacas con ricos habanos, relojes, abanicos y toda clase de objetos, entre los sombreros y pañuelos de las dos terceras partes de los espectadores; los gritos ensordecían. Manifestación como esa creo habrán recibido pocos hombres. Como si algo comunicara á todos el entusiasmo, mi sombrero fué también por el aire á caer en la arena, como trofeo á los pies del héroe de tal hazaña. De los objetos que en esas ocasiones caen en la plaza, todos son para el torero, menos los sombreros y abanicos, algunos de los cuales devuelve él mismo con un ligero impulso de mano. Las monos sabios se encargan de los restantes.

VI

Si en sus temerarias suertes son casi siempre afortunados, no faltan, sin embargo, en la crónica del toreo, lances desgraciados. Algunos infelices toreros, objeto de demostraciones hostiles, casi siempre inmotivadas, pagan con sangre los desesperados esfuerzos que hacen para complacer al caprichoso público. Há pocos meses el popular Mazzantini el «Torero Señorito,» llamado así por no ser de bajo origen y por haber recibido alguna educación, se presentó en una corrida en Sevilla, donde fué mal aceptado por el público. Su orgullo de torero le impulsó á distinguirse con algunos lances peligrosos; á punto ya de realizar su intento, fué cogido por el toro, y retirado al poco rato de la arena con tres dolorosas heridas, en medio del silencio de los espectadores, á quienes acalló con su sacrificio. ¡Triste resultado de las inconscientes

manifestaciones del público! Otro torero distinguióse en un dificilísimo y elegante lance. Consistió éste en avanzar sin arma alguna al encuentro de la fiera, y en el momento en que embestía el animal, agarrarse con ambas manos de sus cuernos, dar vuelta el cuerpo por sobre la cabeza del toro y desviando un poco la caída encontrarse de pie al lado de la fiera. Tan fácilmente y con tanta agilidad ejecutó esa suerte, que el pueblo pidió á voces su repetición. Mucho trepidaba el infeliz para acceder, preveía el peligro y sus probables consecuencias. Dirigióse al palco de la presidencia y significó estar á la disposición del director de la corrida, quien, por complacer al público, le insinuó que repitiera. Sin trepidar entonces, resignado al sacrificio que le imponían su dignidad de torero y la satisfacción de los caprichos inconsiderados del vulgo, fué al encuentro de la fiera, y al intentar el mismo lance, quedó cogido en los cuernos, y, poco afortunado, murió instantes después, víctima de sus mismos admiradores. Numerosos lances desgraciados, como también algunos, los más sin duda, afortunados y sin consecuencia se encuentran en los anales del toreo; temería extender demasiado el artículo al referiros otros.

VII

Es algo de extrañar y en realidad curioso, la excesiva fiereza que caracteriza á los toros que en España sirven para las corridas. No creo los haya de esas condiciones en algún otro país: unos atribuyen su bravura á los pastos de ciertas regiones, otros la consideran como exclusiva de esa raza; tal vez el trato que se les da influya mucho para hacerles adquirir esos feroces instintos.

Viven en grandes campos perfectamente cercados, llamados dehesas, donde abundan los pastos que son, en general, de muy buena calidad; ahí se les abandona al año y medio ó dos años de nacidos, después que han demostrado de alguna manera su fiereza: las reses relativamente mansas son destinadas al trabajo y á la agricultura, como nuestros inofensivos vacunos; las que se destinan á las lidias, crecen y se desarrollan en la más absoluta libertad, sin que nunca se les acerque ningún hombre. Peligroso es transitar por esas dehesas; los cuidadores andan siempre provistos de una larga pica y de certera honda, que manejan con seguridad y precisión admirables: les sirve ésta para precaverse de las embestidas del animal, lanzándole con violencia pequeñas piedras, que con el golpe distraen ó aturden á la fiera; otras veces su pica les preserva del peligro. Sin embargo, es bastante arriesgado dicho oficio por los accidentes á que está expuesto.

Los toros se consideran aptos para las corridas á los ocho ó nueve años; á esa edad han adquirido ya su completo desarrollo, están en todo su vigor. Son regularmente de mediana estatura, más bien delgados de cuerpo, sus músculos y nervios admirablemente sólidos, sus formas en general correctas, el color de su pelo varía poco, siendo regularmente colorado oscuro, sus cuernos terminan en agudísimas puntas, son muy ágiles y ligeros; algunos he visto saltar la barrera en las plazas de toros, las cuales tienen cerca de dos metros de altura.

Hace algún tiempo se lidió en Sevilla un toro llamado «El Señorito», y era tal su bravura, que el público pidió no se le matara y que lo dejasen para cría; presentóse poco después un domador de fieras desafiando cualquier toro contra uno de sus tigres. Aceptado el desafío, trajeron El

Señorito ya comodaron la plaza para que pudiera tener lugar ahí la lucha. Soltaron al toro, é inmediatamente abrieron la jaula al tigre, que de un salto se precipitó en la arena. El Señorito, apenas divisó á su adversario, se fué reculando hasta proteger su espalda en la barrera, y esperó así el ataque. No tardó mucho el tigre en atacar; pero fué recibido en los cuernos, y ya en vano trató de defenderse, pues no lo soltó el toro hasta que lo hubo muerto y casi despedazado. Casi tan fieros como el toro Señorito son los que se lidian en las corridas.

Para sacarlos á los corrales de aparta, se valen de cabestros ó toros mansos que rodean al bicho y lo conducen entre ellos fuera de los potreros. Siempre asisten muchas personas á presenciar la aparta y no son raros los accidentes funestos en ese espectáculo. Cuando se arranca un toro, el pánico que se apodera de todos es inmenso: se cierran las puertas de las casas, se suben á los árboles los que no pueden librarse de otra manera, en fin, es una alarma continua que dura hasta que los toreros consiguen que los cabestros rodeen al animal y lo vuelvan tranquilamente á su corral. Entre los medios que usan para esquivar las embestidas, es el más común echarse al suelo, cuando ya es próximo el peligro. La fiera entonces pasa sin tocarlos; regularmente las solas víctimas en estos casos son los caballos que, indefensos é imposibilitados muchas veces para arrancar con sus pesados arreos, no oponen defensa alguna á los ímpetus de la fiera.

Los toros destinados á las corridas son encerrados á media noche en oscuras y pequeñas celdas llamadas chiquero; cada toro queda separado de los demás por medio de un juego de puertas que se corren de arriba abajo. Son tan reducidos estos locales que el animal no puede mate-

rialmente volverse en su prisión. Aprovechan la inmovilidad en que está para clavarles la divisa por entre una abertura que hay en la plataforma superior de cada celda. Se valen de un largo palo para enterrar en el lomo de la bestia un pequeño garfio que lleva pendiente varias cintas de distintos colores, á lo que llaman divisa, pues es lo que indica la ganadería á que pertenece la fiera; estas cintas las conservan los toreros como trofeos de sus victorias.

VIII

No son los españoles los únicos aficionados á las corridas de toros; todo extranjero que visita esa histórica nación, asiste primeramente por mera curiosidad á ese espectáculo, y después se siente irresistiblemente atraído á presenciarlo; no es agrado ni satisfacción alguna la que proporciona al espectador una corrida, por el contrario, las impresiones son más bien desagradables. Muchas veces apartamos con horror la vista ante una escena sangrienta, é involuntariamente la presenciamos: alguna correspondencia debe de tener en nuestra naturaleza ese espectáculo de sangre.

IX

En ocasiones solemnes, ó bien con motivo de beneficencia, se dan corridas con caballeros en plaza, llamados así, por ser personas regularmente de la nobleza las que torean en esas lidias. Los toros en general no son de los más fieros, y un torero de renombre es el que dirige la corrida; la presidencia es ocupada por alguna distinguida dama ó por alguna infanta de España; los toreros de

afición lucen vistosos trajes; preciosos caballos con arreos á la antigua usanza, son conducidos por jinetes jóvenes y elegantes, que llevan en lugar de pica, una pesada y sólida lanza, igual á la que usaban los caballeros en los antiguos torneos. Este espectáculo es interesante, por el gran lujo que se despliega y por ser reproducción más ó menos exacta de los trajes y de la manera como se hacían antiguamente las corridas de gala.

Hay en España algunas escuelas de tauromaquia. Muchos son los aficionados que van á recibir lecciones de expertos maestros, pero la mayor parte desisten al poco tiempo de su aprendizaje, regularmente después de recibir algunos golpes sin consecuencia, pero dolorosos. No bastan para formar toreros las lecciones del maestro; el coraje, la serenidad y una vista especial son requisitos sin los cuales es inútil el arte del toreo. Otro método más práctico para aprender á torear tuve oportunidad de presenciar en Madrid. Consiste éste en sacar lances á toros ó novillos, que llevan en la extremidad de los cuernos, dos grandes bolas, de manera que el golpe de sus astas no pueda producir herida. Llámanse «toros embolados», y los sueltan en la misma plaza, estando el redondel casi lleno de aficionados, que con sus capas, sus chaquetas ó con cualquier trapo, llaman al animal. La escena es animadísima: con rápida carrera sale el inofensivo toro; en su camino encuentra siempre seis ú ocho obstáculos que lanza al aire; son otros tantos aficionados que con las más variadas piruetas caen en la arena, distrayendo así á miles de espectadores gozosísimos de un espectáculo tan variado y divertido. Los apuros para arrancar, los atropellos violentos entre ellos mismos, las caídas, y las ridículas figuras que forman en el aire cuan-

do son impulsados por el novillo, hacen de este espectáculo una verdadera diversión en la que desafío al más impasible y flemático á conservar su gravedad y poder disimular su risa.

No ha sido mi objeto en este artículo, apreciar en manera alguna las corridas de toros. Hacer una sencilla descripción del espectáculo y de lo que se le relaciona, hé ahí lo que he intentado. Mis recuerdos frescos todavía y ligeros apuntes de viajes, han sido la única fuente de donde he copiado estas líneas.

RECAREDO LAMAS G.

12 de noviembre de 1887